UNIVERSITÀ DEGLI STUDI DI MILANO

VNiVERSiDAD D SALAMANCA

Corso di dottorato in Studi linguistici, letterari e interculturali in ambito europeo ed extraeuropeo

Escuela de doctorado en Español: investigación avanzada en lengua y literatura

Dipartimento di Lingue, Letterature, Culture e Mediazioni

Departamento de Lengua Española

TESI DI DOTTORATO DI RICERCA

Trayectorias del exilio: la identidad cultural republicana en la literatura de Max Aub y de María Teresa León

Ciclo XXXVII
S.S.D. L-LIN/05

CANDIDATA
Gaia Biffi
Matricola R13209

RELATORE
Prof. Dr. Simone Cattaneo

DIRECTOR
Prof. Dr. Javier Sánchez Zapatero

COORDINATRICE DEL DOTTORATO
Prof. Dr.ssa Laura Pinnavaia

COORDINADOR DEL DOCTORADO
Prof. Dr. José Antonio Bartol Hernández

ANNO ACCADEMICO
2023/2024

Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza. La Historia es nuestra y la hacen los pueblos.

Salvador ALLENDE

Nunca soñé llegar a tanto, porque cuando andaba perdido en las calles nada tenía fin y ahora voy por el camino del pan y de la libertad, y no solamente para mí, sino para millones de hombres que son mis compañeros.

Max AUB

No reivindicamos la verdad como un privilegio, sino por justicia y reconstitución de una parte histórica que arranca de 1936; por el respecto a nuestras muertas, por desagraviar a tantas mujeres olvidadas.

Neus CATALÀ

Dejadnos las ruinas. Debemos empezar desde las ruinas. Llegaremos, regresaremos con la ley, os enseñaremos las palabras enterradas bajo los edificios demasiado grandes de las ciudades que ya no son las nuestras. Nuestro paraíso, el que defendimos está debajo de las apariencias actuales. También es el vuestro. ¿No sentís, jóvenes sin éxodo y sin llanto, que tenemos que partir desde las ruinas, de las casas volcadas y los campos ardiendo para levantar nuestra ciudad fraternal de la nueva ley?

María Teresa LEÓN

Agradecimientos

En primer lugar, quiero dirigirles unas palabras de estima a mis directores, Simone Cattaneo y Javier Sánchez Zapatero, sin los cuales, ninguna línea que compone este trabajo hubiera podido ser escrita; lo han hecho posible mostrándome, por medio de sus actitudes, el significado profundo de los términos «diálogo» y «apertura al otro/a». A ellos va mi más sincera gratitud, por esto y por muchas otras cosas: por los innumerables consejos, la paciencia, el apoyo constante. Pero, sobre todo, por el enorme valor humano que me han transmitido.

Tampoco puedo dejar de darles las gracias a otros profesores que, de una forma u otra, han aportado algo muy importante a mi itinerario de formación, personal y académica: a Danilo Manera y a Alessandro Cassol, por los estímulos y las sugestiones intelectuales que me han regalado y por las preciosas palabras de ánimo; a Maria Rosso, por haber confiado en mí desde el primer momento; a Fernando Larraz, por la generosidad y por las valiosas sugerencias que me ha brindado siempre; a Àlex Martín Escribà, por la energía y el entusiasmo que me ha infundido. Asimismo, me importa mencionar a las personas con las que he tenido la suerte de compartir tiempo y experiencias durante mi estancia en España, especialmente a María Pirata, Diego, Carlos, Elena, Carmen, José Antonio y F. David: a ellas y a ellos les debo el hecho de haber contribuido de manera decisiva a que mi época salmantina se convirtiera en una de las más luminosas y enriquecedoras de mi vida. Me gustaría también recordar a otras amistades surgidas en estos tres años, en particular, a Angela, Sara, Leticia, Erika, Ilaria y Laura L., todas ellas presencias alentadoras y sumamente entrañables. En este sentido, tampoco puedo olvidarme de mis amigas y de mis amigos «de siempre», entre los cuales quiero destacar a Debora, Chiara, Annalaura, Laura C., Nicole, Roberto, Filippo y Riccardo, a quienes agradezco el cariño, la empatía y el interés con los cuales me han acompañado en todo momento.

Finalmente, se me hace imprescindible manifestarle un encarecido agradecimiento a mi familia: citar a Maria, Antonio, Alessandra, Carlo, Antonella, Vincenzo, Francesca, Rita, Michele, Simone, Matteo, Anna, Marta y Lucia no se reduce a un simple listado de nombres, sino que es un debido acto de reconocimiento. Sobre todo, quiero dejar constancia de la ayuda incondicional y del inestimable afecto de Alice, Enrica y Vittorio, a quienes dedico este trabajo.

Resumen

En el ámbito del amplio y heterogéneo panorama del exilio republicano español de 1939, Max Aub y María Teresa León son dos figuras sumamente significativas: en el caso de ambos, el compromiso con la recuperación de la memoria cultural republicana expulsada y proscrita al final de la Guerra Civil se concreta a través de una producción intelectual que pretende reafirmar la legitimidad histórica de un proyecto de sociedad democrática basado en los principios de justicia social e igualdad, a su vez, vertebrados por el sistema de valores del antifascismo internacional. A raíz de semejante perspectiva, así como del desarrollo transnacional de los itinerarios diaspóricos y de las evidentes intersecciones ideológicas e interacciones históricas entre las vicisitudes del colectivo republicano y los principales conflictos del siglo XX, la literatura de Aub y Teresa León adquiere un estatus de ejemplaridad política que no se agota en la oposición al régimen franquista, sino que refleja una semántica contrahegemónica de interés global.

Por lo tanto, el objetivo principal de este trabajo es investigar las parábolas creativas de ambos escritores, prestando especial atención a las formas en las que se configura la oposición entre identidad cultural dominante e identidades subalternas en el contexto de la estructuración del campo social español resultante de la Guerra Civil y, posteriormente, de la instauración de la dictadura. Este enfoque debe entenderse también como funcional para poner de relieve la evolución diacrónica de la pragmática textual en relación con el desarrollo de la geopolítica mundial y, en última instancia, el potencial crítico inscrito en las obras de estos autores con respecto a las contradicciones que marcan su época histórica y la red de conexiones supranacionales relacionadas con ella.

Para cumplir con estos propósitos, la tesis ha sido estructurada en seis capítulos: en los primeros dos, se examinan las circunstancias biográficas y las producciones intelectuales de Aub y Teresa León en las etapas que preceden a sus exilios para reconstruir sus respectivos itinerarios de formación e integración en el proyecto político y cultural colectivo de la España republicana, amén de analizar la primera fase de las convulsas trayectorias de emigración forzosa a las que se verán sometidos. En ambos casos, Francia será el primer lugar de destino, pero en lo que respecta a Aub, esta experiencia estará marcada de forma indeleble por su reclusión en las cárceles y campos de concentración del país galo, aspecto que influirá de forma decisiva en la cosmovisión y en la escritura del autor.

El capítulo III pretende enmarcar los rasgos esenciales atribuibles al compromiso político y social de los intelectuales españoles de la diáspora en 1939 para, a continuación, identificar los factores contingentes derivados de las características específicas de las realidades de México y Argentina, es decir, los países en los que Aub y Teresa León, respectivamente, se establecieron. A partir de los fundamentos teóricos y conceptuales trazados, el desarrollo argumentativo de los siguientes apartados se articula sobre la base de los dos puntos de inflexión que más han condicionado las prácticas creativas de ambos autores tanto en términos de necesidades comunicativas como de limitaciones fácticas: en primer lugar, el epílogo de la Segunda Guerra Mundial –con el triunfo de las democracias liberales occidentales– y, posteriormente, el año 1955 cuando, en el polarizado escenario de la Guerra Fría, la dictadura española se convirtió oficialmente en miembro de la ONU, siendo este último el acontecimiento que supuso el definitivo reconocimiento internacional del institucionalismo franquista. Con el fin de ofrecer una visión rigurosa y detallada de las rutas evolutivas mencionadas, el corpus de obras analizadas ha sido clasificado según criterios derivados del período histórico de publicación de las obras mismas, dando así lugar a tres categorías: la primera incluye textos que se remontan a los años de la Segunda Guerra Mundial –capítulo IV–, la segunda, a la fase de transición entre ésta y la Guerra Fría –capítulo V–; finalmente, el tercer grupo de textos se inscribe en el contexto de las distintas etapas que sancionaron la alianza establecida entre Estados Unidos de América y la España franquista –capítulo VI– hasta llegar a la entrada de la dictadura de Franco en las Naciones Unidas, como ya se ha aludido. Además, para dotar al análisis de la literatura de Max Aub y Teresa León de mayor exhaustividad, se ha destinado un breve subcapítulo, a modo de colofón, a examinar la postura de ambos escritores acerca del proceso de estabilización del régimen franquista y las perspectivas de diálogo con las generaciones futuras sobre el valor de ejemplaridad política y cultural de la memoria republicana.

Abstract

Within the heterogeneous panorama of the Spanish republican exile of 1939, Max Aub and María Teresa León turn out to be two significant figures. Their commitment to the republican cultural memory converges in an intellectual production that aims at reaffirming the historical legitimacy of a democratic society project based on social justice and equality, and on international antifascist values. According to this perspective and considering the transnational development of diasporic itineraries and the historical interactions between the vicissitudes of the republican collective and the main conflicts of the 20th century, the literature of Aub and Teresa León acquires an aura of political exemplarity that reflects a counter-hegemonic meaning of global interest.

So, the main objective of this work is to examine the literary work of the two writers with a focus on the ways in which they represent the conflicts between the dominant cultural identity and subaltern identities in the context of the Spain's social field resulting from the Civil War and from the Francoist dictatorship. This focus is also to be understood as functional to examine the ways through which the literature of these authors shows up the contradictions of their historical era and the related network of supranational connections.

This thesis has been structured in six chapters. The first two are focused on the biographies and on the intellectual productions of Aub and Teresa León before the beginning of their exiles: the purpose is to study the origins of their involvement into the collective political and cultural project of republican Spain, as well as the first phases of the convulsive trajectories of their migration routes. For both writers, France will be the first place of destination, but, in the case Aub, he will be indelibly marked by his experience in the French prisons and concentration camps.

Continuing with the chronological development, Chapter III aims to explain the essential features of the political and social commitment of the Spanish intellectuals of the 1939 diaspora, and to describe the social and cultural context of Mexico and Argentina, the countries where Aub and Teresa León respectively settled. Starting from these theoretical and conceptual foundations, the following sections of the thesis are structured on the basis of two turning points that conditioned the creative practices of Max Aub and María Teresa León both in terms of communicative necessity and factual limitations: firstly, the end of the Second World War –with the triumph of the Western

liberal democracies–; subsequently, the year 1955, when Francoist Spain officially became a member of the United Nations, in the polarised scenario of the Cold War. In order to provide a rigorous and detailed view of their intellectual evolution, the works of both Aub and Teresa León has been categorised as follows: works published during the Second World War –Chapter IV–, works published during the transitional phase between the Second World War and the Cold War –chapter V– and, finally, works edited while the United States of America and Franco's Spain were building a closer relationship –chapter VI–, up to the entry of Franco's dictatorship into the United Nations. Furthermore, a brief sub-chapter has been devoted, as an epilogue, to analyse the two writers' stance on the process of stabilisation of the Franco regime within the so-called Western Bloc and on the prospects for dialogue with future generations regarding the value of political and cultural exemplarity of republican memory.

Riassunto

Nell'ambito dell'eterogeneo e diversificato panorama dell'esilio repubblicano spagnolo del 1939, Max Aub e María Teresa León risultano essere due figure estremamente significative: l'impegno nel rivendicare la memoria culturale repubblicana espulsa e proscritta al termine della Guerra Civile prende forma attraverso una produzione intellettuale che, nel caso di entrambi, punta a riaffermare la legittimità storica di un progetto di società democratica fondato sui principi della giustizia sociale e dell'uguaglianza, a loro volta alimentati dal sistema di valori dell'antifascismo internazionale. Alla luce di tale prospettiva, nonché dello sviluppo transnazionale degli itinerari diasporici e delle evidenti intersezioni ideologiche e interazioni storiche tra le vicissitudini del collettivo repubblicano e i principali conflitti del XX secolo, la letteratura di Aub e León acquisisce uno statuto di esemplarità politica che non si esaurisce nell'opposizione al regime franchista e riflette una semantica contro-egemonica d'interesse globale.

Il principale obiettivo di questo lavoro, dunque, consiste nell'esaminare le parabole creative dei due scrittori, prestando particolare attenzione alle modalità attraverso cui viene plasmata la contrapposizione tra identità culturale dominante e identità subalterne contestualmente alla strutturazione del campo sociale della Spagna risultante dalla Guerra Civile e, successivamente, dall'instaurarsi della dittatura. Un simile taglio critico è inoltre da intendersi come funzionale a evidenziare sia l'evoluzione diacronica degli aspetti di pragmatica testuale in relazione all'evolversi della geopolitica mondiale sia a sottolineare il potenziale critico inscritto nelle opere di tali autori rispetto alle contraddizioni che segnano la loro epoca storica e la relativa rete di connessioni sovranazionali.

Per approfondire tali aspetti il lavoro di ricerca è stato suddiviso in sei fasi, corrispondenti ad altrettanti capitoli della tesi dottorale: nei primi due sono state prese in esame le circostanze biografiche e le traiettorie letterarie di Aub e León per quanto concerne il periodo precedente all'esilio, conducendo uno studio mirato al fine di evidenziare le origini storiche del loro impegno intellettuale e dei valori culturali da essi incarnati. La costatazione più significativa –divenuta criterio di sviluppo argomentativo di tutte le sezioni del lavoro– ha riguardato l'evidenza di un'originaria condizione di alterità che nel caso di Teresa León corrispondeva a una subalternità di genere, mentre in quello di Aub rispondeva ai limiti geografico-territoriali dello Stato-nazione. Tale aspetto

ha dunque permesso di mettere in luce le dinamiche di potere sottese alla formulazione del concetto di identità nazionale normativa e ai relativi meccanismi di esclusione sociale e/o subordinazione culturale. Allo stesso tempo, per quanto concerne gli itinerari formativi di entrambi gli autori, è stato possibile evidenziare come lo sviluppo di un senso di appartenenza al progetto identitario della Spagna repubblicana fosse contraddistinto da un'importante caratterizzazione politica e sociale. Quest'ultima risulta vincolata, in parte, alla volontà di risemantizzare le rispettive condizioni di alterità originarie problematizzandole in quanto derivate da cause strutturali e, conseguentemente, segnate dall'esigenza di formulare soluzioni di tipo collettivo finalizzate a costruire uno spazio di convivenza democratico.

Rispetto a tali premesse, si è visto fino a che punto nei testi pubblicati prima del 1939 da Aub e da María Teresa León, si avvertisse l'intenzione di generare coesione sulla base dei valori rappresentati, in particolare, dalla Repubblica del Frente Popular, coalizione vincitrice delle elezioni del febbraio 1936. Tuttavia, lo studio contrastivo delle produzioni di ciascuno dei due autori ha portato a riscontrare sfumature differenziali attribuibili proprio all'intersezione tra le rispettive memorie di marginalità e agli itinerari di educazione culturale e politica. Rispetto ai principi dell'antifascismo, la critica di Aub si indirizza contro il sentimento di nazionalismo esasperato legato a una presunta connessione indissolubile tra identità culturale e luogo di nascita, a sua volta maschera di un patriottismo fondato su differenze gerarchizzanti e astrazioni essenzialiste. Da parte sua, Teresa León insiste particolarmente sugli aspetti antintellettualisti tipici del fascismo, pronunciandosi, dunque a favore di un ideale di cultura in quanto strumento d'emancipazione di classe e di consolidamento di una coscienza politica democratica; al contempo, si propone di denunciare il sistema educativo di matrice cattolica che, in Spagna –a differenza di altri Paesi– si presentava come alleato dell'ideologia reazionaria-fascista, risultando essere particolarmente repressivo nei confronti del collettivo femminile. Seguendo la cronologia storica, nel capitolo II è stata studiata la prima fase delle convulse traiettorie di emigrazione forzata a cui verranno sottoposti Aub e Teresa León: in entrambi i casi sarà la Francia il primo luogo di destinazione, ma per quanto riguarda il primo, tale esperienza risulterà indelebilmente segnata dalla reclusione nelle carceri e nei campi di concentramento del paese transalpino, aspetto che ne influenzerà in maniera determinante la visione del mondo e la scrittura.

Successivamente, il capitolo III ha la finalità di inquadrare i tratti essenziali attribuibili all'impegno politico e sociale degli intellettuali spagnoli della diaspora del

1939 per poi individuare i fattori contingenti derivati dalle caratteristiche specifiche delle realtà di Messico e Argentina, ovvero, i Paesi dove si stabiliscono rispettivamente Aub e Teresa León. A partire dai fondamenti teorici e concettuali tracciati, lo sviluppo argomentativo delle sezioni seguenti si articola sulla base dei due momenti cruciali che hanno maggiormente condizionato le prassi creative dei due autori di riferimento sia in termini di necessità comunicative sia di limitazioni fattuali: in primo luogo, l'epilogo della Seconda Guerra Mondiale –con il trionfo delle democrazie liberali occidentali– e l'anno 1955, quando, nello scenario polarizzato della Guerra Fredda, la dittatura spagnola diventa ufficialmente membro dell'ONU, avvenimento che sancisce il definitivo riconoscimento internazionale nei confronti dell'istituzionalismo franchista. Per poter fornire una visione rigorosa delle parabole vitali e intellettuali dei due autori, il corpus delle opere analizzate è stato classificato secondo criteri strettamente legati al periodo storico di pubblicazione, risultando perciò suddiviso in tre categorie: la prima comprende i testi risalenti agli anni del secondo conflitto mondiale –capitolo IV–, la seconda, alla fase di transizione tra quest'ultima e la Guerra Fredda –capitolo V– e, infine, il terzo gruppo di testi si inserisce sullo sfondo delle diverse tappe che consolidano l'alleanza tra gli Stati Uniti d'America e la Spagna franchista –capitolo VI–, fino ad arrivare, come già accennato, all'ingresso della dittatura di Franco nelle Nazioni Unite. Per dotare l'analisi della letteratura di Max Aub e di Teresa León di una maggiore completezza, si è inoltre dedicato, a modo di epilogo, un breve sottocapitolo a esaminare la presa di posizione dei due scrittori in merito al processo di stabilizzazione del regime franchista negli equilibri geopolitici dell'allora denominato blocco occidentale e alle prospettive di dialogo con le future generazioni rispetto al valore di esemplarità politica e culturale della memoria repubblicana.

Relativamente alle produzioni intellettuali dell'esilio, si può dunque osservare come la comune attività di resistenza in qualità di intellettuali impegnati si riflettesse per mezzo di processi creativi affini tra loro per quanto riguarda gli obiettivi, la dimensione etica e il valore pragmatico: da una parte, si tratta di storicizzare i rapporti di potere che, a livello globale e nel corso del tempo, hanno reso possibile l'esistenza e la persistenza del regime franchista e, dall'altra, di dare visibilità alle vittime della dittatura proponendole come soggetti di una potenziale –e necessaria– trasformazione storico-politica. Parallelamente, le diverse condizioni materiali e circostanziali che hanno segnato le rotte diasporiche di Aub e Teresa León, sia per quanto riguarda le rispettive tappe in territorio francese così come i periodi trascorsi nell'America Ispanica –in due contesti

geografico-culturali così profondamente diversi– confluiscono in una serie di linee tematiche e strategie formali peculiari e specifiche per ciascuno dei due autori, funzionando, allo stesso tempo, come aspetti emblematici dell'eterogeneità e della significativa portata storica che hanno caratterizzato la tragedia dell'esilio repubblicano.

In sintesi, è possibile affermare che l'attenzione di Aub si concentra in particolar modo sulle problematiche di natura pratica riferite alle prospettive di dialogo tra intellettuali e classe proletaria, oltre che sull'esigenza di costituire una reale ed efficace cooperazione tra le diverse fazioni dell'antifranchismo repubblicano; al contempo, nel discorso dell'autore, una volta conclusa la Seconda Guerra Mondiale, si mantiene costante la riflessione circa le implicazioni ideologiche e le ripercussioni politiche che lo scenario altamente polarizzato della Guerra Fredda presuppone per la comunità esiliata spagnola. Nel caso di Teresa León, le critiche si orientano soprattutto verso lo statuto di subalternità femminile nell'ambito della lotta repubblicana stessa e mirano a decostruire il dogmatismo ideologico alimentato dall'alleanza tra l'ambizione della Chiesa nel voler mantenere la propria egemonia culturale e della classe borghese nel conservare la propria posizione socialmente privilegiata, alleanza fondamentale nel garantire la continuità del potere di Franco.

In conclusione, e in modo coerente rispetto all'idea di proiezione futura che emerge in modo particolarmente evidente nelle opere di Aub e di León risalenti all'ultima fase della diaspora, è interessante osservare come alcune delle strategie creative contenute nei testi di tali autori non abbiano perso, nell'attuale contingenza storica globale, il loro valore di esemplarità politica: al contrario, le tenaci rivendicazioni dell'attività culturale repubblicana in direzione di una maggiore giustizia sociale, le denunce delle dinamiche strutturali responsabili del mantenimento delle disuguaglianze di classe e, infine, la fermezza nel destabilizzare gli ingranaggi ideologici deputati a occultare tali evidenze, ritrovano, ad oggi, l'essenza della loro urgenza pragmatica di fronte alla persistenza di evidenti disparità sociali e abusi di carattere politico.

Índice

Introducción..... 16

1. Los matices constitutivos del escritor español 26

1.1 Los orígenes del yo: otredad y desplazamiento como señas de identidad 28

1.2 Ser intelectual(es) durante la Segunda República.....55

1.3 «Asturias: tierra bravía»: desde octubre de 1934 hasta la República del Frente Popular.....69

2. La Guerra Civil como punto de ruptura 80

2.1 Acción y discurso en el escenario bélico: justicia social y antifascismo.....80

2.2 Escribir en tránsito: *Contra viento y marea* (1941) y *Campo Cerrado* (1943) 105

3. Itinerarios del exilio..... 133

3.1 De cómo se construye la mirada desterrada 133

3.2 Intelectuales en espacios conflictivos 141

4. Para una ética de la Historia (1939-1945)..... 150

4.1 Repensar la colectividad: *Morirás lejos* (1942) y *No son cuentos. Primera serie* (1944) 167

4.1.1 Estructurar el campo social 173

4.1.2 Formas de resistencia: desmitificaciones ideológicas y verdades desenterradas 189

4.1.3 Cruzar las fronteras de las categorías identitarias 207

4.1.4 Refugiados, derechos humanos y conflictos transnacionales 214

5. Entre la segunda posguerra mundial y el estallido de la Guerra Fría: la marginalidad del proyecto republicano (1946-1951) 240

5.1 «Seguir en la brecha» *Sala de Espera* (1948-1951) y *Las peregrinaciones de Teresa* 249

5.1.1 Diálogo entre heterodoxos: el caso "Librada" (1951) 272

5.1.2 Diálogo entre heterodoxos: el prisma de voces peregrinas 291

6. «Sucede que el mundo ha perdido la memoria»: la España de Franco y el proceso de entrada en la ONU (1952-1955) 316

6.1 «Trabajo con la ilusión lejana de España»: entre vacíos presentes y proyecciones futuras 326

6.2 «Cuando todos seamos iguales»: desde el testimonio del horror hacia la construcción de una conciencia democrática en «El limpiabotas del padre eterno» 344

6.3 «Primero la verdad que la paz» escribir la Historia desde la imposibilidad del regreso 376

Conclusiones 394

Bibliografía 403

Introducción

Reflexionamos y escribimos siempre desde el presente, es decir, desde una específica y concreta coyuntura histórica y desde una temperie cultural que conforman nuestras preocupaciones cívicas y nuestras inquietudes intelectuales. Este trabajo nace de la voluntad de emprender, como ciudadanos y como investigadores, un empeño: aportar una modesta –pero firme– contribución al debate sobre la memoria de la Segunda República española y sobre el exilio de 1939[1]. Sobre una realidad política, social y cultural avasallada por la violencia de la Historia global y marginalizada por el discurso dominante. Este trabajo, escrito a medias entre España e Italia, surge desde la incomodidad hacia un presente en el que el sistema de valores derivados del paradigma cultural hegemónico –marcado por el individualismo antisocial y la hipercompetitividad– se sustenta sobre la base de una artificial y paralizadora lógica de consenso social orientada a desplazar el potencial de transformación inscrito en una comprensión crítica de las injusticias del pasado y en la revaloración de una ética de resistencia colectiva frente a esos abusos.

Este trabajo, en resumidas cuentas, nace no solamente de la toma de conciencia de que la memoria de la Segunda República española y de su diáspora sigue siendo conocida de forma anecdótica y acrítica por buena parte de los ciudadanos –españoles, italianos, europeos–, sino también de la intención de profundizar en el punto de vista de quienes, en su momento, construyeron y defendieron el proyecto republicano y, con ello, sus aspiraciones de justicia social y de igualdad frente a los golpes de unas fuerzas reaccionarias que quisieron apoderarse de la Historia. Por nuestra parte, hemos tratado de emprender esta tarea investigadora –adoptando una perspectiva que, en la medida de nuestras posibilidades y recursos, aspiraba a ser compleja y problematizadora– a partir de

[1] Fue sobre todo durante los años sesenta cuando la literatura exiliada empezó a ser progresivamente conocida por una minoría lectora de la oposición antifranquista. A raíz de este proceso, revistas como *Índice*, *Ínsula*, *Papeles de Son Armadans* y *Primer Acto* publicaron textos de algunos escritores de la llamada España peregrina (Larraz, 2009). En este sentido, las obras pioneras en la recuperación de la literatura desterrada han sido las de Eugenio G. Nora, –quien, en 1962, con el segundo tomo de *La novela española contemporánea*, hizo el primer esfuerzo serio para intentar integrar la creación literaria del interior y la desterrada (Larraz, 2012)–, el volumen *Narrativa española fuera de España* (1939-1961), publicado por José Ramón Marra-López, y la antología *Narraciones de la España desterrada* de Rafael Conte, editada en 1970. En 1976, salió en prensa el primer tomo de una obra colectiva, *El exilio español de 1939*, coordinada por José Luis Abellán, un proyecto que se proponía recopilar la producción cultural dispersa con el éxodo que constaba de seis volúmenes, el último de los cuales se publicó en 1978. Además, en ese mismo 1976, Vicente Llorens se convirtió en el autor de la primera síntesis sobre *La emigración republicana de 1939*.

las repetidas constataciones de que, en el presente en el que vivimos, no hemos alcanzado todavía ni una verdadera justicia social ni, mucho menos, la igualdad. Los límites prácticos y la enorme distancia existentes entre los propósitos que nos han animado y la realidad concreta, lejos de disuadirnos, nos advierten de la necesidad de sumarnos a la comunidad de investigadores que se han ocupado o se están ocupando de estos temas para que, por medio de un esfuerzo que ha de ser necesariamente colectivo, y gracias a la colaboración entre distintas perspectivas y aproximaciones, sea posible seguir recuperando el legado político y cultural de los exiliados republicanos y mantener vigente su memoria[2].

En efecto, recuerda Aznar Soler (1999), en el año 1939 se produjo una ruptura en el devenir histórico de España ya que, tras el final de la Guerra Civil y el triunfo de los rebeldes franquistas, aproximadamente medio millón de republicanos hubieron de atravesar la frontera para huir de la violenta represión de los vencedores y seguir defendiendo en Europa o en América la causa de la libertad y los principios democráticos simbolizados por el gobierno de la Segunda República. El proyecto de identidad colectiva plasmado por esta última fue entonces cohibido y sus valedores reducidos al silencio. A los que fueron expulsados, hay que sumar el medio millón de muertos de la contienda armada y el incalculable número de apresados, torturados y fusilados causados por la dictadura de Franco a lo largo de cuatro décadas, en el contexto de una sangría humana y cultural sin precedentes para el país ibérico (Prada Rodríguez, 2010).

En semejante horizonte cultural, Max Aub y María Teresa León vienen a representar dos figuras extremadamente significativas, no solo por la ingente cantidad, la indudable calidad y la gran variedad de sus respectivas producciones intelectuales, sino también por haber contribuido a elevar el esfuerzo de reivindicación de la memoria

[2] Es cierto que, tras la muerte de Franco en 1975, el conocimiento de la literatura del exilio de 1939 ha ido aumentando, pero no es menos cierto que el radical y prolongado olvido al que han sido sometidos sus autores hace que queden todavía muchas cuestiones por investigar, cuanto más que precisamente la dilatación temporal y la extremada atomización geográfica que caracterizaron el destierro republicano han constituido, desde siempre, dos importantes factores de complejidad de cara a cualquier estudio sobre este macrotema y, al mismo, tiempo, extienden y diversifican las posibilidades de acercamiento crítico. Debido justamente a la multiplicidad y a la heterogeneidad de la producción intelectual y creativa de la diáspora republicana, sería imposible dar cuenta de todos los trabajos que han sido realizado hasta el momento, aunque nos parece fundamental destacar por lo menos dos aspectos que todo investigador que quiera profundizar en cualquiera de los autores del exilio republicano debe tener en cuenta. Por un lado, la labor emprendida por la editorial sevillana Renacimiento –muy especialmente a través de la colección Biblioteca del Exilio– de la que proviene una notable cantidad de nuestras fuentes bibliográficas las variadas iniciativas –investigadoras, editoriales y de difusión cultural– acometidas por el GEXEL, Grupo de Estudios del Exilio Literario, adscrito al Departamento de Filología Española de la Universitat Autònoma de Barcelona, fundado por el profesor Manuel Aznar Soler el 30 de enero de 1993, dirigido actualmente por el profesor José-Ramón López García y compuesto por más de cuarenta miembros.

cultural republicana otorgándole unas características de compromiso moral de significación política y resonancias globales; convirtiéndolo, además, en un empeño tenaz y en un propósito prioritario de sus trayectorias exílicas[3]. Al fin y al cabo, en una tarea intrínsecamente relacionada con sus respectivos procesos de recomposición de unas identidades rotas y proscritas, exactamente como las de otros miles de integrantes de la comunidad republicana en el marco de la cual se habían consolidado, para ambos, sus valores culturales fundamentales y sus claves interpretativas de la realidad. Valores culturales y claves interpretativas que, bajo la influencia de la Historia, habían moldeado las personalidades intelectuales de Aub y de León al ser de dos escritores en diálogo permanente con lo social y con lo político. Por eso, a raíz de la fractura provocada por la expulsión del destierro, la exigencia de reconstruirse a sí mismos y la voluntad de luchar en defensa de los derechos de existencia del colectivo republicano venían a ser, para ellos, prácticamente lo mismo. Tanto es así que, si entendemos la literatura de la memoria como un instrumento crítico para entender mejor y más a fondo las problemáticas colectivas y los conflictos estructurales del presente, el planteamiento intelectual y el discurso literario de Max Aub y de María Teresa León, heterodoxos y contrahegemónicos hasta el final, resultan especialmente enriquecedores.

Entonces, a la luz de nuestro interés en rastrear las potencialidades de la creación literaria como forma de interpretación crítica de las contradicciones y de los nudos problemáticos de la realidad, el primer objetivo de nuestro trabajo es analizar la evolución de las modalidades de representación del conflicto entre identidad cultural hegemónica e identidades culturales subalternas en un corpus representativo de la producción intelectual

[3] Trazar un balance de las aportaciones críticas acerca de la obra de estos autores es una labor realmente abrumadora, por la cuantía de líneas de fuga –temáticas y metodológicas– en las que se reparten. En el caso de Aub, siguen siendo referencias imprescindibles las precursoras investigaciones de Ignacio Soldevila Durante, *La obra narrativa de Max Aub (1929-1969)* (1973), que analiza por vez primera toda la trayectoria narrativa del escritor, y *El compromiso de la imaginación. Vida y Obra de Max Aub (1999)*. En extrema síntesis, entre los estudios esenciales sobre el autor encontramos *Los laberintos del exilio. Diecisiete estudios sobre la obra literaria de Max Aub* (2003) de Manuel Aznar Soler, *Max Aub y la escritura de la memoria* (2014) de Javier Sánchez Zapatero, *Galería de personajes del laberinto mágico* (2010) de Javier Lluch-Prats, *Max Aub y Francia o la esperanza traicionada* (2007) de Gérard Malgat, *Max Aub y la historia literaria* (2014) de Fernando Larraz, *Fábula y espejo. Variaciones sobre lo judío en la obra de Max Aub* (2014) de José Ramón López García. Para profundizar en la vida y en la creación literaria de Teresa León es fundamental consultar *Los espacios de la memoria (La obra literaria de María Teresa León)* (1996) de Gregorio Torres Nebrera, *María Teresa León. Escritura, compromiso y memoria* (2003) de Juan Carlos Estébanez Gil, *Palabras contra el olvido. Vida y obra de María Teresa León (1903-1988*) (2017) de José Luis Ferris, *María Teresa León, crítica literaria. Feminismo y compromiso político* (2019) de María Castillo Robles, para mencionar solamente algunos títulos. Además, destacamos el reciente *La amistad, patria de los sin patria. María Teresa León, Rafael Alberti, Max Aub. Epistolario inédito (1953-1972)* (2023), volumen editado por Barbara Greco y útil para examinar algunos aspectos de las condiciones materiales y de los avatares editoriales experimentados por ambos escritores en el destierro.

de Max Aub y de María Teresa León, siendo esta una comparación todavía inédita. Si, por un lado, estamos hablando de dos autores que, en tanto que exiliados republicanos, lucharon discursivamente en contra de la narración de la identidad nacional española construida por el franquismo con tal de encubrir la violencia y el abuso de los que se había originado, por otro ahondar en las genealogías de los dos escritores, entrelazándolas con el itinerario histórico del pasado republicano, resulta útil para tratar de entender en profundidad de dónde vienen la mirada disidente y la atención por lo colectivo que caracterizó a Max Aub y a María Teresa León, para dar un sentido concreto –y no generalista– a sus inquietudes idiosincráticas y, en última instancia, para comprender por qué y para qué escribieron en el exilio.

Por lo tanto, el primer capítulo está dedicado a sondear la red de correlación de fuerzas que alimentaron los procesos de ubicación experimentados por ellos en el marco identitario colectivo de la España republicana. A este respecto, hemos considerado necesario insertar el desarrollo de sus personalidades intelectuales en el flujo dinámico de la Historia para problematizar dichos recorridos de identificación subrayando cómo, para los dos autores, los procesos mencionados estuvieron condicionados por sus respectivas memorias de alteridad cultural y de exclusión social: en el caso de Aub vinculada a las fronteras del Estado-nación y a la noción de ciudadanía, mientras que, en el caso de Teresa León determinada por su pertenencia al género considerado subalterno. Siguiendo con nuestro criterio cronológico, y a partir de la instauración de la Segunda República, nos ha parecido necesario ampliar nuestra perspectiva de estudio hacia otra vertiente, o sea, las implicaciones públicas que caracterizaron la actividad intelectual de Aub y de Teresa León, ya que precisamente por medio de ese papel social fue consolidándose su incorporación dentro de las coordenadas coyunturales de aquel proyecto de desarrollo identitario común.

A nivel teórico, nos hemos basado en la definición de «intelectual» elaborada por Pierre Bourdieu (1995) –quien teoriza la existencia de un capital simbólico finalizado a intervenir en el campo político-social incidiendo en los parámetros de percepción y valoración vigentes– y, desde un punto de vista metodológico, nos hemos ceñido a dos líneas directrices. La primera tiene que ver con la selección del *corpus*, puesto que hemos tomado en consideración un conjunto de textos, entre artículos de prensa, piezas teatrales y cuentos publicados originariamente en periódicos –medios de comunicación o plataformas de expresión marcados por un contacto más directo e inmediato con los receptores–, editados por Max Aub y Teresa León a partir del octubre asturiano, que

hemos asumido como verdadero punto de inflexión por el significativo impacto que la brutal represión subsiguiente provocó en la intelectualidad española y europea. Dicha repercusión ha de entenderse sobre todo en términos de una más decidida toma de postura hacia la vía de la cooperación solidaria con tal de fomentar una conciencia política sólida alrededor del progresismo republicano. Nuestro análisis, por lo tanto, apunta a individuar los núcleos temáticos y los planteamientos pragmáticos escogidos por los dos escritores para llevar a cabo la operación de legitimación que acabamos de mencionar. El segundo criterio metodológico guarda relación con la intención de señalar el estallido de la Guerra Civil española no como el inevitable desenlace de la parábola republicana, sino como otro punto de ruptura histórica. Hemos decidido explicitar este concepto dedicando un capítulo aparte –el segundo– al estudio de esta etapa de la producción intelectual de Aub y de Teresa León, algo que nos ha servido también para marcar las especificidades del discurso de los autores derivadas de la excepcionalidad del escenario bélico. Este capítulo II se cierra con un apartado centrado en las novelas, *Contra viento y marea* (1941) de Teresa León y *Campo cerrado* (1943) de Max Aub, que se caracterizan por su estatuto liminal en cuanto a la fase histórica que alimenta sus procesos de creación: en efecto, hemos valorado una serie de datos que nos han permitido ubicar sus circunstancias de redacción a medio camino entre España y Francia –primer destino del periplo exílico de ambos escritores–, entre los últimos meses de la guerra de España y los primeros del destierro. Por eso, nuestro punto de partida ha sido esta perspectiva fronteriza desde la cual los dos autores reelaboraron lo acontecido en la contienda, entendida esta última como espacio de reflexión acerca de la estructuración del campo social republicano, ya que fue precisamente este peculiar lugar enunciativo el elemento que supuso la incorporación, en la obra de ambos, de unos matices de complejidad y de problematización añadidos.

Sucesivamente, analizamos el itinerario vital y creativo de Max Aub y de Teresa León tras el comienzo del destierro americano –respectivamente, en México y en Argentina– y la instauración en España de la dictadura franquista. Dicha parte consta de un capítulo, el tercero, que tiene la función de asentar las bases teóricas que nos han permitido articular el itinerario cronológico y los criterios de estudio de las obras analizadas en los capítulos cuatro, cinco y seis. De hecho, el apartado 3.1 argumenta el concepto de exilio como expulsión violenta; es decir, se ha decidido poner el acento en la violencia histórica que genera esta condición de cara al dominio político sobre un territorio que se vincula a los límites de un Estado-nación y sobre los patrones culturales que definen la identidad colectiva. Esto ha significado examinar la diáspora en tanto que

crisis colectiva responsable de múltiples factores de marginación (Said, 2005) para que pudiéramos averiguar las huellas de estos rasgos constitutivos del destierro en el punto de vista asumido por Aub y por León desde sus países de acogida. A este respecto, y en líneas generales, el cronotopo exílico plasmado en las obras de los dos escritores se vio determinado por dos factores que, por nuestra parte, hemos asumido como ejes metodológicos de nuestra investigación. En primer lugar, las inevitables intersecciones, en la perspectiva de Aub y de Teresa León, entre la memoria de la España republicana y, por otro, la proyección transnacional de sus categorías interpretativas de la realidad y de sus marcos de análisis culturales, algo que hemos tomado en consideración no solamente debido al carácter de atomización geográfica de las experiencias objeto de nuestro estudio, sino también por la necesidad que hemos advertido, sugerida por Mari Paz Balibrea (2017), de incorporar el exilio republicano a la Historia global y contribuir a que los conflictos y las injusticias que atravesaron los itinerarios y la cronología de la diáspora sean considerados temas de debate y de reflexión imprescindibles para entender el desarrollo político, cultural y social del mundo en el siglo XX y sus repercusiones sucesivas. Esto se hace aún más necesario si tomamos en cuenta que el largo olvido al que han sido sometidos los propios exiliados republicanos no se habría podido sustentar sin las complicidades y el amparo que el régimen franquista recibió primero por parte de los vencedores de la Segunda Guerra Mundial y, posteriormente, por los triunfadores de la Guerra Fría. Secundariamente, hemos decidido hacer prevalecer la perspectiva de desarrollo diacrónico en lugar de un análisis trasversal de los temas, justamente para evidenciar también los aspectos de pragmática discursiva y literaria en relación con los cambios de la constelación histórica global. En este sentido, y manteniendo una óptica de comparación, nos hemos propuesto investigar las trayectorias evolutivas del pensamiento y de las obras de Max Aub y de Teresa León con respecto a, primero, la etapa francesa del destierro, la interacción de Aub y de los dos autores con el contexto político-social, con los medios culturales del país y con la comunidad de exiliados republicanos de los respectivos países de acogidas en América –lo que Sebastiaan Faber define como «la dimensión material del Hispanismo» (2017)– y, finalmente, la interacción de las ya mencionadas memorias de alteridad y de exclusión de cada uno de los dos escritores con la precariedad y el carácter cultural y políticamente periférico de la condición exílica.

El objetivo del apartado 3.2, en cambio, ha sido el de dotarnos de unos instrumentos de reflexión teórica para seguir recomponiendo los matices constitutivos de la mirada de nuestros autores, pero vinculándolos específicamente al papel social del

intelectual, a través del cual, como hemos comentado, ambos escritores se integraron en el paradigma identitario colectivo de la España republicana, asumiendo el consecuente compromiso de resemantizarlo desde el exilio. Por lo tanto, a los rasgos definidos por Bourdieu, hemos añadido los atributos derivados del espacio-tiempo diaspórico, es decir, el hecho de ocupar un lugar de enunciación invariablemente excéntrico, estatus que los configura, por un lado, como alteridades interpeladoras de la lógica política de la que han sido excluidos (Sánchez Cuervo, 2017) y, por otro, como individuos situados en la encrucijada entre distintas realidades culturales, sociales y políticas.

Junto con las potencialidades críticas inscritas en la condición de intelectual republicano exiliado, no hemos podido ignorar la existencia de unas significativas limitaciones procedentes de ese mismo estatus periférico, generadas tanto por la lógica nacional franquista –la censura, los órganos de propaganda y, en general, el institucionalismo cultural del régimen– como por los grandes hitos históricos que, a nivel internacional, se sucedieron tras el final de la Guerra Civil –básicamente, la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría– y en los que los dos escritores participaron tomando postura, pero viéndose condicionados, en su praxis, por las posiciones recíprocas de la dictadura de Franco y de la España republicana en los equilibrios geopolíticos mundiales. En este sentido, hemos individuado dos puntos de inflexión: el final del segundo conflicto global, con el triunfo de las llamadas «democracias occidentales» en 1945, y, en el contexto de la polarización de la Guerra Fría, el año 1955, fecha en la que la España franquista ingresa oficialmente en la ONU, evento que representó el sello definitivo para que el institucionalismo franquista pasara a ser reconocido por todo el mundo como la nación española.

El cuarto capítulo, entonces, abarca los años de la Segunda Guerra Mundial, contextualizando los vínculos históricos e ideológicos entre esta última y la contienda española con el fin de hacer hincapié en la dimensión internacional del conflicto español y, paralelamente, en la resistencia enarbolada por los exiliados republicanos. Moviéndonos desde el contexto general hacia los casos particulares, hemos puesto dichas instancias en relación con las condiciones materiales y los factores culturales que, desde el punto de vista de Aub y de Teresa León, fueron marcando estos años de asentamiento en el destierro mexicano y argentino para que todos estos elementos confluyeran, finalmente, en el análisis de *Morirás lejos* (1942) de Teresa León y *No son cuentos. Primera serie* (1944) de Max Aub, las primeras colecciones de relatos publicadas por los dos escritores en el destierro. Hemos mantenido un enfoque basado en la comparación

entre los cuentos de ambos subdividiéndolos en categorías que respondieran a criterios temáticos, pero que, al mismo tiempo, reflejaran los ejes principales de la operación intelectual finalizada a legitimar la lucha republicana y su valor transnacional.

El punto de arranque del quinto capítulo corresponde a la fase de transición entre la segunda posguerra mundial y el comienzo de la Guerra Fría –nos hemos centrado en los años entre 1946 y 1951–: se trata de una época especialmente densa de controversias y contradicciones, ya que, a la creciente fragmentación interna de las instituciones republicanas en el exilio, fue añadiéndose la lógica del enfrentamiento político y cultural entre los entonces denominados bloque oriental y bloque occidental, cuyas repercusiones a nivel geopolítico global afectaron a la perspectiva de los expulsados del franquismo en la medida en que eso conllevó el paso de una actitud inicial de condena por parte de las llamadas democracias liberales occidentales al comienzo de un proceso de reconocimiento de la dictadura franquista en aras de la constitución de una red de alianzas en una óptica anticomunista. Otra vez, para Max Aub y Teresa León las problemáticas de carácter general, o sea, la progresiva marginalidad del proyecto republicano en el escenario mundial, se sobrepusieron a los conflictos derivados de sus respectivas realidades de acogida: en el caso de Aub, su postura de socialista liberal en un contexto donde el sistema de valores de la izquierda hegemónica estaba estrecha e invariablemente asociado al comunismo, mientras que, en el de León, la ambigua relación entre el régimen franquista y el peronista. En tal sentido, nos hemos centrado en el estudio del valor de resistencia heterodoxa inscrito en dos distintos proyectos creativos: por un lado, la colección de relatos *Las peregrinaciones de Teresa* (1950) de la autora riojana y, por el otro, la revista aubiana *Sala de espera* (1948-1951), de la que hemos destacado muy especialmente "Librada" por ser un cuento particularmente representativo de las pugnas ideológicas mencionadas.

El sexto capítulo, en cambio, abarca un período que va desde finales del año 1951 hasta 1955, debido a nuestra intención de destinar una reflexión específica al proceso de acercamiento entre Estados Unidos –y las Naciones Unidas– y la España franquista, distinguiendo, además, sus hitos fundamentales: las fases de negociaciones para la instalación de bases militares norteamericanas en tierra ibérica (1951-1952), la entrada del régimen de Franco en la UNESCO (1952) y, finalmente, en la ONU (1955), poniendo el acento en la paulatina asimilación de la dictadura surgida en 1939 siguiendo los patrones culturales de la modernidad capitalista y en medio del definitivo aislamiento del progresismo republicano. De manera consecuencial al desarrollo de los capítulos cuatro

y cinco, el foco de atención de nuestra investigación se ha ido desplazando hacia el ángulo de visión de Aub y de Teresa León, armonizando instancias compartidas con la comunidad de exiliados republicanos con aspectos contingentes relacionados con las geografías culturales y sociales mexicana y argentina y, sobre todo, compaginando el general sentido de incomunicación derivado del destierro y los matices de marginalidad experimentados por cada uno de los dos escritores con respecto a los rasgos normativos del concepto de intelectual español.

A este respecto, uno de los problemas más arduos con el que hemos tenido que lidiar a lo largo de nuestra investigación ha sido la significativa diferencia, en términos cuantitativos, entre el *corpus* de Max Aub y el de María Teresa León. En este capítulo, hemos considerado oportuno conjugar las consecuencias del silencio al que fue condenada la memoria republicana con el vacío experimentado por una mujer cuya subalternidad de género limitó sus posibilidades de actuar discursivamente en tanto que intelectual comprometida política y socialmente. Hemos querido hacerlo, por un lado, ahondando en los factores materiales –en las barreras procedentes de la cotidianidad del exilio– a través de algunos pasajes del intercambio epistolar entre la propia Teresa León y Max Aub y, por otro lado, haciendo algunas calas en unas cuantas obras de la autora riojana, como las novelas *Juego limpio* (1959) y *Doña Jimena Díaz de Vivar. Gran señora de todos los deberes* (1960) y el cuento «Soledad ¿por quién preguntas?», incluido en *Fábulas del tiempo amargo* (1962), cuyos lentos y dificultosos procesos de publicación y/o cuyos contenidos reflejan a la perfección esa desgarradora tensión entre la realidad de una mujer exiliada, y por lo tanto doblemente proscrita, y su deseo de seguir esforzándose por reivindicar la legalidad democrática –la razón histórica– representada por la Segunda República frente al horizonte desesperanzador generado alrededor de la entrada de la España de Franco en la ONU. Por su parte, en el caso de Aub, nos hemos centrado en una colección publicada justo en 1955, *Cuentos ciertos*, refiriéndonos a «El limpiabotas del padre eterno» como el texto cumbre de la operación pedagógica realizada por Aub al fin de incluir el testimonio de la violencia y de las injusticias sufridas por los republicanos españoles en el itinerario de reconstrucción de una perspectiva de futuro fundamentada en una memoria postotalitaria de alcance trasnacional, oponiéndose al olvido decretado por las potencias del entonces bloque occidental. A modo de colofón, hemos dedicado un apartado a la reflexión elaborada por los dos autores acerca de la evolución de la cultura, la política y la sociedad franquista una vez estabilizada definitivamente la dictadura en la esfera de influencia occidental. Partiendo de la diversidad de aproximaciones y de las

especificidades contingentes que acompañaron al exilio de cada uno de ellos, el objetivo fundamental ha sido rastrear las múltiples dimensiones que, en ambos casos, fueron componiendo dicha vertiente reflexiva: desde el motivo de la condición de «exiliado republicano» como estatus permanente hasta la crítica a la degeneración cultural contextualizada en la España de aquel presente, desde el conflicto generacional hasta el tema de las distintas actitudes asumibles por los desterrados frente a la indefinida prolongación de la diáspora. Precisamente estos planteamientos, sondeados por medio de referencias específicamente centradas en textos tan emblemáticos como «El remate» de Aub –publicado originariamente en 1961 en un número extraordinario de la revista *Sala de Espera* y sucesivamente en la colección *Historia de mala muerte* (1965)–, «Las estatuas» y «Por aquí, por allá» de Teresa León –incluidos en *Fábulas del tiempo amargo*–, han sido el necesario complemento de nuestras trayectorias de investigación acerca de lo que significó para Max Aub y para estos dos autores ser intelectuales republicanos españoles exiliados en las diferentes etapas históricas en las que se articularon sus respectivos itinerarios.

1. Los matices constitutivos del escritor español republicano

Debido a su propia conformación, evasiva y polifacética, la noción de identidad cultural[4] se ha convertido en objeto de frecuentes tergiversaciones y abusos por medio de tendencias epistemológicas que tratan de cristalizar su carácter itinerante y permeable o, bien, de reducir su complejidad obviando contradicciones y puntos de indeterminación. Este concepto se hace aún más resbaladizo cuando aplicamos esquemas interpretativos que naturalizan y des-historicizan las relaciones de poder subyacentes a sus convencionales formas de categorización, como los límites del Estado nación –que, a su vez, definen el valor jurídico de la ciudadanía–, los principios de diferenciación de las clases sociales y los paradigmas de género con sus relativas prácticas, pero es precisamente a partir de la síntesis entre discurso y procesos del poder que estos tres factores, combinándose entre sí, plasman la pertenencia del sujeto a un específico grupo social y que, al mismo tiempo, lo apartan de otros.

Dichas premisas parecen ineludibles en los casos de Max Aub y de María Teresa León, ya que revelan la compleja red de correlaciones de fuerzas que alimentó sus respectivos procesos de ubicación en el marco identitario de la España republicana. Este último corresponde a un espacio ideológico intersubjetivo en el que los dos escritores no se limitaron a ejercer de testigos inactivos, confinados en la periferia de la Historia. Por el contrario, actuaron en la construcción de un proyecto cultural colectivo cuyo punto de arranque coincidió con la declarada voluntad de aportar un cambio, este último, entendido como reformulación de la narración identitaria de España según una orientación modernizadora y democrática. Y lo hicieron desde la perspectiva de dos intelectuales cuyo discurso y cuya acción se concibieron como dotadas del suficiente capital simbólico[5]

[4] El concepto de «identidad» puede ser planteado desde distintos enfoques teóricos. Como apunta Laura López Fernández (2012), la identidad misma ha sido objeto de estudio tanto de las Ciencias cognitivas como de las Humanidades: en particular, cabe decir que el interés en el «yo» ha atravesado toda la filosofía occidental desde la época clásica –con Platón a la cabeza– hasta la modernidad, cuando se empezó a distinguir entre el paradigma esencialista, con pensadores como Kierkegaard o Heidegger, y el materialismo ideológico, fundamentado en el concepto de «conciencia colectiva» de Durkheim y en el de «conciencia de clase» de Marx. Sin embargo, todo acercamiento llevado a cabo hasta la actualidad sea de naturaleza empírica o especulativa, solo ha podido alcanzar resultados parciales; por lo tanto, podemos afirmar que «en Occidente carecemos de un marco teórico satisfactorio que explique el proceso de formación de la identidad» (2012: 72). En nuestro estudio, tomaremos en consideración la condición histórica y relacional de la identidad cultural, aplicándola a tres parámetros: la delimitación geográfico-territorial, la clase social y el género, limitadamente al análisis de sus respectivas representaciones literarias en la obra de Max Aub y en la de María Teresa León.

[5] En este sentido, nos referimos específicamente a la conceptualización del intelectual elaborada por Pierre Bourdieu (1995: 197), quien lo define, básicamente, como un hombre de letras que interviene en el campo

como para tener repercusión pública y, de ese modo, reforzar la legitimación social del discurso republicano, en un esfuerzo que se vio amplificado por las circunstancias límites de la Guerra Civil, cuando adquirió unos rasgos aún más urgentes y militantes. Sin embargo, estas trayectorias identificativas no se desarrollaron de manera lineal ni armónica, sino que estuvieron marcadas por continuos desplazamientos, geográficos y metafóricos, y por un continuo proceso de fragmentación del yo a través de distintas formas de otredad, surgidas a partir de las categorizaciones antes mencionadas. En otras palabras, reconstruir las genealogías de los autores y entrelazarlas a la consolidación de la configuración cultural republicana, entendiendo estos itinerarios como «procesos» en el ámbito de una realidad relacional, es lo que nos permite subrayar su dimensión histórica, cuestionar la línea de separación entre identidad y alteridad y, en última instancia, plantear la identidad misma no como una entidad esencial y eternizable sino como una construcción narrativa entre otras muchas alternativas posibles[6].

político, influyendo en los principios de percepción y valoración vigentes –es decir, ejerciendo un capital simbólico–, legitimando esa autoridad –que Bourdieu, a menudo, sobrepone al término «carisma» o «prestigio»– en virtud de los valores de autonomía e independencia, cualidades específicas del campo de acción propio del intelectual, es decir, el campo de acción cultural.

[6] Para entender estos conceptos, resulta útil remitir, por un lado, al enfoque teórico proporcionado por Terry Eagleton (2021) quien, en el ámbito de su estudio sobre la historia de la noción de ideología, explica precisamente que la principal función atribuida a una ideología dominante consiste en inculcar una hermenéutica identificadora con ciertas creencias o prácticas de significación; esto se puede hacer, por ejemplo, suprimiendo ciertos rasgos –impresentables– de la realidad social o sugiriendo que estos rasgos no pueden ser evitados. Pero, lo que nos importa especialmente destacar son las consecuencias de dicha estrategia con respecto al problema verdad/falsedad y que «los enunciados ideológicos pueden ser verdaderos en relación con la sociedad en su estado actual, pero falsos en cuanto sirven para descartar la posibilidad de una situación transformada. La verdad misma de estos enunciados es también la falsedad de su negación implícita de que pueda concebirse algo mejor» (2021: 57). Estas consideraciones se compaginan perfectamente con el planteamiento elaborado por Bourdieu, quien, a la hora de explicar el vínculo entre representación de la realidad y discurso del poder, y con ello, la difuminada relación entre «subjetividad» y «objetividad», afirma: «no hay sin duda ningún instrumento más poderoso que la reconstrucción de la génesis: al hacer resurgir los conflictos y las confrontaciones y, con ello, las posibilidades descartadas, reactualiza la posibilidad de que las cosas hayan sido (y sean) diferentes y, a través de esta utopía práctica, vuelve a poner en tela de juicio la posibilidad por la que, entre todas las demás, se ha optado» (1997: 98). Así es que romper con el análisis esencialista es justamente lo que fundamenta nuestro proceder metodológico concretándose este último en la determinación de dar cuenta de la lógica propiamente histórica de las dinámicas de construcción y evolución de la identidad cultural.

1.1 Los orígenes del «yo»: otredad y desplazamiento como señas de identidad

Las rutas de Max Aub por los múltiples virajes del yo empezaron en el signo de un temprano desarraigo: nacido el 2 de junio de 1903 en París, de padre alemán y madre francesa, en 1914 se vio obligado a exiliarse a España[7], junto con su familia, a consecuencia del estallido de la Primera Guerra Mundial. Las circunstancias bélicas hicieron que la nacionalidad de Frédéric Guillaume Aub los convirtiera, de la noche a la mañana, en enemigos del país galo, transformándolos de ciudadanos con plenos derechos a seres indeseables, condición a la que se añadió el estigma racial del odio antisemita[8]:

> Me hizo daño el ver en Vierzon el primer tren militar de heridos –y debí ver muchos otros cuando salíamos para España a reunirnos con nuestro padre–. Fue en ese momento cuando mi abuela dijo algunas palabras en alemán y alguien que pasaba nos miró y nos dijo: «¡Sales juifs!»[9]. Era la primera vez que yo oía en Francia semejante cosa: tenía once años (*apud* Malgat, 2007: 30).

Lo que llama la atención es que el carácter traumático de aquellos hechos, evocado en estas imágenes por el propio autor muchos años después, lo perfilan como alguien excluido, rechazado por la tierra en la que había nacido y en la que se habían fraguado sus primeras impresiones del mundo, y que de repente pasó a negarle la posibilidad de definirse y reconocerse como parte integrante de su propio colectivo social. De este modo, las vivencias de Max Aub –que, en su infancia parisiense iban germinando en el cosmopolitismo de sus padres y en el bilingüismo de sus niñeras, una institutriz alemana y una joven francesa originaria del Oise–, fueron a chocar, por primera vez, con la noción de frontera nacional concebida como una barrera infranqueable debido a una arbitrariedad política, a su vez, fundamentada en una lucha por el poder[10]. Esas dinámicas lo arrojaron en un inaprensible espacio desidentificador, ya que, por otro lado, su partida de

[7] En consonancia con la propuesta de Albrecht Buschmann (2022: 48-49), hemos optado por el término «exilio» –frente a otros como «migración» o «movilidad»–, debido a las implicaciones políticas contenidas en ese concepto y que corresponden a la experiencia de exclusión sufrida por la familia Aub en 1914, experiencia con la que el mismo escritor se vio obligado a enfrentarse en distintos momentos de su vida.
[8] Al fin de profundizar en la historicidad del antisemitismo moderno, reenviamos al clásico de Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, publicado originariamente en 1951 –y que citamos en la edición castellana publicada en 2006 por Alianza– en el que Arendt traza un vínculo entre el movimiento antisemita y la crisis del sistema europeo de Estados-nación y sus ya precarios equilibrios de poder (2006: 65-207).
[9] En castellano, «¡Sucios judíos!».
[10] Estas impresiones, grabadas en la conciencia del mundo y en la sensibilidad política aubiana volverán repetidas veces a vertebrar nuestras argumentaciones y nuestro análisis de la obra de Aub antes, pero, sobre todo, después de su expulsión de España al final de la Guerra Civil.

nacimiento y su idioma materno señalaban su estatuto de alteridad también con respecto a la comunidad del país de acogida.

En el ámbito de esta ambigüedad definitoria, la parcialidad interesada de quien detiene la hegemonía discursiva y las sensaciones de desorientación y desamparo que recaen sobre los que se ven colocados en una posición de marginación, están bien resumidas en estas impresiones del mismo Aub, recogidas en un breve pero incisivo pasaje de una entrevista radiofónica incluida en el estudio de Gérard Malgat, *Max Aub y Francia o la esperanza traicionada* (2007): «Me enteré de que éramos alemanes –yo no lo sabía del todo, y además no lo éramos–» (Malgat, 2007: 29). Ese abismo entre la autopercepción del autor y lo que, al fin y al cabo, es una operación de construcción de la realidad determinada por un poder externo al sujeto, encuentra su paradójica manifestación en ese «Me enteré de que éramos alemanes», que condensa la semántica de una identidad que se vuelve estigma y estereotipo porque impuesta desde lo externo y sobre la base de una relación jerárquica, semántica amplificada por esa acertada elección terminológica del autor, «enterarse de ser alguien», que enfatiza la sensación de incomprensibilidad experimentada y el carácter artificial de la identificación asignada. En ese sentido, parece especialmente pertinente la clave de lectura teorizada por Zygmunt Bauman, quien habla del concepto de identidad como de un factor de estratificación: dicho de otra manera, en el marco de cualquier sociedad, en el extremo inferior están precisamente quienes «cargan con el lastre de identidades que otros les imponen y obligan a acatar; identidades de las que se resienten, pero de las que no se les permite despojarse» (2005: 87). Según lo que explica Michel Foucault (2004), en el otro polo de esa dinámica relacional aparecen los que determinan los procedimientos de exclusión. Entre dichas estrategias, las que podemos aplicar a los acontecimientos de la infancia de Aub son la «separación y el rechazo» y, sobre todo, la «oposición entre lo verdadero y lo falso» (2004: 14-15). Si la primera dimensión nos ayuda a describir los mecanismos prácticos, o sea los efectos materiales o más bien tangibles de la expulsión de un lugar identitario, la segunda constituye su trasfondo conceptual: Aub había sido y ya no era francés, no se sentía alemán, pero lo etiquetaban como tal. Eso nos muestra, retomando el hilo de las argumentaciones de Foucault (2004: 16-18), que la realidad –identitaria– no existe con independencia de un proceso de interpretación y de poder, con lo cual, el principio de lo que es «real» siempre está definido por el discurso de unos pocos. A este propósito, son muy sintomáticas las palabras que Aub añadió a continuación:

> Entonces había un problema que me preocupaba mucho cuando pasé la frontera. Pensé: al fin voy a saber la verdad [...]. Y aunque los franceses y los alemanes tenían toda la libertad para hacer llegar sus noticias, nunca me enteré de la verdad (*apud* Malgat, 2007: 32).

Lejos de ser simples anécdotas biográficas, esta temprana experiencia de indeterminación identitaria, como observa Javier Sánchez Zapatero, fue la primera semilla que influyó en la convicción del autor acerca del carácter inaprensible de la realidad, que solo se puede acceder a una verdad múltiple, «la que mejor se amolda al carácter heterogéneo, variado y multiforme de la realidad» (2014: 60). Volveremos varias veces sobre esta perspectiva de análisis, profundizando en ella e insertándola en el marco de los sucesivos desarrollos existenciales y creativos del autor.

Al mismo tiempo, si nos centramos en la relación entre el Aub niño y España, tenemos que partir del presupuesto de que, en la época moderna, es precisamente el lugar de origen el que otorga a los individuos una identidad nacional legal y oficialmente aceptada y aceptable, permitiéndoles, de esa forma, entrar en la esfera pública y adquirir una existencia normativizada, fijada en la noción de «ciudadanía». Como observa Giorgio Agamben (2006: 164-165), después de la Revolución Francesa, los estados nacientes se enfrentaron a la exigencia de crear un nuevo orden –que el filósofo asocia al principio de soberanía–, dado que las fuerzas tradicionales, espirituales y religiosas, ya no lo reproducían automáticamente: esta reivindicación de legitimidad se fundamentó, y se basa todavía, en la estrecha conexión entre una determinada localización –el territorio– y cierto ordenamiento –el Estado–. Sin embargo, para poder establecer y consolidar esta conexión en términos de validez objetiva, se necesita lo que Bourdieu define como «capital jurídico» (1997: 108), la forma objetivada y codificada del capital simbólico, en virtud del cual el orden soberano moderno produce actos o certificados: estos últimos son simbólicamente eficientes, o sea, están destinados a producir un efecto de derecho en tanto que llevados a cabo en situaciones de autoridad y en el ámbito de los mecanismos burocráticos del Estado mismo. Entre dichos certificados, el que más nos interesa destacar en relación con el caso específico de Max Aub es el acto de nacimiento que, según el procedimiento que acabamos de exponer, tiene la capacidad de crear o instituir sujetos socialmente garantizados que tienen derecho o que están autorizados a ser, como el ciudadano (Bourdieu, 1997: 108-114).

Al subrayar la génesis histórica de estos procesos, el sociólogo pone de manifiesto el carácter artificial de los criterios estructuradores o, si se prefiere, uniformadores que

derivan de ellos, consideración compartida también por Bauman (2005: 53), quien subraya otro aspecto fundamental, llegando a afirmar que el objetivo detrás de la construcción de la identidad nacional[11] es hacerse con el monopolio para trazar el límite entre «nosotros» y «ellos», es decir, uniformar o esquematizar la pertenencia a un grupo y, en última instancia, definir y establecer la norma entre ser y no ser. Este poder de excepción pasó a constituir, de aquí en adelante, una de las mayores preocupaciones de Aub, puesto que, en su deriva más radical, el paso de «identidad nacional» a «nacionalismo», no solo se hace responsable de incontables injusticias y sufrimientos, sino que va a incidir negativamente en las relaciones entre los hombres, ya que no hace sino «acentuar las diferencias» (Aub, 2003: 254). También en este caso, es muy importante detenerse en el verbo escogido por el autor, «acentuar», dado que le sirve para poner en evidencia el verdadero nudo problemático de la cuestión: de hecho, las consecuencias epistemológicas que conllevan los nacionalismos no se orientan hacia un horizontal «reconocimiento de las diferencias», entendiéndolas como expresión de la pluralidad y del dinamismo de la realidad humana, idea que, en sí misma, va pareja al derecho de autodeterminación de los pueblos, sino que definen la alteridad en términos «verticales», es decir, fabricando jerarquías y exclusiones. En fin, producen lo que el escritor describió, en varias ocasiones, como un «mundo cerrado» (Aub, 1998: 128), responsable de fenómenos como el sectarismo y la autarquía sociocultural, algo que, a lo largo de toda su trayectoria intelectual, fue un constante blanco de críticas y sobre el que volveremos en otros pasajes de este trabajo[12].

Con todo, a medida que avancemos en la trayectoria vital del autor, comprobaremos como dicha toma de postura no implicó un rechazo total y definitivo de cualquier forma de identificación nacional: no se trató de negar esta concepción del sentido de pertenencia, sino de devolverle su historicidad, plantearla no como un concepto

[11] Otro relevante aporte teórico sobre el tema es el de Eric Hobsbawn (2002: 21), según el cual «las naciones modernas [...] reclaman ser lo contrario de lo construido, es decir, buscan ser comunidades humanas tan "naturales" que no necesitan más definición que la propia afirmación». Para detallar los recursos a través de los cuales se lleva a cabo este trabajo de eternización, Hobsbawn (2002: 17) introduce el concepto de «tradiciones inventadas»: la peculiaridad de estas últimas reside justamente en el hecho de que, a pesar de ser de cuño reciente, utilizan la continuidad histórica para autolegitimarse y, a diferencia de las tradiciones realmente antiguas, muestran la tendencia a ser vagas y poco específicas, con lo cual, giran alrededor de asuntos como la naturaleza de los valores, los derechos y las obligaciones de pertenencia.

[12] Como veremos, las reflexiones sobre estos temas ocuparon un lugar central en la toma de postura antifascista del autor, proceso que evidenciaremos a la hora de analizar la trayectoria intelectual de Aub en la contingencia histórica de los años treinta y en sus evoluciones de acuerdo con la sucesiva experiencia en los campos de concentración y en las cárceles francesas entre 1939 y 1942, el destierro mexicano paralelamente al desarrollo de la situación geopolítica global por lo que concierne al Segundo conflicto mundial y a la Guerra Fría.

jurídico o una herencia genética inamovible y rígida, sino como una elección cultural conscientemente asumida en tanto que ideológicamente e históricamente determinada (Luquín Calvo, 2019: 173; Buschmann, 2022: 224-225), sin dejar de lado las huellas del contacto con otros tiempos y con otros espacios, amén de las consecuencias derivadas del acto mismo de exiliarse. En este sentido, se hace necesario enfrentarse a las dos caras del desplazamiento: por un lado, flexibilidad de perspectivas y multiplicidad de referencias y, por otro, inestabilidad e incertidumbre identitaria, más aún si se trata de una mudanza asociada a eventos traumáticos, lo cual conlleva la necesidad de compensar la pérdida de aquel desarraigo, de convertirse en alguien, de salirse de aquel espacio desidentificador en el que el sujeto ha sido arrojado[13]. Sin embargo, estas consideraciones generales resultan insuficientes si no las contextualizamos en las contingencias concretas y en los factores históricos que acompañaron el primer exilio de Aub. A este respecto, tenemos que empezar considerando dos aspectos: primero, qué supuso para Max Aub haberse mudado a España a los once años y no en la edad adulta, y, en segundo lugar, qué implicaciones tienen los múltiples niveles de alteridad del autor con respecto a la sociedad española de la época, hecho que hay que analizar desde ambos polos del binomio y en términos diacrónicos, ya que influyeron significativamente en la calidad de su proceso de integración[14] porque veremos que estas dos «caras del desplazamiento» se tiñeron de matices semánticos distintos en los sucesivos itinerarios geográficos del autor.

Retomando el hilo cronológico, Aub y su familia llegaron a España –concretamente, se establecieron en Valencia–, en septiembre de 1914, y el futuro escritor empezó a frecuentar el Instituto General y Técnico Luis Vives. En la fase de incorporación al nuevo contexto, los efectos inmediatamente perceptibles tuvieron que ver de manera destacada con la expatriación lingüística: el aprendizaje del castellano no ocultaba las huellas de su anterior poliglotismo, cualidad que si por un lado enriqueció su evolución intelectual, ampliando su caudal asociativo y creativo[15], por otro, le hizo

[13] A propósito de la conceptualización de «no-lugar identitario», es de gran interés la investigación de Michael Ugarte, *Literatura española en el exilio. Un estudio comparativo* (1999), que nos ofrece algunos significativos elementos aplicables ya a partir de la temprana experiencia de Aub –como estamos comentando a lo largo de estas páginas–, y que irán constituyendo un marco teórico útil para analizar la producción del exilio republicano.

[14] Para profundizar en las consecuencias psicoanalíticas de los fenómenos migratorios y exílicos, en sus extremas heterogeneidad y complejidad, remitimos al estudio realizado por Rebecca y León Grinberg, *Migración y exilio: estudio psicoanalítico* (Biblioteca Nueva, 1996).

[15] El proceso de armonización entre el cosmopolitismo lingüístico y la elección del castellano como única lengua literaria, en sus distintas facetas y evoluciones, es abordado por Buschmann en *Max Aub. Entre vanguardia y exilio* (Renacimiento, 2022), estudio monográfico en el que recopila las principales

percibir un inevitable desgarramiento, como recordaba el mismo autor en una entrada de sus diarios fechada 16 de agosto de 1968: «Perdí muchísimo tiempo. La culpa: a) del idioma que tuve que aprender a los once años [...]» (Aub, 2003: 399). En efecto, las ineludibles exigencias de integración se torcieron muy pronto hacia una firme decisión de hacer del castellano su lengua exclusiva de creación, como confirmó Aub en un documento enviado a Ignacio Soldevila Durante en el que subrayó que «nunca he podido escribir nada en otra lengua» (*apud* Soldevila Durante, 2003). Pero, esa operación de identificación lingüística no era sino el nivel más superficial de un proceso de mucho más calado: de hecho, en un recuerdo que el mismo Aub evocó en «Explicación», prólogo que abre *Hablo como hombre*, colección publicada en México en 1966, se puede leer: «Me hice hablando un idioma extranjero – nadie nace hablando–, que resultó ser el mío» (Aub, 2002a: 38). A la hora de recurrir al sintagma «me hice», lo que estaba haciendo Aub era vincular su desarrollo como hombre, la construcción de su yo, a un *topos* lingüístico-cultural concreto, un espacio distinto del que sus orígenes y sus antecedentes familiares le habían asignado, resignificando su inicial condición de otredad a medida que iba organizando su consciencia del mundo, de los demás y de sí mismo.

Por ende, la edad en la que se dio la primera experiencia exílica del autor cobra una gran importancia, ya que, siendo él poco más que un niño, su personalidad estaba en pleno florecimiento y tenía la ventaja de poseer una enorme potencialidad en términos de rapidez y profundidad de asimilación. En esa misma línea, Sánchez Zapatero argumenta que el proceso de autoafirmación de Aub en tanto que español se debió precisamente al hecho de que había transcurrido en España sus años de juventud, ya que «si la infancia supone una mirada ingenua y virginal a la realidad, la etapa juvenil constituye el verdadero descubrimiento del mundo» (2014: 85). Por otro lado el autor, aunque se haya limitado a mencionarlo entre paréntesis, advertía que «nadie nace hablando», desmintiendo la pretendida naturalidad de la correspondencia entre lugar de nacimiento e identidad cultural: no por nada, en una nota del 18 de abril de 1950, conservada en sus diarios, afirmaba que «siempre se es de dónde se ha aprendido a vivir» (Aub, 1998: 165) y, de forma aún más concreta y específica, en *La gallina ciega* –diario de su viaje a la España franquista de 1969, publicado en 1971– que «no se es de donde se nace sino de donde se estudia el bachillerato: por eso soy valenciano» (Aub, 2015: 214).

contribuciones teóricas sobre el tema, analizando tanto los aspectos inherentes a la escritura como a la expresión oral.

En resumidas cuentas, lo que estamos gradualmente comprobando –siguiendo el camino vital del autor y teniendo en cuenta todas las instancias que hemos mencionado hasta el momento–, es cómo, en esos años de formación, el proceso de configuración de la «españolidad» de Aub se cimentó precisamente en el intento de conciliar la aparente contradicción entre la hibridación, dada por la multiplicidad de sus elementos constitutivos, y la búsqueda de una narración identitaria compartida de la que sentirse parte integrante. De hecho, la memoria lingüística, literaria y cultural de Aub nunca dejó de forjarse en el sincretismo: Soldevila Durante (2003) recuerda el vivaz interés mantenido por el escritor acerca de la heterogénea realidad europea de los años veinte, alimentada, entre otras cosas, a través de la suscripción a revistas de procedencias variadas, como las francesas N.R.F –de la que era asiduo lector– , *Commerce* –fundada por Paul Valéry, León-Paul Fargue y Valéry Larbaud–, *L'Esprit Nouveau* –una de las principales revistas sobre las vanguardias–, *Petite Illustration* –que publicaba obras de teatro y novelas inéditas–, la británica *The Times* y, entre las españolas, España –fundada por Ortega y Gasset y dirigida por Luis Araquistáin, hasta su desaparición en 1923, prohibida por la dictadura de Primo de Rivera–, *Revista de Occidente* y *La Gaceta Literaria*[16]. Esa mirada multidimensional se desplegaba también en sus filiaciones literarias: son notorios los entusiasmos juveniles de Aub por Gonzalo de Berceo, así como por los escritores del 98 –en esa etapa, sobre todo Unamuno y Baroja–y la amistad con José Gaos, cuya dedicación filosófica incidió notablemente en las lecturas del autor. Por otro lado, Malgat pone el énfasis en la presencia constante de Francia en el quehacer cultural de Aub porque no es secundario el hecho de que, a partir de 1924, viajó regularmente a París, frecuentando los ambientes teatrales de la capital –cuyas ideas renovadoras influyeron no solamente en la producción aubiana anterior a 1936, sino también en su trabajo en el Consejo Central del Teatro en 1937 y sobre el que nos detendremos más adelante– y permaneciendo en contacto con sus círculos intelectuales y enriqueciendo su biblioteca personal con nombres como los de Paul Claudel, Jean Cocteau e incluso grandes novelistas como Marcel Proust y Romain Rolland[17].

[16] Tomamos como referencia el planteamiento teórico de Bauman (2006: 166) donde, la que hemos definido como «aparente contradicción», se describe como una síntesis dinámica, ya que habla de «[...] dos valores, igualmente apreciados e indispensables para el bien de una existencia humana decente de pleno derecho: la libertad de elección y la seguridad que ofrece pertenecer a alguna parte [...]».

[17] La nómina completa de los modelos literarios de Aub es muy extensa y, por supuesto, no incluye solamente a escritores españoles y franceses, aunque sean estos los más cuantiosos: en el curso de este trabajo, haremos referencia a las más significativas de acuerdo con el desarrollo diacrónico de la trayectoria vital del autor y la progresión temática de la presente investigación. Para una mayor profundización, señalamos, en el caso del universo literario español, los estudios de Ignacio Soldevila Durante,

Además, a la hora de profundizar en la semántica polifacética de la alteridad de un sujeto desplazado, es importante tomar en consideración la respuesta de la comunidad receptora con respecto al recién llegado y el impacto que eso supone. A este propósito, es el mismo Aub quien afirma que: «Nunca encontré en España la menor dificultad por ser considerado francés o alemán y nunca fui considerado desde ese punto de vista como alguien inferior. Muy al contrario, siempre estuve en igualdad de condiciones» (*apud* Malgat, 2007: 36-37)[18]. De ahí la importancia de recordar que, en el proceso de incorporación de Max Aub al espacio cultural español, fue decisiva la toma de contacto con el ambiente de Madrid que, en el periodo prebélico, estaba caracterizado por un especial fervor y una palmaria vivacidad intelectual. Como recuerda Sánchez Zapatero (2014: 85), a partir de 1923, los viajes de Aub a la capital se hicieron cada vez más frecuentes, algo que le llevó a participar en numerosas tertulias y a conectar con los medios artísticos y literarios del país y a conocer a muchos destacados escritores. El hecho cabal es que aquellas generaciones de autores y creadores –entre ellos, Jorge Guillén,

---

particularmente la ponencia presentada en *el Congreso Internacional del Centenario «Max Aub, testigo del siglo XX»* (Valencia, 2003), «Max Aub y la tradición literaria española», donde recuerda una cita de Aub en la que sostenía que «España está a la base de mi formación e información, entonces perfectamente al día gracias a Díez Canedo (letras), Salazar (música), a Juan de la Encina (pintura), y mis ideas políticas surgen de la misma fuente bajo las plumas de Ortega, Azaña y Araquistáin» (Soldevila Durante, 2003: 2). Con respecto a Francia, destacamos el ya citado *Max Aub y Francia o la esperanza traicionada* (Renacimiento, 2007) de Gérard Malgat y las aportaciones de José Antonio Pérez Bowie, entre las que señalamos «Max Aub y la cultura francesa», ensayo contenido en *Max Aub – André Malraux: Guerra Civil, Exilio y Literatura/ Guerre Civile, Exile et Littérature* (ed. Omar Ette, Mercedes Figueras y Joseph Jurt, Iberomericana/Vervuert, 2005), en el que escribe que «La vinculación de Aub con la cultura y la literatura francesa se manifiesta por otra parte, de una manera muy notable, en las múltiples referencias a ellas que aparecen en sus textos literarios y que actúan, en la mayoría de los casos, como procedimiento caracterizador de los personajes» (Pérez Bowie, 2005b: 112).

[18] Sin embargo, es oportuno matizar esas declaraciones. En efecto, el 2 de agosto de 1945, Aub anotó en sus diarios unas reflexiones en las que argumentaba sus críticas al fundamentalismo religioso haciendo hincapié en la sensación de extranjerismo asociadas al carácter híbrido de su nombre y a la heterodoxa educación religiosa recibida en su juventud. Aunque reconoció que fue la España de su juventud el lugar que menos le hizo sufrir su diferencia, tampoco se propuso trazar un retrato tan placentero: «¡Qué daño no me ha hecho, en nuestro mundo cerrado, no ser de ninguna parte! El llamarme como me llamo, con nombre y apellido que lo mismo pueden ser de un país o de otro [...], y hablar con ese acento francés que desgarra mi castellano ¡qué daño no me ha hecho! El agnosticismo de mis padres –librepensadores– en un país católico como España, o su prosapia judía, en un país antisemita como Francia ¡qué disgustos, qué humillaciones no me ha acarreado! [...]. Quede constancia, sin embargo [...] que en España es donde menos florece ese menguado nacionalismo [...] aunque parezca mentira. Allí jamás oí lo que he tenido que oír, aquí y allá, en pago de ser hombre, un hombre como cualquiera» (Aub, 1998: 128-129). Esta reflexión es especialmente emblemática ya que, como afirma López García (2013: 32-33), remite a la idea de un nombre que define una semántica sociológica y cultural sumamente compleja por aludir al judío-alemán como circunstancia que, a su vez, conlleva una idea de alteridad múltiple. A raíz de estas consideraciones, podemos comprobar que las dos citas que acabamos de referir no necesariamente se invalidan entre sí, sino que simplemente se originaron a partir de circunstancias sociopolíticas diferentes y, sobre todo, respondían a dos objetivos pragmáticos distintos –tal vez indirectos u ocultos debajo de la superficie de las palabras–. Por eso, coincidimos con Soldevila Durante (1999) en el momento en que defiende la necesidad de concederle un valor de verdad relativa a las afirmaciones de Aub, opinión compartida, entre otros, por Buschmann (2005) y Malgat (2007).

Paulino Masip, Pedro Salinas, Luis Buñuel– se habían colocado en el amplio y diversificado «escenario del pensamiento occidental» según una dinámica de intercambio que ya no era «totalmente desigual entre Centro y Periferia equivalente al subdesarrollo económico y social del país de entonces, sino como partícipe de los quehaceres culturales de la modernidad» (Blanco Aguinaga, 2005: 97). Por su parte, Soldevila Durante (2003) confirma que:

> Esa eufórica sensación de estar al día viene reforzada por dos oleadas de progresivo europeísmo capitaneadas por personalidades como Ortega, Pérez de Ayala o Eugenio D'Ors, formados respectivamente en Alemania, Inglaterra y Francia. Consecuentemente, la juventud de lo que luego se conocerá como generación del 27, acoge con evidente interés a quien, como Aub, tiene sus raíces en Francia y Alemania.

Es ahí donde Aub absorbió la influencia de los movimientos de vanguardia y el magisterio de Ortega y Gasset acerca del esteticismo asocial y deshumanizado, aunque, como apunta Carmen Valcárcel (2009: 797), las obras de Aub escritas en aquel entonces –que abarcan prácticamente todos los géneros, desde la narrativa, con relatos como *Geografía* (1925) y *Fábula verde* (1930), hasta el teatro, con piezas como *Crimen* (1923) o *El desconfiado prodigioso* (1924), y la poesía, con *Los poemas cotidianos* (1925)– no se configuraban como un irracional y narcisista juego verbal sino que respondían más bien a una forma de subversión finalizada a proporcionar nuevas posibilidades críticas no exentas de ironía y elementos paródicos, perfectamente insertadas en la tradición del realismo español de Cervantes, Galdós y Valle Inclán.

Otra vez, por lo tanto, la trayectoria de Max Aub puso de manifiesto no solamente la labilidad de los criterios de categorización identitaria sino también la mutabilidad de los procesos históricos de configuración social y de delimitación del principio de legitimidad. Dependiendo de las ideologías imperantes en cada lugar y en cada tiempo, Max Aub pudo ser definido como un cuerpo extraño y rechazable –en la Francia de 1914–, un individuo diferente e integrable –en la Valencia de su infancia– o un sujeto aceptado –en la España de su juventud–. Y sus orígenes cosmopolitas, es decir, su caracterización divergente con respecto a la norma uniformadora del Estado-nación, fueron valoradas respectivamente como una amenaza –o una culpa–, una simple peculiaridad y, finalmente, en el ambiente de las vanguardias madrileñas de los veinte, como un elemento enriquecedor. Pero, en todo eso, conviene volver a subrayar un detalle fundamental: no solamente la voluntad de Aub se expresó claramente a favor de cierta identificación, sino

que también la coyuntura histórico-ideológica del espacio cultural al que se incorporó le reconoció la oportunidad de acceder a los recursos capacitantes para que su autoafirmación fuese legitimada socialmente y, por fin, obtener la ciudanía española a sus veinte años, adquiriendo plenos derechos políticos y la posibilidad de actuar, autónomamente, en el espacio público.

A pesar de eso, importa recordar que, en el contexto de la España del primer tercio del siglo XX, no había una pluralidad social realmente simétrica y democrática: es decir, no todas las subjetividades tenían las mismas posibilidades de alcanzar un lugar central en la producción del conocimiento de la realidad y de elaborar una narración identitaria con voz propia. Era por ejemplo el caso de las mujeres, como bien explica Bourdieu (2000: 11-12), quien define los géneros como esencias sociales jerarquizadas, con lo cual, la identidad femenina estaría construida a través de actos de diferenciación que acaban conformando una alteridad problemática: en otras palabras, la diferencia de género se vuelve subalternidad en tanto que deriva de una relación de poder fundamentada en la dominación masculina. Cabe decir que, en comparación con otras formas de categorización, como las que hemos visto hasta este momento, la distinción masculino-femenino se singulariza por compenetrar todo el campo cultural, generando una simbología universalizada que, a su vez, articula las dicotomías espíritu/materia, orden/desorden, mente/cuerpo, elemento activo/elemento pasivo, polarizaciones en las que se han amparado todas las prácticas sociales y políticas hegemónicas ya desde la época precapitalista. Por lo tanto, descifrar los mecanismos de la diferenciación de género correspondería a la modalidad por excelencia para entender la conexión entre saber y poder (Franco, 1992: 122).

A partir de estas consideraciones, el caso concreto de María Teresa León nos permite añadir otro matiz a la compleja relación entre identidad y alteridad delineada en estas páginas al tratarse de una autora cuya infancia conoció muy pronto los efectos del desarraigo y de la incomunicación. Como es consabido, nació en Logroño el 31 de octubre de 1903, en el seno de una familia de clase medio-alta y, en sus primeros años, recibió una educación clasista por parte de las monjas del Sagrado Corazón de Jesús de Madrid (González de Garay, 2009: 15) –ciudad a la que se había mudado a los dos años debido a un cambio de destino del padre, el coronel Ángel León–, algo que abrió de inmediato una profunda grieta de soledad y un evidente espíritu de inadaptación a unas normas orientadas a encasillar la evolución de su personalidad en los cauces de la tradicional compenetración entre los convencionalismos burgueses –según los cuales el honor

familiar dependía, en su vertiente moral, del comportamiento de los miembros femeninos– y el rígido dogmatismo católico, llegando a dictar qué rasgos, actitudes y cualidades se consideraban adecuados en una mujer. Dicho panorama queda significativamente retratado por las palabras de Concha Méndez, ella también, hija de la alta burguesía castellana, en los recuerdos evocados en *Memorias habladas, memorias armadas* (1990) y transcritos por su nieta Paloma Ulacia Altolaguirre contaba que:

> A nosotras, las niñas, nos enseñaban en la escuela materias distintas a las que aprendían los niños; a ellos los preparaban para que después siguieran estudios superiores; nosotras, en cambio, recibíamos cursos de aseo, economía doméstica, labores manuales y otras cosas que nos harían pasar de colegialas a esposas, mujeres de sociedad, madres de familia (Ulacia Altolaguirre, Méndez, 2018: 25).

Las virtudes glosadas en este pasaje complementan la que se define como «ética del cuidado», o «ética doméstica», que perfila un arquetipo femenino necesitado de tutela e incapaz de alcanzar cierta autonomía, un modelo caracterizado por una ciudadanía incompleta, ya que quedaba excluida de la esfera pública, amén de ser despojada del derecho de participar en la vida política activa. Vuelve, por lo tanto, el concepto de ciudadanía vinculado al poder simbólico del Estado, conexión que, lo hemos visto a la hora de ahondar en los orígenes de Aub, determina el derecho de un individuo a existir en el espacio público del Estado-nación. Con Teresa León, nos encontramos frente a otro matiz de ese mecanismo de configuración identitaria ya que, si por un lado, su país de nacimiento la autorizaba automáticamente a autodefinirse como española, por otro, el principio de jerarquización de género hacía que dicha identificación careciera de todo valor político efectivo. Para entender la situación legal de la mujer en la España de comienzos del siglo XX resulta esclarecedor volver al punto de vista proporcionado por Concha Méndez, quien contaba que, en aquella época, «En el código español, la mujer, el niño y el retrasado mental estaban en el mismo plano, es decir, que una mujer casada no podía responder ni por nadie ni por nada» (Ulacia Altolaguirre, Méndez, 2018: 69).

Ese trasfondo ideológico permitió articular todo un imaginario que ha justificado el confinamiento de las mujeres al ámbito privado, su destino de resignación y discreción y, sobre todo, su estatuto de individuo complementario –o, mejor dicho, subalterno– al hombre (Gómez-Ferrer Moran, 2011: 23-24). Ese proceso de construcción socio-cultural de la identidad de la mujer se ha ramificado secularmente en otros discursos que, gracias a su autoridad y a su poder simbólico, han facilitado la interiorización de las jerarquías o, en palabras de Bourdieu (2000: 104-105), la eternización o naturalización de las

estructuras de diferenciación. Entre estos discursos, encontramos el literario-artístico –difundido básicamente a través de la prensa, de la novela y, por supuesto, de la escuela–, el científico-médico –fautor de una concepción de la mujer basada no en su condición humana, sino en su función sexual y reproductiva, haciendo hincapié en su biológico destino maternal[19]– y el moral-religioso –baluarte del prototipo de la mujer casada, ingenua y sumisa, reflejado en un estricto control social del cuerpo– (Gómez-Ferrer Moran, 2011: 25-29). Por lo tanto, la preminencia masculina ha llegado, gracias a estos mecanismos, a ser el resultado automático y sin agente de un orden universalmente compartido y organizado enteramente sobre el principio androcéntrico y es precisamente esto lo que, como hemos aludido antes, explica la fuerza y la peculiaridad de su dominio. Además, los discursos mencionados solo parcialmente llegan a ejercer una acción pedagógica expresa o a vehicular una justificación explícita de esa jerarquización como tal. En cambio, permean las estructuras cognitivas, llegando a inscribirse en las percepciones, en las valoraciones y en los cuerpos de todos los miembros de la sociedad: dicho de otra forma, entran a formar parte de su *habitus* (Bourdieu, 2000: 22)[20]. De hecho, no es nada casual que los recuerdos de infancia de María Teresa León, fijados en las páginas de sus memorias, *Memoria de la melancolía* (1970), estén saturados de dolor y de frustración: no por nada, la escritora, desde una ya alcanzada madurez intelectual[21],

[19] Al fin de hacernos una idea más precisa, conviene señalar la postura de un reconocido científico como Gregorio Marañón que, en un estudio titulado *Maternidad y feminismo: tres ensayos sobre la vida sexual* (1926) se propuso legitimar, con argumentaciones de carácter pretendidamente fisiológico, el papel de las mujeres como esposas y madres. Por su parte, el Nobel de Medicina, Santiago Ramón y Cajal, descubridor del funcionamiento de las neuronas, se declaró en contra de los derechos políticos y laborales de las mujeres porque, a su juicio, «la divergencia física y moral de los sexos es obra milenaria de la naturaleza y base de la prosperidad de la especie» (*apud* Varela Fernández, 2013: 615).

[20] El mismo Bourdieu define el *habitus* como un «un sentido adquirido de preferencias, de principios de visión y de división [...], de estructuras cognitivas duraderas (que esencialmente son fruto de la incorporación de estructuras objetivas) y de esquemas de acción que orientan la percepción de la situación y la respuesta adoptada» (Bourdieu, 1997: 40). El valor operativo –y más significativo– de esa noción, en palabras de José Manuel Fernández Fernández consiste en superar el determinismo estructuralista mediante la recuperación del agente, pero sin caer en el idealismo subjetivista (Fernández Fernández, 2013: 36, nota 4).

[21] El hecho de intercalar pasajes de *Memoria de la melancolía* en nuestra reconstrucción de la vida y de la personalidad de Teresa León nos obliga a hacer unas premisas que tienen a que ver con los límites de todo ejercicio autobiográfico o, dicho de otra forma, se trata de relativizar la validez informativa de toda literatura del yo. En efecto, Estébanez Gil (2003: 35-35) afirma que «*Memoria de la melancolía* es un documento sobre una vida, pero es también una obra literaria y, como tal, presenta un estilo, unas imágenes, unos recursos estilísticos. María Teresa León no nos informa directamente de la vida, sino de la visión subjetiva de la vida que ella poseía. El material literario que nos ofrece nos informa de la imagen que ella tenía de la realidad. Esta consciencia de la realidad está mediatizada por el distanciamiento de los recuerdos, por la visión personal y subjetiva de los hechos y por el mismo olvido». Acerca de la reelaboración en clave retrospectiva, hay dos enfoques teóricos que resultan especialmente apropiados a la hora de aproximarnos al caso de Teresa León. En primer lugar, la pragmática relacionada con las estrategias de reconstrucción del yo; a este propósito Paul John Eakin (1994: 66-67) defiende que toda repetición del pasado es necesariamente una repetición con una diferencia, ya que «la vida como tal, como es o fue, es decir, la vida

recordaba a la pequeña Teresa León como a una «niña de militar, inadaptada siempre» (León, 2020: 21), para luego afirmar decididamente: «Las iglesias se caen de feas. No me gusta rezar» (León, 2020: 21).

En cambio, las primeras enseñanzas recibidas por Max Aub en España fueron de signo totalmente distinto, puesto que durante sus años valencianos empezó también a recibir clases en la Escuela Moderna, única institución levantina que, en esa época, no estaba dirigida por una orden religiosa: los padres del escritor, agnósticos y librepensadores, trataban así de armonizar sus valores educativos laicos con la realidad española de comienzos del siglo XX (Malgat, 2007: 35). Mucho tiempo después, Aub reconoció aquel detalle como algo que lo diferenciaba de muchos de sus compañeros de generación y que, posteriormente, le colocará a él y a su obra al margen de los grupos artísticos y literarios, volviendo así, como apunta López García (2013: 34), a reconocer un elemento de alteridad a partir de sus genealogías y llegando a buscar incluso en este elemento divergente una explicación de su visión del mundo:

> [...] es bastante singular y [...] no es generalmente normal en los estudiantes de mi generación, que fueron educados en colegios religiosos... Es ahí donde encontraré una diferencia entre yo, mi obra y la obra de los escritores de mi generación en España. [...]. Pero, en el fondo, hay seguramente un problema de educación religiosa que nos separó y es la razón por la cual no he pertenecido nunca a ningún grupo en sí (*apud* Malgat, 2007: 36).

Con todo, hemos visto que el «problema» al que aludía Aub estaba presente en la educación de Teresa León: esto delineaba no solo un conjunto de rasgos diferenciales en los procesos de formación de los dos autores, sino que también supuso cierta conflictividad en la configuración del yo de la segunda, incidiendo en sus posibilidades de desprenderse por completo de los *habitus* de pensamiento que fundamentaban su propia subalternidad y esto, como veremos, sí que influyó en su conciencia política, en

todavía no transformada en lenguaje, en arte nunca resulta aceptable –al menos no a los autobiógrafos, quienes se toman la molestia de convertir sus vidas en texto–. En el ejercicio autobiográfico está siempre implícita la idea de que [...] la vida tal como fue requiere ser mejorada a través del arte». En segundo lugar, es fundamental tener en cuenta la perspectiva ideológica y el contexto histórico desde el que se escribe: José María Pozuelo Yvancos (2006: 45) subraya que «ningún discurso es un texto donde un yo pueda verse como instancia separada del momento de su producción, de su axiología, de su relación con el tú que lo interpreta y de los contextos socioideológicos que afectan a esa relación. No ya y no sólo como instancia textual, sino como realidad discursiva e histórica». A esta perspectiva subjetiva se añaden otras limitaciones como los fallos o la parcialidad de la memoria, aún más en el caso de una escritora que en la fase de redacción de la obra a la que nos referimos ya padecía de los primeros síntomas del Alzheimer.

su visión del colectivo social y, por supuesto, en su obra literaria, algo que no se dio en Max Aub[22].

En efecto, es muy sintomático el hecho de que, en esa parte de sus memorias, la escritora ahondara en el carácter represivo de la educación recibida que, en muchas ocasiones, adquirió la forma del prohibicionismo: «No venga así. Esa falda no le tapa ni dos dedos por debajo de la rodilla. Debe llegar hasta el filo de la bota. ¿Entiende?» (León, 2020: 26). En ese sentido, Bourdieu (2000: 42) recuerda que la moral femenina se impone sobre todo mediante una disciplina que atañe a todas las partes del cuerpo y es evocada constantemente a través de la presión sobre la ropa o la cabellera. De ese modo, la dicotomía entre lo masculino y lo femenino se reglamenta mediante las maneras de cuidar el cuerpo y de comportarse, algo que viene a ser la naturalización de una ética, asociada al pudor y a la sumisión que deben mantener las mujeres, en particular: «Esta especie de confinamiento simbólico queda asegurado prácticamente por su vestimenta [...] que tiene como efecto, a la vez que disimular el cuerpo, recordar en todo momento el orden (la falda que cumple una función idéntica a la sotana de los curas) [...] la falda, que impide o dificulta cualquier tipo de actividades [...]» (Bourdieu, 2000: 42-43). Más en general, en las evocaciones de Teresa León, dicho carácter represivo se manifestaba también en el sentido de culpa, vinculado a la conceptualización religiosa del pecado original y especialmente inflexible respecto a las normas de conducta femenina, cristalizadas en la pureza y en la docilidad: «Álbum viejo, roto, deslucido, húmedo de lágrimas, lágrimas de errores castigados, palabras indiscretas y la mala fe que rodea a los niños para evitarles sufrimientos... dicen» (León, 2020: 22). Ese «dicen» que cierra la frase es de gran

[22] El asunto cobra especial importancia si tenemos en cuenta que el proyecto de un estado aconfesional y la eliminación del dominio de la Iglesia en muchos ámbitos del marco socioeconómico fue fundamental en las políticas reformistas de la Segunda República –aunque de muy difícil actuación–, y sobre el que volveremos más adelante. De momento, nos importa detenernos en la emblemática frase de Manuel Azaña, pronunciada el 13 de octubre de 1931 en medio de un debate sobre el artículo 26 de la Constitución, «España ha dejado de ser católica» (Preston, 2017: 68), intervención retomada por la derecha para acusar al gobierno republicano de estar intentando destruir la integridad cultural del país. Mencionar dicha cuestión nos sirve para dejar patente, otra vez, la caracterización arbitraria del concepto de identidad cultural nacional: en la España de su infancia, la educación laica de Aub configuraba otro nivel de alteridad con respecto a la «españolidad» dictada desde el discurso del poder oficial; en cambio, durante su etapa adulta, en los años de la Segunda República, la formación aconfesional del autor pasó a ser alineada al modelo de estado –y, en consecuencia, al tipo de instrucción y educación fomentado– propuesto por el nuevo régimen en el poder. No por nada, el tema religioso fue central en la disputa acerca de los «auténticos valores de la identidad española» entre los militares rebeldes y el Gobierno republicano durante la Guerra Civil, como se puede desprender de esta declaración de Francisco Franco recogida por Henri Massis el día 18 de agosto de 1938: «Nosotros somos católicos. ¡En España se es católico o no se es nada!» (*apud* Vázquez Montalbán, 2009: 31). E importa aún más recordar esa frase porque la «catolicidad» fue precisamente uno de los cuatro principios fundamentales del pensamiento reaccionario español, piedras angulares sobre las que Franco asentará su dictadura y su concepto de «hispanidad» (Vázquez Montalbán, 2009: 14).

relevancia: el uso de la tercera persona plural remite a una voz ajena al sujeto que protagoniza el relato –de forma similar a lo que hemos visto en el caso de la supuesta identidad alemana de Aub–, una injerencia que despoja al sujeto de la posibilidad de ser dueño de su propio discurso y que lo confina en unas pautas identitarias construidas por una instancia que se impone como transmisora de verdades en tanto que socialmente legitimada como superior. A este propósito, son muy reveladoras las argumentaciones de Simone De Beauvoir que, en *El segundo sexo* –publicado originariamente en 1949– se expresaba en estos términos acerca de la identidad femenina, siendo esta última el producto de discursos sociales en todo caso externos a la mujer:

> Ningún destino biológico, psíquico, económico, define la imagen que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana; el conjunto de la civilización elabora este producto intermedio entre el macho y el castrado que se suele calificar de femenino. Sólo la mediación ajena puede convertir un individuo en *Alteridad* (Beauvoir, 2005: 371).

Sin embargo, veremos cómo el sentido de rebelión de Teresa León, si bien llegó a denunciar las injusticias sociales derivadas de una desigual distribución de los recursos y de la disparidad de derechos, responsable, a su vez, de una rígida división del mundo entre una clase hegemónica y una masa de desfavorecidos –fenómenos que, como ella misma reconoció, repercutían negativamente en particular modo sobre las mujeres–, no explicitó la idea de género como constructo cultural, llegando su feminismo a asentarse en otras batallas ideológicas, como profundizaremos en el estudio de su evolución intelectual (Castillo Robles, 2019: 48; Greco, 2020b: 28).

Lo que sí podemos decir es que la disconformidad de la autora respecto a un yo censurado y vigilado se concretizó muy pronto en el progresivo intento de forjar su propia mirada sobre sí misma y sobre el mundo, algo que encontraba un punto de apoyo en una inagotable sed de conocimientos que habían de ser buscados fuera de los patrones educativos que le habían sido impuestos, más allá de la uniformidad estructurada por los criterios de valoración moldeados por las enseñanzas recibidas. Como contaba ella misma, la búsqueda personal de una consciencia crítica surgió como una verdadera necesidad: «Empezaba a darle vergüenza el no saber. Quería saberlo todo. Escuchaba» (León, 2020: 38). Según Juan Carlos Estébanez Gil (2003:45), esa misma necesidad justifica tres constantes, que encontraron un arraigo más sólido en su adolescencia y juventud: la avidez de lectura, el cultivo de la imaginación y la creación literaria. En ese sentido, fue un tío suyo que vivía en Barbastro quien le dio acceso a una amplia biblioteca

y a un cuarto silencioso para leer: allí, Teresa León se acercó muy especialmente a Diderot, Víctor Hugo, Dumas y a Galdós y, con mucha probabilidad, en obras como *Les miserables* (1862) se puede vislumbrar la raíz de la sensibilidad social y la atención por esos seres intrahistóricos que caracterizaron la gran mayoría de sus obras. Sin embargo, la conquista de este espacio de libertad tampoco estuvo libre de impuestos. El precio era el cuerpo de la propia niña, ya que su pariente «Un día tocó a la niña sus pequeños senos minúsculos. Vamos, vamos, aún tiene que crecer. Luego la apretó contra su ropón oscuro y la besó en los labios. La niña corrió, corrió a lavárselos en la fuente [...]» (León, 2020: 85).

Pero, lo que resultó aún más decisivo fue la convivencia con sus tíos maternos, María Goyri y Ramón Menéndez Pidal, que le valió un acercamiento privilegiado a la materia cidiana y a la tradición del Romancero, por medio del cual oyó «por primera vez la voz del pueblo» (León, 2020: 93), todos elementos que volvieron a alimentar su dimensión creativa, entremezclándose con su futura militancia política. Además, el trato con la familia de sus tíos le permitió entrever una fisura en la metafísica femenina, primero a través del contacto con su prima Jimena, formada en la Institución Libre de Enseñanza, modelo de pedagogía laica y moderna, y, en segundo lugar, por medio del ejemplo de la misma María Goyri, cuya excepcionalidad queda bien representada en estas palabras:

> Mira, es la única mujer, y le brillaron orgullosamente los ojos verdes. Doctora en filosofía y letras. [...] Ninguna mujer lo había sido en España antes que mi madre. Miró la niña sin comprender bien lo que significaba. ¿Por qué antes ninguna mujer lo fue? Tonta, porque en España estaban atrasados y, además, aquí la mujer no cuenta (León, 2020: 37)

Los progresos culturales y los descubrimientos literarios en los que Teresa León encauzó su voluntad de rebelión en la Madrid de su niñez fueron abruptamente interrumpidos en el momento en que un nuevo destino del padre de la autora obligó a toda la familia a trasladarse a Burgos, ciudad provinciana y cerrada que la enfrentó a un ambiente artificial y frívolo, obligándola a trascurrir sus días entre el Salón del Recreo, los oficios religiosos en la Catedral y el trato con la aristocracia local. Explica José Luis Ferris (2017: 49-50) que, en esa atmósfera, Teresa León experimentó otra dimensión de las limitaciones a su libertad, es decir, la represión de la sexualidad, tratándose de un aspecto reprobado por la ideología burguesa que, si por un lado se caracterizaba por la doblez y la hipocresía moral –hasta el punto de permitir el abuso que hemos referido

antes–, por otro, reprimía el deseo de la mujer. Por ende, no sorprende que la autora contara, en distintos pasajes de sus memorias, haber sido víctima de situaciones en las que parecía estar a merced de alguien que la reducía a mero objeto de un anhelo que no tenía nada de compartido y que la convertía en un individuo percibido, es decir, un ser pasivo que existe por y para la mirada masculina.

Con todo, fue en el ámbito relacional donde se produjo un giro significativo que pronto generará otra experiencia desgarradora: el 1 de noviembre de 1920, a los diecisiete años, se casó en Barcelona con Gonzalo de Sebastián Alfaro, perteneciente a la clase medio alta burgalesa, y el 11 de aquel mismo mes dio a la luz a su primer hijo, Gonzalo María. La autora recordaba aquel nacimiento con sentimientos encontrados, a los que se sumó una primera separación de su marido, que regresó a Burgos con su hijo mientras que Teresa León se quedó en la ciudad catalana, adonde se había trasladado su familia, siguiendo, otra vez, la estela de la carrera militar del coronel Ángel León. Las dificultades detrás de esa crisis son resumidas por Benjamín Prado (2001: 210): «Gonzalo de Sebastián no era capaz de comprender a María Teresa, que le exigía mantener un comportamiento rígido y organizado, le pedía que fuera prudente y normal, la empujaba hacia todo lo que era contrario a su naturaleza». De nuevo, notamos el control, de raíz patriarcal, en las actitudes y en los comportamientos que la aislaban en la uniformidad de lo que se consideraba digno y decente en una mujer de su clase. En relación con eso, Julia Varela Fernández (2013: 616) hace hincapié precisamente en las mecánicas familiares para explicar que, para toda mujer española en el primer tercio del siglo XX no era nada fácil gozar de autonomía personal, ya que si eran solteras aún estaban bajo la potestad del padre y si se casaban dependían del marido, como es el caso precisamente de Teresa León. Análoga era, para mencionar otro ejemplo, la situación descrita por Carmen Baroja (1998: 69): «La moral de mi casa, muy a la española, era por demás rígida para mí [...]. Luego, después de casada, esta moral, todavía se acentuó más, y ya no tuve derecho más que a hacer mis labores domésticas y llevar la carga de muchísimas cosas».

La ciudad condal fue también el escenario en que, en septiembre de 1923, se produjo el golpe del general Miguel Primo de Rivera, apoyado por la burguesía y por los intereses industriales y terratenientes, y, para más señas, el militar tenía una estrecha relación justamente con el padre de la autora. Sintomáticamente, es allí donde Teresa León pudo tomar contacto con las luchas políticas sindicales y con los estallidos de protestas del movimiento obrero y donde, además, tuvo la oportunidad de ver en acción

a un líder anárquico como Salvador Seguí, apodado el *Noi del Sucre*, matado a tiros en el barrio del Raval por pistoleros de la patronal barcelonesa. Como recordaba la escritora:

> Ese es el el Noi del Sucre [...]. Personaje de la España descontenta, hombre fuerte del anarquismo catalán. Creo que fue el primer personaje político que conocí, vamos, que vi: algo esbelto, la boca irónica, despreciativa. [...] Las bombas estallando eran la noticia diaria (León, 2020: 97)[23].

Sin embargo, Teresa León se vio obligada a regresar a Burgos en 1924 tras la muerte repentina del padre, cuya autoridad constituía, en aquel entonces, el único apoyo y amparo frente la reprobación social acerca de la situación de la joven, considerada «escandalosa» –por no decir «degenerada» o «depravada» precisamente por haberse atrevido a separarse de su marido. Es así como tropezó con la presión familiar, que la empujó a volver con su esposo y con su primogénito –a quien tenía prohibido ver–, presiones a las que finalmente tuvo que ceder, siendo decisiva la del arzobispo de la ciudad, el cardenal Bellonch:

> ¿Por qué es débil y no dijo que no a un cardenal? Las mujeres españolas no pueden desoír esa voz. Niña, niña, le dijo el cardenal. Esta vida triste prepara la alegría de otra. Niña, niña, tienes que volver con él. Un mal marido es mejor que un buen amante. Niña, niña, regresa junto a tu hijo. Te necesita. Ninguna fuerza del mundo debe separarte de tu obra (León, 2020: 104).

La segunda etapa burgalesa de Teresa León la llevó también hacia otros caminos: por primera vez, su curiosidad intelectual fue deslizándose desde la simple recepción a la producción activa, bajo la intención de trasformar su espacio privado de reflexiones en espacio público de debate. En concreto, encontró su primera plataforma de expresión en el *Diario de Burgos*, periódico en el que empezó a escribir en 1924 y con el que colaboró a lo largo de tres años y medio utilizando el seudónimo de Isabel Inghirami, personaje protagonista de una novela de Gabriele D'Annunzio, *Forse che sì, forse che no* (1910), y encarnación de la mujer rebelde y atrevida. Es decir, intentó proponerse como agente semiótico, pero todavía sin atreverse a identificarse plenamente con una fuente legítima

[23] Es interesante notar que también el propio Max Aub se cruzó, en sus años juveniles, con personalidades de ideología libertaria, hecho que supuso una toma de contacto con una de las muchas narraciones sobre la conflictiva realidad española de la época. Contaba Aub que: «Las primeras lecciones de español que recibí me las dieron los anarquistas» (*apud* Malgat, 2007: 35).

de producción del saber[24]. Esta previsible dificultad no oculta la significación y el impacto representado por aquel esfuerzo: y es que a la sensación de soledad y de abandono derivada de su situación familiar –que la aislaba del mundo encerrándola en lo privado– la autora encontraba una forma de compensación al abrir su mirada a unas instancias colectiva. De ese modo, «la muchacha que había empezado a escribir porque sus días eran largos, fríos, solos» (León, 2020: 107), en estos primeros artículos, mostraba interés por la dimensión social, acompañándolo por un atisbo de crítica a los mecanismos del poder que perpetuaban las injusticias y por un creciente recelo hacia aquellas dinámicas relacionales que, fundamentadas en el imperio del individualismo sobre el civismo, acababan por respaldar esas injusticias, dinámicas como la falta de empatía, la despreocupación por el sufrimiento de otros hombres, la indiferencia a los conflictos sociales:

> Como le publicaban en el *Diario de Burgos*, creyó que podía dar cuenta de una terrible historia tristísima. En la acequia que cerraba el jardín de su casa, una pobre sirvienta había ahogado a un niño recién nacido. [...] Isabel Inghirami salió en defensa de la pobre criatura jovencísima que había creído posible entregar su culpa a las ranas del arroyo. Dijo Isabel Inghirami lo que pensaba de la sociedad que permite la ignorancia y la desesperación que llegan al crimen. Defendió a la muchacha, afrontó los prejuicios que ataban tan fuerte las correas sobre las indefensas. El hombre, claro es, había huido. La pobrecita agotó día a día de su embarazo el calvario hasta llegar a la decisión final. [...] Cuando aquella muchacha que empezaba a escribir abrió los ojos al pobre delito tristísimo ocurrido en el jardín, quiso entender por qué todos los hombres no comprenden la congoja que nos llega del prójimo. ¿En qué mundo extraño de diferencias y divisiones había nacido? (León, 2020: 101-103).

En la misma época, un similar movimiento de apertura hacia los demás se asomó también en el proceso de germinación del perfil intelectual de Aub, debido, fundamentalmente, a dos factores que se conciliaron y se enriquecieron entre sí. En primer lugar, el hecho de haber decidido dedicarse al trabajo en la empresa familiar como viajante de comercio le permitió entrar en contacto con realidades heterogéneas, más humildes y socialmente estratificadas o, en palabras de Marie-Claude Chaput (2004: 26), «la España de los pueblos, de las pequeñas ciudades de provincias». Por otra parte, Pérez Bowie (2005b: 116) señala el papel decisivo que ejercieron algunos intelectuales franceses en el desarrollo de la que define «su temprana concepción de la literatura como

[24] Como explica Julia Varela Fernández (2013: 620), la firma con pseudónimo era algo muy común entre las mujeres de la época, siendo esa otra muestra de lo problemático que les resultaba poder expresarse libremente, a la par de los hombres.

compromiso del escritor con la sociedad». Muy especialmente, fue relevante la influencia de Jules Romains, a quien Aub conoció en Gerona en 1921 y cuyas teorías unanimistas le proporcionaron un modelo de síntesis entre la incomunicabilidad y la atención solidaria hacia la conflictiva realidad social –aunque, a pesar de eso, llegó a tomar distancia de él al no compartir la tibia reacción de Romains frente a las injusticias y a los crímenes cometidos por Hitler–. En todo caso, esa mirada que se ensanchaba más allá de los límites del yo y de sus circunstancias particulares contribuyó a alimentar sus inquietudes acerca de la *res publica*, convirtiéndose en una de las semillas que cuajaron en una literatura de honda implicación con los problemas de los demás y de apertura hacia el otro: de forma similar a lo que hemos comentado acerca de Teresa León, también en la obra de Aub, de aquí en adelante, fueron latiendo el dolor ajeno, las heridas físicas y morales padecidas por la humanidad a lo largo de todo el siglo XX y a distintas latitudes[25]. De manera muy afín a lo expresado por la autora riojana en el artículo que acabamos de mencionar, estas vertientes biográficas de Aub fueron sentando las bases conceptuales que, como veremos, pasaron a vertebrar sus constantes críticas hacia las actitudes de pasividad y de indiferencia ante lo que afecta a la sociedad. Es Sánchez Zapatero (2014: 112) quien indica la solidez y la continuidad de esa toma de postura reflejada en una entrada de los diarios aubianos, concretamente el 26 de diciembre de 1959: «Nunca he comprendido cómo un hombre puede no preocuparse por lo que pasa en el mundo» (Aub, 2003: 93).

Es muy interesante notar cómo estas instancias no pertenecían exclusivamente a los intelectuales españoles, sino que respondían a unas inquietudes políticas de alcance mucho más amplio a su vez derivadas de una conflictividad o de problemáticas sociales de interés transnacional, siendo especialmente sintomático el hecho de que un eco de la mencionada perspectiva aubiana con respecto a actitudes de apatía o supuesta neutralidad político-social entroncara con el pensamiento de Antonio Gramsci, quien, en un apartado de *La città futura*, suplemento publicado en 1917 por la Federazione Giovanile Piemontese del Partito Socialista Italiano –que tenía el objetivo de educar a los jóvenes socialistas a la solidaridad– escribió:

> Credo come Federico Hebbel che "vivere vuol dire essere partigiani". Non possono esistere i solamente *uomini*, gli estranei alla città. Chi vive veramente non può non essere cittadino e parteggiare. Indifferenza è abulia, è parassitismo,

[25] Vemos un ejemplo emblemático de esa toma de postura –y de su continuidad en las obras del exilio– en las páginas de «Explicación», donde manifiesta una gran amargura debido al hecho de que «la tortura, el hambre y la esclavitud sigan vigentes» (Aub, 2002: 36).

> è vigliaccheria, non è vita. […] L'indifferenza è il peso morto della storia (Gramsci, 2022: 25).

Por otro lado, también se antoja como relevante que el 23 de noviembre de 1929 Max Aub ingresara en el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), decisión que motivó en un discurso, pronunciado el 2 de febrero de 1929 en la Casa del Pueblo y publicado en el periódico *El Socialista*, en el que dejó entrever claramente la orientación de su parábola intelectual precisamente en el sentido que estamos describiendo: «Compañeros: yo he venido al socialismo porque es el único partido en España que ofrece la posibilidad de un mundo mejor» (*apud* Chaput, 2004: 26).

Volviendo a la trayectoria de Teresa León en el *Diario de Burgos*, podemos notar cómo, en las siguientes publicaciones, retomó las tesis del abogado Ossorio Gallardo, quien, aunque no pretendiera igualar los géneros en todos los aspectos, por lo menos lo hacía en las actividades de la vida pública. Con todo, tampoco hay que pasar por alto que, como apunta Castillo Robles (2019: 66-67), la autora considerara que el valor de la mujer seguía residiendo sobre todo en la maternidad y que las cualidades que se le requerían a una madre fuesen, según ella, la abnegación y el sacrificio, llegando hasta a teorizar un feminismo nuevo y eterno que no fuera incompatible con el hogar y la familia, como se puede observar en un artículo publicado el 18 de abril de 1927 y en el que comentaba una conferencia pronunciada por José de Gardoqui en el Ateneo de Burgos:

> La lección prosigue; habla de derechos y privilegios, hasta hoy reservados a los hombres; de feminismo nuevo —nuevo y al par eterno—, y para defender la nueva cruzada, para romper una lanza de plata sobre los corazones endurecidos de los hombres [...]. Sobre el pergamino eterno, vieja historia de la Humanidad sobre la tierra campea tan sólo una palabra: ¡Madre! [...] ¡Feminismo! He aquí el lema de la nueva cruzada redentora para las mujeres que sirven de «unión del hombre con el Cielo» a través de la Madre de los siete puñales dolorosos. ¿Cómo alcanzar el triunfo? ¿Por la fuerza? ¡No! Por el trabajo de la mujer nos dicen estos labios femeninos que hoy nos enseñan una dura y severa lección. [...]. «Preparadas dignamente para cumplir nuestra misión, venceremos como el pequeño David al Gigante». «Seremos siempre mujeres, muy mujeres, y nada podrá borrar de nuestro escudo el lema eterno de abnegación y sacrificio». (*apud* Castillo Robles, 2019: 66).

En efecto, una primera lectura de este pasaje pone en evidencia una cada vez más decidida reivindicación a favor de un orden social modernizador, un orden que apunte a un reparto más justo de los recursos capacitantes para participar en la sociedad y que permita a las mujeres disponer de una ciudadanía completa, accediendo a «derechos y

privilegios, hasta hoy reservados a los hombres». Dichas instancias pasaban por la resemantización de algunos elementos constitutivos, sobre todo la actividad laboral, la tipología y el nivel de instrucción –«¿Cómo alcanzar el triunfo? ¿Por la fuerza? ¡No! Por el trabajo»–, pero sin llegar todavía a cuestionar los patrones perpetuadores de las cualidades atribuidas a la identidad femenina; por el contrario, se asumían como una marca de orgullo. Por otro lado, es emblemático el empleo del imaginario religioso, esa «cruzada redentora para las mujeres» o la «Madre de los siete puñales dolorosos», evocaciones que, para más señas, remiten a la idea de purificación y sacrificio, aludiendo asimismo al episodio bíblico de David y el gigante Goliat. Eso resulta muy revelador de lo que hemos definido como la persistencia del *habitus*, ya que estas palabras fueron escritas por una joven Teresa León –todavía carente, ella misma, de una conciencia política sólida–, un claro ejemplo de subalternidad que, para denunciar su condición y proponer una perspectiva de emancipación, acabó utilizando el mismo lenguaje y el mismo paradigma de pensamiento del dominador que, en este caso, adquirió las semblanzas de uno de sus más eficaces perpetuadores, es decir, la Iglesia.

Esa falta de plenitud y de estabilidad se vio acentuada por los desplazamientos relacionados con los frecuentes cambios de destino del padre. Aunque, como hemos visto, nació en Logroño, no llegó a desarrollar un sentido de vinculación a la ciudad riojana, de la que nunca volvió a hablar, ya que esta última no incidió de ninguna manera en el desarrollo de su personalidad. En cambio, los lugares que dejaron huellas significativas y duraderas coincidieron con su proceso de formación intelectual (González de Garay, 2009: 59). No por nada, Teresa León, en repetidas ocasiones, afirmó que su patria de origen era Burgos (Estébanez Gil, 2003: 39). También en este caso, vemos como la arbitrariedad de las coordenadas geográficas que designan el lugar de nacimiento quedaron totalmente subvertidas por unos lazos muchos más fuertes y más sólidos: de forma similar a la Valencia de Max Aub, fueron los espacios que los dos autores habitaron de manera consciente –la que Andrea Luquín Calvo (2019: 173) explica como la «decisión voluntaria de unir nuestra narración a la de otros en un espacio común»– los que les permitieron desarrollar un sentimiento de pertenencia, fenómeno que, como iremos viendo, fue sujeto a sucesivas evoluciones a lo largo de la decisiva década de los años treinta.

En ese largo y fragmentado recorrido se produjo un desplazamiento que resultó decisivo, fruto esta vez de una decisión propia de la autora y no de imposiciones ajenas: en 1930, después de otra crisis conyugal y de la separación definitiva de su marido, se

mudó a Madrid, guiada por una inclinación hacia la escritura que iba consolidándose[26]. Algunos especialistas de su obra (Estébanez Gil, 2003: 45; Ferris, 2017: 77) coinciden en definir este pasaje existencial como el inicio de una nueva trayectoria vital, ya que estuvo marcado por un más radical y hondo proceso de sustitución de sus lazos de filiación –vínculos biológicos y familiares– por otros de afiliación –es decir, culturales e ideológicos–. De hecho, Teresa León trató, desde el primer momento, de integrarse en la vida cultural de la ciudad, ampliando sus redes de conexiones y amistades y llegando a conocer a escritores y personas relacionadas con la vida intelectual del momento.

Importa tener en cuenta que, a partir de comienzos del siglo XX, empezó a difundirse en España, aunque muy paulatinamente, un prototipo de mujer distinta, la llamada «mujer nueva» o «mujer moderna», caracterizada por un aire más rompedor en el comportamiento y en el vestuario. Y, sobre todo, marcada por la aspiración a recibir una instrucción más amplia y participar en lo público, siguiendo los pasos de las propuestas que llegaban desde Europa –en particular, Francia e Inglaterra–. Dichas propuestas se concretaban por medio de unas asociaciones puestas en marcha por algunas mujeres de la burguesía liberal que promovieron la creación de redes de intercambios y de debate, permitieron realizar actividades intelectuales y llevaron a cabo iniciativas orientadas hacia una mayor igualdad, como la Junta de Ampliación de Estudios (1907), la Residencia de Señoritas (1910) y el Lyceum club (1926), ambas dirigidas por María de Maeztu[27]. Este último constituyó un importante punto de referencia para Teresa León, tratándose de un lugar clave para la incorporación de la mujer en los centros de la cultura: «El Lyceum club se fue convirtiendo en el hueso difícil de roer de la independencia femenina [...]. […] no era una reunión de abanico y baile. Se había propuesto adelantar el reloj de España» (León, 2020: 420).

[26] A los artículos publicados en el *Diario de Burgos* tenemos que añadir una serie de conferencias en ateneos y círculos culturales de Burgos, Valladolid, Soria y Buenos Aires y la publicación de dos libros: el primero, *Cuentos para soñar* (1928) –prologado por María Goyri y financiado por la misma María y por Menéndez Pidal–, estaba dedicado a su hijo Gonzalo, destinatario directo de unas narraciones presididas sobre todo por el interés educativo de la autora (Ferris, 2017: 76-77). En el segundo, *La bella de mal de amor* (1930), se inspiró en un tradicional motivo romanceril, el de «la malcasada» o «malmaridada», para transfigurar literariamente su desgarradora experiencia personal y manifestar su solidaridad hacia todas las mujeres culpabilizadas –y marginadas– por un matrimonio desgraciado, embarazos considerados ilícitos y por la hipocresía social (Ferris, 2017:79; Torres Nebrera, 1999: 16).

[27] Hay que tener en cuenta que María de Maeztu fue un verdadero modelo para Teresa León que, en 1926, dejó constancia de su entusiasmo por las iniciativas de la primera escribiendo que «María de Maeztu es la representación en España del arte de educar. La Residencia que dirige desde hace tantos años es la realización de algo que parecía imposible. [...] A brazo y a voleo [...], lanzó un sistema educativo que ahora se transforma en hermosa cosecha de mujeres nuevas que conocen todos sus valores» (*apud* Castillo Robles, 2019: 72).

Con todo, no hay que olvidar que, en una sociedad donde persistía un fuerte desequilibrio de poder entre las clases y un desarrollo económico-industrial lento y desigual, estos cambios fueron posibles, en buena medida, gracias al capital económico y cultural de origen de esas mujeres (Varela Fernández, 2013: 611): como es de suponer, no era lo mismo criarse en el medio rural y en una familia campesina que nacer en el seno de la burguesía medio-alta madrileña o barcelonesa. Explica Jorge Montes Salguero (2009: 157-158) que, en los años veinte, el índice de analfabetismo de las mujeres se acercaba al 40% –teniendo en cuenta que, por saber escribir el nombre y los apellidos, ya no se entraba en la categoría de analfabetos–, de modo que, para muchas de ellas, existían escasas posibilidades de acceder a un puesto de trabajo fuera de las tareas domésticas o salir del hogar para incorporarse al mundo laboral. Es decir, la exclusión, o marginalización, de esas mujeres de una participación activa en la sociedad estaba fundamentada no solamente en una jerarquización de género, sino también en la distribución desigual de los recursos materiales que aumentaba la brecha a la hora de acceder a la información, a los códigos culturales, de salud y de bienestar y, en consecuencia, generaba menos posibilidades de integración social y de desarrollo del ser. En efecto, como apunta García Canclini (2004: 82), el hecho de tener o no tener posibilidades de autodeterminación es el resultado de una compleja correlación entre los índices de concentración de las oportunidades de adquirir los recursos capacitantes, es decir, depende de la imbricación de derechos económicos, sociales y culturales; dicho de otro modo, «introducir el género sexual como clase de análisis no significa la eliminación de diferencias de clase o de etnia pero sí significa admitir una categoría sin la cual es imposible entender todos los factores que entran en el ejercicio del poder hegemónico» (Franco, 1992: 128).

Además, si ampliamos la mirada al colectivo español en su conjunto, observamos que, en aquella época, ni las instituciones, ni la mayoría de los hombres –en muchos casos, ni siquiera los del entorno más próximo de las protagonistas de las iniciativas mencionadas–, apoyaban esos proyectos. De hecho, esas mujeres seguían actuando en un campo social que tenía muy presente la línea de demarcación entre lo que les estaba y lo que no les estaba permitido; vemos un ejemplo en las palabras de Zenobia Camprubí, cofundadora y secretaria del Lyceum Club, que, en una conferencia dada en San Juan de Puerto Rico en 1936, daba cuenta de la encarnizada oposición por parte del clero, de la prensa y aun de ciertos sectores internos a la misma asociación, oposición que paralizaba los avances hacia una la igualdad de género:

> Las señoras organizaron grupos o secciones de arte, literatura, música, ciencia, internacional y social. Mal estaban los cuatro primeros, pero lo de internacional y social eran completamente inadmisibles: «¿Usted sabe lo que es la Tercera Internacional?», me decía indignada una dama que, en un té, venía atacando al «Lyceum», sin saber que yo formaba parte de él (Camprubí, 2015: 328).

La propia Teresa León –que, en *Memoría de la Melancolía*, evocaba la experiencia del Lyceum a partir de la noticia de la muerte de Zenobia en 1956–, se hizo eco del relato de Camprubí, explicando que:

> Aquella insólita independencia mujeril fue atacada rabiosamente. El caso se llevó a los púlpitos, se agitaron las campanillas políticas para destruir la sublevación de las faldas. Cuando fueron a pedir a Jacinto Benavente una conferencia para el Club, contestó, con su arbitrario talante: No tengo tiempo. Yo no puedo dar una conferencia a tontas y locas (León, 2020: 420).

En efecto, como recuerda Ferris (2017: 66-68), la difundida misoginia intelectual en España se libraba contra esa idea de mujer moderna, tratando de desacreditarla desde libros o periódicos con juicios que la tachaban de antinatural y enemiga del hogar familiar. Pero esos discursos no venían solamente de los conservadores o de los representantes del clero, sino también de varones de cultura liberal que tenían mucho reconocimiento público y disponían de la posibilidad de expresarse en órganos de gran difusión, como en el caso de José Ortega y Gasset y de su *Revista de Occidente*, donde sostenía el estatuto de inferioridad mental de la mujer, aseverando que el hombre representaba la razón y el equilibrio, mientras que la identidad femenina se asociaba a un ser confuso, guiado por los instintos más básicos. En efecto, el hecho de que Ortega considerase a María Zambrano, o sea, una de sus discípulas más brillantes, como una «tonta» habla por sí solo. No por nada, en esos años, en los que –lo hemos recordado describiendo los inicios literarios de Max Aub– el auge creativo de los movimientos de vanguardia involucra a España en las cimas más altas de la cultura europea, el arte y la literatura seguían siendo un espacio de desigualdad social: actividades tan elitistas como las de las vanguardias, al acentuar la autonomía del campo artístico y la primacía de la forma sobre la función, alejaban aún más a los sectores menos cultivados de las manifestaciones culturales, convirtiéndose en una manera de definir una posición privilegiada (García Canclini, 2004: 64). Eso significaba no solo remarcar simbólicamente las diferencias de clase –siendo las capas populares imposibilitadas, desde un punto de vista material, a acceder al nivel de instrucción requerido para comprender y apreciar la estética vanguardista–, sino también

las de género, al ser consideradas las mujeres, por su propia condición, como seres ajenos a la creación. Por lo tanto, en ese ámbito, las que pasaron a ser recordadas como las Sinsombreros, artistas y escritoras que alcanzaron su madurez expresiva a finales de los años veinte, llegaron, por lo general, a suscitar difidencia, cuando no un abierto desprecio por parte de sus colegas de generación.

Por último, no podemos dejar de considerar las ya mencionadas especificidades de la subordinación femenina, siendo este otro factor que ralentizó, a nivel diacrónico, el proceso de cuestionamiento de las estructuras simbólicas de la jerarquización, incluso en las más ilustradas y adelantadas. De hecho, había que poner en marcha una trasformación radical de los esquemas cognitivos y de las estructuras colectivas de producción de las inclinaciones –los habitus– para que las mujeres empezaran a adoptar un punto de vista que no fuera el producto de la dominación (Bourdieu, 2000: 58); en otras palabras, para que fuese posible socavar, de manera profunda y duradera, dicho paradigma de pensamiento y en ambos lados de la relación de dominación. En este sentido, la trayectoria de Teresa León que hemos descrito hasta este momento traslucía un conflicto básico: conciliar una identidad que estaba intentando construirse para sí misma y el papel femenino impuesto por las ataduras sociales y culturales. Ahondar en ese conflicto, sin ocultar la complejidad y las contradicciones que surgen de este espacio intersticial –enmarcando en su contexto histórico los discursos objeto de análisis–, es lo que nos permite mantener una perspectiva crítica sobre el tema, deconstruyendo todo enfoque esencialista y/o idealizante, condición sine qua non para cuestionar la uniformidad epistemológica y ontológica de la perspectiva hegemónica.

Otro matiz sobre dicha problematicidad es el que nos sugiere Bauman (2005: 88), quien, haciendo hincapié en las dinámicas relacionales de las manifestaciones del yo –y teniendo en cuenta el carácter convencional asociado a ellas–, remite precisamente a la existencia de dos frentes que llevan, por un lado, a fomentar la identidad preferida y elegida y, por otro, a contratacar las presiones impuestas por las demás identidades artificiosas y defectuosas[28]. Lo que se observa en esta escritora es que el mecanismo

[28] Como iremos viendo, tener en cuenta esos aspectos conflictivos se nos hace aún más necesario a la hora de evidenciar sus rastros en la obra del exilio. Podemos ver un ejemplo precisamente en lo que se refiere al papel de la Iglesia y del Ejército en su labor de soporte de una configuración ideológica estatal que implica la exclusión de la mujer de la vida activa. En un pasaje de *Juego limpio* (1955), novela que volveremos a retomar en el último capítulo de nuestro trabajo, Teresa León hizo referencia a «los confesionarios y los cuartos de bandera, dos instituciones que por estar ausentes de ellas las mujeres son estériles» (León, 2000: 62). Otra vez, surge la asociación, aunque de forma indirecta, entre la idea de fertilidad y la función social de las mujeres, fundamentada en el lenguaje típico de uno de los pilares en el que se asienta el discurso de la subalternidad femenina, es decir, la maternidad. Encontramos una conexión similar en la ya mencionada

descrito por el sociólogo siguió afectándola –aun en las sucesivas etapas de su existencia– por su supeditación a una figura masculina. La cuestión es que, más allá de los primeros contactos con los círculos culturales de la época y del trato con muchas destacadas intelectuales, los hitos que, de aquí en adelante, marcaron la incorporación de Teresa León en el espacio público, su protagonismo histórico y, sobre todo, su compromiso político, siguieron un curso paralelo a su relación con Rafael Alberti, a quien conoció en casas de unos amigos en 1929 y con quien se casó en 1933, una vez obtenido el divorcio de Gonzalo de Sebastián. Es muy significativo que González de Garay describa este encuentro como «el rumbo definitivo a esa nueva vida que la escritora buscaba» (González de Garay, 2009: 20), afirmación bajo la cual subyacen dos aspectos que conviene tener en cuenta. En primer lugar, la posibilidad de llegar a ocupar una posición que le permitía incidir socialmente, como veremos a continuación, no era algo que se le concedió por sí sola, sino que se vio avalada por la presencia, legitimadora, de su marido. Es más, entre los que la conocieron, hay quien señala el decisivo –y oculto– papel de Teresa León en la actividad humana y literaria del gaditano, no solo como «musa inspiradora», como se ha trivializado en repetidas ocasiones, sino más bien en términos de apoyo y ayuda material (Cacho Millet, 2015: 11-12; Estébanez Gil, 2003: 46-47). La propia Teresa León, a lo largo de toda su vida, llegó a sacrificarse a sí misma y a su obra para no quitarle brillo a la de él; en este sentido, la conocidísima declaración, contenida en *Memoria de la melancolía*, «ahora yo soy la cola del cometa. Él va delante. Rafael no ha perdido nunca su luz» (León, 2020: 158), entraña una semántica mucho más compleja de lo que parece a una primera lectura, ya que el proceso de «autoinmolación» de Teresa León a favor de Alberti no fue exento de conflictos ni de contradicciones –sobre todo en la medida en que provocó sensaciones de incomodidad en la autora, aunque lo manifestó solamente en contadas ocasiones y nunca responsabilizando directamente a Alberti–, llegando las dinámicas mencionadas a hacerse especialmente incisivas en las circunstancias del exilio, como veremos en sucesivas secciones de nuestro trabajo –véase, sobre todo, el capítulo VI–.

En todo caso, estas constataciones, permiten, además, establecer un paralelo con otros dos casos similares, ambos ya mencionados, que entraron en contacto directo con

---

María Zambrano quien, en plena Guerra Civil –vivida también en su caso, desde la defensa del progresismo republicano–, escribió: «La mujer que lucha heroicamente y resiste [...] significa esta maravillosa unión de la antigua mujer española, madre ante todo [...] con una mujer consciente de la causa que su hijo defiende [...] sabe que su dolor es necesario y que es fecundo, se siente madre de la historia, madre del mundo nuevo que nace, al mismo tiempo madre de sus hijos» (Zambrano, 2015: 286).

Teresa León. El primero es el de Zenobia Camprubí, escritora y traductora, de la que Teresa León subrayó la devoción hacia el marido, Juan Ramón Jiménez, a quien «le solucionaba la vida» (León, 2020: 419), y el segundo es el de María Goyri, quien siempre renunció a todo protagonismo con tal de no oscurecer el prestigio de Ramón Menéndez Pidal (Gómez-Ferrer Morant, 2011: 30)[29].

1.2 Ser intelectual(es) durante la Segunda República

La noticia de la proclamación de la Segunda República, el 14 de abril de 1931, marcó un hito de fundamental importancia, ya que estamos hablando de un acontecimiento que supuso no solamente una variación en el sistema político, sino que llevó consigo unas expectativas de cambio derivadas del proyecto del nuevo gobierno de transformar la configuración social y cultural de España en un sentido progresista. Con todo, hay que aclarar que, en esa fase de implantación, no se trataba de un movimiento de corte revolucionario, procedente directamente de los trabajadores o, en general, de las clases subalternas, sino que coincidió más bien con un diseño reformista derivado de la aspiración de la burguesía liberal de dotar el país de unas instituciones a la altura de la Modernidad occidental[30] en el marco de una sensibilidad regeneracionista que, después del Desastre del 98, evolucionó gradualmente hacia la prerrogativa de solucionar, de una vez por todas, el atraso y el oscurantismo originados por una superestructura estatal todavía típica del Antiguo Régimen (Escalera Cordero, 2011: 185)[31]. Por estas razones,

[29] Estos ejemplos constituyen otra muestra del carácter utópico inscrito en la creencia de que la dominación simbólica se puede vencer exclusivamente recurriendo a las armas de la concienciación, problemática que se agudiza precisamente en las relaciones de parentesco y en todas aquellas concebidas bajo ese modelo, en las que las disposiciones duraderas del cuerpo socializado se explican y se viven en la lógica del sentimiento (Bourdieu, 2000: 58). En efecto, en las historias que acabamos de referir, tres mujeres intelectualmente capacitadas para emanciparse de la subordinación decidieron poner en primer plano su función de contribuir a preservar el capital simbólico de los hombres con los que compartían su existencia.

[30] Nos colocamos, de hecho, en la etapa conocida como Bienio Reformista (1931-1933) regida por unas Cortes fundamentalmente de raíz pequeñoburguesa y en donde la representación obrera era minoritaria, aunque más significativa que nunca (Montes Salguero, 2009: 159).

[31] Las expectativas –o, mejor dicho, las necesidades– de cambio que la proclamación de la Segunda República llevaba consigo han de ser explicadas, evidentemente, a partir de la realidad del país que el nuevo sistema de gobierno recibió como legado: el fracaso del sistema político de la Restauración –que había favorecido el caciquismo y el abandono de la España rural en la indigencia– y el desarrollo lento y desigual del proceso de industrialización que habían contribuido a imposibilitar el establecimiento de una estructura política democrática dotada de la suficiente flexibilidad como para absorber las nuevas fuerzas sociales y ajustar el cambio, creando, de ese modo, una serie de conflictos hondamente arraigados entre superestructura del poder y realidad social del país. En efecto, la monarquía, la nobleza terrateniente y la Iglesia mantuvieron intacta su hegemonía hasta bien entrado en el siglo XX, hecho al que tenemos que

las líneas propuestas por el nuevo sistema de poder, donde había una importante e inédita concentración de personalidades intelectuales[32], se encaminaban hacia la necesidad de incorporar a los desfavorecidos en el discurso identitario y en la vida nacional, la redefinición del papel del Ejército y de la Iglesia, ejes de la España conservadora y tradicionalista, y una serie de medidas económicas y laborales orientadas a solventar las profundas asimetrías sociales existentes –la más ambiciosa y ansiada fue, con toda probabilidad, la Ley de Reforma Agraria de 1932–. En ese marco, hay un aspecto que merece una mención aparte, explicado a través de las palabras de Andrés Sorel:

> La educación fue una prioridad absoluta en la Segunda República [...]. En 1931, el analfabetismo abarcaba el 40 % de la población adulta. Y la mitad de la población infantil no estaba escolarizada. Ésa era la herencia que se encontraba la República. La herencia de la España caciquil, católico- nacionalista, con un Ejército parasitario y más preocupado en reprimir movimientos sociales internos que en su propio desarrollo (2009: 294).

En efecto, entre 1931 y 1933 se construyeron alrededor de 13.570 escuelas[33], pero el dato quizás más importante es que esas políticas educativas no se limitaron a la construcción de edificios sino que se adoptaron una serie de medidas como la creación de la sección de Pedagogía en las Facultades de Filosofía y Letras y, sobre todo, se incrementó el número de maestros, se facilitó su acceso a la universidad y, en muchos casos, se elevó su retribución, tratando, de ese modo, de dignificar y mejorar el estatus de esta profesión. Por esas razones, no faltan historiadores que subrayan la importancia que la Segunda República le concedió al maestro como agente social, educador y moralizador

---

sumar, entre otras cosas, las tres Guerras Carlistas que se llevaron a cabo precisamente en el XIX (1833-1840; 1846-1849; 1872-1876) y que representaron un verdadero freno para España. En ese sentido, cabe recordar que, más allá de conquistar el trono, las pretensiones del bando carlista, opuesto al isabelino, eran las de mantener unas instituciones teocráticas y feudales –los Antiguos fueros, Dios, Patria y Rey–; además, esas luchas dinásticas habían acabado por incrementar el peso de las potencias extranjeras en el país ibérico y habían llevado al extremo el grado de influencia de los militares (Preston, 2017: 31-40).

[32] Para dar una idea más precisa, señalamos que, en el primer gobierno republicano, fueron elegidos más de un centenar de docentes y periodistas, entre los que mencionamos a Manuel Azaña, Julián Besteiro, Manuel B. Cossío, José Giral, Salvador de Madariaga, Gregorio Marañón, José Ortega y Gasset, Ramón Pérez de Ayala, Fernando de los Ríos, Claudio Sánchez Albornoz, Miguel de Unamuno y Luis de Zulueta. En ese sentido, Francisco Caudet (1993: 77) recuerda también la importancia del activismo y de las organizaciones estudiantiles durante el Directorio Militar de Miguel Primo de Rivera (1923-1930), culminado, en 1928, con la formación de la Federación Universitaria Escolar de Madrid (FUE), órgano no solo de contestación sino también de difusión cultural, reflejo del sentimiento de responsabilidad y de la preocupación por la enseñanza extendidos entre los jóvenes universitarios.

[33] Para valorar esa cifra, se puede notar que, en treinta años de Monarquía, se habían creado 11.128 centros educativos. Frente a esos números, cobran sentido las palabras de Manuel Azaña que, exaltando el empeño que se estaba llevando a cabo, declara que: «la escuela pública debía ser el escudo de la República» (*apud* Paris, 2009: 254).

o, en otras palabras, como base humana y política de ese giro histórico (Lozano Seijas, 2009: 149-151). En términos más generales, el rasgo verdaderamente peculiar de ese ambicioso proyecto coincidió con el esfuerzo de acercar a las capas populares a la cultura, esta última entendida como instrumento de toma de conciencia cívica y de integración en la vida política, social y económica. Esta perspectiva se heredaba de la tradición idealista que alimentaba el espíritu del krausismo y de la Institución Libre de Enseñanza, y se concretizaba a través de actividades como las Universidades Populares –centros de difusión de saberes científicos y humanísticos y lugares de encuentro entre estudiantes universitarios y proletariado–, la organización de bibliotecas ambulantes y las conocidas Misiones Pedagógicas, dirigidas por Manuel Bartolomé Cossío y puestas en marcha a cargo de un grupo de «misioneros» que recorrían los pueblos dando conferencias, explicando cuestiones relacionadas con las estructuras del Estado y sus poderes, proyectando películas y montando obras de teatro (Caudet, 1983: 83-84; Paris, 2009: 258).

A estas alturas, importa volver a subrayar la importancia de centrarse en la especificidad –y en la excepcionalidad– de la coyuntura histórica en la que se despliegan la conciencia del mundo y la configuración ideológica de Max Aub y de María Teresa León. En el recorrido trazado hasta el momento hemos insistido, entre otras cosas, en un aspecto, es decir la progresiva apertura de los dos escritores hacia un amplio entorno, hacia los demás, muy especialmente, los más necesitados. En ese sentido sus inquietudes humanitarias se correspondían muy de cerca a las declaraciones de principio y a los objetivos planteados por las instituciones instauradas en 1931. Y es que los primeros dos artículos de la Constitución, aprobada el 9 de diciembre de 1931, constituyen un valioso manifiesto del vínculo ético-moral entre los valores republicanos y la postura de los dos autores:

> Artículo 1.° España es una República democrática de trabajadores de toda clase, que se organiza en régimen de Libertad y de Justicia.
> Los poderes de todos sus órganos emanan del pueblo [...].
> Artículo 2.° Todos los españoles son iguales ante la ley.
> (*Const. II República Española*, *9 de diciembre de 1931*: Título preliminar, Art. 1. y 2).

Esos conceptos –democracia, libertad, justicia, igualdad–, volvieron de forma constante a fundamentar la semántica y a impulsar la pragmática del discurso de Aub y de Teresa León, llegando a ser los puntos cardinales alrededor de los cuales se articuló –y se

legitimó– la defensa de ese modelo de país durante la Guerra Civil y, posteriormente, en el exilio. Una buena medida de ello serán las numerosas veces en las que ese verdadero léxico familiar de los dos escritores aparece en las creaciones literarias que, a partir de aquí, serán nuestro objeto de estudio.

No sorprende, por lo tanto, como afirma González de Garay (2009: 24), que Teresa León alabase la llegada al gobierno de España por parte de una clase intelectual capacitada para incidir socialmente y ejercer su influencia, subrayando, de manera más firme, los méritos de aquellas iniciativas destinadas a la mejoría de las condiciones de vida del pueblo[34] –aunque, como veremos más adelante, llegó en una fase sucesiva a expresar ciertas reservas hacia la «tibieza» ideológico-política de algunas iniciativas pedagógicas–, así como es bien notorio el orgullo de Aub por la política cultural republicana, hecho que se preocupó de manifestar en repetidas ocasiones y en distintas circunstancias, como en esa entrevista del 18 de julio de 1933 concedida al diario *Luz* en la que compara la situación de España con la de la Unión Soviética :

> He hablado mucho de la labor que aquí ha realizado la República, con verdadero asombro por parte de mis oyentes. Ellos se creen solos en poseer sindicatos, cooperativas y hasta casas baratas. Las Misiones Pedagógicas y los Museos ambulantes, sobre todo esto último de lo cual carecen, llevan su asombro al colmo (*apud* Aznar Soler, 1993: 42).

A lo largo de toda la etapa republicana, Aub no hizo sino suportar y defender, con palabras y con acciones, las virtudes morales de esta peculiar faceta del programa republicano, llegando también a escribir, en 1935, una obra titulada *Jácara el avaro* precisamente para que la representaran las Misiones Pedagógicas, definidas por él en

[34] Teniendo en cuenta todo lo dicho anteriormente acerca de la parábola vital de Teresa León, nos interesa especialmente destacar las aportaciones de la Segunda República a la condición de la mujer: en ese sentido, cabe decir que la Constitución de 1931 llevó consigo unas significativas propuestas de avance. En el artículo 25º podemos leer: «No podrían ser fundamento de privilegio jurídico: la naturaleza, la filiación, el sexo, la clase social, la riqueza, las ideas políticas ni las creencias religiosas. El Estado no reconoce distinciones y títulos nobiliarios» (*Const. II República Española, 9 de diciembre de 1931*: Título III, Capitulo Primero, Art. 25) y, en el artículo 40: «Todos los españoles, sin distinción de sexo, son admisibles a los empleos y cargos públicos según su mérito y capacidad, salvo las incompatibilidades que las leyes señalen» (*Const. II República Española*, *9 de diciembre de 1931*: Título III, Capitulo Primero, Art. 25). Aunque eso no llegó a ser suficiente para que se afianzase una conciencia democrática que pusiese en entredicho los principios que fundamentan la dominación masculina –en la práctica no se alcanzaron reales condiciones de igualdad en todas las capas sociales ni en lo doméstico, ni en lo laboral, ni en la instrucción–, sí que supuso importantes mejorías y, en todo caso, como explica Montes Salguero (2009: 160), la importancia de los dos artículos citados estribaba en el hecho de que por primera vez en España el Estado equiparaba hombres y mujeres ante las normas básicas. Hay que recordar, entre otras, la introducción del sufragio femenino, aprobado el 1 de diciembre de 1931 por cuatro votos, y la Ley del Divorcio del 2 de marzo de 1932 (Gómez Ferrrer-Moran, 2011: 60).

1938 como: «[...] creación meritísima de la República, que expresaba así su afán de que la cultura y la diversión llegaran a los más apartados rincones de nuestra tierra [...]» (Aub, 2002b: 227). Por lo tanto, análogamente a Teresa León, la inmediata adhesión de Aub al gobierno reformista, como señala Chaput (2004: 24), estaba estrechamente vinculada a la aspiración de guiar el país por el camino del progreso, algo que siguió reivindicando en el exilio, como podemos notar en un pasaje de *La guerra de España*, conferencia pronunciada en el Ateneo Español de México en 1960 y recogida en *Hablo como hombre*, donde argumentaba que:

> El desarrollo de los países depende más que nunca de la educación. Lo más importante para que un país asegure su porvenir es acrecentar los medios de la instrucción pública y de la enseñanza científica en todos sus aspectos. Sólo el desarrollo, a como haya lugar, de la enseñanza científica puede lograr convertir un país atrasado en otro a la altura de mejores circunstancias (Aub, 2002a: 177-178).

El concepto fundamental de ese primer bienio, por lo tanto, era el de cultura como medio de cambio en la identidad política del país y en la conformación de su realidad social[35]. Sin embargo, esos propósitos arrastraban irremediablemente una notable carga utópica procedente de la creencia de que eso, por sí solo, pudiera ser suficiente para subvertir las relaciones de poder responsables del atraso y de la marginalización de las clases subalternas así como para solucionar las desigualdades, en todos los niveles,

[35] Hay que destacar la manera en que el recorrido de nuestros autores se entrelazó y absorbió de forma cada vez más significativa y profunda las instancias históricas derivadas de dos conceptos muy importantes y absolutamente omnipresentes, pero a la vez –y quizás por eso–, mitificados: la cultura y el intelectual. En el primer caso cabe recordar que, aunque, por lo general, los años treinta empezaron en el signo de una decidida operación de replanteamiento de esa misma noción, fundamentada en la voluntad de dignificar al hombre y democratizar la vida pública ampliando la mirada hacia los graves conflictos y las crisis sociales que estaban atenazando la España de la época, la conceptualización que había debajo de ese propósito de cultura como elemento transformador no dejaba de remitir a la idea de ilustración, instrucción, información vasta y refinamiento; en otras palabras, se siguió distinguiendo entre lo material y lo espiritual y, en última instancia, entre las clases que se dedicaban a unas y a otras actividades, algo que tenía sus raíces en la filosofía idealista y que seguía delineando una relación vertical entre la superestructura ideológica –el discurso de los intelectuales– y la base social (García Canclini, 2004: 30-31). En cuanto al papel del intelectual, y en relación con el marco cronológico objeto1 de nuestro estudio, es de gran relevancia señalar otro posible nudo problemático, curiosamente, reflejado en una obra ambientada justo en la Guerra Civil española, y, para más señas, estamos hablando de un escritor y de una novela que tuvo especial relevancia sobre todo para Max Aub: en *L'Espoir* (1937) de André Malraux, el personaje de García, afirma que: «El gran intelectual es el hombre del matiz, de la gradación de la calidad, de la verdad en sí, de la complejidad. Es, por definición, por esencia, antimaniqueo. Ahora bien, los medios de acción son maniqueos porque toda acción es maniquea. En estado agudo cuando toca las masas; pero hasta si no las toca. Todo verdadero revolucionario es un maniqueo nato. Y todo político» (*apud* Binns, 2004: 108). En este apartado nos interesa analizar las modalidades con las que los dos autores que nos ocupan se han relacionado con estos dos conceptos y con sus respectivas ambigüedades, puesto que esas mismas nociones han sido sujetas a evoluciones y giros epistemológicos de acuerdo con el desarrollo de los acontecimientos históricos globales.

llegando a suturar la distancia entre los anhelos de los poseedores del capital intelectual y las necesidades prácticas de los que nunca habían tenido las posibilidades económica para acceder a él. Es ahí donde se delineó la fractura entre aspiraciones y realidad material y que, al fin y al cabo, llevó a dichos intelectuales a sublimar la capacidad trasformadora de la educación y a confiar en la absoluta eficacia de las Misiones Pedagógicas y de todas las demás iniciativas afines: es ahí, en esa fisura, donde, según Carlos París (2009: 253), se hicieron patentes las limitaciones a la hora de enfrentarse a los problemas más urgentes e inmediatos. Por otro lado, las contribuciones de José-Carlos Mainer (1981: 277-278) nos ayudan a completar el panorama que estamos delineando, ya que ponen el acento en las dificultades objetivas con las que tuvieron que lidiar los entusiasmos republicanos, particularmente, las graves circunstancias económicas –los efectos de la crisis del 29, la devaluación de la peseta, el elevado número de parados–, las secuelas sociales derivadas de siglos de incuria y pobreza –la explosiva situación de la España rural, las reivindicaciones del proletariado industrial, la férrea determinación de los sindicatos, el empobrecimiento de la clase media, la escasa disposición de los funcionarios públicos a colaborar con el nuevo gobierno– y, finalmente, los obstáculos de naturaleza política –la hostilidad de los partidos de derecha, el arraigado poder y la influencia capilar de la Iglesia y del Ejército, la debilidad de las formaciones burguesas y la escisión de los socialistas[36].

Por supuesto, sin dejar de tener en cuenta las especificidades del contexto español, tampoco podemos aislar dichas perspectivas de la evolución ideológica e histórica de Europa, marcada por las traumáticas experiencias de la Primera Guerra Mundial, la caída de los imperialismos, el desarrollo del socialismo y la progresiva emergencia de las reivindicaciones proletarias e influida por la herencia histórica de la Revolución Rusa de 1917 que, sobre todo después de 1929, estaba extendiendo su influencia en casi todo el

[36] Resulta de gran interés el análisis aportado por Claudio Lozano Seijas (2009: 148), quien se centra específicamente en las numerosas problemáticas de las políticas educativas, ya que, en sus albores, «La República se encontró con un país de agricultores analfabetos en una estructura de la propiedad y de la explotación onerosísima para el desarrollo de la nación. En 1931, más de la mitad de la población activa estaba vinculada a la agricultura, y el Estado no estaba desarrollado». En efecto, a pesar de la voluntad y de los ideales, la República no pudo llevar a cabo una reforma fiscal que sustentase el gasto público programado en educación. En la práctica, la instrucción no pudo cambiar tanto en tan poco tiempo y menos aún con las alternancias políticas que caracterizaron esa etapa y con el ataque virulento del institucionalismo católico y del clero. Todavía más emblemática es la referencia a la amargura experimentada por los voluntarios de las Misiones Pedagógicas en el momento en que comprendieron las reales dificultades de llevar a cabo su tarea: «antes que cultura, las gentes de aquellos lugares pedían sobrevivir. El acercamiento que la empresa «misional» comportaba era insuficiente al ser imposible la comunicación y la continuidad. Así las Misiones eran un caramelo cultural que no mitigaba el hambre, sino que la distraía momentáneamente» (Lozano Seijas, 2009: 148).

continente, muy especialmente entre la clase intelectual francesa y española. Como explica Aznar Soler (2003: 20-21), en aquel entonces, los viajes a la Unión Soviética constituían una costumbre habitual entre políticos e intelectuales occidentales, prueba contundente de la simpatía y atención que se estaba difundiendo hacia la llamada «esperanza socialista».

En esta renovada atmósfera, Teresa León y Alberti, becados por la Junta de Ampliación de Estudios, emprendieron, en 1932, un viaje por Europa con el objetivo de estudiar las corrientes teatrales en boga en varios países del viejo continente, algo que influyó decididamente en ambos autores tanto en la dimensión literaria como en la existencial: la primera etapa fue precisamente la Unión Soviética, donde adquirieron un compromiso político sólidamente anclado en los principios comunistas. En efecto, durante aquella estancia, entablaron amistad con escritores y poetas soviéticos, entre ellos Fédor Kelin y el francés Louis Aragon, y –con la ayuda de un intérprete –tradujeron a Maiakovski, definido por Alberti «el primero y más grande poeta de la Revolución de Octubre» (*apud* Ferris, 2017: 104), Pasternak y Blok, asimilando con entusiasmo y con una fe inquebrantable el ideario de la lucha de clases y la carga utópica latente en las descripciones de la realidad político-social del régimen estalinista, el llamado «milagro ruso», hasta el punto de que, una vez regresados a España, la visión que proporcionaron de la URSS coincidía con la imagen de un país próspero y feliz, llegando a culminar con la sucesiva participación en el I Congreso de Escritores Soviéticos en 1934 (Ferris, 2017: 103). El sucesivo desplazamiento a Alemania resultó igualmente incisivo, ya que Alberti y León pudieron observar con sus propios ojos un paisaje quebrantado por los preámbulos del nazismo:

> Por toda Alemania ya nacían pequeñas cruces gamadas sobre banderitas que iban enganchándose por todas partes. [...] Comprobamos que cuando iban en la solapa de la gente o en el brazal de los S.S., los ciudadanos de Berlín temblaban [...]. Todos los actos de la vida estaban regidos por ese pase militar y por fanfarrias invisibles. Poco a poco se enrareció el aire. La gente hablaba menos. Un día, estando Rafael en la Universidad de Berlín dando una conferencia sobre la poesía tradicional española, pisotearon a una muchacha. Pero ¿por qué? Y nos dieron una contestación cortante: es judía (León, 2020: 359).

La atmósfera de terror y miseria moral, unida al creciente odio antisemita causó una honda impresión en la pareja, que en aquella misma ocasión conoció a Bertolt Brecht, quien, en un texto publicado en diciembre de 1930, *De la necesidad del arte en nuestra época*, había puesto de manifiesto la urgencia histórica de una literatura comprometida

políticamente y que, además, debía ser canalizada en función de la realización de un orden social más justo e igualitario, conceptualización que fue plenamente asimilada por Teresa León, especialmente a la hora de resignificar su papel social en tanto que intelectual y, por supuesto, en los giros éticos de su propia obra:

> No debería considerarse el arte como «expresión de personalidades grandes y únicas en sentido de figuras excepcionales» [...]. Siempre que personalidades excepcionales dicten sus precios al mundo – precios de tal magnitud que ya no cabe pensar en la alimentación de los niños insignificantes, demasiados repetidos –, mientras estas grandes personalidades intenten convertir el mundo en expresión suya, en su propia obra, creada a su arbitrio, siempre habrá niños hambrientos. [...] Pero un arte nuevo acabará forzosamente por indicar su valor práctico y precisar para qué quiere ser utilizado [...]. Ni los artistas ni sus historiadores pueden ser absueltos de la culpa de nuestra situación, ni eximidos de la obligación de trabajar por cambiarla (Brecht, 1984: 68-69).

El viaje continuó hacia Holanda y la Península Escandinava, pero fue sobre todo en Ámsterdam donde vivieron otro acontecimiento clave: la asistencia al Congreso Internacional de la Paz, presidido por Henri Barbusse, cuyas aspiraciones ya habían ido cuajando en un periodismo militante que apuntaba a aproximar a los intelectuales a las instancias reivindicativas de los trabajadores manuales, a luchar contra la propaganda reaccionaria de la ideología burguesa y a favorecer la difusión de un arte colectivo o, en otras palabras, «de mayoría» (Caudet, 1993: 24).

Este itinerario de encuentros y de experiencias resultó decisivo para propiciar la afiliación del matrimonio Alberti-León al Partido Comunista Español en 1933 junto con la inmediatamente sucesiva fundación de la revista *Octubre. Órgano de los Escritores y Artistas Revolucionarios*, cuyo emblemático subtítulo desvelaba tres objetivos básicos, síntesis de las inquietudes que se habían materializado a lo largo del viaje: o sea, la lucha antiimperialista, la difusión del modelo político soviético y la defensa del proletariado, objetivos alimentados por un optimismo que hacía que, en ocasiones, fuesen los mismos redactores de la revista quienes se lanzasen a la calle para vender las copias, tratando, de ese modo, de vencer la difidencia de muchos quiosqueros de Madrid. Entre los colaboradores se encontraban Antonio Machado, Luis Cernuda, Luis Buñuel, Alejo Carpentier, Arturo Serrano Plaja, Máximo Gorki y Emilio Prados, que aparecieron en un total de seis números, precedidos por un número 0, significativamente publicado el 1 de mayo de 1933 y en el que cabe destacar la publicación de un artículo de Teresa León acerca de la necesidad de un teatro proletario, paradigma creativo que defendió con gran energía también en el *Heraldo de Madrid*: a través de las páginas de ese periódico, entre

mayo y agosto de 1933, se propuso difundir los conocimientos recién adquiridos acerca de la nueva dramaturgia europea, interiorizados en su viaje. Así se expresa Teresa León sobre el tema:

> ¡Qué transfusión maravillosa de sangre de arte sufrió el teatro ruso después de la toma del poder del proletariado! [...] Terminemos con la escena de señoritas que toman té. [...] queremos saber las razones del sin trabajo para llamar y recibir la muerte; la tragedia de las mujeres que abortan; los martirios del desgarrado física y moralmente entre la altura de las cárceles; el engaño y la burla del señorito que abandona a la muchacha obrera, hermana, novia, amiga; del espectador que hierve de ira al ver su propia desgracia familiar. Por el mundo y recogidos en teatro proletario internacional, estos temas conmueven a la masa trabajadora (*apud* Ferris, 2017: 115).

Este fragmento nos permite evidenciar la intensa implicación de la autora, observable, en primer lugar, en el nivel lingüístico donde nos encontramos con un profundo dramatismo inscrito en la elección de términos como «tragedia», «martirios», «desgracia», o en el énfasis puesto en situaciones límites como el ámbito carcelario: estos aspectos, por otro lado, se complementaban con una sincera idealización de la efectiva incidencia social y política del proletariado, enaltecido este último como la verdadera linfa vital del país, elemento propulsor de la vida colectiva o, en palabras de la autora, «transfusión maravillosa de sangre», siendo estos recursos expresivos canalizados en el discurso de Teresa León para estructurar la dicotomía entre explotadores y explotados. Otra vez, había una atención especial reservada a lo femenino, pero, a diferencia de los artículos publicados en el *Diario de Burgos*, aquí casi desaparecieron por completo las resonancias religiosas y se pasó a hacer hincapié en mujeres presentadas no como sujetos activos sino únicamente como víctimas de la dominación masculina y sobre todo de la opresión y de la violencia de clase, ejemplificada, no por casualidad, por medio del engaño del *señorito* a la *obrera*: es precisamente a esas mujeres de clase humilde a quienes se dirigían la solidaridad de una escritora que las circunstancias de nacimiento habían colocado entre las «señoritas que toman té»[37], identidad social de la que, gradualmente, estaba intentando

[37] En cambio, la referencia a «la tragedia de las mujeres que abortan» es más compleja y caracterizada por una dimensión semántica menos evidente. Esta frase, más que un juicio de valor acerca de la voluntad de no asumir la maternidad –verosímilmente, se hablaba de «aborto» en un sentido más amplio, que podía ser también el abandono o el rechazo del hijo recién nacido–, parecía ser una denuncia de las causas que podían llevar a tomar esa decisión. Es decir, lo que procuraba hacer la autora era poner de manifiesto la condición de desamparo de las mujeres que lo hacían, sobre todo, por no tener recursos ni medios materiales para seguir adelante –de ahí la tragedia–, clave de lectura que se puede desprender, en primer lugar, del tono y de la temática general del artículo y, en segundo lugar, del hecho de que aparecen argumentos similares en otros textos de la autora: será suficiente recordar la ya mencionada historia de la sirvienta qua aguanta hasta

desprenderse para acercarse a instancias de signo muy distinto. Además, se nota ya el germen de la concepción de un teatro cuya finalidad ético-estética debía ser la de entablar un diálogo directo con los trabajadores para trasmitirles cierta conciencia política, aunque, en el pasaje citado, lo que se ponía en primer plano era la comprensión empática, vehiculada por el utilizo del verbo «conmover», lo cual, si bien podía cumplir con el objetivo de crear lazos de solidaridad y de animar a los trabajadores mismos a reaccionar contra las desigualdades existentes, por otro lado suponía inevitablemente una toma de conciencia de carácter esquemático, puesto que adolecía de la falta de la dimensión reflexiva necesaria para desarrollar una duda permanente, elemento clave de problematización de la realidad.

Claramente, nunca hay que perder de vista el contexto histórico en el que se sitúa el discurso objeto de nuestro análisis, marcado, desde la perspectiva adquirida por Teresa León, no solamente por la toma de conciencia en sí misma respecto a la prioridad –mejor dicho, la urgencia– de solucionar la pobreza y la opresión seculares de las clases subalternas –percepción en la que, evidentemente, influía el radical reaccionarismo y la actitud represora contrapuesta por las clases dominantes ante las necesidades de los colectivos sociales subordinados–, sino que la asimilación por parte de la autora de las consignas del Partido Comunista de España y de la III Internacional, como se puede desprender ya a partir de algunas consideraciones que hemos anotado, se insertaba en el marco de una determinada temperie cultural: las connotaciones específicas del legado representado por la Revolución Rusa y su carga simbólica. Esta última, explica Enzo Traverso (2021: 447-448), al haber surgido de la Gran guerra, y, por ende, del colapso de la era de la paz de los cien años que había definido el largo siglo XIX, dio forma a la trayectoria del comunismo en el siglo XX a través de un vínculo prácticamente simbiótico entre guerra y revolución –ahí donde el paradigma militar de la revolución, y su irrupción en el lenguaje y en las prácticas políticas, no debe ser confundido con el culto a la violencia–. Lo que sí hay que tener en cuenta es que la reformulación traída por la Revolución de Octubre suponía precisamente todos estos elementos –bien visibles, por otro lado, en el discurso que estamos analizando de Teresa León–: crisis del antiguo orden, movilización de masas, dualismo de poder, dictadura del proletariado y violento choque con la contrarrevolución. En estrecha relación con eso, comenta Traverso (2021: 446), este modelo conceptual, no se fundamentaba en la idea de revolución como un

el final del embarazo para después ahogar al hijo al que no podía garantizar el sustentamiento, historia narrada en el primer artículo publicado en el *Diario de Burgos* y retomada en *Memoria de la melancolía*.

proceso –la estratificación temporal y la concatenación cronológica subyacentes carecen de importancia–, sino que hacía hincapié sobre todo en su momento inaugural, en su carácter rompedor; de ahí las instancias que permearon la visión de la escritora:

> La revolución tiene que ver con las relaciones de poder, la táctica y la estrategia, los movimientos y los liderazgos y el arte de la insurrección, pero también concierne a las aspiraciones, la rabia, el resentimiento, la felicidad, la comunalidad, las utopías y las memorias. En síntesis, es un momento en que, de improviso, sentimientos y emociones inundan la política. Es una erupción de comunalidad absolutamente antagónica con el modelo de sociedad del liberalismo clásico, de individuos aislados que actúan como competidores (Traverso, 2021: 446-447).

A propósito de las raíces ideológicas que estamos comentando, quien formuló otros matices interpretativos fue Albert Camus, diez años más joven que Teresa León, pero, como es consabido, muy cercano a los ideales de justicia social e igualdad de la República española –afinidad manifestada, además, a través de una serie de intervenciones públicas y artículos de denuncia contra el régimen de Franco una vez terminada la Guerra Civil– y conocido de la escritora. En *El hombre rebelde*, publicado originariamente en 1951, se detuvo más bien en el concepto de «profecía revolucionaria» (2021: 247-262), explicando que:

> Ciertamente, no les faltó razón a quienes insistieron en la exigencia ética que yacía en el fondo del sueño marxista [...]. Puso el trabajo, su degradación injusta y su dignidad profunda, en el centro de su pensamiento. Se alzó contra la reducción del trabajo a una mercancía y del trabajador a un objeto. Recordó a los privilegiados que sus privilegios no eran divinos, ni la propiedad un derecho eterno […]. Le debemos la idea […], de que, cuando el trabajo es una degradación, no es la vida, aunque cubre todo el tiempo de esta (Camus, 2021: 261).

Sin embargo, lo que aportó el escritor francés fue esa vertiente problematizadora alrededor de la carga utópica que hemos visto aplicada a la actividad intelectual de Teresa León. Camus criticaba, en efecto, el trasfondo de mesianismo paradójicamente casi religioso que él veía en ese tipo de perspectiva, donde lo que primaba era la acción de una «revolución redentora» como única opción: «La utopía sustituye a Dios por el porvenir. Identifica entonces el porvenir con la moral; el único valor es lo que sirve a este porvenir» (Camus, 2021: 260). Incluso en *Memoria de la melancolía* nos encontramos con que, precisamente a la hora de evocar la proclamación de la Segunda República, aparece una afirmación que va más o menos en la misma línea de la que acabamos de comentar: no

habla de «conquista de derechos», sino de «reasignación de privilegios»: «Los privilegiados iban a ser otros. España no podía seguir atrasada, pobre, enferma de aburrimiento histórico, con un rey enmohecido en un reino enmohecido» (León, 2020: 135).

Retomando las concepciones ético-estéticas que se estaban fraguando en los artículos juveniles de Teresa León , es Manuel Aznar Soler (2003: 9) quien explica que, esos artículos de la autora apuntaban a un proyecto de teatro nacional –pero basado en patrones internacionales y con aspiraciones universales– que quedó sustancialmente infructuoso hasta la Guerra Civil, pero que contenía ya unas pautas ideológicas que, en este mismo 1933, se concretizaron en una obra de agitación y propaganda publicada en el número 3 de *Octubre*, titulada «Huelga en el puerto». El tema central de esta última, como se puede fácilmente intuir, gira alrededor de un día de huelga por parte de un grupo de obreros del Puerto fluvial de Sevilla: efectivamente, el protagonista absoluto de la escena es el trabajo y, sobre todo, los conflictos derivados de situaciones de injusticia y explotación, evidentes en las palabras de la obrera de una fábrica de aceitunas:

> Hacemos el envase. Todos dicen que la aceituna hace la fama de Sevilla. ¿Qué sabemos nosotras de eso? Apenas si nos da para comer. [...] ¡Gloria de Andalucía! ¡Pena, digo yo! Los olivares no son nuestros, son del amo y el amo contrata el acarreo (León, 1933: 21).

A la condición de alienación denunciada por esta mujer se hace eco la desgarradora protesta de su compañera, una firme condena de los engranajes ocultos detrás de la acumulación de riquezas en la producción y en el comercio aceitunero y referencia sinecdótica al entero funcionamiento del sistema capitalista: «¿Y nosotras? No podemos comprar ni pan ni aceituna. Ahora quieren rebajarnos el salario: la empresa debe ganar más» (León, 1933: 133). Además, es relevante observar que ningún personaje lleva nombre propio sino que están todos identificados por sus papeles sociales o por sus posiciones recíprocas en el marco de la lucha de clases: resultan muy llamativas las menciones de los dominadores, «Cara y voz del ministro», «Voz del patrono», entidades alejadas en la cima de la pirámide social –pero capacitadas para extender su influencia por doquier– y que alcanzan su máximo nivel de abstracción –y de inalcanzable poder– en el personaje denominado «Cara y voz del capitalismo». Otro detalle fundamental, que hemos mencionado como peculiar de la sensibilidad política de la autora en esta fase, es justamente la figuración sublimada del proletariado y el inquebrantable optimismo acerca

de un radiante futuro de éxito del Comunismo: «Para todos se acabará el hambre, los niños descalzos. Tendremos escuelas, derecho a andar con la cabeza erguida por las calles. [...] La fatiga tendrá un premio. Una vida mejor está en el horizonte» (León, 1933: 24). En ese sentido, el evidente objetivo de incitar a la acción y de fomentar la unión solidaria queda emblemáticamente representado en el final de la obra, donde hasta el telegrafista del puerto –en un repentino cambio de actitud de la crónica pasiva y monótona a la acción entusiasmada– se suma a la iniciativa de los huelguistas que, para más señas, se despiden de la escena entonando la Internacional.

En ese mismo 1933 también Max Aub viajó a la Unión Soviética, motivado por el mismo anhelo de tocar con mano las últimas propuestas en el ámbito del arte dramático por medio de su asistencia a un festival de teatro. De forma similar a Teresa León, esa experiencia no se limitó al aprendizaje, sino que, de vuelta a España, confluyó en una dimensión pragmática de divulgación en forma de crónica o reportaje. Desde la perspectiva de dos escritores cada vez más comunicados con las instancias sociales de su época histórica, lo que se estaba fraguando era una manera de habitar activamente esa misma época y, sobre todo, de trasformar sus palabras en una acción política, ya que, básicamente, el medio periodístico les servía como plataforma para dar a conocer el prototipo de país que se quería construir en España, lo cual quería decir fijar valores y proponer pautas de conductas; al fin y al cabo, construir patrones desde los cuales percibir y apreciar la realidad[38].

En el caso de Aub, el relato de su viaje a la URSS se reflejó en trece artículos publicados en el periódico madrileño *Luz* entre el 18 de julio y el 26 de septiembre de 1933, en los que daba cuenta de su favorable impresión con respecto a la política teatral soviética, pero alejándose del retrato idílico realizado por Teresa León. Ensalzó el avance económico derivado del primer plan quinquenal, pero, al mismo tiempo, no ahorró críticas al giro nacionalista fomentado por la clase dirigente: «Ha crecido de una manera exagerada el orgullo nacional, que nada tiene que envidiar a cualquier conocido chauvinismo» (*apud* Aznar Soler, 1993: 39). Muy especialmente, arremete contra el uso desmedido de la propaganda oficial, cuyas posibilidades de «cercenar cualquier pensamiento, de ahogarlo todo en la disciplina, de dirigir toda opinión» (*apud* Aznar

[38] Esta modalidad de intervención sí que estaba especialmente visible en la intercomunicación entre campo político y campo cultural –a la que se refería Bourdieu–, concretizada por medio del capital simbólico representado por el intelectual, amén de constituir una valiosa manifestación de las múltiples modalidades de interacción entre los escritores y su contexto histórico.

Soler, 1993: 40) convirtieron en un arma eficaz en tanto que manipuladora de la verdad y artífice de un retrato totalmente aconflictivo y que, como tal, acaba creando otras asimetrías sociales y abusos de poder: «el ruso es hoy un hombre feliz que cree vivir en el mejor de los mundos» (*apud* Aznar Soler, 1993: 40). Es decir, entrevió Aub los peligros derivados de una forma comunicativa que, ocultando los motivos de discrepancias y borrando los matices, terminaba aplacando la capacidad crítica de los sujetos, generando, inevitablemente, otras clases de disparidades e injusticias. Las reflexiones del escritor fueron desarrollándose por medio de argumentos cada vez más rotundos, ya que siguió ahondando en los aspectos que le parecían dudosos y cuestionables acerca de la estética soviética misma, insistiendo precisamente en sus derivas dogmáticas de análisis del mundo. De hecho, mostró su disenso hacia los reduccionismos de la literatura de agitación y movilización, abogando por la defensa de la calidad formal como mejor criterio para definir el arte revolucionario (*apud* Aznar Soler, 1993: 24-25). Dicho de otra manera, desde el punto de vista de Aub, una realidad compleja, saturada de contradicciones y cuya representación legítima quedaba vinculada a las interpretaciones sesgadas del discurso del poder oficial –de un signo político u otro– no podía ceñirse a una narración simplificada en aras de una mayor comprensión; por el contrario, para proponer un cambio, se necesitaba un planteamiento estético capaz de revelar esa misma complejidad y el carácter siempre problemático de la verdad, en virtud de una sólida conexión entre estética e ideología[39]. Veremos a continuación la manera en que esas premisas fueron evolucionando en la contingencia histórica excepcional vivida por España y por Europa en la segunda mitad de los años treinta cuando, para retomar las palabras mismas del escritor, la realidad «se nos echó encima» (Aub, 2002a: 162).

[39] Los rasgos estéticos de esa etapa han sido bien analizados por Buschamann, quien vincula Aub a José Díaz Fernández en la conceptualización de una literatura que vuelva «a lo humano», pero sin renunciar a las innovaciones formales traídas por las vanguardias, diferenciándose con respecto al arte revolucionario: es decir, la escritura aubiana se fraguaría en un «camino de regreso al origen político de las primeras vanguardias solo hasta donde ve garantizada la libertad individual del sujeto artístico y político» (Buschmann, 2022: 92-94). Sin embargo, aunque en este caso no se trataba de la estricta y deshumanizada «primacía de la forma sobre la función» a la que hemos aludido –sino que, más bien, se apuntaba a una síntesis entre ética humanitaria y complejidad creativa–, seguía estando presente un componente contradictorio. Comenta García Canclini que, aun en el momento en que los productos artístico-literarios están potencialmente disponibles para todos e incluyen unos contenidos moralmente valiosos o eficaces en relación con el público al que se dirigen, eso no va a cambiar la realidad de las condiciones materiales del consumo y de la fruición cultural: solo podrán acceder a este capital artístico quienes cuenten con los medios económicos y simbólicos para hacerlo suyo. Dicho de otra forma, la intención ética de transmitir cierto mensaje se enfrenta a la realidad de la comprensión, que requiere poseer los códigos, el entrenamiento intelectual y la sensibilidad para descifrarlo y, por lo tanto, aumenta a medida que crece el capital económico, el escolar y la antigüedad en la familiarización con el capital artístico (García Canclini, 2004: 64).

1.3 «Asturias: tierra bravía»: desde octubre de 1934 hasta la República del Frente Popular

En el desenvolvimiento histórico del esfuerzo transformador republicano, se produjo un hito fundamental cargado de resonancias y repercusiones decisivas: nos referimos a la rebelión llevada a cabo en octubre de 1934 por los obreros asturianos –especialmente los mineros– y orquestada por Alianza Obrera, un pacto en el que, por primera vez en España, se integraron jefes locales del PSOE, Unión General de Trabajadores (UGT), la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) y los comunistas. Cabe recordar que las elecciones de diciembre de 1933 habían llevado a la formación de un gobierno presidido por el Partido Radical de Alejandro Lerroux con el apoyo de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), coalición de raíz reaccionaria liderada por José María Gil Robles[40]. Es el inicio del llamado «Bienio Negro», en el que, en extrema síntesis, se intentó rectificar el plan de reformas promovidas en la etapa precedente –muy especialmente la Reforma Agraria, que ya de por sí se estaba llevando a cabo con lentitud y entre muchos obstáculos–, dando un giro conservador y tradicionalista a la experiencia republicana, hecho interpretado por la izquierda como una traición a las esperanzas fraguadas el 14 de abril de 1931. Con todo, lo que hizo definitivamente estallar el descontento entre los trabajadores fue justamente el avance del partido de Gil Robles hacia el poder, un camino impulsado a base de continuas crisis de gabinete que culminaron, la noche del 3 de octubre, en la formación de un nuevo gobierno Lerroux y la asignación de tres carteras ministeriales a la CEDA, lo cual fue visto por las fuerzas políticas obreras como algo que conllevaba una significación ideológica mucho más radical: la imposición del fascismo en España. A esto hay que añadir el papel de Falange Española (FE) –movimiento significativamente fundado, no lo olvidemos, en esos años, en 1933, y fusionado el 15 de febrero de 1934 con la Junta de Ofensiva

[40] El clima de hostilidad que llevó a los sucesos de 1934 se hizo bien visible en ese discurso pronunciado por Gil Robles con motivo de la campaña electoral de 1933, enteramente montada sobre la base de dos pilares ideológicos, o sea «aplastar los movimientos socialistas y comunistas» –exactamente lo que estaba pasando en Italia y en Alemania– y «salvar los principios de la civilización cristiana» –peculiaridad del movimiento español–: «Es necesario ir a la reconquista de España [...]. Es necesario, en el momento presente, derrotar implacablemente al socialismo... Hay que fundar un nuevo Estado, una nación nueva, dejar la patria depurada de masones judaizantes [...]. ¡Qué importa si nos cuesta hasta derramar sangre! [...]. Llegado el momento, el Parlamento o se somete o le hacemos desaparecer», discurso al que se opone la contestación del socialista Francisco Largo Caballero, quien declara que únicamente la dictadura del proletariado podría llevar a cabo «el imprescindible desarme de la burguesía» (*apud* Preston, 2017: 78).

Nacional-Sindicalista (JONS) de Ramiro Ledesma Ramos– que actuaba como verdadera «fuerza de choque», provocando luchas callejeras que proporcionaban a la derecha la justificación por su política de «imposición del orden» y «exaltación de la jerarquía» (Santos Juliá, 2006: 505-510; Preston, 2017: 91- 93)[41].

Sin embargo, más allá de los antecedentes y de las causas, lo que nos interesa destacar del octubre de 1934 son sus consecuencias, empezando por el hondo impacto sobre la intelectualidad europea, sobre su atención social y sobre sus distintas formas de ejercer la militancia política. Aznar Soler, centrándose en los escritores españoles, afirma que la gran mayoría de ellos respondieron solidarizándose con los asturianos por motivos estrictamente éticos, una orientación «de humanismo democrático burgués que se traducía en una simpatía sentimental hacia el genéricamente denominado "pueblo español"» (1984: 87). En ese sentido, lo que unía en la protesta y provocó una respuesta de indignación generalizada –independientemente del mayor o menor grado de afinidad hacia la causa defendida por los obreros–, fue la feroz represión que se llevó a cabo. No es nada baladí referirse al hecho de que, el entonces ministro de la Guerra, el radical Diego Hidalgo, encargó la dirección de las operaciones al general Franco, quien trajo a los mercenarios del Ejército de África con resultados devastadores:

> Franco contemplaba el problema que tenía delante con la misma implacabilidad glacial en que se habían basado sus victorias en las guerras coloniales. Los mineros organizaron una comuna revolucionaria con trasporte, comunicaciones, servicios hospitalarios y distribución de alimentos, pero disponían de pocas armas. La mayor parte disponían solo de dinamita, y fueron reducidos tanto por la artillería pesada como por los bombardeos aéreos. La Legión Extranjera cometió atrocidades, mató a muchas mujeres y niños, y cuando cayeron Gijón y

[41] Hay otros dos episodios que se suelen dejar en segundo plano –y que, por lo general, tuvieron menos reverberación a nivel internacional–, pero que resultan muy sintomáticos y hasta fundamentales para entender el contexto histórico que nos ocupa: en el verano de aquel mismo 1934, en Andalucía, Extremadura y Castilla la Nueva, se declaró la mayor huelga agraria en la historia de España, pronta y duramente reprimida (Santos Juliá, 2006: 509-510), siendo un acontecimiento que conviene tener en cuenta, sobre todo, para entender el tratamiento de la cuestión agraria y de la propiedad de la tierra en el discurso aubiano. Además, el 6 de octubre, el presidente de la Generalitat de Catalunya, Lluis Companys, proclamó el «Estat Català de la República Federal Espanyola» en un acto de protesta motivado por el avance de las fuerzas políticas fascistas hacia el poder, proclamación a consecuencia de la cual Companys fue condenado a treinta años de cárcel y el Estatut d'autonomia de Catalunya, concedido en 1932, suspendido (Preston, 2017: 88). Este episodio fue retomado por Aub en la novela *Campo cerrado* (1943): «Fue consigna general, en los días que siguieron el 6 de octubre de 1934, el no salir de noche» (Aub, 2010: 129). Estas pocas pero bien escogidas palabras ponen a los lectores frente al clima de aguda tensión y exasperada violencia de aquellos momentos y del que estamos tratando de ofrecer una panorámica en estas páginas: la combatividad de los ambientes anárquicos, el *modus operandi* de Falange, es decir, el culto a la acción armada, la exaltación de la disciplina, del deber y del servicio que, a su vez, desembocaban en una total insensibilidad hacia la muerte y en el antintelectualismo, siendo estas últimas dos argumentaciones que volvieron a aparecer en los artículos publicados por el escritor durante la Guerra Civil.

> Oviedo, las principales ciudades asturianas, el Ejército llevó a cabo ejecuciones sumarias entre los izquierdistas (Preston, 2017: 94).

El propio Aub se preocupó por compaginar ese evidente sentido ético-humanitario con una reflexión acerca de las razones políticas que fundamentaban la lucha obrera, una reflexión, como no podía ser de otra manera, muy decidida y firme –no por nada, contrapone los términos «heroísmo» y «represión»– pero, al mismo tiempo, considerablemente lúcida: reconoció la plena legitimidad de las reivindicaciones del proletariado asturiano aunque aludió también a la otra cara de toda revolución, es decir, su carácter de subversión con lo que se considera normativo. Así que, una revolución que triunfa, al reajustar las relaciones de poder existentes, acaba imponiendo otra representación de la realidad. Por contra, recuerda Aub, termina desprestigiada y olvidada en el caso en que permanezca el orden asentado y, con ello, su correspondiente versión de la verdad:

> La rebelión de Asturias, en 1934, donde el *heroísmo* fue ya el de 1936, donde la *represión* fue ya la del 39, no pasará a la historia porque por muy justificada que fuera iba en contra de la legalidad; sólo las rebeliones que vencen tienen renombre (Aub, 2002a: 164).

Para más señas, como se puede leer, llegó a considerar la Revolución de Asturias como uno de los antecedentes, el más inmediato, de la Guerra Civil: lo hizo, claro está, precisamente desde la perspectiva de la lucha de clases, pero aclarando una importante diferencia en la medida en que el esfuerzo bélico del gobierno republicano de 1936 tenía todo el sentido de una acción inapelablemente justa, ya que, esta vez, se estaba defendiendo precisamente una legalidad votada democráticamente en las urnas por los españoles:

> La guerra de España –la nuestra– empieza en 1909 con la Semana Trágica y el fusilamiento de Francisco Ferrer; sigue con la huelga general revolucionaria de 1917; el desastre del Annual, en 1921; la dictadura de Primo de Rivera, desde septiembre de 1923; la proclamación de la República, el 14 de abril de 1931; la rebelión de Asturias y su cauda catalana, en 1934; el alzamiento fascista y reaccionario del 18 de julio de 1936 [...]. La guerra de España –la nuestra– fue una guerra de clases, quien no la vea así no puede comprenderla; la guerra del pueblo contra las oligarquías (Aub, 2002a: 164).

De manera similar, también en Teresa León los sucesos de 1934 conllevaron una interpretación enmarcada en la batalla del proletariado contra los privilegios de los

acomodados: precisamente después de aquel trágico octubre español, su postura comprometida ya muy consolidada se acompañó de una definitiva toma de conciencia de que no había vuelta atrás posible:

> ¿Te acuerdas María Teresa que vinieron a París los primeros españoles desterrados después de la insurrección de Asturias? [...]. Lo ocurrido en España era como el ensayo general de lo que había de ocurrir más tarde. Los que huían por la frontera trataban de alcanzar París. Por primera vez non sentíamos comprometidos hasta los huesos. [...] Un día de 1934 Palmiro Togliatti nos dijo: ¿Por qué no sois vosotros los que vais a Norteamérica a explicar lo que acaba de suceder en Asturias? Contestamos inmediatamente que sí (León, 2020: 159).

Tal y como hemos observado a propósito de Aub, incluso la autora de *Memoria de la melancolía* fijó una línea de continuidad con los sucesivos enfrentamientos de la Guerra Civil, aunque, como seguiremos profundizando, la sensibilidad adquirida con la experiencia del exilio hizo que su mirada virara especialmente hacia la situación de los refugiados, hacia los que se vieron obligados a enfrentarse a las penas del destierro después de haber visto aplastado su intento de reivindicar una realidad social a medida de sus derechos. Importa ahora comentar la última frase contenida en el fragmento citado: según lo que refiere González de Garay (2009: 27), Teresa León –que en aquel entonces se encontraba en París y con muchas dificultades para regresar a España– emprendió, junto con Alberti, y en calidad de emisarios del Socorro Rojo Internacional, un viaje hacia Estados Unidos, Cuba, México y Centroamérica, entre otras razones para recaudar fondos destinados a las familias de los mineros. Pero, sobre todo, y como se puede inferir a partir de los recuerdos evocados por la autora, el objetivo era explicar al mundo los sucesos de Asturias, no solamente para invitar a la reflexión sino para tratar de movilizar activamente la opinión pública en su conjunto –aunque, teniendo en cuenta los espacios en los que se movieron y el tipo de auditorio, parece que los receptores prioritarios fueron sobre todo los intelectuales–. Así que volvió –y se afianzó– la idea del escritor –en general, del hombre de cultura– como agente del cambio social, aunque merece la pena subrayar que, en las circunstancias específicas de este viaje y dada la filiación ideológica de la autora, ese concepto se expresaba más bien en términos de mejoría de las condiciones materiales de vida de los colectivos desfavorecidos, desde una lógica marcadamente anticapitalista y antiimperialista. En efecto, Teresa León participó en muchos actos y conferencias en los que siguió exaltando los progresos de la URSS, representándola como un modelo de país al que aspirar, más aún frente al precipitar de los acontecimientos en España y en el

mundo. Un claro ejemplo de dicha postura se encuentra en el discurso pronunciado el 11 de junio de 1935 en el Palacio de Bellas Artes de México, titulado *La mujer en España y la mujer en América*, donde presentó la condición femenina en el contexto ruso como meta ideal a alcanzar:

> En Rusia la mujer ha encontrado su perfecto equilibrio; la protegen todas las leyes, siendo esta protección tanto para la mujer de la Rusia europea como para la mujer de la Rusia asiática. A cambio de todos los derechos adquiridos, la mujer rusa ha manifestado un profundo sentido de responsabilidad, poderosa razón que la ha llevado a los más altos puestos (*apud* Ferris, 2017: 134)

En ese periplo americano fue particularmente significativa la etapa en Cuba, ya que supuso el descubrimiento de la dictadura del coronel Fulgencio Batista y, con ello, el clima opresivo instaurado en la isla y la situación de las cárceles, algo que vertebró el trasfondo de la primera parte de su novela *Contra viento y marea* (1941):

> Nos dijeron: ¿Veis aquella fortaleza? Es el castillo del Príncipe. Está lleno de presos políticos, y la Cabaña, también, y todos estamos vigilados, perseguidos porque la Universidad les da un miedo loco. Siempre nos están acusando. Han tirado estudiantes a los tiburones. ¿Veis? Allí. Han matado a José Antonio Mella. Están en la cárcel Juan Marinello y Pedroso. Hasta la cárcel de mujer está llena (León, 2020: 171).

Cabe añadir que el ámbito carcelario –en este caso visto únicamente como representación de los abusos y de los mecanismos represivos del poder– se convirtió en un *leitmotiv* bastante frecuente en su obra, vinculándose precisamente a su sentido de responsabilidad política en tanto que intelectual como demuestran un artículo sobre Venezuela –publicado en el *Heraldo de Madrid* el 1 de enero de 1936 y en *Regards* el 2 de enero del mismo año–, la mencionada *Contra viento y marea*, los cuentos «El caballo grande de Martín García» –aparecido en el *Correo Literario* de Buenos Aires, el 1 de septiembre de 1945– y «Esplendor de Teresa» –contenido en la colección de cuentos *Las peregrinaciones de Teresa* (1950)–, la obra teatral *La libertad en el tejado* (años 40-50)[42] y *Memoria de la melancolía* (Estébanez Gil, 2020: 238). No por casualidad, la primera referencia a este tema irrumpió en forma de denuncia en el artículo «The revolt in Asturias», publicado el 25 de septiembre de 1935 en la revista americana *The New Republic*, en el que puso abiertamente de manifiesto la brutalidad con la que la sublevación fue reprimida, amén

[42] Nos referimos a la fecha aproximada que indican Aznar Soler (2003: 13-17) y Torres Nebrera (2003: 23-24).

de aludir expresamente al papel público de los escritores y a la necesidad de incidir en la conciencia colectiva en clave antifascista:

> Para que los hombres que llenaban las cárceles confesaran, les arrancaron las uñas de los pies, los colgaban de las muñecas con las manos atadas detrás de la espalda, los mantenían en agua fría durante horas, los castraban, les pegaban con palos. Bajo tales torturas, muchos prisioneros enloquecieron. Naturalmente, las confesiones sacadas con semejantes métodos eran falsas. Algunos jueces se negaron a hacer procesos. Varios médicos dimitieron para no tener que firmar certificados que atestiguaran la muerte natural de hombres asesinados. El servicio médico y El servicio médico y las condiciones de higiene en las cárceles eran absolutamente vergonzosos. Los prisioneros de Oviedo entregaron una petición al Presidente de la República describiendo sus malos tratos. Era tan angustiosa, mostraba tan patentemente la desmoralización de las fuerzas administrativas, la corrupción de la justicia, la ausencia de sentimientos humanos, que el país entero simpatizó con tal petición. A pesar de la censura y las bayonetas que lindaban las calles, el terror y el estado de guerra, un grupo de escritores universalmente conocidos —Valle-Inclán, Pío Baroja y Unamuno— firmaron una protesta. La opinión pública se despertó. El crimen enorme de los conservadores españoles tenía todo el aspecto del fascismo: feroz represión incontrolada, persecución de intelectuales, falta de respeto por la vida humana, ataques contra las libertades individuales y colectivas (*apud* Swan, 1988: 415).

Además, otro resultado inmediato de las inquietudes de la autora fue la colección *Cuentos de la España actual* (1935), título emblemático de una tensión literaria que brotaba de la Historia, publicado en México poco antes del regreso de Teresa León a Madrid. En ese sentido, las preocupaciones educativas de la autora constituyeron el núcleo de muchos de los cuentos, o bien en forma de crítica del sistema español, anticuado, dependiente de lo religioso y clasista –básicamente, el tipo de instrucción recibida por la autora en su niñez, y que el gobierno del primer bienio republicano estaba intentando reformar–, o bien expresando su confianza en un programa educativo que, para los más desfavorecidos, debía suponer una posibilidad de liberación del servilismo y de la pobreza (Celma, 2003: 148-149). Por lo general, como apunta Estébanez Gil (2003: 148), se trata de relatos caracterizados por una clara oposición dialéctica finalizada a proporcionar ejemplos de cara a una toma de postura revolucionaria. De forma similar a *Huelga en el puerto*, la mayoría de los personajes son anónimos, lo cual facilita su identificación en tanto que miembros de un cuerpo social determinado más que como individuos singulares, elemento al que tenemos que añadir la constante referencia a los

rasgos negativos de sus condiciones de vida, es decir, el hambre, la pobreza y la incultura[43].

En todo caso, aun teniendo en cuenta la variabilidad de matices existentes con respecto a la adhesión política y sus reflejos literarios, es innegable que la revolución asturiana y su sangrienta represión hicieron que una gran mayoría de escritores y artistas experimentaran una notable intensificación de su sensibilidad social, un desplazamiento masivo hacia la «causa popular» (Aznar Soler, 1984: 87). Así es como lo explica María Zambrano, quien sin hablar específicamente de «proletariado» o de «lucha de clase» dio cuenta de un sentir compartido, de un general y difuso proceso histórico de acercamiento entre la acción intelectual y lo que se definía, de manera más abstracta, como «el pueblo español»:

> Siempre en España la inteligencia ha poseído un papel dramático, pues no ha tenido dentro de la vida española la clara y definida función que en otro país cualquiera de Europa [...]. El hecho de la revolución de octubre de 1934 es decisivo, porque en él se muestra el pueblo en su grandiosa presencia [...]. Se comprende, a la luz de este hecho, que lo que le ocurría a la inteligencia española era no tener a qué atenerse; el intelectual, por muy español que sea, tiende a vivir en lo abstracto, a aislarse del mundo, y lo característico de la sociedad española era su falta de consistencia; el elemento popular, el más positivo y real de todos, estaba desde hacía siglos retirado en sí mismo; no había la necesaria comunicación entre el intelectual y este elemento popular vivificador y orientador (Zambrano, 2015: 77-80).

En la misma línea se sitúa el testimonio de Manuel Altolaguirre: «Fue necesario que llegara el año de la sangrienta represión de Asturias para que todos, todos los poetas, sintiéramos como un imperioso deber de adaptar nuestra obra, nuestras vidas al movimiento liberador de España» (*apud* Aznar Soler, 1984: 88).

Por lo tanto, esa común reacción de protesta e indignación sumada al horror frente a los estragos del nazismo alemán, del fascismo italiano y del incipiente fascismo español[44], planteó por lo menos dos imperativos: primero, la necesidad de asumir, en tanto

---

[43] Los núcleos temáticos y los rasgos estéticos que estamos delineado al analizar la producción literaria de Teresa León de los años treinta han sido catalogados con distintas gradaciones terminológicas: Joaquín Marco (1979: 16) la califica de «realismo socialista», Barbara Greco (2020: 29) habla de «espíritu de literatura proletaria», Estébanez Gil (2003: 18) la define «literatura social revolucionaria» y, en la misma línea de este último, encontramos a González de Garay (2009: 28). Por su parte, Aznar Soler (1984: 91) advierte de la distinción existente entre «literatura proletaria» y «literatura revolucionaria», siendo esta última la noción que se aplicaría a la narrativa de Teresa León: «No debemos confundir esta literatura proletaria con la revolucionaria, escrita por autores pertenecientes a la burguesía que, militantes de los partidos obreros, exaltan las luchas y los ideales revolucionarios del proletariado español».

[44] El punto de vista republicano queda resumido por las consideraciones expresadas por la misma Zambrano, quien señaló que «Se hizo aún más rígido el pensamiento de las derechas, y los teorizantes del

que intelectuales, una responsabilidad política que ya no era solamente la de propiciar una trasformación social en un sentido democrático e igualitario, sino también la de adquirir una semántica defensiva que, a su vez, radicalizó la acción y polarizó el discurso. Dicho de otra forma, la cultura ya no podía ser un instrumento de cambio, sino que era un arma de lucha. Y, sobre todo, surgió la exigencia, imprescindible e inaplazable, de organizarse de manera cohesiva, de cooperar en un colectivo solidario, una exigencia que no se conformó con una mirada exclusivamente local. Por el contrario, y en línea con el recorrido cronológico que estamos delineando, mantuvo una vocación cada vez más irrevocablemente internacional, en el marco de continuos intercambios y conexiones cada vez más sólidos –particularmente, en esta etapa de la trayectoria vital de Aub y León, el concepto de desplazamiento pierde su carácter de trauma y exclusión para volverse experiencia de aprendizaje y posibilidad de construir una red de mutua colaboración– para hacer frente a la que se percibe como una amenaza común.

En efecto, entre el 21 y el 25 de junio de1935 se celebró en París el I Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, en el que Rafael Alberti y María Teresa León participaron como invitados, y que contaba con la presencia de personalidades de la talla de André Gide, André Malraux y Bertolt Brecht, quien insistió en la conexión entre explotación de raíz capitalista y el auge de los fascismos, conexión que, como estamos comprobando, estaba muy presente en los escritos de Teresa León en la década de los treinta, tanto en sus artículos periodísticos como en su teatro y en su narrativa:

> Podríamos estar discutiendo durante cien sesiones enteras, hasta que nos saliera barba, si el fascismo tiene por origen la propiedad privada en los medios de producción, pero una cosa tengo por segura: sin la esperanza de que se obstruirá y agotará un día la fuente de la barbarie si se suprime la propiedad privada en los medios de producción, nadie puede ser hoy un auténtico militante contra el fascismo (Brecht, 1984: 177).

No se hizo esperar la intervención de Aub sobre el tema que, en esa primera fase, se desplegó a través de varios ensayos y artículos publicados en la revista valenciana *Nueva Cultura*, uno de los medios antifascistas más activos de la España republicana, dirigida desde enero de 1935 por el comunista Josep Renau. En particular, merece la pena detenerse en un texto titulado «Sobre algunos mitos fascistas», fragmento de otro más

"Orden, la Religión y la Patria" establecieron ferozmente los límites. "Aquí hay dos bandos". Se elaboró la teoría de la patria y de la antipatria, de la España y de la anti-España» (2015: 80).

extenso que no se ha conservado integralmente; en efecto, a pesar de esta limitación las secuencias publicadas presentan múltiples niveles de significación: en primer lugar, nos ofrecen una de las constantes ideológicas clave de su pensamiento, algo ya mencionado y que retomaremos con frecuencia, ya que resulta imprescindible para comprender su propia concepción de la ya de por sí problemática noción de identidad(es) cultural(es) y de su relación con otra arbitrariedad política –aunque enmascarada de entidad eterna y natural–, o sea, los límites geográfico–territoriales del Estado-nación:

> Pueblo, raza, suelo, sangre, naturaleza son conceptos sobre los cuales el discurso fascista se construye. Se trata de un ser humano que, bajo estos conceptos, queda reducido a su mera vida biológica, sin voluntad: Hoy está científicamente probado que eso de la raza aria es un absurdo, pero ellos cierran los ojos y siguen [...]. Los arios, gritan, la raza primera, los únicos. No se dan cuenta de que exteriorizan su resentimiento, su odio reprimido, su envidia, su malestar de postergados, su agonía de la luz (Aub, 1936: 13).

Como podemos observar, lo que Aub ponía en tela de juicio era justamente esa conexión indisoluble entre identidad del sujeto y lugar de nacimiento, vinculada por los fascismos a la conceptualización de la «raza pura», a la que se atribuye un valor absoluto e inmutable, amén de funcionar como criterio discriminante desde una perspectiva jerárquica sobre los pueblos, a su vez coartada del patriotismo imperialista que caracteriza la visión fascista. A este propósito, Andrea Luquin Calvo (2019: 170:171) observa que en estas frases se aprecia la toma de postura del autor en contra de toda identificación cultural basada exclusivamente en lo dado, en lo heredado por los beneficios del azar o, en otras palabras, por el simple hecho de haber llegado al mundo dentro de determinadas fronteras. A esta perspectiva, Aub quiso contraponer, con su experiencia vital, sus palabras y sus acciones, un sentido de pertenencia que lo ubicaba dentro de una comunidad, un espacio y un tiempo histórico concreto, algo que él está consciente y voluntariamente eligiendo y defendiendo, es decir, la España republicana (Luquin Calvo, 2019: 173-174. Para más señas, Aub describía a los fascismos como algo eminentemente centrado en la mitificación de un pasado caduco y ya estéril, puesto que, en su nombre, paralizan el flujo de la Historia y cristalizan el dinamismo de la vida humana. A este modelo de país se contraponía precisamente el de la Segunda República, dicotomía que Aub evidenció de manera extremadamente clara:

> El fascista es necrófago, le falta confianza en la vida [...]. Ellos se conforman con oler los despojos de la Historia; nosotros queremos coger con ávidas manos el

> pan moreno de cada mediodía. Somos una fuerza ascendente, viva; el fascismo: peso muerto. Nosotros vivimos del presente y para el futuro. Creemos en el progreso (Aub, 2003: 13).

Asimismo, es fundamental explicar en qué circunstancias y con cuáles objetivos se redactó el texto en cuestión: de hecho, la publicación se produjo en enero de 1936 –concretamente, en el número 10 de *Nueva Cultura*–, en otro momento clave de la dura confrontación política –en esta ocasión, a nivel nacional–, es decir, la campaña electoral puesta en marcha por el Frente Popular durante los meses de enero y febrero de 1936. Otro dato muy significativo es el aportado por Juan María Calles (2003), quien señala que el original correspondía a un ensayo de orientación cinematográfica –leído públicamente por Aub el día 5 de enero en el Cine-Estudio Popular– a propósito de la película proyectada, *Hampa*. Y es sobre todo esa lectura pública que coloca el texto en el marco de una estrategia didáctico-propagandística dirigida a las masas populares por la intelectualidad republicana: «Aub se aproxima con claridad a dos objetivos en la literatura ensayística del momento en la Valencia de 1936: la voluntad de propaganda para ganar unas elecciones decisivas, y la búsqueda de una estética de mayoría» (Calles, 2003). Además, Aznar Soler (2003: 27) recuerda que el mismo Aub fue activísimo colaborador del Frente Popular, llegando incluso a dedicarse al teatro de circunstancia con *El agua no es del cielo*, pieza en un acto significativamente destinada al folleto de propaganda *Nueva Cultura por el Frente Popular* –número 10-bis, enero de 1936–. Como recita el título, la obra aludía a las políticas de gestión de los bienes colectivos –como es el agua– por parte de las clases pudientes, gestiones marcadas por la más absoluta arbitrariedad y los constantes abusos, como queda ejemplificado en estas palabras de uno de los personajes, el Banquero:

> ¿Y cómo no? Si yo planto un árbol, por muy finillo que sea el esqueje, ¿va usted luego cuando sea corpulento a discutirme que sea de mi propiedad? Igual digo del agua; y si no quieren pagar, desviaré la corriente y llevaré mi río, ¿lo oye usted bien?, mi río, por donde y adonde me convenga. El agua no es del cielo. El agua es del propietario donde alumbra (Aub, 2002b: 259).

En ese sentido, es indicativo que en la escena aparezcan tres representantes de las instituciones culpables de la enorme disparidad con respecto a la distribución de los recursos y de las riquezas, desproporción simbolizada de forma muy inmediata por la descripción de los tres como «muy gordos»: estamos hablando del poder económico y de los grandes capitales financieros –el mencionado Banquero–, del poder eclesiástico –el

Cura–, y del poder militar –el Comandante–[45]. Está claro que el objetivo prioritario de Aub era trasmitir confianza en el proyecto político encarnado por el Frente Popular, portador de la esperanza concreta –y al alcance de las urnas– de poder acabar con estas injusticias. La mención directa y explícita a las elecciones del 16 de febrero –que, de hecho, otorgarán la victoria a esa coalición– no deja lugar a dudas:

> Y ahora que sabes esto, ¿a quién votarás el domingo? Y aquí acaba el juego. A elegir, pues: radicales, agrarios de todas cuerdas, monárquicos y cedistas, todos de idénticas cerdas. Decidme: ¿a quién votaréis?
> (*Todos a una*) — ¡A las izquierdas! ¡A las izquierdas! (Aub, 2002b: 264).

Además, es importante subrayar que dicha operación de toma de conciencia y persuasión en la obra –«ahora que sabes esto»– es llevada a cabo por un Maestro, algo que, evidentemente, remite a la centralidad otorgada por la República –exceptuando el período del Bienio Negro– a la educación y a la instrucción, en la que se enmarcaba el propósito de convertir a los maestros de escuelas en unos de los principales agentes de cambio social, como ya hemos comentado.

Por lo tanto, a raíz del Golpe de Estado del 18 de julio, y como lógica consecuencia de lo que Aznar Soler (1978: 86) define como el «proceso histórico de compromiso popular, característico de la intelectualidad española durante la Segunda República», no es de extrañar que la gran mayoría de los escritores y de los artistas tomaran partido a favor del Frente Popular y que tanto Max Aub como María Teresa León pusieron todos sus esfuerzos, desde el primer instante, al servicio de la defensa de la democracia republicana.

[45] Por otro lado, es igualmente significativo, como apunta Josep Lluís Sirera (2002: 257, nota 14), el hecho de que Aub haya elegido tratar el tema de la propiedad del agua y no cuestione el de la tierra. Es decir, elude el tema de la reforma agraria, una de las cuestiones de más difícil resolución entre las que se le plantearon en el itinerario histórico de la República. Sin embargo, el mismo Sirera (2002: 257, nota 14) sugiere que tampoco hay que descartar la posibilidad de que la elección Aub dependiera del hecho de que «en la Huerta de Valencia, el agua es disfrutada comunitariamente por los campesinos mediante un sistema jurídico propio. Sin duda, Aub pensó que, para un público de labradores valencianos, la idea de tener que pagar por el agua si triunfaban de nuevo las derechas había de causar impresión».

2. La Guerra Civil como punto de ruptura

2.1 Acción y discurso en el escenario bélico: justicia social y antifascismo

Una vez estallada la contienda tras el fracaso de la rebelión militar, se distinguió Aub por su intensa y variada labor periodística: a partir del 31 de julio empezó a codirigir, junto con Renau, el levantino *La Verdad*, «diario político editado por los Partidos Comunista y Socialista» (Aznar Soler, 2003: 28), y a publicar una serie de artículos, aunque en forma anónima, en *El Socialista*; a ello, tenemos que sumar las colaboraciones, a lo largo del año 1938, con el barcelonés *La Vanguardia* y con *Hora de España*. En este ámbito se asistió no solamente a un más hondo y extenso proceso de politización de las revistas –como hemos visto, eso estaba en marcha ya antes de 1936–, sino que incluso aparecieron muchas publicaciones nuevas, nacidas expresamente de las exigencias bélicas, sobre todo con finalidades propagandísticas. En efecto, Sánchez Zapatero aclara que la prensa española conoció, entre 1936 y 1939, «un enorme y heterogéneo desarrollo gracias a que prácticamente cada institución, asociación, comité, sindicato, partido político e incluso cuerpo militar contó con su propio órgano de expresión» (2020a: 48), llegando a contabilizarse, en la zona republicana, más de 500 revistas, entre las cuales se consideran a la mencionada *Hora de España* y *El mono azul* como las más relevantes.

Además, cabe destacar la adhesión de Aub a la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura, cuyo germen se situó en correspondencia del Congreso de París de 1935, hecho de gran importancia, ya que se trató de uno de los colectivos de mayor trascendencia –y el más activo– durante los años del conflicto y en el que Teresa León ejerció como secretaría bajo la presidencia de José Bergamín, una vez que su primer presidente, Ricardo Baeza, renunció a su cargo a mediados de agosto. Para más señas, la influencia que ejerció la escritora fue realmente notable, dado que «desde su nombramiento como secretaria, María Teresa León asumió con la máxima dignidad y eficacia, la actividad de la Alianza de la que fue su alma y motor» (Ferris, 2017: 160). Precisamente al hilo de este comentario no podemos pasar por alto que, aunque es cierto que «todas las posiciones del intelectual en España, desde Alberti a Bergamín, están representadas e integradas en la Alianza» (Zambrano, 2015: 312), la orientación comunista permaneció evidente en sus iniciativas culturales, así como la consolidación de la imagen del intelectual orgánico gramsciano que afirmaba reconocerse plenamente en la causa del pueblo, manifestando la voluntad de luchar *a su lado* o, en otros términos,

anulando la distancia entre élite cultural y base social (Aznar Soler, 1978: 108). Es precisamente en ese marco ideológico que se ubicó la fundación de *El Mono Azul*. *Hoja semanal de la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la defensa de la cultura*, impulsada por la autora de *Cuentos de la España actual* con la colaboración de Alberti, Bergamín, Rafael Dieste, Lorenzo Varela, Antonio Luna, Arturo Souto y Vicente Salas Viu y de la que llegaron a editarse 47 números, desde agosto de 1936 hasta febrero de 1939. Se trataba, básicamente de una revista de corte revolucionario, que buscaba dirigirse directamente a los combatientes –el mismo título remitía al uniforme de las primeras Milicias Populares y, a su vez, recordaba el nombre con el que se conocía el traje de trabajo de los obreros–, con el fin de informarles acerca de los sucesos de la guerra, instruirles en prácticas militares y dar cuenta de la participación extranjera en la contienda (Ferris, 2017: 164). En ese sentido, resulta muy sugerente la declaración con la que Teresa León encabezó «La cultura, patrimonio del pueblo», artículo publicado en el número del 2 de diciembre de 1936: «Los poetas que fueron compañeros de camino del proletariado español hoy son sus camaradas de guerra» (León, 2007b: 89). Este ideal de fraternidad y de solidaridad no se limitó a esa declaración, sino que alimentó la creación de una sección del *Mono Azul* titulada «Romances de guerra», donde se invitaba a los soldados a enviar sus versos para que se publicaran al lado de los de poetas de renombre, engendrando, idealmente, una única voz que se levantara como baluarte de resistencia a favor de la justicia y de la libertad y en contra del pensamiento reaccionario, trasfondo ideológico del Golpe militar. Sin embargo, como advierte Caudet (1993: 445), es ahí donde quedaron patentes las contradicciones subyacentes a esa iniciativa porque, al fin y al cabo, fueron muy pocas las colaboraciones firmadas por «poetas incipientes», por lo tanto, a la hora de hacer un balance, concluye que:

> Nos encontramos, en definitiva, con una creación programada por una intelectualidad que reaccionaba positivamente ante el heroísmo de la calle pero que no se fundía totalmente con ese río, con esa vitalidad sorprendente, insólita. El intelectual no dimite de su condición hermenéutica, sino que se adapta a la nueva situación y se erigió en portaestandarte (1993: 445-446).

Los aspectos subrayados por Caudet filtran en los entresijos conceptuales de otro pasaje de «La cultura patrimonio del pueblo»: contó Teresa León que «pensando en ello, pensando en la paz, los hombres de la guerra ponen a salvo a los intelectuales que han de entregar a sus hijos el patrimonio cultural de España» (León, 2007b: 89), frase que apuntaba a un sentido de colaboración plenamente solidaria, pero manteniendo, en el

plano factual, una perspectiva de diferenciación de los papeles sociales; es decir, reproduciendo la efectiva separación entre el ámbito de la materialidad –los hombres que pelean, «ponen a salvo»– y el espiritual –los intelectuales detienen los códigos expresivos, «entregan la cultura»–. Por otro lado, el consecuente fortalecimiento del carácter idealizador de la cultura misma estaba encaminado hacia una perspectiva de utilidad social: es decir, los objetivos que la autora le asignaba a esa «misión educadora» eran, ante todo, la transmisión de una conciencia política a las clases desfavorecidas, vertiente pragmática que no era nada secundaria porque condicionó la estética, el nivel lexical y el plano simbólico de su discurso. Así lo evocó en una de las muchas secuencias de sus memorias dedicadas a la etapa bélica:

> Entraron a un hombre gordo y viejo. Este había disparado contra las fuerzas republicanas. Su respuesta me dejó sin respiro: Yo no sé leer ni escribir. ¡Ni leer ni escribir! ¿Cómo podíamos exigirles que comprendiesen lo que estaba ocurriendo en España? ¿Es que teníamos derecho a pedirles a unos que no disparasen contra las fuerzas republicanas que venían a liberar la isla del fascismo, y a los liberadores, que respetasen las obras de arte, si ellos no habían oído esa palabra jamás en su vida? (León, 2020: 210).

En esa línea, se llevó a cabo otra tarea a la que Teresa León dedicó ingentes esfuerzos, una operación de gran magnitud y de notable relevancia pública: la protección del tesoro artístico español, gestionada por una Junta de Incautación creada el 23 de julio de 1936 por el Ministerio de Instrucción Pública y dependiente del Director General de Bellas Artes, Renau[46]. Concretamente, la autora participa en tres intervenciones: en agosto, la evacuación de los lienzos del Greco desde Toledo hasta Madrid, así como de algunas obras del Escorial y, a raíz de los bombardeos de la capital, en noviembre, el traslado de los cuadros del Museo del Prado hasta las Torres Serrano de Valencia. Los objetivos eran muy significativos: el más obvio, proteger los objetos de interés histórico y artístico de los peligros de las armas y el más trascendente «hacer posible su conocimiento por el pueblo, para su mayor educación y cultura» (Santoja, 1977: 7). Como estamos viendo, era este el entramado de valores que atravesaba y alimentaba la pragmática de su discurso durante el conflicto –«La cultura, patrimonio del pueblo» es

[46] La influencia ideológica comunista en las estrategias y en las prácticas de las políticas culturales-educativas se explicaban también teniendo en cuenta que en los puestos directivos había miembros destacados del PCE: Jesús Hernández asumió el cargo de Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, y, como hemos recordado, el propio Renau fue nombrado Director General de Bellas Artes.

un claro ejemplo de ello– y hasta se tradujo en acciones concretas en cuanto la excepcionalidad de las circunstancias lo requiriera.

Sin embargo, la labor en defensa de la cultura republicana no se caracterizó solamente por un intento de preservación, sino también de difusión y de potenciación. Una buena muestra de ello fue el trabajo desempeñado por Aub como agregado cultural de la Embajada Española en París, encargo que se le asignó a finales de 1936 y en el ámbito del cual coordinó, junto con el diplomático Luis Araquistán, la instalación del pabellón español destinado a la Exposición Internacional de 1937, cuya obra maestra fue nada menos que *El Guernica*, colosal lienzo comisionado por Aub a Pablo Picasso. Es más: las peculiaridades estéticas del cuadro y sus potencialidades a la hora de representar una tragedia humanitaria de tales proporciones –para más señas, un bombardeo sobre la población civil– fueron componiendo el eje vertebrador de la conferencia dada por el escritor con motivo del acto inaugural de la Exposición, originariamente escrita en francés. Amén de constituir un valioso comentario sobre la pintura del malagueño, el texto resulta útil también para encuadrar la evolución de las ideas estéticas aubianas y sus dinámicas de recepción:

> Es posible que se acuse a este arte de demasiado abstracto o difícil para un pabellón como el nuestro que quiere ser ante y sobre todo una manifestación popular. No es el momento de justificarnos, pero tengo la seguridad de que con algo de buena voluntad todos percibirán la rabia, la desesperación y la terrible protesta que significa esta tela. Nuestro tiempo es el del realismo, pero cada país percibe lo real de cierta manera. El realismo español no representa sólo lo real sino también lo irreal porque, para España en general, siempre fue imposible separar lo que existe de lo imaginado. [...]Mirad este fresco con atención, profundamente, no os dejéis amedrantar por su difícil apariencia y sus colores extremos [...] (Aub, 2002a: 41- 42).

Aunque Aub haya recurrido, como afirma Pérez Bowie (2006: 490), a una explicación de tipo esencialista al referirse a una especie de «espíritu nacional», aludiendo a una «manera española» de comprender y reelaborar el realismo, el aspecto más importante tiene que ver con la perspectiva de apertura ético-estética por la cual el «realismo español» no solamente no estaría reñido con la creatividad del escritor o del artista, sino que incluso exigiría su cooperación. En efecto, estas consideraciones llevaban inscritas una idea muy importante: desde el punto de vista del escritor, el principio ético generador de un arte que se proponía como «una terrible protesta» contra la violencia desencadenada por los poderes reaccionarios en sus intentos de frenar las instancias sociales progresistas, se necesitaba superar toda representación simplificadora para

aproximarse a la complejidad, la problematicidad y la conflictividad de lo real. En resumidas cuentas, para contemplar lo evidente pero también intuir lo oculto, lo manipulado, lo que una observación superficial –o interesada– elude, para adquirir esa mirada atenta y profunda a la que se refirió Aub en ese discurso. Aquí volvemos, por lo tanto, a un aspecto que hemos vislumbrado a la hora de contextualizar la conexión forma-ideología progresivamente definida y de encuadrar conceptualmente al autor durante su etapa de formación intelectual: un realismo verdaderamente político, solo podía ser un realismo crítico. Empecemos por las palabras de Brecht, quien lo explicó de forma muy clara:

> Nuestro concepto de *realismo* tiene que ser amplio y político, soberano frente a los convencionalismos. *Realista* significa: Aquello que descubre el complejo causal social / desenmascara los puntos de vista dominantes como puntos de vista de los que dominan / escribe desde el punto de vista de la clase que dispone de las más amplias soluciones para las dificultades más apremiantes en que se halla la sociedad humana, acentúa el momento del desarrollo, posibilita lo concreto y la abstracción [...]. Y permitiremos al artista que emplee ahí su fantasía, su originalidad, su humor, su sensibilidad. No, nos apegaremos a modelos literarios demasiado detallados, no obligaremos al artista a técnicas narrativas demasiado definidas (Brecht, 1984: 237- 238).

Los rasgos mencionados por el dramaturgo, muy especialmente la idea de un realismo «amplio» formulado a partir de la creatividad del escritor –y no de moldes inflexibles y limitantes– e integrador de la complejidad de la Historia, confluyeron en una peculiar concepción del realismo que, afirma Llorens Marzo (2006), brotaba de la necesidad de un esfuerzo, de luchar contra los límites del lenguaje convencional para hacerse testigo de una realidad extremadamente difícil de representar, un realismo, en resumidas cuentas, en constante búsqueda de la innovación formal para ajustarse a las circunstancias, amplias y variadas, de representación: en fin, un «realismo en movimiento», pero, en todo caso, según la definición de Javier Lluch-Prats (2010: 55), «una forma de actuación contra la conflictividad existente». En este sentido, Aznar Soler (2003: 31) formula el concepto de «realismo testimonial» para encuadrar el abanico de rasgos ético-estéticos forjados desde la necesidad de reflejar la vida social y la condición del hombre, enmarcándolas en la realidad histórica y política que le correspondía.

Por su parte, Xelo Candel Vila (2008: 191) apunta a la evidente voluntad integradora inscrita en la concepción poética aubiana para explicar como Aub, ya a partir de aquella conferencia pronunciada en París, estuviese planteando un nueva estética, que la académica define como «realismo bifronte» o «realismo dialéctico» porque reivindica

su adscripción a la modernidad literaria en términos de revolución lingüística, elementos simbolistas o posibilidades formales, pero, al mismo tiempo, absolutamente consciente del papel del sujeto en la Historia. El discurso de Aub, fundamentalmente, se configuraba como plenamente histórico, pero, sigue Candel Vila (2008: 295), apuntaba a ser trascendente, a ser un mensaje de humanidad en toda su diversidad e iridiscencia. Asimismo, Pérez Bowie (2006) afirma que el punto de conexión entre el compromiso del escritor y la voluntad de dotarse de las herramientas capaces de dar cuenta de la nueva realidad a la que tenía que enfrentarse es un elemento clave para entender el desarrollo del pensamiento –y, por ende, de la creación literaria– de Max Aub. Si es que el discurso pronunciado en 1937 constituyó una de las primearas explicitaciones de ese vínculo, por otra parte, conviene tener en cuenta que la conciencia de la inoperancia de los paradigmas de representación vigentes estaba germinando en la creación aubiana desde su formación vanguardista y la evidente complejidad del mundo surgido tras la quiebra del ideal racionalista derivada del conflicto bélico de 1914-1918 (Pérez Bowie, 2006: 486). Es interesante notar como la temprana experiencia de indeterminación identitaria vivida por el autor en su infancia –en el momento en que fue expulsado de Francia– y, con ello, del carácter inaprensible de la realidad se colocase precisamente en la coyuntura del primer conflicto mundial, de ahí que, retomando las observaciones de Sánchez Zapatero (2014: 64), los instrumentos funcionales a «dotar su estética de un carácter que va más allá de la mera descripción superficial e intenta penetrar hasta el fondo de las cosas» fueran la mirada polimorfa, la variedad de registros, la elevada frecuencia con la que recurrió a la metaficción, la variedad textual y la mezcla de géneros, rasgos que veremos aplicados repetidamente a las obras que analizaremos de aquí en adelante.

Con todo, en las circunstancias concretas de la contienda española la reflexión acerca de la modalidad de representación de la realidad conflictiva y, con ello, el papel del intelectual como testigo de su tiempo siguió siendo central, manifestándose, además, en otras formulaciones consecuenciales a las palabras pronunciadas frente al *Guernica*. En «Héroes: de Byron a Malraux», artículo que Aub publicó en *La Vanguardia* en 1938, expresó su rechazo por el talante típicamente asociado al egocentrismo romántico –«Ni Byron ni D'Annunzio vivieron su época para cantarla, fueron a la realización guerrera para apuntalar su personalidad, su obra» (Aub, 2007a: 145)– y apostó por un prototipo de intelectual de signo radicalmente distinto:

> El escritor se enfrenta con la realidad y no como dice D'Annunzio: «Yo y el mundo», sino «El mundo y yo». Ya no puede acomodar o intentar servirse de la Historia como pedestal; al contrario, es él que entra a servir a la Historia (Aub, 2007a: 145).

Ese firme compromiso con la Historia encuentra su culminación en la actitud de André Malraux: este último, como apunta Pérez Bowie (2005b: 119), constituía «el modelo de intelectual comprometido por quien Aub se siente atraído con más fuerza». De hecho, el título mismo del artículo revela una dicotomía de claro valor paradigmático[47]:

> Ahí está, para ejemplo, la obra novelesca de André Malraux, y a ella quería venir. Para mí su novela *L'Espoir*, novela de su actuación en defensa de nuestros derechos – que es el derecho – y del ambiente de la España que ha vivido de julio de 1936 a marzo de 1937, está escrita sobre datos exactos y cobra vida universal y aliento amplio. Malraux no viene a España a buscar una muerte gloriosa ni una aureola ya conseguida por otra parte; viene a ayudar, a servir (Aub, 2007a: 145).

Dicho esto, cabe añadir que, en el caso de Aub, la praxis y el discurso del intelectual comprometido se forjaron haciendo explícitamente hincapié en su posición central en el campo cultural con el fin de ejercer en lo político una función que, según la definición de Sánchez Zapatero (2012b: 564), correspondía a la de «guía y referente de la sociedad». Esa clave de lectura surge de manera más clara en «Las cosas como son. Los escritores y la guerra», aparecido el día 2 de abril de 1938 en las páginas de *La Vanguardia*: «Los escritores son a la sociedad algo así como lo que son los aviadores del Ejército: una minoría que tiene el privilegio de ver más lejos que la infantería con la misión de advertirle de los peligros» (Aub, 2007c: 147). Como estamos viendo, en la coyuntura de la guerra española, este «privilegio» del que hablaba Aub venía a ser, antes de nada, una responsabilidad, algo que acabó por conectar indisolublemente con la condición de escritor español, dejándolo muy claro en la nota preliminar –fechada en Barcelona en

[47] En opinión de Pérez Bowie (2006: 488), fue en *Discurso de la novela española contemporánea* (1945), publicado ya en su exilio mexicano, cuando Aub sentó, por primera vez de manera sistemática, los principios teóricos de esa nueva concepción de realismo, capaz de dar cuenta de una nueva realidad social y, a diferencia del discurso pronunciado en París, lo hizo dando cabida a una incipiente sensibilidad intelectual, a una renovada modalidad de representación literaria de alcance transnacional mencionando precisamente a escritores como André Malraux y Louis Aragon, que «traían un nuevo modo de enfrentarse con la vida, unidos a algunos novelistas norteamericanos, cuya barbarie técnica traía hálito directo de la calle y el campo, los novelistas soviéticos, de valor muy desigual, pero todos al servicio de la colectividad, y los novelistas iberoamericanos iban a consolidar los cauces de un nuevo realismo» (Aub, 1945: 102). Estos escritores, según Aub, «tienen algo de vivido, de periodístico, de humano, de personal, de cotidiano; y nadie las podría confundir con las realizaciones del realismo del siglo XIX. Se han acercado al ambiente no con afán de describirlo, sino de comprenderlo y emitir juicio, y esta es la diferencia fundamental con el naturalismo pasado: el escritor, ateniéndose a la realidad, toma partido» (Aub, 1945: 103).

marzo de 1938– que encabeza su *Teatro de Circunstancia*, denominado así por ser un conjunto de ocho obras determinadas por el contexto de la Guerra Civil:

> Si existe algún escritor español en cuya obra no haya repercutido la guerra abominable que nos ha sido impuesta, o no es escritor o no es español. Se pudo defender en algún tiempo pasado que el mantenerse alejado de las luchas sociales o internacionales era una posición moral altiva y en consonancia con ciertas teorías que reivindicaban muy alto el espíritu; el tiempo es otro, nuestros años son de lucha, y el que no lucha muere o está muerto sin saberlo (*apud* Aznar Soler, 2007: 141)[48].

En definitiva, en este fragmento se está poniendo negro sobre blanco algo que los recorridos de Max Aub y de María Teresa León en los años de la República ya estaban demostrado por sí solos: para ellos, ser un escritor español republicano significaba estar en las luchas sociales de su tiempo, definirse a partir de un proyecto político –un «nosotros»–, que «esa guerra abominable» obligó a defender, lo cual supuso, evidentemente, volver a caracterizar ese «nosotros» con matices de urgencia y de resistencia. Eso implicó, a su vez, no solamente el hecho de que se reforzara su propio sentido de pertenencia dentro de ese colectivo, sino también que se hiciera aún más aguda la necesidad de construir y fomentar una consciencia compartida, unos valores identitarios comunes en los que reconocerse.

Tener en cuenta eso viene a ser fundamental para entender la importancia de la dimensión pragmática referida a la creación literaria de aquellos años. Para empezar, uno de los objetivos que los autores tuvieron que plantearse era el de legitimar el modelo sociopolítico republicano, objetivo que pasaba también por denunciar los problemas estructurales que el régimen instaurado en 1931 estaba intentando solucionar y que, por otro lado, alimentaban el trasfondo ideológico de la Guerra Civil. Estas dimensiones, como comenta Sánchez Zapatero, son bien visibles en «El cojo», cuento que Aub publicó en *Hora de España* en mayo de 1938:

> Las desigualdades entre las diversas esferas sociales del país, la concentración de la propiedad agraria y la explotación económica de las clases más elevadas y pudientes a las más bajas y pobres están presentes en el relato a través de la peripecia vital de su protagonista principal (2012b: 566).

En efecto, el protagonista, El Cojo de Vera, es un campesino andaluz cuya existencia se ve determinada, fundamentalmente, por dos episodios clave, ambos relacionados con las condiciones laborales. En la época pre-republicana, la etapa de su primera juventud, el exceso de polvo inhalado en las minas termina por truncar sus aspiraciones de una carrera como cantaor, impidiéndole desarrollar su talento y quitándole toda posibilidad de concretizar su anhelo a un futuro de prosperidad y de éxito:

> El *Cojo* [...] expresaba con naturalidad y sentimiento ese lamento amargo de los mineros de Almería. Porque había sido, a lo primero, minero. Minero de esas sierras de entraña rojiza que corren de Huércal a Baza; el polvo que respiró por aquel entonces le fue, más tarde, minando la voz cuando vivía de ella, en Málaga. El *Cojo de Vera* conoció su época de gloria; no había noche sin juerga o amanecer que él no viera. Aquello duró poco, la voz se le fue muriendo (Aub, 2020: 25).

Después de haber sido contratado como agricultor por parte de un terrateniente –que en el relato se distingue sobre todo por sus actuaciones arbitrarias y por su falta absoluta de humanidad–, para el personaje comienza una vida de sumisión y pobreza, algo que se refleja en su forma de ser, de aproximarse al mundo que le rodea y de relacionarse con los demás, todos aspectos atravesados por un denominador común: la alienación (Sánchez Zapatero, 2012b: 567), hasta llegar al extremo de torcer sus dinámicas intrafamiliares hacia la apatía y la incomunicabilidad, como se nota en un pasaje donde se representa la cotidianidad del protagonista junto a su mujer: «Ni ella se acuerda del nombre del Cojo de Vera ni él de ella. Ya no se hablan casi nunca, los ojos se les han vuelto pequeños porque ya no tienen qué mirar» (Aub, 2020: 28). En este sentido, es muy sintomático que de los diez niños que tuvo la pareja haya sobrevivido solo una hija.

El segundo punto de inflexión no se da tanto en correspondencia del 14 de abril, tampoco cuando se producen los acontecimientos de Asturias –«Al Cojo todo aquello de la República y la revolución no le interesaba» (Aub, 2020: 29)–, sino cuando estalla la guerra española: si la situación perjudicial de las minas y, sucesivamente, la explotación agraria habían acarreado consecuencias en sus condiciones de existencia –moldeándolas en la pasividad y el aislamiento social–, la guerra entraña un cambio de actitud. A este propósito, Sánchez Zapatero subraya cómo el Cojo llegue a comprometerse con la causa republicana, algo que se debe a la voluntad de Aub de incidir en sus potenciales lectores, incitándolos a colaborar con el gobierno legal para hacer frente a la amenaza del bando rebelde: en efecto, el personaje se da cuenta de que, si triunfara el Golpe, perdería los

beneficios derivados de las medidas de colectivización de los primeros meses de lucha. Así el protagonista encuentra sentido a su vida, «defendiendo los campos que –cumpliendo con el lema revolucionario "la tierra es para quien la trabaja"– le ha asignado el comité que controla la comarca andaluza en la que vive» (Sánchez Zapatero, 2012b: 567-568).

Ese doble nivel de legitimación de los logros republicanos y de denuncia de las problemáticas a las que la Segunda República tuvo que enfrentarse, es evidente también en «El Barco», relato publicado por Teresa León en *El Mono Azul* el 27 de agosto de 1936. En este caso, el ámbito en donde surge, en primer plano, el tema de las disparidades sociales no es la propiedad de la tierra sino la instrucción y los protagonistas no son campesinos sino niños. Las consecuencias recaen sobre Bartolo, un chico pobre y huérfano –vive solo con una tía–; por razones de clase, está imposibilitado para acceder a la educación, condición que, inevitablemente, lo mantiene en una situación de subordinación, ya que no puede adquirir los recursos necesarios para alcanzar un futuro prometedor: no sabe leer y, encima, es tartamudo, todas ellas limitaciones que, precisamente por no tener la oportunidad de ir a la escuela, no puede compensar. Para enfatizar esa voluntad de denuncia, la descripción de la infancia de Bartolo se entrecruza con las de los niños burgueses que, por contra, tienen todas las ventajas y los beneficios que al protagonista se les niegan:

> A las ocho en punto de la mañana nuestro chico salía mezclándose con los escolares. Le gustaba mucho ir de mañanita, mientras los otros se colaban a estudiar en esos caserones destinados a las primeras letras, con sus paquetones de diarios de un lado a otro. Sí, vendía diarios, sin saberlos leer, mientras los otros estudiaban. División de trabajo. Desayunaba pan seco, mientras los otros, a las once, masticaban sabrosos, ablandándole, con la boca llena. Él no recordaba tal ventura. ¡Bah, desigualdades de clase! Era tartamudo, mientras los otros, tan avisados, tan vivos, hacían brillar las palabras como ciruelas relucientes (León, 1936: 2).

Sin embargo, también en este relato, de repente, se produce algo que desvía el flujo de los acontecimientos: el pequeño protagonista, después de haber escuchado algunas consignas y eslóganes revolucionarios por las calles de Madrid, decide involucrarse activamente en la lucha, llegando incluso a participar en mítines y a distribuir hojas clandestinas:

> Fue una tarde cuando esta palabra le prendió con su mecanismo como hace una grúa con un saco de harina: lo levantó en el espacio y, cuando de nuevo lo

> depositaron en el suelo, ya no temió más a los chicos, ni se sintió ni miserable ni pobre: era un revolucionario (León, 1936: 2).

De acuerdo con la evolución ideológica experimentada por Teresa León a lo largo de los años treinta y mantenida muy firmemente en el contexto de la guerra, el elemento destinado a representar una concreta esperanza de cambio es el paradigma estatal soviético:

> Como una avalancha entró la Unión Soviética. ¡Esto sí que lo comprendían bien! Allí no existían señores que dan a lavar calzoncillos sucios y te miran como si fueras un desconchado del muro. La tía palideció, sollozando. Ella, que no lloraba casi nunca, sollozaba porque los niños rusos patinan alegres sobre el hielo en una ciudad maravillosa sin ricos ni pobres. «¿Será esto verdad?» «Sí, tía, sí» (León, 1936: 2).

El imaginario de aquel país «próspero y feliz», que tanto había influido en la formación política de la escritora, surge aquí de manera inequivocable e inmediata y se completa con las sucesivas peripecias del protagonista, teñidas de tonalidades míticas y de resonancias épicas: el niño empieza un peregrinaje hasta el mar y se enfrenta a varias pruebas, movido por el afán de contemplar con sus ojos aquel mundo idílico, que llega a la península bajo la apariencia de un navío comercial ruso. Sin embargo, apenas llegará a vislumbrar ese porvenir prometedor porque nada más llegar al muelle, queda detenido por unos hombres armados: «Vosotros, camaradas rusos, no lo supisteis nunca. Ese niño había atravesado España para ver vuestro barco. No olvidéis a aquel niño, camaradas» (León, 1936: 3). Este final, lejos de ser desesperanzador y cuestionar retrospectivamente toda la narración, parece más bien brindar un conmovido homenaje a El Manías, figura histórica real víctima de la toma del Cuartel de la Montaña el 20 de julio de 1936. En efecto, en la dedicatoria del cuento se puede leer: «Al muchacho conocido por el nombre de "El Manías", vendedor de "Mundo Obrero", que siempre nos paraba en la calle llamándonos "¡Camaradas escritores!", muerto heroicamente en el asalto al cuartel de la Montaña» (León, 1936: 2).

La perspectiva política que se deprende de las vicisitudes del niño Bartolo aflora con la misma claridad en «Una estrella roja», cuento publicado por Teresa León en dos partes –el 24 de septiembre y el 1 de octubre de 1936–, otra vez, en *El Mono Azul*. En este caso, el objetivo propagandístico se encauza hacia un aspecto bien determinado: trasmitir la necesidad de cooperación entre las distintas fuerzas de izquierda que integraban el bando republicano, indispensable para potenciar los esfuerzos de resistencia

e incrementar las esperanzas de victoria. Aquí, una niña –hija de anarquistas, pero simpatizante del PCE– es literalmente utilizada por su padre como «medio» para meter en las casas burguesas unas bombas artesanales fabricadas por él mismo. Sin embargo, la pequeña protagonista terminará muriendo en el intento de llevar a cabo esa operación: son precisamente las escenas finales del relato las que ponen de manifiesto lo que Torres Nebrera (1984: 370) define como un «didactismo de especial trascendencia en aquellos momentos: la necesidad de unión –dividido, el proletariado será siempre débil– del anarquismo libertario y ferozmente individualista con la organización del Partido Comunista». En efecto, resulta muy llamativo el hecho de que, después de la tragedia, el padre de la víctima decida acercarse al grupo de oponentes políticos para pedirles sus insignias y, de ese modo, adornar el pecho de su hija:

> Al abrir la puerta los del bar estaban comentando [...]. El padre y el hijo entraron cogidos de la mano, serios, como los relojes de las casas donde hay difuntos, seguían andando hasta agotar la cuerda. El grupo adversario se puso en pie. En aquella tregua, un silencio de solidaridad se hizo grande como un himno de masas [...]. – ¡Eh, muchachos! Dadme eso, esa cosa que lleváis en la solapa. ¿Es para la comunista, sabéis? Todas las manos se apresuraron a arrancarse las insignias. Una más afortunada extendió el Frente Único hasta las manos del anarquista. No agradeció. Hendieron la niebla de los cigarros como una barca y una barquichuela. A la luz de un farol, la hicieron brillar. Era una estrella roja (León, 1979: 43).

Por lo tanto, como podemos notar, lo que a la autora le interesaba subrayar no era solamente la importancia de hacer prevalecer los valores de fraternidad y de mutuo apoyo por encima de las divergencias ideológicas, sino también reivindicar lo que, desde su punto de vista, era el papel decisivo del Partido Comunista a la hora de cumplir con estos objetivos: el comportamiento refractario del anarquista que «no agradeció» – y que, por lo general, se describe como un ser totalmente aislado y cerrado en su propia iniciativa particular– se contrapone a la incondicional y espontánea actitud de apertura de sus adversarios –siempre representados como un colectivo– que «se ponen en pie» frente al padre de la víctima en un «silencio de solidaridad» y no dudan en arrancarse, al unísono, sus insignias con tal de satisfacer la petición del hombre.

La representación de un ideal de cohesión en clave didáctico-propagandística emerge también en el «El cojo» aubiano, aunque con matices distintos. Lo podemos ver en el fragmento en que se relata la entrega de las tierras por parte del Comité encargado de las medidas de colectivización:

> — Por eso, por no meterte con nadie, por aguantarte, por cobardía, es por lo que el mundo anda como anda. Si todos fuesen como tú, los amos seguirían siendo los amos — y añadió, dándose importancia — La propiedad es un robo.
> —Ya lo sé — comentó el *Cojo* — No soy tan tonto.
> — Tu ex amo, don — y recalcó el calificativo — Manuel Hinojosa está con los rebeldes; nosotros nos repartimos sus tierras para trabajarlas en pro de la colectividad.
> El *Cojo* ya no comprendía nada, estaba como borracho, sentía una barra pesada en la frente.
> — Y porque queremos que todos los trabajadores participen en los beneficios de la reforma, hemos decidido darte tu parcela sin tener en cuenta que nunca has querido nada con nosotros. Tampoco has estado en contra, hay que reconocerlo (Aub, 2020: 32).

En esta descripción, en la que se plantea un enfrentamiento inicial –en términos generales, entre abúlicos y comprometidos– y que se resuelve a favor de un interés común, la finalidad no era tanto la de presentar una perspectiva ideológica posiblemente más eficaz que otras, sino que el discurso del autor apuntaba más bien a vencer la indiferencia de los que siempre se habían quedado al margen de las luchas políticas.

La contribución a la resistencia republicana, en la praxis intelectual, incluía necesariamente otra faceta, es decir, infundir ánimo y confianza en la victoria. Sánchez Zapatero alude precisamente a estos argumentos comentando los pasajes finales en los que la hija del protagonista muere dando a la luz una niña que, para más señas, tomará el nombre de Esperanza: «que una nueva vida surja en un contexto dominado por el dramatismo, el horror y la muerte es un símbolo de que todo no está perdido y de que, por tanto, aún hay fe en la victoria de las tropas republicanas» (2012: 573). El mismo autor, en una entrevista de 1968, declaró que «a mí se me ocurrió escribir la historia de la guerra [...] en el momento en que me di cuenta de que la habíamos perdido, pero cuando escribí "El cojo" pensé que íbamos a ganar» (*apud* Sánchez Zapatero, 2012b: 565).

La interconexión entre estas dos vertientes pragmáticas –fomentar el sentido de unión y trasmitir confianza en las posibilidades del bando republicano– es bien manifiesta en «¿Conoces tú el País Vasco?», artículo de Aub aparecido en *La Vanguardia* pocos días antes de «El cojo», el 30 de abril de 1938. Tras haber incidido en sus peculiaridades culturales e históricas –«Es un país un tanto aparte del resto de España, en lo interno, ligado en todo momento a su destino exterior; decidido a no contaminarse: contento de su suerte, no pidiendo a nadie sino que le dejen en paz» (Aub, 1938: 3)–, el escritor pasó a enaltecer la cooperación forjada no solamente para alcanzar una meta común –la victoria en la guerra–, sino también en nombre de unos valores compartidos, como la libertad de conservar sus propias especificidades –sin sometimiento a una norma uniformadora y

centralista– y el respeto de la diversidad –una diversidad no jerarquizada–. Se trata de valores que, de ese modo, quedaban asociados indisolublemente al modelo de Estado propuesto por la Segunda República: «Por defender sus luces, sus pintores, sus tierras, es decir, su manera propia de ser, su ser mismo, lucha con la República, que lo defiende porque es su estilo y la expresión actual de España» (Aub, 1938: 3). El corolario de semejantes aseveraciones solo puede ser un ansiado escenario de justicia en el que, significativamente, se vuelve a insistir en el derecho a una repartición equitativa de la tierra contrapuesta a la explotación agraria, asimilada a un robo:

> Hoy no tienes más tierra que la hermana, ni ciudad que te devuelva el color de la tuya, ni campo que te acoja como mece el propio: pero todo te será devuelto para siempre. El mañana es nuestro porque la tierra es nuestra: los ladrones, amigo mío, siempre son ladrones; huyen para que no los cojan, y si no huyen los cogen. Nosotros los cogeremos, no te apures: está escrito en tu cielo (Aub, 1938: 3).

Por su parte, en «Mi barrio, en ruinas», publicado en *El Mono Azul* el 26 de diciembre de 1936, Teresa León quiso recalcar el valor simbólico asociado a la resistencia del pueblo de Madrid para construir un mensaje que aspiraba a ser una verdadera arma de defensa, una ideal barricada de ideas y de palabras que se sumaba a las que se estaban materialmente construyendo en la capital para contrarrestar aquella «historia de invasión» (León, 2007e: 113). En ese sentido, es emblemático el hecho de que la autora apelara directamente al enemigo, dirigiéndose contra él: «Os dais cuenta de que el pueblo de Madrid es invencible? Bajo la ruina de mi barrio, la vida del heroísmo ciudadano sigue callada y firme. No podéis contra ella» (León, 2007e: 114). Ese enemigo presentado como una fuerza bestial –«Calle a calle se paseó la muerte. Vino por el aire ciega y, sin ver, atropelló a niños y mujeres» (León, 2007e: 113)– y con respecto al cual se buscaba invalidar la coartada ideológica poniendo de manifiesto la hipocresía de sus principios fundamentales:

> Montones de escombro, balcones descuajados, aleros perdidos, todo esto ha sido hecho en nombre de la Patria, de Dios, de la civilización [...]. Allí enfrente están los que tironearon la chaqueta del rey y luego quisieron dominar la República. Aquellos que jugaron en falso a ser fieles, los que se santiguan diariamente y hoy ofrecen mezquitas (León, 200e: 113).

El mismo tono épico se desliza en «Los cazadores de tanques», aparecido en *El Mono Azul* el 2 de diciembre de 1936, por medio de una patente dicotomía entre los «jefes traidores [...] que vendieron a su patria» (León, 2007d: 92) y el pueblo, «él que escribe

con su sangre la Historia» (León, 2007d: 92). Amén del evidente maniqueísmo que se percibe en los elementos connotativos atribuidos a los dos polos enfrentados –la infamia de una traición vs. la valentía de la resistencia–, es interesante notar la contraposición delineada ya a partir de los sustantivos que identifican los dos bandos: por un lado, un conjunto de singularidades cuyo único signo distintivo común es el poder –los «jefes»– y, por otro lado, el pueblo, término colectivo de hondo valor humano, que pelea, se sacrifica –«escribe con su sangre»– en aras de un ideal de libertad, de una legitimidad histórica que le es propia.

En resumidas cuentas, emerge de manera clara en los textos de ambos autores la tendencia al retrato coral, al protagonismo de una colectividad estratificada y heterogénea que lucha, resiste y padece todo tipo de atrocidades. A este propósito, Niall Binns (2004: 38) ofrece una interesante clave de lectura, explicando que, mientras que la Primera Guerra Mundial había sido un conflicto de trincheras donde las víctimas, fundamentalmente, eran soldados, a partir de la guerra española cambió algo: la brutalidad de las armas afectó también a niños, mujeres, ancianos, seres cuya cotidianidad se ve amenazada por las bombas y por una violencia sinsentido. De ahí que surgiera en la literatura un nuevo dramatismo y un enorme protagonismo de la retaguardia. Además, si para esa nueva literatura se forjaron dos tipologías de representaciones espaciales, a eso le correspondían dos tipologías de héroes: en el frente, el campesino o el obrero convertido en valiente miliciano –el pueblo luchador en «La cultura patrimonio del pueblo» y los jóvenes «Cazadores de tanques» y, en cierta medida, los dos protagonistas de «El Cojo» y de «El barco»–. En cambio, en la retaguardia, los héroes son víctimas inocentes –los niños y las mujeres de «Mi barrio, en ruinas», la pequeña comunista de «Una estrella roja», la hija del Cojo de Veras–. Sin embargo, hay otro rasgo fundamental que caracteriza a la gran mayoría de los personajes representados, tanto en el discurso periodístico como en la narrativa, y es que se trata básicamente de seres anónimos, sin voz pública ni resonancia social. Según Sánchez Zapatero (2012b: 566), esas vertientes ético-estéticas correspondían a una forma de construir otra memoria, ya que posibilitaban la incorporación del relato de esas vidas como puntos de vista alternativos, normalmente ignorados, y por lo tanto dotados de un valor contrahegemónico, a la hora de trasmitir la Historia.

Otro género que, en el contexto del conflicto, adquirió gran importancia en términos de impacto y eficacia propagandística fue el teatro, debido a razones de inmediatez y facilidad de recepción (Sánchez Zapatero, 2020a: 47). En ese ámbito, la

implicación de Max Aub y de Teresa León destacó por ser muy intensa y articulada en múltiples niveles. Aub, durante los primeros meses de guerra, dirigió El Búho, el teatro universitario de la F.U.E. valenciana, actividad con la que compaginó la creación de obras –el *Teatro de Circunstancia* ya mencionado– en las que se vislumbra su vivo y tenaz empeño antifascista: entre ellas, *Pedro López García* (1936), *Las dos hermanas* –o sea, la CNT y la UGT– (1936), *Fábula del bosque* (1937), *Por Teruel* (1937), *¿Qué has hecho hoy para ganar la guerra?* (1937), *Juan ríe, Juan llora* (1937), *La madre* –adaptación de una novela de Gorki– (1938). Además, su cargo de agregado cultural le otorgó también la posibilidad de intervenir, a lo largo de 1937, en varias iniciativas organizadas en París, como el X Congreso Internacional de Teatro, celebrado entre el 5 y el 10 de junio, donde participó como delegado del gobierno republicano junto con José Bergamín y Eduardo Ugarte. Allí pronunció un discurso acerca de las políticas culturales puestas en marcha desde 1931, haciendo hincapié en los intentos de la República de dignificar el teatro –un arte que, como asegura el autor, tiene en España un origen «puramente popular» (*apud* Aznar Soler, 1993: 171)– frente al estado de miseria y de chabacanería al que había sido condenado por la burguesía. A eso se sumaron unas disertaciones con motivo de la puesta en escena de la *Numancia* cervantina, el 22 de abril en el Teatro Antoine, de la representación de *Así que pasen cinco años*, en un homenaje a Federico García Lorca organizado el 13 de septiembre en la Sala Yena, y, finalmente, de *Fuenteovejuna* de Lope de Vega, en el Théâtre du Peuple (Aznar Soler, 2003: 29).

Las actuaciones de Aub relacionadas con el teatro, además, quedaron fijadas en otros tantos artículos periodísticos para que, de ese modo, aumentara el número de sus potenciales receptores. Es de gran relevancia el caso de los textos dedicados a los dos dramaturgos del Siglo de Oro, cuyas obras se resemantizaron en sentido revolucionario. En «El estreno de Fuenteovejuna en París», publicado en *La Vanguardia* el 18 de febrero de 1938, la obra lopesca se convierte no solamente en otro soporte para la reivindicación de la legitimidad de la República, sino también en instrumento para atestiguar la plena y total coincidencia entre el quehacer cultural de los intelectuales republicanos y la tradición cultural española:

> Al llevar a las tablas, en el corazón de París, nuestro problema, *Fuenteovejuna* hace constar la tradición que defendemos, la razón y la justicia de nuestra causa y la seguridad de nuestra victoria: nada puede ni ha podido nunca un perjuro o una camarilla contra todo un pueblo (*apud* Aznar Soler, 1993: 209).

Una conceptualización similar es la que se desprende de «Actualidad de Cervantes», publicado en *Hora de España* en mayo de 1937, donde se enaltece sobre todo la capacidad del autor del *Quijote* para dar cabida a una atmósfera coral, a un drama colectivo; otra vez, insistiendo en la prerrogativa, que le corresponde al escritor y a su obra, de abrirse a todo el conjunto social y a sus conflictos: «*El cerco de Numancia* no tiene protagonista individual, porque el protagonista es múltiple y se llama ciudad, es decir, pueblo» (Aub, 1937: 67).

Análoga fue la toma de postura de Teresa León: en «Gato por liebre», publicado en *El Mono Azul* el 14 de octubre de 1937, arremetió primero contra las llamadas «obras de taquilla», insistiendo no tanto en el mal gusto del público burgués sino más bien en el deber de los creadores de remediar la situación de actual decadencia ético-estética:

> Si la taquilla acusa un estado de corrupción o desmoralización de las costumbres, son los hombres colocados al frente de las responsabilidades teatrales los que deben guiarse por ella para remediarlo. Cuando se pretende utilizar el teatro como vehículo de propaganda y de cultura hay que tener esto muy en cuenta (León, 1937: 1)

También en su caso las argumentaciones esgrimidas se tiñeron de activismo militante a la hora de ensalzar el valor social del teatro, el «arte colectivo por excelencia» (León, 1937: 1), dejando entrever su profunda y radicada convicción acerca de las posibilidades típicamente asociadas a ese género de «distraer, convencer, animar, llevar al espíritu de los hombres ideas nuevas, sentidos diversos de la vida, hacer a los hombres mejores» (León, 1937: 1).

Sin embargo, analizar el arte dramático en ese marco histórico suponía distinguir entre teatro en el frente y teatro en la retaguardia, ya que la diferenciación de los espacios de representación comportaba, a su vez, matices pragmáticos distintos. Mario Martín Gijón (2011: 265-267) retoma dichas cuestiones evidenciando cómo la escenificación en el frente, cuyo germen provenía directamente de las obras de tema revolucionario de comienzos de la década, cumplía fundamentalmente con la intención adoctrinadora y alfabetizadora de las milicias republicanas. No por nada, estas producciones –que pasaron a ser conocidas como «teatro de urgencia», según el sintagma acuñado por Alberti–, se caracterizaron por una directa relación temática con la problemática de la guerra –es decir, no tenían ninguna dimensión analítico-reflexiva sino que se insertaban de lleno en la dinámica propia del acontecimiento histórico– y, sobre todo, su principal peculiaridad correspondía precisamente a la relación entre puesta en escena y espectadores, en

búsqueda de una integración lo más fluida y espontánea posible. Esa funcionalidad performativa es bien visible en muchas obras, como la ya citada *¿Qué has hecho hoy para ganar la guerra?* de Aub, en la que los actores dirigen un flujo incesantes de preguntas a otros actores sentados entre el público e incluso moviéndose entre el tablado y la platea, difuminando notablemente la frontera entre acción representada y realidad; por esa razón, Lluís Sirera (2002: 35) la califica de «excelente muestra de un teatro que pretende mover conciencias, intervenir en la realidad alejándose de cualquier veleidad ilusionística». La obra se abre justamente con el interrogante que da el título a la pieza:

> ¿Qué habéis hecho hoy para ganar la guerra? (*Silencio*.) Hablad, decídmelo sin miedo, que él que hace una cosa para bien no tiene por qué ocultarla. ¿O es que todos estáis durmiendo? ¿O es la vergüenza lo que os pega los labios mordiéndoos la lengua? (Aub, 2002b: 306)

Otra vez, irrumpe una de las inquietudes más recurrentes de toda la producción aubiana: vencer la indiferencia, cuestionar el conformismo engendrado por el discurso del poder para mantenerse a sí mismo, crear una conciencia colectiva que se cimente en la solidaridad y en la ayuda mutua porque, como dice un personaje denominado simplemente Mujer, «La guerra es cosa de todos, y a todos nos toca ganarla ¿No sufres las consecuencias?» (Aub, 2002b: 306). Así es que, volviendo al comentario de Lluís Sierra, la pieza aubiana logró,

> romper la barrera entre escena y sala al tiempo que trata de mantenerse en un realista equilibrio alejado tanto del optimismo desmesurado de cierta propaganda política, como del pesimismo que planeaba incluso sobre bastantes obras teatrales que escena, al acogerse a la solemnidad de la tragedia, rememoraban – quizá de una forma no muy afortunada – hechos históricos acabados de forma trágica (Lluís Sirera, 2002: 35-36).

Mencionamos, a modo ejemplificativo de ese «realista equilibrio» o, incluso podríamos decir, de una sincera esperanza, pero acompañada por una notable lucidez, otra frase del personaje de la Mujer. Se trata de una declaración que, aunque se parezca bastante en el tono, resulta muy significativa desde un punto de vista conceptual porque presenta la gama de gradaciones de la implicación del pueblo en los hechos de la guerra y se nos antoja esta como una de las más reseñables muestras del denominado «realismo aubiano»:

> Por lo que sea. Lo que importa es estar unidos, hasta con la muerte, para poder vivir libres. Tú porque te da la gana, el otro porque lo razona, el de más allá incluso porque se lo manden (Aub, 2002b: 311).

Por lo que se refiere al teatro de retaguardia, la dinámica vino a ser especular a la que acabamos de explicar: la tipología de público y, sobre todo, el avance de la contienda –y, con ella, de las tropas rebeldes–, que hacía que las condiciones de vida de los ciudadanos se volviesen cada vez más intolerables, determinaron el hecho de que la gran mayoría de las producciones entroncara con uno de los objetivos propagandísticos que hemos señalado en el caso de la prensa: reforzar la moral de los espectadores y trasmitir confianza en la victoria. Por esta razón, muchas obras estaban dedicadas a canonizar los momentos fundacionales de la epopeya del pueblo, como comenta Martín Gijón (2011: 268-269), quien recuerda que entre las iniciativas más innovadoras nacidas en el seno de la Alianza Antifascista se incluía «Nueva Escena», impulsada por Teresa León y por Alberti, que a partir de octubre de 1936 estrenó sus obras en el Teatro Español de Madrid –del que se nombra a Rafael Dieste como director–, intentando montar un teatro de calidad que uniera los esfuerzos de los más destacados escritores y pintores, como Ramón J. Sender, Arturo Souto, Dieste, Santiago Ontañón, el mismo Alberti y Miguel Prieto. De hecho, fue de la pareja Alberti-León que se irradiaron las iniciativas de más envergadura, como, por ejemplo, la creación del «Teatro de Arte y Propaganda» que presentó su primer espectáculo el 10 de septiembre de 1937, en el Teatro de la Zarzuela de Madrid.

Con todo, cabe decir que las iniciativas del gobierno republicano a favor del teatro se intensificaron a partir del 22 de agosto de 1937 con la institución del Consejo Central del Teatro, dependiente del Ministerio de Bellas Artes –de hecho, se nombró a Renau como presidente–, con Antonio Machado y Teresa León como vicepresidentes, Max Aub como secretario y diez vocales: Margarita Xirgu, Jacinto Benavente, Enrique Díez Canedo, Cipriano Rivas Cherif, Alejandro Casona, Miguel Prieto, Manuel González, Rafael Alberti, Francisco Martínez Allende, Enrique Casal Chapí y Miguel Prieto. Además, El Consejo Central llegó a contar incluso con un órgano de difusión propio, el *Boletín de Orientación Teatral*, del que se editaron seis números, desde el 15 de febrero hasta el 1 de junio de 1938, y con una función –el título mismo lo indica– claramente prescriptiva. En este sentido, es muy llamativa la «Carta a un escritor viejo» que Aub publicó en el *Boletín* el 1 de junio de 1938, reproducción de la versión publicada en *La Vanguardia* el 11 de diciembre de 1937. El mensaje vehiculado por el autor brotó de la voluntad de contribuir a dignificar el arte teatral por medio de representaciones que estuviesen a la altura de la gravedad del momento histórico; por ello, se dirigió a los actores, para que entendieran las potencialidades expresivas inscritas en su trabajo y, con

eso, la manera en que, en la economía de la representación, podían contribuir a la realización ético-estética de las obras: «Queremos hacer comedias, que sepáis "lo que se hace", que seáis intérpretes, no cómicos, ni siquiera actores: comediantes» (*apud* Aznar Soler, 1993: 201). De manera similar a lo afirmado por Teresa León en «Gato por Liebre», Aub quería responsabilizar a la profesión teatral, en un intento de edificar una nueva conceptualización del espectáculo, a la manera del Ejército Popular (Aznar Soler, 1993: 199):

> El ejército español se quedó sin jefes hace más de un año y medio y se los ha creado magníficos en este tiempo. Sigamos su ejemplo y tengamos lo más pronto posible un teatro, es decir, un público que encuentre en el espectáculo algo más que la ocasión de pasar el rato. Parte de la responsabilidad de la empresa es nuestra, pero la mayor parte de vosotros la vais a llevar sobre los hombros (*apud* Aznar Soler, 1993: 201).

Hacia finales de 1937, El Consejo Central del Teatro realizó una importante operación de intersección entre la producción cultural de la retaguardia y la puesta en escena en el frente: nos referimos a las «Guerrillas del Teatro», compañía itinerante creada el 14 de diciembre bajo la dirección de Teresa León, que la misma escritora describió como un intento de «conciliar las terribles limitaciones de un teatro del frente con el mayor nivel estético posible» (León, 2020: 59). El testimonio del esfuerzo de Teresa León queda demostrado por el hecho de que, tan solo en 1938, llegaron a representarse 119 obras que, en ocasiones, se desconectaban de los inmediatos episodios de la contienda; en efecto, se asemejaban, tanto en la perspectiva sobre el pueblo como en el repertorio de referencia, a las iniciativas educativas promovidas a partir del Bienio Reformista (González de Garay, 2009: 31). Sin embargo, Martín Gijón (2011: 272, nota 32) evidencia una contradicción latente: esa orientación «clasicista» de la representación, lejana de las instancias –y del repertorio– del paradigma soviético, contrastaba con las consideraciones expresadas por Teresa León en el número 3 del *Boletín de Orientación Teatral*, consideraciones que, en efecto, no ocultaban su desacuerdo con la concepción del teatro que ella atribuía precisamente a las Misiones Pedagógicas y a La Barraca, debido a que carecían del «sentido político de lo que estas aldeas debían y querían ver».

Otra iniciativa de gran impacto y hondas repercusiones a la que colaboraron tanto Max Aub como María Teresa León fue el II Congreso Internacional de Intelectuales Antifascistas, organizado por la Alianza entre el 4 y el 17 de julio de 1937. La génesis de este acontecimiento es evocada por la autora en *Memoria de la melancolía*:

> Hablábamos de muchas cosas, entre otras del Congreso de Escritores que pensábamos celebrar en España. Escritores de todo el mundo para que vengan y vean. Sesiones en Barcelona y en Valencia y en Madrid sitiado. Una verdad no tiene por qué ocultarse. Que vengan a ver la verdad de España (León, 2020: 64).

Como se deduce de la cita, el lugar elegido era ya de por sí una declaración de intenciones: de hecho, la organización del Congreso se explicó y se legitimó, por medio de su misma realización en las tres ciudades símbolo de la resistencia de la España republicana, como una acción política de compromiso de los escritores antifascistas «de todo el mundo». Dicho de otra manera, esa gran operación coral quedó impulsada por la voluntad de demostrar, a través de la voz cualificada de la inteligencia, la significación internacional de la causa republicana, convirtiéndose así el Segundo Congreso en uno de los actos de propaganda más sonados realizado durante la Guerra Civil (Aznar Soler, 1979: 148).

Así lo confirmó el patrocinio del mismo presidente del gobierno, Juan Negrín, quien dio la conferencia inaugural, celebrada en Valencia, en aquel entonces sede del ejecutivo republicano:

> El Gobierno de España se encontró de pronto ante una revuelta militar. Lo que era una rebelión militar se transformó en una lucha por la independencia nacional. En el fondo de todo eso, lo que hay en realidad es una lucha por un orden más alto, de un carácter universal: una lucha por la libertad y la independencia de la Humanidad (*apud* Aznar Soler, 1979: 7).

Lo que hizo que estas palabras de Negrín resultaran especialmente eficaces –aparte de utilizar estrategias discursivas explícitas como la de asociar la contienda española a una guerra de «carácter universal»–, fue que el hecho mismo de hablar de una «lucha por la libertad y por la independencia» significaba llamar la atención sobre la precariedad –cuando no directamente la ausencia– de ellas, lo cual, inevitablemente, desviaba el discurso hacia sus reversos: la opresión, la explotación, la arbitrariedad del poder. Y es que, a lo largo de los años treinta, Italia, Hungría, Polonia, Portugal, Yugoslavia, Rumania, Alemania y Austria habían caído bajo regímenes fascistas o, en todo caso, antidemocráticos, condenando a todo opositor a la cárcel, al exilio o a la muerte: por eso, según Binn (2004: 12-13), la lucha del pueblo español frente a un ejército rebelde apoyado desde el comienzo por Hitler y Mussolini se interpretaba como un primer intento de frenar el irremediable ascenso de los totalitarismos. Por lo tanto, ya desde el estallido de la contienda, la situación de España se había convertido en foco de la atención internacional,

ya que, desde un punto de vista ideológico, venía a colmar un ansia que se había hecho más patente en las secuelas de las crisis de 1929, puesto que en el contexto de la crisis social y económica de las grandes democracias –Estados Unidos, Inglaterra y Francia– el discurso liberal se veía como insuficiente en medio de tan grave situación de desempleo y pobreza. Solo hacían falta respuestas honda y sólidamente comprometidas; por ende, en ese marco, no era extraño que un número tan significativo de intelectuales vislumbraran en la Guerra Civil la encarnación de su lucha por un cambio político y social radical.

En estos argumentos hizo hincapié Max Aub en el ya mencionado «Los escritores y la guerra», aunque dando un giro teórico más complejo al afirmar, a la hora de poner en evidencia la implicación de un número tan considerables de intelectuales en la contienda española, que:

> Esta conjunción de escritores se debe en gran parte a que nuestra lucha no es una lucha idealista, sino el resultado de una lucha de clase, es decir, que el materialismo histórico hace cumplir sus leyes aun al más refractario a oírlas: el idealismo, al postular la esencia antes que la existencia, da la prioridad a la contemplación sobre las fuerzas eficientes, transforma el objeto en noción, encadena la vida, no admite la trasformación (Aub, 2007c: 147).

Desde su punto de vista, la resistencia republicana tenía una relevancia que excedía los límites de los intereses locales precisamente porque representaba la batalla por defender un proyecto que respondía a exigencias históricas concretas. Era la defensa de un modelo de país, pero que no se fundamentaba en una mitificación esencialista sino en unos conflictos y en unas coordenadas políticas reales: por eso, apuntaba Aub, la defensa de la España republicana no tenía rasgos exclusivistas y hacía posible el diálogo transnacional. Por contra, el idealismo fascistizante abstraía, despolitizaba la realidad social y la despojaba de su concreción histórica, construyendo una idea de España encerrada entre fronteras impermeables e inmutables: la resistencia de la República, «nace del amor de las cosas y no de la defensa de los intereses creados, de la realidad y no del idealismo: el hombre defiende su tierra y no una idea patriótica vaga» (Aub, 2007b: 3). El fascismo es incompatible con la solidaridad internacional porque, en nombre de una conceptualización metafísica de la identidad nacional, construye barreras que no existen: eso es lo que señalaba Aub en «¿Conoces tú el País Vasco?», en un pasaje de significaciones autobiográficas donde, no por nada, subrayó las responsabilidades de los

fascismos a la hora de «levantar una frontera de cañones» entre vascofranceses y vascoespañoles:

> El País Vasco es, al azar de la historia, español y francés [...]. Pero ahora un nuevo monstruo opone el uno al otro [...]. A semejante inanidad lleva el fascismo que, a lo que proclama, se precia de defender la unidad y la pureza de la raza. En nombre de esa identidad de caracteres se traga Alemania un país de más historia que ella; anuncia reivindicaciones sobre territorios hoy en poder de naciones amigas y enemigas [...]. Bástale llegar a otros climas donde sus intereses no coinciden con sus teorías, para olvidarse de las mismas y alzar en el eje de un pueblo una frontera erizada de cañones, plagar un territorio de aeródromos, los unos visibles, los otros subterráneos, con el fin de asolar el día de mañana, en nombre de la raza [...] He aquí cuanto sucede en el País Vasco español, donde se arma la tierra contra la tierra vascofrancesa [...]. Es un hermoso programa de hijos de teorizantes racistas: hacer atacar el país vascofrancés por el país vascoespañol (Aub, 1938: 3).

Por otro lado, el sentido de la lucha antifascista –compartido más allá de los diferentes matices ideológicos asociados al mismo concepto de cultura y de las distintas posturas que existían en el marco de la intelectualidad de izquierda– pasaba también por la defensa de la libertad de expresión, que se veía amenazada precisamente por la agresividad y el carácter represivo del pensamiento fascista y que, en España, atribuía a la inteligencia las responsabilidades de la guerra, como se nota en *Los intelectuales y la tragedia española* (1937) de Enrique Suñer:

> Los principales responsables de esta inacabada serie de espeluznantes dramas son los que, desde hace años, se llaman a sí mismos, pedantescamente, «intelectuales». Éstos, los intelectuales y pseudointelectuales interiores y extranjeros, son los que [...] han preparado una campaña de corrupción de los más puros valores éticos, para concluir con el apocalíptico desenlace a que asistimos, como negro epílogo de una infernal labor antipatriótica que, por serlo, pretendía desarraigar del alma española la fe en Cristo y el amor a nuestras legítimas glorias nacionales (*apud* Aznar Soler, 1978: 88).

A este respecto, son nítidas y contundentes las consideraciones formuladas por Aub en «Las cosas como son. Carlos Von Ossietzki», publicado en *La Vanguardia* el 10 de mayo de 1938, artículo que se propuso como una denuncia de los crímenes fascistas contra la inteligencia:

> El fascismo quiere dominar el mundo y no mira ni repara por qué medios, tanto le importa [...]. Mata hoy como mató ayer, buscando el silencio, que también es parada, esguince la vida, muerte de todo, nada [sic], la inteligencia de su país. Ahogándola en la cárcel y la tortura (Aub, 2007c: 5).

Más allá de la crítica a la brutalidad y a la violencia, presentadas como características consustanciales del enemigo, ese texto es también una reivindicación del paso por la Historia de aquellas figuras de escritores y periodistas asesinados precisamente como consecuencia de sus actos de disidencia política:

> Tristes los que creen que el fascismo puede perdonar la inteligencia. Podría, quizá, perdonarlo todo, menos eso [...]. Por luchar contra esa camisa de fuerza que es el fascismo muere Ossietzki, como murió prisionero Miguel de Unamuno, y a manos oscuras de traidores, Gorki. Ninguno de ellos oficialmente asesinados, pero los tres muertos por privaciones, de la índole que fuesen. Los tres muertos por el fascismo porque representaban altamente su mayor enemigo, su eterna fobia: la inteligencia (Aub, 2007b: 152).

En efecto, cabe añadir que, en el debate internacional, los esfuerzos culturales de la República para proteger el Patrimonio Artístico y para llevar a cabo la alfabetización de los milicianos, más aún en condiciones de evidente peligro, se interpretaron como armas eficaces contra la barbarie fascista y una respuesta poderosa a su persecución de la libertad intelectual. También por esta razón, y en la estela del primer Congreso Antifascista de París, los temas propuestos para la asamblea de 1937 fueron el replanteamiento de la propia función de la literatura, del compromiso del escritor y de la capacidad real de la palabra como atributo de la inteligencia. A este propósito, veamos un fragmento de la ponencia de Teresa León, pronunciada el 7 de julio, en Madrid:

> Esperamos todos nosotros, los madrileños que hemos permanecido durante un año en la ciudad, de estos camaradas que han llegado al corazón de España que no van a ser solo palabras, compañeros, lo que van a decir al mundo, que van a ser hechos, van a ser novelas, van a ser artículos de periódicos, van a ser conferencias, van a agitar el mundo y le van a decir que la verdad de Madrid es la verdad de la guerra española, van a decir que Madrid ganará la guerra para todas las regiones de España. [...], yo declaro abierta, en esta ciudad de Madrid, esta famosa sesión histórica de los mejores escritores del mundo (León, 1979: 81).

Aquí surge, de manera rotunda, la convicción de la autora acerca del potencial performativo del discurso de la inteligencia –«hechos que van a agitar el mundo», que van a incidir en el desarrollo de la Historia–, convicción trasfigurada hacia la mitificación «de los mejores escritores del mundo». Por su parte, Aub emprendió, a comienzos de 1938 en Barcelona, el proyecto de llevar a la pantalla la ya citada *L'Espoir*, junto con Malraux. El objetivo por alcanzar iba en la misma dirección que la indicada por Teresa

León: influir en la opinión pública, sobre todo en la de los países no-intervencionistas, y hacer variar sus políticas respecto al Gobierno republicano (Llorens Marzo, 2005: 90).

Sin embargo, ni el Segundo Congreso ni el rodaje de la película de Aub y Malraux –titulada *Sierra de Teruel*– pudieron solucionar el problema práctico más acuciante: la actitud de no intervención de las democracias occidentales. Señala Pérez Bowie (2005b: 110) que para Aub resultó especialmente dolorosa la conducta de Francia, a quien dirigió el desgarrador artículo «Escúchame Francia», publicado en *La Vanguardia* el 22 de abril de 1938: «Aquí morimos aguardándote: Te hablo, sé que me oyes, pero no sé si me escuchas: por nosotros y por ti, lo deseo de todo corazón» (*apud* Pérez Bowie, 2005b: 110). Y es que, para el escritor, amén de las implicaciones personales de las que ya hemos hablado, la insolidaridad de Francia debió de haber sonado aún más incomprensible e inexcusable, debido a la postura ideológica que, por lo menos en teoría, representaba el gobierno galo en aquel entonces: en efecto, Léon Blum, presidente del Frente Popular francés, ganador de las elecciones de mayo de 1936, había dado una primera muestra de apoyo a sus correligionarios ibéricos, accediendo, el 20 de julio, a una petición de la Segunda República con respecto al envío de armas y aviones. Pero, apenas una semana después, se desdijo, según explica Binns (2004; 21-22), porque, la precariedad de su coalición, la amenaza británica de no defender a Francia en caso de una invasión de la Alemania nazi como consecuencia de su participación en la contienda española, el miedo ante la posibilidad de una nueva guerra mundial y la inquietud por las inversiones francesas en España empujaron a Blum a negar su ayuda al país vecino. A pesar de esto, hay que recordar que justo esta cercanía y la fuerza del Partido Comunista Francés hicieron que el contingente galo fuese el más numeroso de las Brigadas Internacionales, así como su director, André Marty.

En términos generales, la postura adoptada por las potencias mundiales hacia la República fue el desinterés y el abandono: por lo tanto, los tenaces esfuerzos llevados a cabo por los dos autores para conseguir la cooperación de los poderosos del mundo dejaron paso a duras y reiteradas acusaciones en la larga fase postbélica, sobre las que volveremos en secciones sucesivas de nuestro trabajo, analizándolas en función de la pragmática narrativa y de su evolución paralela al desarrollo de la Segunda Guerra Mundial y, posteriormente, de la Guerra Fría. De hecho, el final de la contienda y la derrota republicana obligaron a Max Aub y a María Teresa León, junto con otros miles

de españoles, a escoger la vía del exilio[49], etapa existencial y literaria que, de aquí en adelante, ocupará el centro de nuestro estudio.

Resumiendo, lo que hemos tratado de hacer a lo largo de estas páginas ha sido no solamente delinear dos perfiles de escritores determinados por la Historia, sino trazarlos mientras se estaban formando, precisamente para no caer en la trampa de la conceptualización identitaria esencialista y atemporal que estamos intentando deconstruir. En ese sentido, hemos visto cómo los autores resemantizaron los anclajes que hacían que su identidad «de nacimiento» pareciera natural, predeterminada e innegociable (Bauman, 2005: 58), resignificando, a su vez, los lazos con el espacio que habitaron a medida que se consolidaba su conciencia del mundo y de la sociedad. Esa parábola confluyó en discursos y acciones que atestiguaban su autoubicación en tanto que parte integrante del colectivo republicano. Pero hacerse intelectuales republicanos, para ellos, significó incluso implicarse en la conflictiva realidad sociopolítica de su tiempo, lo cual quería decir no solo «identificarse» sino también «hacer identificar», o sea, abrirse a los demás, construir un sentir compartido, algo que, a partir de 1939, alimentó una creación literaria que no apuntaba solamente a «rememorar» sino, sobre todo, como bien afirma Sánchez Zapatero (2010b: 29), a «hacer memoria» de la herencia republicana.

Por otro lado, y precisamente porque el sentido de pertenencia desarrollado por Max Aub y María Teresa León en la España republicana arrastraba también una memoria de la otredad o, en palabras de Buschmann (2022: 212), una memoria de diferentes «experiencias de alteridad cultural y exclusión social», se hizo imprescindible reconocer las grietas que dichas experiencias produjeron en esa identidad elegida por los dos autores, algo que en el exilio conoció nuevas significaciones y nuevos desafíos.

2.2 Escribir en tránsito: *Contra viento y marea* (1941) y *Campo cerrado* (1943)

En el corpus narrativo de Max Aub y de María Teresa León hay dos obras que, a pesar de adscribirse a una denominación genérica clara –se trata de dos novelas–, se caracterizan por su estatuto liminal en cuanto a la etapa vivencial y a la coyuntura

[49] Concretamente, Max Aub se marchó del país, junto con el equipo de rodaje de *Sierra de Teruel*, el 1 de febrero de 1939, rumbo a París, mientras que Teresa León sale de España el 7 de marzo, en compañía de Alberti, de Núñez Mazas, ministro del Aire, y de Antonio Cordón, ministro de Guerra: también en su caso el primer destino será París.

histórica que vertebraron sus respectivos procesos de creación. Nos estamos refiriendo a *Contra viento y marea* (1941) de Teresa León y a *Campo cerrado* (1943) de Aub. Aunque las fechas de publicación las presenten como tempranas obras del exilio –la primera se editó en Buenos Aires y la segunda en México D.F.–, las circunstancias de redacción nos previenen de clasificarlas estrictamente como tales.

En el caso de la escritora, como señala también Ferris (2017: 233), fue ella misma quien dio cuenta de los frustrados intentos de publicar su novela en Francia, poco después de haber cruzado los Pirineos, motivada por la necesidad de hacer frente a la precariedad de aquella nueva situación:

> «Las cuestiones de España no interesan señora». Eso lo repitieron muchas veces a ministros y a generales y a profesores y…. a mí, poco después de salir de España [...]. Mi novela se llamaba *Contra viento y marea.* Creo que fue la primera que se escribió, pues en el año 1939 ya estaba terminada [...], comenzaba su relato en la isla de Cuba [...], el mundo entero participará en el horror que se está avecinando, aunque los franceses no crean que la experiencia española debían hacerla suya y no deben pensar que somos un pueblo incivil que pisa sus cuidados campos del sur con las sucias alpargatas rotas. Pero la verdad es que aquellos valientes de las alpargatas rotas, desarmados y perdidos en su sueño desecho, iban a dar a Francia, más tarde, el núcleo principal de la primera resistencia. Pero... las cuestiones de España no interesan, señora (León, 2020: 310-311).

Esta mirada retrospectiva, más allá de ofrecernos unos datos útiles para colocar cronológicamente el proceso de escritura de la obra, constituye también una valiosa muestra de la época a la que se refiere: en continuidad con la postura asumida durante la contienda, y agravada por el trágico desenlace de esta última, Teresa León volvió a atacar la indiferencia de los gobiernos democráticos europeos hacia la causa republicana, especialmente Francia, haciendo hincapié en ello para denunciar el inicial muro de silencio levantado frente a su testimonio, actitud que, evidentemente, retrasó su difusión.

Con todo, es muy probable que la novela estuviese terminada antes de la llegada de la autora a París. Para corroborar esta hipótesis, Torres Nebrera aporta dos argumentos convincentes: antes de nada, cabe decir que, en febrero de 1939, en la última página del número 47 de *El Mono Azul*, se anunció la inminente publicación de *Contra viento y marea* por la Editorial Signo. En segundo lugar, en el archivo de papeles de autores españoles que existía en la Unión Soviética –rescatado posteriormente por el Ministerio de Cultura– se custodiaban 52 folios mecanografiados y firmados por María Teresa León, correspondientes, sin variante alguna, a las cinco primeras secuencias de la obra en cuestión, lo cual hace plausible que la escritora hubiera desgajado esos fragmentos para

que salieran en una de las numerosas revistas de guerra (Torres Nebrera, 2010: 25). Ambos elementos remiten, por lo tanto, a la posibilidad de que la novela hubiera sido compuesta, por lo menos en gran medida, durante los años de lucha en Madrid.

En cuanto a *Campo cerrado*, sabemos con certeza que el texto originario mecanografiado está fechado mayo-agosto de 1939[50]. Sin embargo, una investigación realizada por Luis Llorens Marzo en el Archivo de la Fundación Max Aub ha permitido sacar a la luz un cuaderno, el FMA – 5/21, que proporciona otra perspectiva. Se trata, en resumidas cuentas, de una serie de anotaciones que se remontan al periodo entre 1937 y 1938 donde encontramos los únicos esbozos manuscritos de la primera entrega de *El laberinto mágico*. Llorens Marzo (2005: 86) advierte que, de la lectura de estas notas, se puede deducir que se trata de textos anteriores al rodaje de *Sierra de Teruel*, que comenzó en julio de 1938. La deducción más interesante es que Aub tomó los primeros apuntes que iban a confluir en su ciclo narrativo cuando todavía no había terminado la Guerra Civil, por ello «se puede afirmar que no todo su material y su ulterior elaboración proceden de la derrota en París, sino que buena parte es fruto del testimonio más vivo y directo, cuando Aub mantiene la esperanza en la victoria». Además, parece que fue la propia experiencia del rodaje a influir sobre la elección de Barcelona como escenario de la novela, ya que la ciudad y sus habitantes –junto con el equipo de la película–, le sirvieron al escritor para recuperar numerosas informaciones y materiales útiles a partir de los cuales reconstruir la rebelión militar y la inmediata resistencia ciudadana (Llorens Marzo, 2005: 86).

Este espacio de producción, a medio camino entre España y Francia, entre los días de lucha y los primeros meses del destierro, nos hace evidenciar la absoluta peculiaridad de dos narraciones que en todo caso –y eso sí, lo podemos afirmar con claridad– se situaron al hilo de los acontecimientos bélicos: no por nada, Francisca Vilches de Frutos (2021: 4) describe *Contra viento y marea* como la obra con la que Teresa León se propuso esclarecer las causas del Golpe del 18 de julio y sus evidentes consecuencias, y algo similar es lo que sostiene Sánchez Zapatero (2014: 118) acerca de *Campo cerrado*, interpretable, desde el punto de vista de Aub, como la «necesidad de asimilar lo vivido entre 1936 y 1939, y de intentar dar algo de sentido a tanta barbarie, tanto odio y tanta

[50] Todas las ediciones que hemos manejado mencionan este dato, concretamente, la de Alfaguara (Madrid, 1997: 249), la de Capitán Swing Libros (Madrid, 2010: 295), con presentación de María Teresa González de Garay, y la de Cuadernos del Vigía (Granada, 2017: 261), con estudio introductorio de Antonio Muñoz Molina.

destrucción». Por eso, nuestro punto de partida no puede ser sino esa perspectiva fronteriza desde la cual los dos autores reelaboraron lo vivido y lo acontecido en la contienda.

En el precedente apartado hemos visto que uno de los pilares del discurso de la intelectualidad republicana durante el conflicto coincidía con la defensa de un proyecto político, social y cultural fundamentado en la democracia y en la igualdad y en la reivindicación de subjetividades hasta entonces minoritarias o abiertamente excluidas. Ahora bien, lo que nos planteamos, a estas alturas, es ahondar también en las fisuras, los puntos de indeterminación –evidenciables en las dos novelas de Aub y Teresa León– entre ese discurso integrador y la heterogénea y estratificada realidad social, en consonancia con las sensibilidades desarrolladas por los mismos escritores en el marco de sus respectivas genealogías identitarias. En términos generales, cabe considerar la complejidad de las luchas por el poder interpretativo de los marginalizados –y sus reflejos en las obras objeto de nuestro análisis–, teniendo en cuenta que existe una distancia de clase, de estatus social, de capital cultural o de conciencia político-ideológica entre estos autores y algunas de las subjetividades representadas y a las que, idealmente, se dirigían. Además, en continuidad con las argumentaciones esgrimidas en la primera parte de nuestro trabajo, resulta pertinente interrogarnos sobre cómo evoluciona el dualismo entre discurso intelectual y acción directa en la recreación del escenario bélico, amén de la relación entre valores ético-morales y la práctica de la lucha.

Campo cerrado constituye, como hemos aludido, el umbral hacia un proyecto literario que el mismo Aub llamó *Laberinto mágico*[51] y en el que sobresalen los *Campos*[52], seis novelas que ensanchan la cronología del conflicto español desde sus antecedentes hasta sus consecuencias, algo que, como indica Carmen Valcárcel (2018: 8) corresponde

[51] Esa denominación aparece en la primera de las «Tres Notas» que abren *Campo cerrado*: «Bajo el título de EL LABERINTO MÁGICO, que le debo a San Agustín, proyecto publicar, amén de ésta, cuatro novelas en las que he de recoger, a mi modo, algunos sucesos de nuestra guerra: II. CAMPO ABIERTO / III. CAMPO DE SANGRE / IV. TIERRA DE CAMPOS / V. CAMPO FRANCÉS» (Aub, 2010: 33). En un amplio estudio específicamente centrado en ese tema, *Galería de personajes de «El laberinto mágico»* (2010), Javier Luch Prats (39-42) aclara que la cuarta obra prevista, *Tierra de campos* no llegó a formar parte de la bibliografía de Aub, aunque puede que se tratara del germen de *Campo del Moro* y *Campo de los almendros*. Con todo, cabe decir que, a lo largo de los años, el proyecto del *Laberinto* se va modificando: de hecho, un plan redactado en 1947 alude a la idea de Aub de escribir una novela sobre los primeros años del exilio mexicano que habría denominado con el término «campo» para incluirlo en la serie, optando, además, por la comarca castellanoleonesa de Tierra de Campos donde se ubica Numancia, lugar cargado de evidentes significaciones histórico-míticas y de resonancias cervantinas.

[52] En efecto, siguiendo el orden temporal de los acontecimientos narrados –y no el de publicación–, la secuencia se compone de ese modo: *Campo cerrado* (1943), *Campo abierto* (1951), *Campo de sangre* (1945), *Campo del Moro* (1963), *Campo de los almendros* (1968), *Campo francés* (1965).

al «intento por abarcar, en toda su amplitud narrativa [...] desde todos los planos, ángulos, perspectivas y significados posibles, el origen, el estallido, el desarrollo y consecuencias de lo que él llamaba la Gran Guerra Civil Española», y a las que se suelen sumar una serie de cuentos esparcidos en distintas colecciones, pero que comparten ese mismo abanico temático. Resultan muy acertadas las imágenes delineadas por Manuel Tuñón de Lara en un prólogo para una edición de los *Campos* y transcrito por Caudet en *Galdós y Max Aub: poéticas del realismo* (2011a):

> Podemos decir que desde la primera página de *Campo cerrado*, hasta la última de «El remate», se trata de un fresco inmenso, de un testimonio sin par, apasionado y objetivo a la vez, de una fuente de la historia, de un estudio psicológico multitudinario [...]. Estamos ante una obra en la que se dan todas las dimensiones del hombre en una coyuntura específica donde lo cotidiano, tal como suele entenderse ha desaparecido, o más exactamente, se ha integrado en la epopeya. [...] El laberinto mágico es la tragedia de un pueblo a escala estrictamente humana, a la escala de cada hombre, ni más, ni menos. Pensamos que ésa es la fórmula de la auténtica novela histórica, en el mejor sentido del término, que es la lograda por Max Aub en un trabajo de veinticinco años de escritor (*apud* Caudet, 2011a: 430).

Como observa Tuñón de Lara, y en la estela de lo que ya hemos comentado acerca de la estética realista aubiana, ese carácter multitudinario es una de las claves ético-estéticas de lo que él mismo define «auténtica novela histórica», es decir, una pluralidad de espacios, de memorias en permanente actualización, de interacciones variadas, de vivos debates y de violentos contrastes; en fin, una representación que se proponía abarcar «todas las dimensiones del hombre»: y como es de esperar, la novela que nos ocupa cumple con estos requisitos. Lo que salta a la vista es indudablemente la variedad de oficios, condiciones sociales y posturas políticas que se irradian en el entramado de personajes de Max Aub, una variedad que, como señala Sánchez Zapatero (2014: 123), nos brinda un retrato colectivo por medio de dos recursos fundamentales: el diálogo[53] –esencial para que el relato cobre autenticidad, para dar cabida a una coexistencia de diversidades– y la presencia de un narrador omnisciente que, ocasionalmente, interrumpe el flujo de los

[53] En la segunda de las «Tres notas» mencionadas, Aub hace explícita referencia a la intención de «traer las conversaciones en primer término» (Aub, 2010: 35), precisamente para no traicionar su perspectiva sobre la realidad y, sobre todo, para ser fiel a su compromiso testimonial, a su voluntad de rescatar los seres anónimos y silenciados de su tiempo, pero sin caer en el retrato idealizado o edulcorado, sino restituyéndolos con sus asperezas y sus aspectos menos agradables, a su vez única manera para dar cuenta de la las problemáticas sociales existentes o, para utilizar las mismas palabras del autor, cierto «tufillo de la época: cierta desesperación reconcentrada, ciertos clavos a los cuales agarrarse en oscuros reconcomios de imposibles venganzas y que me parecen indispensables para la expresión de nuestro tiempo» (Aub, 2010: 34).

acontecimientos para recomponer el trazado vital de los individuos que se cruzan en la obra, mecanismo que otorga cierto dinamismo a sus identidades, ya que las sitúa en la Historia dando cuenta de sus evoluciones, de las opciones elegidas y de las imposiciones sufridas; en resumidas cuentas, dando profundidad y complejidad a la configuración del yo.

Con todo, hay que decir que lo plural y lo multíplice, reflejados en el mundo literario del autor –rasgos que, como hemos puesto de manifiesto, no solamente configuraban su concepción poética, sino que, más en general, se habían ido constituyendo desde su infancia como su *habitus*, moldeando su perfil intelectual, su formación cultural y su modalidad de aproximarse a las instancias sociales–, no suponían ninguna ambigüedad ni evanescencia ideológica: en otras palabras, el amplio caudal de referentes y la mirada orientada a lo multiforme se reelaboraron desde los valores morales y el posicionamiento político del escritor, confluyendo en una elección basada, fundamentalmente, en estos criterios. En la etapa crucial en la que nos situamos, podemos observar cómo se relacionó Aub con respecto a su hibridación constitutiva: en efecto, el itinerario transnacional de escritura que marcó *Campo cerrado* fue atravesado por Aub manteniendo una consciente toma de postura. Es decir, no volvió a Francia en tanto que nativo francés, sino como escritor exiliado de la Segunda República española, como confirma también Lucía Hellín Nistal (2022: 245-248)[54]. A este propósito no deja de ser significativo el hecho de que, en esta novela, la cantidad de referencias al país galo sea muy exigua, sobre todo en comparación con otras obras del autor, en particular las siguientes entregas del *Laberinto mágico*, donde aparece a menudo para denunciar su no intervención, pero también con alusiones culturales y literarias que, en esta ocasión, se reducen a unos versos de Baudelaire y una mención al Marqués de Vauvenargues, filósofo moralista.

A partir de estas consideraciones, hay otro dato que llama la atención: mientras que en los demás *Campos* hay un mayor protagonismo coral –y muchos de los personajes más relevantes vienen de la clase media, ilustrada y progresista (González de Garay, 2010: 23)–, pues *Campo cerrado*, aunque no se aleje totalmente de estas características, es la narración más enfocada en las peripecias de un individuo, Rafael López Serrador, quien, y eso es lo más importante, no es un intelectual ni un representante de la clase

[54] Este principio acompañó a Aub incluso en sucesivas fases del exilio; en una nota de sus diarios, fechada 20 de julio de 1955, con la misma firmeza ética, afirmó: «Soy cosmopolita de nacimiento, pero español de corazón» (Aub, 2003: 149).

política, sino ~~de~~ un joven de origen rural procedente de una familia de humil condición social y escasos medios y, como acabamos de referir, la reconstrucción del itinerario vital de Serrador, la memoria de sus interacciones con los espacios y las épocas en los que se despliega, viene a ser de gran importancia para que el retrato histórico que quiso trazar Aub adquiriera valor político y para que pudiera cumplir con los objetivos pragmáticos inscritos en su realismo crítico.

En efecto, la novela se abre con el relato de la infancia del personaje, ambientado en los primeros años veinte en el pueblo levantino de Viver de las Aguas, escenario caracterizado por una situación de penuria y hasta de atraso y dejadez:

> Cada año, con la vendimia, nace un crío. A veces se muere, otras no. Entonces se va alzando, sucio, con costras, granos, ulcerillas y lagañas, sin conocer lo que es el frío ni el hambre, porque son su aire y su alimento. Crecen renegridos, escuetos y duros, muy hechos a hacer lo suyo y a no importarles un comino los demás, como no sea, muy luego, el sexo de sus hembras, [...]. Mueren por aquellas tierras los olivares; más arriba sólo quedan carrascas, jaramagos, romero y zarzas. Los inviernos son largos y con nieve (Aub, 2010: 47).

La aspereza de esas imágenes, enumeradas con implacable objetividad y filtradas a través de un tono descriptivo privado de cualquier patetismo, se refleja en la total alienación de sus habitantes –«muy hechos a hacer lo suyo y a no importarles un comino los demás»–, quienes se encaran al futuro con una mezcla de impotencia e indiferencia –los críos, «a veces se mueren, otras no»–. Esa estrechez material diseña la subalternidad de clase del «Serrador niño», quien «percibe el vaho y el tufo a muladar de la casucha, lo blando de la paja nueva, el lamedal de los excrementos podridos» (Aub, 2010: 47), algo que, en consonancia con esa atmósfera, viene a resultar en un *habitus* hecho de abulia y pasividad: «los años van cayendo y Rafael Serrador los atraviesa; crece poco a poco sacando la cabeza por unas hojas enormes que cada año, cual corteza, caen sobre la serranía añadiendo canas donde ya no cabe gloria» (Aub, 2010: 48). Sucesivamente, no decide, sino que de alguna manera «sufre» un desplazamiento a Castellón, adonde le envían sus padres de aprendiz en una platería, encontrándose en un lugar descrito como sin carácter, quieto, lento, donde «el mar no existe» (Aub, 2010: 50) y el paso del tiempo solo se puede medir «bajo la forma de un grifo de latón [...] ahogado, sin agua corriente» (Aub, 2010: 56), en plena –y aparentemente inquebrantable– continuidad con lo vivido durante la infancia. En esa etapa, no será ninguna toma de conciencia racional, sino el instintivo descubrimiento de la sexualidad –que aquí funciona como metáfora de iniciación a la

vida–, a «transformarse en geografía» y, de una manera inédita, hacerle percibir la vida «como un camino» (Aub, 2010: 63), empujándole a mudarse a la gran ciudad, Barcelona, símbolo, esta vez sí, de un futuro lleno de oportunidades. Sin embargo, en el viaje en tren hacia la capital catalana, el flujo de pensamientos del joven protagonista no oculta las huellas del aislamiento social, preludio de la que seguirá siendo, como veremos, una manera de relacionarse precaria, cristalizada en la que podríamos definir como una «otredad permanente»:

> ¿Qué saben todos éstos de mí? Lo mismo que yo de ellos. Cada uno tiene sus razones de viajar. ¿Qué pensarán de mí? No piensan nada de mí. ¿Qué es éste? ¿Qué haré en Barcelona? ¿Me perderé? ¿Qué quiero ser? No sé lo que quiero ser. No puedo ser, tengo que ser lo que quieran (Aub, 2010: 69).

La incapacidad –y, al fin y al cabo, la ausencia de medios materiales e instrumentos intelectuales– para definirse a sí mismo es tan extremada y tan radicalmente asimilada en sus hábitos de percepción y de valoración de la realidad que Serrador ni siquiera muestra atisbos de aspiraciones autónomas: no sabe lo que quiere, tampoco tiene «voluntad de ser», sino que la única proyección que concibe para sí mismo corresponde a la de un individuo encasillado en «lo que quieran», es decir, en patrones que instancias externas y ajenas determinan por él.

Instalado en un escenario que experimenta el cambio histórico desde el régimen monárquico hasta la Segunda República –pasando por la dictadura de Miguel Primo de Rivera–, la parábola del levantino oscila inicialmente entre los círculos anarquistas y los ambientes de Falange, cruzando repetidamente el umbral entre el espacio cultural y político del Paralelo, asociado a los libertarios, y el de la cafetería el Oro del Rhin, sede de las tertulias falangistas, acercándose a ambos pero sin asimilarse a ninguno. En otras palabras, sigue flotando entre sistemas de valores, entre paradigmas identitarios colectivos, pero nunca se incorpora, nunca acaba identificándose plenamente en una toma de postura, sino que, fundamentalmente, «con el tiempo y con el roce, iba amoldándose a las teorías de sus contertulios» (Aub, 2010: 192). Sin embargo, en esta fase de la narración, la inconsistencia ideológica de Serrador, amén de remitir a las constantes preocupaciones del autor –en tanto que intelectual comprometido con su tiempo–, acerca de la necesidad de fomentar una consciencia política compartida y desincentivar la indiferencia, funciona también como recurso narrativo de su peculiar realismo. En efecto, la vacilación del protagonista, concretizada en esos continuos desplazamientos, es

también uno de los recursos que le permite a Aub dar cabida a una multiplicidad de perspectivas, representándolas a través de su habitual mirada crítica. Con todo, conviene aclarar que eso no significaba, en absoluto, trazar un paralelismo –ni mucho menos establecer una especie de equiparación– entre ambientes anárquicos y ambientes falangistas: aunque el punto de partida de su intención testimonial fuese el mismo, o sea cuestionar las componentes ideológicas dogmáticas y las formulaciones discursivas excluyentes, los objetivos finales a la hora de representar esos dos espacios eran muy distintos. En el primer caso, se trataba de una crítica en última instancia constructiva: es decir, señalar lo que no funcionaba, las contradicciones y los nudos problemáticos en búsqueda de una solución de coexistencia política y de cooperación entre las distintas fuerzas que componían el frente republicano, algo que, como seguiremos viendo, siempre fue una de las mayores preocupaciones de la actividad intelectual de Max Aub en el exilio, en el ámbito de una necesaria reflexión acerca de cómo organizar la resistencia desterrada frente al régimen de Franco –y, no olvidemos que hemos definido justamente *Campo cerrado* como el primer intento de Aub de intentar explicar y explicarse la Guerra Civil– [55]. En cambio, la representación del ambiente de Falange no tenía nada de intención integradora ni de voluntad de diálogo ni de espíritu de colaboración, sino que solamente se trataba de denunciar la brutalidad y la violencia de raíz fascista encarnada por una de las fuerzas políticas que reaccionaron contra la razón histórica, contra la legalidad republicana[56].

[55] Y no solamente eso, sino que la praxis anárquica, desde el punto de vista de Aub, se explicaba a partir de su desarrollo histórico en tierra española, muy especialmente en Cataluña. Es decir, se explica a partir de la conformación social y de las dinámicas políticas que caracterizaban la ciudad condal a principios del siglo XX. Notamos, por ejemplo, que en el inconcluso proyecto literario en principio finalizado a redactar una biografía sobre Luis Buñuel –y que ocupó los últimos años de la vida de Aub–, al contextualizar la atmósfera sociocultural de la España que marcó la infancia del cineasta, escribió Aub a propósito justamente del anarquismo ibérico: «El socialismo y la tolerancia religiosa pueden fructificar en un ambiente donde las partes contrarias, con todas las dificultades que se quieran, logren entenderse, así sea, pasajeramente. Para ello se necesita cierta transigencia, absolutamente desconocida entre los terratenientes andaluces […] o los patronos catalanes. Estos aceptaron la prueba de fuerza e hicieron posible que las masas creyeran que no había más solución que el trato directo con los capitalistas, en bien y en mal, sin permitir la intervención del Estado que, lo mismo en Cataluña que en Andalucía, se mostraba decididamente de parte de los patronos […]. La bárbara intransigencia patronal es la responsable del desarrollo del anarquismo ibérico y esa violencia repercutirá en toda la vida de la nación […]» (Aub, 2013). Sigue en un pasaje sucesivo, «El anarquismo fue teoría en boga entre las minorías intelectuales de Europa a fines del siglo XIX y principios del XX. En todas partes las teorías de Soler y Bakunin se fueron disolviendo ante el empuje de la realidad que las mostraba irrealizables. No así en España, donde la miseria y la intransigencia de las oligarquías las sostuvieron vivas, con el pensamiento de que sería más fácil al proletariado vencer con la acción directa que no a través de la acción estatal» (Aub, 2013: 41).

[56] Una dinámica similar –en términos de contraposición entre una crítica y una voluntad de denuncia– fue la que vertebró la crítica, por un lado, al frente comunista del exilio republicano y, por otro, al imperialismo norteamericano en el marco de la Guerra Fría, como veremos en sucesivas secciones de nuestro trabajo.

Volviendo al desarrollo de la narración, podemos notar que, en el paso por la geografía del anarquismo, lo que domina la concitación dialógica a la que Serrador asiste –con la actitud alienada de quien «no acaba de ver las cosas claras» (Aub, 2010: 103)– es la irremediable barrera de incomunicación entre intelectuales y políticos –indistintos entre sí y reunidos bajo la categoría de «los burgueses», categorización respondiente, por cierto, a la lógica de la lucha de clases, la única batalla que los tertulianos anarquistas consideran realmente significativa– y, por otro lado, el pueblo, es decir, los trabajadores manuales[57]. Estos conceptos emergen de manera inequívoca en una larga arenga a cargo de un militante, González Cantos:

> Al pueblo no le salvará más que el pueblo, y nadie más que el pueblo. Todas esas zarandajas políticas e intelectuales, peor si son de buena fe, no tienen nada que ver con nosotros. Si creen que le vamos a sacar las castañas del fuego se equivocan [...]. Porque lo cojonudo es que esperan que nosotros nos hagamos romper la crisma por ellos en la calle para luego dejarles como angelitos en las poltronas ministeriales [...]. Buscan salvarse aupándose en el pueblo. ¡Si por lo menos buscaran la salvación! Lo que quieren es el poder [...]. ¡Republicanos de mierda! ¡Pues mira que los intelectuales! ¡Angelitos míos! [...]. Y lo mismo te escriben sobre el porvenir de la humanidad, cuando todos seamos muy buenos y muy santos (Aub, 2010: 99-101).

En la misma línea, encontramos esa otra afirmación: «Todos los arreglos que propongan o acepten estarán en contra de los trabajadores» (Aub, 2010: 107), de donde filtra el ideario revolucionario como única alternativa posible, al mismo tiempo que se arremete contra las políticas reformistas –a las que hemos aludido en nuestro recorrido histórico sobre la etapa republicana–, tachadas de insuficientes.

---

[57] Para ser más precisos, cabe decir que el término «pueblo» adquiere, en la novela, definiciones y connotaciones distintas, dependiendo del filtro ideológico que se le aplica. En los pasajes a los que nos estamos refiriendo, la asociación más frecuente es precisamente con la categoría de «obreros» o «trabajadores manuales», funcional en un escenario urbano y caracterizado por cierto desarrollo industrial como podía ser la Barcelona de los años veinte y treinta; sin embargo, no faltan puntos de vista más cerrados e inflexibles, como es el caso de un personaje que, a la pregunta «¿qué es el pueblo?» contesta «[...] ¡La C.N.T, hombre, la C.N.T!» (Aub, 2010: 103). Lo mismo sucede en el caso de un concepto más amplio, el de las clases sociales: para Bourdieu (1997: 24-25), estas últimas no existen sobre el papel, es decir, no existen como algo dado e inmutable, sino que son constructos históricos; en cambio, lo que sí existe es un espacio de diferencias y de lucha. Por eso, construir el proletariado como clase más o menos homogénea y como fuerza histórica sirve, desde la perspectiva de los círculos libertarios representados en *Campo Cerrado*, a poner en primer plano las injusticias y los abusos que dominan los principios de diferenciación del campo social, caracterizado por una repartición desigual de los recursos. Por otro lado, en los ambientes de Falange, sobre los que nos detendremos a continuación, la opinión unánime es que «para nosotros no existen pobres ni ricos. Existe un Imperio y las obligaciones de cada cual hacia él» (Aub, 2010: 163). Más allá de la retórica imperialista, de evidente corte fascista, lo que cabe destacar en este caso es precisamente la negación de la existencia de diferencias sociales, lo cual quiere decir desplazar y ocultar la fractura entre privilegiados y marginados y, en última instancia, entre explotadores y explotados.

Con todo, la retórica de la lucha se ve puesta en relación dialéctica con el prisma de valores ético-humanitarios que, de alguna forma, problematiza su carga idealizadora en el momento en que llega al extremo de arrinconar el sentido de moralidad y de dignidad con tal de justificar los fines a perseguir. Eso surge, de manera inevitable, en el momento en que se recrea el clima de caos y violencia que caracteriza los instantes sucesivos al Golpe de Estado, cuando «los heridos y los muertos no cuentan; porque no son ellos, sino su unión, su relación, su deseo» (Aub, 2010*:* 256), y es que, como apunta el líder anarquista Buenaventura Durruti, «un hombre solo es poca cosa» (Aub, 2010: 255): por eso, lo que aparentemente es expresión de un sentimiento de solidaridad y fraternidad se transmuta, en el fragor de las armas, en fe ciega y deshumanizada en una idea, por lo cual, como se reitera más adelante, ya «de los muertos nadie hace caso» (Aub, 2010: 276). Es precisamente la actitud de Serrador que hace de elemento de contraste, aunque cabe decir que, por otra parte, este personaje presenta algunas coincidencias con el punto de vista de Aub, como advierte Sánchez Zapatero, quien hace referencia al pasaje en el que, poco después de la sofocación de la rebelión militar, observa impasible a un amigo falangista –Luis Salomar, trasunto del escritor Luys Santa Marina– huir entre los republicanos que celebran la victoria: «Que el protagonista no le delate no solo está en consonancia con Aub y con su repugnancia hacia la traición, sino también con su siempre presente intención de primar la amistad a cualquier tipo de consigna política o ideológica» (Sánchez Zapatero, 2014: 122).

La preeminencia otorgada a los sujetos frente al dogma ideológico filtra también en un diálogo entre los dos personajes a los que acabamos de aludir. Aunque motivado por una total inconsciencia política, López Serrador apunta a que solo considera valioso sacrificarse por las personas y no por una idea y, refiriéndose a los principios de conducta falangistas, llega a decir:

> — ¿Son ésos los que tienen que salvar a España?
> — Son buenos chicos ― le responde el escritor ― A mí no me interesan los hombres, sino las ideas.
> ―¿Y en nombre de esas ideas los lleva a la muerte? (Aub, 2010: 162).

La incredulidad que se desprende de esta última pregunta del protagonista tiene el efecto de poner de manifiesto el carácter exacerbado de las disertaciones de su interlocutor, ya que se acoge a un proyecto idealizador y abstracto, prescindiendo de la realidad humana y de sus condiciones materiales e históricas. De hecho, esa misma pregunta dará pie a que

Salomar construya una apología de los fundamentos de la doctrina falangista, dejando aflorar el talante intransigente y virulento de esta última:

> Lo que importa es la Historia. Las carreteras, los monumentos, los libros, todo se gana con ejércitos. Y los ejércitos no son los caracteres personales, ni la vida de sus soldados, ni la ética. Son el valor, los armamentos, la táctica. Los hombres no sirven de gran cosa frente a eso [....]. lo que hay que despreciar son ciertos sentimientos humanos; convertir al hombre en lo que siempre fue, peón de Dios en mano del jefe que nos hemos dado [...]. A la igualdad opondremos jerarquía; a la libertad, disciplina. Nadie se hizo nunca ilusiones sobre la fraternidad, como no sea la de las armas [...]. La compasión es una invención judaica. Yo no quiero hablar mal de los judíos, ni de árabes: somos demasiados (Aub, 2010: 162-163).

En este parlamento de Salomar, Aub logra condensar la raíz fascista y la inspiración castrense que alimentaban la praxis y el discurso del partido fundado por José Antonio Primo de Rivera, yuxtaponiendo algunos de sus puntos básicos: militarismo, culto al jefe, exaltación de la jerarquía y del servicio frente a los derechos democráticos. A este respecto, el autor de *Campo cerrado* se propuso ahondar tanto en el fanatismo retórico como en la deshumanización que vertebran la perspectiva que estamos describiendo y que llega a su apogeo en un episodio de aquel mismo 18 de julio, puesto que, después de haber incitado a los presentes a la lucha, Salomar declara:

> Camaradas, entre nosotros hay un judas. Si he hablado delante de él es para que se convenza de que no ha de salir de aquí esta mañana. Sé quién es. Si él mismo se adelanta le permitiré que acabe con su vida. Si no, lo haré matar como a un perro. Le doy quince segundos (Aub, 2010: 213).

Y es la incomprensión de Rafael Serrador el pretexto para que aflore, una vez más, aquel despiadado sectarismo que Aub se había preocupado de denunciar ya desde antes de la conflagración de la contienda española, como hemos visto en el apartado anterior:

> — ¿Por qué ― le pregunta Rafael a Salomar ― hablaste delante de Navarro? ¿Y si...?
> — Para que se arrepintiera mejor, y ganase más fácilmente el cielo en que no creía (Aub, 2010: 216).

En el marco de esas colectividades polarizadas, entre las que oscila el personaje principal, hay otro aspecto que domina el contenido y el tono de las conversaciones, inevitablemente conectado con el dogmatismo ya delineado: el irracionalismo. La frecuencia con la que aparecen referencias de este tipo parece ser muy sintomática de las

inquietudes de Aub y, no por nada, es un aspecto que surge en muchas de las perspectivas representadas[58]: «para que se acaben las desigualdades necesito bien poca inteligencia» (Aub, 2010: 102), «no se necesitan ideas, sino armas, fuerzas, poder» (Aub, 2010: 103), «Ese respeto que se le tiene a la inteligencia es asqueroso» (Aub, 2010: 161), «Lo que sucede es que los inteligentes han sido unos pillines [...] embaucaron a los poderosos y desde hace no sé cuánto tiempo se han hecho los amos [...]. Pero ¿desde cuándo se ha visto un país regido por la inteligencia y no por la fuerza?» (Aub, 2010: 161-162). En este sentido, hemos visto cómo esa falta de concienciación racional es lo único que permanece constante en el personaje de López Serrador: es verdad que, cuando se produce el Golpe de Estado, se une a la resistencia del pueblo, pero nunca experimenta una real madurez política ni llega a convertirse en una voz intelectual y culturalmente sólida como para identificarse y definirse a sí mismo en el espacio público. Él no «decide» nada, sino que «siente». De hecho, si por una parte vemos que:

> Serrador envidia a los que disparan [...]. Le encuentra al aire, –¿a la vida? – lo que nunca sospechó que tuviese: sentido [...]. Por primera vez veo vivir gente en movimiento: muriendo, en las astas del toro. Encunándose. Esto que era mío sólo, sentimiento, es ahora una cosa externa que liga al uno con el otro, a cada uno con todos (Aub, 2010: 257).

Por otra, «todo eso lo piensa sin pensarlo» (Aub, 2010: 257): es decir, no se trata de una solidaridad de base ideológica, de un sentido de pertenencia racionalmente elegido, sino

[58] Más allá de los puntos de vista a los que ya hemos aludido, hay otros dos pasajes relevantes: en el primer caso, se habla de Enrique Barbera Comas, el primer empresario para quien trabaja Serrador tras haberse mudado a Barcelona: «Don Enrique Barbera Comas es carlista, pertenece a un círculo tradicionalista y lee *El Correo Catalán.* Tiene un gran desprecio por casi todos sus conterráneos, pero ese desprecio es grano de anís en comparación del que siente por el resto de los españoles, exceptuando a los navarros. Sus viajantes no pasan los umbrales de la Gran Cataluña, don Enrique tiene en menos comerciar con quien no entiende catalán» (Aub, 2010: 73). El perfil de este personaje remite a otro matiz de aquel «nacionalismo entendido como barrera» que Aub ha sufrido varias veces en su propia experiencia vital y que en las circunstancias históricas en las que escribió *Campo cerrado* estaba causando estragos en toda Europa. En aquella época, quizá más que nunca, ser un escritor republicano significaba, para Max Aub, asumir una actitud de militancia intelectual que, en este pasaje se servía de los instrumentos de la ironía y de la paradoja para desentrañar todo el sinsentido de tal perspectiva: «es posible que sea difícil explicar cómo un monárquico absolutista pueda sentirse tan unilateralmente arraigado a Cataluña, es posible que él mismo no se lo explique, seguramente no ha querido intentar explicárselo. Se encuentra bien así, y vive» (Aub, 2010: 73). El segundo caso es el de Agustín Espinosa, afiliado al PCE, quien, dirigiéndose a Serrador, ni siquiera intenta transmitirle algún tipo de contenido ideológico o de involucrarlo en la defensa de los ideales republicanos, sino que directamente lo excluye, echándole en cara su insoluble condición de soledad y marginación social, amén de referirse, también él, al ideario del sacrificio en pro de la colectividad: «Quieres resolver personalmente los problemas y eso no puede ser [...]. No intento atraerte a nosotros, te echarían a los dos días. Te gusta hacer demasiado lo que te da la gana, sin espíritu de sacrificio. Has vivido demasiado tiempo solo. Y la soledad se paga» (Aub, 2010: 165).

de una vinculación instintiva[59]. Quiere sumarse a la lucha de los ciudadanos barceloneses porque «disparan», porque «hacen algo», más que por la moral que están defendiendo. No le interesan los hombres en tanto que seres humanos –prescinde de esta dimensión–, sino que queda impresionado por la energía y la fuerza física de un colectivo en movimiento: intuye lo que los une, pero no lo entiende en profundidad, no le otorga un sentido ético. Esto se hace aún más evidente cuando, en plena batalla, se desprende que:

> Lo que importa son los hombros, y afianzar bien los pies. Serrador se siente atlante. «Pensar es una cosa gris y triste, quieta y melancólica [...]. Empujar, cargar, tirar, llevar, moverse, hacer fuerza: eso es vivir. Pensar es defenderse contra la vida y contra la muerte. No hay otro olvido como el de hacer cosas: crear movimiento, empujar» (Aub, 2010: 274).

El campo semántico al que pertenecen los verbos utilizados en este fragmento es especialmente emblemático: «empujar, cargar, tirar, llevar, moverse, hacer fuerza» y luego, otra vez, «hacer cosas, crear movimiento, empujar»; dicho de otro modo, para Rafael López Serrador la Guerra Civil española solamente es acción pura.

A este propósito, es pertinente retomar la actitud de Aub frente a la contienda. Y eso porque, ante la excepcionalidad de estas circunstancias históricas, el intelectual se ve obligado a plantearse una pregunta tanto problemática como ineludible: en palabras de Llorens Marzo (2005: 91), «¿es suficiente la acción ideológica en un contexto donde impera la acción directa?». En el apartado anterior, hemos hablado de Malraux como del modelo más significativo para Aub en cuanto al papel del escritor en tiempos de guerra, pero entre los dos hay una diferencia sustancial: Aub es esencialmente un intelectual, mientras que Malraux se coloca entre la intelección y la acción e, incluso, se decanta más a favor de la segunda, abogando por la participación armada como aviador y formando su propia unidad de milicianos, la «Escuadrilla España». El autor de *Campo cerrado* nunca combate en el frente ni empuña las armas en las ciudades asediadas; en términos generales, «no esgrime como argumento la superioridad de la pluma sobre la espada, pero sí aboga por atribuir a ambas la misma efectividad como armas para combatir la injusticia y la desigualdad. Una opción que [...] no debía satisfacerle del todo como respuesta» (Llorens Marzo, 2005: 92). Precisamente esta última observación es la que nos interesa, ya que, en este sentido, cabe destacar dos personajes intelectuales que aparecen en la

[59] Por su parte, González de Garay (2010: 24) describe la actitud del personaje de Serrador hablando de «solidaridad instintiva de la manada».

novela de Aub. El primero, Federico Morales, trasunto de José Jurado Morales, parece no tener ningún tipo de perplejidad, algo que va a confluir en una visión utópica:

> Me quedo con los débiles [...] los más numerosos y los menos afortunados. Por eso soy de izquierda [...]. Por nada más. Yo no puedo admitir que haya una persona decente que esté conforme con la actual organización de la sociedad. Me parece monstruoso que haya quien piense que las cosas están bien como están cuando hay quien ni come y quien se atiborra. Ahora bien, yo creo que todo puede resolverse sin necesidad de violencias ni revoluciones (Aub, 2010: 200).

En cambio, José Lledó, socialista, se caracteriza por un perfil mucho más complejo. A parte de presentar una significativa afinidad con el escritor valenciano en cuanto a la propia conceptualización de «intelectual» –es decir, «un hombre que tiene una relación moral con la política. O para quien la política es un problema moral» (Aub, 2010: 193)[60]–, este personaje llega a poner de manifiesto las contradicciones derivadas del ejercicio de la intelección «pura» en una época de conflictos, como la que les tocó vivir a los escritores republicanos en 1936:

> Sé dónde está la verdad y no tengo ganas de matarme por ella [...]. Me doy asco, pero no demasiado [...]. Y aceptaré cargos. Y todos me dirán que así se sirve a la República, y acabaré creyéndomelo. Pero ¡lo que es jugarme la piel mañana...! Soy un espectador apasionado, pero un espectador [...]. ¡Cochino burgués: a la cama! (Aub, 2010: 240).

Por tanto, Lledó se queda, de forma similar a Morales, alejado de las armas, rechaza el recurso a la acción directa. Pero se autocuestiona, insinúa dudas acerca de la eficacia de su actitud. Desde su punto de vista, y de manera afín a Max Aub, mantener una postura comprometida no significa abdicar de la propensión (auto)crítica. Este tipo de suspicacia nunca abandonará al autor, que siguió reflexionando sobre el tema incluso en la producción del exilio. En una entrada de sus diarios, fechada 1 de junio de 1966, a la hora de rememorar su labor como agregado cultural durante la Guerra Civil, afirma:

> Ahora bien, ¿de qué le sirvió todo esto a la República? No digo de qué le servirá el día de mañana, sino de qué le sirvió. No le sirvió de nada y le servirá de mucho. Obra del escritor contra la muerte del mañana, pero no contra la cotidiana de entonces, que es lo que había que vencer. Ahí queda *Guernica*, *L'espoir*, la Conferencia, pero perdimos la guerra; tal vez la hubiésemos ganado empleando el poco dinero en armamento. Si hubiese que enfrentarse de nuevo con la misma realidad, ¿qué haría? Seguramente, dejarme vencer –por cobardía– por mi

[60] Esta misma frase aparece prácticamente idéntica en *La gallina ciega*: «Lo repetiré hasta morir, para mí un intelectual es una persona para quien los problemas políticos son problemas morales» (Aub, 2017: 335).

> condición de escritor, intentando probarme que lo que importa es la propaganda de la razón. Y, seguramente, volveríamos a perder (Aub, 2003: 267).

Así es que el sentido ético y, al mismo tiempo, antidogmático que sustenta estas frases –el mismo que se desliza entre las páginas de *Campo cerrado*–, es lo que guio el diálogo entablado por el autor no solamente con la realidad de su tiempo, sino también consigo mismo y con sus propias contradicciones, algo que, como seguiremos viendo en los siguientes capítulos de este trabajo, funcionó de imprescindible instrumento para plasmar el valor político de su mensaje y repensar la relación –en términos de potencialidades y límites– entre el intelectual y la práctica –y hasta podríamos decir «la materialidad»– de la condición humana y de la Historia.

El retrato de la colectividad social junto con el relato de sus múltiples niveles de conflictividad es un aspecto clave también en *Contra viento y marea*. Empezando por la estructura de la obra, que se divide en dos partes: la primera ambientada en la Cuba de los años treinta y la siguiente en el Madrid de los primeros meses de la Guerra Civil. Precisamente la elección de estos dos espacios –y, más aún, las conexiones establecidas entre ellos– constituyen el punto de partida para entender la semántica del compromiso de la autora con la Historia, su génesis y sus sucesivos desarrollos. En efecto, la isla caribeña era parte integrante de la memoria de la infancia de la autora o, en palabras de Virginia Bonatto (2019: 190), trasfondo fundamental de su «biografía emocional», por medio de las evocaciones de su padre, veterano de guerra, y de su niñera en Burgos, como se deduce de *Memoria de la melancolía*:

> Y es que un aliento cubano respiraba por toda mi casa. Era el aliento de mi padre, el olor a hombre de su habano [...]. Claro que mi padre era un veterano de guerra de Cuba; por eso, cuando nos íbamos acercando a la isla, volví a sentir muy cerca a aquel joven oficial español a quien mandaron a Cuba nada más salir de la Academia Militar de Caballería y que regresó enfermo, con el vientre lleno de parásitos, y para quien Cuba no dejó nunca de ser su paraíso (León, 2020: 125).

El «nuevo» acercamiento a la isla al que se refiere Teresa León –esta vez real y vivido en primera persona– remite al viaje realizado con Alberti en 1935, cuando se encontró frente a un escenario políticamente problemático. Hablamos de la dictadura militar y proimperialista del general Fulgencio Batista, controlada desde la embajada de Estados Unidos. Se trataba de una alianza que, como indica Torres Nebrera, agravaba las condiciones del proletariado, ya que favorecía la continua e interesada injerencia norteamericana, muy especialmente en forma de explotación de las plantaciones de

azúcar y de la «trampa» de su monocultivo, y que se distinguía por brutales operaciones represivas y constantes abusos, profusamente descritos en la novela:

> Un terror dictatorial que se difundió por doquier: asesinatos de líderes de referencia como Antonio Guiteras o Carlos Aponte; miles de encarcelados [...]; universidades convertidas en cuarteles y los sindicatos obreros amordazados o suprimidos. El Partido Comunista, junto a otros, fue declarado ilegal. Los despidos, como contundentes represalias del capital patronal, ayudaban a reprimir, y aniquilar, una importante resistencia que «tribunales de urgencia» se encargaban de condenar con celdas o con fusilamientos. En ese marco María Teresa inventa un puñado de vidas individuales, que son sucesivas metáforas-resumen de la Cuba entrevista en las tres semanas de estancia en la isla (Torres Nebrera, 2010: 30).

A través de ese «puñado de vidas» la novela transita entre los distintos espacios de la opresión –no solamente los ingenios azucareros, sino también las cárceles y las fábricas de tabaco, siendo, estas últimas, el hilo más directo con el recuerdo del padre– y entre los diferentes seres humanos que se ven afectados –entre los desfavorecidos, aparecen personajes de origen africano, oriental y español y, por supuesto, hombres y mujeres–, lo cual le sirvió a la autora para configurar los efectos derivados de la arbitrariedad del poder difundidos en todos los ámbitos de la vida pública y privada:

> El año 1898 apareció la estrella cubana. Al poco tiempo de proclamada la independencia territorial, los yanquis la hicieron prisionera. Compraron los campos de Cuba, levantaron puentes, ahuyentaron los mosquitos, trajeron ingenieros yanquis a las plantaciones. Los negros y los blancos aprendieron a decir *yes*. Hay una forma de conquistar países sin necesidad de ejército. Se les presta dinero [...] y se absorbe la médula del pueblo (León, 2010: 65).

Estableciendo una línea de continuidad que, como hemos visto, atravesaba toda la década de los treinta –y siguió en el exilio–, Teresa León recalcó con especial énfasis la lacra del analfabetismo como instrumento para cristalizar las desigualdades sociales y mantener a los marginados en la subalternidad. Se trataba de una perspectiva que fue determinante en la plasmación de la carga idealizadora atribuida a la educación y a la instrucción. Podemos aproximarnos a las inquietudes de la autora por medio de dos fragmentos cuyo valor simbólico reside en el hecho de recrear situaciones límites o hasta paradójicas: es el caso de las cárceles femeninas, donde se encuentran presas políticas condenadas por actos subversivos sin que ni siquiera hayan alcanzado a comprender a fondo las razones de su propia rebelión: «Casi todas son artesanas o mujeres de obreros. Pertenecen a esas innumerables mujeres que, sin saber por qué, les alcanza la revolución

en su más íntima ignorancia» (León, 2010: 137). En otro pasaje se describe a un grupo de niños, hijos de familias desheredadas y sin recursos: bajo la apariencia de un juego, asimilan –y reproducen– la misma violencia estructural e idénticas dinámicas de desigualdad y de injusticia –en este caso, el factor étnico se añade y agrava la subalternidad de clase– que caracteriza el universo adulto:

> Felipe Neri crece ejerciendo su autoridad de patrón.
> — Tráeme aquella silla. ¡Pronto! ¿Por qué no andan esas máquinas? Te voy a meter en la cárcel si sigues estropeándolo todo.
> El negrillo Caimán se ríe. Es juego. No sabe hacer otra cosa más importante, y ríe.
> — Eres un obrero negro indecente. Toma.
> Y Felipe Neri alarga su varita contra el niño, hasta que le flagela las piernas (León: 101-102).

Esa idea que se extiende tanto a la dimensión espacial como a la humana no solamente resulta funcional para enfatizar la evidente intencionalidad de denuncia, sino también a otorgarle una proyección internacional. En este sentido, es de gran importancia volver a la fecha del viaje que inspiró la materia narrativa de la primera parte de *Contra viento y marea* y que motivó la estrecha conexión con la segunda. Y es que, en aquella primavera de 1935, Teresa León y Alberti se dirigieron a Cuba después de haber explicado, en varios países de Europa y de América, los sucesos de la Revolución de Asturias, sus causas, los errores de la República española y de haber intentado sensibilizar la opinión pública mundial acerca de las condiciones del proletariado. Comenta Torres Nebrera (2010: 30) que «al fin se trataba de una república, la cubana, en la que un gobierno dictatorial de derechas hostigaba a los partidos de izquierdas con fuerte represión, como en España venía ocurriendo, sobre todo en octubre del 34 y en Asturias», por lo cual, establecer una equivalencia –o, por lo menos, un elevado nivel de similitud– entre los conflictos socio-políticos cubanos y la situación revolucionaria española debe haber resultado bastante inmediato para la autora (Torres Nebrera, 2010: 30; Estébanez Gil, 2003: 226; Vilches de Frutos, 2021: 12). Básicamente, el punto de unión entre ambos pueblos –y, en términos más generales, entre todos los desfavorecidos del mundo– es la lógica de la lucha de clases, el mismo prisma ideológico a través del cual Teresa León fijó una continuidad entre las reivindicaciones de octubre de 1934 y la resistencia popular durante la Guerra Civil española o, dicho de otro modo, a través del cual interpretaba el enfrentamiento entre el Gobierno republicano y los militares rebeldes que se llevó a cabo durante esta última, escenario de la segunda parte de *Contra viento y marea*. En efecto,

la autora utilizó una serie de procedimientos de conexión para unir ambos espacios narrativos: antes de todo, el prólogo de la novela, donde dio cuenta de su propia implicación personal en los que definió, por medio de un claro guiño intertextual a Pérez Galdós, «Episodios internacionales»:

> Hemos paladeado muchas veces ese gusto a muerte molida y aventada. Y no sólo en España. El telegrama de una huelga en Detroit, un pogrom en Jerusalén, la represión alemana nos dolían en las raíces del pensamiento. Episodios internacionales. Éramos de esos hombres y mujeres que sabían de la existencia de otros que a lo lejos agonizaban batallando con el mismo gusto de ceniza en los labios [...]. Durante los torturados y gloriosos años de la guerra de mi país, volví a sentir ese pasear de seres por mi existencia: unos se quedaban quietos, otros huían, algunos con una indicación pequeña cambiaron el curso de mi conducta (León, 2010: 57-58).

Además, dos personajes de la primera parte, Felipe Neri Vázquez y un anónimo hombre de tez oscura –posible representante de un voluntario cualquiera de las Brigadas Internacionales– que, tras haber recibido la noticia del Golpe militar en España, deciden sumarse a las milicias populares, motivados por una solidaria voluntad de colaboración, a su vez, fundamentada en valores de lucha compartidos. Afirma Estébanez Gil (2003: 227) que el recurso conectivo más explícito y mejor logrado estilísticamente corresponde a la carta que el hombre de piel morena escribe durante el viaje entre Cuba y la península, una carta con la que se despide de una mujer y en la que aclara las razones a la base de su decisión, haciéndose, de ese modo, portavoz del idealismo de la autora:

> Dime que estás contenta de que vaya a la guerra. Tú mejor que nadie has de comprender que es *nuestra guerra*. Los pobres del mundo se han sentado en sus lechos comidos de piojos y de inquietud para escuchar el mensaje de España [...]. Mi fe es la misma: creo en la liberación de los que lloran por injusticia, de los niños sin sueño, de las madres enfermas [...]. Vamos hombres de todos los rincones del mundo. Allí cada uno defenderá su pan, su derecho a sentir, su puesto de hombre [...]. Allá me voy, en el año 1936, al país que quiere ser libre. Me alejo de ti, ¡única novia mía! Te dejo y dejo mi pasión de hombre para apasionarme por la causa de todos los hombres (León, 2010: 215-221).

Así es como Teresa León intentó desprenderse de sus orígenes burgueses, resemantizando el pasado familiar en Cuba a la luz de la que había sido su personal aproximación a la realidad sociopolítica de la isla, algo que encajaba en su itinerario de concienciación ideológica y que la lleva, como dice ella misma en el prólogo de la obra, a «cambiar el curso de su conducta» en consonancia con su tiempo histórico, de cara a la Guerra Civil. Curiosamente, el perfil de la mujer burguesa que se acerca –o quiere acercarse– a la causa

obrera es transfigurado literariamente por la escritora justamente en la mujer a quien va dirigida la carta del hombre. Tampoco ella tiene nombre, pero sí visibiliza los nudos problemáticos inscritos en su desplazamiento desde el espacio social que se le ha asignado desde su nacimiento hasta un espacio elegido por ella misma: es decir, la distancia de clase y la desconfianza por parte de quienes la perciben como «otra», ajena a los objetivos de su lucha y, por ende, supuestamente incapacitada para entenderlos y compartirlos:

> — Sí; ¿por qué os complacéis en llamarme burguesa y, sin embargo, acudís a utilizarme cuando me necesitáis? No tenéis confianza en mí. Todos los días hay obreros que os traicionan. Yo no os he traicionado nunca [...]. Durante meses me habéis buscado y me habéis herido. Soy una mujer libre. Gano dinero. Lo doy. Sí, soy burguesa por mi familia, pero ellos me consideran una desertora. He dado por la revolución más que tú, mucho más que tú [...]. Yo no quiero sino sentirme vivir junto a vosotros, porque creo en vuestra justicia. Admitidme (León, 2010: 112-113).

Por otro lado, reivindica con firmeza el valor de su contribución a la causa revolucionaria y, sobre todo, su voluntad de participar activamente, de ser considerada parte de esa colectividad, instancias que podemos interpretar, en cierta medida, como reflejos del sentir de la autora. Aquel «no quiero sino vivir junto a vosotros» es especialmente emblemático, sobre todo teniendo en cuenta que quien lo pronuncia es una mujer, limitada en su acceso a la esfera pública y relegada a la pasiva marginación del ámbito privado. Estos conceptos han tenido una notable relevancia en nuestro recorrido acerca de la biografía de Teresa León y, a partir de aquí, pasarán a ser el hilo conductor en el análisis de los personajes femeninos de *Contra viento y marea* y, en general, en el estudio de proyección de la identidad de la mujer en la obra del destierro de Teresa León. De hecho, en el fragmento que acabamos de citar, no parece secundario que quien habla quiera autoafirmarse, aunque quizá con un velo de utopía, como una «mujer libre», algo que, al hilo de las argumentaciones esgrimidas, ha de ser entendido también como «liberación de las limitaciones del hogar», en otras palabras, del control de la hegemonía patriarcal. Cabe recordar, como apuntan Nancy Vosburg (2005: 254) y Castillo Robles (2019: 48), que el reconocimiento de que las prohibiciones tradicionales habían impedido a las mujeres participar plenamente en la vida pública era absolutamente central en el ideal de justicia social manifestado por Teresa León. Es decir, desde su punto de vista, la opresión de la mujer se solventaría en cuanto desaparecieran las desigualdades y las injusticias por responder a un más amplio entramado de dinámicas opresoras de tipo económico y social. Por eso, el punto de vista de Teresa León se situaba en la corriente

de un «feminismo revolucionario» que consideraba el socialismo como un medio para alcanzar la libertad y la emancipación de la mujer. Y es también por eso que la escritora diseñó al personaje de la burguesa anónima como alguien que quería defender la causa obrera como si fuera la suya propia, por eso imbricó su autoafirmación de libertad, en tanto que mujer, y la lucha revolucionaria en una misma declaración de principios, aunque no logre ser totalmente aceptada por el colectivo al que se dirigía.

En efecto, en la segunda parte, el trasfondo ideológico que rige todo el desarrollo narrativo es el de la épica de la unión, de la cooperación proletaria, impulsada por la urgencia de la guerra y descrita, en primer lugar, como un posible punto de ruptura en el mantenimiento del desequilibrio social, como una oportunidad para que las clases subalternas alcancen su libertad:

> ¡Guerra civil! Habían contestado las armas populares a los aceros aristocráticos, a las balas pulidas [...]. Siempre que las armas del pueblo relucen, se mellan las costumbres, se desbaratan los formulismos, se mueven las clases, avanza la humanidad y hay un espacio de esperanza histórica (León, 2010: 335).

En ese mismo marco vuelven a abrirse unas fisuras aún más profundas entre los ideales de integración y solidaridad y la realidad, precisamente por medio de las figuras femeninas que aparecen en el escenario de la contienda: a diferencia de la cubana sin nombre, estas son, en su gran mayoría, obreras. Entre ellas, las que tienen más relevancia en la narración son los personajes de Asunción y de Ana María.

Desde sus primeras apariciones en un Madrid recién precipitado en el caos de la Guerra Civil, Asunción, casada con Daniel, un tipógrafo convertido en miliciano y elevado a comandante del Ejército Popular, es presentada a partir de tres características básicas, es decir, soledad, marginación y bajo nivel de instrucción:

> Hasta los días estos de temblor social no había sentido Asunción toda la inmensa soledad de su vida [...]. Asunción trajinaba de la cocina a la alcoba, sacudía las sábanas, afligida de ver las almohadas ralear en el sitio donde se apoyan las cabezas, inquieta con una grieta que abría la pared, nerviosa, inventando mentiras que el marido, indiferente, no escuchaba (León, 2010: 252).

El hecho de que la autora insista en ello es de gran importancia porque le permite presentarlos como rasgos condicionantes de la percepción y de las actuaciones del personaje en la ciudad asediada, actuaciones que oscilarán siempre entre repentinos atisbos de rebelión, al hilo del entusiasmo y del fervor de la resistencia popular, y la

barrera de género. Aunque motivada por el propósito de buscar a su marido, llega a desplazarse hacia el centro de la lucha y a juntarse con los hombres del batallón Thaelmann. De manera similar a la anónima burguesa, intenta identificarse y ser identificada como parte activa en lo público –«— ¡Eh! Camaradas, que estoy con la causa del pueblo; no está bien que me dejéis abandonada como la chaqueta de un albañil» (León, 2010: 258)– y hasta llega a arremeter abiertamente –en forma de acusaciones directamente dirigidas a Daniel– contra la segregación laboral y las limitaciones sociales a las que ha sido sometida por toda su vida, poniéndolas en relación con su escasa conciencia política. Sin embargo, esos fulgores tendrán corta duración: será el mismo Daniel quien restablezca los principios de diferenciación de los papeles de género, invalidando los progresos de Asunción:

> Comprendía. El nuevo oficio no necesitaba tarterilla azul. Las mujeres aguardarían de nuevo a que los hombres regresasen. Antes era un día, ahora serían meses. La guerra es tarea de hombres [...], Asunción rompió a llorar. Miles de madres, de amantes, de mujeres rompieron a llorar. Después se secaron los párpados. La guerra es oficio de hombres. Y los hombres volvieron monte arriba, mientras Asunción regresaba por la carretera de Madrid, con su tarterilla azul, a esperar... (León, 2010 278).

Como se puede observar en el fragmento citado, la naturaleza efímera de esta experiencia particular viene a ser reflejo de una multitud de historias similares, «miles de mujeres» excluidas de las dinámicas del poder o, a lo sumo, capacitadas para existir públicamente solo a través del hombre, aspecto este que encontraremos en la gran mayoría de las obras del exilio de Teresa León. Cabe decir que, en la primera etapa de la guerra, no era del todo inusual que las jóvenes decidieran enrolarse en las filas republicanas junto con novios, maridos o compañeros de partidos, pero recordaba Teresa León:

> Los jefes antiguos han decidido que las milicianas jugaron ya bastante a la guerra y las tienen agrupadas en servicios secundarios [...]. Durante dos meses el deseo engañó a la miliciana en la buena ansia de ayudar, de acudir al socorro moral del novio, del amante, del marido [...]. No, las varonas valientes volvían a recobrar sus faldas mujeriles. Los monos azules disminuían, arrojados del paraíso por las espadas de fuego de una disciplina recién nacida (León, 2010: 331-332).

En efecto, la imagen subversiva de la miliciana combatiente, fomentada por partidos y sindicatos en clave de movilización antifascista, se convirtió rápidamente en elemento de obstrucción y el modelo imperante a imitar para las mujeres pasó a ser el de «madres combativas, heroínas de la retaguardia», por medio del cual se evocaba el aporte

femenino, haciendo hincapié en su «biológico destino maternal» –lastre de la tradicional moral conservadora–, sugiriendo como valores propios de la participación femenina en la guerra no solamente el coraje, sino también, y sobre todo, el sacrificio. Por lo general, explica Mary Nash (2016: 91-95), es verdad que la Guerra Civil supuso cierta discontinuidad con respecto al cometido social de las mujeres –que, sobre todo en los grandes centros urbanos, donde había más incidencia de las fuerzas políticas progresistas, constituyó una ocasión para que las españolas pudiesen extender sus horizontes más allá del perímetro del hogar–, pero se trató más bien de una renegociación debida a las necesidades generadas por la propia lógica del conflicto y no de una revolución en profundidad de las normas culturales y de las estructuras sociales. Por lo tanto, sin dejar de valorar los cambios que se produjeron, es importante tener en cuenta que no se llegaron a cuestionar de forma significativa las atribuciones convencionales sobre los arquetipos de género ni se cuestionó la subalternidad: el papel de la mujer siguió siendo considerado más como un soporte o una contribución a lo que era el verdadero punto de referencia, es decir, el hombre.

A partir de estas consideraciones, resulta interesante detenerse en el personaje de Ana María, quien sobresale por ciertos matices de excepcionalidad: es una de las pocas a las que se les permite quedarse a luchar en el frente y protagonizar una operación de gran magnitud y elevado riesgo como la voladura del puente de Talavera de la Reina. Pero no es solo eso: esa joven se distingue también por tener un nivel de instrucción más sólido que las otras –no por casualidad, se subraya que había aprendido a leer en la Biblioteca Popular–, algo que le permite moverse con mayor autonomía, adquirir competencias expresivas y capacidades decisionales y de acción, hasta convertirse en implacable dirigente de una de las unidades del batallón Thaelmann:

> Se oscurecían su voz y sus ojos. Era color de oliva, tirante de piel, árida de gesto. Mandaba con una seguridad terca [...]. Ana María se subió en un carro resguardado en el patio. Al ver una miliciana, guardaron silencio en tanto que Ana María tardó en comenzar. —¿Cuántos de vosotros saben manejar un fusil? Un clamor llenó el patio. Algunos sentían la urgencia de mostrarse hombres ante una muchacha, sabiendo todo lo que es propio de ellos. Trajeron fusiles. Se hizo la prueba. Los desechados murmuraban por los rincones. ¡Humillados ante una mujer, maldita sea! (León, 2010: 345-346).

En la descripción de Teresa León acerca de los mecanismos intersubjetivos en el espacio de la guerra no deja de ser llamativo el hecho de que la autora no se limitara a recrear los patrones de género asignados a las mujeres y asimilados por ellas, sino que, en este

fragmento, evidenciara los efectos normativos de los que se consideraban como los requisitos específicos de la masculinidad desde la perspectiva de los propios hombres y sobre los que se suele legitimar la preminencia pública de estos últimos y, en última instancia, su rol hegemónico con respecto a las mujeres. De hecho, los soldados que responden a las órdenes de Ana María no pueden escaparse de la urgencia de «mostrarse hombres ante una muchacha», sintiendo vergüenza en caso de no lograr satisfacer las expectativas de fuerza física y coraje que tradicionalmente se les atribuyen. El trasfondo sociológico que nos otorga dicha clave interpretativa viene, otra vez, de Bourdieu (2000: 89), ya que, según el sociólogo, la estructura patriarcal impone sus coerciones a ambos polos de la relación: en otras palabras, los mismos dominadores son dominados por su propia dominación –con tal de seguir legitimándola y mantenerla inalterada–, lo cual resulta en unos constantes esfuerzos por estar a la altura de su idea de hombría.

Con todo, hay una característica de este personaje que le aproxima al colectivo de mujeres milicianas de *Contra viento y marea*: lo que termina de empujar Ana María a sumarse a la resistencia republicana no es tanto la conciencia ideológica, sino más bien el anhelo de proteger al hombre del que está enamorada, aquel Daniel Martín al que ya hemos aludido:

> Ana María comprendió de pronto que no le interesaban los pueblos de Toledo, ni los milicianos que huían, ni su propio ser. Necesitaba conocer la situación de su amigo y midió su valor por su desesperación y comprendió que era capaz, muy capaz de ir a Talavera (León, 2010: 343).

Según Bonatto (2019: 93), esa contradicción responde a la intención de Teresa León de presentar un personaje que correspondiera a unos modelos femeninos asequibles para el lector contemporáneo; coincidiendo con esta interpretación, cabe indicar la importancia de volver a las disposiciones jerárquicas que favorecen la condición de subalternidad, lo cual nos lleva a tomar en consideración otro aspecto. En el caso de Ana María –análogamente a todos los personajes femeninos de esta novela y, en general, de la obra de Teresa León–, se insiste en los sentimientos de soledad y de frustración que acompañan las dinámicas relacionales. En ese sentido, merece la pena destacar la figura de Daniel Martín: si por un lado se distingue por ser un combatiente ejemplar –se subrayan sus cualidades en repetidas ocasiones y hasta obtiene una condecoración–, mostrando una actitud que encaja perfectamente en el épico retrato de la defensa de Madrid, por otro, la autora dejó al descubierto otra dimensión de su conducta:

> Pero a Daniel Martín no le admiraba el valor de Ana María, ni su debilidad. Daniel Martín buscaba en las mujeres el punto de diferenciación de su sexo. En pocas ocasiones sintió entusiasmo por alguna. Le cansaba que fuesen más complicadas y pusiesen barreras a su vida (León, 2010: 354).

Estas referencias no parecen nada casuales, por el contrario, remiten a instancias que permeaban el tejido social de la España de la época y que hemos recordado a la hora de analizar la trayectoria biográfica de Teresa León: el punto de vista descrito recalca, aunque indirectamente, cierta indisposición a aceptar un perfil de mujer como «sujeto pensante», alguien que podría competir intelectualmente con el hombre. De hecho, a Daniel le cansaba –es decir, no toleraba– que las mujeres «fuesen complicadas».

En consonancia con estos argumentos, el final de la obra abre una brecha definitiva en la epopeya colectiva reelaborada por la autora: con motivo del entierro de Ana María, es Daniel quien, por medio de sus palabras, plasma la realidad del Ejército Popular:

> Casi será como enterrar una época, un símbolo [...]. Es una miliciana de traje azul la que va inmóvil, detenidos los pies para siempre en el cepo de los difuntos. Apenas si las ventanas se abren. Daniel Martín, con su estrella de oro sobre el pecho rebrillando de mando, preguntará indiferente a sus amigos: «¿Quién es la muchacha?». Alguno puede que le conteste: «No sé. Es una miliciana» [...]. Y Daniel Martín, siguiendo su nuevo pensamiento de mando, disciplina y militarización, murmurará: «Me revientan las milicianas. No han servido más que de estorbo. Ya era hora de terminar con ellas» (León, 2010: 459).

Es precisamente el aporte de ambas perspectivas lo que le permitió a Teresa León dar cuenta de la invisibilidad de la mujer: de hecho, y retomando las conceptualizaciones de García Canclini (2004: 166), podemos afirmar que adoptar el punto de vista del subalterno resulta funcional solo en una primera fase, para rescatar las dimensiones de lo real descuidadas, ocultadas o reprimidas por el pensamiento hegemónico. Pero, en la formulación epistemológica, lo que hay que hacer es moverse entre las intersecciones, ahí donde las narraciones se oponen, entran en conflicto y dan lugar a un escenario de tensión, justamente porque esta es la modalidad que tenemos para elaborar conocimientos con vocación a ser transformadores: en efecto, ninguna subalternidad puede, por sí sola, entregarnos la clave de lo social.

Además, Torres Nebrera (2010: 45) y Greco (2020b: 35) señalan el vínculo directo entre las milicianas de *Contra viento y marea*, «La doncella guerra» y la «teniente José»,

figuras aparecidas en sendos artículos publicados en plena Guerra civil en *El mono azul*, respectivamente el 16 de noviembre de 1936 y el 2 de diciembre de 1936, y acomunadas por dejar lo doméstico para ir a luchar al frente, pasando a asumir un notable protagonismo y a distinguirse por su fortaleza y valentía, algo que, teniendo en cuenta la fecha de redacción, desempeñaba una clara función didáctica. Ambos artículos comparten dos aspectos que han resultado ser de importancia fundamental también en la novela que estamos analizando: primero, la lucha de clases como eje ideológico de lo representado –lo cual va a delinear también la partición maniquea de los personaje– y luego el hecho de que esas incipientes milicianas, para poder convertirse en parte activa y moverse con plena libertad en el frente, tienen que asumir una identidad masculina o rasgos que se consideran tradicionalmente como típicamente asociados al «ser hombre» –no por nada, se habla de «varoniles doncellas guerreras», y la que era la modistilla Josefa se convierte en el teniente José–.

La misma Greco (2020b: 36) indica un antecedente aún más precoz, concretamente, se trata de Rosa, la protagonista de «Liberación de Octubre», relato contenido en *Cuentos de la España actual*, quien consigue liberarse de una angustiosa vida conyugal para combatir con los mineros asturianos en la revolución de 1934, «en un acto de definitiva liberación de la doble opresión que ejercen sobre ella el marido y la sociedad» (Marcos, 1979: 18). Además, la propia Rosa condensa en su cotidianidad algunos de los pilares que fundamentan la dominación masculina, descritos en nuestro primer apartado: la moral prohibicionista, con sus normas de control sobre el cuerpo y las actitudes –«Rosa venía directamente del pueblo, apretada la cintura por las enaguas del percal [...], Rosa no podía salir por la calle porque estaba catalogada entre las mujeres honradas [...]» (León, 1979: 194)–, la obligación social de la maternidad –«Rosa no recibía a los parientes porque se sabía criticada por su esterilidad» (León, 1979: 194)–, la actitud de total sumisión ante el marido, –«Ramón trabajaba mucho. Electricista. Le concedía toda la superioridad que él reclamaba» (León, 1979: 193). Este escenario, junto con las dudas expresadas por Ramón acerca de las necesidades de la lucha revolucionaria, marca un contraste aún más evidente ya que será precisamente ella quien intuya la importancia de aquel hito histórico para la causa del proletariado (Marco, 1979: 98, nota 18):

> Si Ramón no comprendía y la tibieza de su casa le volvía blando, si estaba aguardando que Rosa se interpusiese entre él y los fusiles, si le acariciaba la

> cabeza y se sentía atado a su pelo y a sus ojos pasivos y obedientes, Rosa comprendía muy bien. Rosa se precipitó en la Revolución [...]. Pero la mujer ni contestó. Ya no volvía a esperarle, ni se miraría al espejo haciendo visajes, ni oiría el ruido de los cuchillos, ni el agua última perdiéndose desangrada en la tierra...Alcanzó el camarada que llevaba los fusiles. ― Dame uno (León, 1979*:* 198-199).

Para concluir, consideramos que un importante nivel semántico de *Contra viento y marea* y de *Campo cerrado* corresponde a su estatuto de representaciones narrativas de la relación entre la identidad de la España republicana y los diferentes matices de la alteridad, un nivel que permite dar cabida a incontables preguntas acerca de las posibilidades de construir un espacio cultural realmente compartido. De hecho, hemos visto cómo cada uno de estos autores había visibilizado algunas de las múltiples contradicciones entre lo ideal y lo real y ciertos aspectos conflictivos de lo social: en otras palabras, lo que quedaba por hacer para alcanzar un escenario de justicia y de igualdad, tal y como se planteaba el discurso republicano al que ellos mismos habían elegido pertenecer. En este sentido, hacemos nuestras las consideraciones de David Becerra Mayor, quien, reflexionando sobre el sentido más profundo del sistema republicano, escribe:

> El proyecto republicano no debe mirar únicamente hacia arriba para proclamar un cambio en las altas esferas institucionales; debe dirigir también – y sobre todo – su mirada hacia el lugar donde se producen los conflictos, las desigualdades, la explotación. ¿De qué sirve la República si no modifica radicalmente la sociedad y sigue reproduciendo las relaciones de producción y explotación capitalista? Es necesario que la sociedad en su totalidad cambie su rostro y para ello el proyecto republicano no puede ser un simple retoque de cosmética, sino que su reivindicación debe proponer una profunda operación de cirugía. Si no es así, República para qué[61] (2015: 304).

Así es que los dos autores han llevado a cabo las operaciones que acabamos de describir desde sus diferentes genealogías, enfocando algunas dimensiones y omitiendo otras –de ahí la necesidad de reconstruir el diálogo entre ellos–, pero tratando de alcanzar, ambos, aquella misma meta. En efecto, hemos visto cómo las consideraciones contenidas en el emblemático interrogante «República para qué» estuviesen presentes en el discurso

[61] El mismo Alfonso Sastre publicó un artículo, «República para qué. Recuerdos y esperanzas de un teatro republicano», recogido por Julio Rodríguez Puértolas en *La República y la cultura* (Madrid, Akal, 2009, pp. 529-530). Escribía el dramaturgo: «Porque, para hacer lo mismo que las monarquías más retrógradas […] no merece la pena, la verdad, proclamarse republicanos (y no hablemos de partidos republicanos como el estadounidense, y otros mil en todo este mundo, en el que hay ya menos monarquías que repúblicas, pero todos los sistemas son prácticamente iguales)» (Sastre, 2009: 530).

elaborado por Max Aub y María Teresa León desde esta fase de tránsito entre dos épocas de instancias político-sociales tan decisivas como la Guerra Civil y el exilio. A partir de ahora, desplazaremos nuestra atención sobre cómo evolucionan todos estos aspectos en este segundo lugar de enunciación.

3. Itinerarios del exilio

3.1 De cómo se construye la mirada desterrada

A la hora de aproximarse a los factores históricos, sociológicos y culturales que influyeron en el punto de vista de los exiliados –aquí la reflexión se podría extender más allá del caso republicano español– muchas investigaciones y estudios académicos hacen hincapié en un aspecto, quizás el más evidente e inmediato: la condición de incertidumbre e indeterminación identitaria acarreada por la diáspora en tanto que experiencia de discontinuidad en la trayectoria existencial del sujeto. En este sentido, Michael Ugarte (1999: 3) describe muy acertadamente a este último como:

> Una persona sin identificar, alguien que ha sido algo y ha dejado de serlo, un ser o un objeto hipotéticos, algo que no posee una existencia tangible, una cantidad cuyo valor específico es imposible de averiguar mediante cálculos matemáticos o una definición lingüística.

Lo que se pone en evidencia aquí es, en efecto, una condición altamente paradójica, ya que todos estos atributos contienen y reflejan el exacto reverso de las más básicas condiciones de existencia del yo – es decir, su definición nominal y la posibilidad de ser reconocido en la esfera pública–, remitiendo a un sujeto fundamentado en la imprecisión, marcado por un vacío de significado y por su carácter inclasificable. Por su parte, Andrea Luquin Calvo (2012: 374) se basa en el vínculo entre el espacio geográfico-cultural y el pensamiento de las sociedades humanas –concepto elaborado por Hannah Arendt en *La condición humana* (1958)– para explicar el proceso de desposesión del que habla Ugarte a partir de la separación del yo de las estructuras que han forjado su memoria, su sentido de pertenencia y, por ende, la semántica de sus acciones. Enric Bou (2012: 220), en cambio, añade otro matiz y se detiene específicamente en la falta de estabilidad y en la pérdida de puntos de referencias propios del individuo alejado de su tierra de origen para llegar a encuadrarlo como alguien suspendido en una inevitable situación de ambivalencia, mientras que Vicente Llorens (2006: 173) habla más bien de un «ser descentrado»[62].

[62] En la primera parte de nuestra investigación el acto mismo de desplazarse ha sido definido como un elemento determinante en la conformación del yo de Max Aub y de María Teresa León ya en sus etapas juveniles –aunque recordamos que, en el caso de Aub, hay un importante rasgo diferencial dado por un

Dicho esto, merece la pena insistir en otro rasgo indefectiblemente asociado al fenómeno que estamos examinando: el exilio deriva de una exclusión violenta, es decir, se produce como consecuencia de la imposición de un diseño de sociedad y de un paradigma cultural que, en el caso republicano, supuso la erradicación de un proyecto que, en aquel momento, representaba la legitimidad democrática y la manifestación de la voluntad popular expresada por medio de libres elecciones[63]. Es Amadeo López quien propone unas consideraciones de gran utilidad para entender mejor –y más en profundidad– las repercusiones implícitas en ello, tal y como se indica en un trabajo realizado por Caudet en el que aborda el destierro español de 1939 desde un enfoque multidisciplinario:

> La palabra exilio, que deriva del latín *exilium*, comporta en sí misma una doble violencia: la violencia de la expulsión y la violencia de la prohibición. El exiliado es arrojado «fuera», es expulsado de su país [...]. Este es el primer tipo de violencia. El exiliado es también un ser [...] que sólo lleva consigo de su antigua morada la aureola de lo prohibido. El destierro, en su esencia, es un castigo y el castigo tiende a despojar al culpable de su ciudadanía, de su estatus de sujeto (*apud* Caudet, 2005: 276).

temprano exilio padecido en su niñez–. Sin embargo, lo que resultó todavía más decisivo fue el movimiento de incorporación de ambos autores al espacio ideológico y cultural del colectivo republicano por configurarse como un consciente acto de ruptura con sus respectivas circunstancias de nacimiento –sin que ello significara borrarlas del todo–, lo cual nos ha llevado a describir este desplazamiento metafórico como algo consustancial a una relativa autodeterminación identitaria. Todo esto resulta imprescindible a la hora de aplicar las conceptualizaciones del destierro que acabamos de exponer a los casos concretos de Aub y de Teresa León, quienes le otorgaron mucha importancia a la conexión entre espacio –físico, social y cultural– y autoconciencia del yo y, por consiguiente, a las problemáticas derivadas de las peregrinaciones emprendidas tras la derrota en 1939. De hecho, es significativo que estos temas atraviesen toda la producción de los dos escritores, llegando hasta las obras más tardías: en ese sentido, el carácter de ambigüedad e incertidumbre ha sido evidenciado por Aub en *La gallina ciega*: «Nadie sabe quién es a menos que haya vivido todo su tiempo en el mismo sitio» (Aub, 2015: 190), mientras que, en *Memoria de la melancolía*, Teresa León puso el acento, de manera inequívoca, en la idea de permanente provisionalidad: «Los desterrados no creen nunca que su puesto en el país nuevo es definitivo. Hay una interinidad presidiendo todos los actos de su vida» (León, 2020: 377).

[63] Por este motivo, estudiar estos acontecimientos a través de una perspectiva crítica significa evitar incurrir, en la medida de lo posible, en categorías o claves de lecturas «eternas». Por el contrario, hay que contextualizar históricamente cuáles fueron los intereses y las dinámicas hegemónicas que se impusieron, a quiénes beneficiaron y a quiénes perjudicaron. Así es que el punto de partida no puede ser sino distinguir claramente entre causas y consecuencias. Esto quiere decir tener presente, valga la redundancia, que el exilio de 1939 fue un efecto de la Guerra Civil. Y que esta última, como recuerda Julián Casanova (2007: 184), no se desencadenó en una inevitable continuidad con la conflictividad social de la etapa republicana, sino que representó un punto de ruptura en el curso histórico natural de la República misma por ser producto de un Golpe de Estado. Por otro lado, José Luis Abellán (2011: 140) dirige su mirada hacia la especial envergadura del éxodo republicano y se refiere al conflicto civil como a un evento que produjo la crisis de proporciones más relevantes que haya tenido lugar en un país europeo desde la constitución de sus nacionalidades.

La importancia de estos comentarios estriba en el hecho de que no se está poniendo el énfasis en el desplazamiento exílico en tanto que «acontecimiento», sino que se está presentando como una «acción», es decir, se están poniendo en primer plano las intencionalidades concretas y las responsabilidades humanas y estructurales que están detrás de este fenómeno. Esto es lo que se está explicando por medio del sintagma «doble violencia»: el primer tipo nos describe la pérdida de puntos de referencia típica del desterrado como el fruto de una dinámica opresiva –que privilegia determinadas instancias y descalifica otras–, mientras que el segundo encuadra lo que ya hemos definido con la expresión «indeterminación identitaria» como directa consecuencia de una operación de deslegitimación del derecho a existir en el espacio-tiempo del Estado. Esta última, comenta Sánchez Zapatero (2012a: 229-231), pasó a constituir un engranaje clave del aparato cultural franquista, en particular, para llevar a cabo el proceso de imposición de un paradigma identitario colectivo basado, por un lado, en la desautorización de todo lo republicano –considerado no solamente como un genérico «enemigo», sino más específicamente como «antiespañol»– y, por otro lado, en la construcción de una imagen de la dictadura que entroncara perfectamente con el pasado nacional y, por ende, vinculando a Franco con los supuestos «auténticos y eternos» valores de la patria.

Todas estas reflexiones nos permiten encauzar nuestras argumentaciones hacia dos cuestiones que, de aquí en adelante, van a ser los ejes teóricos fundamentales tanto para analizar el papel de los intelectuales republicanos tras la derrota en la guerra –teniendo en cuenta, además, las peculiaridades propias de los estudios de casos que hemos escogido– como para estudiar sus respectivas producciones literarias. La primera cuestión tiene que ver con la creación literaria del exilio como lugar de enunciación invariablemente político, entendiendo el término «política» en el sentido que le otorga Terry Eagleton (2011: 169), quien la define como la modalidad en que se organizan la vida social y las relaciones de poder que esto implica[64]. A este propósito, resulta muy

[64] Es evidente, y lo veremos a medida que avancemos en nuestro trabajo, que la condición exílica le proporciona al concepto de «discurso político» una semántica específica y concretas intencionalidades pragmáticas, sin embargo, conviene especificar que las teorías literarias de Eagleton a las que nos estamos refiriendo, y en las que hemos fundamentado nuestra metodología de investigación, se caracterizan por un enfoque mucho más amplio al sustentarse en estos principios básicos: «What has international politics to do with literature? Why this perverse insistence on dragging politics into the arguments? There is, in fact, no need to drag politics into literary theory: as with South African sport, it has been there from the beginning […] literary theory has been indissociably bound up with political beliefs and ideological values. Indeed, literary theory is less an object of intellectual enquiry in its own right than a particular perspective in which to view the history of our times […]. For anybody of theory concerned with human meaning, value, language, feeling and experience will inevitably engage with broader, deeper beliefs about the nature of

esclarecedora la toma de postura de Paulino Masip en su *Carta a un español emigrado*, texto que, significativamente, se escribe justo en 1939. Concretamente, en la misiva número cuatro, titulada «Acción política», Masip (1989: 33-34) confirma que:

> Todos los españoles emigrados vamos a ejercer –la estamos ejerciendo ya– una acción política [...]. Por encima de nuestros propósitos quiéraslo o no lo quieras, eres tú y somos todos emigrados políticos [...] mientras dure nuestra calidad de emigrados la política nos será consustancial. El escritor con su pluma, el sabio con su microscopio, el pintor con sus pinceles, con su cincel el escultor, con su batuta el músico, el labrador con su arado, el carpintero con su escoplo, el farmacéutico con su probeta harán política, aunque no tengan conciencia de que la hacen [...]. ¿Te encojes de hombros? Tu encogimiento de hombros será política también. ¿Reniegas? ¿Protestas? Reniegos y protestas valdrán como argumentos políticos y tus silencios igual que tus palabras.

Compaginando la definición de Eagleton con las aserciones de Masip –la teoría general y su aplicación a unas circunstancias concretas– comprobamos que el hecho mismo de verse obligados a «emigrar» asumió una significación política por ser revelador de un acto de poder en las modalidades de organizar la esfera social y de establecer las normas culturales del estado-nación España, significación que siguió siendo válida mientras esas modalidades –y la subyacente correlación de fuerzas– mantuvieron un papel hegemónico. En efecto, hemos visto que el exilio republicano integró, desde su propio origen y en sus múltiples itinerarios, los conflictos y las contradicciones de una crisis colectiva, las problemáticas procedentes de distintos factores de marginación, situaciones de injusticia y derechos quebrantados. Esto nos lleva a nuestra segunda cuestión: el exilio es algo firmemente anclado en la Historia por ser, como advierte Edward W. Said:

> Producto de la acción de los seres humanos sobre otros seres humanos y que, al igual que la muerte, pero sin la clemencia final de la muerte, ha arrancado a millones de personas del sustento de la tradición, la familia, la geografía (2005: 180).

El trasfondo conceptual de estas palabras es, en efecto, el mismo que aquel expresado por Amadeo López, puesto que se explica la diáspora como realidad «humana y social» para rebatir toda tendencia epistemológica abstracta y esencialista que llevaría a desplazar los intereses y los mecanismos de poder que impulsan la exclusión: este es el sentido de «historizar» la diáspora. En otras palabras, no se trata solamente de distinguir entre causas

human individuals and societies, problems of power and sexuality, interpretations of past history, versions of the present and hopes for the future (Eagleton, 2011: 169-170).

y consecuencias, sino también de no confundir víctimas y verdugos. A la hora de marcar esta distinción, nos proponemos ir más allá de la que parece ser una polarización maniquea, enmarcada en un enfrentamiento bélico y en sus secuelas; de hecho, veremos como el empeño de Max Aub y de María Teresa León, en tanto que escritores exiliados, iba mucho más allá de una simple operación orientada a demonizar o a «monstrificar» a los verdugos: se trataba más bien de revelar la consciencia –y por ende la intencionalidad– humana detrás del uso de la violencia en la conquista y, posteriormente, en el mantenimiento del poder, exigiendo, de ese modo, las responsabilidades correspondientes. Al mismo tiempo, identificar una comunidad de víctimas no se reducía solamente a una operación de idealización en aras de una inevitable necesidad de reafirmarse desde la expulsión, sino que era, antes que nada, una manera de reivindicar la restitución de los derechos democráticos a las propias víctimas –en primer lugar, el derecho a existir– y de reafirmar su dignidad humana.

Además, retomando las tesis de Walter Benjamin reunidas en *Sobre el concepto de Historia* –obra publicada en 1942, pero redactada entre 1939 y 1940– se trataba, en el caso de Aub y de Teresa León, de alcanzar un objetivo fundamental: hacer que en «la representación del pasado que se apropia de la historia» (Benjamin, 2009: 138), al lado de las voces que podemos escuchar, fuese posible rescatar también «el eco de otras que enmudecieron» (2009: 138)[65], como afirmado en la tesis número dos de Benjamin. En términos generales, poner de relieve la profundidad histórica –de los sujetos y de los actos– significa, de hecho, propiciar un acercamiento crítico a las pautas culturales que definen su representación y, sobre todo, significa admitir, o directamente apostar, por un cambio y una transformación en lo social y en lo político –en el presente o en una

[65] A la hora de mencionar la visión de la Historia desarrollada por Benjamin y por Said nos importa destacar el hecho de que, en ambos casos, es fruto de un itinerario vital desbaratado por la experiencia del exilio como consecuencia de una política represiva. Por lo que se refiere a Benjamin –más allá de la cercanía temporal con los escritores objeto de nuestra investigación– cabe recordar su condición de víctima de la persecución nazi contra la comunidad judía: son notorias las circunstancias de su internamiento en un campo de concentración francés y su intento de huir de Francia tras la ocupación del Ejército del Tercer Reich, intento que acabará con el suicidio del filósofo alemán en la localidad catalana de Portbou el 25 de septiembre de 1940 motivado por la evidencia de que iba a ser detenido por las autoridades franquistas y expulsado otra vez hacia el país galo. En cambio, Said –cuyas circunstancias existenciales, sin duda, resultan más alejadas, en el tiempo y en el espacio, de nuestros autores de referencia– padeció las consecuencias de la Nabka, término con el que se indica la expulsión de los palestinos por las fuerzas israelíes en el marco de la guerra árabe-israelí de 1948. A pesar de la diversidad de referentes geográficos y culturales, lo que resulta especialmente fructífero desde el punto de vista teórico y metodológico es la aplicabilidad y la validez de las reflexiones de Benjamin y Said respecto a los casos de los republicanos españoles que estamos examinando: esto, sin obviar las especificidades contingentes inscritas en cada contexto, viene a ser una de las mejores muestras de la extensión del problema a nivel global, de su potencial repetibilidad y, por consiguiente, de la continua necesidad de vigilar críticamente y pensar la Historia como algo vivo.

perspectiva futura, de acuerdo con la percepción de las limitaciones dadas por la realidad factual–, como veremos más detenidamente en los siguientes apartados. Por todas estas razones, a la hora de analizar la obra del exilio de Max Aub y de María Teresa León se ha decidido tomar como objeto de estudio la representación de la colectividad social.

El tratamiento del exilio republicano como concepto político e histórico comporta otra idea problemática: la de encrucijada. Estamos reiteradamente comprobando que el punto de vista de los desterrados no se puede desvincular de España. Es cierto que, desde la pragmática discursiva, «la construcción de la mirada» absorbió las implicaciones de resistencia y crítica contrahegemónica que hemos comentado, pero, como apunta Ángel Duarte (2017: 46-47), cabe señalar que la España republicana, antes que nada, se configuró como mecanismo cognitivo que acompañó a los exiliados en tanto que paradigma con el que interpretar el mundo y su propia experiencia vital: dicho de otra forma, la República, como modelo de sociedad, funcionó –y funcionaba desde el siglo XIX– como una categoría operativa de comprensión de la realidad por su capacidad de nombrar al institucionalismo que les daba el protagonismo a las clases productoras frente a las inactivas, a la inteligencia frente al oscurantismo, al pueblo frente a los poderosos y a la ciudadanía frente a la oligarquía. Tampoco podemos olvidar, como afirman Mari Paz Balibrea y Sebastiaan Faber (2017: 19-20), que la realidad del exilio republicano se llevó a cabo más allá de las fronteras del estado, así que su importancia como objeto de conocimiento no se extingue en la relación con España.

Al contrario, resulta mucho más coherente leer la perspectiva de los exiliados a través de marcos de análisis transnacionales: modernidad, Guerra Fría, Europa, democracia, revolución, lucha de clases, antifascismo, antimperialismo, comunismo y anticomunismo, etcétera. Todas ellas son categorías que, para más señas, respondieron al afán de los exiliados –debido a su multifactorial condición de marginalidad comunicativa– por hacer encajar su discurso en moldes epistemológicos reconocibles, valorables y relevantes a nivel global. En términos generales, y en un primer nivel de operatividad, esto se explica teniendo en cuenta la aspiración de la mayoría de los desterrados a reinsertar las reivindicaciones relacionadas con la España republicana en una comunidad de apoyo internacional –en continuidad con las dinámicas de acción intelectual que habían caracterizado la Guerra Civil–, aunque, profundizando en la semántica del compromiso de Max Aub y de María Teresa León, veremos como esa inclinación fue compaginándose con otras dinámicas históricas, enriqueciéndose con nuevas perspectivas de reflexión.

La complejidad dada por la variedad de factores y circunstancias que estamos enumerando alcanza un notable incremento al tomar en consideración el carácter masivo del exilio republicano de 1939 –numéricamente, la diáspora más relevante en la historia de España (Llorens, 1999: 167; Abellán 2011: 139)–, algo que, evidentemente, configura el exilio mismo como un campo social profundamente heterogéneo. Disponemos, por ende, de un conjunto muy diverso de trayectorias que, lejos de ser totalmente coincidentes y coherentes entre sí, suponen diferentes significados, divergencias de contenidos, formas expresivas y soluciones estéticas que, además, evolucionaron a lo largo de la parábola histórica del destierro y se dinamizaron de acuerdo con los cambios en los equilibrios geopolíticos globales y con las condiciones encontradas en el contexto de la dispersión geográfica de los países de acogida[66]. Con respecto a estos últimos, y volviendo a centrarnos en nuestros dos autores, habrá que retomar los hilos desde *Campo cerrado* y *Contra viento y marea* para empezar a delinear la etapa francesa, donde ambos se enfrentaron a actitudes xenófobas y de indiferencia por parte de las instituciones y de la sociedad locales –pero pasando por experiencias muy diferentes y hasta incomparables– para luego detenernos en el período transcurrido en México –en el caso de Aub– y en Argentina –por lo que respecta a Teresa León–, lugares donde se fraguaron, se escribieron y se publicaron las obras que estudiaremos.

Además, habrá que tener en cuenta que estos lugares presentaban disparidades significativas que acabaron influyendo en las modalidades con las que los dos escritores se incorporaron a los respectivos tejidos sociales y culturales y, por ende, en sus trayectorias creativas. Las diferencias más significativas se pueden dividir en dos tipologías: las del primer tipo se refieren a los factores que incidieron en la percepción del «otro» español y en el debate interno entre nacionalismo e internacionalismo cultural. En la primera categoría, Andrea Pagni (2011: 11-13) señala aspectos como la historia

[66] Ugarte, por su parte (1999: 3-4), propone una síntesis explicativa que encuadra el exilio como un fenómeno que: «se resiste a cualquier teoría y sistematización [...]. Sus dimensiones son diacrónicas y sincrónicas a la vez, es una experiencia colectiva y una experiencia muy personal, se dan pautas reconocibles (tanto de conducta como literaria), pero ningún caso individual sigue una norma específica». En cambio, Sánchez Zapatero y Fernando Larraz (2016: 12-13) se detienen en particular sobre la obra narrativa de los autores exiliados, aseverando que las analogías existentes no dejan de ser demasiado generales como para que puedan caber en conceptos uniformadores como «generación», «estilo» o «periodo». En efecto, como explican los dos investigadores (2016: 12), una de las características de estas obras sería justamente su complejidad, ya que la lógica inexistencia de la mediación de grupos, escuelas, mercados editoriales, órganos de crítica o público que otorguen un contexto geográfico más concentrado –a su vez propiciador de dinámicas de asimilación– dificultó la identificación de asociaciones homogeneizadoras. Así es que, como concluyen, «hablar del exilio, en definitiva, implica hablar de muchos exilios y ser consciente de que dentro del colectivo que lo sufrió se pueden detectar varias actitudes y formas de afrontarlo» (2016: 15).

colonial –México como centro de la Nueva España y corazón pulsante de una alta cultura autóctona, Argentina como periferia colonial del Río de la Plata– y, por otro lado, la historia de la inmigración española después de la independencia americana, fenómeno que, hasta finales del siglo XIX, era más consistente en México, mientras que, hacia el cambio de siglo, la situación se invirtió totalmente, en particular entre 1880 y 1930, cuando Argentina conoció una oleada de inmigración masiva desde Europa que expandió los contornos de la sociedad y de la cultura local hacia un mayor cosmopolitismo hasta permitir la construcción de una sólida red de relaciones entre Argentina misma y España.

La segunda serie de factores tiene que ver con el proceso de adaptación desde el ángulo de apreciación de los refugiados: hablamos de las políticas de inmigración hacia la diáspora republicana, diametralmente opuestas en los dos países hispanoamericanos. En México, la amplia acogida favorecida por el presidente Lázaro Cárdenas, en funciones entre 1934 y 1940, propició la formación del núcleo demográfico más relevante, y consecuentemente más heterogéneo socialmente, del exilio republicano –junto con Francia–, en cambio en Argentina las restricciones en materia migratoria decididas por el gobierno militar y conservador de los años treinta comportaron un proceso de llegada realizado «con cuentagotas». Se trata, en resumidas cuentas, de un rasgo extremadamente significativo en términos de posibilidades de distribución y de conformación de la misma comunidad de exiliados. Finalmente, hay que tener en cuenta la propia evolución políticas de los dos países, algo que tuvo especiales repercusiones en cuanto a la constitución de los vínculos entre intelectuales y Estado que, por lo general, eran de tipo cooperativo en México, mientras que en Argentina la incidencia militarista de la llamada «Década infame» (1930-1943) y el sucesivo nacional-populismo peronista llevaron a la formación de un frente de intelectualidad crítica opuesta al gobierno. Dicha contingencia, por lo que respecta al país rioplatense, tuvo obvias implicaciones en los márgenes de libertad de los intelectuales republicanos exiliados. Por el contrario, recordamos que México nunca reconoció oficialmente la legitimidad del régimen de Franco (Lida, 2011: 23). En síntesis, se tratará de observar la que Faber (2017: 70) define como «dimensión material del Hispanismo», o sea las vivencias concretas y las condiciones de vida de los republicanos en América[67].

[67] El mismo Faber (2017b: 69) sostiene la imposibilidad de separar la diáspora republicana de una conceptualización más general de «Hispanismo», entendido como instrumento de organización cultural que se basa en la creencia de la unidad del mundo hispanohablante a partir de la lengua castellana y de una consecuente –y supuesta– uniformidad de valores.

Con respecto a los argumentos expuestos hasta aquí, las producciones literarias de Max Aub y de María Teresa León siguieron desarrollos significativamente afines, pero, al mismo tiempo, cargados de matices diferenciales en todos los niveles de análisis que estamos examinando. La premisa que podemos inferir es tan nítida –y casi obvia– en su formulación teórica general cuanto compleja y arborescente en sus rutas fenomenológicas, rutas que serán exploradas enfocándolas desde el papel social a través del cual los dos escritores se integraron en el paradigma identitario colectivo de la España republicana y a través del cual asumieron el compromiso y la responsabilidad de reconstruirlo y problematizarlo en el exilio: el papel del intelectual.

3.2 Intelectual(es) en espacio(s) conflictivo(s)

El rasgo constitutivo asociado al papel del intelectual es la intervención ideológica en circunstancias históricas reales, tal y como hemos asumido al referirnos a la definición elaborada por Pierre Bourdieu. Este mecanismo se hace posible a partir de una formación cultural y de unos instrumentos críticos que le llevan a formular lo que se podría definir como «un diagnóstico sobre la realidad» y a una subsiguiente toma de postura frente a esta última. Sin embargo, si esta descripción viene a ser común a todo individuo que se denomine como intelectual, un primer elemento diferencial se encuentra en la consciencia que cada uno de ellos llega a desarrollar acerca de su propia colocación en el campo político-social. En efecto, dicha consciencia no tiene nada de eterno ni de inmutable, sino que se fundamenta en la genealogía de las interacciones de cada sujeto con la coyuntura en la que opera. Toda la primera parte de este trabajo ha servido para demostrar que, en los casos de Max Aub y de María Teresa León, la percepción de sí mismos en tanto que intelectuales republicanos había gestado en sus diferentes «memorias de la alteridad» que, por cierto, se dinamizaron durante los acontecimientos vividos en los años treinta.

Por lo que se refiere a la autora de *Memoria de la melancolía*, el molde represivo de la moral burguesa relacionado con su contexto de nacimiento –pilar esencial de una condición femenina apartada de la esfera pública y aislada de la vida política, por ende, asociada a un papel social subalterno– entró en colisión con unas experiencias formativas que, progresivamente, conformaron una mirada sobre la sociedad en la que la emancipación se fue convirtiendo en una posibilidad legítima. Estas etapas –de educación

literaria y de aprendizaje político– convergieron, por lo tanto, en una actitud de disconformidad hacia el código moral de la clase dominadora y el aparataje ideológico que lo sustentaba, todo ello sellado por la adhesión a las luchas políticas promovidas por su afinidad con los ideales comunistas. De ahí, la centralidad que Teresa León otorgó siempre a la educación, considerada un medio fundamental para que los colectivos oprimidos asimilaran esa tensión emancipatoria, muy especialmente, en lo que atañía a las mujeres y a los trabajadores, vinculados entre ellos, desde la perspectiva de la autora, por el hecho de ser víctimas de injusticias y desigualdades derivadas de la misma raíz ideológica. En cuanto a Aub, el temprano choque con un nacionalismo agresivo y fundamentalista –también en este caso generador de disparidades y discriminaciones– asentó una base perdurable de atención a los conflictos de su época histórica, atención que fue enlazándose, en las fases de formación –en sus vertientes artístico-literaria y política, véase el ingreso en el PSOE–, con la asimilación de instancias ético-humanitarias de transformación y progreso social en las que se le asignaba prioridad a la posibilidad de que las clases subordinadas accedieran a condiciones de vida más dignas. Dicho de otra manera: a medida que, en la perspectiva de los dos escritores, fueron sedimentándose una forma de habitar el mundo y unas vías epistemológicas para interpretarlo, la moral burguesa por un lado y el nacionalismo reaccionario por el otro pasaron a ser percibidos como barreras que, en la articulación del espacio social, encerraban y aislaban a comunidades de individuos en categorías identitarias determinadas por relaciones de poder. En ambas vertientes se trataba de categorías identitarias definidas de tal manera que sus oportunidades de acceso al reparto de bienes, a la legitimación pública y a los recursos capacitantes no colimaran con los intereses hegemónicos. Entre 1931 y 1936 actuar como intelectuales republicanos había significado, en buena medida, señalar problemas, conflictos y exigencias de una colectividad –como decíamos en el capítulo anterior, «lo que queda por hacer» para construir una democracia moderna fundamentada en los principios de justicia e igualdad– en un contexto de apoyo institucional representado por los gobiernos republicanos, aun con todas las limitaciones prácticas y las contradicciones ya comentadas. Dicho escenario, a partir del 18 de julio, fue condicionado –por las necesidades defensivas propiciadas por la sublevación conjunta de dos distintas tonalidades de radicalismo antidemocrático, las fuerzas reaccionarias y las conservadoras– por las circunstancias excepcionales de la Guerra civil. Pero, en todo caso, hablamos de una voluntad y una modalidad de intervención que no podían prescindir de las genealogías descritas y de sus consecuencias hermenéuticas acerca de la

realidad histórica: por eso veremos que las señaladas conceptualizaciones de «barreras identitarias» y sus respectivas distorsiones ideológicas aparecen como frecuentes objetos de reflexión crítica en ambos escritores.

Añadiendo un matiz a la teorización de Bourdieu, resulta útil referirse a las palabras de Said (1996: 69-70), quien orienta su reflexión precisamente hacia los escritores expatriados y marginales y apunta a que una vida intelectual siempre gravita alrededor del conocimiento y de la libertad, dos valores que no adquieren significado como abstracciones, sino como experiencias a las que uno ha sobrevivido. Tras el comienzo del exilio, seguir siendo intelectuales republicanos implicó, para Aub y Teresa León, asumir una postura política de resistencia frente a la imposición de un orden basado en la reproducción de aquellos mismos paradigmas culturales que habían forjado esas categorías identitarias cerradas, a las que se habían enfrentado antes de su incorporación en el espacio social republicano, y en la supresión de las promesas de una emancipación equitativa que se habían construidos en el marco de este último. Este orden, a partir del 1 de abril de 1939, pasó a dictaminar los criterios discriminatorios entre lo que era o no era España, determinando, en los dos escritores, nuevas dinámicas de desposesión del yo y desautorización de su discurso. Estas dinámicas, como veremos, evolucionaron alimentándose de distintos soportes ideológicos en paralelo al desarrollo de las relaciones entre el régimen franquista y la geopolítica global. En otras palabras, actuar como escritores exiliados, para Aub y Teresa León, correspondía al empeño de generar conocimiento desde otro lugar enunciativo de supervivencia, entendiendo esta última como el intento de preservar esa libertad que había dado sentido a sus identidades en tanto que intelectuales durante la época de la República y como la voluntad de aferrarse a esa misma libertad desde la que reivindicaron su propia ética de la Historia. Esto implicaba mantenerse –en calidad de fragmentos arrancados de las que se habían convertido en representaciones convencionales de la realidad– firmemente fuera del discurso hegemónico, no cooperantes, inadaptados. Entonces, como apunta Antolín Sánchez Cuervo (2017:191), quien retoma, a su vez, las consideraciones expresadas por María Zambrano en *Los bienaventurados* (1979), ambos autores pasaron a configurarse como alteridades interpeladoras, dotadas de la oportunidad de poner en tela de juicio la lógica de la que habían sido expulsados junto con sus justificaciones ideológicas, desenmascarando los mecanismos excluyentes del Estado y restableciendo posibilidades negadas.

Por lo tanto, articular la Historia según un principio ético coincide con la representación de una temporalidad que aspira a realizar un objetivo muy concreto. Volviendo a las tesis de Benjamin (2009: 142-143) –en particular, a la número VI y la VII–, significa refutar el carácter lineal y eterno del relato hegemónico, ya que este último, recuerda el filósofo alemán, no responde a la realidad, sino a una exigencia dogmática: legitimar el ejercicio del poder en cuanto derecho recibido por ley natural –o sobrenatural–, presentando a los dominadores de cada época como herederos de los vencedores del pasado y ocultando, en el marco de este *continuum*[68], la violencia subyacente y su secuela de víctimas. La alternativa, tal y como se plantea en la tesis XVII, sería pues la de encuadrar la Historia misma en una «constelación saturada de tensiones» (2009: 156). Algo que es posible llevar a cabo relacionando los «actos» y no los «acontecimientos» –como hemos explicado en el apartado anterior–, insertándolos en una temporalidad compleja –más bien, dialéctica– regida por la que Tzvetan Todorov (2008: 33) define como «memoria ejemplar», cuyo rasgo distintivo es precisamente su finalidad y su empleo. En resumidas cuentas, la recuperación de lo que fue, o sea, el testimonio de las injusticias y de los abusos perpetrados, sirve para impulsar una aproximación crítica a los orígenes del presente[69]. La búsqueda de la verdad ya no es suficiente, sino que hay que apuntar a una verdad que posibilite la transformación social en sentido democrático: la Historia tiene que ser reelaborada mirando hacia atrás, reflexionando sobre lo que hubo de problemático y de conflictivo para que eso sirva como principio de lucha en la actualidad, siendo este principio algo que conlleva la obligación de salirse del perímetro de lo personal con tal de asumir el compromiso con los demás. La solidaridad y los esfuerzos creativos del intelectual no-integrado, disconforme con respecto a la versión del poder, han de centrarse en esos objetivos, como explica acertadamente C. Wright Mills, mencionado por Said (1996: 38): «Si el pensador no se vincula personalmente al valor de la verdad en la lucha política, tampoco estará en condiciones de afrontar responsablemente el conjunto de su experiencia viva». Aquí radica otro aspecto clave

[68] Este planteamiento ha sido estudiado por David Becerra Mayor en «Leer desde la ruptura. Propuesta teórica para explorar el potencial político de una genealogía literaria interrumpida», artículo aparecido en la revista *Kamchatka* (14, pp. 319-348) El enfoque consistía en la voluntad de visibilizar los momentos de fractura del *continuum* de la Historia para desenmascarar las modalidades con las que el poder opera en la elaboración del relato histórico hegemónico y en la exclusión de los colectivos subalternos.

[69] En este sentido, a la hora de explicar y connotar la relación del exiliado con el pasado, explica Balibrea (2017: 149): «[…] en la conciencia de la derrota materializada en la expulsión, en la fijación con el pasado que puede ser manifestación de la interiorización de la derrota, no debemos asumir que haya solo patológica e improductiva nostalgia. Hay que aprender a abrir la mirada sobre esa relación con el pasado a otras interpretaciones, por ejemplo, en su potencialidad como crítica a los orígenes del presente y por ello, encerrando la propuesta de un futuro diferente».

para nuestros autores: afrontar su papel público con sentido de responsabilidad, conectando pasado y presente, circunstancias individuales y colectivas para que su labor tuviera un valor constructivo y señalara la necesidad de un cambio. Entonces, no se puede perder de vista, según Todorov (2008:40), el nudo fundamental, o sea que «para que la colectividad pueda sacar provecho de las experiencias individuales, debe reconocer lo que ésta pueda tener en común con otras».

Dicho esto, cabe profundizar también en el alcance –en términos de geografías humanas– de estas «otras experiencias» a las que se ha aludido: es este un aspecto especialmente relevante en el caso de dos intelectuales exiliados como Aub y Teresa León. Sobre la base de las argumentaciones de Balibrea y Faber, ya hemos detallado la noción de «encrucijada» al referirnos a la convergencia –fraguada en el paradigma cognitivo de los desterrados– entre la España republicana y la propia evolución de las trayectorias de la diáspora, concretadas entre coordenadas espaciales, culturales y sociales diferentes. En este sentido, se desarrolla una perspectiva doble, ya que se ve la realidad tanto en función de lo que se ha dejado en el país de origen como en función de lo que hay en el «aquí y ahora» de las tierras de acogida –y, más en general, del escenario global– ; con lo cual, cada escena o situación no se observa como algo totalmente aislado. Desde el punto de vista intelectual, eso significa, según Said (1996: 70), que a partir de esta yuxtaposición se adquiere un ángulo de observación mucho más amplio desde el que reflexionar sobre temas relacionados con los derechos humanos o la violencia del poder, debido justamente a la posibilidad de comparar y establecer vínculos, y la subsiguiente disposición potencial a tomar una postura frente a otras tendencias teocráticas. Aclaramos, sin embargo, que el sentido de «comparación» no implica trazar analogías simplificadoras, significa, por el contrario, llegar a un nivel de comprensión más profundo al conectar procesos diferentes en tanto que opciones históricas –con sus causas y sus consecuencias– y, por ende, contempladas como reversibles y mutables y no como fenómenos divinamente predispuestos[70]. Por eso, en las obras de Aub y de León que

[70] Entonces, frente a la interpretación del exilio como experiencia esencialmente dramática, se añade esta conceptualización, matizada por el propio Said, quien evidenciaba justamente las posibilidades de progreso y enriquecimiento intelectual derivadas de las dinámicas de interacción intercultural proporcionadas por el exilio (Said, 1996: 72); y, a raíz de estas oportunidades de aperturas globales y de adquisición de una mayor sensibilidad a la experimentación, concluyó volviendo a subrayar las potencialidades creativas que hacen del intelectual exílico un sujeto que «no responde a la lógica de lo convencional sino a la audacia aneja al riesgo, a lo que representa cambio, a la invitación a ponerse en movimiento y no quedarse parado» (Said, 1996: 73). Y no solamente eso, sino que Said apuntaba a que existen casos de exiliados perfectamente aclimatados en su nuevo entorno socio-cultural, individuos que han decidido poner sus capacidades a disposición del país de adopción, naturalmente, a cambio de cierto enriquecimiento material, honores e influencia internacional; menciona, a este respecto, los ejemplos concretos de Henry Kissinger y Zbigniew

analizaremos, evidenciaremos cómo la mirada hacia España entraba en diálogo con los procesos globales. Sin embargo, veremos cómo este movimiento de apertura adquirió una semántica distinta en los dos escritores objeto de nuestra investigación. En Teresa León su formación comunista siguió orientando sus preocupaciones cívicas hacia una firme oposición al imperialismo estadounidense, hacia la dimensión internacional de la lucha de clases e, indisociable de esta última, hacia la emancipación de la mujer en plena continuidad con las ideas ya manifestadas en la primera mitad de los años treinta, estas últimas consolidadas con su inserción activa en el debate europeo acerca de los grandes conflictos ideológicos de la época entre los movimientos político-sociales de las izquierdas progresistas y las fuerzas reaccionarias. En cuanto a Aub, según Buschmann (2022: 49), la atención del autor de *El laberinto mágico* por las dinámicas transnacionales tenía sus raíces, inevitablemente, en su educación cosmopolita, algo que lo predisponía a una mirada plural y a un caleidoscopio de intereses multiforme y complejo, aunque consideramos que, para entender la conceptualización aubiana del mundo, hay que volver a llamar la atención más específicamente sobre la desposesión, padecida con motivo de su primer exilio, con respecto a la identidad nacional y a las condiciones de existencia como ciudadano, situaciones que se renovaron tras el final de la Guerra Civil. Comprobaremos la importancia, en este sentido, de su paso por los campos de refugiados franceses y norafricanos, siendo esta una experiencia que lo sintonizó de manera directa con los horrores de los campos de concentración de Europa durante la Segunda Guerra Mundial, como sostiene Javier Pérez Alcalde (2001: 86)[71]. En este sentido, veremos cómo las «barreras identitarias» citadas –que motivaron la oposición al concepto de «nación

Brzezinski, procedentes, respectivamente, de la Alemania nazi y de la Polonia comunista y asentados los dos, como es notorio, en Estados Unidos (Said, 1996: 62). Merece la pena mencionar también a Josep Solanes, médico psiquiatra exiliado republicano, salido de España en 1939 rumbo a Francia y posteriormente –en 1949– a Venezuela. En su *En tierra ajena. Exilio y literatura desde la «Odisea» hasta «Molloy»*, publicado en castellano por primera vez en 1993 y vuelto a editar en 2016, Solanes reflexionaba, en términos amplios, sobre el exilio como condición paradigmática del ser humano: en efecto, apunta a que es justamente en el ámbito de la especie humana donde se dan, en mayor medida, dinámicas de exclusión y los más variados modos de segregación y añade que «hay una forma de rechazo, el exilio, que, muy curiosamente, es visto como especialmente significativo de la condición humana tanto por aquellos que rechazan como por los rechazados. El exiliado es el paradigma del hombre […]. Es decir, la sociedad rechaza a los que se desvían, se declara que son ellos precisamente quienes representan a todos. Es a través de la institución del exilio, tan propia de nuestras sociedades, como se manifiesta del modo más ostensible lo que hay de más singular en la socialidad humana, y ello en términos casi paradójicos. No ajustarse al modelo» (2016: 28-29). Sucesivamente, ahonda en los distintos matices emotivos y psicológicos, los sentimientos y las implicaciones personales acarreadas por el impacto del destierro y, precisamente en el ámbito de esta multiplicidad, dedica una reflexión a aquellos exiliados, a los individuos que él define «personajes de la superación» (2016: 247-268) que, en su destierro, han logrado cierto reconocimiento y, en algunos casos, el poder.

[71] Los testimonios aubianos de los campos franceses serán, en efecto, el ámbito en el que reflexionaremos más detenidamente en términos de potencialidades y límites de los enfoques comparatistas.

burguesa» en el caso de Teresa León y, en el caso de Aub, al «nacionalismo metafísico de corte reaccionario»– siguieron condensándose, en la coyuntura histórica de la primera mitad de los años cuarenta, en los principios del antifascismo. Finalmente, cabe recordar los numerosos viajes realizados por ambos escritores que contribuyeron a conectarlos estrecha y directamente con otras realidades y otros conflictos políticos y sociales.

Si por un lado es verdad que, desde el lugar enunciativo del exilio, la excentricidad con respecto al canon dominante es lo que confiere potencialidad crítica, y hasta llega a constituirse como el impulso detonante a la hora de señalar problemáticas colectivas a escala global, no es menos cierto que ese mismo estatus periférico constituye un límite para que dichas instancias encuentren una correspondencia en lo factual y para que las tareas de intervención emprendidas por estos intelectuales sean realmente eficaces. En efecto, estas últimas se hacen tangibles en el campo político-social solamente si son reconocibles y, sobre todo, reconocidas públicamente: por eso, a la hora de analizar obras y producciones intelectuales concretas, comprobaremos el hecho de que lo que Aub y León siempre se habían propuesto hacer había sido dirigir su discurso hacia donde pudiera resultar influyente y, por consiguiente, fomentar el cambio oportuno. En los casos de Max Aub y María Teresa León, la exclusión en la que se compendió el exilio los puso inevitablemente frente a los mecanismos de organización de la cultura del régimen totalitario instaurado tras la Guerra de España, cuyo funcionamiento determinó la pérdida de la garantía de legitimidad y del derecho –en tanto que intelectuales republicanos– a ser parte activa en lo público, o sea, distribuir los códigos epistemológicos y generar conocimiento sobre la realidad: en otras palabras, desautorizando las propias condiciones de existencia de un intelectual[72]. Sin embargo, mantener el enfoque en el concepto de «encrucijada» nos obliga a leer esa marginalidad desde una óptica global precisamente por tener implicaciones derivadas tanto de la lógica nacional franquista como de los grandes hitos históricos que, a nivel mundial, definen el siglo XX a partir del 1 de abril de 1939 –nos referimos básicamente a la Segunda Guerra Mundial y a la Guerra Fría, amén de las correspondientes luchas ideológicas– y en los que los dos escritores participaron tomando postura y actuando discursivamente de manera consecuente. Al

[72] Debido a las necesarias y lógicas limitaciones de todo trabajo de investigación no trataremos el tema de la censura franquista y de la manipulación del discurso de los exiliados desde la España del interior, aspecto en el que caben múltiples vertientes y trayectorias evolutivas. Para profundizar en estos temas, señalamos, entre otros, el trabajo de Manuel Abellán, *Censura y creación literaria en España (1939-1975)* (Península, 1981) y las investigaciones de Fernando Larraz, *El monopolio de la palabra. El exilio intelectual en la España franquista* (Biblioteca Nueva, 2009) y *Letricidio español. Censura y novela en la España franquista* (Trea, 2014).

mismo tiempo, estuvieron condicionados, en su praxis, por las posiciones recíprocas de la dictadura de Franco y de la España republicana en los propios equilibrios geopolíticos mundiales, procesos que han de ser encuadrados en su trayectoria evolutiva y marcados en sus puntos de inflexión y fechas claves: muy especialmente 1945 –el final del Segundo conflicto global y el triunfo de las llamadas «democracias occidentales», reunidas nominalmente en torno a los valores del antifascismo– y, en el contexto del progresivo proceso de polarización de la Guerra Fría, el año 1955, fecha en la que la España franquista ingresa oficialmente en la ONU, evento que representó el sello definitivo para que el institucionalismo franquista pasara a ser reconocido por todo el mundo como la nación española[73]. En este marco común observaremos cómo, para Max Aub y María Teresa León, el carácter multifactorial del exilio y las respectivas idiosincrasias en cuanto a la filiación política y las memorias personales dotaron la condición de marginalidad del intelectual de matices semánticos peculiares. Veremos, además, cómo, en ambos escritores, esto llegó a perfilarse por medio da la imagen de la soledad, en ocasiones relacionada con dinámicas de incomunicación o incomprensión, mientras que, en otras, ligada directamente a situaciones de segregación social. No obstante, en ninguna de estas dos vertientes la tematización de la soledad se redujo a un fin en sí mismo, sino que señalaba las relaciones de poder que la determinaban o las cristalizaciones ideológicas que la alimentaban, aunque manteniendo una significativa diferencia entre los dos autores, ya que en Aub las figuraciones del papel del intelectual estaban siempre

[73] Hablando de la eficacia del mensaje, hay otra cuestión interesante: hemos hablado, en varios pasajes de este trabajo, de la conceptualización de la España republicana como modelo concreto de sociedad y del compromiso asumido por los intelectuales como de un empeño en pro de un específico y contingente *modus* de organización política. Estos criterios, una vez terminada la contienda civil, engendraron contradicciones y nudos problemáticos desde la perspectiva de los exiliados debido, primero, a la consecuente precarización del propio proyecto republicano, ya que, como recuerda Balibrea (2017: 57), desapareció el «objeto» real y tangible sobre el que se había fraguado y, sobre todo, desaparecieron las conexiones entre intelectuales y poder institucional, algo que, entre otras cosas, impidió que el paradigma socio-político republicano pudiera evolucionar. Así es que la ruptura de los lazos orgánicos entre los desterrados y España plantea, como comenta Faber (2006: 19), el problema de la lealtad, dado que supone el hecho de seguir declarándose fiel a una causa que ya no podía existir tal y como había sido concebida. En ese sentido, es justamente la representación de la colectividad –objeto de nuestra investigación– que se ve aquejada por numerosas dificultades: explica Ugarte (1999: 31) que la prolongación del exilio no hizo sino transformar el «nosotros» –la voluntad de reconstruir una comunidad de valores y un sentido de pertenencia compartido– en un concepto ambiguo por la inevitable distancia que iba creándose entre el plano del discurso y sus referentes empíricos, distancia que se acentuaba a medida que el exilio se prolongaba y, por cierto, debido a la significativa dispersión y atomización geográfica de la comunidad republicana. Por último, merece la pena referirse a la paradoja evidenciada por Caudet (2009: 998-999), quien opina que los escritores exiliados apenas tuvieron incidencia efectiva en la llamada «base social», formada sobre todo por trabajadores, fundamentalmente, campesinos, obreros y labradores, quienes, sin embargo, compartían con los intelectuales el mismo estatus de exiliados –aunque, evidentemente, no las mismas condiciones materiales y sociales– y, posiblemente, los mismos deseos de reinstaurar en España la República.

totalmente volcadas en la dimensión pública, mientras que en Teresa León había una alternancia, cuando no un desencuentro, entre la esfera pública y la privada.

Bajo estas premisas, el itinerario cronológico de este trabajo y los criterios de estudio de las obras exílicas seguirán el planteamiento delineado por medio de dos preguntas fundamentales. En el caso de Teresa León, trataremos de delinear qué significó para ella ser una intelectual mujer, republicana, exiliada y comunista, asentada en Buenos Aires durante la Segunda Guerra Mundial, a principios de la Guerra Fría y, finalmente, tras la entrada de la España franquista en la ONU. En el caso de Aub, procuraremos fijar nuestra atención en qué significó para él ser un intelectual republicano, exiliado, socialista crítico y anticomunista asentado en México durante los mismos avatares históricos.

4. Para una ética de la Historia (1939-1945)

En 1931, contribuir a la construcción y a la puesta en marcha del proyecto republicano implicaba, en primera instancia, ser movido por una actitud crítica hacia la realidad existente tanto a nivel económico como político-social e institucional, móvil que se fraguó a partir de principios o valores que se aspiraban a concretar en la sociedad que se estaba planificando realizar. A este respecto, hay tres conceptos que debemos retener: la idea de disconformidad con el presente, la mirada dirigida hacia los distintos planes del espacio público y la proyección hacia un futuro que se imagina perfectible. En este sentido, el primer artículo de la Constitución de la Segunda República –ya citado en el primer capítulo de nuestro trabajo– configuraba a España como un estado democrático «de trabajadores de toda clase, que se organiza en régimen de Libertad y de Justicia» (C*onst. II República Española*, *9 de diciembre de 1931*: «Título preliminar, Art. 1»). Como observa muy acertadamente Juan Rodríguez (2017: 85), lo que resulta significativo es que, en este proceso de conformación «nueva», de refundación identitaria, España no se asimilaba a una idea mistificadora de nación –ni siquiera se mencionaba este término–, sino que se fundamentaba sobre «actos» de la ciudadanía. Por eso, añade Ángel Duarte (2017: 51-52), la República vino a ser un prototipo de cooperación que, para poder funcionar y evolucionar, incluía entre sus puntos programáticos el alejamiento de la Iglesia y los militares de la política –piedras angulares del oscurantismo antiprogresista– y la intensificación de la cultura y de la conciencia cívica con tal de que estos «actos» fuesen orientados a la estabilidad de unas instituciones que se planteaban garantizar equidad de oportunidades[74].

Una vez asumidas estas premisas, coincidimos con Balibrea (2007: 11-12), quien describe la etapa republicana como un «camino a la modernidad», siendo esta última un conjunto conceptual complejo que comprende aspectos culturales, políticos, filosóficos, sociales y económicos. Lo que define propiamente la modernidad, explica la misma Balibrea (2007: 67-70), apoyándose en las teorías de Peter Osborne (1992) y Cesare Casarino (2003), no es tanto –o no es solo– una categoría de periodización cronológica, sino una modalidad de concebir la temporalidad que se asienta en la ruptura con respecto

[74] En el primer capítulo nos hemos referido a los contenidos de la Constitución de 1931 como base referencial de un verdadero «léxico familiar» para los dos autores objeto de nuestro estudio. Resulta fundamental ahora volver a fijarse en estos asuntos para dar pleno sentido a la herencia política, social y cultural que estos escritores se llevaron consigo a la hora de ser expulsados de España y que se propusieron recrear y reactualizar en sus textos.

al orden anterior y en el progreso –no la «novedad», sino la superación, la mejoría– como objetivo fundamental a alcanzar, abarcando total o parcialmente los aspectos antes mencionados. En términos generales, no existe una forma unívoca de modernidad ni tampoco un solo camino para llegar a ella, así que el simple hecho de apuntar a un «avance histórico» ya no es suficiente, sino que hay que considerar cuáles son los principios éticos y morales que lo vertebran[75], cómo se articulan las relaciones de poder –cómo operan– y cuáles resultan ser los valores hegemónicos. Las consideraciones que acabamos de aportar acerca del modelo de estado encarnado por la Segunda República delineaban claramente un ideal de desarrollo, un «camino hacia adelante», pero un camino que fuera caracterizado, en sus propósitos, por dos metas imprescindibles: la igualdad y la justicia social; en palabras de José Ramón López García (2017: 240), el más importante proceso de «democratización de la historia española».

El Golpe de Estado, planeado bajo el auspicio de socavar definitivamente este proyecto, se enmarcaba, como se vio en otros pasajes de nuestro trabajo, en una coyuntura internacional en la que las fuerzas reaccionarias –reunidas mayoritariamente en torno al fascismo– iban a acometer una ofensiva contra jóvenes gobiernos democráticos todavía en fase de consolidación. Además, observa Julián Casanova (2007: 36) que:

> Todas las repúblicas europeas que surgieron en los años veinte y treinta, salvo la de Irlanda, [...] acabaron acosadas por fuerzas reaccionarias y derribadas por regímenes fascistas o autoritarios. Y en todos los casos, y no solo en España, la condición necesaria para la consolidación y estabilización de la democracia fue también que una amplia mayoría de la población aceptara, o al menos tolerara, esos nuevos regímenes que habían nacido de una forma tan rápida y sin apenas derramamiento de sangre.

Para entender mejor el contexto en el que nos movemos no es baladí referirse al trabajo llevado a cabo por los servicios de política exterior de los que se dotaron los sublevados: concretamente la Asesoría de Estado de la Junta de Defensa Nacional, constituida el 24 de julio de 1936 en Burgos, constató, ya en las primeras semanas de conflicto, que el cuadro diplomático europeo era favorable, no solamente por estar en pleno auge la violencia avasalladora de los totalitarismos, sino también porque en los países liberales estaba significativamente difundida cierta reacción de tipo nacionalista. Estas

[75] Lo «ético» y lo «moral» –lo hemos comprobado y, a lo largo de este capítulo, seguiremos en esa misma línea– han tenido un papel clave en el pensamiento político de Aub y de Teresa León, particularmente, se explicitaron con elevadísima frecuencia en el del primero. En este sentido, es sintomático el hecho de que, a partir de 1939, la derrota militar se problematizó representando al colectivo republicano como los vencedores morales de la Historia, subrayando su superioridad desde un punto de vista ético.

evoluciones, comenta Ángel Viñas (2010: 68-69), no tienen nada de anecdótico, sino que muestran que los vectores internacionales orientaron la coartada retórica e ideológica de los rebeldes y, además, sin la participación del Tercer Reich y sin la colaboración de la Italia de Mussolini la victoria de Franco hubiera sido mucho más improbable.

No parece descabellado describir entonces la contienda civil como síntoma de una crisis de proporciones globales que no se inscribía en una temporalidad teológica, sino en un marco de conexiones causales entre acciones históricas, amén de vínculos y afinidades ideológicas que resultaron ser construcciones discursivas que sirvieron para legitimar lo que se estaba llevando a cabo en el plano de la realidad: la lucha por el poder en el reparto de Europa. Por otro lado, y desde la óptica de un compromiso político defensivo, el carácter supranacional de esta crisis se vio reforzado por la implicación de los voluntarios de las Brigadas Internacionales –cuya lealtad a la República española se encuadraba, fundamentalmente, en el marco de una acción de resistencia a favor de las clases subalternas– y de personalidades de la cultura que venían de distintos rincones del mundo. Así lo confirma Carlos Blanco Aguinaga (1995: 123), quien se centra más en la intervención de los intelectuales:

> en plena crisis de la modernidad muchos de los artistas y escritores españoles, latinoamericanos, franceses, italianos, soviéticos, británicos y yankees, así como algunos chinos, indios y turcos, se involucraron en aquella guerra convencidos de que en ella se libraba la batalla final contra el fascismo.

La prueba más contundente –y más evidente– de la coincidencia entre estos procesos es que la derrota republicana y el exilio, todavía en sus fases iniciales –y este detalle es fundamental–, entroncaron con el estallido de una guerra cuyo epicentro era precisamente Europa: en efecto, el año 1939 ha sido calificado por Enzo Traverso (2010: 17) como un *momentum* –un impulso generador, según el uso hegeliano del término– que aceleró la precipitación hacia una conflagración en primera instancia continental. Además, y este es otro aspecto esencial, desde la perspectiva de la diáspora española, la constelación internacional alimentó las estrategias enunciativas del régimen de Franco en la inmediata postguerra y de cara al desenvolvimiento del escenario bélico en el Viejo mundo. La exacerbación del sentimiento nacionalista, la expansión del anticomunismo –vista como una amenaza a neutralizar de cara a la supervivencia de la civilización occidental y cristiana– y, sobre todo, la voluntad de edificar otro estado totalitario en sintonía con las corrientes que parecían dominantes en la época determinaron el giro hacia

las potencias del Eje protagonizado por el propio Franco: su futura España iba a ser imperial y fascista (Viñas, 2010: 67-68). En el marco de nuestra análisis sobre la postura mantenida por Aub y Teresa León, en tanto que republicanos excluidos en la etapa 1939-1945, será imprescindible tener en cuenta lo que el franquismo tenía en común con los fascismos europeos, muy especialmente la propensión, muy moderna, de recurrir a la violencia como instrumento de profilaxis social, secundando una inclinación generalizada a organizar la sociedad según un modelo de dominación biopolítica, en el sentido foucaultiano del término (Traverso, 2010: 24), aunque mantuvo siempre peculiaridades propias. Estas últimas, y lo veremos de manera más pormenorizada a partir del contradiscurso elaborado por Aub y Teresa León, se pueden resumir en dos vertientes: el concepto de «Hispanidad»[76] y el peso del dogmatismo católico[77].

Sin embargo, esta dimensión de continuidad entre la guerra que terminó el 1 de abril y la que empezó el 1 de septiembre de 1939 estaba atravesada, desde el punto de vista republicano, por una contradicción articulada en tres episodios cruciales. El primero fue el pacto de no-intervención, sellado al principio de la contienda civil –que, como es consabido, supuso el aislamiento internacional de la Segunda República– y al que tenemos que sumar la política de acogida de los refugiados puesta en marcha por Francia. Como afirman José Ramón López García (2017: 236) y Claudia Nickel (2018: 48-58), a partir de 1938 el gobierno Daladier, en un clima de creciente xenofobia, cerrazón nacionalista y antisemitismo, empezó a promover una serie de medidas legislativas finalizadas a reprimir la presencia de extranjeros[78]. Dichas normativas confluyeron en la construcción de campos de concentración –incluidos los que estaban concebidos como prisiones o campos de castigo– que, durante el régimen de Vichy, en virtud de las leyes antisemitas promulgadas por el gobierno del mariscal Petain en otoño de 1941, se

[76] Se trata de un concepto que se fraguó a partir del denominado «Desastre del 98», la consecuente pérdida de las últimas colonias y la supuesta inadaptación del país ibérico a la Modernidad, siendo este un molde ideológico que, durante la dictadura, asumió sobre sí buena parte de la carga simbólica del ultranacionalismo vinculándose con principios como jerarquía, centralismo, neocolonialismo, intolerancia frente a la secesión política, social o de pensamiento (Campos, 2015: 73-74).

[77] De hecho, como hemos aludido en el primer capítulo de nuestro trabajo, fascismo y religión católica, en la España de Franco, demostraron ser buenos aliados (Casanova, 2007: 259).

[78] A la hora de analizar la componente de crítica política con respecto a la acogida del flujo de refugiados por parte de Francia, insistiremos en las obras y en las secuencias narrativas donde se visibilizan dinámicas ideológicas de corte ultranacionalista o xenofóbico, primero, por una cuestión puramente histórica –como acabamos de decir, ha sido esta la línea absolutamente predominante en el ámbito del país galo– y, en segundo lugar, porque dichas dinámicas han sido experimentadas en primera persona precisamente por los autores objeto de nuestro estudio, aunque, claro está, en formas y con consecuencias que no pueden ser homologadas, como veremos. Sin embargo, no queremos olvidarnos, como sugiere, por otro lado, el propio López García (2021: 14), «la solidaridad desplegada por muchas capas de la sociedad francesa, así como agrupaciones intelectuales y políticas».

convirtieron, en el caso de algunos de ellos –en particular el de Le Vernet d'Ariège–, en lugares de tránsito hacia los campos de exterminio nazi[79]. Importa destacar cómo la evidente criticidad generada por semejante situación abrió unas profundas grietas en la formulación –que se había perfilado a partir de finales del siglo XVIII, o sea, el llamado Siglo de las Luces– de una cultura europea que, explica Bolivar Echeverría (2008: 18-19), estaría más allá de los particularismos nacionales y contendría el germen de una cultura universal. Por contra, la lógica de articulación y de funcionamiento de estos campos remarcaba el hecho de que esta cultura no era una realidad efectiva, sino una utopía por la que todavía hacía falta luchar. O, dicho de otro modo, se trataba de una construcción inventada en la que solamente algunos europeos podían verdaderamente habitar: en vez de una identidad armónica y cooperante, una identidad compartida en régimen de igualdad, lo que se había fraguado en la contingencia histórica de los años cuarenta del siglo XX eran entidades cerradas y excluyentes.

En segundo lugar, y dentro de lo que se puede definir como un estadio de crisis del antifascismo continental, cabe mencionar el Tratado de Múnich – firmado el 30 de septiembre de 1938– en tanto que prueba evidente de la claudicación de los gobiernos occidentales europeos frente a la Alemania de Hitler; sucesivamente, el reconocimiento, por parte de Francia y Gran Bretaña, del Estado franquista –concretamente, el día 27 de febrero de 1939– y, finalmente, al Pacto Germano-Soviético, en agosto de 1939, cuando los intereses del estalinismo para mantenerse en el poder remplazaron definitivamente los ideales de la revolución socialista. Por otra parte, la mundialización del conflicto, tras la

[79] En ese sentido, habiéndonos referido tanto a la red concentracionaria construida por las autoridades francesas, así como a la establecida por el Tercer Reich, conviene aclarar que existen diferentes opiniones al respecto. Afirma Bernard Sicot (2007: 433) que, aun sin quitarles nada a los rasgos de crueldad y de abyección de los campos franceses, entre estos últimos y los nazis había «grandes diferencias de naturaleza o de grado», con lo cual, el hecho de establecer una comparación entre el horror experimentado por los internados en cada uno de los dos sistemas de reclusión carecería de sentido. Además, la toma de postura de Sicot es remarcada por una distinción terminológica y por el consecuente uso del término «centro de detención» (2007: 403) o «campo de internamiento» (2007: 433) para referirse al de Djelfa y al de Le Vernet. En cambio, José María Naharro-Calderón aporta otros argumentos: explica, en primer lugar, que en el caso de campos como Le Vernet podemos comprobar a partir de los documentos oficiales de la época de Vichy su naturaleza oficialmente concentracionaria, a la que quedaba asimilado también el de Djelfa, pero, sobre todo, argumenta que: «La nomenclatura oficial concentracionaria francesa, las intenciones de despojar a los extranjeros desenraizados y otros franceses, de sus principios de libertad, igualdad y fraternidad más elementales, de deportarlos, maltratarlos y empujarlos a la muerte, por falta de la más elemental humanidad […], son motivos más que suficientes para adscribir el universo concentracionario francés de campos como Le Vernet, Rieucros, muchos de los de África del Norte como Djelfa, en el ominoso mundo de lo concentracionario que desde África y Asia, por Europa hasta Siberia, Estados Unidos y Australia cubrió el mundo en diferentes grados por aquellos años» (2017: 84). Por lo tanto, concluye que, a partir del estudio de los espacios concentracionarios franquistas, vichyistas, nazis, soviéticos, etcétera, lo que se puede comprobar es el desprecio, compartido por todos, por la humanidad de sus detenidos (Naharro-Calderón, 2017: 87).

declaración de guerra de la URSS y de Estados Unidos en 1941 señaló un punto de inflexión en el desarrollo histórico de los equilibrios geopolíticos –esta vez sí de alcance global–, determinando no solamente un ampliación de los referentes ideológicos, sino también un cambio –en términos de mayores expectativas y esperanzas más concretas– en la mirada del colectivo exiliado español, aspectos que se observarán específicamente en los textos aubianos, sobre todo en sus vertientes más problemáticas.

En este arco temporal lo que impulsó las acciones intelectuales de Aub y Teresa León, desde la consciencia de la legitimidad histórica republicana y desde la exclusión derivada de la derrota militar, fue el imperativo ético y político de insertar su lucha en un debate transnacional acerca de la que se estaba perfilando como una crisis colectiva de la democracia en la organización del campo social. La casi imperceptible distancia cronológica desde aquella experiencia de modernidad fundamentada en los principios de justicia e igualdad agudizaba su carácter concreto y tangible, amén de sus connotaciones materiales, actualizando su validez en la inmediatez del escenario bélico global[80]. Este último, justamente por corresponder, como cualquier guerra, al estadio máximo de tensión política –entonces, una temporalidad necesariamente dinámica, de potencial transformación–, influyó en la reconstrucción de un discurso que se proponía reivindicar el proyecto truncado con la victoria de Franco, concibiéndolo no como una lejana y difuminada proyección de cara a la posteridad, sino como una realidad que debía y podía existir en el presente de la enunciación. A través de un prisma de militancia viva la colectividad social se representaba en tanto que sujeto de un cambio histórico que se entendía como necesario y, sobre todo, posible en el marco de las evidentes conexiones políticas y de las manifestaciones ideológicas comunes entre las dos contiendas.

En este sentido, señalar las incoherencias y los sinsentidos en la actitud de las democracias europeas se convirtió en un propósito crucial de la reflexión del exilio. Sin embargo, lejos de ser protestas estériles, esas contradicciones se explicitaban desde la confianza de que se podía hacer algo porque se creía que visibilizándolas –y desde la consciencia de las injusticias que estaban generando– fuese posible intervenir. No se trataba de invocar un acto de caridad ni de pedir una concesión, sino de reivindicar una

[80] Paula Simón (2012: 52), en sus formulaciones teóricas acerca de los rasgos constitutivos del discurso de carácter testimonial –en el caso específico de su estudio *La escritura de las alambradas* (Academia del Hispanismo, 2012) se refiere más concretamente a la experiencia de los campos de concentración franceses– apunta precisamente al hecho de que la casi simultaneidad entre el acontecimiento relatado, el momento de la redacción y la publicación del texto constituye un indicio claro de que los textos han sido pensados como instrumentos de incidencia política y social directa e inmediata.

acción política solidaria: lo que los republicanos españoles trataban de establecer era un diálogo que entendían como necesariamente horizontal, una colaboración basada en una supuesta igualdad de derechos entre los pueblos y entre unos marcos concretos de organización social construidos y establecidos por medios legales, es decir, igual de dignos y democráticos. Hay que recordar, afirman Casas y Carvajal Urquijo (2002: 197-199), que la primerísima fase de la diáspora estaba indisolublemente asociada a la convicción de que un desenlace del Segundo conflicto mundial favorable a las potencias democráticas occidentales hubiera significado el restablecimiento de la legitimidad republicana. En este sentido, y para que la componente de política militante junto con la ilusión de un pronto retorno a España se mantuviesen vigentes, no es secundario tener en cuenta el hecho de que el exilio republicano de 1939 no comportó solamente el éxodo de una parte de la población, por muy numerosa y variada que fuese, sino de toda una forma de gobierno con sus instituciones y sus cargos, un sistema que siguió funcionando como punto de referencia y adhesión –en términos justamente de resistencia activa– y marca de identificación simbólica (Abellán, 2011: 142) aunque, como se verá sobre todo en la obra de Aub, también como catalizador de las divisiones ideológicas y de la fragmentación entre las distintas sensibilidades de la izquierda republicana.

En este amplio abanico de problematicidades, uno de los matices que más nos interesa, y que especialmente en la primera etapa del exilio ocupó un lugar destacado en el discurso de Aub y de Teresa León, fue justamente la gestión del flujo de refugiados. Está claro, como afirma Alicia Alted Vigil (2010: 193), que la situación internacional condicionó los itinerarios geográficos, la modalidad de acogida y las posibilidades de asentamiento de los republicanos que se vieron obligados a huir y, al mismo tiempo, ponía a los republicanos mismos en relación con otras diásporas y con otras coordenadas geográficas, culturales y sociales. En virtud del destino americano de Aub y de Teresa León, las consideraciones acerca de la postura asumida por Francia habrán de ser complementadas con sus homólogas argentinas y mexicanas, consideraciones que, a su vez, permitieron abrir unas fisuras significativas en otra formulación conceptual de matriz idealista y de aspiración universalista, es decir, el ya mencionado paradigma del «Hispanismo».

Las trayectorias existenciales y creativas de los dos autores, por lo tanto, incluyeron todos los nudos conflictivos que, en aquellos años, hermanaban al colectivo de expatriados españoles con el escenario bélico global, amén de las implicaciones culturales y las consecuencias humanitarias derivadas de las políticas de acogida tanto en

Europa como en América. Precisamente la peculiaridad del momento histórico y de sus significados ideológicos, la profunda inestabilidad e incertidumbre vinculadas a la exigencia de buscar amparo en un mundo donde los Estado-naciones se encontraban en plena lucha armada para alcanzar el dominio sobre los demás o para la preservación de su integridad particular frente a cualquier amenaza exterior, sea concreta o imaginada, hicieron que esa fase del itinerario exílico fuera la más convulsa para la gran mayoría de los republicanos españoles y, entre ellos, Max Aub y Teresa León no iban a constituir una excepción.

El asentamiento en París de la escritora y de Rafael Alberti, en marzo de 1939, se vio favorecido por las gestiones del Partido Comunista Francés, ayuda fundamental también en términos materiales –nos referimos a la búsqueda de un alojamiento lo más seguro posible y de los medios de subsistencia– y fuente de apoyo en el clima de creciente sospecha y acoso al extranjero por parte de las instituciones y de la policía gala, situación que implicaba un riesgo muy elevado de ser internados o entregados a las autoridades franquistas. En estos meses, el sustento económico de la pareja fue básicamente la radio: parece que fue Pablo Picasso quien hizo que León y Alberti obtuvieran trabajo en las emisiones en español de Radio París Mundial, emisora dependiente del antiguo Ministère de Postes, Télégraphes, Téléphones. Su tarea consistía en traducir los partes de guerra para los países de América Latina (Castillo Robles, 2010: 121), pero, las «correctas relaciones diplomáticas» entre el gobierno de Franco y una Francia ya plenamente involucrada en la guerra, el propio desarrollo de la contienda y sus efectos sobre la población civil[81] contribuyeron a que la seguridad del matrimonio republicano llegara muy pronto al colapso definitivo. Así cuenta Alberti (2002: 130) el momento en que el director de la emisora radiofónica les informó acerca de la difícil situación:

> Una muy inesperada noche, M. Fraisse nos llamó a su despacho a María Teresa y a mí. La Francia de aquellos años bochornosos y desdichados había enviado a España, como embajador ante Franco, al mariscal Petain. Al poco tiempo, le comentaron al propio mariscal que la radio francesa estaba llena de rojos españoles, algunos conocidísimos, como nosotros.

[81] Nos referimos a medidas de precaución cada vez más estrictas, a las cartas de racionamiento generalizadas, la sensación de alarma provocada por las sirenas que anunciaban posibles bombardeos y. sobre todo, la amenaza dada por el avance de las tropas nazi en Europa.

La necesidad de irse se concretó en Marsella el día 10 de febrero de 1940, cuando zarparon en el Mendoza beneficiándose de la colaboración del gobierno chileno[82]. El destino programado, tras la obligada parada en Buenos Aires, iba a ser Santiago de Chile, el país de Pablo Neruda, amigo cercano de la pareja. Sin embargo, las circunstancias de llegada, fundamentalmente la sólida red de relaciones y la muy buena acogida que tuvieron los dos escritores solucionaron pronto las dudas sobre la intención de quedarse en Argentina. Sabemos que, al llegar al puerto de la capital, fueron recibidos, entre otros, por Marta Brunet, escritora y cónsul chilena, la escultora María Carmen Portela, el director de cine Artur Mom, Gori Muñoz y su mujer Carmen Antón y el pintor jiennense Manuel Ángeles Ortiz, recién liberado del campo de concentración de Saint Cyprien. Con todo, lo que resultó especialmente decisivo fue la invitación del editor Gonzalo Losada, que garantizó su apoyo y los primeros ingresos económicos, muy especialmente, para los derechos de autor de las obras de Alberti (Ferris, 2017: 257-261).

Para mejor contextualizar la recepción de la pareja de escritores no podemos pasar por alto un factor estructural, y es que Argentina hospedaba a la comunidad de españoles más numerosa del mundo fuera de España, comunidad que, por consiguiente, contaba con una amplia red de asociaciones culturales –aunque no se tratara de un conjunto armónico– . De este modo, las restricciones a la llegada de refugiados impuestas por la política de gobierno –sobre las que volveremos más adelante– fueron compensadas por una larga tradición migratoria que contaba ya con vías de intercambio consolidadas y por una sociedad civil que propició las posibilidades de entrada que el Estado, por contra, negaba (Macciucci, 2011: 159). Por lo general, revistas como *Sur*, *Crítica*, *La Nación* y la gran variedad de periódicos de izquierda permitieron que siguiesen trabándose relaciones intelectuales entre España y Argentina y, además, constituyeron importantes espacios físicos para la inserción laboral en el destierro, así como las instituciones universitarias, que ejercieron un papel clave para gestionar la invitación que las autoridades locales requerían a quienes buscaban amparo en el país suramericano (Falcón, 2011: 117-118)[83].

[82] Respecto a este tema cabe decir que eran sobre todo dos las organizaciones que se encargaron de que los exiliados españoles recibieran soporte: el Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles (SERE), que dependía del gobierno de Negrín, y la Junta de Auxilios a los Republicanos Españoles (JARE), controlado por Indalecio Prieto; y, en esa época era el SERE que cumplía, en mayor medida, con el objetivo de ayudar a los republicanos que se encontraban en Francia y facilitar su traslado a los países latinoamericanos (Bernecker, 2011: 36-39).

[83] Emilia de Zuleta (2002) alega que el proceso de inserción de los exiliados republicanos se llevó a cabo en el marco de conexiones que se habían restructurado a fondo a partir de la independencia argentina. Con respecto a nuestro trabajo, nos interesa especialmente enfocar nuestra atención en la etapa que va desde 1916, centenario de la Declaración de Independencia, hasta 1936. En efecto, en 1916 los preexistentes lazos cultuales y literarios entre las dos orillas se intensificaron aún más gracias a numerosos viajes y contactos

En este sentido, cabe añadir que, en los años cuarenta, Buenos Aires llegó a ser el centro de las traducciones y de la producción literaria en el área hispánica: en palabras de Fernando Larraz (2011: 129), fue un «incuestionable meridiano de la cultura en español», siendo este otro importante factor que contribuía a consolidar el historial de los vínculos culturales entre España e Hispanoamérica, amén de la fuerte presencia de españoles en el sector editorial, véase las propias editoriales Losada, Sudamericana y Emecé. En el orden ideológico, además, según Alejandrina Falcón (2011: 120), el sentido global que un nutrido grupo de intelectuales argentinos otorgó a la llegada de los republicanos españoles correspondía a un legado moral, traído por estos últimos, que se articulaba en la defensa de la democracia como modelo de convivencia y en la defensa de la ética social republicana. En síntesis, el elemento nuclear para comprender la integración de los republicanos peninsulares en el ámbito cultural argentino sería la existencia de una élite intelectual liberal y antifascista que reconocía a los exiliados como modelo de lucha contra el fascismo. De hecho, así fueron acogidos, en un primer momento, Teresa León y Alberti: como ejemplos de intelectuales al servicio de la libertad. Sin embargo, eso no significa que hubiese un consenso unánime entre los mismos intelectuales del país rioplatense[84] ni que ese equilibrio fuese destinado a perdurar incólume, sobre todo con el comienzo de la era peronista en 1943, como se verá en sucesivas secciones de este trabajo.

Con todo, asentada en la ciudad porteña –y aun teniendo que lidiar con las problemáticas citadas–, la participación de Teresa León en la vida cultural argentina se hizo intensa a partir de las primeras fases, empleando sus energías en la redacción de múltiples artículos y varias conferencias entre 1941 y 1942 y empezando a trabajar, a partir de 1943, en los ambientes del cine y de la radio del país rioplatense. Más allá de las

establecidos por intelectuales españoles como Ortega y Gasset, Eugeni d'Ors, Guillermo de Torre y Amado Alonso, amén de las frecuentes colaboraciones de escritores como Unamuno, Gregorio Marañón, Enrique Díez Canedo y la difusión de obras de autores como Gómez de la Serna y Corpus Barga. Pero, sobre todo, hay que recordar la abundante representación de España en revistas como *Sur*, *Síntesis*, *Nosotros* o *Criterio* en la primera mitad de los años treinta, incluso por medio de la difusión de textos escritos por intelectuales republicanos españoles. De hecho, en aquella década, «no hubo problema, postura ideológica o política, género literario, grupo o figura importante en la escena española que no fuese conocida por los lectores argentinos» (Zuleta, 2002: 31).

[84] Veamos, por ejemplo, el caso de *Sur*: explica Macciuci (2011: 164-165) que si bien es cierto que su directora, Victoria Ocampo, defendió la legalidad de la Segunda República en los años de la Guerra Civil, no es menos cierto que una de las estrategias de la revista era evitar que en sus páginas afloraran las contradicciones inscritas en el frente republicano exiliado, sobre la base de una firme convicción de que el talento artístico-literario garantizase una forma de entendimiento «supraideológico» por encima de las circunstancias históricas, razón por la cual había cierta tendencia a evitar textos muy conflictivos que delataban abiertamente la postura de los autores. Tanto era así que los poemas publicados por Alberti en dicha revista, aunque entraban en una línea testimonial, no tenían el sesgo combativo de su poesía de guerra y, por su parte, Teresa León nunca llegó a publicar algo suyo en *Sur*, pero sí se publicaron algunas reseñas de sus obras.

lógicas exigencias de adaptación –y de subsistencia– en la nueva realidad, destacan en esta etapa de integración cultural los dieciséis artículos publicados por la escritora en la revista *España republicana*, ocho en 1941 y otros tantos en el año sucesivo: en efecto, es un hecho ya de por sí muy representativo de la determinación de la autora de encontrar su lugar en el frente de resistencia contra el recién instaurado régimen franquista y, para más señas, procurando hacerlo a partir de su papel de mujer intelectual comprometida con la lucha para la emancipación de las clases subalternas y con la causa antifascista. De hecho, *España republicana*, fundada en 1918 y activo órgano de prensa del Centro Republicano Español de Buenos Aires, constituía, según María Teresa Pochat (2006: 196), el medio de expresión del colectivo hispánico más directamente conectado con los valores culturales y con el proyecto político de la Segunda República –ya desde antes de 1939 era frecuente la publicación de declaraciones de personalidades destacadas de la política republicana, citadas en discurso directo y en plena toma de decisiones–, amén de una plataforma fundamental para la comunicación de noticias que llegaban de España tanto en materia artístico-literaria como social y económica. Asimismo, se utilizó como vehículo para la recogida de materiales de ayuda en los momentos más difíciles de la contienda civil y de la primera posguerra. Como confirma Fernando Larraz (2020: 133-134):

> *España republicana* desempeñó un papel crucial para orientar la opinión pública argentina –y en particular, la de la comunidad española expatriada– hacia la causa de la república asediada. Después de la guerra, su línea editorial trató de favorecer la socialización de la comunidad republicana en Argentina y el mantenimiento de su cohesión ideológica[85].

Bajo los auspicios mencionados, Teresa León se preocupó, antes que nada, de resaltar el papel de la mujer durante la Guerra Civil como forma de interpretar y generar conciencia acerca de dichos procesos históricos conflictivos, poniendo el enfoque en la experiencia colectiva de las mujeres republicanas empeñadas en la lucha antifascista (Funes, 2020: 155). Para transmitir la idea de una actividad de resistencia, que había de

[85] Aunque estamos comentando el hecho de que muchos entre los exiliados republicanos mantuvieron vínculos con la comunidad inmigrante preexistente que, en su mayoría, había apoyado la causa republicana y que, en el marco de la vida comunitaria bonaerense, participaba a movimientos de solidaridad con la República, es importante tener en cuenta que había un importante elemento diferencial que, no por nada, correspondía a la distinción entre «exiliado» e «inmigrante»: en el primero, la actividad política y la resistencia intelectual tiene el claro objetivo de luchar en pro de un cambio de la situación en España considerada como imprescindible condición para posibilitar el retorno a la península (Scharzstein, 2001: 211-212), objetivo que, de hecho, vertebra los textos de Teresa León que estamos analizando y que no se daba entre los inmigrantes anteriores.

perpetuarse desde las circunstancias del exilio, se antoja como particularmente significativo el hecho de que la autora eligiera retomar historias y figuras simbólicas ya aparecidas en los artículos editados en *El Mono Azul* durante los años de la contienda y que hemos analizado en la primera parte de nuestra investigación. El primero de ellos es «El teniente José. Mujeres en la guerra», publicado en el número de octubre de 1941[86] y centrado en un personaje bastante recurrente en la narrativa de Teresa León de la segunda mitad de los años treinta, o sea la joven mujer de origen humilde, sin educación ni conciencia política previas, que, al estallar la tensión entre las clases opresoras y las clases oprimidas –hemos visto dinámicas narrativas parecidas puestas en relación a la Revolución de Asturias y, sobre todo, en relación al Golpe del 18 de julio–, se une a las milicias populares y decide involucrarse en primera persona en la lucha:

> A los pocos días, Josefa era el «sargento Pepe». Nadie se atrevía a retroceder cuando la doncella guerrera avanzaba. Así fue viviendo el sargento Pepe, vengándose de la muerte día a día, olvidada de su bella presencia, apretados los pechos por el correaje, «al par de su corazón», hasta que una tarde, formado ante la azul mirada de los montes todo su batallón, la voz de su comandante ascendió, por méritos de guerra, al «teniente José». ¡El teniente José! (*apud* Funes, 2020: 166).

El segundo artículo es «Los cazadores de tanques», salido en prensa en diciembre de 1941 y cuyo título remite al homónimo texto aparecido en *El Mono Azul* en diciembre de 1936. Sin embargo, mientras que en este último el protagonismo recae exclusivamente en tres jóvenes milicianos que se distinguen por su valor a la hora de enfrentarse a las fuerzas fascistas –muy especialmente, el burgalés Cornejo, quien se propone demonstrar que «en Burgos hay algo más que traidores como el general Franco» (León, 2007: 91)–, en el caso del artículo de *España republicana*, Teresa León se propuso reivindicar su contribución activa durante la defensa de la República, relatando el hecho de haber sido la primera mujer en subirse a los tanques construidos para la defensa de Madrid:

> Al fin, vuelvo al punto de partida, el tanque se detuvo. Abrieron mi momentánea prisión, y cuando aparecí me envolvieron las sonrisas y las palmadas de los tanquistas. —¿Ves? Esto es la guerra. Como eres la primera mujer que ha subido a nuestros tanques, ten. Y el jefe extendió hasta mis manos, algo temblorosas, la insignia de la Unidad: un tanque diminuto de plata sobre un campo rojo (*apud* Funes, 2020: 167).

[86] Las variaciones con respecto al correspondiente artículo publicado en diciembre de 1936, y titulado simplemente «El teniente José», son mínimas y solamente de carácter formal.

Otro aspecto reseñable corresponde a la metarreflexión acerca del rol del intelectual en tiempos de guerra: en «La guerra y el pensamiento universal», publicado en junio de 1941, la autora aclaraba con gran entereza que el escritor, en una época destrozada por enfrentamientos bélicos de resonancia e interés globales –e incluso con importantes recaídas sobre la población civil– tiene el derecho –y el deber– de no renunciar a pelear discursivamente para la restauración de un equilibrio internacional regido por la justicia social y por la libertad: «A todos los que llegamos del caos europeo nos gustaría que sus nobles inteligencias nos ayudasen a ver más claro en todos estos problemas de pensamiento universal y de conciencia» (*apud* Funes, 2020: 162). De la misma manera, en «Hacia una Ética Impuesta o la Nueva Caballería Andante», salido en prensa en septiembre de 1941, eligió un planteamiento temático muy similar, pero, esta vez, con la idea de denunciar «el bozal que tiene puesto la literatura» (*apud* Funes, 2020: 163) a la hora de expresarse sobre cuestiones que tenían que ver con los españoles exiliados. En este sentido, Teresa León no se refería solamente a la contienda, sino también a la propia experiencia de la diáspora, y apuntaba que: «ser indiferente hoy es ser culpable» (*apud* Funes, 2020: 163).

Además, bajo la dirección del editor y periodista José Venegas, que asumió el cargo en 1939, *España republicana* favoreció el movimiento editorial republicano en Hispanoamérica, conectando directamente con el desarrollo del mercado del libro en estos países. En particular, realizó una verdadera campaña para apoyar el libro republicano en Buenos Aires, dando a conocer su propio listado de obras leales, reseñadas y anunciadas desde sus páginas, y hasta ofreciendo la posibilidad de adquirirlas en la redacción de la revista, siendo todas operaciones que resultaron ser de suma importancia si las consideramos como acciones de oposición a la España falangista y nacional-católica que se estaba consolidando en el interior y que contaba con competitivos y poderosos medios de difusión en la propia Buenos Aires (Larraz, 2020: 134-135). A este respecto, es significativo el caso de *La historia tiene la palabra* (1944), obra de Teresa León editada en una colección divulgada por Venegas y vinculada con *España Republicana*: se trataba de los Cuadernos de Cultura Española del Patronato Hispano-Argentino de Cultura, a su vez, agencia patrocinada por el Centro Republicano Español, cuya función consistía en ayudar a los intelectuales españoles a rentabilizar sus trabajos editoriales (Larraz, 2020: 137). Lo que importa subrayar es que, esta última se configuró como otra plataforma discursiva desde la cual la autora se presentaba, en primer lugar, como activa militante en las operaciones de salvaguardia del patrimonio cultural español de los peligros de la

guerra –es decir, de la ofensiva de los militares rebeldes–; y, teniendo en cuenta la conceptualización de cultura en tanto que constructora de conciencia política e instrumento indispensable para alcanzar la libertad y la emancipación –idea, como hemos visto, de central importancia en los textos redactados durante la contienda civil–, no sorprende que Teresa León insistiera especialmente en subrayar el hecho de que su esfuerzo y su trabajo se estaban llevando a cabo en estrecha colaboración con el pueblo: «En el frente interior [...] se daba la batalla por la cultura [...]. Por eso podíamos pedir a todo ciudadano su colaboración para edificar el futuro. Mientras las bombas, alrededor nuestro, destruían el presente» (León, 1977: 46).

El folleto, de clara vocación testimonial[87], se podría dividir en cuatro líneas argumentales: fundamentalmente, la exposición de la devastación de la guerra y de la violencia fascista en Europa, la defensa y elogio del pueblo español, la presentación de datos e informaciones –también de carácter meramente técnico-burocrático– sobre la Junta del Tesoro Artístico y la política cultural del Gobierno republicano y, finalmente, la narración de la experiencia de la autora en las operaciones de salvamento. Concretamente, hablamos de tres operaciones llevadas a cabo entre julio y noviembre de 1936: la evacuación de los lienzos del Greco desde Toledo hasta Madrid, la de algunas obras del Escorial y la de los cuadros del Museo del Prado, trasladados a las Torres Serrano de Valencia. A partir de ahí, Teresa León, como confirma Barbara Greco (2020a: 129), «engloba su experiencia individual en una dimensión colectiva, en un testimonio que es un acto político necesario, de resistencia y de reivindicación de una conducta ejemplar, la del pueblo español»; un pueblo, como recuerda la misma Teresa León,

[87] En opinión de Pascale Peyraga (2008: 123-124) el propio título de *La Historia tiene la palabra* sugiere la voluntad de colocar la Historia como sujeto de la oración –con la consiguiente ocultación de la fuente de enunciación subjetiva del relato– creando, de ese modo, la ilusión de reducir la distancia entre el elemento factual y su formulación discursiva: de hecho, algunos fragmentos del relato generan un efecto de objetividad por medio de una focalización externa, llevando implícito que es la Historia que se hace cargo de su propia enunciación sin algún tipo de mediación. Además, se recurre con cierta frecuencia a intertextos que le confieren más verosimilitud a la obra –concretamente, documentos oficiales como el informe enviado a la Junta de Valencia, el contrato entre el Greco y el Hospital de la Caridad de Illescas, escritos de personajes históricos como Alfonso X el Sabio, artículos periodísticos–. No obstante, añade Peyraga (2008: 125) que «tales voces son minoritarias en un relato dominado por la subjetividad testimonial de María Teresa León, subjetividad que, paradójicamente, se convierte rápidamente en garante de la autenticidad del relato […]. Así pues, el hecho de poner de relieve la triple función de María Teresa León, como narrador, y sobre todo como testigo y actor del evento, asienta la veracidad de los hechos relatados […]. De la misma manera, si confiesa incertidumbres, fallos de la memoria, es para mejor valorar las fechas, las aseveraciones y los hechos aducidos sin la más mínima vacilación. Tras estas consideraciones, si volvemos a cuestionar el enunciado original, "la Historia tiene la palabra", y lo cotejamos con la enunciación efectiva dentro del relato en el que, en realidad, "María Teresa tiene la palabra", nos percatamos de que la narradora se halla en una situación de mera variante paradigmática de la Historia. Su doble calidad de actor y de narrador milita en este sentido: portavoz de la Historia en calidad de escritora, es también –en menor grado– representativa de la Historia por ser actor privilegiado del acontecimiento histórico relatado».

«recién nacido a la libertad el día 14 de abril de 1931» (1977: 21) y ahora convertido en símbolo de la lucha antifascista. Era en nombre de la legitimidad antifascista que la escritora invitaba a no rendirse ante la derrota ya que, como quiso reiterar, el colectivo republicano «no puede descansar sin saber que está acompañado por la razón, y no cede hasta que se lo otorgan. Y no cederemos» (1977: 18). El tono firme y combativo de esta declaración respondía, en buena medida, a una estrategia comunicativa dotada de una importante función cohesiva que, teniendo en cuenta la colección donde se publicó la obra, estaba destinada expresamente a la comunidad republicana exiliada.

Pero, no solamente eso, sino que también se trataba de un texto caracterizado por una evidente –y explícita– componente reivindicativa: en efecto, afirma Núñez Molina (2021: 628-629), entre los objetivos del discurso de Teresa León había el de desmentir la propaganda franquista que había acusado a los republicanos de estar llevando a cabo un saqueo o un *expolio* del patrimonio artístico español –«jamás el Gobierno ni el pueblo español pensaron en vender o hipotecar su patrimonio artístico» (León, 1977: 64)– y, paralelamente, había que aclarar las motivaciones y los criterios por los cuales se había puesto en marcha la evacuación del Museo del Prado[88] en el contexto de un debate internacional iniciado cuando la Guerra Civil estaba todavía en pleno desarrollo y que dio paso incluso a visitas de expertos de arte extranjeros justamente con la finalidad de comprobar la validez y la eficacia de las medidas tomadas por el Gobierno de la República[89].

Volviendo al caso de Max Aub, la persecución policial, la detención y los campos de concentración llegaron a ser algo más que un riesgo. De manera similar a la pareja Alberti-León, la fuerte trama de relaciones y amistades con intelectuales o hispanistas franceses –en este sentido, parece que fue especialmente decisiva la ayuda de Malraux a cambio del montaje de *Sierra de Teruel*– le permitieron sobrevivir un tiempo, aunque desprovisto de un regular permiso para residir en la capital francesa, obstáculo este último

[88] Para cumplir con este objetivo, al final del texto, se añadió un apéndice documental en el que se reproducían órdenes y decretos ministeriales que acreditaban las políticas culturales aprobadas por el Gobierno republicano.

[89] Para entrar más en detalle, se trató de la visita de sir Frederic Kenyon –ex director del British Museum– y de James G. Mann –conservador de la Wallace Collection– ambas acaecidas en agosto de 1937. Durante nueve días examinaron los trabajos realizados en Cataluña, Valencia y Madrid y, finalmente, emitieron un informe satisfactorio para el Gobierno (Núñez Molina, 2021: 629). También en este caso, y en línea con las finalidades pragmáticas de este testimonio, Teresa León quiso subrayar que si esa labor asombró a Kenyon fue «porque el pueblo había comprendido la política de salvamento de los tesoros nacionales que proponía la Junta» (León, 1977: 61) y que la España republicana había dado prueba de que «la más segura garantía de conservación de las obras de arte y monumentos reside en el respeto y cariño que el pueblo les tenga» (León, 1977: 61).

que ni sus contactos ni su nacimiento en París pudieron contribuir a reglamentar (Malgat, 2007: 84-85). Una denuncia anónima transmitida al Ministerio Francés de Asuntos Exteriores por José Félix de Lequerica, embajador franquista en París, y fundamentada en una serie de falsedades –ser judío, alemán, naturalizado español durante la Guerra Civil por un gobierno «rojo» y, sobre todo, militante comunista– provocó su detención el 5 de abril de 1940 en el estadio Roland Garros para acabar, el día 30 de mayo, en el campo de concentración de Vernet d'Ariège, del que salió a finales de noviembre gracias a las gestiones de Gilberto Bosques, cónsul de México en Marsella[90]. Residió fundamentalmente en esta ciudad –en un contexto político aún más tenso, dada la insaturación del Régimen de Vichy– hasta que, el 3 de septiembre de ese mismo año, otra denuncia causó su detención y su segundo traslado al campo de Le Vernet. El 27 de noviembre fue embarcado en las bodegas del Sidi Aicha y llevado desde Port Vendrès hacia Argelia, y desde diciembre de 1941 hasta el 8 de julio de 1942 permaneció en el campo de concentración de Djelfa (Soldevila, 1999: 38-40). Para conocer los pormenores de su salida del campo argelino transcribimos el pasaje de una carta fechada 12 de agosto de 1970 y dirigida por Aub a Rafael Prats Rivelles, a su vez reproducida por Aznar Soler en su última edición de los diarios del escritor:

> Me medio escapé de este último, porque no se puede llamar escapar teniendo la complicidad de uno de los guardianes principales, en este caso, la de un policía degaullista; lo que me hizo perder el barco que me tenía que llevar a Norteamérica fue una detención de unas horas en Uxda, en la frontera entre Argelia y Marruecos, y no poder utilizar un afidávit, de John dos Passos, y tener que vivir encerrado –escondido– en una maternidad judía de Casablanca durante tres meses porque el cónsul de los Estados Unidos no quiso revalidarme la fecha de salida. Todavía vi salir el barco (*apud* Aznar Soler, 2023: 10).

Al cabo de estos convulsos acontecimientos, el 10 de septiembre de 1942, Max Aub logró embarcar en Casablanca en el Serpa Pinto para llegar, finalmente, a la ciudad mexicana de Veracruz el día 1 de octubre. Por lo general, los años de adaptación fueron muy duros: a parte del desconocimiento total de la realidad del país americano –para Aub se trataba de la primera experiencia directa en el continente–, la necesidad inmediata, otra vez, de encontrar una fuente de ingresos, posiblemente estable, le empujaron a aceptar

[90] Según lo que refiere Sánchez Zapatero (2014: 223), la estancia en Vernet de Aub se extendió debido a la falta de ayuda del SERE, controlado por los comunistas, que no hizo ningún tipo de esfuerzo para posibilitar su liberación. Dicha experiencia, como se ha comentado, se antojó como muy distinta de la vivida por Teresa León, quien, en cambio, sí recibió apoyo por parte del partido al que estaba afiliada en el contexto de las múltiples dificultades y de la peligrosa precariedad de su exilio francés.

trabajos de redacción de prólogos, traducciones, reseñas, amén de tareas editoriales de vario tipo y adaptaciones cinematográficas –recordamos, además, que en 1943 se afilió al Sindicato de Trabajadores de la Industria Cinematográfica y, en 1944, fue nombrado secretario de la Comisión Nacional de Cinematografía–[91] (Aznar Soler, 2023: 8-10).

Sin embargo, los obstáculos encontrados no ablandaron sino que reforzaron la lucha intelectual abanderada durante la Guerra Civil –y mantenida también en su estancia en el territorio galo– puesto que, una vez establecido en México –y ya partir de las primerísimas fases–, trató de buscar medios y plataformas –y, sobre todo, unos interlocutores– para seguir con el empeño asumido en tanto que escritor español republicano, es decir, generar cohesión alrededor de los principios políticos democráticos defendidos desde 1936. Todos estos aspectos los vemos muy bien reflejados en «El turbión metafísico», una conferencia pronunciada el día 5 de octubre de 1943 en el P.E.N Club de México y publicada en el mes de diciembre, para más señas, en el periódico *El Socialista* de México, semanario notoriamente implicado a favor de los derechos de los trabajadores[92]. De forma similar a lo que hemos observado en el caso de Teresa León, se percibe muy claramente una idea de «continuidad en la lucha», aspecto evidente a partir de las primeras frases, centradas en el papel de los escritores en relación con su tiempo histórico y que retoman muchas de las reflexiones ya expuestas en dos de los artículos

[91] Por lo general, se ha comentado que las políticas gubernamentales de la presidencia cardenista facilitaron la acogida de los exiliados españoles, y hasta se puede afirmar que la actitud de México en apoyo a los refugiados no es comparable a la de ningún otro país. Esto se ve también en la creación de espacios culturales y educativos con el objetivo de favorecer la recepción, véase, solo por mencionar un ejemplo, la Casa de España, centro de investigación y creación fundado en 1938 y deputado a recibir a los artistas republicanos para sucesivamente ser convertido en El Colegio de México (Lida, 2011: 23). Sin embargo, no hay que perder de vista dos hechos importantes: primero que, a la hora de socorrer a la mayoría de exiliados y propiciar la evacuación a México, fueron fundamentales los aportes del SERE y del JARE –y, por un tiempo, incluso para financiar parte de los proyectos culturales de los refugiados y crear lugares de trabajo se utilizaron, en buena medida, los fondos de la República española, y, en segundo lugar, la evidencia de los contrastes profundos y de las contradicciones que acompañaron el itinerario de inserción. Clara E. Lida (2011: 24) confirma que los españoles exiliados pasaron «de una España en creciente desarrollo, con una intensa vida cultural, y de una República que se concebía paladín de la democracia política, a un México que, en su mayoría, era [...] predominantemente agrario y en proceso apenas incipiente de despegue material, cultural y científico [...]. Si bien al cabo de largas décadas el país dejó de ser rural para transformarse en urbano e industrial, con un importante crecimiento educativo, y con aperturas y cambios políticos cada vez más evidentes, en los primeros lustros, el proceso de adaptación del refugiado a un nuevo entorno extraño fue lento, difícil, a veces hostil». A este respecto, también hay que tener en cuenta otras dos vertientes: en el caso de la clase intelectual, la imposibilidad de intervenir directamente en asuntos que tenían que ver con la política interna mexicana –y lo veremos por medio del análisis de «Librada», publicado en *Sala de Espera* en marzo de 1951 y vuelto a editar en volumen en 1965, resultando incluido en la colección *Historia de mala muerte*– y, en segundo lugar, la compleja y diversificada sociología del destierro mexicano –factores que mencionaremos al aludir a «La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco», cuento editado por vez primera en la colección *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco y otros cuentos* (1960)–.

[92] El texto correspondiente ha sido incluido también en *Hablo como hombre*.

publicados en plena Guerra civil –en particular, nos referimos a «Héroes. De Byron a Malraux» y a «Las cosas como son. Los escritores y la guerra», analizados en la primera parte de nuestro estudio–. En ese sentido, Max Aub hizo hincapié en la necesaria implicación de los intelectuales en la realidad política de su tiempo, denunciando la actitud de quienes optaron por aislarse en la indiferencia o en la complacencia «alzándose de hombros, se autoerigieron un monumento en las nubes» (Aub, 2002a: 47).

Para argumentar esta toma de postura, el autor se refirió, de manera muy sintomática, al hecho de que «en nuestra época, el pacifismo es el más cruel de los engaños. Si un escritor se empeña en no ser hombre de su tiempo, sin vuelo necesario para serlo de todos, ni es hombre, ni es escritor» (Aub, 2002a: 47-48). Aludiendo a la imagen de la paz como «engaño cruel» se trataba, en resumidas cuentas, de volver a llamar la atención sobre el carácter conflictivo de la Historia y, muy especialmente, de esta primera mitad del siglo XX, espacio enunciativo desde el que hablaba Aub. Se trataba, no solamente de dejar patente la violencia causada por las acciones bélicas, sino también de visibilizar las desigualdades, nombrar los abusos de poder y las dinámicas de explotación, denunciar las frecuentes situaciones en las que se menoscababan incluso los derechos humanos más básicos. Crear conciencia de la realidad, entonces, tenía que ser el primer paso: porque para llegar a construir una paz verdaderamente igualitaria, condición que el autor afirmaba creer posible, «es necesario transformar las condiciones en que vive el hombre» (Aub, 2002a: 50). Por eso, a pesar de todo, se encontraba muy lejos de la rendición o de la claudicación, porque, como reiteró, «duro es nuestro porvenir, pero no por eso deja de serlo» (Aub, 2002a: 49). O sea, permanecieron firmes su esperanza y su confianza en el hecho de que todavía merecía la pena luchar: precisamente esa voluntad de concienciación crítica y de movilización social que se desprende de las palabras de Aub, como veremos, resultarán reveladoras de muchas de las claves ético-estéticas de la trayectoria narrativa que analizaremos a continuación.

4.1 Repensar la colectividad: *Morirás lejos* (1941) y *No son cuentos. Primera serie* (1944)

Al hilo de estas premisas, quizás una de las pruebas más significativas del compromiso intelectual de Max Aub, en tanto que republicano español y ciudadano europeo, la encontramos en el hecho de que incluso en el periodo de internamiento –y, en

general, en toda su etapa exílica francesa– su actividad de escritura siguió siendo constante, llevándolo a apuntar notas y fragmentos en prosa o en versos en libretas, agendas o, a veces, en pequeños cuadernos recuperados en Le Vernet o en Djelfa. Las numerosas tachaduras y los borrones encontrados, así como el hecho de que estos mismos materiales comenzaron a ser reelaborados por Aub nada más salir del laberinto concentracionario y llegar a México, demuestran el esfuerzo y la firme intención mantenida por el autor para que su testimonio llegara al público de su inmediato presente y para que llegara de la forma más eficaz y funcional posible[93]. Esto era, al parecer, lo más importante: las impresiones que tuvo y las ideas que elaboró acerca de la conflictiva realidad que atravesaba –y conectaba– España y Europa tenían que ser comunicadas a los demás y, sobre todo, tenían que impulsar un esfuerzo y un compromiso colectivo. Las palabras tenían que convencer por medio de la razón y de la legitimidad histórica, no hechizar ni obnubilar: es decir, había que hacer hincapié en lo racional, explicar, argumentar, dirigirse a las conciencias de quienes estaban llamados a resistir en aquella específica coyuntura. En segunda instancia, había que hablarle claro al poder, pero no a un poder cualquiera: había que dirigirse a quienes, en el marco de las tensiones políticas estalladas a partir del 1 de septiembre de 1939 representaban, al menos en línea teórica, los mismos ideales políticos y sociales defendidos por la Segunda República, o sea, las democracias occidentales. Por otro lado, el considerable cuidado puesto por Aub en estos procesos creativos hizo que, de un mismo texto, se elaboraran distintas versiones –y, con el paso de los años, varias ediciones–. Cabe aclarar, sin embargo, que los comentarios a menudo contradictorios del autor hacen que sea difícil reconstruir con exactitud absoluta el proceso de gestación y creación de sus obras, y esto a pesar de que muchos de sus manuscritos han sido conservados con la fecha y el lugar de redacción apuntados en su

[93] Con respecto al proceso compositivo aubiano, Javier Lluch-Prats (2011: 232-233) afirma que, en términos generales, los manuscritos del autor de *El laberinto mágico* exhiben las huellas de las distintas fases de su itinerario de redacción. Los cuadernos de Aub solían estar compuestos por medio de la disposición de distintos fragmentos inconexos que, sucesivamente, el escritor montaba y organizaba aprovechando, además, otras notas que insertaba según su pertinencia –por ejemplo, por la presencia de personajes, temas o espacios comunes–. Para profundizar en esto, es útil consultar otros trabajos del mismo Lluch-Prats, como «Un manuscrito del taller de Max Aub», *Olivar*, núm. 3, 2002, pp. 117-144; «Escritura en estado provisional: planes para una novela sobre el exilio», *El correo de Euclides*, núm. 1, 2006, pp. 293-303; «Moviendo ficha: acerca de los personajes de las galerías laberínticas», *El correo de Euclides*, núm. 2, 2007, pp. 76-90. Para una aproximación más amplia a cuestiones teóricas fundamentales que tienen que ver con la génesis textual y los diferentes pasajes de preparación de una obra literaria, mencionamos, los ensayos de Lluch-Prats, «Los estudios de génesis textual» y «La edición de textos (y pre-textos) de la literatura española contemporánea» ambos contenidos en Aurélie Arcocha Scarcia, Javier Lluch-Prats, María José Olaziregi Alustiza (eds.), *En el taller del escritor: génesis textual y edición de textos*, Universidad del País Vasco, Lejona, 2010.

momento por el propio Aub, como ya se ha comentado a propósito de *Campo cerrado*. Vemos como, por ejemplo, en 1968 afirmaba:

> No soy un escritor fácil. No hay un solo texto mío que no haya pasado al menos por cuatro versiones. Porque he leído, releído y vuelto a leer y sobre todo vuelto a edificar. Escribo a mano, luego dicto a la máquina, corrijo a mano y luego dicto en voz alta, porque hay repeticiones, concordancias, un sinfín de cosas que me molestan. Y aun así... (*apud* Nos Aldás, 2011: 97).

En otra declaración llegó a decir prácticamente lo contrario: «Todo en cárceles y campos era nuevo para mí y pasé el tiempo tomando notas que en su mayoría no llegaron nunca a más; algunas notas, puestas en hilera dieron cuentos o *Campo francés*» (*apud* Nos Aldás, 2011: 97). Precisamente la primera colección de cuentos publicada en el exilio –que incluye mucho más que las «notas puestas en hilera» mencionadas en la cita– es especialmente relevante a la hora de medir la profundidad de la reflexión aubiana y la firmeza moral de los objetivos a los que hemos aludido. De hecho, se trataba de objetivos que solo podían ser alcanzados ahondando, sin reservas, en la extremada complejidad –en su sentido etimológico de «múltiple»– de la realidad delineada entre 1939 y 1945, apuntando, sobre todo, a sacar a la luz aquellos matices de realidad que evocaban el cambio histórico promovido por los republicanos, problematizándolo en relación con las numerosas dinámicas de poder que intervenían en aquellos años de lucha global, tanto a un nivel «micro» –dentro de la propia comunidad republicana– como a un nivel «macro» –transnacional–. Titulada *No son cuentos* y publicada en 1944, esta obra se distingue justamente por la amplia variedad de temas –que la crítica suele clasificar en tres macrocategorías, es decir, la guerra, los campos de concentración y el exilio–[94], de situaciones –pero todas selladas por la contraposición entre la operatividad del poder y unos posibles sujetos de transformación política–, de ambientaciones –España, Francia y México– y de circunstancias de escritura –según las fechas que aparecen en los

[94] La distinción en tres bloques a la que nos referimos suele aplicarse a todo el conjunto de textos incluidos en la narrativa breve del ciclo *El laberinto mágico*. En la edición publicada en 1995 por la editorial Alba, titulada *Enero sin nombre. Los relatos completos del Laberinto mágico*, Javier Quiñones propone precisamente esta subdivisión por un total de treinta y cuatro relatos. Lo mismo hacen Lluís Lorens Marzo y Javier Lluch Prats en el volumen *Max Aub. Los relatos de El laberinto mágico. Obras completas (Vol. IV-B)*, publicado en 2006 por Biblioteca Valencia en el marco de la reedición de la obra completa del autor dirigida por Joan Oleza Simón. Finalmente, el propio Manuel Aznar Soler mantiene esta clasificación en sus numerosos estudios sobre la obra del autor. Además, cabe añadir que el volumen que utilizamos en el ámbito de nuestro trabajo sobre *No son cuentos*, titulado *Yo no invento nada (Relatos de El laberinto mágico). Cuentos completos I* y publicado por Cuadernos del Vigía en 2020, retoma el mismo criterio.

manuscritos[95], hay relatos escritos todavía en territorio francés y otros escritos recién llegado a América–. Con lo cual, el conjunto de estas narraciones no solamente abarca las preocupaciones fundamentales del intelectual Max Aub y las distintas tonalidades pragmáticas inscritas en el discurso de aquel entonces, sino que los propios actos de escritura de estos textos fueron marcando cronológicamente los momentos cruciales de esta primera etapa del exilio.

La voluntad de trascender el espacio narrativo, de trasmitir un testimonio que incida en lo factual –bien visible ya a partir del título de la colección, tan escueto en su forma como contundente en su significado– se forjó en la elaboración de estos siete relatos inéditos pero también en la decisión de incluir «El cojo», escrito y publicado en plena Guerra Civil con el intento de legitimar el modelo estatal republicano en un momento en que el autor conservaba todavía concretas esperanzas de ganar la contienda civil. El hecho de recuperarlo en 1944, por lo tanto, parece ser la primera de las numerosas muestras de la vigencia de la causa republicana más allá de la derrota en 1939, de la plena actualidad de sus contenidos políticos y de la renovada confianza en la perspectiva de «ganar la guerra» –esta vez, obviamente, la guerra mundial– para que la organización del campo social pasara a ser normativizada por valores éticos verdaderamente democráticos. En términos de intenciones pragmáticas, tampoco hay que pasar por alto el contexto editorial en el que los textos aubianos vieron la luz. En efecto, *No son cuentos* fue publicado bajo el patrocinio del Fondo de Cultura Económica, institución fundada en México en 1934 por Daniel Cosío Villegas y Eduardo Villaseñor y que, junto con la Casa de España y la UNAM sirvió para canalizar el empeño y los recursos intelectuales de los refugiados españoles, cuya llegada imprimió un decidido cambio en el giro evolutivo de la editorial (Larraz, 2018: 170). Pero, hay algo más, ya que la obra de Aub se publicó en una colección particularmente relevante, Tezontle, «quizás, la más importante para las letras del exilio republicano de 1939» (Larraz, 2018: 177): fundada en 1940 por Francisco Giner de los Ríos, fue llevada adelante gracias a la colaboración de Joaquín Díez-Canedo y de otros muchos artistas desterrados, quienes colaboraron realizando ilustraciones y viñetas para las cubiertas, como, por ejemplo, José Moreno Villa, José Renau –quien se ocupó del diseño de portada de *No son cuentos*–, Elvira Gascón, Vicente Rojo y Remedios Varo entre otros, dando, de ese modo, un sentido de esfuerzo coral en la estela de la

[95] Los títulos de los cuentos de esta colección serán mencionados especificando la fecha de redacción indicada por el autor.

recuperación del patrimonio cultural de la España prefranquista y de la reivindicación de voces y personalidades artísticas ahora proscritas[96].

Mucho de lo comentado acerca de la envergadura histórica y de la voluntad militante de las narraciones aubianas puede ser puesto en estrecha relación con *Morirás lejos*, la primera colección de cuentos publicada por Teresa León tras su desembarco en Buenos Aires, concretamente, en 1942. También en este caso, las circunstancias editoriales resultan indisociables del valor simbólico de la obra: la empresa que se ocupó de la impresión de *Morirás lejos* fue Americalee, un sello de marcado perfil político, ya que se insertaba en una corriente de cultura libertaria que contaba con una discreta difusión en los años cuarenta. Esto permitió establecer de inmediato una línea de continuidad con el activismo ideológico de *Contra viento y marea*, editada por la Editorial Aipé, órgano gestionado por la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores, a su vez, fundada en 1935 por Aníbal Ponce y dotada de una clarísima identidad antifascista (Ferris, 2017: 271). Es sintomático el hecho de que, en el título de la colección, la autora decidiera remarcar su sentido de pertenencia a la España republicana, evocada por aquel adverbio de lugar que no admite dudas. Federica Cappelli (2020: 425) asevera que la idea que está detrás de *Morirás lejos* remite precisamente al temor de morir en un país extraño –una tierra que el exiliado ni siquiera sabía cuál iba a ser–, conectándose así con la idea de precariedad y provisionalidad típica sobre todo de esta primera fase del destierro. De forma similar a Aub, tampoco la colección de Teresa León presenta material totalmente inédito –aunque en proporciones diferentes con respecto al escritor asentado en México–: a las ocho piezas de nueva factura, Teresa León añadió, con algunas variaciones estilísticas, las diez aparecidas en *Cuentos de la España actual* y, según González de Garay (2008: 60), la mezcla con los textos inéditos produjo un resultado plenamente coherente porque reflejaban las mismas preocupaciones sociales.

[96] En un estudio panorámico sobre las editoriales y las colecciones del exilio, *Editores y editoriales del exilio republicano de 1939* (Renacimiento, 2018), el mismo Fernando Larraz (344-345) explica que estos proyectos colectivos –como podían ser las editoriales, algunas instituciones culturales y las revistas– cubrían las dos necesidades más inmediatas de los exiliados: crear espacios simbólicos útiles a preservar un pensamiento y una cultura en riesgo de desintegrarse por su extraterritorialidad y por ser reprimidos en España y, por otro lado, la exigencia de incorporarse en los sistemas culturales de los países de acogida y encontrar así un medio de supervivencia. Muy especialmente –y lo estamos viendo en el caso de Tezontle, es sobre todo el catálogo el elemento que visibiliza las dos vertientes que acabamos de comentar –y sus recíprocas contradicciones– siendo el espacio donde se objetiva la estrategia política de la editorial y la voluntad del editor de «conseguir conectar con la identidad que los miembros de determinados grupos adquieren a través del acto de lectura» (Larraz, 2017: 345). Por lo tanto, resulta llamativo el hecho de que Max Aub fuera uno de los escritores que más contribuyó precisamente al catálogo de Tezontle, llegando a publicar un total de catorce títulos.

Las tensiones del Bienio Negro y del octubre asturiano, las problemáticas de explotación, miseria y represión que afectaban a muchos países americanos –conciencia, como hemos comentado, asumida con motivo del viaje realizado por la pareja Alberti-León en 1935– se renovaron, desde el punto de vista de la autora, con idéntica urgencia en la coyuntura mundial de principios de los cuarenta así como volvieron a ser necesarios el tono persuasivo y la consecuente llamada a la acción en un presente que se percibía como igual –o más– de conflictivo. Prácticamente en todos los relatos hay un antagonismo que estalla, un contraste violento o una contradicción que desgarra la convivencia de la colectividad representada: este punto de ruptura es el elemento fundamental precisamente por ser lo que posibilita el dinamismo de la Historia, necesario –y considerado no solamente como deseable, sino también como verosímil– tanto en la época de los *Cuentos de la España actual* como en la de los textos más recientes. En efecto, Joaquín Marco (1979: 15) habla de *Morirás lejos* como de unas historias crispadas, convulsas, de las que se desprende la «esperanza revolucionaria». En parecidos términos se expresa también Estébanez Gil (2003: 154), quien se refiere a la base realista de los cuentos como elemento clave para formular una invitación finalizada a que los lectores se sumaran al esfuerzo colectivo dirigido a conseguir una nueva organización de la sociedad. Y, tanto en 1936 –cuando las expectativas de solucionar la injusticia social habían terminado concretándose en el gobierno del Frente Popular–como en 1942 –cuando la perspectiva de restablecer aquel mismo modelo de estado se había convertido en la meta de los exiliados republicanos–, lo que siguió ocupando el primer plano del discurso de Teresa León hasta convertirse en el eje vertebrador de su propuesta política fue el paradigma de la lucha de clases[97].

[97] Por otra parte, esta perspectiva de la autora y, en particular, la subdivisión en clave dicotómica de los personajes en dominadores y dominados, se ajustaba al pie de la letra al diagnóstico realizado por Marx y Engels sobre las relaciones sociales en el siglo XIX. Adaptándose a la coyuntura concreta de su época, Teresa León representaba la lógica interna de la Historia siempre a partir de las bases conceptuales explicitadas en el propio *Manifiesto del Partido Comunista* (1848): «Toda la historia de la sociedad humana, hasta la actualidad, es una historia de lucha de clases [...]; en una palabra, opresores y oprimidos, frente a frente siempre, empeñados en una lucha ininterrumpida, velada a veces, y otra franca y abierta [...]. La moderna sociedad burguesa [...] no ha abolido los antagonismos de clase. Lo que ha hecho ha sido crear nuevas clases, nuevas condiciones de opresión, nuevas modalidades de lucha, que han venido a sustituir a las antiguas» (Marx y Engels, 2020: 37). La capacidad del sistema capitalista –puesta en evidencia en esta cita– de renovarse continuamente, fraguándose en nuevas formas de explotación, era justamente lo que fundamentaba la necesidad advertida por Teresa León, de seguir aplicando este paradigma a la reflexión –y a la representación narrativa– a lo largo de distintas épocas, manteniendo intacta, por lo menos en sus principios teóricos básicos, su vigencia.

4.1.1 Estructurar el campo social

El motivo de la confrontación, violenta y a menudo saturada de contradicciones, es lo que entreteje el hilo argumental y el ritmo narrativo de «Cota» (Vernet d'Ariège, 1940), relato de Max Aub aparecido por primera vez en *No son cuentos*. Ambientado durante la batalla de Teruel, el texto reproduce la preparación y la puesta en marcha de un ataque bélico a cargo del batallón guiado por el comisario Julio Guillén, delineando así un escenario que aparece con escasa frecuencia en la obra aubiana, mucho más proclive a representar la guerra desde la retaguardia (Quiñones, 1994: 23). Este rasgo de «excepcionalidad» enfatiza la semántica connotativa de la situación descrita que, precisamente por ser una «actuación», consigue, como efecto prioritario, iluminar el papel de los agentes y las consecuencias acarreadas. En efecto, la voz narradora, focalizada en la perspectiva del jefe republicano, delinea a los sujetos implicados en el combate como «mancos, cojos, muertos por un cochino interés –el de ellos– y por tu fe en los hombres» (Aub, 2020: 53). Y si el fin no justifica los medios, en este caso, la finalidad viene a ser precisamente lo que marca la diferencia, en términos éticos y morales, entre la intencionalidad ofensiva de los rebeldes, o sea, la conquista de un poder que solo ha de servir los intereses personalistas de las oligarquías –el «cochino interés» de los latifundistas, la aristocracia, el ejército, el clero– y la postura defensiva animada por la «fe» inquebrantable en un proyecto construido por y para los hombres, es decir, regido por valores democráticos tanto en sus medios –libres elecciones en vez de una imposición de fuerza– como en sus fines –justicia e igualdad social en vez de disparidad de privilegios–.

En ese sentido, la voluntad que subyace a la acción bélica se tiñe de otra tonalidad, ya que no se limita al objetivo de hacerse con el dominio: «todos los que hacen la guerra quieren acabar cuanto antes y vencer; hasta el día del mejor método: moler al adversario» (Aub, 2020: 50). Lo que aquí se pone en evidencia es cómo la brutalidad desatada en el marco de la Guerra Civil –básicamente la retórica de la «cruzada de liberación nacional» abanderada por los ganadores de la contienda– no mirase solamente a instaurar un nuevo orden político, sino a erradicar lo que no se consideraba alineado –o, peor aún, opuesto– con respecto a los intereses hegemónicos, «el bien común de la nación». En nombre de los valores eternos de España había que eliminar el comunismo, el anarquismo y el separatismo, los «cánceres» del país y así sanear el cuerpo del Estado. Como ya hemos

destacado, es Traverso (2010: 26) quien observa que dicha estrategia no era invención exclusiva del ejército de Franco, sino que entraba en una tendencia más extendida que justificaba la violencia como instrumento necesario para curar el organismo enfermo de la sociedad, algo que permitiría establecer una correspondencia –aunque no una exacta homología histórica– con la llamada «conquista del espacio vital» (*Lebensraum*) en el Este de Europa por parte de la Alemania nazi, una estrategia fundamentada en una serie de medidas de «limpieza», como la eliminación de las élites políticas, militares y culturales de los territorios ocupados –véase, por ejemplo, Polonia– o el exterminio de los judíos. Salvando las evidentes distancias entre las dos operaciones –y las especificidades de cada una– hay que observar que, en cuanto al tratamiento del «otro» adversario, lo que une la Guerra Civil a la ocupación alemana durante la Segunda Guerra Mundial no era una simple correspondencia cronológica, ya que las retóricas de «purificar a España de los rojos» y la de curar la «enfermedad judía» que perjudicaba Europa revelaban un universo mental similar y categorías de análisis compartidas[98]. En efecto, lo que acabamos de comentar acerca de la «semántica connotativa de la acción», del papel de sus agentes y de la gravedad de sus consecuencias, se inserta en la óptica de una confrontación que involucraba a toda Europa:

> La cartuchera repleta le da la sensación de que la República carbura, de que le hacen caso y protegen; le parece que todos los sufrimientos acaban, que hay aviones, que hay artillería, que hay tanques para dar y vender; el apoyo del mundo tantas veces prometido y vuelto leche condensada, lo siente vivo en su cargada

[98] Encontramos un eco de estas consideraciones en *Campo del moro*, novela publicada originariamente en 1963 y enfocada en las últimas semanas de la batalla de Madrid y en el Golpe del coronel Casado. A través del personaje de Julián Templado se deja absolutamente claro que: «Si Franco hubiera querido acabar la guerra, hace meses, con garantizar la vida y la libertad de los republicanos que se quedaran y no estorbar la salida de los que quisieran irse, todo arreglado [...]. Pero es precisamente lo que no quieren los franquistas. Los liberales tienen como principio dejar vivos y coleando a sus opositores. Los otros los prefieren difuntos» (Aub, 2019a: 106). Desde la distancia temporal que acompañó la redacción de esta obra, lo que le importaba a Aub era poner de manifiesto la crueldad de la represión y su rol crucial en el proceso de redefinición de la España de posguerra, reiterando una vez más el hecho de que el final de la contienda no supuso el restablecimiento de la paz, sino la imposición de la victoria, argumentación que retomará al año siguiente justamente para contrarrestar la propaganda de la «concordia y de la reconciliación nacional» con la que el régimen celebrará, a partir de 1964, el aniversario del 1 de abril. El artículo titulado, no por nada, «Veinticinco años de paz», publicado por Aub con motivo de dicha recurrencia en *L'Espoir*, revista de la CNT dirigida en Toulouse por Federica Montseny –posteriormente recogido en *Hablo como hombre*–, empieza con las siguientes palabras: «¿Qué paz? No hablemos de la de los cementerios. Pasa, aunque parezca mentira. Los veinticinco años de paz que ha hecho reinar el general Franco, es una paz exclusivamente suya, personal [...]. Que yo sepa el general Franco no pactó con sus enemigos, ni existieron más rendiciones incondicionales que las exigidas a desarmados prisioneros» (Aub, 2002: 243). Retomaremos la crítica específicamente dirigida por Aub en contra de la hipocresía inscrita en la retórica de los «Veinticinco años de paz» franquistas a la hora de referirnos a otra novela del *Laberinto*, Campo francés (1965).

> cintura, que le asegura que ya han entendido su razón: «Hay material». Luego rectifican: «Habrá material» (Aub, 2020: 50).

En la época de redacción del relato, el cometido del mundo, rehuido o postergado indefinidamente –como se evidencia en ese intercambio de opiniones y de sensaciones entre algunos soldados republicanos–, asume la relevancia de una reclamación de colaboración en pro de la lucha por parte de quienes, en la época de redacción del relato, ya no eran combatientes sino exiliados republicanos, pero que en aquel 1940 creían todavía en un desenlace favorable de la Historia: «De hombre a hombre, no habría guerra, bastaría con la vergüenza para acabar con ellos. La lucha es ametralladora contra dedo, de cañón contra una mano. Y aun así a veces se puede» (Aub, 2020: 52). Por otra parte, esta conclusión tan emblemática se problematiza en los mecanismos de poder –fundamentalmente, en la brecha entre quién tiene autoridad decisional y quién se limita a ejecutar– en el marco de la alineación republicana, como se puede entrever a partir del punto de vista de Guillén:

> Estos muchachos que yo quiero, este Manuel Villalón, este José Pastor, aquel Vicente Montalbán; estos que siento en mis espaldas, ardidos, los mando yo a morir –que no es nada–, y a invalidarse, que es horrible. No te vuelvas comisario, que no vale. El objetivo es aquel, enfrente: Manuel Villalón, con muletas y muñón, Vicente Montalbán, ciego. Y tú lo mandas, comisario. El querer no tiene entrañas. Los has conocido y los quieres por la guerra (Aub, 2020: 53).

Las reflexiones que aquí se están desgranando plasman, también en este caso, la actuación humana detrás de las circunstancias bélicas: porque, son justamente la posición de poder y, sobre todo, la conciencia de las implicaciones y de las repercusiones de sus decisiones, «los mando yo a morir», los elementos que determinan la responsabilidad del comisario hacia el colectivo de milicianos. Pero la cuestión es que, en este caso, el «beneficio político» solamente otorga un deber histórico hacia los demás, deber que, a diferencia de lo que acabamos de comentar acerca de las naciones europeas, es asumido plenamente por parte del jefe republicano, quien se compromete en primera persona: «Ellos no son ellos, sino tú mismo, tu sentido de España. Y como ellos, tú no dudarás en saltar el parapeto, de bancal en bancal, de piedra en piedra» (Aub, 2020: 53).

Es interesante notar, además, cómo el concepto de «barrera excluyente», de «rechazo agresivo del otro», ha sido asimilado –y queda reflejado– por el paisaje, donde los elementos de la naturaleza recrean alambradas, trincheras o fronteras cerradas que remiten a un panorama de devastación: «en la trinchera las zarzamoras tienden enseguida

sus alambradas por cimas» (Aub, 2020: 49); «el horizonte muere en la rasa de la colina frontera» (Aub, 2020: 51). La descripción del entorno físico y de la atmósfera del amanecer, con las características referidas, bien podría ser un trasunto de las consecuencias del Golpe militar sobre la articulación del «espacio social-España» o, como afirma Angela Moro (2022: 98), se trataría de una geografía «permeable y afectada por las cicatrices que la guerra deja en los campos».

Un motivo temático parecido aflora en otro de los relatos recopilados en *No son cuentos*, «Santander y Gijón» (Marseille, 1941), que se centra en la caída de Asturias y la conquista del frente Norte en el verano de 1937. La desolación de la voz narradora a la hora de contemplar el escenario de tragedia producido por el avance de las tropas rebeldes constata que «La diferencia que va de una frontera al mar. De lo artificial a la verdad. Del poste pasas, de la playa no. El mar, de pronto, se nos aparecía muralla: en pie, vertical. Hacia el mar se pueden hacer muchas cosas menos echar a correr» (Aub, 2020: 79). Es muy interesante comprobar cómo, en estas pocas líneas, Aub consiguió condensar dos clases de reflexiones que, completándose, trazaban los mecanismos de expulsión que encerraron a los republicanos en la marginalidad de la condición exílica. En primer lugar, se hace evidente el carácter «artificial» de las fronteras[99], algo que vuelve a poner el acento en el componente de arbitrariedad política, a su vez, dependiente de contingencias históricas y lógicas de dominio que se imponen por encima de los valores humanitarios –libertad, derecho de autodeterminación y solidaridad– teóricamente a la base de los ya mencionados principios de convivencia democrática europea. Las consecuencias derivadas –cerrar el paso al flujo de refugiados, negar la posibilidad de recibir ayuda– se amplifican en la imagen del mar, convertido en «muralla» infranqueable, tampoco en este caso, exenta de responsabilidades. En efecto, la segunda parte del relato describe la huida en masa hacia el puerto de Gijón tras la entrada de los franquistas: en un clima de

[99] Es Angela Moro (2020: 485) quien llama la atención sobre este aspecto en tanto que elemento constante de la poética aubiana: la definición de fronteras como líneas divisorias entre comunidades de seres humanos es cuestionada por varios de los personajes que pueblan la obra del escritor, entre ellos, Moro destaca el cuervo Jacobo que, en «Manuscrito cuervo» –relato aparecido por primera vez en 1950 en los números 24-27 de la revista *Sala de Espera* e incluido, algunos años después en *Cuentos ciertos* (1955)– expresa toda su perplejidad al referir que: «Sépase que frontera es algo muy importante, que no existe y que sin embargo los hombres defienden a pluma y a pico como si fuese real. Estos seres [los hombres] se pasan la vida matándose unos a los otros o reuniéndose alrededor de una mesa, sin lograr entenderse, como es natural, para rectificar esas líneas inexistentes» (Aub, 2022: 218). Volveremos a hablar de «Manuscrito cuervo» y, en general, del tema de las fronteras –geográficas y metafóricas– en varios pasajes de nuestro trabajo, siendo este último, por las obvias razones autobiográficas ya comentadas, uno de los elementos más recurrentes en la obra aubiana.

asfixiante angustia y caos generalizado, una única pesquera, «una barca vieja, de vieja que no puedes darte una idea» (Aub, 2020: 84) consigue zarpar.

Sin embargo, dos episodios conflictivos marcan su trayecto: primero, el simple hecho de subir a esta embarcación supone, para todos los que están ahí, una lucha encarnizada por medio de la cual buscar una salvación personal que se opone necesariamente a la supervivencia de los demás, debido al riesgo de que la carga excesiva de personas provoque el hundimiento del barco, como se desprende de las palabras de uno de los personajes: «En el momento en que pisamos el puente, ya éramos del conglomerado de la barca y pasamos, al igual que los demás a prohibir la entrada. De verdad la pesquera aquella se hundía, no cabíamos» (Aub, 2020: 84). Además, durante el viaje, la noticia de que se estaba terminando el carbón utilizado como carburante provoca otro acontecimiento dramático entre los fugitivos: «Tres horas después uno se volvió loco. Un asturiano de veinte años. El mar picado; si no, creo que hubiese sido peor. El hombre sacó su pistola y empezó a disparar. Hirió a dos. Lo mataron entre todos, a balazos. Y luego lo echaron a la caldera» (Aub, 2020: 86). En ambos casos, la dureza en la conducta de los personajes y la tensión generada entre ellos traslucen la insuficiencia, cuando no directamente la falta de apoyos, la escasez de medios y de recursos y las inhumanas condiciones que acompañaban las travesías de los republicanos en su intento de escapar de la represión de los vencedores, frente al más consistente auxilio recibido por estos últimos: no por nada, en este relato, se hace referencia a la participación de los moros y de los fascistas italianos en la Guerra Civil[100].

Además, antes de la huida masiva hacia el mar, se fraguan estas impresiones en el punto de vista de la población republicana derrotada: «Y, sobre todo, ante todo, en los

[100] Al final, los fugitivos consiguen atracar en el puerto francés de Lorient, entre el desdén y cierto aire de superioridad de la población local. Una suerte muy distinta les tocará a los personajes de *San Juan* (1943), el barco de refugiados judíos que huyen de la Alemania nazi y a quienes nadie quiere dar asilo: de hecho, en este «drama europeo» (Juan Penalva, 2006: 498), los fugitivos acaban sufriendo las dramáticas consecuencias no solamente de los nazis alemanes, sino también de los aliados. A este propósito, Luquin Calvo (2019: 166) subraya cómo los tripulantes quedan totalmente abandonados a su suerte, «mostrándolos no como víctimas de un orden divino, sino como víctimas de una situación política». Así se deja patente por medio del personaje de Carlos: «¡Ahí estáis todos, como borregos! Os vais a dejar llevar de nuevo al matadero [...]. Si no lo sabéis, os lo digo yo. Ningún país quiere nada con nosotros. El mundo es demasiado pequeño. No hay sitio: han puesto el cartel de completo. Y sois los más, aquí a bordo, y harán con vosotros lo que les dé la gana» (Aub, 2023b: 144). Las responsabilidades humanas de lo que se presenta como un efecto de la Segunda Guerra Mundial –así como en «Santander y Gijón» la huida de los republicanos se retrata como directa implicación de la ofensiva de los rebeldes– son explicitadas, otra vez y de manera más tajante y directa, por el propio Carlos, quien, dirigiéndose al rabino, deconstruye precisamente el argumento teológico para poner el enfoque en la Historia: «Escrito está, ¿no?, que Dios castigará a los malos. Y nosotros, hechos a su semejanza, ¿hemos de perdonarles? ¿Presentar la otra mejilla, so pena de perder el cielo? ¡Ni Dios, Padre, o como le llamen!... La URSS no admite más que comunistas; Francia, Inglaterra y América nos cierran sus fronteras a canto y lodo» (Aub, 2023b: 171-172).

ojos de todos, el miedo al abandono: la certeza de ver llegar a los moros y morir acuchillados, sin salida. El camino de Asturias cortado. Sólo el mar» (Aub, 2020: 80). Luego, en un fragmento sucesivo: «Y lo peor, pensar que los que venían eran italianos. ¡Qué vergüenza! El camino de Asturias cerrado; sólo el mar» (Aub, 2020: 80). En este sentido, Caudet apunta a una conexión entre «Santander y Gijón» y *Campo de los almendros* (1968), la monumental novela que cierra el ciclo del *Laberinto mágico* centrada en los trágicos advenimientos acaecidos en el Puerto de Alicante a finales de marzo de 1939, los días de la retirada de los republicanos hacia la costa mediterránea: el agua, que en el universo literario de Aub suele invocar todas las significaciones atribuidas a la renovación y al progreso asociadas al empeño republicano de transformar a España, se hace horizonte de muerte en las dos obras mencionadas para una multitud de republicanos atrapados frente al mar (Caudet, 2002 :15-16)[101]. La «muralla» que se eleva en el relato, metáfora del rechazo y de la exclusión, deja paso en la novela a la imagen descorazonadora de «un mar sin orillas, negro, enorme: de betún. Sin cielo» (Aub, 2019b: 158) y, en los ojos del personaje de Vicente, se hace espiral aniquiladora de toda esperanza:

> El agua negra rueda y da vueltas revolviéndose, revolcando. En el fondo estrecho un punto todavía más negro [...]. El mar, el mar oscuro. Quieto. Si ahora empezara a arremolinarse, a tragarnos a todos...La gente amontonada como nunca. Nunca hubo tanta (Aub, 2019b: 159).

Sin embargo, la fotografía más esclarecedora se encuentra quizás grabada en las palabras con las que Ferrís constata que:

> Es una tragedia y viviré para escribirla. Lo que debo hacer es tomar notas desde ahora. Transido, empapado, Ferrís busca su cuaderno, saca y desenrosca su estilográfica, mira a su alrededor. No sabe por dónde empezar. Sin embargo, escribe: «Este es el lugar de la tragedia, frente al mar del que lo esperamos todo» (Aub, 2019b: 380-381)[102].

---

[101] Aunque la intención originaria se remonta al año 1945 –el 7 de junio escribía Aub en sus diarios «Ganas de escribir, de una vez, la *Historia de Alicante* (Aub, 2023a: 148)–, la redacción de la novela no empezó hasta 1965, con lo cual, a la hora de relacionar «Santander y Gijón» y el que será el resultado final del proyecto de *Campo de los almendro*s hay que tener en cuenta la perspectiva histórica desde la que se escribió esta última, tal y como apuntábamos con respecto a los vínculos temáticos entre «Cota» y *Campo del moro*. El mismo Caudet define el capítulo final de la hexalogía como la novela de la esperanza fallida o, mejor dicho, la novela de la desilusión, pero, sobre todo, «la novela del duelo. Del duelo por un mundo perdido irreparablemente, perdido para siempre» (Caudet, 2002: 22).

[102] Por su parte, Teresa León recuerda lo sucedido en Alicante en un diario que empezó a escribir durante su exilio francés y del que se publicaron solamente algunas páginas en el semanario de Montevideo *España Democrática. Órgano del Comité Nacional de Ayuda al Pueblo Español* en octubre de 1940. Ese diario,

A este propósito, comenta Malgat (2019: 10) como en *Campo de los almendros* se reflejan las expectativas de los republicanos que se quedaron en el muelle alicantino con la ilusión de divisar uno de los barcos prometidos por los diplomáticos franceses e ingleses, navíos que, como es consabido, nunca llegaron. Así, desde el punto de vista de estos fugitivos, el agua, el Mediterráneo, acaba asociándose a la muerte en un doble sentido: por un lado, la muerte física, la culminación del plan de devastación puesto en marcha con el Golpe del 18 de julio y, por otro, una segunda forma de muerte, el olvido, el abandono por parte del mundo, aquella sentencia definitiva que Aub quiso testificar, pero no aceptar[103].

Dicho esto, entre los *Campos*, hay una novela con la que tanto «Cota» (Soldevila Durante, 1973: 85-86; Llorens Marzo y Lluch Prats, 2006: 19-20; Moro, 2022: 97) como «Santander y Gijón» (Quiñones, 1994: 22) establecen una relación aún más directa o, mejor dicho, un verdadero nexo de filiación. Los críticos mencionados apuntan a que ambos relatos pudieran haber sido desgajados de *Campo de sangre*, cuya acción transcurre en Barcelona y en Teruel en 1938, y en cuyo manuscrito figura la fecha París-Marseille 1940-1942, aunque, como sabemos, fue rematado en México, donde se publicó en 1945; en todo caso, lo que sí resulta útil destacar es que los procesos creativos –o, por

Una refugiada más en París –cuyo título ya es indicativo de la conciencia de la autora de ser solamente una entre los muchos integrantes de una comunidad que acabó siendo víctima de una violencia política– es caracterizado por una firme atención social, muy especialmente, hacia todos aquellos republicanos españoles que, muertos o encarcelados, habían caído víctimas de los rebelde sin tener ni siquiera la posibilidad de escoger la vía del exilio, entre ellos, los alicantinos, abandonados –como hemos visto a través de las palabras de Max Aub– por los países no-intervencionistas: «Estoy en Francia. Y los que no están viven en mí tan intensamente, tan dolorosamente que no vivo [...] ¿Y los que quedaron en Alicante, en la costa luminosa y centelleante aguardando que una mano amiga se tendiese y tirase de ellos?» (*apud* Ferris, 2017: 248).

[103] Para contextualizar mejor el valor temático del agua y añadir elementos útiles para completar la simbología a la que ya hemos aludido, resulta de gran utilidad mencionar una entrevista de 1968 en la que Aub, refiriéndose a los *Campos*, explicaba que: «Hay una línea profunda en esa serie que le voy a indicar […]. Hay una línea horizontal que es el plan del *Laberinto* y luego otra vertical, una línea que encuentra usted desde la primera escena de *Campo cerrado*: es el agua. La idea del agua, de la disolución del *Laberinto*, de la imposibilidad del *Laberinto*, la tiene usted desde el agua que corre en las acequias de Viver hasta el mar de Alicante. No digamos ya en la otra parte de la obra, la parte del océano y el éxodo […]. Eso sería la guía. Hay el agua, la guía moral. De pronto la encontramos en caños, pero siempre hay una línea de agua que sigue dentro de la guerra. Después, no. Se pierde, entra en el desierto, y ya no hay agua» (*apud* Caudet, 2002: 12). En el proyecto literario aubiano, por ende, se observa la línea del agua que atraviesa los *Campos* de batalla durante la Guerra Civil como metáfora de la lucha por los ideales de progreso de la República: esa agua casi desbordante que, en el pueblo de Viver de *Campo cerrado* compite con la fuerza brutal del toro de fuego, «En lo más remoto de su memoria Rafael López Serrador no halla un recuerdo más viejo […]: el momento en el cual van a soltar el toro de fuego; eso, y el ruido del agua viva por la tierra: fuentes, manantiales, acequias» (Aub, 2010: 40), para, finalmente, confluir en el remolino negro, en el abismo ahogador de *Campo de los almendros*. Significativamente, en una de las voces narradoras de «El limpiabotas del padre eterno» volveremos a encontrar unas referencias a las aguas del Mediterráneo que resultan muy similares –en el tono, en el contenido simbólico, y en la carga de denuncia de alcance global– a la que acabamos de comentar respecto a *Campo de los almendros*.

lo menos, los primeros borradores– de los tres textos coincidirían en buena medida[104]. Pero, más allá de unas confluencias de personajes –el Guillén de «Cota» aparece también en *Campo de sangre* y ésta y «Santander y Gijón» cuentan con la presencia de Julián Templado, personaje, por otra parte, muy recurrente en toda la narrativa del *Laberinto*– y de ambientaciones –«Cota» y la novela comparten el escenario de la batalla de Teruel, como ya hemos comentado–, resulta útil detenerse especialmente en dos nudos argumentales que emparentan las tres obras. Primero, la omnipresencia del hambre padecida por la población en las circunstancias de la guerra. Así vemos cómo en «Cota» para los soldados «el estómago da sensación de vacío, la boca es pura sed» (Aub, 2020: 52), en «Santander y Gijón» el conjunto de fugitivos no tiene «nada de comer, nada de beber» (Aub, 2020: 86) y, en medio de las dificultades de la travesía, «sólo quedaba el hambre y la sed» (Aub, 2020: 86).

En *Campo de sangre*, la mayor estratificación social del universo humano representado y el mayor grado de heterogeneidad en la conformación de los personajes permiten una reelaboración más compleja de las consecuencias de la penuria de alimentos y de la estrechez de bienes de primera necesidad. En un pasaje de la novela –concretamente los capítulos IV, V y VI de la primera parte: «Teresa Guerrero», «La cena I» y «La cena II»– se da una lectura de los efectos de la guerra entrelazándolos con el tema de las desigualdades de clases. En la nochevieja de 1938, se describe una comida entre personajes de clase media –el varias veces citado Julián Templado, Manuel Rivadavia, Paulino Cuartero, Santiago Ferro y Jesús Herrera–, una cena que, por muy parca que fuese, crea un contraste con el relato paralelo de un niño moribundo de dos años –hijo del feriante Julio Jiménez y de Matilde, una pareja muy humilde y de escasos medios–, cuya salud se ve notablemente afectada por la grave desnutrición. Estas diferencias de condiciones materiales se condensan precisamente en la conducta de Templado, punto de contacto entre los dos contextos representados. En calidad de médico, se le pide que intente curar al pequeño enfermo, sin embargo, lo único que conseguirá hacer será constatar su propia impotencia ante la miseria, condición evidenciada por la estéril obviedad de su diagnóstico, «Lo que necesita [el niño] es comer», y por la inoperatividad de su actuación: «Julián recetó en balde, dejó unas pesetas y se fue a cenar.

[104] En relación con las fases de redacción de *Campo de sangre*, cabe también otra pista: a raíz de su investigación acerca de los manuscritos de la novela, Llorens Marzo (2002) mantiene que el primer borrador de la novela se remontaría al año 1938, apuntando, además, a un posible origen en común con *Campo cerrado*.

Ya le debían estar esperando» (Aub, 2018a: 92). La brecha social –que las consecuencias del Golpe de Estado no hicieron sino ensanchar, truncando los intentos de reforma de la República– surge a contraluz en un diálogo entre Rivadavia y Templado, quien, no por nada, siempre es calificado de «señorito» por la familia del niño y nunca por su profesión. Justo al principio de la cena mencionada, afirma Templado que «me avisaron a última hora para que fuese a ver un crío. Sin remedio. No comen» (Aub, 2018a: 109), comentario al que se añade: «—Y eso que nunca han comido— anota Rivadavia, que es un buen tragador, los puños gruesos, la ropa limpia, luciente la papada mollar» (Aub, 2018a: 109).

Otras correspondencias, esta vez solamente entre «Santander y Gijón» y *Campo de sangre*, son la presencia de un personaje que se propone como testigo de la Historia; en el relato de *No son cuentos* el narrador, Antonio «Toribio» Mayans, se autoimpone el deber de dar a conocer las atrocidades cometidas por el ejército rebelde, pero no se contenta con trasmitir un mensaje –aunque lo haga incansablemente–, sino que manifiesta una clara preocupación de que su testimonio sirva para algo, de que tenga unas repercusiones tangibles en la realidad; en definitiva, de que alguien más recoja su compromiso y coopere en la perpetuación de su carga ética: «Toribio Mayans hizo una pausa, porque era la décima vez que contaba aquello y valoraba sus efectos» (Aub, 2020: 81). Se trata, obviamente, de una preocupación motivada por el riesgo concreto de que la verdad de la resistencia republicana quede sepultada bajo la propaganda vencedora. No es casualidad que el cuento se abra y se cierre con la misma consideración del narrador: «—Aquí nunca os daréis cuenta de lo que pasó en el norte» (Aub, 2020: 79); «—Nunca se sabrá lo que pasó en el norte» (Aub, 2020: 87). Una actitud parecida es la de don Leandro Zamora, el archivero de Teruel, personaje de *Campo de sangre*: a pesar de que esté a punto de morirse y casi no tenga aliento ni fuerzas para levantarse, no renuncia, hasta que se le consuma la voz, a comunicar, a seguir recomponiendo fragmentos de la Historia de España –como si se tratara de juntar fichas esparcidas en su archivo–: «En la noche fría aquel hilo de voz de un hombre moribundo era la vida» (Aub, 2018a: 277)[105].

[105] Las «fichas» del pasado que marcan el discurso de don Leandro van a tocar cuatro macrotemas: la historia de Teruel, la Conquista árabe en la Península Ibérica comparada con la Conquista Española de América, la figura de don Juan de Austrias y, finalmente, el anarquismo. En particular, Soldevila Durante (1973: 80) explica que: «don Leandro expone su interpretación de los míticos y taurinos orígenes de Teruel, de la historia de los españoles, de una España cimentada con argamasa semítica, enemigas de innovaciones extranjeras. Rememora, como Cuartero en *Campo abierto*, otros momentos guerreros de España, recitando pasajes de Luis de Mármol e insistiendo en que el estado natural de los españoles es la guerra. Establece conexiones entre lo hispánico y el anarquismo mientras que los camiones y ambulancias prosiguen su camino, llegando en la madrugada de Viver, ciudad natal de López Serrador, a cuya casa va a morir el archivero». En particular, el mismo Soldevila Durante (1973: 80) y Llorens Marzo (2002: 158) evidencian en este personaje una peculiaridad interesante, sobre todo en relación con la genealogía de la alteridad

También, en este caso, el verdadero detonante de su esfuerzo parece ser la necesidad de que sus razones sean escuchadas, comprendidas y compartidas para que los contenidos que las sustentan no se pierdan en el vacío de la derrota. Así es que don Leandro no cesa de buscar la atención de su interlocutor, el capitán Fajardo: «¿Me oye usted, capitán?» (Aub, 2018a: 276). Más adelante, aun consciente de la dificultad de difusión de su mensaje no abdica de su voluntad de seguir con eso:

> —¿Me entiende usted, capitán?
> Hizo un esfuerzo para levantarse y afirmar con un gesto sus aseveraciones, el olor podrido acentuose más, fuésele a huelgo, y empezó el jipío de la disnea. A través de ella: —Si le interesa...¿le interesa? (Aub, 2018a: 277).

Sin embargo, el personaje de don Leandro no es portavoz de ninguna verdad incuestionable: aunque su largo monólogo sobre España ocupe, simbólicamente, un papel central en la estructura de la narración –según Jacques Maurice (2003: 14), ocupa el centro de la estructura global de la parte ambientada en la Guerra Civil de *El laberinto*–, como apunta Tuñón de Lara: «claro que don Leandro es necesario para seguir tejiendo la trama en su tercer lienzo; algunas de sus reflexiones tal vez no» (*apud* Maurice, 2003: 12). Es decir, si por un lado el personaje de *Campo de sangre* es fundamental para colocar los sucesos de la contienda en una perspectiva histórica y diacrónica –entonces, asumiendo que el conocimiento derivado de las divagaciones de don Leandro sobre el pasado sirven para entender y colocar lo acontecido en la guerra en el flujo de la Historia política y cultural–, por otro lado, la flexibilidad de la creación literaria le proporcionó a Max Aub las herramientas necesarias para trasfigurar los contenidos propuestos por este personaje en un gran ejercicio crítico o, dicho de otro modo, en una exhortación implícitamente dirigida al lector a que no acepte ninguna verdad y ningún conocimiento sin antes cuestionarlo o, como apuntaba Tuñón de Lara, a no caer en las trampas derivadas

cultural aubiana, y es que don Leandro representaría el punto de convergencia acerca de la perspectiva sobre lo judío en España. La centralidad del archivero de *Campo de sangre* con respecto al tema es retomada por López García (2013: 87-88), quien, además, propone una interesante interpretación de las reflexiones expuestas por el archivero de Aub en tanto que problemática ejemplificación del intelectual «noventayochista», muy especialmente, de los conceptos manifestados por Ángel Ganivet en *Idearium español* (1896) y de su idealismo exacerbado acerca del desarrollo de la nación española, aspecto, a su vez, de importancia fundamental si pensamos en la revisión que tuvieron que hacer los exiliados republicanos con respecto justamente al legado «noventayochista» del que se apoderó el franquismo para asentar su discurso fascista acerca de la «esencia nacional» española (López García, 2013: 90); para profundizar en ello, remitimos, por lo tanto, al correspectivo capítulo incluido en el estudio de López García, *Fábula y espejo. Variaciones sobre lo judío en la obra de Max Aub* (Renacimiento, 2018, pp. 89-113).

de una asimilación automática de la Historia. En efecto, apunta Soldevila Durante (1996: 47), la figuración del agonizante don Leandro como de un «exaltado», mecanismo acentuado justamente por la distancia mostrada por la actitud de Fajardo –quien se toma el discurso de su interlocutor básicamente como si fuera un delirio–, nos empuja a relativizar la responsabilidad autorial acerca del contenido expresado por el propio don Leandro. De opinión similar es López García (2013: 87), quien confirma la necesidad de tomar con reservas las palabras de don Leandro, así como su asociación con el pensamiento aubiano, ya que el filtro irónico –originado, como se decía, a partir de la condición alucinada del personaje– está decididamente presente. Además, añade López García (2013: 87), tampoco hay que pasar por alto que la «capacidad del propio personaje es un tanto cuestionada cuando se nos informa de que, en realidad, no es propiamente un archivero profesional, sino un empleado del Ayuntamiento que ha hecho de esta afición erudita el centro de su existencia».

Volviendo al narrador de «Santander y Gijón», y a manera de conclusión, hay otra peculiaridad que merece la pena destacar: su entereza y su tenacidad en prestar sustento, en no abandonar a un militante gravemente herido y agonizante en una mesa de operaciones de un hospital santanderino, su hermano:

> —Antonio— me pidió —no me dejes solo...
> Aunque no me lo hubiese pedido. Y eso que yo sabía que cada minuto que pasaba allí era precioso para salvar mi vida. Si tardaba en morirse, me cogerían allí, y para qué os voy a contar. No se me ocurrió un solo momento irme (Aub, 2020: 82).

Este comportamiento si, por un lado, señala cierta ejemplaridad, contraponiéndose a la general indiferencia mostrada por las potencias extranjeras hacia la España republicana, por otro, queda sometido, también en este caso, al habitual tamiz crítico aubiano por boca del mismo narrador, quien llega a decir: «A veces me pregunto: ¿si no hubiese sido tu hermano, te hubieses quedado?» (Aub, 2020: 82). Este planteamiento, siguiendo un procedimiento intelectual bastante similar a lo que acabamos de comentar respecto a *Campo de sangre*, parece sonar a invitación para que el lector se interrogue acerca de los límites de lo que entendemos por «solidaridad», al fin y al cabo, la frontera entre la verdadera gratuidad, la hondura moral de una voluntad altruista y desinteresada –prestarle apoyo a un hombre por el simple hecho de ser un individuo necesitado que está pidiendo ayuda o una cualquier forma de soporte– y una más descontada cercanía afectiva vinculada a la reciprocidad de los vínculos familiares y/o personales.

El desarrollo bélico en el frente Norte es escenario de otro relato más entre los incluidos en la colección publicada en 1944: «Un asturiano» (México, 1944). A diferencia del cuento que acabamos de comentar, el enfoque aquí no es la devastación o el sufrimiento causado por la guerra en la población civil, sino que se describe la expedición de una delegación del ejército republicano de Asturias a Bilbao con el objetivo de solucionar el problema de la falta de papel y de metal para acuñar dinero. El trasfondo conceptual que subyace a toda la narración es la idea de enfrentamiento entre sistemas de valores, costumbres y paradigmas culturales profundamente distantes y hasta inconciliables. En ningún momento se representa a los asturianos y a los vascos como un conjunto compacto que lucha por la misma causa: por el contrario, toda aproximación recíproca y todo trato relacional entre ellos está dominado por el recelo y la estigmatización. Como sugiere el título, la acción transcurre prioritariamente filtrada a través del ángulo de visión de los primeros, quienes, recurriendo a la ironía, alegan que:

> En Bilbao todo es muy bonito, todo está muy bien arreglado, todo muy limpio. Y los milicianos, los soldados, como los llamaban allí, ¡qué bien vestidos los ángeles del Señor! Daba gloria verlos, con sus botas charoladas, sus calcetines blancos, sus cascos relucientes y andando dándole a la mano: un, dos, un dos. Tan bien alineados que daba gloria verlos...Lo digo de verdad, ¿eh? (Aub, 2020: 75).

Además, la interacción de la comisión asturiana con un ministro del Gobierno Provisional del País Vasco da pie a una serie de diálogos que no hacen sino disgregarse en una incomprensión mutua:

> —Es una lástima— se atrevió a reventar el ministro aquel.
> —¿Lástima? ¿De qué?
> —De que estén ustedes echando a perder la economía.
> —¿La economía, señor ministro?
> —Sí, la economía.
> —¿Cómo es eso?
> —¿No es cierto que reparten el *champagne* a manos llenas?
> —¿El *champagne*, señor ministro? Dirá usted la sidra.
> —Sí.
> —¡Pues poca tenemos!
> —Sí, pero no es esto lo malo; sino que he oído o me han dicho que recomiendan ustedes que cuando se la beban rompan los cascos.
> —Sí. ¿Y qué?
> [...].
> —¿No comprenden ustedes que es una barbaridad? ¿Con qué pagarán ustedes los nuevos? (Aub, 2020: 77).

A partir de los fragmentos citados, vemos cómo, desde ambos puntos de vista, la imagen que cada interlocutor elabora del otro adquiere tintes caricaturescos: los rasgos tradicionalmente atribuidos al «carácter» de los dos grupos –el raciocinio y la precisión en el caso de los vascos y el valor y el atrevimiento en el caso de los asturianos– son desplazados por sus respectivas alteraciones peyorativas.

El caso es que el episodio plasmado en el cuento aubiano parece remitir a unos referentes históricos reales: en efecto, tal y como señala Daniel Guerra Sesma (2016: 272-273), las tres regiones norteñas –Asturias, Cantabria y País Vasco–, que tras el Golpe permanecieron en la zona republicana, acabaron muy pronto encontrándose en una situación de incomunicación con Madrid y luego con la zona gubernamental levantina. La misma evolución del conflicto –con los rebeldes ocupando Oviedo y la franja septentrional del país rodeada por el avance de los franquistas– favoreció un sentimiento de fuerte descentralización con respecto al Gobierno de la República, trasladado a Valencia y volcado sobre todo en la defensa mediterránea y de la capital. Además, dicha contingencia se complementaba con la escasa colaboración militar entre los ejércitos de las tres regiones indicadas, fragmentación que reflejaba la desunión política entre las tres zonas propiciada, a su vez, por los distintos modelos de sociedad que representaban. En particular, si el País Vasco se organizaba como una democracia burguesa, con un partido católico dominante –el Partido Nacionalista Vasco– y una economía típicamente capitalista, Asturias era, por contra, anticlerical, presentaba un sistema de partidos mayoritariamente de izquierda y una estructura económica dominada por el proletariado minero e industrial (Rodero, 2008: 19-51). Más allá de lo que ya hemos evidenciado acerca del tono general y de la progresión temática del cuento de Aub, cabe señalar que, en este último, las discrepancias en materia religiosa explicadas por Rodero encuentran su correspondiente recreación literaria. Esto se ve muy bien en el siguiente diálogo entre el ministro vasco y la delegación procedente de Gijón, pasaje dominado por un humor decididamente cáustico:

> —¿Qué acuñarán ustedes?— preguntó el ministro, con una sonrisilla de superioridad.
> —Bronce.
> —¿Pero ustedes tienen bronce?
> —Claro está.
> —¿De dónde lo sacaron?
> —De las campanas; el primer día mandamos bajarlas de todas las iglesias. No os podéis figurar la cara que puso el catolicón aquel.
> —Pero las campanas, señores, las campanas...están benditas.

—También bendicen los obispos los cañones con que nos...
Aquí dije una palabra que reventó como un tomate maduro en la cara del señor ministro (Aub, 2020: 78).

La separación «de hecho» entre Asturias y el Gobierno republicano se convirtió en una situación de derecho con la creación del Consejo Soberano de Asturias y León el 24 de agosto de 1937, organismo que concentró todo el poder civil, económico y militar –con capital en Gijón– durante 57 días, estructurándose en comisiones sectoriales y llegando incluso a emitir moneda propia –los belarminos, firmados por el presidente Belarmino Tomás–, de ahí las referencias incluidas en el texto de Aub a la necesidad de material para acuñar dinero. Según Guerra Sesma (2016: 282), esta iniciativa no respondía a ningún afán nacionalista ni a tendencias independentistas, sino que se presentaba, por parte de Tomás y de sus aliados, como una circunstancia excepcional surgida de la voluntad de aprovechar todos los recursos posibles con tal de seguir combatiendo y resistir hasta el final, con lo cual, la proclamación del Consejo Soberano habría sido el último recurso para concretar formalmente esta voluntad frente a la situación de soledad en la que se encontraba Asturias. El orgullo y el coraje en la lucha manifestado en el plan de la realidad histórica por las autoridades asturianas es captado por Aub por medio de las reivindicaciones de sus protagonistas: «¿Quién defendió San Sebastián? ¿Quién les detuvo en Bilbao? Los asturianos, nada más que los asturianos» (Aub, 2020: 75). Si el Consejo fue el resultado del atomismo republicano, y a la vez señal de las desavenencias políticas entre las regiones septentrionales, hay que añadir que tampoco dentro de la propia institución asturiana existía un acuerdo total, ya que no todas las izquierdas estuvieron de acuerdo en la decisión de constituirla, ni siquiera en el campo socialista, partido al que pertenecía Tomás. Todos estos factores, al causar una falta de coordinación entre las unidades militares y una evidente dispersión de fuerzas y recursos, contribuyeron a que la defensa de la República fuese menos efectiva, situación de la que se beneficiaron los franquistas.

Estas problemáticas, como es notorio, no desaparecieron con el comienzo del exilio, y el propio Aub no tardó en darse cuenta de lo que eso podía significar; en la temprana fecha del 24 de noviembre de 1939, anotaba en sus diarios:

Lo terrible es que desde la pérdida de la guerra no se ha levantado una voz, desde la emigración, no se ha publicado nada contra la dictadura que destroza, desentraña y desangra a España. Sólo se oyen voces de unos vencidos contra los otros (Aub, 2023a: 67).

Es más: como ya hemos aludido, la entrada de la Unión Soviética y de Estados Unidos en lo que había empezado siendo un conflicto europeo amplió el espectro ideológico de la resistencia de los desterrados. Por un lado, los que mantenían esperanzas en la URSS, especialmente el PCE y el PSUC, pudieron articular un discurso más afín a sus ideales y, por otro, desde el punto de vista de los anticomunistas, la implicación de los norteamericanos podía suponer un refuerzo de las democracias europeas contra las potencias del Eje y Japón: todo eso acabó por impulsar la reorganización de alternativas para fomentar nuevas posibilidades de regresar a España con un régimen democrático (Hoyos Puente, 2017: 247). Sin embargo, en este clima las divisiones se agudizaron aún más, dejando entrever tres grandes alternativas, incompatibles entre sí y en lucha por la hegemonía durante toda la Segunda Guerra Mundial. El primer proyecto, encabezado por Juan Negrín, suponía el mantenimiento de la legalidad republicana surgida en las elecciones de febrero de 1936 como última manifestación de la voluntad popular surgida en libertad. El segundo, sostenido por Indalecio Prieto, apostaba por una salida que renovase el panorama político a través de una democracia de tipo parlamentario, monárquica o republicana que fuese. El tercero, sostenido por Diego Martínez Barrio, apuntaba a reconocer la representatividad de las Cortes, pero no la del gobierno, proponiendo la constitución de un gobierno provisional (Hoyos Puente, 2017: 250-251).

El propio Aub, nada más llegar a México en ese mismo año, se encontró con una comunidad de exiliados marcada por discordias y enemistades en el seno del PSOE que rivalizaron incluso en la creación de dos asociaciones culturales: el Círculo Pablo Iglesias, bajo el control de Prieto, y el Círculo Vera, agrupación fundada por Ramón Lamoneda y Ramón González Peña, Secretario General y Presidente de la Comisión Ejecutiva del PSOE, ambos cercanos a Negrín (Sirera Miralles, 2010: 91). Parece comprensible, por lo tanto, que el escritor, en la época correspondiente a la redacción de «Un asturiano», y desde su postura resistente de militancia intelectual, sintiera la obligación de volver a reflexionar sobre causas, evoluciones y consecuencias de las divisiones en la lucha republicana. Afirma Carlos Sirera Miralles (2010: 92) que fue justo en 1944 cuando se intensificó la implicación política directa de Aub, sellada, entre otras cosas, por una carta escrita a Julio Álvarez del Vayo para recordarle que en Nueva York había una copia de *Sierra de Teruel* y que podía utilizarla a favor de la causa republicana.

El tema de la repartición del espacio de acción y de los recursos capacitantes relacionado con la composición sociológica de la alineación republicana durante la guerra

alimenta también uno de los cuentos incorporado por Teresa León en su *Morirás lejos*. Sin embargo, mientras que en el caso de Aub este análisis se ve aplicado exclusivamente a un nivel político y, por consiguiente, se refiere a dinámicas relacionales en el espacio público, en «Luz para los duraznos y las muchachas» se ahonda en el género como criterio-guía para determinar la división de papeles en el contexto de la lucha, de manera similar a lo que hemos visto en el caso de *Contra viento y marea*. Pero, mientras que en la novela sí que se presentaban intentos, llevados a cabo por parte de los personajes femeninos, de franquear la barrera de género en términos de incidencia política, en «Luz para los duraznos y las muchachas» el confinamiento de las mujeres en lo doméstico define una condición cristalizada y saturada por las consecuencias de las guerras. En efecto, lo que se percibe muy bien por medio del desarrollo narrativo y de la estructura del propio relato es que, si a los hombres les corresponde el combate en la vanguardia del frente – todo personaje masculino que actúa o al que se alude es un soldado–, las figuras femeninas son las que traslucen la dimensión de la tragedia humanitaria debida a la devastación de la guerra, pero, básicamente, a partir de su rol de novia o de madre. El enfrentamiento que aquí se perfila es entre una mujer y su novio miliciano, cuyas acciones bélicas son interpretadas, antes que nada, como la prueba de una violencia desgarradora en lugar de una acción en defensa de principios o valores legítimos, dependiendo el punto de vista de un sujeto, fundamentalmente, sin ningún tipo de conciencia política e incapaz de comprender en toda su conflictividad las dinámicas de poder subyacentes a la guerra en curso. El único efecto tangible para ella es su dolor, es decir la consecuencia de la violencia histórica, al no tener, al fin y al cabo, instrumentos para identificar sus causas:

> Él no supo darle razones de hombre sobre los porqués de la destrucción, la muerte y la guerra. Se miraban, enemigos y mudos, cuando al levantar la mano diestra, millones de seres a los que no se les consulta volvieron de piedra los dedos de la dulce novia. Sobre la mejilla del hombre, en forma de confirmación y de ira, cayó el torrente de la impotente masa mujeril, enloquecida y triste.
> —Eso es. Nos hacéis hijos para luego matarlos (León, 1979: 150).

Es cierto que la experiencia de las mujeres en este escenario de conflicto se impregna de un sentido de pluralidad, de sentimientos compartidos, de atención dirigida hacia el sufrimiento de una comunidad entera: «Bajo el tejadillo de cada casa se guarda el sitio de los ausentes» (León, 1979: 146); y, un poco más adelante, «Miles y miles. Millones de arterias, que se aferran por la noche a las sábanas, mientras los ausentes se

arrastran, se arrodillan, rompiendo los muros del aire» (León, 1979: 146)[106]. Sin embargo, estas vertientes asumen aquí los contornos de un desastre que se consuma en el interior del individuo, en su esfera psicológico-emocional: «Pero todas las mujeres son las mismas. A todas les bate el alma, con la misma congoja, esperando» (León, 1979: 146). Ese tipo de representación de lo femenino, como veremos, es solamente una de las modalidades o de las formulaciones adoptadas por Teres León, cuyas evoluciones intelectuales y creativas fueron reflejando, por medio de las herramientas estéticas del discurso narrativo, un abanico de casos, situaciones, experiencias y modalidades de enfrentarse a la realidad.

4.1.2 Formas de resistencia: desmitificaciones ideológicas y verdades desenterradas

Con todo, en continuidad con el compromiso asumido antes de la Guerra Civil y mantenido durante esta última, la subalternidad de género emerge en la casi totalidad de los textos de la colección editada en 1942 por Teresa León, bien como argumento nuclear bien como referencia lateral. Sin embargo, donde se vincula más estrechamente a las desigualdades de clases es en los relatos que llevan por título «Zapatos para el viento» y «El forastero». En ambos, según González de Garay (2008: 60), la denuncia de la explotación del ser humano pasa por una «insistencia muy pronunciada en los problemas de la infancia miserable, abandonada, huérfana, desheredada y sin horizontes». En el primero, Hilda, una niña de siete años, es depositada por sus padres en una especie de orfanato donde empieza a pasar pobreza, hasta el punto de que, para ser admitida a hacer la Primera Comunión, solamente le queda la posibilidad de confiar en la caridad de las vecinas: «A mí me va a prestar el velo la Simona, el rosario la abuela, el libro la señora Angustias, y el traje...» (León, 1979: 117)–. Crece, además, haciendo trabajos muy pesados:

> Hilda arrastraba ramas de morera recientemente separadas del tronco por la poda anual [...]. La niña está al cuidado de amontonar ramas bajo un galpón. Cuestión

[106] Un retrato parecido –aunque más adscrito a la contingencia específica de la guerra española– aparece en *Campo del moro*, donde Aub escribe que «En todas las casas de Madrid, hay, por lo menos, el lugar de un muerto o de un desaparecido; en todas las casas la muerte tiene la cara de uno de la familia, en todas las calles de Madrid hay [...] por lo menos, una casa bombardeada, desecha, con las tripas al aire (Aub, 2019a: 87).

> de andar cien metros arrastrándola. Cien metros, sí, pero la niña apenas consigue, cubierta de hojas y ramillas, avanzar unos pasos bajo una ramota varias veces más corpulenta que ella (León, 1979: 116).

Y terminará siendo abandonada a una vida de desamparo y abuso:

> Sí, pueden dársela a Marcos Garzón y que éste le busque otro acomodo. También Marcos Garzón puede entregarla al juez de menores y el juez de menores mandarle a sabe Dios qué manos. Todas las familias pobres necesitan, además, una criatura que les friegue los suelos (León, 1979: 120-121).

Lo que resulta destacable es que, en cuanto al periplo de Hilda, Teresa León no se limita a retratar la sumisión en la que vive y las desventajas que esta comporta, sino que trata de dejar al descubierto los esquemas culturales que favorecen su perpetración, en este caso, el horizonte de expectativas fabricado por la lógica de la hegemonía de clase y reservado a las mujeres nacidas en contextos de pobreza:

> Así se va fijando su ideal: mover escobas, fregar suelos, servir a los amos con orgullosa mansedumbre, salcochar a un adobo, abrir en canal un chancho del monte o escabechar las perdices que los cazadores a la tardecita traen en el coche cojitranco del sastre (León, 1979: 118-119).

El acceso a la instrucción, según el punto de vista de la autora, factor clave para alcanzar una consciencia política suficientemente sólida para que la «orgullosa mansedumbre» se convirtiera en potencial cuestionador del destino de «servir a los amos» y, sobre todo, cuestionador de su supuesta inalterabilidad, es a duras penas vislumbrado por la protagonista, quien, a pesar de que se le niega la posibilidad de ir a la escuela, al menos alcanza a entrever la libertad –aquel «lugar amplísimo lleno de ventanas»– otorgada por el saber:

> Sabe Hilda de sobra que no irá nunca a la escuela. ¡Cosas de ricos! Pero le han regalado un cuaderno y un lápiz. A ratos perdidos, dibuja letras, agrupa sílabas, compone palabras. [...] se ve como Hilda se prende a las sílabas, las roba secretamente para repetirlas de corrido llevándosela en el vuelo de sus labios [...]. Sospecha que cuando consiga que las letras bailen juntas va a entrar en un lugar amplísimo lleno de ventanas (León, 1979: 119).

El componente de género se ve explicitado y, contrariamente al cuento anterior, denunciado como parte de los mecanismos de mantenimiento de los desequilibrios en las condiciones de vida dentro del colectivo social. Es más, estos mecanismos se presentan

como plenamente interiorizados por las propias mujeres, evidenciando así su peligrosa eficacia. No por azar, es justamente un personaje femenino, llamado Simona, quien acaba definitivamente con los intentos de Hilda de alfabetizarse y, por consiguiente, de entender la oportunidad de emanciparse como algo que le corresponde de derecho y como algo a que aspirar:

> —Para ser mujer no hacen falta escrituras.
> Simona lo ha dicho. Ella es mujer y nadie le enseñó nunca esos entretenimientos de holgazanes. El hombre mirándola con cierto orgullo, aprueba. Entrega el cuaderno al ejecutor. La mujer saca la pava del anafre y coloca el delito entre las brasas (León, 1979: 120).

Como se puede notar en este fragmento, Teresa León no se olvida de certificar las responsabilidades del hombre: el gesto de beneplácito y la expresión de satisfacción de este último denotan la actitud paternalista de quien se considera –y se sabe considerado– como jerárquicamente superior, amén de su absoluta perseverancia a la hora de mantenerse aferrado a sus propios privilegios.

El énfasis en la conducta masculina en el marco de la subordinación de género constituye uno de los paralelismos temáticos con «El forastero», en donde, sin embargo, los comportamientos avasalladores van mucho más allá. El relato se abre con la semblanza de los modos de vida de una joven mujer cuyo hogar se configura como bastante modesto, pero al mismo tiempo digno y decente: «El padre curvaba ruedas y la hija se dedicaba a la crianza y adiestramiento de un cardenal de copete amarillo. Vivían en la intimidad de una casilla y un huerto, ambas cosas pulcras sin exageración y chicas sin agobios» (León, 1979: 138). El despotismo derivado de una posición de poder –en este caso el beneficio económico, otra referencia crítica al sistema capitalista–, sumado a una de las derivas ideológicas que sustentan y justifican su vigencia, es decir, la cosificación del subalterno, confluyen en la aparición de un forastero –la centralidad de su figura, como es de suponer, queda ya fijada en el título–, quien afirma querer comprar no solamente el *sulky* del padre de la protagonista, sino también el pájaro criado por ella y hasta llegará a aludir a su presunto derecho de adquirir también a la propia chica: «—Y gracias que no te pido también a ésta— apoyó el forastero, hincándole dos saetas bruscas en los labios a la muchacha. Sonrió dominantón, enfático. —Pero *ésta* come más que alpiste» (León, 1979: 139). El menosprecio y la voluntad de humillación que impregnan esta frase se tuercen, por medio de un comentario sucesivo del forastero, en otro nivel de reificación típico de la dominación masculina: la sexualidad femenina. Frente al intento

de resistencia mostrado por la joven mujer a la hora de vender el pájaro, llamado Juanito, el hombre contesta irónicamente: «¿Juanito? A ti te conviene un Juanito debajo de la falda» (León, 1979: 139). Al cabo de todo esto, es la voz narradora que constata amargamente: «¿Cómo puede un hombre, aun en la última miseria, decidirse a entregar un inocente a otro que llega, compra, paga y se va? Le pareció que su hija, abierta, deshojándose, se desangraba gota a gota forzada por el intruso» (León, 1979: 140).

Sin embargo, los atropellos conllevados por estas «dinámicas de compraventa» proyectados en las secuencias iniciales del relato son el preludio de lo que va a acontecer en la segunda parte. El paso del forastero trae una consecuencia de mayor alcance: la difusión de una epidemia de peste, cuya primera víctima será precisamente el padre de la joven. Esta última, huérfana, precipitada en la indigencia y sin otro recurso para sobrevivir, se verá obligada a prostituirse[107]. De este modo, las palabras que, por boca del desconocido, conforman la dominación –de clase y de género– llegan a convertirse en acciones:

> Allí la tienen. El chal resbala de sus hombros y los senos frescos señalan el lugar de su corazón [...]. Allí van a clavarla, marcándole las iniciales de amor con las navajas furiosas y hambrientas. Y ella soportará que labren corazones y letreros sobre su piel [...] (León, 1979: 141).

[107] Aunque el blanco de la crítica de Teresa León no era estrictamente –o, seguramente, no solo– la sociedad franquista –tengamos en cuenta, entre otras cosas, la temprana fecha de publicación del cuento– merece la pena recordar, como se explica en un ensayo de Javier Bandrés, Eva Zubieta y Rafael Llavona (2014: 1668), que la grave depresión económica que afectó a la España de posguerra había empujado a muchas mujeres, tal y como le sucede a la protagonista de «El forastero», a recurrir a la prostitución como único medio de subsistencia, algo que nos permite poner de relieve la validez contrahegemónica –y la necesidad, aunque solo fuese en línea teórica– de las reflexiones de León en el contexto del régimen. A este propósito, Beatriz Onandia Ruiz (2018: 176) confirma que el discurso de reclusión de la mujer que, bajo Franco, se contraponía a la más igualitaria visión de la Segunda República hizo que la actividad laboral femenina –o, más en general, su independencia económica– se considerara como una amenaza para la jerarquía familiar, ya que, supuestamente, afectaba de manera directa la dignidad y hasta la masculinidad del marido. El auge de la prostitución provocó la reacción de las autoridades franquistas que establecieron cárceles especiales para prostitutas, hecho que, primero, corresponde a otra prueba más de la represión ejercida por la dictadura sobre las mujeres y, en segundo lugar, entreteje otro vínculo ideológico con las estrategias biopolíticas y las teorías de la biopsicología de la Alemania nazi. En efecto, los estudios de tres hombres clave del institucionalismo franquista, o sea, Antonio Vallejo-Nájera –Consejo Nacional de Sanidad–, Eduardo Martínez Martínez –Clínica Psiquiátrica Penitenciaria de Mujeres– y Francisco J. Echalecu y Canino –Patronato de Protección a la Mujer– conducidos sobre prostitutas españolas los llevaron a caracterizarlas como afectas innatas de psicopatía sexual, deficiencia mental y amoralidad. Este diagnóstico será fundamental para justificar su internamiento en las cárceles especiales y formaba parte de una serie de medidas de protección de la salud social contra los que la biopolítica nazi definió «*gemeinschaftsfremd*», o sea, seres considerados ajenos y peligrosos para la sociedad por su conducta desviada (Bandrés, Zubiete y Llavona, 2014: 1676-1677).

La violencia inscrita en el nivel léxico-semántico de estas líneas no se manifiesta solamente de manera directa y explícita: «Allí la dejan, sabiéndola sin protección, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, la mirada trepándose por un árbol... Volverán, volverán...» (León, 1979: 142). En ese «sabiéndola» tenemos, otra vez, la evidencia de una responsabilidad consciente, responsabilidad que, de modo similar a «Zapatos para el viento», se presenta como estructural: no se identifica con un individuo –el mismo forastero, de por sí, no tiene rostro ni nombre propio–, sino que es de toda una colectividad y se atribuye a un paradigma cultural profundamente arraigado en la sociedad, una responsabilidad que también se perfila con su carga de hipocresía y doble moral. Si por un lado el oficio de la protagonista es visto como algo desdeñable y deshonrado, por otro, Teresa León desenmascara la real perspectiva de los hombres: «¡Una mujer mala! ¡Qué suerte! Y están dudando si bendecir la bubónica, si besarla en los labios seguros de que la paz de los vivos y de los muertos pueden llevar el mismo cauce» (León, 1979: 142).

Es interesante subrayar, como alega Estébanez Gil (2003: 166), que la ambientación de ambos relatos se sitúa en un contexto americano –en el caso de «Zapatos para el viento» se trata probablemente de México–, siendo que los cuentos inéditos incluidos en *Morirás lejos* resultaron ser el fruto tanto de los recuerdos de la experiencia de la mencionada estancia en 1935 como de la del exilio, según la opinión de Torres Nebrera (2003: 62). A este respecto, hay que volver a señalar cómo, desde el lugar de enunciación de la diáspora, la yuxtaposición entre los conflictos que atañen a la realidad del país de acogida y el compromiso político de resistencia mantenido frente a la nueva realidad de España ha sido asimilada por la escritora –y vertida en su creación literaria– a partir de los paradigmas interpretativos del internacionalismo comunista. Importa también recordar que la reivindicación de un sentido de pertenencia a las coordenadas del Estado-nación –España– y el más amplio alcance de la denuncia inscrita en su obra –o sea, la conceptualización de una lucha que trasciende los límites nacionales– supone una contradicción solo hasta cierto punto. En efecto, el internacionalismo marxista no conlleva, en sí mismo, la negación del concepto de nación. Si vamos a retomar sus formulaciones teóricas originarias, notamos que la entidad a la que se oponían Marx y Engels era más bien el concepto de «nación burguesa», como confirma también José Luis Martín Ramos (2021: 18). Esto se ve muy bien en el propio *Manifiesto*:

> Los trabajadores no tienen patria. Mal se les puede quitar lo que no tienen. No obstante, siendo la mirada inmediata del proletariado la conquista del Poder

> político, su exaltación a clase nacional, a nación, es evidente que también en él reside un sentido nacional, aunque ese sentido no coincida ni mucho menos con el de la burguesía (Marx y Engels, 2020: 49).

La dimensión global se motivaba por ser el «moderno yugo del capital» (Marx y Engels, 2020: 50) muy parecido en todas las geografías, y por una red del comercio universal en la que «entran, unidas por vínculos de interdependencia, todas las naciones» (Marx y Engels, 2020: 42). En ese sentido, la organización y la perspectiva de lucha han de entenderse en directa y necesaria interconexión entre diferentes realidades geográficas que, por caracterizarse a partir de la confrontación entre una inmensa mayoría de desposeídos y una exigua minoría de privilegiados, pasan necesariamente a ser definidas por un objetivo de unificación cooperativa: «La acción conjunta de los proletarios, a lo menos en las naciones civilizadas, es una de las condiciones primordiales de su emancipación» (Marx y Engels, 2020: 61). Por otro lado, eso no impide que, en el mismo *Manifiesto*, se reconozca que la clase obrera, para poder sostener la lucha, se estructure como clase en su propio país, ya que este es su escenario inmediato: «Por su forma, aunque no por su contenido, la campaña del proletariado contra la burguesía empieza siendo nacional. Es lógico que el proletariado de cada país ajuste ante todo las cuentas con su propia burguesía» (Marx y Engels, 2020: 51). Esa misma argumentación fue retomada incluso por Antonio Gramsci, cuyas reflexiones, como hemos visto en el primer capítulo de nuestro estudio, se encontraban mucho más cercanas, desde un punto de vista cronológico, a las instancias respaldadas por Teresa León[108]:

> El punto que me parece necesario desarrollar es el siguiente: cómo según la filosofía de la praxis (en su manifestación política), tanto en la formulación de su fundador como especialmente en las precisiones aportadas por su teórico más reciente, la situación internacional debe ser considerada en su aspecto nacional [...]. Es cierto que el desarrollo se cumple en la dirección del internacionalismo, pero el punto de partida es «nacional» y es de aquí que es preciso partir. Pero la

[108] En general, cabe recordar que, según la filosofía marxista, la existencia de hostilidades entre naciones se debería precisamente a los intereses del poder burgués, por eso, con el fin del antagonismo de clases y una vez establecida la igualdad social, se acabarían también los conflictos de carácter internacional. Dicho esto, en el marco del ascenso de los fascismos europeos, la Internacional Comunista y la URSS tuvieron que revisar sus líneas de actuación, ya que se pasó a considerar a la Alemania nazi como al principal antagonista y, en efecto, la institución de coaliciones de frentes populares, tanto en Francia como en España, se debió en buena medida a la insuficiencia de los esfuerzos desplegados por las Alianzas Obreras en tierra ibérica en octubre de 1934. Entonces, de acuerdo con el CEIC –Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista–, el PCE definió la Guerra Civil como una batalla contra el nacionalismo fascista y sus patrocinadores europeos, Hitler y Mussolini (Martín Ramos, 2021: 347-350). Por lo tanto, al lado de la estructuración social derivada de la «nación burguesa», el enemigo fundamental vino a ser el nacionalismo reaccionario –porque se vinculaba a los intereses de las clases pudientes–, visión que, como estamos viendo, influenció el pensamiento de Teresa León en su crítica antifascista.

> perspectiva es internacional y no puede menos que ser así. Es preciso por ello estudiar con exactitud la combinación de fuerzas nacionales que la clase internacional deberá dirigir y desarrollar según las perspectivas y directivas internacionales (*apud* Martín Ramos, 2021: 19-20).

A la luz de estas consideraciones, la dimensión internacional de la lucha de clases parece configurarse como la base del proceso de redacción, por parte de Teresa León, de «Locos van y vienen». Esta vez, la ambientación es claramente la geografía de América del Sur, ya que aparecen varias referencias a elementos de la flora y de la fauna autóctonas y un buen número de americanismos[109]. El abismo social es delineado de una forma inequivocable a través de una serie de dicotomías entre los terratenientes locales, quienes disponen de «casas propias y anchas» (León, 2003: 248), y una pareja de campesinos, Raimundo y María, quienes viven en un «rancho» (León, 2003: 248)[110], se visten con «ropa sucia» y tienen una «dentadura mordida de aguas malas, de comida incierta» (León, 2003: 249). La injusticia que subyace a estas antítesis estalla mediante un enfrentamiento entre uno de los patrones, llamado don Lizardo, y Raimundo, siendo este un enfrentamiento que se desarrolla siguiendo un clímax en el que, a la intransigencia y a la cerrazón del propietario, el subalterno contesta de manera cada vez más firme y decidida. Si al principio el tono de la conversación se articula de la siguiente manera: «—Cállate ya, mareas. —Secula, seculorum, no puede marear nunca, respetuosamente digo, don Lizardo» (León, 2003: 246), en el intercambio sucesivo la respuesta suena mucho más tajante: «—Vamos, Raimundo, cállate. —No quiero, patrón» (León, 2003: 247).

El escenario descrito abarca también otro nivel de reflexión: en los diálogos entre el terrateniente y el campesino se intercala, en boca del primero, una frase que llega a ser repetida dos veces: «—El pueblo progresa» (León, 2003: 246 y 247). Esta supuesta constatación contrasta visiblemente con las diferencias de condiciones entre clases sociales a las que hemos apuntado y, además, las respuestas contestatarias de Raimundo llegarán a concretar –aunque de manera más bien indirecta– una operación de problematización de las afirmaciones de su patrón en el momento en que empieza a

[109] Concretamente, se nombran las «cauchas» (León, 2003: 246) –un tipo de frijol (https://dle.rae.es/caucha?m=form)–, a los «zapallos» (León, 2003: 246) –argentinismo para indicar la calabaza (https://dle.rae.es/zapallo?m=form)–, a los «Cardones» (León, 2003: 246) –una planta forrajera de gran tamaño (https://dle.rae.es/card%C3%B3n?m=form)– y a los «malvones» (León, 2003: 248) –término utilizado en América del Sur para definir los geranios (https://dle.rae.es/malv%C3%B3n?m=form).

[110] Basándonos en las correspondientes entradas del Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, consultable a la página https://dle.rae.es/rancho?m=form–, la palabra puede remitir a «Choza o casa pobre con techumbre de ramas o paja, fuera de poblado», a una « Finca de labor de menos extensión que el cortijo y por lo común con vivienda», previsiblemente donde trabajarían los protagonistas, o a una «Granja donde se crían caballos y otros cuadrúpedos».

canturrear: «Campos del arrojo el sauce, campos de felicidad. Andando en buenos amigos, campos de prosperidad; pero cuando lo ven pobre no lo van a saludar» (León, 2003: 247). Lo que se quiere poner en entredicho a través del punto de vista de Raimundo es precisamente la idea de «prosperidad» derivada del trabajo del campo y, más concretamente, los beneficios materiales y la condición de bienestar que se pueden obtener de ello, algo que viene a ser totalmente certero para el patrón –el dueño de los medios de producción–, pero no para el propio Raimundo –la mano de obra–. Entonces, tanto la evidencia de la realidad representada como las palabras del campesino dejan patente el hecho de que el «progreso» no corresponde a un concepto válido para todo el colectivo social, sino que sigue siendo tal solamente para una minoría. A este respecto, el enfoque crítico de Teresa León sugiere que el escenario de un progreso fundamentado en la consolidación de la brecha entre clases sociales es una alternativa de modernidad entre otras y no el fruto de una inevitable y necesaria linealidad temporal y, por otro lado, visibiliza formas alternativas de interpretación del desarrollo de la Historia, la existencia de otros actores sociales –excluidos por la mirada del progreso capitalista– y voces contrahegemónicas.

La actitud de Raimundo acaba transmutándose en reacción violenta frente a la voluntad de aprovechamiento mostrada por el actor social que en las realidades socioculturales de la península y de sus excolonias –por notorias razones históricas– seguía representando a uno de los símbolos por excelencia del institucionalismo conservador, a la vez caudal de contradicciones entre el plano discursivo y el plano de la realidad, entre los ideales ético-morales y las dinámicas de poder, la Iglesia, en este caso representada por un cura que intenta enriquecerse a expensas de la familia de Raimundo –muy especialmente de la que se describe como la ingenuidad o, directamente, la ignorancia de su mujer–. El detonante es la muerte del niño de la pareja, posiblemente por las condiciones de penurias en las que su clase social se ve sumida, ya que se afirma que: «Muchos niños mueren diariamente» (León, 2003: 250). El conflicto estalla en el momento en que el cura insiste en la supuesta necesidad de recitar tres misas –que, por cierto, no se configuran como actos de caridad cristiana, sino que suponen el pago de una cantidad en metálico– para poder garantizar la salvación del alma del bebé, poniendo en marcha una verdadera operación de manipulación ideológica entendida, también en este caso, como estrategia para mantener inalteradas las relaciones de poder que sustentan la injusticia y la desigualdad social. Entonces, la pelea que se desata entre Raimundo y el sacerdote parece tener todos los requisitos para que se antoje como la figuración de una

vertiente de la lucha de clases –con la Iglesia en el lugar de los dominadores y fautora de la explotación–. Muy especialmente, se observa cómo el talante de Raimundo lleva inscrita en su praxis la esperanza revolucionaria sostenida por la autora y, al mismo tiempo, configura al protagonista del cuento –y por extensión el colectivo social al que pertenece– como activo sujeto de cambio:

> —Y usted, señor cura, ¿no quiere las tres misas en tres meses?
> —No. El cielo se paga al contado o no hay cielo [...].
> Se arrebatan, Raimundo manea los pies del cura. Le muerde las orejas. El plano, desgarrado, grita partiéndose por las nubes más celestes. Brincan, zapatean, se estrujan, se mascan, se ensalivan. Los brazos de Raimundo asoman por los bolsillos desgarrados del cura. El cura aparece por debajo de la axila derecha de Raimundo. Los hombres ríen, las mujeres sollozan (León, 2003: 252).

Desvelar las mistificaciones ideológicas y los abusos del institucionalismo eclesiástico y, además, el cuestionamiento de su papel en el ámbito de las luchas políticas se encuentran entre los objetivos inscritos en el desenvolvimiento narrativo de «Manuel el de la Font» (Djelfa, 1942) y de «Alrededor de una mesa» (México, 1944), cuentos de Max Aub incluidos en la colección objeto de nuestro análisis. En cuanto al primero, y para poderlo contextualizar adecuadamente en el conjunto de la producción aubiana, cabe señalar que no solamente se escribió en Djelfa, sino que todas las voces narradoras que intervienen en el relato se expresan desde el mismo campo argelino, hecho que, según Eloísa Nos Aldás (2011: 213), se refleja en la modalidad de vehicular el contenido testimonial del texto. Siguiendo su criterio de clasificación que establece una división entre testimonios cuyo entramado narrativo ha sido redactado principalmente en los campos y los escritos enteramente en México –aunque basándose en apuntes tomados con anterioridad–, podemos comprobar que la tipología a la que pertenece «Manuel el de la Font» suele caracterizarse por la presencia de un narrador marco que forma parte de la situación discursiva articulada y que toma parte en lo que acontece, amén de la presencia de otro narrador que habla en estilo directo. Esto le habría permitido a Aub acercar su relato al mecanismo de activación y funcionamiento de la memoria por medio del trabajo de la oralidad, sobre todo porque el narrador marco, de esa manera, tendría la posibilidad de subrayar algunos aspectos acerca de la modalidad en la que el otro cuenta las cosas (Nos Aldás, 2011: 100). Precisamente con respecto a las puntualizaciones proporcionadas por el narrador marco sobre las estrategias expresivas de la otra voz enunciadora es interesante destacar unos comentarios del anónimo prisionero referidos al discurso de

Manuel. Por un lado, el testimonio de este último, que brota en medio de la crueldad concentracionaria, sugiere la esperanza de la resistencia tras la derrota –de ahí el recurso a la imagen de la luz–: «Ocho estábamos sentados escuchándole en el cuchitril donde dormíamos cuatro; los más medio estirados, que en cuclillas daba la cabeza contra el piso de arriba; ya era de noche y no teníamos más cabo de luz que la voz de Manuel» (Aub, 2020: 237). Sin embargo, más adelante, la crónica realizada por Manuel es sometida a la siguiente pregunta: «¿Habla en serio, o le hecha ironía al cuento? No lo sabe nadie, la seriedad del narrador obstruye todo tipo de interpretación» (Aub, 2020: 237).

Esta advertencia sobre la inaccesibilidad de la verdad –o, mejor dicho, de una verdad única y absoluta–, se refiere sobre todo a la voluntad siempre manifestada por Aub, como explica Sánchez Zapatero (2014: 60), de concienciar al lector sobre el carácter polimorfo de la realidad, la necesidad de cuestionar cualquier punto de vista y la inevitable discordancia entre contenido del discurso, sujeto que lo transmite y sujeto que lo recibe –mecanismo de relativización que, por otra parte, hemos visto aplicado al discurso de don Leandro en *Campo de sangre* y, con un matiz diferente, al narrador de «Santander y Gijón»–. En otras palabras, se trata de transformar el acto de lectura en una permanente acción de cuestionamiento por medio de un «modelo de lectura híbrido» (Sánchez Zapatero, 2014: 66-67). No por nada, en la cita se habla de la «seriedad» como elemento «obstructor» de toda operación interpretativa, aludiendo indirectamente a la ironía –recurso distanciador y relativizador por excelencia– como elemento cognitivo fundamental[111].

Así es que, en este relato, es el llamado narrador marco, un internado del que no se especifica el nombre, quien introduce la personalidad y el punto de vista de un compañero suyo, el Manuel de la Font citado en el título, cuya genealogía identitaria es retomada desde la España prebélica para encuadrarlo como un individuo «siempre a lo suyo» (Aub, 2020: 234). De hecho, aparece tan interesado en mantener un estilo de vida movedizo, errátil y, sobre todo, independiente y libre de cualquier vínculo de lealtad que, en un momento dado, «para que no lo mandara nadie, como la mayoría de los obreros y campesinos de la villa eran cenetistas, se alistó en la central socialista» (Aub, 2020: 234).

[111] Además, tratándose de un texto que tematiza los campos franceses, la imposibilidad de asimilar y entender toda la verdad y el concepto de interpretabilidad del sujeto cobran una importancia peculiar dada la inviabilidad del esfuerzo de transmitir en toda su magnitud la violencia y la brutalidad inscritas en la realidad vivida por medio del lenguaje y de las formas expresivas convencionales, por lo tanto: «la inefabilidad de la experiencia concentracionaria se suma a las intrínsecas dificultades existentes para reflejar lo sucedido» (Sánchez Zapatero, 2014: 259-260), siendo este un aspecto que retomaremos más detenidamente en sucesivas secciones de este trabajo.

Con todo, a pesar de la actitud descrita, acabará siendo elegido por sus compaisanos como presidente del Comité del Frente Popular de la aldea catalana donde viven. Es ahora el propio Manuel quien toma la palabra y delinea su historia encuadrándola desde su propio papel en el Comité –por lo tanto, el enfoque del relato se focaliza en la vida pública y en las relaciones de poder que la rigen–, llegando a marcar tres puntos de inflexión: la victoria de las derechas en las elecciones de 1933, la victoria del Frente Popular en febrero de 1936 y el Golpe de Estado. En este sentido, la atención se centra en la figura de un cura, don Enrique, del que se subraya, en primera instancia, la opresiva injerencia en los asuntos sociales y políticos del pueblo, describiéndolo como una figura que actúa de manera más parecida a la de un cacique, o de un despótico patrón, que a la de un hombre supuestamente «llamado por Dios» a servir a su comunidad bajo los principios de la bondad y de la misericordia[112]:

> Los más ricos eran tres hermanos, dos listos y gordos y uno medianejo y tonto [...]. El segundón era el amo: el cura que os decía antes. Pero el amo de verdad, ¿eh? Mandaba en todo, en lo de fuera y en lo de dentro, en lo de las elecciones, en el ayuntamiento y en las casas: tenía las mujeres atadas con cadena. Un bufido que soltara y todo el mundo boca abajo [...]. Ponía y quitaba el alcalde y hasta la República no hubo elecciones [...]. Que don Enrique por aquí y don Enrique por allá y todos a besarle la mano. Obraba como si el pueblo fuera suyo (Aub, 2020: 237-238).

Su inclinación al abuso y su afán de dominación se tiñen de otra tonalidad problemática a la hora de relacionarse con Nuria, recién casada con el hermano menor del propio don Enrique:

> Total, que el cuñado no la dejaba ni a sol ni a sombra, se le puso la mujer entre cejas y cejas y ya sabéis lo que es eso: como un tizón en el pecho. Mandaba a todos fuera para quedarse solo con la cuñada en la casa; y que te cojo por un pasillo y que te recojo por la escalera, y te abrazo por detrás cuando estás en la cocina, y te toco la rodilla cuando estamos en la mesa (Aub, 2020: 239).

[112] Antes de pasar a detallar el caso de don Enrique, el punto de vista de Manuel el de la Font funciona como soporte para que el autor lleve a cabo una denuncia contra la incoherencia ideológica de los sectores más conservadores, amparados detrás del tradicionalismo católico como medio de autolegitimación y, por contra, reivindica las intervenciones de los miembros del Comité del Frente Popular como orientadas no a una personalista acumulación de riquezas, sino hacia el beneficio de la colectividad: «¡Las derechas han quemado mucho más santos que nosotros! ¡Con ropa y todo! Yo hacía hacer montones: en un lado la madera desnuda, en otro la ropa, en otro la cera y detrás, en lo del Comité, el metal. Las cosas hacerlas bien o no hacerlas, ¿no? La madera la guardábamos para lo que pudiera ocurrir; la ropa para los pobres, la cera se repartió entre todos y el metal se mandó a Barcelona, a la Generalidad, y el dinero a los sindicatos, para comprar armas» (Aub, 2020: 236).

Cabe destacar que, en este fragmento, las acciones del cura no se presentan tanto como las consecuencias de un impulso o de un deseo sexual, sino que se plasman realmente por lo que son, es decir, actos de poder y de imposición arbitraria de una voluntad dominadora –en plena consonancia con todos los rasgos y las actitudes atribuidas al personaje de don Enrique–, al fin y al cabo, actos de poder frente a los que Nuria reacciona no resignándose a un comportamiento de pasiva aceptación y, por ende, configurándose, también ella, como un posible sujeto de cambio histórico, aunque sea la única en romper aquella general atmósfera de obediencia y vasallaje[113]:

> Un día en que el rector la apretó más de la cuenta por el pasillo ella le arañó la cara y él tuvo que inventar una historia de clavo en la pared que justificara el esparadrapo [...], la gente se dio cuenta, pero todos cerraban el pico, y señor rector por aquí, señor rector por allá, y te beso la mano, y te rebeso el copón. Parece que un día hubo una lucha feroz, de verdad, ¿eh? Ella con un cuchillo de a dos palmos en la mano. El bárbaro se asustó (Aub, 2020: 240).

Sucesivamente, los intentos del cura de hacer que Nuria sea acusada de haberle envenenado –para que la declaración de culpabilidad y la esperada punición acaben con los intentos de resistencia de la mujer– serán desenmascarados por Manuel y por los demás miembros del Comité, quienes se proponen reparar los agravios cometidos[114]:

---

[113] Con todo, especificamos que el hecho de que sea una mujer quien se oponga de alguna forma al eclesiástico no está motivado por ninguna reivindicación de carácter feminista ni necesariamente se vincula a una propuesta de emancipación en clave de subalternidad de género, sino que forma parte de un sistema de ideas de mayor alcance: la denuncia de las desigualdades sociales perpetuadas por las fuerzas responsables del derrocamiento de la República y cuyo trasfondo ideológico –desde el punto de vista de los exiliados– estaba compartido por las potencias fascistas europeas –aunque no la especificidad religiosa–. Está claro que, con respecto a la cuestión femenina, la sensibilidad política de Max Aub se diferenciaba de la de Teresa León. Por otra parte, también es cierto, como estamos repetidamente comprobando, que en el discurso de esta última el verdadero fautor de la relación de dominación era sobre todo la moral burguesa, ya que para ella el compromiso por la liberación de la mujer no estaba separado de la lucha de clases o, en todo caso, era esta última a ocupar el nivel discursivo principal. Sin embargo, como hemos visto en los cuentos analizados anteriormente, desde el punto de vista de Teresa León, eso no impedía que los sujetos masculinos apoyaran o fueran cómplices de dicho sistema. Pero, normalmente, se percibe una diferencia vinculada al concepto de ideología entendida como falsa conciencia impuesta por la clase dominante y explotadora, a su vez, derivada del marxismo clásico. Y es que los personajes masculinos en la obra de Teresa León, en el momento en que asumen comportamientos y actitudes que hoy definiríamos como machistas –entonces, poniendo el acento en el género–, y dependiendo del estamento social en el que son colocados, lo hacen o bien como extensión de esa voluntad dominadora burguesa –los que se benefician del citado mecanismo de manipulación ideológica– o bien por ignorancia –los mismos sujetos «engañados» por la opresión de clase–.

[114] Lo que hemos comentado concerniente a la exigencia de poner todo discurso bajo la lente del sentido crítico parece ser confirmado por la actitud ambigua del propio Manuel: no obstante el empeño de éste, en tanto que miembro del Comité, para resolver el caso de Nuria y don Enrique a favor del sujeto oprimido cabe recordar que la primera solución planteada por Manuel había sido de signo muy distinto: «—Eres tonta —le decía yo. —¿Qué más te da? Un cura no es un cura, un cura es un hombre. Además, todo queda en casa» (Aub, 2020: 240).

«—Trajimos a la Nuria y al marido, y los repusimos en la casa, dándoles lo que les correspondía. A eso llamo yo justicia. ¿No?» (Aub, 2020: 242).

La historia contada por Manuel el de la Font se concluye con la retirada de los republicanos, con su internamiento y con el de sus compañeros en el laberinto concentracionario francés –y, posiblemente, no es casualidad que se aluda al hecho de que a Nuria y a su marido «el mismo día que entró Franco, los fusilaron» (Aub, 2020: 243)–. En este sentido, según Sánchez Zapatero (2014: 234), la analepsis referida a la Guerra Civil en el ámbito de una historia contada desde el campo de concentración se debe a la voluntad del autor de vincular lo sucedido en España en la época de la contienda con la suerte que les tocó a miles de republicanos y con los advenimientos políticos internacionales. Sucesivamente, vuelve a retomar la palabra el narrador marco, quien da cuenta del comportamiento del protagonista en ese nuevo contexto:

> Manuel, el *de la Font*, es el único que ha conseguido, a fuerza de hacerse el tonto, salir del campo y trabajar en una alquería cercana, donde una viuda le emplea [...]. A la tarde, de vuelta Manuel, va sacando de los innumerables bolsillos de un gabán que le viene como una tienda de campaña huevos, pan, pastas de sopa, y hasta ¡azúcar!, que reparte concienzudamente entre nosotros. A la chichirinoche se desliza hasta el barracón de los ricos y les vende como le parece parte de su botín (Aub, 2020: 244).

Es muy significativo que los gestos del personaje –además, en las condiciones extremas de hambre y privaciones del campo de concentración– se vean guiados –de manera radicalmente opuesta a don Enrique– no solamente por un principio de solidaridad, sino también de equidad –distribuye «concienzudamente» la comida– y, en cierto sentido, de justicia social –solamente cobra de los ricos– constituyéndose, a la par que Nuria, en potencial sujeto de transformación política. Sin embargo, otra vez, la entereza de sus intentos cooperativos y de atención a los demás presos muestra algunas grietas en el momento en que, tras recibir los reproches de sus compañeros por su conducta hacia los detenidos más ricos, se limita a contestar «Yo me entiendo y bailo solo» (Aub, 2020: 244), encerrándose así en la incomunicación –es decir, deconstruyendo aquel mismo sentido de colaboración que subyace a su gesto de repartir alimentos– y transmitiendo a los lectores cierta incertidumbre sobre la integridad de su conducta.

En «Alrededor de una mesa» tampoco se puede pasar por alto la ambientación, siendo que nos colocamos en un café de París donde se reúne un grupo de refugiados españoles en la primerísima fase de su exilio. La presencia de estos últimos y el escenario

otoñal, además, permiten situarnos ya en el contexto de una Segunda Guerra Mundial recién empezada. Sin embargo, eso no va a perturbar de ninguna manera la cotidianidad de los transeúntes, «gente que pasa encerrada en sí misma» (Aub, 2020: 335), indiferentes tanto a lo que ha pasado en el otro lado de los Pirineos como a lo que está aconteciendo en Europa; en efecto:

> Todo paz en la batahola *–une demie-blonde, une demie-brune–*, París seco, sin bruma. Un guardia regulaba la circulación con desgana. París invadido por su periférico campo bien cortado, céspedes civilizados, todos los poros bebiendo paz, polvo, gasolina, claveles, vincapervincas, violetas, letras doradas de escaparates, los ojos saltones y la bufanda de Picasso, los taxis, las rejas del metro (Aub, 2020: 335).

La apariencia de concordia y de «civilizada» paz ciudadana –rota solamente por el tráfico urbano y el frenético vaivén de los parisienses– es ratificada por el comentario –engañado e involuntariamente engañoso– de uno de los desterrados republicanos: «Aquí no habrá nunca fascismo» (Aub, 2020: 335). A este respecto, la distancia temporal desde la que escribe Aub genera una palmaria antinomia con el real desarrollo de la Historia, concretamente la ocupación alemana de la capital francesa. Es de suponer que los lectores de la época que tuviesen en mente las imágenes de Hitler y de los jerarcas nazis debajo de la Tour Eiffel, pudieron percibir toda la carga de problematicidad por lo que se refiere a la actitud de Francia hacia la lucha antifascista republicana española, visibilizada precisamente por ese ambiente de calma política y por la «seguridad de estar a salvo» atribuible al comentario del refugiado. Además, dicho intervalo cronológico permite leer con cierta perspectiva histórica –a sabiendas de las consecuencias internacionales provocadas por la brutalidad fascista– la sucesiva conversación entre los refugiados, cuyo contenido, a pesar de referirse específicamente al contexto de la Guerra Civil, adquiere una relevancia que supera las fronteras del país ibérico justamente por estos contrastes creados por el autor entre las referencias contenidas en el relato y la contingencia desde la que el relato mismo se escribe y se lee[115].

[115] Un mecanismo narrativo parecido se observa también en *La historia tiene la palabra* de Teresa León, donde la escritora, como explica Pascale Peyraga (2008: 126), a la rememoración de la salvación del patrimonio cultural español –y, en un sentido más amplio, de episodios de la Guerra de España acaecidos entre finales de 1936 y principios de 1937– añade otro plano espacio-temporal, el del París de 1940, para que ambos queden estrechamente relacionados en su valor político y para que este segundo plano sirva de contrapunto para proyectar la ejemplaridad de la conducta del pueblo español hacia el futuro de las democracias europeas. A este respecto, el carácter engañoso del clima de paz parisiense descrito por Aub fue retomado también por Teresa León a la hora de enfatizar el alcance internacional de la ofensiva fascista y, por ende, de la semántica global atribuible a la resistencia republicana en el marco de la contienda

Una vez contextualizado el diálogo-testimonio de los refugiados en la dimensión internacional de la amenaza fascista, la narración se desliza hacia uno de los soportes ideológicos de esta última. De hecho, si en el caso de «Locos van y vienen» y de «Manuel el de la Font» el institucionalismo eclesiástico había sido cuestionado en tanto que asociado a un papel dominador en la organización del espacio político, en «Alrededor de una mesa» el hilo argumental de la conversación entre los exiliados sentados en ese café parisiense pasa a dinamitar la sacralización y el mesianismo de raíz católica, dos de los principios en los que se fundamentaban la legitimidad del Golpe de Estado y el trasfondo ideológico de la conducta de los rebeldes durante la guerra; entonces, se pasa a incidir en la confluencia entre expansionismo imperialista y autoritarismo eclesiástico en el cariz doctrinario del fascismo español a través de la figura del clérigo don Vicente[116]:

—Se llamaba don Vicente, era alto, fuerte, metido en color, elegante.
—¿El cura?

estallada en 1936: «Llamo a cuanto sucedió por aquellos años la guerra, y no la Guerra Civil, porque así ha enseñado al mundo la experiencia posterior que debemos llamar aquellos aldabonazos a la conciencia pública de millones de seres alertados por España a la cautela. Lo llamo la guerra simplemente para que ese adjetivo *civil* no nos aparte de la mesa de la paz. Porque ¿qué mesa de paz puede llamarse a la que se reúna sin nuestro Madrid bombardeado, capital histórica del antifascismo?» (León, 1977: 18).

[116] A este propósito es pertinente explicar que, como se desprende de las investigaciones de Hilari Raguer (2017), en principio, la motivación religiosa no fue el aglutinante de los militares conspiradores, aunque es cierto que el movimiento empezó a teñirse de cruzada muy pronto –y, por otro lado, dos casos muy especiales son el de Navarra, en donde los voluntarios se sumaron a la rebelión estallada el 18 de julio con el objetivo de luchar «por Dios y por el Rey», y el de Gil Robles, quien, en cuanto jefe de la CEDA, había sido apoyado por la jerarquía católica española y por el Vaticano–. Sin embargo, tras el fracaso del golpe y el arranque de la contienda, los insurrectos sí tenían la necesidad de exhibir una coartada ideológica que ocultara la ilegitimidad de la ofensiva militar contra la República, sobre todo de cara al extranjero: y fue precisamente la Iglesia la que se entregó a los militares rebeldes, con la casi totalidad de los obispos deseosos de que se acabara con la forma de Estado que se había instaurado en 1931. Entonces, en agosto de 1936, el general Mola pronunció un discurso por radio hablando de «cruz» e, implícitamente, de «cruzada». En aquel mismo mes, el general Cabanellas, entonces presidente de la Junta de Defensa Nacional, se refirió a «un movimiento nacional que tanto tiene de cruzada religiosa como de rescate de la Patria frente a la tiranía de Moscú» (*apud* Raguer, 2017: 87). A partir de ahí fueron innumerables los discursos de militares y de eclesiásticos que aludían, de manera muy ferviente, a la idea de cruzada. Así que, al final de la guerra, el cardenal Isidro Gomá no tuvo reparos en escribir que «La Iglesia había aportado todo el peso de su prestigio, puesto al servicio de la verdad y de la justicia, para el triunfo de la causa nacional» (*apud* Raguer, 2017: 89). A este respecto, Teresa León llevó a cabo la misma operación desmitificadora acerca del uso de la justificación religiosa para encubrir las actuaciones desplegadas por la violencia fascista en el marco de la Guerra Civil española en sendos pasajes de *Memoria de la melancolía* que evidencian dos diferentes contextos de aplicación de la propia coartada religiosa. El primero centrado en la represión llevada a cabo por los rebeldes contra los republicanos: «¿Y los otros? [...]. Comenzó por toda España la caza del hereje, del masón, del comunista, del soldado republicano, del que no estaba casado por la iglesia, del que leía libros prohibidos, del que expresaba su descontento por escrito... ¿Cómo fiarse de esta gente que ha combatido a Dios?, decían las viejas. No servía ningún argumento. Dios únicamente está con Franco, le contestaron a una amiga mía que tenía sus hijos en ambos campos» (León, 2020: 389-390). El segundo, orientado muy claramente a denunciar la actitud de cerrazón mostrada por las potencias internacionales: «Era muy sencillo cerrar los ojos a lo que en España estaba sucediendo, aceptando la farsa de la legalidad, de la tradición religiosa de la España una y eterna, de que la victoria militar se cimienta sobre los muertos. Volvió a usarse el nombre de Dios para matar» León, 2020: 392-393).

> —Sí. Canónigo. No recuerdo si de Manresa o de Solsona. Muy hombre. Había sido carlista, pero cuando oyó hablar de Falange aquello lo entusiasmó. Un conquistador.
> —¿Mujeres?
> —No. No sé. Lo que le importaba era otra cosa. Dios. España, el Imperio, todo bajo la férula de la Iglesia [...] (Aub, 2020: 336).

La dudosa moralidad de este cura desvelará toda su inconsistencia y vacuidad en el momento en que será detenido por unos milicianos republicanos:

> Esta vez no hubo remedio y el canónigo pasó ante tres mozalbetes que se pusieron a interrogarle. Empezó negando a Cristo todas las veces que quisieron y entonces uno de los jóvenes que no era tan tonto como parecía, al verlo tan acobardado por la muerte le propuso un cambalache [...]. Resumiendo: le propuso salvarle la vida y dejarlo adscrito al tribunal para confesar a los condenados, siempre que denunciara a sus cómplices (Aub, 2020: 336-337).

Más allá de la identificación de don Vicente con un emblemático episodio del Evangelio que justo tematiza la abjuración de la fe en Cristo –la negación de Jesús por parte del apóstol Pedro con tal de salvarse a sí mismo–, y de su caracterización como cobarde frente a la muerte –otra muestra de contradicción, ya que va a poner en crisis el mensaje cristiano de salvación y paz eterna alcanzable solamente en el más allá–[117], es aún más interesante el hecho de que el cura acepte la propuesta de pasarse al lado de sus «enemigos» con tal de salvarse la vida: a este respecto, el precio que el cura se ve obligado a pagar consiste en delatar a sus compañeros de lucha, siendo esta dinámica narrativa simbólica de las efectivas motivaciones de la actuación de la Iglesia en el marco de la contienda española. Estas últimas se podrían desglosar en un claro afán de poder –y, en el caso de este cura, de beneficio personal por encima de todo– y, finalmente, en una doblez que se sobrepone al principio de lealtad y de integridad moral, como queda corroborado por medio de la frase de un republicano dirigida a algunos presos: «Por cierto— dijo uno del tribunal, no exento de mala baba —que el sacerdote que os atenderá es el que os denunció» (Aub, 2020: 337)[118].

---

[117] Encontramos una alusión muy similar –aunque más explícita– en «Historia de Vidal», cuento de Aub publicado por primera vez en el número VIII (febrero de 1940) de *Sala de Espera* y posteriormente en *Cuentos ciertos*. Un combatiente, encargado por un consejero de la Generalitat de Catalunya de traer a salvo a un clérigo retrata de la siguiente manera la reacción del religioso frente a la llegada de la delegación republicana: «Y se quedaron de guardia en la carretera hasta que sacamos a nuestro hombre: muerto de miedo [...]. Con ser todo y cura, temblaba. Yo no he visto nunca cosa igual. ¿Por qué? Si creía en del otro mundo, ¿qué más le daba? […].» (Aub, 2022: 160).

[118] La importancia del tema para Aub –en parte atribuible al hecho de que, en su caso, la equivalencia entre «ser católico» y «ser español» enfatizada por el franquismo decretaba otro nivel de alteridad– con respecto al concepto de «identidad nacional», como hemos comentado en el primer capítulo de este trabajo– es

Al final del relato se vuelve a remarcar la denuncia hacia la apatía de buena parte de la sociedad francesa respecto a los ideales de la lucha republicana, ya que la ejemplaridad política de la historia de don Vicente pasa completamente inadvertida y sin ninguna consecuencia en la conciencia de los presentes: tras la salida de los exiliados republicanos del café, «El camarero rectificó la posición de las sillas y se puso a hablar del resultado de las carreras de caballos con un parroquiano» (Aub, 2020: 338). La artificialidad de la atmósfera descrita al principio de la narración, sellada por este desenlace, es puesta en entredicho a través de otro pasaje de la conversación entre los refugiados: «—Confundes la política con la policía. —No. Son casi lo mismo. Desde que el Estado es el Estado, la Policía... —...es la Policía. —No, es el Estado. Un Estado sin Policía deja rápidamente de ser Estado. Policía, política, las mismas raíces, casi las mismas letras» (Aub, 2020: 337). En este caso el blanco de la crítica de Aub parece ser la seguridad ciudadana –particularmente, con aplicaciones orientadas al mantenimiento de la estabilidad de un Estado-nación– convertida en dogma: es decir, el recurso a la vigilancia y al control férreo de las personas a expensas de las libertades y de los derechos humanos, modalidad de supervisión de la vida social no exclusivamente asociables a los regímenes totalitarios. A esto parece apuntar Giorgio Agamben (2000: 90-92) a la hora de definir los órganos de policía como el lugar en el que se muestra con total claridad la proximidad –casi, la intercambiabilidad– entre violencia y derecho que caracteriza la norma de soberanía, mecanismo que, como corolario, pasaba necesariamente por la criminalización del supuesto adversario: «[…] la policía se mueve siempre, por así decirlo, en un tal "estado de excepción". Las razones de "orden público" y de "seguridad" sobre las que en cada caso particular debe decidir, configuran una zona de indiferencia entre violencia y derecho que es exactamente simétrica a la de soberanía». Estas consideraciones no solamente pueden ser vistas como reflejos teóricos y filosóficos de

remarcada por la frecuencia con la que aparece en la obra del exilio. Amén de los ejemplos ya citados, merece la pena destacar también «Los creyentes», otro relato aparecido en el número XVI (marzo de 1940) de *Sala de Espera* y sucesivamente en *Cuentos ciertos*: en una de las Compagnies de Travailleurs Étrangers –creadas en 1939 y utilizadas en Bretaña para hacer trabajos forzosos– se lleva a cabo, entre los presos republicanos y el cura de la compañía, el siguiente intercambio: «—Pero el pueblo español ¿no es católico? —No, señor. —¿Por qué? Era un bendito. —El clero español siempre ha servido a los amos» (Aub, 2022: 176). Estas ideas serán retomadas y reelaboradas en «Guerra de España», la ya mencionada conferencia pronunciada en 1960 en el Ateneo Español de México y recogido en la colección de ensayos *Hablo como hombre*, donde Aub escribe: «En España la religión católica, apostólica y romana siempre ha sido militante, y lo sigue siendo. El ideal no sería que proliferaran partidos católicos, sino que el catolicismo dejara de ser político, pero pedir peras liberales al olmo católico es ponérselas a cuarto. La religión católica, en España, fue y sigue siendo al servicio de los que mandan y salvo algún bienio [...] mandan y siguen mandando los latifundistas, la aristocracia, el ejército y –gran concesión– la banca, pero el clero es su auténtico, general, político denominador común» (Aub, 2002: 179-180).

las recreaciones literarias aubianas a las que acabamos de aludir, sino que encontraron aplicación en su trayectoria vivencial.

Como sabemos, el propio Aub pasó por dinámicas de este tipo durante su exilio francés. A este respecto, la primera «señal de alarma» que tuvo el escritor, explica Bernard Sicot (2007: 398), fue un informe del Ministerio del Interior, fechado 11 de octubre de 1939: este último, remite a la participación de Aub en una reunión comunista de dos años antes y concluye que se trata de una razón suficiente para negarle el permiso de residir en la capital gala. A pesar de que este informe no tuvo efectos inmediatos, sí que determinó el ingreso del autor en el sistema de informes policiales y administrativos. Añade José María Naharro-Calderón (2005: 105-106) que la inexorable persecución que sufrió Aub antes de embarcarse rumbo a México, sus periodos de internamiento en distintos campos de concentración y las tres detenciones en las cárceles de Roland Garros, Niza y Marsella son la prueba de un ensañamiento policial hacia los «indeseables» republicanos españoles que en la Francia de aquellos años era la norma y no un caso excepcional. Sánchez Cuervo (2017: 205-206) profundiza, desde una perspectiva más amplia, en los significados –reales, supuestos o aparentes– del concepto de extranjeros «indeseables», empezando por la idea de «apátrida» y contextualizándola en los advenimientos de la Europa de entreguerras y las numerosas crisis, guerras, revoluciones y al expansionismo de los totalitarismos. En esa coyuntura, muchos exiliados, desnacionalizados de su país de origen e inasimilables a cualquier derecho real de asilo en sus países de destino, no tienen otra posibilidad que la excepcionalidad –típica del ser apátrida–, algo que los deja a merced de la arbitrariedad policial o de la detención en los campos de internamiento. Retomando los estudios realizados por Hannah Arendt en su *The Origins of Totalitarianism* (1948), Sánchez Cuervo recuerda que en los años treinta existía una política exterior gestionada por los aparatos policiales tanto de los estados totalitarios como de los democráticos que actuaban de manera cómplice y al margen de los gobiernos oficiales. Además, se apunta a como las citadas masas de apátridas y exiliados llegaron a ser millones de personas y que, siendo consideradas imposibles de repatriar –nadie las deseaba o se consideraban difíciles de asimilar– se convirtieron en individuos cuya existencia se percibía como amenazadora o absolutamente superflua y, por cierto, entre esa multitud de gentes, estaban también los refugiados republicanos españoles. Por eso, rescatar la figura del «apátrida» y del exiliado –español o de cualquier otro país europeo sujeto a un régimen totalitario– permite subrayar que el llamado estado liberal no solamente se fundamentaba en la producción de libertades, sino también –y

hasta podríamos decir de forma prioritaria– en la seguridad material y el mantenimiento inalterado de los beneficios de sus propietarios, es decir, de sus dominadores.

4.1.3 Cruzar las fronteras de las categorías identitarias

Si los lugares de enunciación de los narradores de «Manuel el de la Font» y de «Alrededor de una mesa» corresponden a la primera etapa del exilio de Aub, con «Teresita» (Cuernavaca, 12 de septiembre de 1943) nos desplazamos al otro lado del Atlántico; así recita el íncipit:

> No hay nubes como las de México. Allá enfrente asoma el Popo, otras nieves en nubes esconden el Iztaccíhuatl; más abajo las prodigiosas construcciones indostánicas de Tepotzlán entre hálitos de plata recuerdan decorados de ópera germánica mientras, al norte, la antigua carretera parte, en jade, el verde oscuro de los pinos [...]. El palacio de sangre seca de Cortés lo mira todo soportando yankis en mal de beberlo todo con sus cámaras fotográficas (Aub, 2020: 345).

En palabras de Soldevila Durante (1973: 123), se trata de la primera referencia del escritor a la que será su tierra de adopción en su obra narrativa; sin embargo, de manera similar a los dos cuentos que acabamos de citar, también en «Teresita» contamos con la presencia de un narrador testigo que establece una conexión –en términos de significación ética y operatividad política– entre la realidad histórica del presente y el pasado de la defensa republicana durante la Guerra Civil. De forma análoga a «Santander y Gijón» y a *Campo de sangre*, dicho testimonio se caracteriza por una explicitada urgencia, por la inaplazable necesidad de dar a conocer su contenido y de encontrar unos interlocutores que puedan hacerse cargo del compromiso que lo fundamenta para darle continuidad. La firme declaración «Pero os tengo que contar la historia de Teresita [...]» (Aub, 2020: 345) –recalcada más adelante: «Pero yo quiero contar la historia de Teresita (Aub, 2020: 346)– manifiesta esa voluntad de continuidad en la lucha, algo que Angela Moro (2022: 159) ve reflejado en la «persistencia en la memoria de la topografía española, cuya ausencia se vuelve concreta en los lugares del nuevo mundo», y esto se nota, por ejemplo, en un pasaje en el que la mención de la ciudad valenciana de Denia despierta en el narrador unos recuerdos juveniles pertenecientes al país del que ha sido expulsado (Moro, 2022: 111-112):

> Cuando hablo o me hablan de Denia, mi memoria se condensa en recuerdos de hace quince o dieciocho años, en mi primera experiencia de navegante a vela y del miedo que pasé, íbamos en aquella barquilla –con vela desvelada– Juan Chabás y yo [...]. Denia y su playa, al sur Ilfach, al norte Cullera, girón de Valencia y Alicante (Aub, 2020: 347).

En el cuento, de hecho, el narrador rememora las vicisitudes de Teresita, una mujer transgénero americana: su participación en la guerra española tras haber ingresado en las Brigadas Internacionales[119], la herida en Brunete y, finalmente, su traslado, precisamente, al hospital de Denia.

Resulta paradójico observar como el punto de quiebre de la historia no se produce en el momento en que Teresita cae herida en el campo de batalla, sino cuando se presenta la necesidad de poner en marcha el procedimiento burocrático requerido para evacuarla de España y garantizarle una posibilidad de supervivencia:

> Cuando Mrs. L. Regresó a Valencia se interesó por la evacuación de Teresita, habló de ella con el cónsul de Estados Unidos. El problema era que, en los libros de las brigadas, Teresita era considerada como mujer y su pasaporte era de sexo contrario (Aub, 2020: 347).

El hecho de que, desde el punto de vista de las autoridades consulares estadounidenses, el sexo biológico del personaje pueda constituir un «problema» a la hora de prestarle ayuda y proporcionarle asilo se configura como la anécdota narrativa que le sirve a Aub como instrumento para desvelar los criterios arbitrarios que determinan un uso ahistórico de las categorías identitarias que cristalizan a los seres humanos en rasgos eternos y esencialistas. Para más señas, dichos rasgos quedan asociados a una condición humana

[119] Decisión comentada con la frase: «Hizo cuanto había que hacer» (Aub, 2020: 346) –como para decir, «cumplió con su deber cívico»–, destacando, de ese modo, a los voluntarios brigadistas como ejemplo virtuoso de la participación internacional en la contienda civil. Asimismo, aparecen varias referencias a hombres y mujeres de las Brigadas Internacionales en la obra de Teresa León, siempre en forma de agradecido homenaje que los enaltece como héroes de la resistencia antifascista guiados por principios de cooperación y fraternidad. De hecho –y a diferencia de Aub–, en la producción de Teresa León el enfoque nunca se detiene en un combatiente en particular, ni se habla de este aspecto de la historia de la Guerra Civil española a partir de las vivencias de un personaje con nombre y apellido, sino que las Brigadas siempre se presentan como un personaje colectivo que actúa al unísono como si fuera un cuerpo único e indivisible. Esto se ve, por ejemplo, en *Memoria de la melancolía* cuando la escritora describe las ceremonias de despedida a los voluntarios – la mayor de las cuales fue realizada en Barcelona el 28 de octubre de 1938, seguida por otras en Valencia y en Madrid–. Escribe Teresa León: «Una vez más me asomé a un escenario. Fue al tener que decir adiós a las Brigadas Internacionales [...]. A nosotros nos tocó decirles adiós desde la escena, llorarlos. Rafael había escrito para esa ocasión solemne la "Cantata de los Héroes y la Fraternidad de los Pueblos". Decidieron que yo recitase los versos que dicen España. [...] traté de que mi emoción no me traicionase al decir España su pena a los hombres mejores del mundo [...]. Todos aquellos hombres, combatientes por la libertad del mundo, se habían puesto en pie, cuadrados y firmes ante la figura de España» (León, 2020: 62-63). Volveremos sobre estos temas, puesto que, como veremos, «Teresita» no es el único texto aubiano en el que aparecen personajes afiliados a las Brigadas Internacionales.

supuestamente superior o inferior y, en este caso específico, a una «índole» fácilmente asimilable al orden existente o, por el contrario, desestabilizadora de la «seguridad colectiva». Consecuentemente, como estamos viendo en el caso de Teresita, estas clasificaciones se emplean como elemento discriminante para decidir entre la solidaridad o el abandono. La «problematicidad» del asunto llega al extremo de que el propio cónsul decide ordenar un examen clínico del que, sin embargo, no se le revela el resultado: es decir, nunca se aclara, a los ojos de quien representa el institucionalismo de estado, a qué categoría biológica pertenece Teresita, algo que parece remitir a la intención del escritor de dinamitar el carácter aparentemente irreprensible de dichos mecanismos ideológicos, dejando justamente al descubierto las falsificaciones históricas y las injusticias que los apuntalan, como confirma la respuesta del médico que ejecuta el examen: «—Elle es faite comme vous, Monsieur le Consul» (Aub, 2020: 347)», o sea, «es un ser humano como vosotros»: evidentemente, el único criterio que, según Aub, debería tener importancia.

La denuncia del autor asume un valor efectivo en los pasajes finales del relato: las operaciones de averiguación de la identidad del personaje quedan indefinidamente pospuestas y la auspiciada evacuación no se lleva a cabo. Al narrador, no le queda más remedio que certificar la muerte de Teresita en un campo de concentración de Francia: «—¿Y Teresita? —Murió, como un hombre, en Gurs» (Aub, 2020: 348). El laberinto administrativo en el que queda atrapado el personaje recuerda, evidentemente, el proceso sufrido por Aub en el país galo tras la derrota republicana: las etiquetas en las que quedó encasillado el escritor por medio de la mencionada «falsa denuncia» –recordamos que se le acusaba de ser «israelita», «comunista notorio y peligroso», «alemán antifascista» naturalizado español por un gobierno «rojo» en el «caos y desorden» del conflicto civil–, como explica Sicot, eran plenamente conformes –y reveladoras– de los miedos que abrumaban la sociedad francesa en aquella época, por lo tanto:

> Se va construyendo un *personaje* aubiano que bien poco tiene que ver con la realidad. Se perfila una silueta esbozada con rasgos imaginarios o deformados, oscurecidos voluntariamente con tonos de la paleta usada para la elaboración de los retratos-robots de aquellos años [...]; traje cortado a medida que seguirá vistiendo al escritor durante toda la Segunda Guerra Mundial y gran parte de la Cuarta República francesa ya que, exiliado en México, no conseguirá visado para volver a París hasta fines de 1956 (Sicot, 2007: 398-399).

Con todo, y para evitar el riesgo de interpretaciones decididamente anacrónicas, consideramos oportuno puntualizar que la historia de Teresita no hace de Aub un valedor

del género «no binario», ni mucho menos le interesaba defender posturas cercanas o hasta anticipadoras de conceptualizaciones como el género fluido –como es notorio, de cuño mucho más reciente y respondiente a una sensibilidad cultural y a instancias sociales que no formaban parte ni de la época ni del contexto en el que Aub escribió el cuento–, sino que, análogamente a lo que hemos comentado a propósito del personaje de Nuria en «Manuel el de la Font», las reivindicaciones aubianas se encuadran en una más amplia reflexión cuestionadora sobre el concepto de condición identitaria no respondiente a un proceso de autodeterminación del sujeto, sino impuesta y alimentada por los intereses del poder para garantizar su propia estabilidad y excluir a aquellos elementos vistos como potencialmente subversivos del orden establecido.

El hecho de que en el relato objeto de nuestro análisis el criterio en cuestión sea el sexo biológico se debe, con toda probabilidad, a la voluntad del autor de diversificar la problematicidad del tema, plasmando su carácter heterogéneo, y, por otro lado, le sirvió para diluir el riesgo de limitar la reflexión a una inevitable superposición con su propia experiencia personal –nos referimos a sus dos exilios–, creando de ese modo un mecanismo de distanciamiento[120].

Si a Teresita se le niega la posibilidad de buscar una tabla de salvación en un eventual país de acogida, la perspectiva opuesta, es decir, la apertura hacia una nueva etapa vital en relación con el destierro se refleja en el andamiaje narrativo que subyace a «El perfume de mi madre era el heliotropo» de Teresa León, contenido en *Morirás lejos*, clave de lectura confirmada por Helena Establier (2006: 296)[121]. A este respecto, lo que llama la atención de este relato es, según la opinión de Neus Samblacat Miranda (2013: 546), el hecho de que la sensación de desamparo y precariedad, experimentada de manera

[120] La constante preocupación de Aub por sortear representaciones narrativas basadas exclusivamente en sus vivencias resulta ser perfectamente consonante con lo que hemos observado a propósito de la voz narradora, sobre todo en «Manuel el de la Font» y *Campo de sangre*. Como estamos poniendo de relieve en este trabajo, la desconfianza en un punto de vista único, el carácter poliédrico y dinámico de la realidad, la perenne actitud de suspicacia hacia cualquier fuente discursiva y el escepticismo acerca de los mecanismos de funcionamiento de la memoria –incluida la propia– constituyen algunos de los elementos básicos de la poética aubiana (Sánchez Zapatero, 2014: 145). El mismo escritor, refiriéndose a sus novelas sobre la Guerra Civil –pero podemos extender la reflexión a toda su obra narrativa sobre la contienda y sus consecuencias más inmediatas– decía que «se acercan bastante a la verdad, porque [...] no son autobiográficas en ningún momento, porque creo que todo lo autobiográfico sí se presta muy fácilmente a faltar a la verdad, y he dedicado, de hecho, treinta años a buscar testimonios de unas y otras gentes, y he procurado entrecruzarlos unos y otros [...]» (*apud* Sánchez Zapatero, 2014: 143).

[121] Esta diferencia de perspectivas subyacente a la evolución narrativa de los dos relatos no puede prescindir del enorme impacto causado por la experiencia de Aub en los campos de concentración. Como estamos tratando de poner en evidencia por medio del análisis comparado de la obra de los dos autores, en el caso de Aub, como comenta Sánchez Zapatero (2014: 230-231), a la pérdida de identidad causada por el destierro, hay que añadir el dolor y el trauma profundo derivados de sus vivencias en los campos.

particularmente intensa en la primera fase de su exilio argentino, hubiera constituido para la autora de *Contra viento y marea* el detonante de un proceso de rememoración de la infancia como forma de buscar, a través de la escritura, su yo perdido[122]. En efecto, el componente autobiográfico del texto es especialmente evidente en la construcción del carácter y de las vivencias de la protagonista. Estamos hablando de una adolescente llamada Isabel –recordamos que Isabel Inghirami había sido el seudónimo utilizado por la autora durante su colaboración con el *Diario de Burgos* entre 1924 y 1928–, quien, en la primera parte de la historia, se pone a hurgar el contenido de un baúl colocado en el desván de su casa hasta que el olor del heliotropo desencadena un hondo proceso de evocación:

> Pero el perfume del heliotropo le cosquillea femíneamente en la nariz, trayéndole un recuerdo. Ve tan dentro la imagen que se echa a soñar, mirando la linterna mágica de su memoria y se tumba sobre un montón de trajes, envueltas en las ondas del heliotropo que vienen a romperse hasta su carne oscura, bañándola de un vago tejido de sueños (León, 2003: 235).

En palabras de Torres Nebrera (2003: 66), las figuras humanas y las situaciones rememoradas trazan muchos paralelismos con los años juveniles de Teresa León ya que encontramos «la galería de personajes que protagonizaron la memoria familiar y el primer entorno infantil desde el abuelo carlista a la tía solterona, desde la madre hurtada siempre por fiestas de sociedad al padre oculto en la sombra de ocasionales devaneos extraconyugales». El resultado, por lo tanto, corresponde a una proyección literaria mucho más cercana a la autora, algo distinto de lo que acontecía con el personaje aubiano de Teresita. Además, mientras que en el mencionado relato aubiano en el ámbito de la problemática determinación del yo predominan las implicaciones políticas –de hecho, sus matices conflictivos tienen un origen, un desarrollo y unas consecuencias que afectan a

[122] Según las investigaciones de Marta Marina Bedia (2002: 570), el boceto del cuento, junto con otras piezas completas o inacabadas, estaba incluido en un cuaderno manuscrito autógrafo de Teresa León que llevaba por título *Textos en prosa*. El cuaderno, siendo de fabricación francesa, permitiría deducir que habría sido comprado por la pareja Alberti-León durante la etapa exílica transcurrida en Francia, con lo cual es probable que algunos de los textos en él contenidos empezaron a escribirse allí. Sin embargo –y esto viene a ser lo más relevante en el marco de nuestro análisis– Samblacat Miranda (2013: 542) advierte que, en ese mismo cuaderno, aparecen numerosos indicios y referencias geográficas que apuntan a que la mayor parte de su contenido fue completado en Argentina: este sería el caso precisamente de «El perfume de mi madre era el heliotropo», ya que la mencionada libreta contiene dos esbozos de desigual extensión, el primero sin título y el segundo titulado «El pájaro sobre los hombres», que relatan la amistad entre dos personajes que posteriormente pasarán a formar parte del relato –entre ellos, la protagonista–. La autora se sirvió de ambos fragmentos para redactar la versión final del cuento publicado en *Morirás lejos* enriqueciéndolos con elementos ausentes en los borradores originarios.

la sociedad en su conjunto–, en «El perfume de mi madre era el heliotropo» –como se observa fácilmente en la cita anterior– lo que adquiere un valor prioritario es el registro introspectivo que va a modular los arrebatos del personaje de Isabel contra el codificado –y teóricamente identificador– ambiente familiar. Se trata de inquietudes que llevan a manifestaciones violentas y abruptas en su manera de habitar el mundo y en su modalidad de relacionarse con el entorno físico, animado e inanimado, posiblemente reflejo de la rigidez de las ataduras impuestas por las normas de conductas y de los correspondientes corsés morales. Se trata de algo que, también en este caso, remite a la atmósfera cultural en la que se crio la autora: «Entonces es cuando los agraces violentos de su voluntad nueva se exprimen en su estómago y grita palabrotas inmundas [...]. Pero la niña, con el cuchillo de monte, ya abrió bien amplias todas las brechas. Acuchilló la cómoda y los armarios, descuajó las portezuelas [...]» (León, 2003: 229); «Tampoco le gustan los seres humanos. Lo más que les consiente es filtrarse en el ruido de las voces, tamizadas por las paredes. De ningún modo quiere verlos. Una mañana entró el cura y la niña, con un haz de retama prendida, se abalanzó para expulsarlo» (León, 2003: 230); «Y saca la niña una pareja de ratones atados en una yuta por un alambre herrumbroso [...]. Allí los deja al descubierto espiando su muerte. Entonces galopa frenética, por la casona chata, huyendo de sala en sala, dando palmadas, golpeando las puertas, volcando los cántaros, sacudiendo las campanillas...» (León, 2003: 233).

La vehemencia de estos episodios confluye, a medida que avanza la narración –y con ella, el descubrimiento por parte de Isabel de la realidad a su alrededor– en el deseo manifestado repetidamente por la niña de ir a conocer el río, volcándose cada vez más hacia el ambiente exterior a la casa familiar. Empieza aquí la segunda parte del relato que encuentra su apogeo cuando la protagonista, bañándose junto con su amigo Salvador, grita:

> —¡Estoy herida!
> Se alza de nuevo. La corriente comienza a teñirse de carmín. Ya el muchacho no está tan seguro, tan dorado de fuerza.
> —Yo no he sido[...].
> Pone en pie a la niña. Por las piernas abajo van los hilillos nuevos abriéndose en palmas, dibujando la piel misteriosamente. El muchacho arranca un puñado de yerbabuenas y frota las gotitas despacio, restañando el miedo.
> —Calla, niña, no llores.
> Y empapa con las hojitas tiernas de los berros las lágrimas de vida que van muslos abajo (León, 2003: 244).

La primera sangre menstrual adquiere un valor simbólico, señalando para la protagonista el arranque de otra fase existencial, según lo que se describe a continuación: «Palpitan los recentales y las cañas tiemblan deseosas de anunciar la noticia. ¡Aleluya! Va cayendo, suspendida un instante sobre la cabeza de la niña nueva, la dulzura de las hojas desprendidas» (León, 2003: 244). El hecho de que la escritora represente el tránsito hacia una vida nueva en correspondencia con el momento de madurez biológica, o sea, el momento en que el cuerpo femenino se hace fértil y potencialmente abierto a acoger la maternidad, sumado a la ausencia de la madre del personaje en la primera parte, asume connotaciones peculiares desde el proceso de creación literaria entendido como reelaboración de la experiencia y reconstrucción de una semántica identitaria en un espacio fronterizo entre la exclusión –el vínculo con la España republicana– y la adaptación al nuevo contexto –la realidad tangible, irremediable e ineludible del país de acogida–. Volviendo a las argumentaciones de Establier (2006: 296) precedentemente mencionadas, en el texto de Teresa León se sugiere la toma de conciencia de un vacío: el de la madre transfigurado en la madre-patria y, al mismo tiempo, la apertura a otro tiempo, el del exilio americano. Más allá del hecho de que, como apunta María del Mar López Cabrales (2003: 147), la maternidad es un elemento que, para la escritora, forma parte de la identidad femenina –y, por ende, entra en el proceso de reconfiguración de su yo escindido por la experiencia de la expulsión– siendo, además, un «sentimiento grabado indeleblemente en el cuerpo-vida de León y de los personajes que se asoman en su obra», tampoco podemos olvidar que justamente el nacimiento de su tercera hija, Aitana (1941), queda vinculado a la componente de esperanza vislumbrada en América, como afirmó la escritora en *Memoria de la melancolía*: «Me dijeron que aquello de tener hijos no se repetiría en mí jamás. Pero el milagro americano se había producido. Sus entrañas eran otra vez suaves y fecundas y felices» (León, 2020: 42).

Esta mirada, indicadora de la necesidad de encontrar amparo y apoyo tras haber perdido su centro estructurador, queda confirmada y reflejada en la intensa actividad desplegada por la escritora en los medios de comunicación y en los ambientes culturales de sus primeros años bonaerenses. De hecho, explica Castillo Robles (2019: 122), la amistad de la pareja Alberti-León con el editor Jacobo Muchnik les proporcionó trabajo en distintas emisoras radiofónicas del país rioplatense, como, por ejemplo, Radio Splendid y Radio Belgrano. Sin embargo, lo que más nos interesa destacar es la colaboración de María Teresa con Radio El Mundo, donde, entre 1942 y mediados de 1943, a las cinco y media de la tarde, se emitía un programa de quince minutos titulado

Charlas con María Teresa León, dirigido sobre todo a mujeres y enfocado en temas variados y que tenían que ver, en su mayoría, con nombres de la tradición literaria española, personalidades de la cultura francesa o argentinos celebres. De hecho, el contexto comunicativo y las mencionadas instancias derivadas de la primera fase del destierro determinaron la voluntad de Teresa León de conectar con el otro, mostrándose interesada a sus interlocutores argentinos. Comenta Cacho Millet (2015: 16) como, en esas retransmisiones, la autora hablaba con simplicidad –y hasta omitiendo términos de uso común en España, pero impronunciables en América– y evocaba frecuentemente temas que tuviesen a que ver con la cultura y la historia de Argentina e incluso la relación de este país con España. En efecto, en la charla titulada significativamente «Argentina para exiliados», pronunciada el 20 de noviembre de 1942 –el mismo año en que se editó *Morirás lejos*– encontramos no solamente la misma idea de un nuevo comienzo, sino también el sentido de gratitud expresado al país que la acogió:

> Y cuando hay una tierra bienhechora que se prodiga hasta para los que van sin rumbo, seres rompiéndose contra las esquinas las alas del alma, y ella les ofrece su retiro de santidad, pan y trabajo, entonces, para muchos, para mí entre ellos, se llama Argentina (León, 2015: 49)[123].

4.1.4 Refugiados, derechos humanos y conflictos transnacionales

La relación bidireccional «país de origen-exiliado-país de destino» es retomada por Teresa León de forma aún más nítida en «La hora del caballo», donde esta reflexión se enriquece de nuevas connotaciones, ya que, en este caso viene a ser el aparataje argumental que organiza el relato de principio a fin y no solamente los párrafos finales. Inspirándose en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (1632), celebre crónica de Bernal Díaz del Castillo[124], la autora se propuso reescribir, con un enfoque intrahistórico, el episodio de la expedición a México de los barcos españoles al mando de Hernán Cortés. Justamente el enfoque viene a ser el primer aspecto por considerar, ya que determina el trasfondo ideológico sobre el que Teresa León construyó su crónica personal.

[123] Retomaremos el tema de las políticas de acogida adoptadas por Argentina hacia los refugiados republicanos españoles a la hora de fijar nuestra atención en «Morirás lejos», relato de Teresa León donde las dinámicas de gestión del flujo de exiliados serán mucho más problematizadas.

[124] La propia Teresa León alude a dicha obra por medio de uno de sus personajes, quien, refiriéndose al episodio histórico en el que está tomando parte, declara: «Y muchas cosas más que va a contar de todo esto Bernal Díaz del Castillo» (León, 2003: 255).

De hecho, esta última no se centra en la personalidad hegemónica del «héroe» Cortés, sino en la yegua Rabona[125], en línea teórica mero instrumento de los conquistadores y, en todo caso, figura que no deja huellas dignas de ser recordadas puesto que no tiene voz propia ni autoridad discursiva. El hecho de que sea ella quien ocupe el primer plano de la narración –como se deduce también del título, «La hora», el momento fundamental es suyo– se antoja, en consonancia con el ideario político de la autora y con su propósito de defender la modernidad democrática inscrita en el proyecto republicano, como una operación de reivindicación de los colectivos social y políticamente marginados –«los de abajo», para retomar el título de la novela publicada en 1916 por Manuel Azulea González y ambientada en la época de la Revolución mexicana–. Colectivos que, en la práctica, son los que contribuyen a los avances de la Historia, quedándose, sin embargo, a la sombra de una minoría elitaria o de una personalidad poderosa.

A partir de este planteamiento, la travesía hacia el continente americano de la yegua se tiñe de emblemáticos paralelismos con lo vivido por los miles de republicanos que, siglos después, tuvieron que cruzar el océano no como dominadores de la Historia, sino como seres militarmente derrotados y despojados de su identidad y de su memoria:

> La Rabona no comprendió nunca completamente porque la arrancaron –¡arre, Rabona!– de su paraíso. Pero la arrancaron como se arranca de la tierra zanahorias o nabos, dejándolos en sus raicillas cubiertos de terrones amables que no se quieren desprender. Sufrió mucho y lo recuerda siempre. Ahora, otra vez, insistiendo los hombres en zarandear su vida, la han atado al pesebre de otra embarcación sin pedirle permiso (León, 2003: 253).

El campo semántico al que pertenecen los términos y los sintagmas elegidos para describir la salida de España –«Cuando la carabela salió de Palos de Moguer [...]» (León, 2003: 253)– remite muy claramente a un acto de fuerza y de abuso y, trasladándonos al caso de los republicanos, evoca lo que ya hemos definido como la violencia de la que se originó la diáspora. De hecho, la incomprensión de la yegua, más que subrayar el irracionalismo o el sinsentido de lo que le estaba pasando, se refiere sobre todo a su dimensión de ilegitimidad, es decir –e insistimos en ello–, subraya que se trata de la consecuencia de una acción conscientemente planeada y finalizada a derrocar lo que en aquel entonces representaba la legalidad democrática.

[125] Consideramos que la verdadera protagonista es la propia Rabona y no su amo, Juan Sedeño, quien, en la economía de la narración, aparece casi como una presencia secundaria y accesoria al lado del caballo.

Además, es la misma Rabona que, dirigiéndose a su amo –y, por extensión, a todos los soldados al servicio del Imperio español– pone al descubierto la iniquidad que subyace a esa expedición:

> ¿Por qué te empeñas en que te siga? Yo no quiero salir de la Habana. Con un viaje ya es bastante. Da horror pensar que diez y seis caballos, con las herraduras todavía pintadas de verde, vayan repartidos en los seis navíos y un bergantín. No tenéis caridad (León, 2003: 255).

El vínculo establecido por la propaganda rebelde –y el régimen franquista– con el auge del expansionismo imperialista –en ese sentido es significativa la respuesta del soldado a Rabona: «—¿Caridad? ¡Calla, loca! Es la gloria» (León, 2003: 255)– es aquí retomado para ser socavado en su pretendida validez ideológica y justificación moral. Pero, en esta fractura entre la yegua y los soldados que van a luchar para conquistar América, podemos encontrar otro nivel de reflexión. En primer lugar, la pregunta que abre el discurso de Rabona parece prefigurar la voluntad, atribuible a la autora del relato, de alejarse –y cuestionar– la visión de América fijada en la conceptualización franquista de la «Hispanidad» a la que hemos aludido en páginas anteriores. Dicha conceptualización, lo recordamos, se configura como movida por el afán de sometimiento y opresión de poblaciones que representarían un obstáculo para alcanzar la hegemonía de recursos y el control total de los territorios. La violencia resultante se manifiesta a través de un mecanismo de personificación de las gotas de sangre de un nativo herido en combate –una voz que, no por nada, Juan Sedeño no quiere escuchar–: «—A mí me mató Tonatí, a quien vosotros llamáis Alvarado[126]. Nos gustan las cuentas verdes y los cascabeles» (León, 2003: 257); y, de manera aún más contundente, en un imaginario enfrentamiento dialéctico entre las gotas de herrumbre de la lanza de un nativo y un soldado español:

> Gimotearon las gotas de herrumbre:
> —Nosotras somos de las islas y jamás hicimos daño y nos robasteis las buenas mozas. No pensáis más que en topar con tierras de diamantes. Así estáis de flacos y paliduchos.
> —¿Y vosotros? Ni siquiera conocéis el Crucificado.
> —Bonita manera es la que tenéis para haceros reconocer dueños: moviendo guerra y apoderándoos de lo ajeno (León, 2003: 258).

[126] Como se explica en el aparato de notas a pie de página (Torres Nebrera, 2003: 257), se trata de un conquistador que participó en la ocupación de Cuba y que posteriormente se sumó a la expedición de Cortés como uno de sus más fieles colaboradores.

En cambio, el contacto de la yegua Rabona –idealmente, la figuración del desterrado republicano– con América se describe como una actitud de signo muy diferente. En opinión de Federica Cappelli (2020: 426), la protagonista de «La hora del caballo» representaría –y aquí encontramos otro punto de continuidad con «El perfume de mi madre era el heliotropo– la personificación del «exiliado lleno de esperanza de encontrar en el país de asilo una nueva casa y una nueva patria para su descendencia», esperanza insinuada por el desenlace del texto en el que la población indígena ya no se representa como víctima de la violencia colonizadora sino que llegan a ser ellos mismos quienes matan la yegua –con arcos y flechas– y, delante de un grupo de sacerdotes, la someten a lo que parece ser un sacrificio típicamente asociado a la cultura azteca. Tras haber desembarcado en la costa mexicana:

> ¡Pobrecita Rabona! Miles de flechas traspusieron la valla de su piel tan humilde […]. La serpiente emplumada se instaló sobre una piedra para ver su agonía[127]. Gustos tristes que tiene la serpiente con plumas o sin ellas. Esta serpiente vive rodeada de sacerdotes. Ellos se llegaron hasta la Rabona con el cuchillo corvo de Huitzilpocholi. Iban a buscar su corazón. Le abrieron el vientre... Una tropa de potrillos milagrosos relinchó, saltando a la vida. De todos los colores: verdes, blancos, azules, rosas... ¡Una catarata de potrillos para la extensión nueva! Saltaron la selva virgen, las pirámides, los volcanes, los ríos, y se hundieron en el día de América que estaba amaneciendo (León, 2003: 261).

La imagen de renovación generacional en tierra americana, la descendencia de la yegua –arrancada de la península– «para la extensión nueva» sugiere una mirada no totalmente exenta de cierta tendencia eurocentrista concretada precisamente en la idea de América como «extensión» o «prolongación» de la que, desde la perspectiva de los exiliados, era la verdadera España –claro está, la republicana–, aunque dicha perspectiva se antoje como vertebrada por el trasfondo ideológico de la autora, marcado por una voluntad de fraternidad solidaria con la comunidad de acogida y contrapuesto a la violencia y al militarismo expansionista asociados al régimen franquista[128]. En efecto, en la anteriormente mencionada charla radiofónica, «Argentina para exiliados», Teresa

[127] Según lo que refiere Torres Nebrera (2003: 261), la serpiente emplumada sería una referencia al legendario dios azteco Quetzacóatl, nombre náhuatl que significa exactamente «serpiente con plumas».
[128] En efecto, en «La hora del caballo», los diferentes matices empleados para representar a la población indígena –primero como víctima de un abuso y luego como perpetradora de una matanza– no son funcionales a trazar cierto tipo de retrato de los nativos americanos –o, mejor dicho, no son ellos el núcleo fundamental del discurso–, sino que, desde la perspectiva del mensaje que Teresa quiere transmitir, la figuración misma de la población indígena serviría más bien para resaltar la diferencia de actitud –por parte de la Hispanidad franquista por un lado y por parte del Hispanismo republicanos por el otro– hacia las culturas americanas.

León, tras haber declarado su actitud de apertura y tras haber reconocido y elogiado la dimensión plural y heterogénea de la sociedad argentina –«Y nos hacemos solidarios de esta nación en marcha transformando nuestra conciencia [...] por esta patria con toda su variedad de individuos, profesiones, oficios, empleos [...]» (León, 2015: 50)–, transcribió los versos de «Canto a la Argentina», poema de Rubén Darío publicado por vez primera en la colección *Canto a la Argentina y otros poemas* (1914) para reafirmar y hacer suyas las palabras del nicaragüense que terminan con la manifestación de un enérgico deseo: «¡He aquí la fragante campaña en donde crear otra España en la Argentina universal!» (León, 2015: 51).

En opinión de Francisco Caudet (2011b: 59-60), pensar que el futuro de la democracia europea –con respecto a la cual la España republicana se percibía como la auténtica representante– se encontraba en América no deja de ser una contradicción, ya que arrastra consigo un fondo de nacionalismo o, por lo menos, una visión del continente al otro lado del Atlántico como un conjunto de «subculturas» de la civilización española. Le hace eco Sebastiaan Faber (2017b: 71-72) alegando que el concepto de «Hispanismo» puede abrir unas grietas en la percepción del exilio como espacio donde pensar itinerarios de modernidad alternativa a la dominante. En términos generales, marcó una vertiente conservadora e influida por el nacionalismo romántico, aunque manifestara la intención de distinguirse de la «Hispanidad» del régimen: de hecho, el impacto sobre la idea de «carácter hispanista» provocado por el exilio intelectual republicano en las academias del continente americano postulaba la imposibilidad de comprender las culturas latinoamericanas sin tener en cuenta el origen ibérico, bien desde un punto de vista histórico, lingüístico y de idiosincrasia cultural o bien desde una perspectiva cultural hispánica caracterizada por cierta unidad y uniformidad (Faber, 2017b: 71). Dicho esto, tampoco podemos pasar por alto que, en el caso de los republicanos, estamos hablando de una colectividad silenciada y marginada, impulsada por el esfuerzo de definir el proyecto republicano como valioso, influyente y merecedor de la atención de otras naciones, frente a la «falsa y hegemónica España franquista» (Faber, 2017b: 74), necesidad que se hacía cada vez más urgente a medida que se intensificaba la condición de aislamiento internacional de los exiliados. En esa misma línea, Mario Martín Gijón (2017: 67) afirma que el Hispanismo republicano respondía justamente al esfuerzo de reafirmación y de recomposición de la identidad política y cultural del que estamos hablando en estas páginas. Entonces, sería más bien asociable a un mecanismo de compensación y, por otro lado, a la protección de la cohesión y de la integración del

colectivo republicano atomizado en los múltiples países de acogida. Por lo tanto, manteniendo una mirada crítica y atenta a las contradicciones y a las fisuras contenidas en el «Hispanismo» republicano, consideramos fundamental, a la hora de compararlo con la «Hispanidad franquista», tener en cuenta las significativas diferencias entre una perspectiva defensiva y marginalizada y otra ofensiva y dominadora.

Asimismo, el acto mismo de exiliarse viene a ser un elemento nuclear en el caso del cuento que da el título a la colección que nos ocupa, «Morirás lejos». Esta vez, Teresa León –recurriendo a una técnica narrativa parecida a la utilizada repetidamente por Max Aub–, antes de centrarse en la experiencia de la emigración forzada y de sus implicaciones, reconstruye la génesis vital de los dos protagonistas: un anónimo señor de la alta burguesía y su criada Basilisa, delineados según una estructura dicotómica y sobre la base de la contraposición de clases habitualmente evidenciada por la autora[129]. El primero, un coleccionista de antigüedades, es descrito como un individuo cuya personalidad queda totalmente plasmada por una educación represiva, con lo cual «Aquel señor se señoreaba a sí mismo obligándose a ser metódico, ordenado» y «Castigaba su sistema nervioso con agrios chorritos alimonados por la primera luz [...]» (León, 2003: 209). El ambiente familiar, sus normas y sus costumbres penetran a tal punto en la percepción de la realidad del personaje que acaban condensándose en una actitud de mansedumbre y de resignación que condiciona todas sus acciones y su manera de habitar el mundo:

> Así el señor se consumía en trajines, domando, domesticando sus nervios. Siempre han porfiado en decirnos que esa era la perfección máxima a que un ser humano podía aspirar: «Niño, hay que tener dominio de sí.» Y él trataba de conseguirlo (León, 2003: 209).

Los términos relacionados con la idea de castigo y de autocontrol obsesivo –cuyas frecuentes ocurrencias, hasta las últimas líneas del relato, enfatizan el efecto de agobio y opresión dados por su nivel semántico– constituyen el preludio de otro motivo constantemente presente en la literatura de Teresa León, o sea, la crítica de la moral

[129] Siguiendo un principio análogo a la caracterización de la yegua Rabona, el hecho de que la criada tenga nombre propio –a diferencia del señor para quien trabaja– se debe probablemente a la necesidad, advertida por Teresa León, de dejar constancia de la presencia en la historia de los individuos desfavorecidos, cuya huella se ve relegada a un segundo plano frente a los estamentos sociales que detienen la hegemonía discursiva. Por consiguiente, la mención del nombre, elemento identificador por excelencia, se propone como elemento dignificador de un sujeto histórico que se quiere dejar grabado en la memoria colectiva para que su legado sea valorado en su ejemplaridad y en su potencial político.

burguesa: sin embargo, en este caso la focalización narradora va dirigida específicamente a iluminar las repercusiones experimentadas por quienes forman parte de los propios engranajes y mecanismos ideológicos burgueses desde su nacimiento. En efecto, lo que la autora intenta demostrar por medio del retrato del coleccionista es cómo los patrones culturales en los que se ha formado este último funcionan como una verdadera barrera aisladora que le previenen de abrirse a la realidad política y a sus conflictos y, sobre todo, le impiden reaccionar frente a ellos y tomar postura. En el momento en que estalla la guerra, la actitud del coleccionista oscila entre la alienación y la indiferencia, configurándose como un ser desconectado de su entorno. Esto se ve precisamente en los momentos en los que se hace tangible la agresión contra la población civil y, por lo tanto, el sentido de cohesión y la solidaridad en la resistencia adquieren un valor fundamental:

> —¡Aviones, señor! Ya están aquí.
> —¿Y qué puede importarnos, Basilisa? Nuestra conciencia está segura de que nunca hizo mal.
> —Señor, es que estamos en guerra [...].
> —Eso puede interesarles a los malvados. Nosotros nada tenemos que cambiar en nuestra vida.
> —Pero ¿y si llegan? [...].
> —Váyase, mujer. Es triste la guerra por los que mueren (León, 2003: 212-213).

Si esa ha sido la reacción a los primeros bombardeos, la respuesta del personaje a la petición del Comité de defensa de utilizar los sótanos de su casa familiar para convertirlos en refugios antiaéreos no es para menos:

> —Señor, es un agente de la defensa pasiva.
> —No quiero ver a nadie, Basilisa. Desde hace diez años no veo a nadie y para qué voy a enrarecer el ambiente.
> —Pero, señor, estamos en guerra. Quieren inspeccionar los sótanos y saber si es bueno para resistir bombas y cuántos vecinos pueden caber en él.
> —¿Vecinos? ¡Basilisa, han perdido la razón! En este sótano apenas si caben las escobas viejas y las arañas (León, 2003: 213).

Entonces, el sistema de valores que había diseñado la condición de otredad y de incomunicación social de la escritora en su infancia y primera juventud se reformula aquí desde la asimilación de una perspectiva política –el comunismo– y la defensa de un proyecto de sociedad –el republicano– radicalmente opuestos a aquellos mismos valores, con el objetivo de dejar patente la imprescindibilidad de superar el entramado ideológico conservador, tradicionalista y clasista de matriz burguesa no solo para fomentar un

modelo de comprensión política de la realidad que sea verdaderamente ético, sino también para que todos, idealmente, participen por igual al mantenimiento de un equilibrio social justo, cooperando en pro de la resolución de los conflictos, con independencia de que estos les toquen a uno mismo, a un vecino, a un compaisano o, simplemente, a otro ser humano.

Este mensaje, transfigurado literariamente por la autora en su relato, se ve enfatizado por la descripción del talante de la criada Basilisa, de signo totalmente distinto. De hecho, es representada como una ciudadana atenta, colaborativa, consciente de los peligros de la guerra –como se nota también en las citas anteriores– y que nunca deja de cuidar al señor y asistirle en los momentos de mayor riesgo, momentos en los que, entre otras cosas, las penurias debidas a las circunstancias bélicas se hacen más agudas.

En la segunda parte, cuando el desarrollo de la guerra requiere la puesta en marcha de las operaciones de evacuación del pueblo donde viven el coleccionista y la criada, el protagonismo de estos últimos va progresivamente diluyéndose en la dureza y en la violencia acarreadas por el exilio sobre la colectividad, una multitud que acaba ensanchándose a medida que avanza el itinerario de la huida:

> Coleaban los emigrantes por los pasillos del barco hasta el comedor de segunda clase. Los funcionarios del nuevo país estaban relucientes. Les brillaba la paz en los semblantes. Miraban desdeñosamente ducales a los nuevos pobres. La mesa separaba dos continentes [...]. Cientos de corazones se encogían, temerosos de no alcanzar a sentir la tierra extranjera bajo sus pies. Continuaba el examen, Una lección penosa [...]. Una parte de la humanidad se encuentra suspendida por los cabellos en un pasillo misericordioso (León, 2003: 226).

Tomando prestadas las reflexiones que el diputado argentino Ernesto Sammartino pronunció el 14 de julio de 1938 durante una sesión de la Cámara[130], podemos comprobar que lo que Teresa León se propuso hacer por medio del fragmento que acabamos de transcribir fue trazar una semblanza de los exiliados, presentándolos como «valores humanos», o sea, dejando patente que, el hecho de disponerse a acogerlos significaba, antes que nada, tomar postura contra la violencia que los expatrió. A este propósito, consideramos que la generalización a la hora de definir a los desterrados como los

[130] El discurso mencionado, recogido por Dora Schwarzstein en su estudio *Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en Argentina* (Crítica, 2001), es el siguiente: «Los refugiados políticos no son mercancía disponible que las naciones puedan disputarse, distribuir o rechazar con sórdido espíritu comercial, sino valores humanos a los que ninguna nación cristiana y civilizada puede cerrar sus puertas, dentro de sus posibilidades de absorción, sin caer en la injusticia, en la arbitrariedad y en la barbarie de las mismas tiranías que los expatriaron» (44).

«nuevos pobres» no debería entenderse solamente en un sentido literal, sino que remitiría más bien a la idea de «individuos necesitados de ayuda»: es decir, lo que esa definición de Teresa León pone en primer plano es la dimensión de pérdida y la condición de marginalidad con las que esos individuos empiezan su «nueva vida» después de que les hayan negado el derecho a existir en su país de origen. Por otra parte, y como todo intento de generalización, hay que manejar estas consideraciones con el suficiente espíritu crítico como para no perder el sentido de la complejidad y de la heterogeneidad de la realidad. Dicho de otra forma –y centrándonos en el caso de los republicanos en 1939–, el valioso propósito de Teresa León no le quita nada al hecho de que los refugiados políticos empezasen su trayectoria vital en los países de acogida en condiciones diferentes, más aún en la Argentina de aquel entonces, dado que, como se ha previamente explicado, por parte de las instituciones de gobierno, los trámites de entrada solamente se facilitaban a sujetos considerados «de prestigio» social, los representantes de una minoría culta. En efecto, sabemos que, a partir de la segunda mitad de los años treinta, en Argentina fue emanada una serie de decretos con el claro objetivo de incrementar el control sobre quienes ingresaban en el país. Y sabemos que fueron justamente los cambios en el contexto internacional, la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial, los que motivaron el planteamiento de nuevas leyes de inmigración que tuvieran en cuenta esta situación. En particular, se impulsó un rígido control de los pasajeros que llegaban en barco por parte de la Dirección de Migraciones y del Ministerio de Agricultura. Los objetivos explícitos de estas medidas eran básicamente dos: uno referido a la posible alteración de la composición étnica o racial de la población, mientras que el otro aludía a una supuesta amenaza ideológica que podía significar ser «el receptáculo de lo peor que expele Europa» (*apud* Schwarzstein, 2001: 47). En este sentido, desde el comienzo de la contienda española, el gobierno argentino fue consolidando toda una serie de mecanismos de control para evitar el ingreso de los «elementos indeseables». Esta preocupación por el rasgo «desestabilizador» del orden interno del país abarcaba también medidas que daban instrucciones a los cónsules en el exterior para que comprobaran los antecedentes políticos o sociales de los viajeros y que rechazaran el visado a las personas consideradas peligrosas, situación que hasta empeoró con la llegada de Ortiz al poder en 1938 y que originó varias protestas por parte de algunos diputados de la oposición, especialmente socialistas y radicales, quienes se levantaron en defensa de los republicanos españoles y de los judíos –otra comunidad que se vio muy afectada por las medidas del gobierno argentino–; entre esto diputados, claro está, se encontraba Ernesto Sammartino

(Schwarzstein, 2001: 57-59). En el relato de Teresa León, el impacto de las decisiones del poder de Estado –y sus consiguientes responsabilidades– queda muy bien reflejado por medio de la flagrante discrepancia entre la actitud de menosprecio de las autoridades del puerto de llegada y la condición de desposesión –tanto en términos de pérdida identitaria como de privaciones materiales– de los refugiados: en otras palabras, se contraponen los «funcionarios relucientes» que hemos visto en la cita anterior –«ciudadanos de un país en paz» (León, 2003: 227) y «los «pobres», «ávidos de una palabra suave que les limpie los oídos del odio de las explosiones» (León, 2003: 226), que quedan finalmente atrapados en el laberinto de la arbitrariedad burocrática y jurídica local –«la mesa separaba dos continentes»–. Así es como la autora seguía llamando la atención sobre el hecho de que aquella palabra de ayuda «nadie la pronuncia todavía» (León, 2003: 226)[131].

Con todo, cabe decir que la tendencia a la generalización mostrada por Teresa León en «Morirás lejos» cuenta también con otro nivel conceptual. De hecho, la falta de referencias geográficas y temporales explícitas[132] remitiría a la voluntad de universalizar el alcance de sus reflexiones: en tanto que intelectual comprometida con su tiempo histórico asumió plenamente una tarea que, varios años más tarde, encontrará su formulación teórica con Edward W. Said en relación con los escritores exiliados, quienes, en tanto que sujetos expulsados de las narraciones hegemónicas o normativas, tendrían la obligación ética de luchar discursivamente en pro de las voces silenciadas y desatendidas por el poder, orientando su atención no solamente hacia la propia comunidad nacional, sino a nivel global; para hacer eso, se hace imprescindible «darle visibilidad a seres humanos que se encuentran en una condición orientada por ley a negar la dignidad y la identidad a las personas» (2001: 182).

[131] A este respecto es emblemático el episodio ocurrido a la escritora durante el viaje hacia América: parece que la autora, que se había embarcado en un estado de salud bastante precario debido a la gripe que padecía desde hace varios días, no tuviese derecho a recibir atención médica, ya que ninguno de los oficiales de la tripulación le proporcionó ayuda. Incluso en el momento del atraque en el puerto del Río de la Plata tuvo que oír uno de los oficiales que decía: «Mais, Monsieur, ça il fallait le dire». Además, aunque al final pudo asentarse en Argentina y estabilizar su situación, tampoco en su caso los procedimientos burocráticos fueron ágiles y fluidos, ya que los trámites para obtener el permiso de residencia se alargaron varias semanas, dejándoles por un tiempo, a ella y a su esposo, en una situación de ilegalidad (Ferris, 2017: 258-259 y 260).

[132] Con excepción de la mención al apellido «González» (León, 2003: 210) –atribuido al personaje de Kristel, ex novia del coleccionista–, no hay ninguna otra referencia directa a la guerra española ni al exilio republicano. Se habla más bien de «irse a otro continente» (León, 2003: 223), de «huir por el agua» (León, 2003: 223) y, como se puede notar en los fragmentos citados, solo aparecen genéricas alusiones a un «nuevo país» y a una «tierra extranjera». El propio nombre de Basilisa no tiene origen ibérico, sino ruso: es probable que corresponda a una transliteración del nombre Vasilisa.

Por este motivo, en su relato, Teresa León apuntaba a que: «toda la humanidad anda, corre, se agrupa, se dispersa empujada por un cayado invisible» (León, 2003: 223), para luego concluir que «Nuestra época está bajo el signo de la huida, del éxodo en bloque; nunca la humanidad semejó más un rebaño calenturiento» (León, 2003: 225)[133]. Se trata, al fin y al cabo, de llamar la atención sobre una situación política que tenía plena vigencia en la época de redacción de la obra y que incluso se multiplicaba en una gran variedad de casos y circunstancias. Por lo tanto, consideramos que uno de los aspectos más destacable de la colección de Teresa León –que tiene en este cuento su pieza más emblemática y mejor desarrollada– es el de proponer una lectura de la primera mitad del siglo XX «bajo el signo de los conflictos» en lo que se refiere a la organización del espacio social y a sus dinámicas de inclusión y/o exclusión de identidades y memorias colectivas. Como hemos podido comprobar, en la obra de la escritora republicana –y volviendo al pensamiento benjaminiano– la temporalidad lineal del relato impuesto por el historicismo hegemónico se fractura en las luchas por el poder que atraviesan las coordenadas globales.

Las pugnas político-sociales que se sucedieron en Europa y en el mundo, amén de las consecuentes crisis transnacionales de conceptos como «democracia» y «civilización», vertebran todos los relatos integrados en la aubiana *No son cuentos. Primera serie.* De forma similar a lo que acabamos de plantear acerca de «Morirás lejos», en la recopilación del autor de *La gallina ciega* la problematización de los dos conceptos mencionados llega a su extremo grado de tensión en un relato cuyo título es ya una elocuente declaración de principios: «Yo no invento nada» (México, diciembre de 1942). Pero, si en el caso de Teresa León las rutas del éxodo transoceánico de los refugiados constituyen el ámbito en el que las desigualdades sociales, las relaciones de dominación

[133] Con respecto a la temática de los refugiados en la época contemporánea, y más allá de los casos concretos que estamos delineando más en detalle –Francia, Argentina y México– es posible evidenciar unas pautas generales: mientras que, en el siglo XIX, los eventuales «problemas» que podían plantear los inmigrados se solucionaban a través de acuerdos bilaterales entre el país de origen y el país de acogida –y nunca trascendían a nivel internacional– el siglo XX se vio afectado por una serie de cambios. En efecto, el endurecimiento de las políticas en ámbito migratorio por parte de muchos países americanos, empezando por Estados Unidos, fue efectivo ya a partir de los años veinte, debido a varios factores: las situaciones de desplazamientos masivos como efecto de la Guerra Civil rusa y los cambios de frontera consecuentes a los acuerdos de paz de la Primera Guerra Mundial, la crisis del 29 y la inestabilidad económica que derivó de ella, el acceso al poder, en muchos países americanos, de gobiernos ultraconservadores –y de tendencias racistas y xenófobas–, el miedo de los trabajadores locales a la competencia de los inmigrantes y, finalmente, el ascenso al poder de Hitler y la persecución contra los judíos. Por otra parte, el fenómeno empezó a adquirir dimensiones relevantes en Europa sobre todo a partir de las Guerras Balcánicas de 1912-1913 y la deportación de un millón y medio de armenios durante el gobierno de los Jóvenes Turcos en el Imperio Otomano, a las que se sumó la ya citada Guerra Civil entre el Ejército bolchevique y los militares zaristas. Por la creciente presión política que se estaba generando, desde 1934 y, poco después, con la Segunda Guerra Mundial, también los gobiernos europeos intensificaron las restricciones hacia la acogida de refugiados (Alted Vigil, 2010: 193-196).

y los procesos de desidentificación de colectivos subalternos se descubren en su máximo nivel de injusticia –y reflejan la urgencia de luchar en pro de un cambio radical–, en la obra de Aub todo esto lo encontramos reflejado en la representación literaria de una específica respuesta elaborada por los Estados-naciones modernos a la creciente presión social dada por el masivo flujo de refugiados: la realidad concentracionaria.

Una vez asentadas estas premisas, y antes de adentrarnos en la profundidad crítica plasmada por el cuento de Max Aub, hay que dar un paso atrás en el tiempo. En efecto, en 1942, recién desembarcado en Veracruz, el autor escribió un reportaje titulado «¡Yo no invento nada!», circunstancia de redacción que se puede fácilmente inferir de las palabras preliminares y que transcribiremos a continuación. Explica Eloísa Nos Aldás (2011: 222) que hubo una corrección en la fecha de publicación del manuscrito –que señala el año 1942 y, un poco más arriba, 1943– como si se hubiese tenido que editar precisamente en 1942[134]. Lo que importa entender es que se trata de un texto mucho más cercano cronológicamente a la experiencia de los campos de concentración con respecto a la versión final del relato. Como se puede comprobar en la edición de Eugenia Meyer, *Los tiempos mexicanos de Max Aub. Legado periodístico (1943-1972)* (Fondo de Cultura Económica y Fundación Max Aub, 2007), «¡Yo no invento nada!» fue publicado en tres entregas, en la revista *Todo*: la primera, el 25 de marzo de 1943 (núm. 498, p. 32), la segunda, el 1 de abril de 1943 (núm. 499, p. 35), y, la tercera, el 8 de abril de 1943 (núm. 50, p. 35). Se trata de un texto fundamentalmente sin aspiraciones literarias y en el que se hace hincapié prioritariamente en la credibilidad de las palabras de Aub en tanto que conocedor directo de lo que se expone. Lo vemos muy bien en el ya mencionado fragmento que introduce el texto:

> Queremos llamar la atención sobre estos artículos del escritor Max Aub, recién llegado a tierras mexicanas, porque son un retrato vivo de la vida en los campos

[134] A este propósito, Patricia Pizarroso Acedo (2019: 465) añade un detalle muy relevante, sobre todo, de cara a la significación transnacional de la resistencia republicana desde el laberinto concentracionario y no solamente por lo que respecta al valor global de la lucha antifascista, sino también por el hecho de que en los campos franceses y norafricanos no había solamente españoles republicanos sino hombres procedentes de varios países: y es que una primera versión del reportaje «¡Yo no invento nada!» fue publicada primero en alemán, concretamente en el número de noviembre-diciembre de 1942 de la revista *Freies Deutschland* en la traducción de Kurt Kersten. El texto, titulado «Ich erfinde nichts» –«Yo no invento nada»–, fue anunciado en la portada de la propia revista como «Mx Aub, Die Hoelle in Nordafrika» –«Max Aub. El infierno en el Norte de África»– y, como explica la propia Pizarroso Acedo (2019: 465-466), no presenta grandes diferencias con respecto a la versión publicada en *Todo*, exceptuando tres aspectos: «La primera es que el título del texto alemán no aparece entre exclamaciones. La segunda es que el traductor omite que el comandante en su despacho está sentado «bajo los retratos de Petain y de Darlan» (*Todo*). Y la tercera es que Kurt Kersten cambia la nacionalidad de uno de los encarcelados. Si en T*odo* era yugoslavo, en el de *Freies Deutschland* es alemán».

> de concentración europeos o norafricanos. El señor Max Aub vivió en uno de esos campos de concentración y nos relata, con espantosa desnudez, los sufrimientos de quienes en aquellos lugares sufren los tormentos de una vida que está muy en desacuerdo con la época en que vivimos. Recomendamos muy especialmente a nuestros lectores estos relatos que, en su título, llevan toda su cruda verdad: "Yo no invento nada", es decir, todo cuanto aquí leerá el curioso lector fue o es cierto. Estas notas se refieren a su estancia en Djelfa, Argelia, situada en las altas mesetas del atlas sahariano (Aub, 2007d: 41).

La reiterada idea del testimonio verídico se entrelaza aquí con la explicitación de uno de los conceptos clave que alimenta también la materia narrativa del relato: el universo concentracionario como la fractura más profunda y la contradicción más lacerante del concepto de modernidad: «los tormentos de una vida muy en desacuerdo con la época en la que vivimos». En este sentido, es muy relevante el hecho de que estos artículos giren alrededor de tres macrotemas –como es de suponer, retomados también en el casi homónimo cuento–: las ínfimas condiciones de vida de los presos –veremos muy especialmente el concepto de castigo–, el trabajo como experiencia no solamente explotadora, sino también aniquiladora y degradante y, finalmente, los vínculos entre el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial y el destino –las esperanzas– de los detenidos.

Con todo, volviendo a las consideraciones de Nos Aldás (2011: 106-107), cabe aclarar un detalle muy importante: a pesar de que la única diferencia entre el título de este reportaje y el del relato sean los signos de exclamación, no se trata exactamente de lo que definiríamos como una primera versión, ya que Aub utilizó los artículos como material básico para luego reelaborarlo literariamente para «Yo no invento nada» y, como veremos posteriormente, para «El limpiabotas del padre eterno». En efecto, en el momento en que el escritor trabajó en la transfiguración narrativa de los aspectos antes aludidos, lo que se produjo fue un desplazamiento de la autoridad del testimonio personal del «individuo Max Aub» a un testimonio multíplice con narradores y personajes que se alejan de los rasgos del autor. Dicho de otro modo, lo que hizo Aub fue entregar su voz a otros, centrándose, de nuevo, en un colectivo heterogéneo y diversificado, aunque, análogamente a «Manuel el de la Font», manteniendo la presencia de un narrador marco. En «Yo no invento nada» adquiere particular relevancia el punto de vista de Carlos Yubischek[135], un lituano voluntario de las Brigadas Internacionales que acabará prisionero

[135] A la hora de analizar «El limpiabotas del padre eterno» trazaremos una comparación entre el protagonista de este último, Juan Domínguez, apodado «el Málaga», y el propio Yubischeck, tomando en consideración cinco aspectos: la presencia de rasgos físicos –o, en el caso del «Málaga», una tara mental– que lleva a algún tipo de percepción estigmatizada del personaje por parte de los demás –especialmente, por parte de los verdugos–, los orígenes sociales humildes, la actitud en el campo –ejemplificada por un elemento que

en el campo de Djelfa. Si los atributos básicos del personaje –es decir, la combinación entre un nombre español y un apellido del Este de Europa, amén de la participación en la contienda española a través de un ente internacional– tienen la función de situar la mirada aubiana en los puntos de intersección entre la causa republicana y el contexto político global, el pasado de Yubischek, en cambio, cumple el objetivo de delinear las directrices ideológicas del relato. En efecto, lo primero que se cuenta acerca de Carlos Yubischek es que en su país de origen había sido un ladrón y que por esa razón llegó a ser detenido; sin embargo, se añaden en seguida unos detalles fundamentales:

> Tenía el mundo por muy mal repartido. Antes, nos dijo, todos los días eran malos. Paz y hambre [...]. Todo oscuro, nadie me ayudaba. No sé si el hambre tiene ojos o no, pero el estómago tiene voz y grita pidiendo alimento. No tenía más pensamiento que el hambre. Entonces el robar da fuerza y adquiere uno un cierto prestigio para consigo mismo (Aub, 2020: 311).

Las condiciones de miseria y desamparo, si no justifican, por lo menos explican la actuación del personaje que, fundamentalmente, roba para sobrevivir, siendo esta una dinámica que arroja luz sobre su marginalidad y sobre la falta de ayuda por parte de un estado que, en este caso, sencillamente, no existe para los estamentos más humildes de la sociedad. Entonces, ya a partir de esa descripción, el problema de la desigualdad de clases se antoja como muy relevante en la representación de la realidad y de la contingencia histórica referidas por el autor. Pero aún más importante es la repercusión de la propia experiencia de la cárcel que, para Yubischek, constituye un verdadero punto de inflexión: el hecho de haber comprobado que «Las cárceles estaban llenas de obreros sin trabajo y en las celdas nos apretujaron más y más» (Aub, 2020: 311) no es sino el primer punto de conexión entre las condiciones de vida del protagonista y la inmensa mayoría de los seres humanos en todo el mundo. Es a partir de ahora que la caracterización y las acciones de Yubischek asumen un valor cívico y una perspectiva social, afianzados por el contacto con una «categoría» muy concreta de presos:

> Pero aquel hombre siguió en sus trece y como tiempo no faltó, ni la inteligencia estaba embotada, tomole afición a las lecciones del bergante y abrió los ojos a los motivos primeros de su desgracia, Por aquel entonces, eran muchos los presos

adquiere un valor simbólico, o sea, la sonrisa–, la muerte en el campo y, finalmente, el «papel» del personaje en la Guerra Civil. Estas conexiones entre dos obras escritas en momentos históricos distintos nos resultarán especialmente útiles para resaltar la evolución de la obra aubiana respecto al tratamiento temático de la resistencia republicana en la geopolítica mundial.

> por razones llamadas políticas. El ladrón vislumbró un mundo mejor y se dio al trabajo sin renegar de su pasado (Aub, 2020: 312).

Así es que el ex ladrón adquiere conciencia política al darse cuenta de que su problemática situación es parte de un conflicto de alcance colectivo que depende de relaciones de dominio y de dinámicas de poder –«los motivos primeros de su desgracia»– y que, por consiguiente, solo se puede solucionar colectivamente: «–Desde entonces comprendí —nos decía —que debía dedicarme a algo que sirviera para los demás y se me quitó un peso de encima» (Aub, 2020: 312). A estas alturas, Yubischek se dedica a actuar no solamente porque entiende la necesidad de un cambio de rumbo histórico, sino –y esto es lo más importante en términos de pragmática narrativa– porque tiene fe en el cambio: entrevé, al alcance de las manos, «la posibilidad de un mundo mejor». Es bajo estos presupuestos que tiene lugar su definitiva apertura a los demás y su sentido de la justicia se consolida en el momento en que toma postura a favor de la República española –símbolo de la esperanza que estaba buscando– y se alista como voluntario:

> Luego vino la guerra de España. Allí conocí hombres que sabían de verdad lo que querían [...]. De la calle, donde andaba tirado, me hicieron hombre. Un hombre que tiene su sitio entre los demás, y su tarea. He ganado un nombre, el de compañero. Nunca soñé llegar a tanto, porque cuando andaba perdido en las calles nada tenía fin y ahora voy por el camino del pan y de la libertad, y no solamente para mí, sino para millones de hombres que son mis compañeros (Aub, 2020: 312).

En el momento en que el relato del voluntario colisiona con la derrota de los republicanos en la contienda civil y desemboca en la guerra mundial, la lucha de Yubischek y de sus compañeros precipita –sin acabar del todo, como veremos– en el laberinto concentracionario francés cuya «puerta de acceso», en este caso, corresponde al buque Sidi Aicha que trasporta a los detenidos hacia Djelfa:

> Fuimos entrando en la bodega del *Sidi Aicha* encadenados de dos en dos. Del vagón del ferrocarril a las entrañas hediondas del vapor anduvimos seis metros, ciegos, anonadados por la luz estallante de la lechada de los muros, el azul dorado del mar, el morado lejano de los Pirineos: España al alcance de la mano. Aquellas entrañas de hierro rezumbaban olor a caballos. Salimos de Port-Vendres al anochecer; ya enmarados nos quitaron las esposas. Yubischek pidió permiso para que nos dejaran subir al puente: ni siquiera le contestaron. Desde nuestra cueva no veíamos más que el relucir de las bayonetas de los infantes de marina sobre el cielo oscurecido. Debían avistarse las costas españolas; hubiésemos dado parte de nosotros mismos para verlas. Yo sentía el arar de la tierra por mi costado, roto

> el mar por la vertedera de las bordas: Rosas, Cadaqués, Puerto de la Selva, y, entre brumas, lejos, Barcelona (Aub, 2020: 314).

Las inhumanas condiciones de la travesía –el amontonamiento, las esposas, la falta de higiene, el desprecio de los guardianes– demuestran que todos los espacios que preceden al campo estaban configurados para crear una desigualdad total entre víctimas y verdugos (Sánchez Zapatero, 2014: 294). Esto hacía que los primeros se percibieran a sí mismos como dependientes del arbitrio de los segundos, algo que se convertirá en «norma cotidiana» una vez ingresados en los campos. Recordamos que este pasaje específico no es sino una reelaboración de un episodio vivido por el mismo Aub, quien, el 27 de noviembre de 1941 fue embarcado precisamente en Port Vendrés hacia las costas de Argelia en las bodegas del Sidi Aicha, un buque de carga destinado al transporte de animales (Aznar Soler, 2023: 9). Es el propio escritor quien lo evoca, primero, en una carta –escrita el 1 de octubre de 1944 y dirigida a Roy Temple House– donde alude precisamente a la reelaboración de este episodio plasmado en las páginas de «Yo no invento nada» y en las que explica, además, que fue durante aquel trayecto cuando concibió el proyecto de escritura de *San Juan*:

> En cuanto a lo que me movió a escribir esta tragedia –a más de considerarla hasta cierto punto representativa de una de las fases del drama de nuestro tiempo– fue sencillamente la lectura del suceso escuetamente contado en un periódico. El decorado lo tuve ante mí en la bodega del «Sidi Aicha», barco en el que los franceses me deportaron al Sahara. (Podrá usted ver otra referencia en uno de los cuentos de mi próximo libro *No son cuentos*, que aparecerá a mediados de este mes) (Aub, 2023b: 233).

El autor volverá a referirse a este episodio en una carta de 1951 –recogida en *Hablo como hombre*– destinada a Vicente Auriol, en aquel entonces presidente de la República francesa: «Fui conducido esposado a través de Toulouse para ser transportado, en las bodegas de un barco ganadero, a trabajar en el Sahara y otras amenidades reservadas a los antifascistas» (Aub, 2002a: 60). La significación atribuible a la recreación narrativa de este dato de la experiencia de Aub –en términos de «valor político» del relato– tiene que ver, por lo menos en parte, con la mirada puesta en la intersección entre España y el contexto global que hemos mencionado. En efecto, la expedición a la que fue incorporado Max Aub estaba planeada, como muchas otras, para alejar del Régimen de Vichy a 76 «extranjeros indeseables» (Sicot, 2007: 400-403) –concretamente, 38 alemanes, 14 ex austriacos, 8 húngaros, 4 ex checoslovacos, 1 apátrida,

8 rumanos y 3 españoles– enviándolos a un destino, Djelfa, que presentaba todas las ventajas de la extraterritorialidad, encontrándose alejado de los grandes centros urbanos y en una zona prácticamente desértica. Por un lado, es cierto que, como ya hemos señalado, la situación de los refugiados en Francia se hizo mucho más tensa y feroz tras la ocupación alemana, pero, por otro, tampoco podemos olvidar que esto no era sino la exacerbación de algo que ya estaba en marcha desde 1939 y que a partir de septiembre de aquel mismo año, tras la firma del Pacto germano-soviético, tanto el gobierno francés como el británico habían anunciado el internamiento de todos los «extranjeros naturales de los territorios que pertenezcan al enemigo». En Gran Bretaña se internaron alrededor de 30.000 personas y en Francia 20.000: en su mayoría eran exiliados antifascistas (Traverso, 2010: 18-19). Así como tampoco podemos obviar el hecho de que, estos campos, estuviesen destinados a los republicanos españoles, los judíos, los antifascistas y los apátridas.

Todas las conexiones que estamos poniendo de relieve convierten la representación aubiana de la realidad concentracionaria –tanto en «Yo no invento nada» como en las otras obras que tratan este mismo tema– en una prueba clarísima de las «muchas grietas que rodean el universalismo democrático» (Naharro-Calderón, 2005: 99) de matriz europea, basado en la tesitura histórica de los años treinta y cuarenta –por lo menos en línea teórica– en la lucha antifascista. Lo que Max Aub quería poner frente a los ojos de sus lectores es que los campos de Francia y del Norte de África se configuraban como el resultado de lo que Sánchez Cuervo (2017: 209) define como las contradicciones del Estado de derecho tal y como había sido construido en el continente europeo a partir del siglo XVIII –aquella profunda grieta en el ideario universalista europeo a la que se refería Bolivar Echeverría: la cuestión, por lo tanto, es que si la España de los rebeldes había sido «el problema», pues Europa no estaba demostrando ser, de ninguna manera, la solución. Ahora bien, a la hora de describir la «primera experiencia de la expulsión» vivida por Aub en su infancia hemos puesto el acento en una cuestión bien determinada: a pesar de proceder de una nación con base jurídica democrática –su Francia natal–, el escritor fue despojado de su condición de sujeto socialmente garantizado, de la legitimación a existir como ciudadano en el espacio-nación-Francia en el marco de lo que se consideraba un estado de excepción, o sea, la Primera Guerra Mundial.

Cabe ahora enfocar la atención en el hecho de que, cuando Aub volvió a experimentar la exclusión de un territorio nacional –esta vez, donde estaba a punto de instaurarse un Estado totalitario– y llegó nuevamente a una Francia todavía con bases

jurídicas democráticas, no solamente encontró rechazo, sino que sufrió, en nombre de la seguridad y de la integridad de un Estado soberano moderno, prácticas de negación de los derechos humanos, maltratos sistematizados y deportación a un espacio, el campo de concentración, que aunque estuviese situado fuera del orden legislativo normalizado, no era simplemente un «espacio exterior», como recuerda Agamben (2006: 206). Si Alicia Alted Vigil, como hemos comentado, había puesto el acento en los rasgos específicos que guiaron la gestión del flujo de refugiados en el siglo XX con respecto al pasado, el filósofo da un paso más y explica cómo, en sí misma, la lógica de instauración de los campos de concentración –con sus diversas modalidades de funcionamiento y gestión–, se ha convertido, en el curso del siglo XX, en el paradigma biopolítico de la que estamos acostumbrados a definir como la modernidad occidental (Agamben, 2006: 220):

> El nacimiento del campo de concentración en nuestro tiempo aparece, pues, en esta perspectiva, como un acontecimiento que marca de manera decisiva el propio espacio político de la modernidad. Se produce en el momento en que el sistema político del Estado-nación moderno, que se basaba en el nexo funcional entre una determinada localización (el territorio) y un determinado ordenamiento (el Estado), mediado por reglas automáticas de inscripción de la vida (el nacimiento o nación), entra en una crisis duradera y el Estado decide asumir directamente entre sus funciones propias el cuidado de la vida biológica de la nación (Agamben, 2006: 222).

A nivel de gestión social, los modos de funcionamiento de los complejos, racionalizados y altamente burocratizados engranajes de la maquinaria estatal ponen de manifiesto –porque ya lo tienen plenamente asimilado– el efectivo poder del Estado-nación moderno, o sea, el de arrogarse el «derecho» de reducir a los hombres a la condición que Agamben define de «nuda vida», despojados de la noción de ciudadanía y aniquilables sin que esto se considere un crimen:

> Hay algo que ya no es capaz de funcionar en los mecanismos tradicionales que regulaban esa inscripción, y el campo es el nuevo regulador oculto de la inscripción de la vida en el orden jurídico, o más bien el signo de la imposibilidad de que el sistema funcione sin transformarse en una máquina letal. Es significativo que los campos de concentración aparezcan al mismo tiempo que las nuevas leyes sobre la ciudadanía y la desnacionalización de los ciudadanos (no sólo las leyes de Núremberg sobre la ciudadanía del Reich, sino también las leyes sobre la desnacionalización de los ciudadanos promulgadas en casi todos los Estados europeos entre 1915 y 1933) […] (Agamben, 2006: 222-223).

Las perdurables huellas de ese proceso de crisis global repercutieron en la vida de Max Aub –junto con la dinámica de manipulación discursiva o de ocultamiento que los

rodeaban– y no pudieron sino encontrar un claro reflejo en su obra en la medida en que señalaban un evidente conflicto: el campo de concentración precisamente como «la vertiente más negativa de la modernidad» (López García, 2017: 237). Por otro lado, si ya hemos comentado que los conflictos que desgarraron el siglo XX pusieron de manifiesto que el ideal de progreso –de modernidad entendida como avance histórico– no era –y no es– una realidad habitable para todos, ya que lleva consigo dinámicas de exclusión, pues en los campos representados por Aub esa contradicción alcanza su máximo nivel de virulencia llegando a estructurarse en «Yo no invento nada» por medio de dos vertientes o, mejor dicho, dos relaciones dialécticas: justicia-castigo y trabajo-explotación.

La primera brota de la denuncia de dos de los mayores padecimientos causados a los presos: el hambre y el frío[136]. Las continuas referencias a las temperaturas extremadamente rígidas y, en general, a la inclemencia del clima –sobre todo, la relevante variación térmica entre el día y la noche– se debe, según Sánchez Zapatero (2014: 284-285), a la voluntad de hacer hincapié en las crueles condiciones en las que los internos estaban obligados a permanecer. En este ámbito, el concepto de administración de la justicia –teórico pilar de una sociedad moderna y civilizada– queda totalmente distorsionado por el encarnizamiento –«arrebatado de odio» (Aub, 2020: 314)– mostrado por parte de las autoridades del campo a la hora de mantener a los presos en un estado de aniquilación de su conciencia y de su voluntad, privándolos de cualquier posibilidad de reacción frente al poder que los estaba sometiendo. De ese modo, el ejercicio mismo de la justicia se ve pervertido por medio de las sistemáticas puniciones infligidas a quienes intentaban sobrevivir no ya solamente a condiciones de iniquidad social –el «mundo mal repartido» de Yubischek antes de la guerra–, sino directamente a una agresión abierta y

[136] En *Asamblea contra el terror nazifascista*, el texto de la intervención de Max Aub ante dicho auditorio durante la sesión del 15 de octubre de 1942, el autor explicó que: «Djelfa no se parece a nada: Djelfa es un campo de concentración donde el trabajo forzoso no está retribuido con nada sino con cien gramos de pan [...]. He visto hombres muertos de frío, he visto hombres muertos de hambre» (Aub, 2011: 396-397). Con respecto a la idea de testimonio como intervención activa es muy sintomático el hecho de que Aub haya empezado a describir el campo argelino recordando a los hombres muertos allí –nombrándolos uno a uno– y los demás individuos que quedaban todavía encerrados, «mil compañeros nuestros: quinientos españoles, trecientos hombres de las brigadas internacionales y doscientos judíos de diversas procedencias» (Aub, 2011: 396) para luego referirse, de manera explícita y directa, a las necesidades pragmáticas de su testimonio, presentándolas como aspectos prioritarios y objetivos fundamentales de su discurso: «¿Qué ayuda les podemos dar? Ellos necesitan comida, necesitan trajes, necesitan medicamentos [...]. No hay más que una manera de ayudar a los internados en los campos de concentración de Francia, una sola manera, no dos: la creación del segundo frente. Con la creación del segundo frente se resolverán todos los problemas de los internados. No hay otra manera. Nada más» (Aub, 2011: 398-399). En resumidas cuentas, como ratificado por Paula Simón (2012: 55), la vigencia de lo representado le otorgaba un irrenunciable valor práctico: en efecto, los juicios de valor y la decidida toma de postura del escritor resultaban funcionales justamente para que la denuncia ante los lectores fuese más eficaz.

repetida que ampliaba la brecha entre dominadores y dominados por medio de formas de sadismo y de violencia aún más exasperadas. Esto se ve muy bien el momento en que Carlos Yubischek es enviado al calabozo por haber intentado ayudar a un anciano señor con los pies helados:

> Una noche le sorprendió Gravela quemando restos de la tomiza que servía para fabricar alpargatas frente a un viejo gallego que tenía los pies helados. Gravela sonrío, se frotó las manos, satisfecho, contentándose con pegarle un puntapié cuando recogía su manta y su cazo.
> —A Caffarelli (Aub, 2020: 316).

Algo similar se produce cuando un detenido, consumido por la desnutrición, no ve otra solución que el humillante acto de buscar restos de comida en la basura y, por esta razón, se le castiga de la misma forma que al voluntario internacional:

> —¿Por qué estás aquí?
> —Usted me mandó.
> —¿Cuándo?
> —Hace ocho días.
> —¿Por qué?
> —No sé —contesta el joven.
> Súbele al jefe el color hasta el vinagre, levanta la mano, cruza la cara del hombre con el cuero de la fusta. —¿Recuerdas ahora?
> —No, mi comandante.
> —Comía pieles de zanahorias recogidas en la basura, explica el tercer preso humildemente (Aub, 2020: 319).

La opresión inscrita en la idea de castigo como única forma de mantener el «orden» y garantizar el respeto de las arbitrarias normas que regían la cotidianidad en el campo, se ve reforzada por la alusión a la disparidad de condiciones entre víctimas y responsables del campo –entre otras cosas, siempre bien abrigados y, por supuesto, ricamente alimentados–, disparidad que, comenta Sánchez Zapatero (2014: 307), se alimenta de un proceso de continua degradación de la dignidad humana de los presos, quienes no solamente quedaban privados del control sobre su propia vida –por consiguiente, despojados de sus identidades– y humillados a través de una amplia gama de estrategias, sino que también estaban sometidos a un verdadero tratamiento animalizador, llegando a transfigurar las relaciones humanas en el ámbito concentracionario dentro de un sistema de dominación parecido al reinante entre los animales.

La propia reclusión en el campo, además, se configura como un mecanismo que contribuye a la perpetración de abusos por parte de las clases sociales hegemónicas con

tal de que puedan mantener sus privilegios inalterados. Lo vemos en un pasaje en el que se expone la historia de un obrero denunciado falsamente como comunista por parte de su patrón al fin de no tener que pagarle la indemnización que le correspondía por haber sufrido un accidente de trabajo:

> —¿Por qué te trajeron aquí?
> —Me denunció mi patrón. Por no pagarme la indemnización que me debía. ¿Ves? Me faltan tres dedos de la mano derecha. Accidente de trabajo. Me denunció como comunista. Yo era más bien anti. Antes de que me trajeran aquí. Y tampoco les tenía mucha simpatía a los alemanes. Ya ves cómo cambian las cosas (Aub, 2020: 321).

Y es la explotación físico-material de los presos otra de las claves que consolida el funcionamiento de los campos. Esto se observa en la miseria en la que los internos llevan a cabo las mansiones que se les impone y que se suma a la negativa por parte del mando de Djelfa de asegurarles las mínimas condiciones de salubridad con tal de no perder ni una pizca de las riquezas acumuladas con el propio trabajo de los internos:

> Del campo al fuerte hay dos kilómetros de fango helado. Cruzamos a los internados que en las riberas de El Oued trabajan en las fábricas de adobes. Cruzamos a siete forzados que arrastran, a lo mulo, la cuba del agua: —¿Sigue contaminada? —pregunto al médico.
> —Claro.
> Hace seis meses que el médico militar ha prohibido usar el agua del pozo y recomendado que se extraiga doscientos metros más abajo. No lo permite el mando; habría que pagar un árabe más que vigilara los de la cuba. No hay leña para hervir el agua y el cloro es caro, dicen. Se venció la epidemia de tifoidea con sólo quince muertos, lo cual para una población penada de más de mil hombres es un resultado excelente, dicen (Aub, 2020: 317).

En efecto, no faltan alusiones al hecho de que los presos estuviesen obligados a trabajar estando así totalmente subordinados al afán de lucro de los comandantes. En el contexto concentracionario de «Yo no invento nada» se describen a unos personajes y «la tenería que están construyendo para nuevo negocio del comandante» (Aub, 2020: 321) y, encima, «con apuros y fatigas, las manos vueltas hielo» (Aub, 2020: 321), o sea, que se deja patente cuál es la única finalidad para la que se ven obligados a trabajar: servir al provecho económico de la jerarquía represora. Esa idea fue reiterada en un sucesivo informe sobre el campo de Djelfa, *En un acto en contra del terror nazifascista. Marzo 1943* –otro texto que, tal y como «¡Yo no invento nada!», tenía un objetivo básicamente informativo, desde la voluntad de «actuar» en pro de la resolución de los conflictos políticos globales de su

presente–, en donde Aub explicaba que «El trabajo consistía en muy diversas ocupaciones todas ellas remunerativas para el mundo» (Aub, 2011: 400). Ahora bien, «para el mundo» quiere decir para los pocos que el mundo lo dominan, no para los muchos que producen materialmente el progreso económico; y, en este caso específico, para más señas, relegados en los estratos más bajos de la jerarquía de la explotación, reducidos en condiciones peores que las de los esclavos, como afirma Aub en ese mismo texto: «Ojalá hubiese sido esclavitud, porque en aquellas zonas todavía hay esclavos y nosotros tras las alambradas envidiábamos su suerte al verlos ir y venir» (Aub, 2011: 401-402). En este mismo informe, la denuncia de todos estos aspectos adquiere más vigor y, sobre todo, presenta una vertiente de pragmática discursiva aún más urgente a la hora de vincular el violento aprovechamiento de los detenidos –y del rendimiento económico que proporcionaban– a las responsabilidades de las potencias que, en el marco histórico en el que el autor pronuncia este discurso, estaban luchando contra los totalitarismos nazi-fascistas. Así que la idea de lucha, por parte de los aliados, a favor de un restablecimiento de la democracia en los territorios oprimidos queda profundamente problematizado:

> El general Giraud se empeña en no derogar las leyes de Vichy, se empeña en guardar a los españoles prisioneros y a los de las Brigadas Internacionales exclusivamente para seguir teniendo obreros gratis, posibles soldados que no huyan ante los tanques de Rommel y, sobre todo, por espíritu reaccionario y miedo a la revolución democrática contenida en la Carta del Atlántico (Aub, 2011: 404).

En este sentido –y de acuerdo con el alcance mundial adquirido por la guerra en aquel entonces–, era el papel de Estados Unidos –y, en menor medida, el de Gran Bretaña– que se estaba cuestionando, dejando al descubierto las manipulaciones retóricas que estaban detrás de la imagen de los norteamericanos como teóricos defensores de las libertades, de la paz y de los derechos humanos en todo el mundo –en otras palabras, de la llamada «civilización occidental»–, imagen que, comentaba Aub, alimentaba las esperanzas de los presos de encontrar la salida del laberinto concentracionario. Dicho de otro modo, lo que Aub estaba poniendo en entredicho eran la hipocresía y las falsificaciones ideológicas que encubrían la complicidad entre la modernidad totalitaria y la modernidad liberal-capitalista:

> ¿Cuántos meses hace que han desembarcado los norteamericanos y los ingleses en Argelia? ¿2,3,4,5,6? [...]. Han llegado, están allí. ¡Y los nuestros siguen en los campos! Hay que haber vivido la tremenda esperanza que reinaba en los campos

> de África, hay que haber sido forzado, para representarse lo que puede suponer la ilusión, el entusiasmo, la fe con las cuales seguíamos las ofensivas inglesas a través de Libia [...]. Lo que ninguno se atrevió a predecir, por muy pesimista que fuera, y si alguno lo hubiese sido le hubieran lapidado, lo que ninguno se atrevió a pensar, a suponer, es que a los cuatro meses de estar los americanos en Argel los nuestros siguieran en los campos. Cuando yo, a las tres semanas del desembarco presentaba mis dudas a un norteamericano, éste me contestó, muy indignado.
> —¡Usted, no conoce a los norteamericanos! Entonces ¿para qué haríamos la guerra? (Aub, 2011: 403)[137].

Sin embargo, en «Yo no invento nada» la violencia perpetrada por las autoridades del campo de concentración encuentra su más firme oposición, como apunta también Sánchez Zapatero (2014: 296), en la propia actitud de Carlos Yubischek, simbolizada por la eterna sonrisa que adorna su rostro y por la capacidad de reacción frente a las degradantes y demoledoras condiciones a las que se ve sometido junto con sus compañeros, hasta el punto de que «no tenía por desdicha su suerte, ni se lamentaba de su cautiverio» (Aub, 2020: 313). A este respecto, es interesante comprobar como la fuerza política que se desprende de la tenacidad del personaje resulta plasmada por medio de dos episodios que funcionan como contrapunto al discurso del poder. El primero, una confrontación directa entre el voluntario y el militar encargado del fichaje de los presos –documento que, por cierto, le enviará directo al campo de Djelfa–:

> Preguntole un día un capitán de la Oficina de Información:
> —¿Tú eres comunista?
> —Ustedes me han hecho.
> —¿Qué quieres decir?
> —No lo era. Pero lo que he visto me ha convertido.
> Así ganó el ir a África en la primera remesa (Aub, 2020: 313).

[137] Sin embargo, en el marco de sus reiteradas denuncias contra las responsabilidades internacionales, el escritor siempre quiso expresar su gratitud hacia México: «Fuera de sus fronteras, México ha afrontado verdaderos peligros para salvaguardar en lo posible la vida de los republicanos españoles. Sólo México ha mantenido enhiesta durante estos años de ignominia la bandera de la libertad [...]. México es el único país que ha practicado fuera de sus fronteras la misma política de libertad que goza en su interior» (Aub, 2011: 404). No por nada, decidió dedicar su *San Juan* a Celestino Gorostiza, director de la compañía Teatro de México y a los dramaturgos Rodolfo Usigli y Xavier Villaurrutia, mexicanos también ellos: «Si México, para mal de la dignidad humana, hubiese sido cualquier otro país, nunca hubiese podido escribir esta obra que vi, clara, maniatado en la bodega de un barco francés peor que este *San Juan* de mi tragedia; a ustedes, que son hoy el teatro mexicano –que aun sin estar, es– le dedico en prenda de agradecimiento, amistad y esperanza» (Aub, 2023b: 95).

Las respuestas de Yubischek son muy emblemáticas por lo menos por dos razones: más allá de la referencia específica al comunismo[138], lo que es verdaderamente importante es el acento puesto por ese «ustedes me han hecho» en los agentes de la Historia, otra manera de señalar responsabilidades y de rechazar la linealidad temporal historicista –propia del poder– que encuadra las conexiones entre pasado y presente como una simple e inalterable «cadena de acontecimientos». Además, sostener que «lo que he visto me ha convertido» enfatiza la voluntad de romper con los relatos eternos –como hemos visto en repetidas ocasiones, buenos aliados del orden hegemónico– para llamar la atención sobre un escenario social y político injusto fruto de dinámicas y circunstancias históricas bien determinadas.

Asimismo, en las secuencias finales del relato, el comandante, nada más entrar en el calabozo donde permanece recluido Yubischek, asevera que «El alemán es la lengua del porvenir» (Aub, 2020: 322), posible alusión del autor al afán expansionista del Tercer Reich. A estas alturas, el detenido, a pesar de encontrarse al borde de la muerte, «acostado sobre el cemento frío, respiraba con dificultad [...] añadió en español, que era la lengua universal en que se entendían los voluntarios: ―No podrán con nosotros» (Aub, 2020: 322). En el contexto de la claudicación del institucionalismo democrático primero y luego del colaboracionismo de Vichy, las palabras de Yubischek, –en la lengua que, contrapuesta al código expresivo de los nazi-fascistas, encarna la dignidad del ser humano, los principios de la justicia social y los derechos constitucionales defendidos por los republicanos y por los voluntarios de las Brigadas Internacionales– constituyen, como es de suponer, un incansable llamamiento a la resistencia, una esperanza viva y activa que no se resigna ante la derrota militar porque cree en los principios éticos de su proyecto político. Así es que Carlos Yubischek, «el internacional que aún tiene fuerza para sonreír» (Aub, 2020: 320), concentra sobre sí mismo el coraje y la envergadura moral de todos los refugiados que siguen en la lucha desde la opresión deshumanizadora del espacio concentracionario. Esa misma actitud fue alabada por Aub en *En un acto contra el terror nazifascista* y sus reivindicaciones llegaron a abarcar, con respecto a «Yo no invento nada», la mencionada crítica contra el abandono por parte de Estados Unidos:

> En estas condiciones, ¿Cuál es el espíritu de nuestros compatriotas? Entre tantos sufrimientos, privaciones, ¿están abatidos, desechos, pidiendo clemencia? Los

[138] Las constantes críticas de Aub al dogmatismo del Partido nos previenen de interpretar esta frase como una defensa estrictamente centrada en la perspectiva comunista, pero profundizaremos este tema en los siguientes apartados.

> muchos españoles que aquí me oyen saben que no es así. Se nos dijo resistir y hemos cambiado un poco la palabra, en los campos ya no se resiste, se aguanta. Reconozco que aguantar los campos con los norteamericanos en sus puertas es más difícil que cuando estaban los esbirros de Vichy. Pero estoy seguro de que aguantan. Firmes. Con fiestas, porque aun en los días más negros, del menos comer, del mayor frío o calor, no ha faltado nunca entre nosotros el espíritu de victoria, el alegre espíritu de victoria (Aub, 2011: 405).

El voluntarismo descrito bien refleja la postura mantenida por Aub durante todo su exilio francés: las reiteradas intenciones de quedarse en Europa –recordemos que el autor tomó la decisión de no irse a América a finales de 1939 y, aun disponiendo de un visado facilitado por el cónsul mexicano Gilberto Bosques, rechazó nuevamente esta posibilidad en 1941–, la colaboración con la intelectualidad gala antifascista, la cooperación con el Emergency Rescue Commitee –el organismo de ayuda a los refugiados republicanos españoles gestionado por Margaret Palmer–, los contactos con la Resistencia francesa cuando estaba en libertad y, finalmente, la intensa actividad cultural cuando se encontraba encerrado en Djelfa. A este propósito, explica Sicot (2007: 414) que fue precisamente allí donde el escritor se implicó en dar clases de alfabetización; además, estuvo constantemente empeñado en organizar actos de resistencia junto con los otros presos finalizados a celebrar las fechas simbólicas de la memoria republicana, como el 14 de abril y el 16 de febrero, y para recordar el inicio de la lucha contra las fuerzas reaccionarias y contra los fascismos, el día del Golpe de Estado, el 18 de julio. A eso cabría añadir reuniones clandestinas, veladas teatrales y poéticas, tal y como afirmó el propio escritor: «Yo he hecho teatro en las tiendas de campaña con una manta tendida como telón y veinte hombres hacinados a mi alrededor [...]. Recuerdos perennes de España. Ansia de volver, pero también, viva lección, negarse a volver vencidos» (Aub, 2007d: 405-406). Es interesante observar que, como sugería Aub en su discurso, el autor de «Yo no invento nada» no era el único en llevar a cabo este tipo de actividades. Afirma Francie Cate-Arries (2017: 553) que una cantidad relevante de detenidos en los campos eran activos agentes culturales, esforzándose en seguir perpetuando el legado de la historia republicana y documentando sus valores ideológicos, como hacían los que huían del terror nazi, entre ellos, los compañeros del varias veces citado Walter Benjamin, internados en Nevers. Asimismo, hay que aclarar que, en términos generales, la resistencia cultural de los presos republicanos adquiere una imprescindible semántica contra-informativa al crear un contraste con respecto a los historiadores y periodistas franquistas, para quienes la figura del refugiado republicano en los campos franceses

resultaba permanentemente invisibilizada y totalmente insignificante como sujeto activo de la Historia así como, en la prensa del régimen, eran muy frecuentes las acusaciones a los internados de esconder armas debajo de la arena o depósitos de oro robado (Cate-Arries, 2017: 550-552).

Volviendo al relato, es de gran interés observar como el potencial de reflexión crítica que subyace a la creación de los personajes de Aub confluye en el desenlace que coincide con la muerte de Carlos Yubischek. Al enterarse de ello, Gravela –el ayudante del comandante del campo– pronuncia una frase muy emblemática dirigida a los compañeros del detenido: «—Supongo que no olvidaréis lo que le ha sucedido al cochino pequeñarra ese» (Aub, 2020: 322). El sentido literal de esa afirmación, el nivel interpretativo más inmediato, corresponde precisamente a la acepción marcada por el carcelero refiriéndose a sus víctimas: es decir, la muerte del preso entendida como castigo ejemplar o, dicho de otro modo, la actitud de Yubischek como modelo negativo que hay que evitar para no terminar como él. Sin embargo, esta misma frase parece ocultar una semántica que trasciende el plano narrativo y establece un diálogo entre Max Aub y sus lectores. En efecto, siguiendo el hilo de las argumentaciones expuestas, desde el punto de vista del autor, la figura del voluntario de las Brigadas Internacionales hay que entenderla como paradigma de ejemplaridad ética y política, y la invitación a «no olvidar» funcionaría como llamamiento a sus contemporáneos a no resignarse a la victoria militar del franquismo, reaccionar frente a la falta de apoyo por parte de los gobiernos occidentales y seguir resistiendo también y, sobre todo, para los más indefensos y los más vulnerados, física y moralmente; entre ellos, claro está, los muchos presos republicanos que en la época de redacción de «Yo no invento nada» se encontraban todavía atrapados en la red concentracionaria.

5. Entre la segunda posguerra mundial y el estallido de la Guerra Fría: la marginalidad del proyecto republicano (1946-1951)

La red de conexiones –históricas, ideológicas, políticas– entre las consecuencias de la Guerra de España y el desenvolvimiento de la Segunda Guerra Mundial que fundamentó la militancia resistente –factual e intelectual– de la comunidad republicana y la proyectó en el espacio conflictivo global, conoció un evidente punto de inflexión al acabar la contienda estallada en 1939. Las instancias defendidas por los españoles vencidos adquirieron los contornos de una esperanza aún más concreta en el momento en que las potencias aliadas se enfrentaron a la tarea de redefinición de los equilibrios políticos internacionales y de puesta en marcha de operaciones de reparación y reconstrucción frente a la destrucción y a las situaciones de miseria material en las que habían quedado sumidos los territorios involucrados –siendo estas unas problemáticas destinadas a ensanchar la brecha entre las clases sociales–. Sin olvidarse de la gestión práctica de la crisis humanitaria –el ingente flujo de refugiados, los numerosos exiliados, las políticas genocidas, los muertos, los heridos, los mutilados– y, finalmente, de la necesidad de asumir una postura ética y de asegurar una adecuada administración de la justicia por parte de órganos e instituciones oficiales frente a las violencias cometidas.

Así es que la Conferencia fundacional de las Naciones Unidas, celebrada en San Francisco en abril de 1945, adquirió, en aquel entonces, un sentido de apertura hacia una nueva etapa para el mundo precisamente en términos de aplicación del derecho internacional. Entre otras cosas, el día 20 de junio se aprobó la condena al régimen franquista y su exclusión de la mencionada Asamblea, con la recomendación de seguir vetando la entrada del Gobierno de Franco en los organismos internacionales establecidos por las Naciones Unidas y su participación en conferencias u otras actividades que pudieran ser emprendidas por este organismo hasta que se instaurara en España un gobierno democrático (Ojeda Revah, 2021: 74), hecho seguido a muy poca distancia de la Conferencia de Postdam, cuando Estados Unidos, Unión Soviética y Gran Bretaña reconocieron explícitamente el apoyo otorgado por el nazismo a la facción de los militares rebeldes en la sangrienta conquista del poder en España. En ese marco, fueron muchos los exiliados que contemplaron el regreso a la península como una posibilidad al alcance de las manos (Martín Casas y Carvajal Urquijo, 2002a: 197). Dentro de dichas esperanzas se encuadraban la reunión del día 17 de agosto organizada por las Cortes Republicanas en México, la constitución de un nuevo gobierno –presidido por José Giral y

minuciosamente articulado en la definición de sus cargos y niveles funcionales– y, sobre todo, el traslado de este último a París en febrero de 1946 con tal de poder intervenir de forma más rápida y eficaz en la resolución de la situación española, habiendo obtenido ya el reconocimiento por parte de México, Guatemala, Panamá, Venezuela, Polonia, Yugoslavia, Rumania, Checoslovaquia, Hungría, Albania y Bulgaria y, en diciembre de ese mismo año, la retirada de los embajadores de los países miembros de las Naciones Unidas del territorio controlado por Franco (Hoyos Puente, 2017: 252).

Frente a la que no pasaba de ser una condición de precariedad, y una vez instaurado en Francia, el llamado «Gobierno de la esperanza» de Giral –formado por representantes de Izquierda Republicana, Unión Republicana, Acción Catalana Republicana, Esquerra Republicana de Cataluña, el PSOE, la UGT, el Partido Nacionalista Vasco y la CNT– intentó consolidar su estructura e implementar su operatividad incorporando los partidos que, en una primera fase, habían sido excluidos, muy especialmente el PCE, los socialistas negrinistas y los galleguistas. Sin embargo, esta operación, orientada a lograr una mayor cohesión interna y cierta unidad de intenciones, dejó paso a una nueva y profunda fractura concretada en el ostracismo de los socialistas partidarios de Indalecio Prieto, ferozmente anticomunistas y más proclives a renunciar al legitimismo republicano y a buscar la alianza con los monárquicos liberales organizados alrededor del pretendiente Juan de Borbón (Hoyos Puente, 2017: 254). Precisamente las presiones de Prieto obtuvieron el efecto de lograr las dimisiones de Giral en febrero de 1947 y, aun al precio de provocar graves divisiones en el socialismo español desterrado, tuvieron un papel decisivo a la hora de impulsar la dimisión de Ricardo Llopis, secretario general del PSOE y sucesor de Giral encargado por el presidente de la República en funciones, Diego Martínez Barrio. En efecto, las maniobras de Prieto estaban encaminadas a reunir los órganos de dirección del partido en torno a la negociación con el representante del conde de Barcelona, Gil Robles, y con el ministro de Exteriores británico, el laborista Ernest Bevin, de la que surgió el denominado Pacto de San Juan de Luz –en agosto de 1948– que, en línea teórica, tenía el objetivo de acabar con el régimen franquista, pero que al final se malogró por la falta de una ayuda efectiva por parte de Gran Bretaña (Martín Casas y Carvajal Urquijo, 2002: 199-200).

La lógica política y la causalidad histórica de estos episodios resultan ininteligibles si no se consideran las evoluciones coyunturales en las que estaban enmarcados: el comienzo de la Guerra Fría y un clima de polarización ideológica cada vez más agresivo a nivel global. A esto hay que sumar la creciente difusión, en la esfera

de influencia occidental –fomentada a partir de la política exterior estadounidense– de lo que ha pasado a definirse como miedo –o paranoia– a la revolución comunista (Hobsbawm, 1998), fenómeno sociológico basado justamente en una decidida instrumentalización del «temor de lo incontrolable» –no olvidemos que la primera expresión de contención del comunismo soviético fue la Doctrina Truman (1947) que insistía en la división del mundo en dos tipos de vida, uno basado en la libertad y el otro en la tiranía (Espinosa, 2017: 191-192)–. Este «temor de lo incontrolable», como es de suponer, habría de ser relacionado con la perspectiva asumida por las instituciones del poder político y económico de las democracias liberales frente a la gestión de los distintos factores de crisis que acabamos de mencionar y correspondía, fundamentalmente, al miedo a que el liberalismo capitalista se volviese inestable, con una consecuente redefinición de las relaciones de dominio y del reparto de privilegios a ello subyacente.

De hecho, estamos hablando de una perspectiva y una actitud determinadas por el auspicio de que la reedificación del mundo y el desarrollo de la temporalidad posbélica –tras esa etapa de ruptura había que replantear el concepto de avance y progreso históricos– no trastocaran ni amenazaran a las clases hegemónicas occidentales. Bajo estas premisas, las reservas iniciales ante la integración del régimen de Franco en el orden internacional resultaron ser totalmente inconsistentes y fácilmente adaptables a los intereses de los estados liberales que aspiraban a hacerse con el control del nuevo escenario mundial en oposición al bloque soviético. Así es que ante la alternativa de que en España se produjera una desestabilización que podía conllevar inciertos resultados –dicho de otro modo, frente al riesgo representado por la que se denominaba como la indeseable radicalidad comunista– se optó por la solución que, desde la representación de la realidad forjada por el occidente hegemónico, se presentaba como el mal menor: el 4 de noviembre de 1950 las Naciones Unidas revocaron la condena a la dictadura franquista, imprescindible aliada contra el enemigo más intolerable del supuestamente democrático y altamente civilizado universo occidental (Martín Casas y Carvajal Urquijo, 2002: 202). Enemigo que, como se demostró durante la Guerra Civil española, la Segunda Guerra Mundial y, tras el final de esta última, no era ni el fascismo ni ninguna otra fuerza política de tipo reaccionario. Por eso, la renovada estrategia discursiva adoptada por el régimen de Franco, fundamentada en la confianza de que la escisión entre los estados liberales y el bloque soviético se ampliaría rápidamente y que la importancia de una España anticomunista para el campo occidental sería entonces reconocida, le llevó pronto a obtener resultados. Con respecto a estas específicas dinámicas históricas, por un lado, la alianza entre la puesta en marcha

de estrategias comunicativas de ocultación del conflicto político y de las contradicciones ideológicas y, por otro el objetivo de estabilización del poder fue lucidamente fotografiada por Max Aub, quien, ya en enero de 1950, en sus diarios, se expresó acerca de la evolución temporal y del alcance espacial de estos procesos:

> Es evidente, desde hace años, que Norteamérica prefiere el sistema de Franco que a cualquier otro, liberal, que posiblemente pudiese escapársele de las manos. Se da el caso curioso de que, no siendo Norteamérica partidaria de las dictaduras reaccionarias, son las únicas que apoyan y que lo apoyan (Aub, 2023a: 177).

Centrándonos en esta trayectoria cronológica, y manteniendo nuestra disposición a interpretar los episodios y los datos que la definen como «acciones» –es decir, enfocando nuestra atención en los agentes de la Historia–, nos importa destacar esencialmente dos implicaciones conceptuales: primero, como subraya, entre otros, Julián Casanova (2002: 8), que a las democracias aliadas no les importó que en el sur de Europa –una realidad, en aquel entonces, considerada de segunda fila– subsistiese un régimen totalitario que se había levantado y seguía estructurándose sobre actos de fuerza, aferrado a la voluntad de preservar un poder conquistado de forma ilegítima e incumpliendo con las más basilares normas del derecho internacional. Por supuesto, en abierta contradicción con la declaración de principios de la que, al menos en línea teórica, se estaba fraguando como la más importante organización internacional para la preservación de la paz y la protección de los derechos humanos: la propia ONU[139]. Estamos hablando, no lo olvidemos, de prácticas de violencia y represión institucionalizadas, un plan de exterminio calculado llevado a cabo desde la convicción de que esa fuese la manera más eficaz para erradicar de una vez las bases sociales del sindicalismo y de la cultura de

[139] A este respecto, resulta extremadamente significativo el texto de Albert Camus, *¿España? Creo que ya no sé qué decir*, escrito entre finales de 1946 y principios de 1947, probablemente para ser leído en público –aunque no sabemos si por fin lo hizo–: «En 1938 los hombres de mi sangre y mi edad compartieron la rebelión y la desesperación de la República española. En 1944 compartimos su inmensa esperanza y dije lo que pude a su favor. Como habíamos estado juntos en la derrota, creía que debíamos estarlo en la victoria. Pero, al parecer, mi idea no era razonable. Y hablamos en vano, y hoy no hay victoria para nadie, porque no hay justicia para España. La justicia es como la democracia, o es total o no es. ¿Quién osará decirme que soy libre cuando los más valientes de mis amigos aún están encarcelados en España?» (2023: 85). La importancia de estas palabras, aparte de reconocer el valor global de la lucha republicana, estriba también en los valores contrahegemónicos encarnados por el propio Camus en tanto que destacado representante de aquella parte de la sociedad y de la intelectualidad francesa que sí se mostró solidaria respecto a la causa de los derrotados españoles; aunque cabe especificar que Max Aub, por su parte, había adquirido una perspectiva más proclive a criticar la actitud intelectual de Camus y su llamado «nihilismo mediterráneo», se reconcilió con la figura y con el pensamiento del escritor francés tras la muerte de ese último al reconocer su esfuerzo comprometido con la realidad de su tiempo y, concretamente, su lealtad a la República española y a sus exiliados (Montiel Rayo, 2017b: 671-672).

izquierda, justificándolo bajo la coartada del peligro rojo (Prada Rodríguez, 2010: 374-379). En fin, un terror organizado desde arriba, sancionado y amparado por un sistema de leyes que durante décadas siguió controlando la sociedad española: para hacer dos ejemplos concretos –y, sobre todo, cercanos en el tiempo a la primera fase de la Guerra Fría–, recordemos que, precisamente el 17 de julio de 1945, se aprobó lo que, al fin y al cabo, era un mecanismo de legalización de la tortura, o sea, la promulgación del «Fuero de los españoles», el texto de declaración de los derechos del franquismo cuyo artículo 18 debía, supuestamente, reglamentar y limitar el periodo de detención gubernativa, aunque, en la práctica, los presos se veían sometidos durante varios días a todo tipo de humillaciones –físicas y psicológicas– sin ningún tipo de asistencia, sin la presencia de un médico y sin posibilidad de defensa (Casanova, 2002: 24). El segundo ejemplo se refiere a la situación de las cárceles que, en 1946, tenían todavía una cifra de reclusos que en la mayoría de los casos superaba hasta tres o cuatro veces la capacidad máxima prevista, reflejo de una posguerra donde la justicia estaba dominada por los tribunales militares que detenían fundamentalmente sin pruebas y no ofrecían garantías (Prada Rodríguez, 2010: 246-249)[140].

La segunda implicación derivada de la constelación global que se estaba delineando tiene que ver con la condición de aislamiento y desamparo tanto de la España disidente del interior –reforzada por la sempiterna justificación empleada por la diplomacia internacional acerca de la improcedencia de intervenir en asuntos de política interna de un Estado soberano– como de la comunidad republicana exiliada, ya de por sí atomizada y dispersa por la geografía del mundo. En este sentido, si retomamos las teorizaciones –vistas en el capítulo anterior– acerca de que el concepto de modernidad no tiene un significado unívoco y de que existen distintas formas de entender su temporalidad, diferentes estructuras políticas y configuraciones sociales aptas a reproducirla y, consecuentemente, diferentes sistemas ideológicos que la sustentan –o sea que adoptar una u otra concepción de modernidad no es, o no debería ser, una acción neutral ni inocente–, podemos comprobar que la posición marginal en la que las

[140] El tema de la represión ejercida durante los años del franquismo es sumamente amplio: existe, en efecto, una extensa bibliografía dedicada al tratamiento de uno o más aspectos relacionados con dichas cuestiones. En nuestro estudio, nos hemos limitado a dos ejemplos que, a su vez, remiten a dos facetas que retomaremos en particular con Max Aub: la tortura y la violencia ejercida sobre los presos políticos y la situación de las cárceles. Para profundizar en el tema de la represión franquista desde un enfoque historiográfico, remitimos a la lectura integral del ya aludido volumen coordinado por Julián Casanova, *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco* (Crítica, 2002), al estudio de Javier Rodrigo, *Hasta la raíz. Violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista* (Alianza, 2008), y al de Julio Prada Rodríguez, *La España masacrada. La represión franquista de guerra y posguerra* (Crítica, 2010).

democracias aliadas estaban relegando a la comunidad republicana estaba definiendo el carácter cada vez más residual del proyecto de modernidad encarnado por esta última (Balibrea, 2007: 72-73). Un proyecto cuya especificidad político-social no encajaba en la concepción de temporalidad dominante en el mundo occidental en la segunda mitad del siglo XX, ya que esta última, explica Bolivar Echevarría (1997), se fundamentaba en la lógica del progreso tecnicista y en la potenciación de las capacidades de rendimiento de la vida productiva: en otras palabras, en lo que se identificaba como modernidad capitalista, paradigma ideológico que conoció un punto de inflexión en la configuración geopolítica del mundo surgida a partir de 1945 y que siguió su proceso de asentamiento en tanto que paradigma dominante precisamente en el marco de la lucha por la opinión contextualizada en la Guerra Fría. La imagen delineada por Max Aub, «almacén de novedades de capital norteamericano» (Aub, 2023a: 158), grabada en sus diarios el día 11 de marzo de 1950, resulta ser un retrato muy acertado de la configuración política, social, económica y cultural que se impuso en Occidente y cuyas relaciones de poder y particiones del campo social fueron –y son– mantenidas vigentes frente a toda posible amenaza de reequilibrio o reajuste. Y a cualquier precio, incluyendo, como estamos viendo, estrategias de enmascaramiento o de ocultación no solamente de la pervivencia en sí de estas mismas dinámicas de jerarquización y segmentación, sino también del cómo, del por qué y del para qué de su estructuración. La figuración de Aub funciona –y, sobre todo, resulta eficaz en cuanto a su intención crítica– precisamente porque encuadra el factor clave de esta específica coyuntura de dominio: el mundo como «almacén de novedades» –o sea, donde la idea de progreso se redefine en términos de acumulación de bienes o de consumo de productos cada vez más avanzados o refinados desde un punto de vista técnico– «del capital norteamericano» –es decir, para servir a los intereses de la que se estaba imponiendo como la gran potencia política y económica a nivel internacional–. Todo esto a expensas de principios como la igualdad y la justicia social y al amparo de una construcción de la realidad en la que esa misma lógica de acumulación o de consumo acabará entrelazándose con un estilo de vida supuestamente regido por la libre elección y el bienestar. En este contexto, es el concepto de «libertad» el que ha sido sometido a un proceso de desvirtuación semántica y manipulación ideológica.

Como veremos, en el ámbito del bloque occidental «ser libre» no tenía nada que ver con una verdadera autonomía de pensamiento ni con una ética democrática, ni mucho menos con una siempre proficua postura política de reflexión crítica, sino que solo significaba adherir incondicionalmente al paradigma ideológico del capitalismo

norteamericano y, con ello, oponerse invariablemente al comunismo soviético, sin ningún tipo de apertura a lo diferente y sin admitir matices[141]. No es casualidad que se haya planteado la exigencia de llevar a cabo estrategias de comunicación eficaces y que, en este sentido, la principal herramienta de propaganda e influencia cultural e intelectual haya sido, precisamente, el Congreso por la Libertad de la Cultura inaugurado en Berlín en junio de 1950 y que, como comenta Olga Glondys (2017b: 594-595), tenía el objetivo de extirpar de la intelectualidad de la izquierda mundial la «enfermedad» del marxismo neutralizando sus simpatías prosoviéticas, haciendo hincapié en el antiestalinismo sin dejar de recurrir –aunque pueda parecer, en cierto sentido, paradójico– a un ideario político-social de izquierda, ya que solamente de este modo se podía conseguir atraer a quienes estaban decepcionados por la actitud de las democracias europeas liberales y que al mismo tiempo repudiaban los crimines de Stalin, amén de ganarse la confianza de ciertos sectores del antifascismo, algo especialmente importante en el marco de la segunda posguerra mundial. De ahí la necesidad de ocultar la financiación de la CIA y asegurar un simulacro externo de autonomía total –de libertad de opinión– encarnado por dicho Congreso. Lo que nos importa destacar es que, según lo explicado por Martín Gijón (2013), a través de los *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, principal órgano del CLC entre 1953 y 1965, el objetivo anticomunista pasó progresivamente a sobreponerse a la lucha antifranquista –sobre todo, a medida que la condena al totalitarismo soviético por parte de Estados Unidos se vinculará a la complicidad hacia el totalitarismo español– minando la unidad de la comunidad republicana en el exilio.

Para completar el cuadro, recordamos que, por su parte, también la URSS se movilizó para organizar su propio frente intelectual, aunque con medios económicos inferiores. Afirma Aznar Soler (2017: 600-601) que si la palabra «libertad» fue adulterada –o por lo menos explotada– por Estados Unidos en tanto que bandera anticomunista, la Unión Soviética fundamentó su batalla antiimperialista y anticapitalista en la palabra «paz», organizando en la ciudad polaca de Wroclaw el Congreso Mundial de Intelectuales en Defensa de la Paz, llevado a cabo entre el 25 y el 28 de agosto de 1948 y seguido por otros dos congresos celebrados, respectivamente, en Varsovia en 1950 y en Viena en 1952, en los que participaron delegaciones españolas republicanas que estaban vinculadas

[141] Como seguiremos profundizando, se hace necesario insistir en estos aspectos contingentes para entender dos diferentes matices de inconformismo y de resistencia frente a la hegemonía estadounidense, más aún en el marco de su interrelación con la durabilidad del régimen de Franco: aquellos que definiremos como «la tercera vía» de Max Aub y el comunismo de María Teresa León.

a campañas antimilitaristas: véase, por ejemplo, el Llamamiento de Estocolmo, una petición por la proscripción de las armas atómicas en la que participaron, entre otros, Dolores Ibárruri, María Teresa León, Jorge Semprún, César Arconada y Esteban Salazar Chapela, y presentada por José Giral en un discurso pronunciado precisamente en una sesión del Congreso de Varsovia.

En este escenario, para Max Aub y María Teresa León, ejercer como intelectuales representantes de esa modernidad que en la historia de Occidente había sido reducida a un factor de estorbo –y hacerlo, además, desde un lugar de enunciación excéntrico como es el exilio– requirió, en primer lugar, tomar plena conciencia de sus propias limitaciones factuales, cuya resolución, en el presente de aquel entonces, se antojaba como cada vez más borrosa y lejana. El estado de segregación experimentado por la República española en relación con el levantamiento de otra frontera, es decir, la que se dio a conocer como «telón de acero» o «cortina de hierro», se compaginó con los factores específicos que plasmaron la condición de marginalidad de cada uno de los dos escritores en el marco de sus respectivos contextos materiales del exilio entre finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta y que, en la producción literaria de aquel entonces se reflejaron en situaciones narrativas o en la figuración de sujetos que traslucían múltiples formas de soledad: desde situaciones de abandono y desprotección social hasta condiciones de ostracismo político, desde situaciones de incomunicación hasta condiciones de abierta minusvaloración o deslegitimación discursiva.

A este respecto, la ausencia de desenlaces resolutivos –el rechazo del llamado «final feliz»– no suponía, en ninguno de los dos autores, una declaración de rendición. Se trataba más bien de la reivindicación de un derecho consustancial al propio papel público del intelectual: el derecho a decir la verdad y esto precisamente en una época en la que ni la lucha por la justicia social enarbolada por los republicanos entre la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial estaba concluida ni se había alcanzado, a nivel global, la construcción de una realidad «positiva» para todos –es decir, regida por la libertad, el respeto de los derechos humanos y la cooperación internacional sobre el afán de poder y de dominio del mundo–. En aquellas circunstancias históricas, proponer una literatura de «conclusiones positivas» habría sido una mentira, amén de ser políticamente estéril: para Max Aub y para María Teresa León, la única manera para no mentir parecía ser precisamente hacer saltar los equilibrios –sociales y políticos– que se estaban entretejiendo desde las perspectivas dominantes sin dejar de textualizar y explicitar la precariedad y la incertidumbre de la lucha.

Pero, como hemos subrayado en otros pasajes, lo que le correspondía al intelectual comprometido en contra del poder no se limitaba a la tarea de comprensión de la realidad y de formulación de un diagnóstico sobre ella, sino que era imprescindible dar cabida a una consecuente acción ideológica. En efecto, a partir de estas premisas, la actuación de Aub y de León se mantuvo, en sus objetivos fundamentales y en su voluntad de incidencia política, fiel a los itinerarios trazados en la primerísima etapa de sus periplos exílicos –o sea, otorgarle prioridad a la operación de dar un sentido ético a las dinámicas de convivencia colectiva–, adaptándose, en las instancias temáticas y en las formulaciones pragmáticas, a las evoluciones contextuales y a sus respectivas contradicciones. Por lo cual, el eje vertebrador de la creación literaria y de la argumentación reflexiva de esta fase fue orientándose hacia la visibilización de dos procesos históricos que debían ser interpretados necesariamente en contrapunto. En primer lugar, las modalidades a través de las cuales se cristalizaba el discurso hegemónico: eso implicaba, por un lado, señalar las presencias o las figuras reguladoras y normativas y, por otro, iluminar la que Said (2018: 130), reflexionando sobre estrategias narrativa y figuración del espacio social, definía como la combinación entre poder, energía ideológica y actitud práctica, esta última, además, dedicada básicamente a enmascarar la evidencia de dicha conexión por medio de coartadas exculpatorias perfectamente representativas de la tendencia del poder a ensimismarse y a autoalimentarse. En segundo lugar, cobraba especial importancia la exigencia de dar énfasis a las presencias silenciosas o distorsionadas y manipuladas con tal de desactivar su potencial desestabilizador o cuestionador del orden establecido. Dar cabida a ambas vertientes respondía, por lo tanto, a la exigencia de mantener el enfoque en los conflictos existentes, o sea, en las dimensiones o en los aspectos de la realidad político-social global donde no había ni libertad ni justicia ni igualdad.

En resumidas cuentas, todas las operaciones que estamos delineando –lo veremos detalladamente en las obas pertenecientes a esta fase– respondían al intento de infundir unos principios de responsabilidad colectiva –dirigiéndose idealmente a los ciudadanos– frente a un panorama institucional global que no lo hacía y que, por el contrario, seguía arrogándose la tarea de garantizar una existencia digna y de reconocer una legitimidad identitaria solamente a algunos sectores sociales privilegiados dentro de algunas áreas, a su vez privilegiadas, del mundo. Tanto Max Aub como María Teresa León se expresaban desde la perspectiva –precaria, pero, a pesar de todo, esperanzada todavía– de que si en aquella época el cambio era muy improbable, de todos modos iba a ser posible en un

futuro. Dicho de otra manera, el discurso intelectual surgido de esa coyuntura histórica vino a ser la manifestación de un «aún no» alentador.

5.1 «Seguir en la brecha»: *Sala de Espera* (1948-1951) y *Las peregrinaciones de Teresa* (1950) como proyectos de lucha político-cultural

En el contexto de la intensa vida cultural bonaerense, y tras la mencionada colaboración con Radio El Mundo en sus años de asentamiento, los medios de subsistencia de Teresa León en el exilio argentino no derivaron, como es de suponer, de la creación literaria ni de ninguna otra actividad estrecha y explícitamente conectada con su militancia política en tanto que republicana resistente, sino que siguieron siendo, en buena medida, los programas radiofónicos, la industria cinematográfica y las traducciones. A mitad de camino entre estas dos dimensiones –por ende, a modo de emblema de la condición híbrida entre la lealtad a la memoria de la lucha republicana y las necesidades materiales de sobrevivencia– se colocaba la redacción del guion de la película *La dama duende* –adaptación de la homónima comedia de Calderón de la Barca–, dirigida por Luis Saslavsky y protagonizada por Delia Garcés, tarea que contribuyó a que al matrimonio Alberti León fuera solucionando los apuros económicos que los afectaban desde su desembarco en el país rioplatense. Estrenada el 17 de mayo de 1945, la película tuvo un éxito inmediato en Hispanoamérica, detalle importante sobre todo a la luz de su profundo impacto sobre la comunidad de exiliados españoles en el continente americano, llegando incluso a motivar su prohibición en España (Pucciarelli, 2019b: 88-90). Este nivel de identificación tan profundo se debía no tanto a la referencia a una obra cumbre del teatro clásico y, en general, de la tradición literaria peninsular, sino al hecho de que el reparto estuviese compuesto por muchos actores desterrados.

En efecto, el proyecto de *La dama duende* se constituyó como un espacio ideal de producción cultural y expresividad creativa gracias a un trabajo de colaboración entre quienes habían sido privados precisamente de su identidad cultural (Pucciarelli, 2019a: 262-263). En otras palabras, supuso la recuperación –o la reapropiación– de un legado que les permitió seguir sintiéndose parte de esa España de la que habían sido expulsados, por mucho que el régimen franquista, desde la otra orilla, se empeñara en imponer lo contrario. Esto se sumaba, afirma Schwarzstein (2001: 158-160), a los habituales encuentros en los cafés de la Avenida de Mayo que, durante décadas, acogieron frecuentes

reuniones de republicanos españoles hasta convertirse casi en un reducto donde preservar el sentido de sus reivindicaciones políticas. Así como la propia casa de Teresa León y Alberti –especialmente cuando se establecieron en Castelar, en el departamento de avenida Las Heras–, que constituyó un punto de encuentro de escritores, artistas y periodistas españoles a los que, de vez en cuando, se unía algún argentino para debatir acerca de temas variados, pero entre los cuales nunca faltaba la situación presente del país ibérico, su genealogía más inmediata –claro está, la Guerra Civil– y su colocación en el ámbito internacional.

A este respecto, hay un segundo detalle que llama la atención: el argumento de inspiración calderoniana fue decididamente reelaborado por Teresa León, quien, explica Ferris (2017: 289), estuvo guiada sobre todo por el objetivo de adaptar ese clásico enfatizando la defensa de la libertad femenina y el derecho de la mujer a decidir sobre sí misma y alcanzar cierto nivel de autonomía decisional. Se trata de las mismas inquietudes que motivaron y vertebraron la redacción de *Las peregrinaciones de Teresa*, obra publicada en la ciudad porteña en 1950 en la colección «La sirena escondida» de la editorial Botella al mar del gallego Arturo Cuadrado, él también poeta exiliado (González de Garay, 2009: 37). Es interesante notar que el motivo temático que había fundamentado la redacción de «El perfume de mi madre era el heliotropo», es decir, la sensación desgarradora del exilio como elemento propulsor de un itinerario creativo de recuperación de la memoria de la infancia, se hizo aquí eje vertebrador de un proyecto literario mucho más amplio, síntoma de una necesidad de reconstrucción identitaria que, al cabo de una década, parecía aún más acuciante. Hablamos de una recopilación de nueve relatos, todos teñidos de reminiscencias autobiográficas condensadas en el elemento identificativo por excelencia, el nombre propio, atribuido a las protagonistas de cada uno de estos textos. El hilo conductor, lo que convierte esta obra en un proyecto unitario y cohesivo –influyendo, al mismo tiempo, en la relación directa y, sobre todo, intelectual y políticamente fructífera que Teresa León quiso establecer con sus lectores–, son precisamente las continuas incursiones que la autora realizó en su pasado, llegando a proyectar fragmentos de su memoria de la alteridad, de la educación burguesa y de matriz católica recibida en su infancia y primera juventud, amén de episodios referidos a la contienda civil. Un itinerario que se había desplegado como una constelación de tensiones –lacerado por las múltiples vertientes de la que, en términos bourdieanos hemos definido como dominación masculina–, releído en el presente argentino desde la crisis y desde la precariedad identitaria de una experiencia exílica que se estaba sedimentando en la

ausencia. Y con la mirada siempre puesta, tanto en las evocaciones de la memoria como en la observación de la realidad actual, en los agentes responsables de esa crisis y de esa precariedad.

El prólogo de la autora, que trascribimos integralmente, nos proporciona algunas pistas precisamente sobre el proceso creativo que subyace a la colección:

> Hubiera preferido escribir estas historias mi mano en tu mano, un día denso, con la memoria alerta por el chubasco de la primavera, cazadora yo inconsciente de sueños trasperdidos. Quiero nombrar así a los que se quedaron sin suceder detrás de los tangibles, aquellos no nacidos al tacto de mis manos, sin gustar por mis labios, sin herir por mi voz. En esta trasmemoria hundo hoy, primaveral y algodonoso día, septiembre por calendario austral, para contarte los atrapados sueños de mis recuerdos. Y como mi cabeza es una isla sin tu pecho y mis palabras no alternan con las pausas de las tuyas yo escribo, con mi pobre cabeza de ajo, el «Cabeza de ajo» título de mi cuento.
> Y lo hago porque me gusta contar campesinamente cuánto me doran dentro los recuerdos. Y te lo digo porque no hallo otro medio más corto de llegar hasta tu corazón (León, 2009: 127).

La yuxtaposición entre las reminiscencias del pasado y las percepciones del presente de la escritura, que se configura como evidente aparataje ético-estético de cada una de estas líneas, queda sellada por el utilizo del prefijo trans- que, como apunta Debra J. Ochoa (2007: 160), remite a la textualización de un espacio intermedio de negociación identitaria, operación que se entrelaza con la autofiguración de la escritora como «cazadora de sueños», expresión en donde la imagen del sueño no remite a una idea de evasión de lo concreto ni tampoco de fantasía solipsista, sino que corresponde a la voluntad de imaginar una realidad alternativa, aquella realidad que se quedó «sin suceder detrás de lo tangible», aquella realidad, señala Teresa León, no nacida «al tacto de mis manos». De hecho, explica González Martín (2006: 436), la alegoría del sueño no altera el auténtico sentido de protesta social de los cuentos ni su carga histórica, por el contrario, sirve para ampliar su potencialidad semántica. A este respecto, cobra especial importancia el dedicatario al que se alude en la parte final del prólogo: según Barbara Greco (2023b: 231), la escritora riojana se estaba dirigiendo a su madre, doña Oliva Goyri –el cuento mencionado, «Cabeza de ajo», como veremos más adelante, gira alrededor de una conflictiva relación madre-hija– mientras que, en opinión de González de Garay (2009: 75), la referencia es a los dos hijos que quedaron en España –Gonzalo y Enrique, nacidos de su primer matrimonio– y, al mismo tiempo, al lector español. Tomando las tres opciones como plausibles, lo que importa entender es que se trata, en todos los casos, de

entidades perdidas, desgajadas de la realidad tangible de la autora en las circunstancias históricas que determinaron su expulsión. Entidades que remiten a la primera fase de su vida y que se sobreponen, desde la perspectiva del destierro, al hecho de tener que criar a su hija Aitana –mujer como ella– en Argentina, como hemos recordado a la hora de analizar «El perfume de mi madre era el heliotropo». Así que esta red de conexiones, las imposiciones experimentadas en la infancia, las pérdidas y los vacíos arrastrados en esta segunda fase existencial funcionaron, en parte, como modelo educativo que se fundamentaba en la conciencia de lo problemático, de los factores históricos que limitaron y seguían limitando su derecho de autolegitimación identitaria y su libertad de intelectual. En efecto las Teresas que pueblan la colección no son sino sujetos que peregrinan en busca de su yo en tanto que mujeres, involucradas todas en un viaje iniciático que aspira a la emancipación, un viaje, además, siempre provocado por un episodio traumático y nunca completo (Greco, 2023b: 231).

Con todo, sería un error –o por lo menos, muy reductivo– considerar a estos personajes como meras reelaboraciones en clave autobiográfica. El persistir de las inquietudes sociales de la autora por la marginación de la comunidad exiliada, las necesidades materiales y las penas experimentadas –hemos visto en repetidas ocasiones como en su mirada existiese una constante preocupación por el dolor ajeno– quedan evidenciados en una carta dirigida a Corpus Barga, fechada 19 de abril de 1947, cuando expresaba su preocupación por «echar una mano a nuestros compatriotas […]. Ojalá pudiéramos multiplicar las horas mientras queden tantos desdichados» (*apud* Ferris, 2017: 293). En este sentido, es justamente la decisión de nombrar a todas las protagonistas de estos relatos «Teresa» la prueba más evidente del sentido de solidaridad de la escritora hacia el colectivo femenino (Ochoa, 2007: 158), amén de su voluntad de establecer un vínculo con ellas y dar un significado cohesivo a una lucha que, para ser eficaz y políticamente significante, tenía que ser compartida. Entonces, esta específica y exclusiva atención centrada en lo femenino se compone de la representación de las múltiples situaciones de injusticias experimentadas por las mujeres en la primera mitad del siglo XX, en las que la memoria de la autora adquiere una función ejemplar dotada de un valor de denuncia de amplio alcance –o sea, referida a dinámicas estructurales–. Una denuncia que, en 1950 no había perdido nada de su razón de ser ni de su validez.

Desde la incertidumbre de una condición exílica en la que los republicanos estaban cada vez más aislados y desatendidos, Teresa León recreó– «situaciones de soledad, desamparo, sometimiento, ignorancia, alienación, frustración, represión sexual, y torturas

que las mujeres tuvieron que soportar en una España muy alejada de la modernidad» (González de Garay, 2009: 74); o, mejor dicho, alejada de una concepción específica de modernidad. A este respecto, la decisión de conectar los recuerdos anteriores a la diáspora –en calidad de materia narrativa y clave de reflexión discursiva de los relatos– y el momento enunciativo que correspondía cronológicamente a una fase en la que el régimen franquista estaba plenamente vigente, no se debía a la voluntad de denunciar un atraso, un retroceso histórico porque, de ser así, no se podría explicar, ni mucho menos denunciar, la existencia de una dictadura que en aquel entonces no solamente seguía de pie, sino que incluso se estaba consolidando. Por el contrario, era una manera de traslucir lo que estaba ausente, lo que había sido expulsado del flujo evolutivo de la Historia: la España republicana, su proyecto de justicia social y sus avances en términos de derechos de la mujer. Y, en este sentido, veremos que no es casualidad que *Las peregrinaciones de Teresa* incluya dos relatos ambientados en una Guerra Civil recién acabada.

Por lo tanto, frente a la perpetuación del franquismo, lo que en la reconstrucción narrativa de Teresa León importaba visibilizar era la complicidad de instituciones y de actores sociales que impedían el cambio democrático, las implicaciones y las consecuencias políticas traídas por estos mismos agentes con respecto a la condición femenina y, sobre todo, los mecanismos ideológicos puestos en marcha con tal de mantener a las mujeres en la subalternidad –a pesar de la progresión temporal de la Historia–. Este último aspecto resultaba fundamental en la reflexión de la autora: en efecto, veremos como la escritora había conseguido poner en evidencia que el proceso de desidentificación experimentado por las mujeres en su subordinación había sido una operación que estaba orientada a negar a lo femenino su estatuto racional, a socavar su dignidad de individuo pensante, a quitarle consistencia y autonomía propia y luego a prevenir cualquier resistencia a ser dominada haciendo especial hincapié en un consustancial sentido de culpabilidad que, en la España surgida de la victoria de 1939 sacaba mucho provecho del concepto de «pecado» de raíz católica.

En un sentido más amplio, y retomando las consideraciones de Josebe Martínez (2017: 175), el hecho de recuperar el testimonio de las mujeres exiliadas resulta imprescindible para poder leer su significación política e intelectual en tanto que modelo ideológico desestabilizador del proyecto nacional franquista. Dicho de otro modo, una mujer que, a pesar de los límites factuales y de los impedimentos materiales, seguía intentando hablar como sujeto histórico –y, encima, ahondando en la experiencia de una multiplicidad de otras mujeres– se proponía a sí misma como sujeto cuestionador de la

homogeneidad masculina en el canon político, social y cultural español, teniendo en cuenta que para todas las mujeres desterradas, la expulsión supuso una derrota y un sentido de enajenación doblemente impuestos.

Por todas estas razones, las peregrinaciones de Teresa León por la geografía de España –todos los relatos de la colección tienen una ambientación clara o explícitamente peninsular– refuerza una pragmática narrativa contrahegemónica enteramente enfocada en las dinámicas internas de sustentamiento del régimen. Y, consecuentemente, en las entidades que, tal y como sucedía en la época prerrepublicana, proporcionaban, en particular, los justificantes más sólidos de la dominación masculina y, en un sentido más amplio, de la normalización del control social y político impuesto por el franquismo, amén de la consecuente desidentificación e invisibilización de todo el colectivo republicano: la Iglesia y la moral burguesa, esta última definida como matriz ideológica responsable de la subordinación femenina –dentro de lo que se ha denominado como «feminismo revolucionario» de la autora– y paradigma cultural de una clase cuya complicidad resultó fundamental para cimentar el arraigo social del régimen y que, por lo tanto, se corresponsabilizó con éste a la hora de mantener a España bien atada a las consecuencias del 1 de abril. Fundamentalmente, el hecho de reconectar vivencias del pasado y significaciones presentes, experiencias personales e implicaciones colectivas por medio de un conjunto heterogéneo de personajes femeninos –aproximándose a la complejidad de situaciones, factores e instancias responsables de la subordinación de la mujer– respondía, en opinión de Marcillas Piquer (2007: 4) a la intención de reflejar lo que María Teresa León consideraba que fuese necesario mejorar.

Ya hemos comentado la operación de legitimación de la Guerra Civil por parte del clero español y la paralela explotación del sentimiento religioso por parte de Franco con el objetivo de conjugar las distintas fuerzas que componían el bloque vencedor en función de la orientación contrarrevolucionaria abanderada por la institución eclesiástica, dinámica que acabó convirtiendo a la Iglesia misma en el mayor apoyo ideológico y en coartada moral de la España dictatorial. En este sentido, hay que hacer una premisa fundamental y es que, en el marco del reparto de papeles orientado a destruir la cultura emancipadora de izquierda y de los mecanismos internos al estado que miraban a acrecentar las parcelas del poder, la sacralización del régimen comportaba, para la Iglesia misma, una posición de privilegio en todos los aspectos: económico, social ideológico y político, ya que suponía una recuperación de su pasada hegemonía frente al proceso de laicización cultural y secularización propiciado por la República (Moliner Prada, 1993:

348). En función de eso, el clero se implicó hasta la médula en el sistema represivo del régimen (Casanova, 2002: 33-34) –ejerciendo incluso como mediador al que acudían los órganos de la justicia franquista para obtener informaciones acerca de supuestos «sospechosos» de ser sujetos subversivo, actuando como una verdadera agencia de información–; además, glorificó esa violencia y, finalmente, funcionó como catalizador esencial de la simbiosis entre Limpieza moral, Patria y Caudillo, decisiva para enmascarar la violencia tras una supuesta pátina de credibilidad y, por ende, garantizar la supervivencia y el mantenimiento del franquismo después de la derrota militar de las potencias fascistas en la Segunda Guerra Mundial.

Recorriendo la red de nexos que estamos trazando –entre coordenadas espaciales y temporales– y enfocándonos en las circunstancias históricas y en las condiciones materiales que acompañaron el proceso de escritura de Teresa León, no podemos pasar por alto que fue precisamente Argentina la que adquirió un papel fundamental a la hora de posibilitar la supervivencia de la dictadura de Franco antes de la definitiva aceptación internacional. La instauración del primer gobierno peronista, el 4 de junio de 1946, representó no solamente un punto de inflexión en la vida política argentina, sino también el inicio de una nueva fase en las relaciones entre España y el país hispanoamericano y, finalmente, supuso una situación inédita para los exiliados republicanos asentados en la propia Argentina (Rein, 1993: 204-205). En octubre de 1946 fue sellado un acuerdo económico entre Franco y Perón que consistía en un Convenio Comercial y de Pagos sobre la base del cual Argentina enviaba cereales, sobre todo trigo, a España e incluso garantizaba el crédito para seguir comprando alimentos a través de un crédito rotativo anual de 350 millones de pesos por tres años –y con opción a extenderlo por otros dos–, acuerdo completado por la firma del Protocolo Franco-Perón en 1948 que propugnaba un aumento de la cantidad total de crédito para la compra de víveres y materias primas durante cuatro años y garantizaba permisos para la importación de mercancías no esenciales de España por 70 millones de pesos anuales (Rein, 1993: 208).

Desde la óptica contradiscursiva de los exiliados republicanos, nos interesa destacar los engranajes mistificadores puestos en marcha desde el poder –la España oficial– con tal de seguir legitimándose a sí mismo, ya que estas medidas se caracterizaron por un importante valor propagandístico: primero, para vender una imagen de confianza en la habilidad del régimen para manejar las graves condiciones de hambre y miseria que marcaron la primera posguerra y asegurar un suministro mínimo de alimentos a toda la población y, de ese modo, enmascarar la incapacidad del propio gobierno español a la

hora de solucionar los graves problemas de sequía que afectaban al país en 1946, las nefastas consecuencias de una política económica ineficazmente autárquica, una burocracia corrupta y un mercado negro muy próspero (Rein, 1993: 204). Y fue precisamente la idea de cooperación social –más específicamente, proporcionar ayuda a los más desprotegidos– el argumento que el gobierno peronista distorsionó para neutralizar las críticas internas y externas al acuerdo firmado con Franco. Concretamente, se hizo hincapié en el pretexto de la «solidaridad hispánica», aduciendo que el auxilio tenía la finalidad de paliar el hambre del pueblo español y no de sostener al dictador. En general, el concepto de hispanidad fue la base ideológica que, desde las primeras fases de la negociación entre los dos países, se quiso aprovechar con tal de justificar moralmente los intereses políticos subyacentes a la idea de «robustecer y afianzar la buena y tradicional amistad existente entre la República Argentina y la nación española, enalteciendo y acrecentando los vínculos espirituales, culturales y económicos que la rigen» (*apud* Ojeda Revah, 2021: 77). Tanto fue así que Perón hasta envió a su esposa, Eva Duarte, como «embajadora de buena voluntad», «mensajera de paz» y, sobre todo, como «defensora de los humildes y de los trabajadores», a recorrer Europa en una gira en la que la primera etapa fue precisamente España, donde, el 10 de junio de 1947, fue condecorada con la gran cruz de Isabel la Católica por el mismo Franco para luego ser vitoreada como una figura símbolo de la justicia social (Ojeda Revah, 2021: 78-79).

A raíz de estos vínculos, la concentración de la actividad propagandística franquista en Argentina fue vista también como medio para obtener el reconocimiento de otros estados: estrategia que resultó ser suficientemente funcional como para que los gobiernos occidentales tuvieran una actitud indulgente hacia los acuerdos al que nos hemos referido. Los británicos incluso dieron su beneplácito al tratado, ya que sus lazos comerciales con España eran vitales para ellos y atribuían gran importancia política al mantenimiento de la estabilidad en la península ibérica: de hecho, ya a mediados de 1946 el embajador británico en Madrid había afirmado que el régimen de Franco no hacía peligrar los intereses de su país (Rein, 1993: 207). La consecuencia de todo esto fue un mayor control –por parte de la diplomacia de la España franquista en Argentina y con la colaboración de las autoridades locales– de las actividades de los exiliados con el fin de evitar que un clima adverso cuajara con aun más intensidad en la opinión pública argentina. En este sentido, cabe decir que las actividades de los republicanos fueron generalmente mantenidas bajo vigilancia por parte del gobierno de Perón –existe un amplio espectro de interpretaciones entre quienes sostienen que la administración

peronista mostró cierto grado de tolerancia hacia la actividad de los exiliados y quienes, por el contrario, afirman que fue abiertamente obstaculizada–; sin embargo, toda restricción se dio en el contexto de una actitud hostil hacia todas las organizaciones de la izquierda –y sabemos que los republicanos eran mayoritariamente identificados como «rojos» comunistas o socialistas– y en el marco de una línea política autoritaria que recurría a medidas legislativas censorias finalizadas a un rígido control de la opinión pública y a un recurso masivo a la intimidación, medidas, hechas de suspensiones o cierres de diarios o revistas contrarias al discurso oficial y, por contra, a la creación de un aparato de prensa al servicio del propio gobierno que complementaba el enorme apoyo popular del que se benefició en sus primeros años (Schwarzstein, 2001: 193). A pesar de las diferencias entre los dos regímenes –justamente en lo que concierne la represión y el clima de terror y, por supuesto, las vías de acceso al poder– muchos de los exiliados republicanos no pudieron no encontrar ciertas afinidades entre Franco y Perón, atribuyendo a este último rasgos neofascistas. Más allá de esto y de las evidentes necesidades, advertidas por los desterrados, de contrarrestar las mencionadas deformaciones ideológicas realizadas por el gobierno argentino, son González de Garay (2012: 260) y Martínez García (2014: 137) quienes afirman que la militancia política y la actividad de escritora de Teresa León fueron directamente afectadas por la ofensiva peronista hacia los intelectuales y por las limitaciones de la libertad de expresión.

De forma similar, en el caso de Aub, los condicionantes derivados de la conformación sociológica, política y cultural del país de acogida no llegaron a posibilitar una completa asimilación identitaria al nuevo medio ni determinaron una total condición de enajenación, sino que fragmentaron su manera de habitar la realidad hacia dos líneas de fuga. Por un lado, es cierto que, tras las dificultades de adaptación mencionadas en los apartados anteriores, logró abrirse camino gradualmente: su mujer y sus hijas pudieron reunirse con él en septiembre de 1946 e, inmerso en la vida cultural mexicana, siguió colaborando en varios periódicos locales –en particular, *El Nacional*, donde se dedicaba a la crítica teatral, y el *Excelsior*, ejerciendo de corresponsal durante sus viajes europeos– , además trabajó como guionista de cine –entre las numerosas colaboraciones, mencionamos *Los olvidados* (1950), película de tema y ambientación mexicana dirigida por Luis Buñuel–, aunque, para ganarse la vida, complementó ese ya amplio abanico de actividades intelectuales con empleos de funcionario estatal, como, por ejemplo, su labor de profesor de filmografía en el Instituto Cinematográfico de México, de historia del teatro en la Universidad Autónoma de México y asesor técnico de la Comisión de

Cinematografía (Soldevila Durante, 1999: 45-48). Sin embargo, esto no resolvió sus dificultades económicas –que persistieron varios años– como se nota claramente en una entrada de sus diarios fechada 29 de julio de 1948 y dirigida a una de sus hijas:

> Carmen: mañana cumples doce años. No puedo hacerte ningún regalo porque no tengo dinero. Te lo digo por escrito para que te seas menos pesado. Lo único que te deseo es que vivas en un mundo en el cual, cuando tu hijo cumpla doce años, no sea un problema no tener dinero para hacerle un regalo (Aub, 2023a: 169).

Estos problemas económicos no han de ser considerados simplemente como detalles, meras anécdotas referidas a la cotidianidad del autor. Aunque, por lo que sabemos, no llegaron a faltarle los recursos ni las condiciones básicas de sobrevivencia, sí que influyeron en la mirada de Aub sobre las dinámicas de estratificación y organización de la realidad social, aumentaron su percepción de incertidumbre y precariedad en su forma de ubicarse en ella y, en algunos casos, condicionaron la gestión de su labor creadora, ralentizando, desviando o frustrando el proceso de escritura de algunas obras o de proyectos editoriales –aunque en menor medida respecto a Teresa León, como veremos más adelante–. Por otra parte, desde su perspectiva exílica, Aub siempre demostró ser consciente de que los contenidos y las formas de la producción intelectual –y hasta su cantidad y su calidad– dependían también de las condiciones materiales y de las circunstancias históricas en las que se enmarcaban: no por nada, sus ensayos de crítica literaria –el ya citado *Discurso de la novela española contemporánea* (1945) y la antología *Poesía mexicana* (1950-1960)– y los numerosos pasajes metarreflexivos integrados en su obra creativa, se caracterizaban, como comenta Caudet (2005: 239-240), por explicar la literatura en estrecha interdependencia con los aspectos sociológicos, económicos e históricos contingentes.

Entonces, aunque es verdad que a medida que el exilio se prolongaba Aub fue capaz de alcanzar un notable grado de familiaridad con México, entre otras cosas, entablando amistad con intelectuales y escritores de la talla de Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas, Carlos Fuentes, Elena Garro, Rodolfo Usigli, Xavier Villaurrutia –para mencionar solamente unos cuantos– y, en un sentido más amplio, pudo llegar a tener un conocimiento profundo y extenso sobre la historia y la cultura del país americano, nunca pudo recomponer aquel nexo entre autopercepción identitaria, legitimidad discursiva y realidad exterior, posibilidad que los avatares políticos de su tiempo histórico le habían arrancado. Es decir, nunca pudo construir una narración coherente y cohesiva entre estos

tres elementos vertebradores del ser, algo que se nota claramente en un texto anotado en sus diarios el día 10 de agosto de 1951:

> Cuando uno se muera / y se le reviente el corazón, / no vendrá siquiera / el secretario de la presidencia / de un presidente cualquiera / de la República española, / porque uno se morirá en tierra extranjera / y no habrá quién, / porque uno será / ni mexicano, ni español, / ni nada, / ni francés, ni alemán, ni español, / ni parisién, ni valenciano, ni mexicano / y ni siquiera judío. No habrá quien / rece humanamente por él. Él, que soy yo […]. Uno se morirá solo, lejos de todo, / hasta de sí mismo, /porque Inglaterra quiso que ganara Franco. / Y allá se quedará España, / y yo me quedaré solo […]. Parece poca cosa / –sobre todo porque no es uno responsable–, / pero al morirse cuenta / para los que ya no somos de ninguna parte (Aub, 2023a: 209-210).

El sentido de soledad y desarraigo que se desprende –tampoco aquí presentado como algo abstracto y atemporal, sino que se evidencian los agentes del poder responsables de esa condición– constaba de una vertiente específica especialmente importante en el caso de Aub –y, en general, de un colectivo tan politizado como los intelectuales republicanos exiliados en México–: la imposibilidad de adquirir una consistencia plena en tanto que intelectual comprometido y activo en el campo social, ya que si, por un lado, los desterrados tenían prohibido intervenir directamente en cuestiones de política interna mexicana, por otro, el intento de incidir en el presente de España quedaba obstruido por la incomunicación de aquel entonces con los lectores peninsulares dada por el sistema represivo y censor del régimen franquista y favorecida por la complicidad del entonces bloque occidental.

Entonces, explica Caudet (2011b: 69), si trazamos un balance acerca de los proyectos culturales y editoriales de los desterrados comprobamos fácilmente que, para poderlos llevar a cabo, existían dos alternativas: o bien había que «mexicanizarlos», asimilándolos a la sensibilidad cultural e histórica local –quitando la componente de incidencia en la realidad actual del propio país mexicano– o bien había que adaptarse a ser órganos de expresión de un grupo minoritario, es decir, de la subcultura republicana española y, por ende, ocupar un papel marginal en el panorama de intereses y de instancias sociales de la cultura dominante. En este segundo grupo se insertaban revistas realizadas fundamentalmente por y para los exiliados como, por ejemplo, *El pasajero* (1943-1944), revista unipersonal editada por José Bergamín, *Sala de Espera* (1948-1951), también en ese caso, publicación unipersonal y editada por Max Aub, *Las Españas* (1946-1950, 1ª época; 1950-1952, 2ª época), *Ultramar* (1947), *Nuestro tiempo* (1949-1953), etcétera. A este propósito, comenta Valeria De Marco (2013:128), es justamente a partir de esa

conciencia de pertenecer a un espacio cultural periférico que surgió la necesidad de desvincularse de un modelo y de un formato de edición tan largamente consolidado, es decir, el paradigma de la revista como conjunto de varios textos de autores diferentes, exigencia compartida por Aub y Bergamín a los que De Marco añade la experiencia de *Atentamente*, revista creada por Manuel Altolaguirre en La Habana (junio-julio de 1940). Aunque existen evidentes diferencias entre ellas, el rasgo de excepcionalidad mencionado resultaba funcional para reproducir la perspectiva de intelectuales que se sabían totalmente solos frente a los discursos y a las voces hegemónicas en los ambientes políticos y culturales en las que surgieron:

> Ese gesto editorial de crear una revista de un solo autor repetido por tres grandes escritores en un período de tiempo tan corto parece derivar de disonancias políticas, seguramente singulares en cada una. Pero un rastro de la intensidad del disenso político para cada uno y para los tres autores parece ser la disonancia formal objetivada en ese extraño objeto de una revista de un solo autor, ese espacio editorial de una paradoja en la cual la afirmación y la ostentación de una primera persona es, a la vez, su negación, su condena a vivir al margen, al silencio. En las revistas de un solo autor se lee la derrota del autor y la escritura de la derrota (De Marco, 2013: 144).

Volveremos a continuación sobre las peculiaridades que caracterizaron *Sala de Espera*; de momento, y con ánimo de completar el cuadro acerca de las condiciones contextuales que acompañaron el exilio del escritor que nos ocupa, nos interesa señalar la incidencia de otro nudo problemático: las ya aludidas divisiones en el seno del partido del que Aub formaba parte, el PSOE, y que había constituido un factor identificativo de su manera de actuar en la esfera política en España. Hablamos de divisiones que, por ser aquella una época caracterizada por la exigencia de fortalecer la base política y social del Gobierno Republicano en el exilio, se antojaban desde el punto de vista de Aub como muy preocupantes y especialmente graves. Emblema de estas inquietudes es un artículo que el autor escribió en abril de 1946 para que se publicara en *El Socialista* con motivo del Primero de Mayo, aunque, al final, no se llegó a editar en aquel entonces y se recogió posteriormente en *Hablo como hombre*. El texto, expresamente dirigido a los jóvenes socialistas españoles de México, constituía un firme alegato contra el riesgo de que las dificultades que estaba atravesando la comunidad desterrada resultaran en una actitud de resignación en cuanto a las perspectivas del futuro de la España republicana:

> ¡Primero de mayo español de 1946! ¡Tristísimo espectáculo! Patria aherrojada y exilio descuartizado. El pueblo entre cadenas, sin lengua que le valga, cómitre al

> ojeo […]. ¿Dónde está la juventud en España? ¿Dónde el grito de rebelión? ¿Dónde el deseo de grandeza para el futuro? Sólo se oye el mugir lastimoso y elegiaco de los que perdieron sus prebendas […] (Aub, 2002a: 53).

Y, sobre todo, se proponía como un terminante llamamiento a favor de un esfuerzo más decidido en el marco de la liberación de las cadenas de la dictadura y el restablecimiento de la República:

> El pueblo es y está ahí, esperando, vivo de esperanza, dolorido de espera, entero en lo que queda […]. Aun en México sois parte de España […]. Si os dejáis vencer por la pereza, la facilidad, el nuevo mundo, ¿qué será de Valencia, de Bilbao, de Madrid, de Fregenal, Astorga o Minglanilla? […]. No basta con el cumplir, hay que crear, hay que reconstruir España, aunque sea adobe tras adobe […]. La verdad no pide perdón (Aub, 2002a: 53-54).

Sin embargo, la situación no hizo sino empeorar: a raíz de la oposición de Prieto contra el gabinete de Giral y en ocasión del II Congreso del PSOE en el exilio, celebrado en Toulouse justo en abril de 1946, el mismo Prieto decretó, con el apoyo de Rodolfo Llopis, la expulsión de treinta y seis militantes de manera expeditiva: aunque no se ha conservado documentación oficial –esta medida se tomó sin ningún tipo de garantía legal–, sabemos que casi todos los expulsados eran militantes afines a Negrín y leales a Giral, acusados de connivencia con el PCE en detrimento de la integridad del Partido Socialista –léase del liderazgo de Indalecio Prieto–: entre ellos se encontraban el mismo Negrín, Julio Álvarez del Vayo, Ramón González Peña, José Rodríguez Vega, Ramón Lamoneda y Max Aub (Hoyos Puente, 2017: 255). Los efectos de estas disputas sobre la resistencia antifranquista en el exilio quedaron perfectamente fijados por el escritor valenciano en una supuesta crónica acerca de las reacciones que el discurso de Prieto –pronunciado el día 30 de abril con la idea de apostar por un gobierno de transición orientado a estabilizar la situación en la península y dar paso a un plebiscito sobre la forma de Estado– había provocado en España. La crónica de Aub, publicada el 9 de mayo de 1947 en *El Nacional* apuntaba a que:

> Hemos perdido la guerra. La hemos perdido ahora, y no en 1939 […]. Ahora es cuando podemos decir que hemos perdido la guerra. Hasta ahora nadie lo había reconocido oficialmente […]. ¿Con qué cara se van a presentar ahora al pueblo español todas esas gentes? ¿Con qué cara van a decir: «Aquí no ha pasado nada: este el buen rey, este es el buen general, este el buen obispo? […] Por lo visto, nuestra razón fue gangrenando en el curso de la emigración; a fuerza de vanidad, de egolatría, al conjuro del egotismo de ese cura y de aquella cualquiera cosa, por la ineptitud o la vanidad monstruosa de cualquier hijo de vecino, por la picardía

> de aquel arlequín y la formidable capacidad para la incapacidad de tanto figurón […] (*apud* Sirera Miralles, 2012: 137).

La perspectiva propugnada por Prieto, es decir, ponerse a disposición de Juan de Borbón y así renunciar a defender la legalidad de la República en tanto que forma de estado legítima, es aquí denunciada duramente por Aub, quien se proponía desenmascarar la operación de Prieto como un acto de traición a la memoria de los republicanos reprimidos, matados y violados en sus derechos humanos y políticos. Al fin y al cabo, obligados, según la propuesta del líder socialista, a autodeslegitimarse desde la derrota y desde la exclusión, renegando de las razones morales por las que habían luchado durante la Guerra Civil y por las que todavía seguían resistiendo. Así lo retrató implacablemente en sus diarios el día 9 de octubre de 1948: «El pacto Prieto-monárquicos… Dos años perdidos por ese deshacedor de lo que toca, disolvente asqueroso, mal de España […]» (Aub, 2023a: 171). Además, según Sirera Miralles (2012: 127-128), las obras literarias escritas por Aub por aquellas fechas habían generado un hondo malestar en el propio Prieto, hasta el punto de constituir una de las causas de la expulsión del escritor del PSOE: muy especialmente el final de *Campo de sangre*, centrado en las manifestaciones llevadas a cabo por el PCE en marzo de 1938 con el objetivo de presionar al gobierno republicano y forzar las dimisiones de Prieto de su cargo de Ministro de Defensa, episodio plasmado por el escritor como una demonstración de la resistencia promovida por Negrín y por los comunistas, pero, al parecer, interpretado por Prieto como un ataque personal[142].

En efecto, habría que aclarar primero que las manifestaciones críticas que acabamos de glosar iban dirigidas más bien a cuestionar «una actitud» ensimismada, individualista, dañina para el colectivo. Luego, este tipo de declaraciones casi siempre se desplegaban en medios de expresión, al menos teóricamente, privados –sus diarios, las cartas– y, finalmente, nunca fueron antepuestas a los incansables intentos del autor de

[142] Así es el escenario descrito en los últimos pasajes de la novela: «—Dicen que el gobierno quiere entablar negociaciones. —Dicen que Prieto se quiere rendir. —Dicen que no tiene remedio. —Dicen que se va a firmar un armisticio. —Dicen que todo está perdido […]. Mucha gente va subiendo hacia los ministerios. Sancho sigue. No rendirse nunca. ¿Qué ha pasado en el frente? […]. Siempre lo mismo; las pocas brigadas de choque con que cuenta la República. Siempre lo mismo. Ahora les han traído para contener el avance italiano por el maestrazgo; dicen que demasiado tarde. — ¡No queremos la paz! ¡Mueran los cobardes! ¿De dónde sale la consigna? No sabe. No importa, a lo que siente. Una vieja que marcha a su lado le enseña las ruinas y dice: —Pasarán por arriba, pero no por abajo. Aquella vieja dice la verdad, aunque mañana llegue Franco a Barcelona, aunque mañana gane la guerra: —¡Pasarán por arriba, pero no por abajo! La manifestación es ahora enorme, como si la sangre vertida hubiera hecho crecer de pronto una floración nueva en los pechos. —¡No queremos componendas! Van hacia la Presidencia del Consejo. —¡No queremos rendición! —¡No queremos cobardes! —¡No queremos traidores! Sancho pierde la noción de quién es. De pronto tiene cien brazos, mil bocas, diez mil voces. Se siente masa. Hay que luchar» (Aub, 2018a: 487-489).

fomentar un sentido cohesivo de lucha. El primero de julio de 1948, dirigiéndose a Fernando Vázquez Ocaña, director del varias veces citado *El Socialista*, Aub habló en los siguientes términos:

> […] pero lo cierto es que de Franco se habla menos. Total: cuatro artículos contra la facción disidente del partido, uno contra los comunistas, son muchos en vista de lo que resta […]. De todos modos, y en bien de la unidad, que todos quieren y que por la que nadie es capaz de dar un paso, ya que nos repugna abandonar una pulgada de terreno, nos dedicamos con ardor a propio de mucha mejor eficacia, a enrazarnos de palabras con los demás grupos emigrados, en vez de hablar de cosas más útiles e intentar que los otros hagan lo mismo […]. En vez de citar treinta y seis, treinta y ocho o cuarenta veces a Prieto hablemos de Franco y recordemos un poco más lo que sucede –y sucedió– en España […]. ¿Dónde están nuestros muertos? ¿Qué fue de nuestra tierra? ¿Qué de nuestra esperanza? […]. Gordo es Prieto, pero puesto como lo ponéis nos va impidiendo ver el mundo; muchos los comunistas, pero no tantos como para no hablar de otra cosa. Bastante mal aviados estamos para perder nuestra poca fuerza en peleas de vecindario. Así las cosas, prefiero mi literatura, por mala que sea; por lo menos, va encaminada a recordarle a la gente, la poquísima que la lee, las razones por las cuales estamos aquí […]. Te lo digo con la mejor fe y buena voluntad (*apud* Sirera Miralles, 2012: 138).

A medida que avanzaba la Guerra Fría y se extremaba la polarización ideológica que estructuraba el enfrentamiento entre bloque soviético y bloque estadounidense, se empezó a hablar de Franco aún menos de lo que estaba denunciando Aub en este fragmento y las «peleas de vecindario» a las que estaba aludiendo –y que alcanzaron cotas especialmente significativas en el exilio mexicano– confinaron al escritor en una condición de marginalidad cada vez más asfixiante. Pero, vayamos por partes.

Un acontecimiento que seguramente tuvo particular significación, y que para Aub resultó ser revelador de las consecuencias del enfrentamiento que se estaba librando a nivel internacional, fue el golpe de estado en Checoslovaquia y la muerte –parece que por suicidio– de su ministro de Asuntos Exteriores, Jan Masarik el 10 de marzo de 1948; así lo refería el español en su diario aquel mismo día: «Suicidio de Masarik. Los periódicos de la mañana, ignorantes todavía del suceso, traen unas declaraciones suyas. Dijo que se puede evitar el enfrentamiento entre el oriente y el occidente "si despertamos y comprendemos que somos humanos"» (Aub, 2023a: 157). Esta idea de darle prioridad al hombre en tanto que valor humano como punto de partida para incidir en los aspectos éticos y morales de la conducta política –algo que para muchos parecía carecer de importancia en aquellas circunstancias históricas– pasó a constituir el eje vertebrador del proyecto de *Sala de Espera*. El empeño emprendido constaba de una publicación mensual

por un total de treinta números –luego divididos en tres tomos– que pudieron ver la luz entre junio de 1948 y diciembre de 1951 gracias a un esfuerzo económico del propio escritor, la presencia de suscriptores y la colaboración de Gráficos de Guanajuato. Fue *Sala de Espera* una revista plural e integradora bajo varios aspectos: primero, porque se editaron textos de diferentes géneros literarios divididos en secciones, concretamente, piezas dramáticas breves de una «Breve escala teatral para medir mejor nuestro tiempo», ensayos, poesía, prosas de «Zarzuela», «Fábulas», como por ejemplo, "La verdadera Historia de los Peces Blancos de Pátzcuaro" (Tomo III, núm. 29, febrero de 1951, pp. 1-16), «Dos pequeños escritos políticos», "Pequeñas carta a Mr. Atlee, acerca de la dignidad humana" (Tomo III, núm. 28, enero de 1951, pp. 1-3) y "El falso dilema" (Tomo III, núm. 28, enero de 1951, pp. 3-9), y textos en prosa sueltos, como "Manuscrito cuervo" (Tomo III, núm. 24, septiembre de 1950, pp. 1-16; núm. 25, octubre de 1950, pp. 1-16; núm. 26, noviembre de 1950, pp. 1-16; núm. 27, diciembre de 1950, pp. 1-16). La sección de narrativa, además, incluía un apartado titulado «No son cuentos. Segunda serie», explícita continuación de la antología de relatos publicada en 1944. La vinculación nominal y temática –también en el caso de esta «Segunda serie» los textos giran alrededor de la Guerra Civil, los Campos franceses y la propia experiencia del exilio– dejaba patente la voluntad de prolongar aquella misma acción de resistencia ideológica emprendida durante la guerra mundial contra los fascismos europeos, a pesar de la aparente parálisis a la que estaban condenados los desterrados republicanos, tal y como anotaba Aub el 17 de marzo de 1948: «Hermoso panorama: los Estados Unidos, en guerra contra la URSS, apoyan a Franco a precio de su conveniencia. Y nosotros no tendremos más remedio que cruzarnos de brazos. Y ver. Y morir esperando. Esperando, ¿qué?» (Aub, 2023a: 159).

Entonces, si el fondo conceptual del proyecto emprendido por el autor derivaba de su reflexión alrededor de la exigencia de armonizar ética humanitaria y acción política, la puesta en práctica de la preparación y difusión de la revista se fraguó precisamente a partir de la intención de despejar el horizonte de dudas abierto por aquella pregunta. Intención que, a su vez, se articulaba a partir de dos premisas básicas: por una parte, mantener una actitud de total disconformidad hacia las verdades impuestas por quienes estaban compitiendo por la dominación del mundo y, por otra parte, seguir proponiéndose como agente de reflexión política. Así que la temporalidad del exilio mexicano se concibió como una problemática mediación entre el pasado-España y un futuro que no tenía ni nombre ni rostro, pero que no se quería dejar al arbitrio de los poderes en pugna. O, en palabras de Cecilia Eudave (2003: 325), representó el intento de conciliar el tiempo

estático en el que se había convertido el destierro con una irrenunciable utopía de cambio. Además, México se veía como un espacio propicio para un utilizo de la memoria que tuviese proyecciones progresistas: desde la óptica aubiana, existían varios paralelismos –expuestos fundamentalmente en *Ensayos mexicanos*– entre la historia de México y la de España, una historia en la que tanto la Revolución mexicana como la República española representaban proyectos de lucha contra un pasado donde la desigualdad constituía la norma política fundamental, los poderes y los recursos públicos estaban en manos de unos pocos y la Iglesia asumía un papel militante y de control social; pero con la esencial diferencia de que la República española había sido derrotada y, consecuentemente, sus propósitos transformadores quedaban todavía pendientes de recuperación (Caudet, 2003: 242-245).

En resumidas cuentas, la elección del título de la revista se debía, en primera instancia, a una actitud de desconcierto frente a un escenario internacional que favorecía el régimen franquista y, en segundo lugar, a una reacción de lúcida constatación frente a un panorama en el que la actitud del institucionalismo estadounidense de imponer su modelo político no estaba programada en beneficio de la paz social –o sea, traer un paradigma de convivencia auténticamente progresista– sino que únicamente estaba finalizada a derrotar al adversario anticapitalista con tal de hacerse con la hegemonía y el control de áreas del mundo cuanto más amplias y lucrativas posible. Un desconcierto que coexistía con la esperanza de la rebeldía contrahegemónica. Por eso, en una «Nota» de abril de 1949, la primera de las tres que acompañaron la publicación de *Sala de Espera* –cada una incorporada, respectivamente, a modo de prólogo a los tomos I, II y III– Aub se preocupó por aclarar los matices semánticos que habían de ser atribuidos a la denominación –y, por lo tanto, al trasfondo conceptual y a la vertiente pragmática– de su proyecto:

> Dice el diccionario: *Espera, acción y efecto de esperar. Esperar, tener confianza de conseguir lo que se espera. Creer que ha de suceder alguna cosa. Permanecer en un lugar…hasta que ocurra algo que se cree próximo. Ser inminente o estar próxima alguna cosa*.
> Contra estas cuatro acepciones optimistas, una que puede interpretarse peyorativamente: *Detenerse en el obrar hasta que suceda algo.* Viene esto a cuento por el título de estos cuadernos, que aquí se reúnen en deseo de tiempos mejores y para salir al paso de interpretaciones dolosas. Nada tienen estas páginas de espectadoras o expectantes […]. La verdad es que no espero el santo advenimiento: intento no darle tiempo, en este horrible plantón que la historia ha deparado a los españoles (Aub, 2000: s.p.).

Esa idea de «salir al paso de interpretaciones dolosas» se debía, como descubrió Aznar Soler (2003: 84), a algunos comentarios negativos con los cuales un grupo de intelectuales republicanos exiliados recibió la iniciativa de la publicación de la revista: en efecto, el 4 de julio de 1948, tras la aparición del primer número, Aub escribió una carta dirigida a Juan Rejano y a Wenceslao Roces, ambos militantes del PCE, en la que hacía hincapié en sus intenciones voluntariosas y nada derrotistas, misiva que sirvió, al fin y al cabo, como borrador de la «Nota» que acabamos de comentar:

> Es mucho más fácil cazar a la espera –acechando la pieza a cobrar– que no hacer algo como, bueno, malo o regular, lo intento. ¿Qué es espera si no (sic) esperanza? No es mi culpa si algunos la quieren confundir, desviándose del recto sentido, con la paciencia, el sosiego o la tranquilidad […]. Otros son lo espectadores o los expectantes (sic). En las salas de espera – en las estaciones, en las antesalas, de los médicos– todos esperan en la marcha o un remedio para sus males; sin moverse se mueven. Otros son los responsables del retraso. Procuro –con sencillez– hacerme oír, a ver si sumando mi pobre voz rota a tantos fragores, puedo ayudar en algo: peón caminero (*apud* Aznar Soler, 2003: 85).

La determinación en llevar a cabo un esfuerzo de resonancias plurales y compartidas –la voz de Aub no se proclamaba en búsqueda de una salvación personal, sino que, sabiéndose una entre muchos «fragores», se orientaba a exteriorizar sus instancias con tal de apuntar a la organización colectiva– hacía de *Sala de Espera* un verdadero acto político, como quiso declarar tanto en la mencionada carta como en la «Nota» publicada en 1949:

> Pese a lo que pueda parecer en su soledad, Sala de Espera no es un esfuerzo singular, sino que tiende a encajarse hombro con hombro, hombre con hombre, solidariamente, con el trabajo de todos por la reconquista de España, tan perdida hoy en brazos de la crueldad, la desfachatez, lo necio cerrado, la mentira y la cursilería (Aub, 2000: s.p.).

También se distanció Aub del supuesto pesimismo que, según Roy Temple House, afloraba de sus escritos, como procuró explicar en una carta al mismo intelectual estadounidense fechada 24 de enero de 1949 y publicada aquel mismo año en *Cuadernos Americanos*, VIII, núm. 2. Ahí proclamaba Aub su repudio del existencialismo y su confianza en la dialéctica de la Historia:

> O la historia tiene sentido, o no lo tiene. O el hombre, por el hecho de serlo, tiende y va hacia su fin por medio del progreso o, por el contrario, las generaciones se siguen sin fin y sin fin alguno. Creo, con toda razón, en lo primero, base

> indestructible, de mi optimismo y de mi repudio de esa filosofía existencialista que tuvo tantos capitanes y a Spengler por profeta […]. Hubo muchas épocas en la historia en que el hombre no sabía hacia dónde caminar; no por eso dejó de andar y ver, ni de contar lo que veía para que sirviera a los demás. No importa que el horizonte esté cerrado; ya amanecerá (Aub, 2002a: 86).

Por cierto, en el marco de las posiciones recíprocas de la España republicana y de la España franquista en el tablero global, las preocupaciones de Aub no se referían solamente a la complacencia de Estados Unidos hacia esta última. Cuando en esta primera «Nota» mantenía que «las distancias entre justicia y violencia son, hoy, cada día menores. La gente se acostumbra a considerar la razón como servidora de la fuerza» (Aub, 2000: s.p.) estaba expresando una inquietud de alcance más amplio y que respondía a las implicaciones de las dinámicas de enfrentamiento –la voluntad absoluta de prevalecer sobre el otro– entre el bloque occidental y el bloque oriental, situación que el 20 de marzo de 1948 había fotografiado, denunciando la imposición de «una disciplina férrea, el imperio de la policía, el reino de la burocracia. En este terreno tanto monta comunismo o capitalismo» (Aub, 2023a: 160). Se colocó Aub contra los unos y contra los otro: en el contexto de esta intransigente rivalidad, aseguraba el escritor, «todo lo anti es justo» (Aub, 2023a: 172). Frente a lo que percibía como dos diferentes formas de intolerancia, dos tipologías de «mundos cerrados», cada uno ensimismado en una verdad que concebía como absoluta e impuesta por medio de instrumentos de control social omnipresentes –«la disciplina, la policía, la burocracia» a las que aludía en sus diarios–, Aub no quiso escoger ninguna de las dos opciones. No quiso escoger entre los dos polos de lo que consideraba "El falso dilema", como recitaba el título del ya mencionado texto aparecido en *Sala de Espera* y que empezaba justamente con las siguientes palabras:

> El hombre de nuestro tiempo –dicen– está forzado a escoger entre dos soluciones políticas contrapuestas que, en el fondo, como es natural, también lo son metafísicas; y que no dejan resquicio entre ellas, ni otra alternativa. Para decirlo mal y pronto, hay que escoger entre la URSS y los EE. UU., entre el comunismo soviético y el imperialismo norteamericano […]. El mundo ha vuelto a ser maniqueo […]. A lo sumo son dos fuerzas antagónicas, con denominador común de una policía todopoderosa y un mismo afán último de controlar la vida y las vidas de todos los humanos (Aub, 2002a: 91-92).

Desde la perspectiva de un intelectual según el cual la duda era el principal instrumento de interpretación de la realidad, Aub quiso reivindicar su derecho a no tener que reproducir el mensaje que el poder –cualquier poder– había fabricado para su propio beneficio llegando hasta a pisotear los derechos humanos más basilares. Desde la

perspectiva de un intelectual que había cifrado su yo en la libertad de elegir su propio sentido de pertenencia –elección que tenía sobre todo un hondo sentido ético y moral–, Aub sabía que tanto la abdicación de la libertad de pensamiento como la renuncia a la defensa de sus ideales de justicia e igualdad social habrían significado traicionar ese mismo sentido de pertenencia al colectivo de la España republicana por muy fragmentado que estuviese este último en el exilio y por mucho que la República, en tanto que institución política, estuviese perdiendo sus rasgos concretos y tangibles, invisibilizada por los intereses geopolíticos internacionales. Por eso, en abril de 1950 quiso volver a afirmar, en la segunda «Nota» de *Sala de Espera*:

> Seguir en la brecha, sea como sea. El mundo no está muy bonito que digamos, partido por gala del poder en dos; pero es nuestro, a pesar de los que se empeñan que nos sumemos a uno u otro bando […]. Pero no podemos estar de acuerdo con esa unilateralidad sectaria y brutal que cercena gran parte de lo mejor que ha producido nuestra cultura. Ni, por otra parte, con esta cerrazón capitalista menospreciadora de la mayoría de los valores humanos (Aub, 2000: s.p.).

La negativa a conformarse con escoger entre dos modelos que ni siquiera consideraba insuficientes o insatisfactorios, sino que abiertamente los repudiaba, lo empujó a formular una alternativa «otra» totalmente al margen de la inflexible bipartición ideológica del mundo. De hecho, ya en 1948 se preguntaba si «¿Será posible que exista, luche y venza una auténtica tercera fuerza, socialista y humana?» (Aub, 2023a: 173), para luego, en las páginas de "El Falso dilema", volver a interrogarse: «¿será cierto que debemos escoger? ¿No existirá la posibilidad de un mundo donde se dé a la Igualdad lo que es de la Igualdad y a la Libertad lo que es de la Libertad?» (Aub, 2002a: 93).

Sin embargo, la soledad en la que lo confinaba este punto de vista no le previno de seguir reflexionando sobre las condiciones de existencia del escenario polarizado de la Guerra Fría; no solo señalando sus problematicidades, sino tratando de hacer imaginable y creíble esa vía alternativa, esa «tercera vía» de organización política: es decir, tratando de proporcionar instrumentos para que fuese posible construir esa «tercera vía» colectivamente: «¿qué posibilidades efectivas existen de sacudirse del imperio de estas dos tremendas fuerzas? Y conste que no se trata de librarse de un dominio por el solo hecho de sacudir, como sea, un yugo –lo cual sería ya una fuerza– sino de dar a ese afán de independencia una base real» (Aub, 2002a: 96-97). Entonces, para el intelectual Aub, cumplir con su sentido de responsabilidad como tal significaba proponer una meta y hacerla concebible y practicable mediante un diagnóstico lúcido, un análisis crítico y

rigurosamente atento a sus implicaciones teóricas y repercusiones prácticas. Así fijó Aub en "El falso dilema" su objetivo:

> Ya enunciado el fin que creo justo: una economía socialista en un estado liberal, veamos con qué posibilidades de realización puede contar un programa, a primera vista, antagónico. Es evidente que la libertad sólo puede existir entre iguales. Cuando se es igual, de verdad igual, no hay opresión. Y cuando no hay opresión hay libertad. Ahora bien, para llegar a esa igualdad es evidente que la organización económica del país debe estar en manos del estado, o perfectamente controlada por él. ¿Es necesario, para mantener vivo este hecho, que el proletariado implante indefinidamente la dictadura política? […]. ¿Una dictadura económica entraña inevitablemente otra política? ¿Una economía al servicio de los trabajadores necesita ineluctablemente ahogar todo movimiento intelectual que se oponga a ella? […]. Creo en la posibilidad de conjugar una economía socialista y la libertad de opinión […]. Creo, humildemente, que una dictadura económica, necesaria para la igualdad, no entraña, ni mucho menos, una dictadura ideológica. De la libertad de expresión no ha de salir ningún peligro contrarrevolucionario si el estado controla todos los medios de producción (Aub, 2002a: 99-101).

En *Sala de Espera*, no solamente denunció Aub la falta de libertad en la URSS y la conducta del gobierno de Estados Unidos junto con su opresor modelo económico capitalista, sino que también desenmascaró el oportunismo y la vileza del Gobierno británico. En otro de sus escritos políticos, la ya mencionada "Pequeña carta a Mr. Attlee, acerca de la dignidad humana", Aub empezó comparando su propia identidad ideológica socialista con el perfil, al menos en línea teórica equivalente, del entonces presidente del gobierno británico. En primer lugar, remarcó la diferencia entre un socialismo ejercido desde el amparo institucional y desde una postura enunciativa dominante –que, al supeditar la emancipación colectiva al interés y al beneficio del individuo en el poder, desvirtúa la semántica política del propio modelo socialista– y, luego, la paradójica limitación aplicativa de un pensamiento formulado desde un lugar contrahegemónico, es decir, auténticamente orientado hacia los intereses del colectivo oprimido, pero, al mismo tiempo falto de los medios y del respaldo necesarios para ponerlo en práctica –«tan encumbrado el suyo y tan desecho el mío […]: lo que va del largo ejercicio del poder al largo exilio» (Aub, 2002a: 105)–. Sucesivamente, Aub pasó a subrayar la abyección moral y la hipocresía que suponía, por parte de un estado pretendidamente democrático, el hecho de reconocer la legitimidad de un régimen totalitario que había surgido del abuso de un Golpe de Estado y de la violencia de una Guerra Civil:

> Me quiero referir, como es natural, a la designación de un embajador, que representa el Reino Unido ante la corte de Franco, en Madrid […]. Por eso le escribo. Por esa pequeña cobardía, por haber vendido ese jironcillo de dignidad, que no tiene mayor alcance que el moral […]. No hablo del honor, el que consiste en colgar trofeos victoriosos […], sino de la honra, ese impulso que empuja a cualquier persona decente frente a la injusticia, ese respeto de la propia dignidad (Aub, 2002a: 105).

En este sentido, lo que motivó la crítica aubiana y empujó al autor a dirigirse específicamente a Clement Attlee había sido justamente el hecho de que la actitud de claudicación hacia Franco estuviese encarnada por quien representaba un paradigma de organización del campo social totalmente opuesto al dictador español, lo cual le llevó a problematizar la relación entre dominación y ética política, amén de hacer hincapié en una contradicción fundamental, a su vez estrictamente relacionada con la reflexión que abre la carta: si, por un lado, la conquista del poder es la manera más eficaz y efectiva de incidir realmente en lo político, por otro, esa misma condición, por su propia naturaleza, no puede sino entrañar el riesgo de la corrupción moral:

> ¿Dónde la dignidad del hombre? ¿Dónde este fervor por lo justo? ¿Dónde esa fuerza que empuja a los pobres hacia un mundo mejor? […]. ¿Habrá que suponer que la dignidad es atributo exclusivo de los débiles, de los vencidos? Porque si algo no admite duda es que si usted hubiese estado en la oposición se hubiera opuesto vehementemente a este mismo acto que acaba de realizar para vergüenza de su historia. Y de la historia (Aub, 2002a: 107).

Y fue precisamente su lúcida capacidad de interpretar la evolución de las relaciones de fuerza trabadas en la Guerra Fría lo que transfiguró la esperanza inicial en frustración. Es decir, aquella percepción que –como explicó el propio Aub (2000: s. p.) en la «Nota» que, en diciembre de 1951, acompaño el tercer tomo de la revista– estaba transformando su *Sala de Espera* en una *Sala de Estar*. A esto se sumaron las dificultades económicas –«Eso, dejando aparte la interpretación materialista de la historia, ya que mi bolsillo no da para más y este desahogo me resulta incosteable» (Aub, 2000: s. p.)–, amplificadas por la conciencia del escaso interés que sus obras de corte reivindicativo de la causa republicana despertaban en México, como ya había apuntado en sus diarios el 3 de julio de ese mismo 1951:

> Me roe como nunca la falta de público: al fin y al cabo, mi fracaso. A pesar de que me quiero convencer de que todos los que han valido la pena se han hecho *en contra*, no acabo de creerlo: hay demasiadas excepciones, y tan buenas como

> las mejores. Preveo la indiferencia general que acogerá *Campo abierto* (Aub, 2023a: 207).

Sin embargo, eso no significaba en absoluto abdicar ni renegar de los principios que, hasta ese momento, habían alimentado su resistencia en el exilio, y así lo explicaba de manera inequívoca en la mencionada tercera «Nota»:

> Persevero firme en creer en que la libertad esencial del espíritu es el gran bien por el que vale la pena luchar […]. Todo se lo debemos –los españoles en primer lugar– a la inseguridad, a la flaqueza, al titubeo, al desasosiego, a la ambigüedad, a la confusión, a la incertidumbre, al andar a tientaparedes, a la remisa tímida y cobarde política de las democracias de hace tres lustros y de ahora […]. Ni me humillo, ni dimito […]. Ni me quiero convertir en vasallo (Aub, 2000: s.p.).

La reiteración de Aub acerca de la libertad como valor esencial y pauta de conducta que hay que mantener contra viento y marea y la insistencia en no querer convertirse –ni él como individuo ni el colectivo republicano– en vasallo de la geopolítica global representan el colofón de una reflexión ya desarrollada en "El falso dilema", en la que aportaba argumentos adicionales para suportar la tesis de la «tercera vía», basándolos en el hecho de que la conformidad con uno de los dos bloques habría implicado, para los republicanos, autocolocarse en una posición de sumisión política y cultural hacia una de las dos potencias contrapuestas y, consecuentemente, hacerse cómplices de sus juegos de poder:

> «Estamos con los EE. UU. o con la URSS» demuestra un sentimiento de reverencia hacia cualquiera de esas potencias. España ha dado demasiado de sí, en tiempos pasados y presentes, y hoy, desparramada en una diáspora como no la hay precedente, para venir a unirse al carro del más fuerte […]. La palabra España, sin más, en sí, bastaría para no adscribirse a ningún bando, cuando éstos convierten nuestra patria en peón de su juego (Aub, 2002a: 94).

Entonces, justamente por el esfuerzo de permanecer leal a su memoria –una memoria democrática– aun cuando todo parecía perdido, y por permanecer leal a una multitud de otros sujetos históricos que compartían su condición marginada y sus propósitos de lucha –como declaró en " Pequeña carta a Mr. Attlee": «quedan miles que no se rinden […]; miles que todavía tienen, faltos de tantas otras cosas, un adarme de dignidad» (Aub, 2002a: 108)–, decidió en la tercera «Nota» reafirmase en su confianza hacia el futuro: «Aquí estoy, hasta que me entierren, y después, hasta pudrirme, y, luego, hasta resucitar, pero a España volveré, hecho polvo, pero volveré» (Aub, 2000: s. p.). Por ende, la manera

más acertada –y más digna– para despedirse definitivamente de los lectores de *Sala de Espera* consistió en reiterar su voluntad de no rendirse y de quedar agarrado a un todavía sólido –pero nunca ingenuo ni crédulo– optimismo histórico: «No es punto final, sino punto y aparte. Tenga yo salud y editor y ustedes que lo vean» (Aub, 2000: s. p.).

5.1.1 Diálogo entre heterodoxos: el caso "Librada" (1951)

El hecho de enmarcar la publicación de *Sala de Espera* como una manifestación de la voluntad de Aub de proponer una verdad crítica en respuesta al sentido de frustración generado por las limitaciones, las desviaciones y, sobre todo, las manipulaciones de los mecanismos de representación de la realidad política derivadas de la lucha por el poder global en la Guerra Fría, encuentra su concreción literaria más nítida en "Librada" no solamente por ser el único entre los relatos contenidos en «No son cuentos. Segunda serie» surgido de esa específica contingencia histórica –la fecha de redacción de los demás es incierta, pero ubicable, aproximadamente entre 1943 y 1948–, sino también por configurarse como el texto representativo por excelencia de la fragmentación ideológica que atravesaba el exilio republicano a principios de los cincuenta[143].

Publicado precisamente en el número treinta –y último– de la revista, la narración empieza plasmando una escena de vida cotidiana de dos refugiados españoles, Ernesto Rodríguez Monleón y su mujer Librada, escena ambientada en Veracruz en una época comprendida entre 1948 y 1950. La percepción de un presente provisional, junto con la consciencia de haber sido arrancados de un espacio-tiempo que les era propio, son las coordenadas que definen las condiciones de existencia de los dos personajes. Para ellos la ciudad mexicana de acogida se estructura, fundamentalmente, como un espacio activador de la memoria de España:

> Veracruz, tan caliente, tan quieta –ahí en la calle tranquila donde vivían–, tan pueblo, tan vieja del siglo pasado, le volvía al ánimo, ahora más que nunca, el olor de Murcia, donde vivió unos años. El hueledenoche del patio ayudaba no poco la rememoranza (Aub, 2022: 336).

[143] Los relatos de «No son cuentos. Segunda serie» se publicaron a partir del número II (julio de 1948) y forman un conjunto de diez textos: "Una historia cualquiera" (núm. II), "Otro" (núm. VII), "Historia de Vidal" (núm. VIII), "Enero sin nombre" (núm. IX), "Un traidor" (núm. X), "Ruptura" (núm. XI), "Espera (Sabadell, 1938)" (núm. XII), "Los creyentes" (núm. XVI), "Una canción" (núm. XXII) y, finalmente, "Librada".

No solamente memoria del país perdido, sino, sobre todo, de una manera de habitarlo, de actuar en él y, finalmente, memoria de la causa que los arrojó al exilio: no parece casualidad que ambos personajes vayan dirigiendo sus recuerdos hacia Madrid y hacia Valencia, ciudades símbolo de la resistencia republicana durante la contienda civil: «A los dos se les va la imaginación a España. Ella piensa en Madrid; él en la cárcel de Valencia» (Aub, 2022: 337). Precisamente las penalidades derivadas de la derrota y de la exclusión, junto con la voluntad de recuperar –para sí mismos y para su colectivo de pertenencia– la realidad de la España republicana, resultan ser las instancias que vertebran todos los recuerdos, los pensamientos, los diálogos e incluso los silencios de Ernesto y Librada hasta el punto de que, para el primero, la memoria se convierte en acción y termina embarcándose rumbo a España para sumarse a las unidades de lucha clandestina coordinadas por el PCE.

Inmediatamente después, el relato se desliza hacia el género epistolar al insertar una carta, redactada por el propio Ernesto desde la cárcel de Alcalá de Henares –fechada 2 de octubre de 1948– y destinada a Librada. El texto está basado en el último mensaje que el militante gallego José Gómez Gayoso escribió a su mujer, Concha, desde la prisión de La Coruña el día 6 de septiembre de 1948, poco antes de ser condenado a muerte, mensaje que fue publicado en el semanario del PCE, *Mundo Obrero*, el 7 de octubre de 1948 (Maggi, 2022: 48). Conforme a una primera interpretación, la reelaboración aubiana –que, en primer lugar, da cuenta de que la detención del protagonista fue causada por una delación, «no pude hacer nada porque enseguida me denunciaron» (Aub, 2022: 339)– se presenta como una carta «cargada de una extrema emotividad […] de un condenado a muerte que se reafirma en su militancia comunista y en los valores por los cuales va a morir» (Aznar Soler, 2003: 41)[144]:

[144] Entre los demás relatos publicados originariamente en *Sala de Espera*, "Ruptura" se articula enteramente alrededor de un intercambio epistolar, también en este caso, entre un hombre apresado en una cárcel franquista y su mujer. De forma análoga a Ernesto Monleón, Paco, el protagonista del cuento, se reafirma en su compromiso político y en la necesidad de poner en marcha acciones concretas y de alcance colectivo para luchar contra el régimen. Sin embargo, la gran diferencia, por lo que respecta a "Ruptura", es la total ausencia de referencias a una específica autoridad de partido y el recurso a una retórica privada de la ciega exaltación de la guerrilla en términos de sacrificio por un bien superior, diferencias que suponen distintos objetivos por parte de Aub de cara a la recepción lectora. En efecto, en el relato protagonizado por el personaje de Paco, la carta escrita por el preso se configura como una crítica contra quienes, en el marco del colectivo republicano reprimido, asumen una actitud ensimismada, introvertida hasta el extremo del egoísmo y sin interesarse por los problemas del colectivo, actitud representada precisamente por Gabriela, su mujer, cuya mirada solo se dirige hacia su propio microcosmo personal, encerrándose en una aflicción estéril y continua: «¿No te parece bastante haberte echado a gimotear un mes sin acordarte más que de tu soledad? Y a mí que me partiera un rayo. A mí y a todos […]. La detenida pareces tú; te apiadas sobre el

> Te escribo estas líneas para decirte que estoy bien y que me van a fusilar esta noche o mañana […]. No me importa morir porque esto entró siempre en lo posible cuando me dijeron que yo tenía que venir a nuestra querida España para trabajar en el interior y organizar algunas cosas que no marchaban muy bien […]. Librada: me van a matar, y lo siento. A cualquier buen comunista le sucedería lo mismo. Estoy contento de haber hecho lo que he podido, aunque estoy disgustado de no haber hecho más (Aub, 2022: 339-340).

Los silencios que habían quebrado la última conversación que Ernesto y Librada tuvieron en México se convierten aquí en alusiones indirectas a las torturas sufridas –«hasta ahora no me han dado permiso de escribir y lo hago mal […] porque me duele la mano de un golpe que me di, sin querer, con un barrote» (Aub, 2020: 339)– y en una serie de irónicas referencias a las feroces normas carcelarias –«Pero me han dicho que podía escribirte como favor especial del Generalísimo, tan espléndido y generoso» (Aub, 2022: 340)–, siendo estos expedientes expresivos funcionales a transmitir la idea del clima de represión y violencia que afectaba a la España de posguerra, junto con el único comentario –claro en su contenido, pero disimulado en el tono– acerca de la arbitrariedad de la justicia franquista: «Como no había hecho nada, intenté defenderme con la verdad, pero sabían muy bien quién era yo y me condenaron achacándome no sé cuántos crímenes que yo, naturalmente, no he cometido y dudo que nadie haya llevado a cabo» (Aub, 2022: 339).

El complemento a las palabras de Ernesto, con tal de que Librada tuviese una percepción del terror y de la miseria en los que estaban sumidos los vencidos en la península, corresponde a la carta enviada por los padres del detenido desde Manzanera, el día 16 de octubre de 1948. Pero, a diferencia de la carta del militante comunista, en la de ellos la combatividad política queda diluida a favor de una componente humana resquebrajada por la indefensión y el temor ante posibles represalias, sensaciones ocultadas –también en este caso– por medio de eufemismos y expresiones elípticas. Esto se ve, por ejemplo, en el pasaje en el que se refieren al fusilamiento de su hijo: «No sé si sabrás que estuvimos en Alcalá para ber [*sic*] a un Amigo nuestro que estaba muy enfermo. Desgraciadamente no se pudo hacer nada para aliviarlo. Que en Paz Descanse. Tampoco nos quisieron decir donde lo iban a enterrar» (Aub, 2022: 345). El realismo del texto, enfatizado por una ortografía deficiente que revela un bajo nivel de alfabetización y una condición social humilde, moldea, en todo caso, una derrota asumida con dignidad

pobre cadáver de tus treinta días de cama incompartida. Porque, en lo demás ¿qué diferencia? Te revuelves, brincas, te subes por las paredes. Si me quisieras de verdad te hubiese faltado tiempo para *hacer* cosas» (Aub, 2022: 172-173).

que se acompaña al rechazo de toda actitud de claudicación o de indiferencia; por el contrario, asoma en el discurso de los dos remitentes una pequeña forma de resistencia en su voluntad de no olvidar quienes habían tenido que salir al exilio y abandonar el país: «Nos acordamos todos los días de ti y te tenemos presente en nuestras oraciones […] recibe el más sincero cariño con un fuerte abrazo de quienes no te olbidan [*sic*]» (Aub, 2022: 345).

Sin embargo, la aparente linealidad lógica del relato queda repentinamente desbaratada por la inserción del fragmento de un artículo procedente de un periódico clandestino publicado en Madrid en abril de 1950 –según lo que se indica (Aub, 2022: 345)–, por medio del cual la que se presentaba inicialmente como la historia de la traición contra un militante abnegado y valiente –un héroe de la resistencia clandestina comunista– pasa repentinamente a transfigurarse en el retrato de un traidor: el propio Ernesto (Aznar Soler, 2003: 42)[145]. También en este caso se apoyó Aub en un referente

[145] El tema de la traición aparece con mucha frecuencia –y matizado de múltiples formas– en la literatura del exilio de Aub, hasta el punto de que Joan Oleza (2002: 55) lo define como una de las claves temáticas del ciclo del *Laberinto*. Como ya hemos señalado, en *Sala de Espera* se publicó un cuento titulado justamente "Un traidor", protagonizado por un afiliado de la UGT que, una vez en el destierro, pasa a renegar por completo de su compromiso –«Lo que le había mantenido firme hasta entonces: su posición política, se anegó, desapareciendo, de la noche a la mañana» (Aub, 2022: 166)–, llegando a convertirse en chivato: «Luis González cantó a la primera amenaza de violencia corporal […]. Denunciaba lo que sabía y lo que no» (Aub, 2022: 167-168). Son de la misma opinión Sebastiaan Faber (2006) y Javier Sánchez Zapatero (2019); el primero, refiriéndose a la problematicidad del concepto de «lealtad» en relación con la pérdida de los lazos orgánicos entre el desterrado y el país de origen –como hemos aludido en el capítulo III de nuestro trabajo–, explica que la traición viene a coincidir con el destino mismo del exiliado, dado que este último «está condenado, irremediablemente, no sólo a ser traicionado sino también a traicionar» (2006: 17), siendo esta una cuestión que se hizo cada vez más acuciante en la reflexión de Max Aub a medida que transcurría el tiempo, ya que el escritor «se daba perfecta cuenta de que la lealtad es el imperativo mayor del exiliado; que constituye el motivo principal de su salida; y que, una vez desterrado, se convierte en su razón de ser. Pero no se le escapaba tampoco que al mismo tiempo constituía su mayor dilema. Porque ¿qué significa mantenerse leal? ¿Leal a qué? ¿A la «causa» perdida? ¿A sí mismo? ¿A sus ideas políticas? ¿A su país? ¿Al país anfitrión? ¿A su partido? ¿A sus amigos? ¿A su familia? Y ¿qué hacer cuando todos estos posibles objetos de la lealtad se modifican con el paso del tiempo o incluso desaparecen por completo? Es fácil declararse –y creerse– leal al principio del destierro. Pero ¿al cabo de un cuarto de siglo?» (2006: 19). No por casualidad, afirma Faber que la traición es, desde un punto de vista temático, el eje vertebrador de *Campo del moro* y de *Campo de los almendros*, ambas obras escritas o terminadas en los años sesenta y que, en principio, Aub pensaba reunir en un mismo volumen titulado *Los traidores* (2006: 18). Por su parte, Sánchez Zapatero ratifica la conspicua presencia en la obra aubiana de personajes «que engañan o que traicionan a quienes les rodean, e incluso a sí mismos y a sus propios ideales –y, de forma complementaria, también es frecuente que se muestre admiración por quienes permanecen fieles a sus convicciones y a sus valores–» (2019: 33-34); además, el investigador explica esa recurrencia temática a partir de diferentes razones, en parte adscribibles a la trayectoria personal de Aub y en parte al contexto histórico en el que vivió. A la problemática cuestión de la «lealtad del exiliado», ya planteada por Faber, añade Sánchez Zapatero el hondo condicionamiento derivado de la falsa denuncia que, como hemos visto, trastocó completamente la vida del escritor, determinando su detención en Francia y el comienzo del periplo entre cárceles y campos de concentración entre 1939 y 1942; además, el hecho de que la causa inmediata de la Guerra Civil española hubiera sido, precisamente, una traición –por parte de militares que se habían rebelado contra un gobierno al que habían jurado lealtad–, contribuyó decididamente a convertir el tema de la traición en una obsesión para el escritor (2019: 34). Pero, la traición no fue solamente el inmediato *casus belli* en 1936, sino que condicionó también el desenlace de la contienda; por eso, Sánchez Zapatero (2019:

real. Como explica Eugenio Maggi (2022: 49), se trataba del editorial núm. 4 de *Nuestra Bandera. Revista mensual de educación ideológica del Partido Comunista de España*, publicado en febrero-marzo de 1950 y titulado «Hay que aprender a luchar mejor contra la provocación» en el que se hacía referencia a la presencia de infiltrados en los ambientes de la lucha antifranquista: concretamente, se calumniaba, acusándole de traición, a Jesús Monzón, líder de la fracasada invasión del Valle de Arán, expulsado del Partido en 1945 y detenido en una cárcel franquista desde ese año hasta 1959, además de retomar el caso de Heriberto Quiñones, quien, en 1941, fue apresado en Madrid mientras estaba organizando una red de guerrilla del PCE, torturado, fusilado el 2 de octubre de 1942 por el régimen de Franco y posteriormente difamado por el Partido como confidente policial del Intelligence Service británico.

El hecho es que las desavenencias que Quiñones –quien, entre otras cosas, había acusado a la dirección del Partido de haber huido medrosamente de la península al acabar la Guerra Civil y de haber abandonado a sus militantes– y Monzón tuvieron con respecto a las directivas oficiales del PCE fueron tachadas de desafíos inaceptables sobre todo por dos razones: la exigencia advertida por el Buró político comunista de encubrir las luchas internas por el poder –que se habían visto agravadas por el suicidio del secretario general, José Díaz, el 19 de marzo de 1942 y luego por una disputa entre Dolores Ibárruri y Jesús Hernández, a consecuencia de la cual, la primera se convirtió en secretaria y Hernández fue expulsado del partido– y, luego, prevenir a toda costa el riesgo de una mayor fragmentación y precarización de la línea de actuación de sus militantes. Fue justamente a raíz de la fallida operación de Monzón que el PCE, por iniciativa sobre todo de Santiago Carillo desde Francia y de Agustín Zoroa desde España, procedió a la depuración de todos los colaboradores del mismo Monzón y a tomar las riendas del movimiento guerrillero del interior, imponiendo un control y una influencia política que había sido prácticamente nula hasta 1944 (Marco, 2015: 113-114). Llevar a cabo ese proceso comportó la necesidad de reorganizar a fondo las unidades de acción, lo cual, a su vez, supuso la aplicación de una disciplina muy estricta y la implantación de una rígida e inamovible unidad de mando para lograr coordinar una serie de grupos armados que, hasta esa fase de la lucha

34-36), tras haber identificado ejemplos concretos de la temática en cuestión en obras como *Morir por cerrar los ojos* (1944), *Campo francés* (1965) y, claro está, el mencionado cuento "Un traidor", se detiene sobre todo en *Campo del moro* al ser una de las temáticas de la novela la conspiración urdida por el coronel Casado y los consecuentes enfrentamientos internos al ejército republicano, acontecimiento que penetra hasta los sustratos más profundos –e intrahistóricos– de la trama novelesca, llegando la traición a manifestarse de distintas maneras en los comportamientos de los personajes y en el desarrollo de sus vidas, tanto en el plano personal como en el público.

resistente, se habían movido de forma disgregada y por iniciativa espontánea, algo que, por fin, pudo lograrse articulando un Ejército Guerrillero Nacional con agrupaciones a nivel regional en toda la geografía de España, activo sobre todo entre 1945 y 1952 (Marco, 2015: 115).

Este es el trasfondo histórico –con sus referencias a individuos reales– en el que Aub colocó la evolución narrativa de su personaje, quien, además, como hemos apuntado, se encontraba exiliado en México. Más allá de la coincidencia biográfica con el propio escritor, hay que añadir algunos detalles contextuales que nos sirven para entender mejor la operación crítica y literaria que realizó Aub por medio de este relato. Aunque es verdad que algunos cuadros dirigentes del Partido se encontraban refugiados en México, el fulcro esencial de la dirección y los núcleos decisionales estaban en la URSS, lo cual, por obvias cuestiones geográficas, complicó de manera determinante la cooperación entre el Comité Central y la Delegación local en el país americano. Esta bifurcación se solucionó por medio de una estricta jerarquización de los papeles políticos gestionada desde arriba, de manera que la jefatura mexicana –y las de los demás países del exilio donde hubiese delegaciones del PCE– estuviese totalmente dependiente de Moscú y tuviese posibilidades muy limitadas para desarrollar políticas autónomas adaptadas a la realidad local –y, en general, a la pluralidad de la diáspora–. En términos concretos, esto puso en marcha una dinámica continua de sanción y arbitraje con tal de cohesionar y disciplinar la articulada estructura interna y mantener una imagen externa de unidad y fortaleza, con lo cual, toda disidencia o dificultad se presentaba como elemento extraño a la voluntad del Partido y adscribible únicamente a la labor divisoria y traidora de algunos militantes, tal y como había pasado en los casos mencionados de Quiñones y Monzón (Carrión Sánchez, 2004: 316-317). Para cumplir con estos objetivos incluso se llevaron a cabo distintas iniciativas como la constitución, en 1947, de la Unión de Intelectuales Españoles en México y la producción de una «prensa orgánica», como era el caso del periódico *España popular*, destinado a los militantes de base y orientado a transmitir noticias y opiniones sobre todo acerca de la situación en España y en la Unión Soviética, al que hay que añadir el ya aludido *Nuestra Bandera*, que tenía la finalidad de formar el punto de vista de las élites del Partido y fijar la línea oficial, siendo que sus páginas se consideraban un medio apto para el adoctrinamiento y la contención del peligro de fraccionamiento acarreado por el exilio (Carrión Sánchez, 2004: 325)[146].

[146] A las cuestiones específicas y contingentes, habría que añadir las referencias ideológicas derivadas de la Revolución rusa, ya que, volviendo a las consideraciones de Enzo Traverso (2021: 448), «el bolchevismo

En el artículo reformulado por Aub queda perfectamente evidenciado el mecanismo ideológico que, al supeditar el nivel concreto y coyuntural de la lucha política de aquel entonces a una teorización esencialista, cumplía con la finalidad de fijar un sistema de valores y de principios válidos y hasta ejemplares para poderle otorgar una legitimación moral –y por ende, supuestamente verdadera en términos absolutos– a la estrategia del Partido y, a la vez, descalificar todas las pautas de conducta que no encajaban o que se desviaban de su línea modélica:

> Nuestro Partido tiene una línea política justa, cuenta con el apoyo de la clase obrera, los campesinos y las grandes masas populares […]. Hay en estos años de lucha clandestina un ejemplo característico para minar y destruir nuestro Partido desde el interior: el caso del traidor Ernesto Rodríguez Monleón. ¿Quién era Ernesto Rodríguez? Rodríguez era un aventurero sin escrúpulos, con toda evidencia un agente del Intelligence Service inglés […]. Consiguió ocupar un puesto de alguna responsabilidad en Valencia. Allí su actividad se caracterizó por el sectarismo, por la indisciplina, por la suficiencia y el menosprecio hacia los militantes del Partido (Aub, 2022: 347-348).

La intachable ética de la dirección comunista –representada, además, como guardiana de un interés superior, es decir del bien colectivo– se configura en oposición al extravío encarnado por el individuo, en este caso, el personaje de Ernesto Rodríguez Monleón, algo que acaba justificando la actitud de vigilancia e intolerancia hacia este último:

> Hay que elevar en todo el Partido el sentido de la vigilancia revolucionaria, controlar seriamente el trabajo de los camaradas, exigir que su vida sea clara y limpia, que su pasado y su presente no tenga obscuridades para el Partido. En el trabajo clandestino ese control debe ser aún más severo. Debemos ser intransigentes con cualquier debilidad (Aub, 2022: 349).

Estas operaciones ideológicas se reflejan en el recurso a una retórica decididamente enfática, un tono dogmático, afirmaciones tajantes y aparentemente incontrovertibles y, sobre todo, la repetición obsesiva del sintagma «Nuestro Partido», o sea la fuente de autoridad discursiva, siendo todos ellos recursos estilísticos que encauzan el texto hacia la construcción de una coartada exculpatoria de toda posible omisión o error por parte de

---

creó un paradigma militar de revolución que modeló en profundidad las experiencias comunistas a lo largo y ancho del planeta. La Resistencia europea, así como las transformaciones socialistas en China, Corea, Vietnam y Cuba, reprodujeron un vínculo simbiótico similar entre la guerra y la revolución. El movimiento comunista internacional se imaginó, por lo tanto, como un ejército revolucionario formado por millones de combatientes, lo cual tuvo inevitablemente consecuencias en materia de organización, autoritarismo, disciplina, división del trabajo y, por último, si bien no menos importante, jerarquías de género». Volveremos más adelante sobre el último aspecto mencionado por Traverso ya que supone importantes implicaciones con respecto al papel de Teresa León como intelectual exiliada y militante comunista.

los dirigentes teóricamente responsables de las iniciativas de Ernesto –quien, no lo olvidemos, no era un jefe militar ni un dirigente del Partido, sino un militante como muchos otros–, aludiendo a la maldad y al maquiavelismo de este último:

> Al terminar la guerra, Rodríguez queda en España con un plan preconcebido. Pasa por la cárcel. Ante los miembros del Partido presos con él aparece como un hombre que ha sido bárbaramente torturado, pero que se ha mantenido entero. Amparado por esa «leyenda», toma posición contra el pacto germano-soviético[147]. Los compañeros no se dan cuenta que la posición de Rodríguez era producto de su personalidad doble, de su traición. Rodríguez sale a la calle en 1940, justificando su libertad por una estratagema […]. Con gran astucia se quedó en Veracruz y se pone a trabajar en su oficio esperando que el Partido le llame. Esa doblez le dio buen resultado (Aub, 2022: 348-349).

Otro rasgo relevante de la prensa comunista de aquellos años consistió en fomentar el mito de la resistencia armada clandestina a través de la imagen del héroe guerrillero, proyectada específica y exclusivamente a partir de sus militantes, algo que, por un lado, contribuyó a dar cierto prestigio social al papel del PCE en el ámbito de la lucha antifranquista, pero, por otro, distorsionó la percepción de los propios miembros del Partido y, en general, de la comunidad exiliada, a quienes se comunicó la sensación de estar asistiendo a un imparable desarrollo y crecimiento del movimiento guerrillero, y que la dictadura de Franco tenía ya los días contados; situación, sin embargo, muy alejada de la realidad, como explica Jorge Marco (2015: 107). Esto se ve muy bien si comparamos la carta de Ernesto con la de sus padres. En el caso del primero, su inquebrantable confianza en el éxito de la lucha de sus camaradas va acompañada de una crítica hacia el pesimismo o la renuncia de aquellos desterrados que ya no creían en un pronto retorno a su tierra:

---

[147] Los contrastes internos al PCE tras el Pacto Germano-Soviético traslucen en la conversación entre dos detenidos en el campo de concentración de LeVernet, recreada por Max Aub en *Campo francés* –obra sobre la que volveremos más adelante–. Leo Weicsen deja constancia tanto de una perspectiva de crítica moral hacia la actitud de la URSS, así como de la consecuente marginalización sufrida por este personaje. A este respecto, llama mucho la atención –sobre todo si lo pensamos en términos de pragmática literaria– la dignidad y, al mismo tiempo, la extrema lucidez manifestada por el propio Weicsen con respecto a la evolución del contexto bélico global, pero también respecto al sistema normativo del Partido: «WEICSEN. Me van a expulsar y me duele horriblemente. Desde que recuerdo, fui del partido. JUAN. ¿Qué has hecho? WEICSEN. Provocar yo mismo mi expulsión […]. JUAN. ¿Y? ¿Ya no crees en la victoria del proletariado? WEICSEN. Sí. Pero a este precio, no vale la pena. JUAN. ¿Qué precio? WEICSEN. La guerra. JUAN. ¿Crees que la firma del pacto germano-soviético es la guerra? WEICSEN. Sí. JUAN. ¿Te das cuenta de lo que va a ganar la URSS? WEICSEN. Desde aquí encerrados, fuera de juego como estamos, es posible que se pueda considerar así. Pero piensa en los millones de trabajadores que van a morir. JUAN. ¿No habíamos quedado en que de todos modos habría guerra? […]. WEICSEN (más bajo). Es otra cosa. No se puede hacer lo que Stalin ha hecho. No es decente. JUAN […]. WEICSEN. Contra ello me rebelo. JUAN. Te vas a quedar solo. WEICSEN. Lo sé. (Aub, 2018b: 82-84).

> Siento morir sin haber vuelto a ver algo más de España y a algunos compañeros, para poder decirles que a pesar del tiempo transcurrido y que muchos refugiados han olvidado la razón que los sacó de su tierra, todavía somos muchos los que estamos seguros de que algún día no lejano volveremos como debemos volver (Aub, 2022: 341).

Sus familiares, en cambio, se limitan a constatar que «Nosotros bamos [*sic*] perdiendo la confianza de bolberos [*sic*] a ver» (Aub, 2022: 344) para luego referirse, con amargura y lucidez, a «nuestros nietos que no conocemos y que seguramente no conoceremos, aunque es lo que mas [*sic*] quisieramos» (Aub, 2022: 345). En efecto, según Valeria De Marco (2010: 202), si los padres de Ernesto encarnan la rendición de dos individuos de condiciones humildes y dotados de una conciencia política no especialmente desarrollada con respecto a las estrategias discursivas de la dictadura, por su parte, la carta escrita por el guerrillero clandestino manifiesta la enajenación de su capacidad de reflexión ante los dictámenes del Partido.

Dicho esto, podemos notar cómo estas actitudes de suspensión del juicio crítico y de mecánica asimilación de consignas que traslucen en las palabras de Ernesto no son otra cosa sino los efectos de una operación ideológica de representación de la realidad construida desde la autoridad intelectual e interiorizada por un sujeto inconsciente del carácter artificial –e interesado– de dicha representación y, sobre todo, inconsciente de estar experimentando un mecanismo de automatismo perceptivo. Dicho de otra forma, inconsciente de ser un mero ejecutor de una voluntad infundida desde lo alto, aunque el sujeto en cuestión esté convencido de que se trate del producto de una libre elección. En este sentido, lo que a Aub le interesaba era precisamente llevar a cabo un procedimiento literario desmitificador: de hecho, al comentar la carta original de Gómez Gayoso en sus diarios, el 24 de marzo de 1951, escribió:

> La semana pasada estuvimos hablando de la carta postrera de Gómez Gayoso. Te dije que era magnífica pero que me molestaba que un hombre tan entero, tan hombre, diera por bien empleada su vida –su muerte– por el servicio rendido no a todos, sino a una sola persona: Dolores. Gómez Gayoso no luchaba en las guerrillas por España, por la libertad de España, sino por Dolores Ibárruri, por el Partido Comunista. Lo cual merece todos mis respetos. Pero nada más. No es el primer mártir: todas las religiones los han tenido (Aub, 2023a: 196).

En estas líneas están los puntos clave que alimentaron la intención de denuncia de Aub subyacente a este relato y, muy especialmente, al fragmento de la carta del militante

encarcelado. Primero, visibilizar el contenido real detrás de la retórica empleada por la dirección del PCE, o sea, la voluntad de consolidarse como única fuente de autoridad interpretativa, decisional y de actuación que garantizara un consecuente mantenimiento de un orden jerárquico en la articulación del espacio político. Segundo, los instrumentos empleados para ocultar dicho contenido: la argumentación de corte teológico apta para plasmar una verdad axiomática y el sacrificio martirizante como justificación trascendente de una requerida actitud de abnegación acrítica. Tercero, las consecuencias implícitas para el colectivo exiliado: la lucha por la libertad de España del yugo de la dictadura estaba quedando subordinada a lógicas de poder.

En efecto, apunta Eugenio Maggi (2022: 50), el hecho de que Aub hubiese elegido como base para su relato unas fuentes textuales elaboradas por el propio PCE se debía al objetivo de querer cortocircuitarlas y, finalmente, desestabilizar la operación discursiva puesta en marcha por el Partido. Desde la perspectiva del escritor, esta última no era sino una operación de sustitución de la verdad histórica por un constructo propagandístico[148]: de hecho, la síntesis entre Gómez Gayoso y Quiñones condensada en el personaje de Ernesto, y obtenida empleando dichas fuentes, le sirvió precisamente para demonstrar el carácter arbitrario y resbaladizo de una verdad hecha dogma.

Además, la visión idealizada del Partido y la adhesión casi fanática que se desprenden de la carta de Ernesto se manifiestan en su vertiente más problemática en una evidente contradicción que la transposición literaria de Aub ponía sobre la mesa: si en un primer momento la voz de Ernesto –en este caso, trasunto de Gayoso–, dirigiéndose a su mujer, asegura con total firmeza, «sé que ni el Partido ni los camaradas te abandonarán» (Aub, 2022: 340), en un pasaje sucesivo, un narrador extradiegético, aludiendo al citado editorial en el que se vilipendia a Ernesto en tanto que traidor –pasando repentinamente a representar, por lo tanto, la proyección de Quiñones– informa a los lectores de que: «Este artículo fue reproducido en México. Al día siguiente de leerlo, Librada se suicidó. A su entierro participó poquísima gente» (Aub, 2022: 350). Esta noticia, muy telegráfica y aséptica en su formulación, introduce un «Diálogo acerca de Librada», quinta y última sección del relato en la que se reproduce un debate entre tres de los asistentes, todos ellos

[148] El día 15 de julio de 1951 escribía Aub en sus diarios: «A los que queremos darnos cuenta de lo que sucede en ambos hemisferios y no nos dejamos arrastrar –en la medida de lo posible– por la propaganda –ese cáncer de nuestro tiempo–, a los que buscamos el fiel de la balanza […]» (Aub, 2022: 207). Por otra parte, este motivo temático no era nada nuevo, siendo el mismo blanco de crítica de los artículos publicados por Aub en 1933 en el semanario *Luz* y en los que arremetió precisamente contra el giro nacionalista y opresor manifestado por la propaganda oficial en la URSS, como hemos comentado en el primer capítulo de nuestro trabajo.

refugiados republicanos: el ingeniero Luis Morales, «Comunista desde que tenía uso de razón» (Aub, 2022: 350), el periodista Gregorio Castillo, ex comunista, ya que «lo había sido a favor de la guerra civil, pero se separó al traspasar la frontera» (Aub, 2022: 350), y Juan Luque, un arquitecto que «nació republicano y seguía siéndolo» (Aub, 2022: 351). La estructura formal de esta parte predispone una más compleja, y al mismo tiempo, contundente reflexión acerca de los aspectos críticos ya evidenciados por Aub por medio de la reelaboración de los textos del Partido, esta vez enfocando explícitamente la atención –ya a partir del título del fragmento– en las víctimas –o, más en general, en las consecuencias– del sectarismo y de la cerrazón que en aquellos años caracterizaba el escenario global; o sea, se propone como «testimonio literario de la radicalización política e ideológica que se produjo en aquellos años de guerra fría» (Aznar Soler, 2003: 44). A dicha obcecación, el autor quiso responder con una confrontación dialéctica en la que la ciega conformación al dogma ya no se presentaba como única alternativa posible.

En efecto, como observa Aznar Soler (2003: 45), el diálogo se orienta gradualmente hacia el vínculo entre ética y política que contrapone sobre todo a los personajes de Morales y Luque. El primero personifica precisamente el punto de vista excluyente, según el cual «El Partido es antes que todo […]. Hágase lo que se haga, si redunda en favor del Partido, está bien. Es la única manera de llegar a un mundo más justo. No hay otro camino» (Aub, 2022: 356). Representa, de hecho, «el dogmatismo, no exento de fanatismo, del militante comunista» (Aznar Soler, 2003: 47). El valor incontrovertible de todo lo que dice y hace el Partido –que, en el caso de la construcción de "Librada" es evidente en la modulación argumentativa y en la estructuración retórica del artículo reformulado de *Nuestra Bandera*– había sido problematizado en "El falso dilema", donde el escritor había retomado algunas declaraciones de Santiago Carrillo expresadas precisamente a través del mismo periódico:

> escribe Santiago Carrillo en *Nuestra Bandera* […] «En la lucha los errores son posibles, pero si hay un punto donde no existe lugar a error, para un comunista honrado, es la aceptación sin discusión del papel dirigente del gran país del socialismo, del Partido Bolchevique y del camarada Stalin; en la adhesión y en la fidelidad sin límites a quienes son nuestro ejemplo y nuestros guías» (Aub, 2002a: 95).

En este sentido, lo que Aub quería refutar comentando estas afirmaciones era esa lógica por la cual el fin siempre justificaba los medios, y más concretamente el hecho de que la centralización y el mantenimiento del poder de los dirigentes llegase a excusar la

privación de la libertad a la que se sometían a los militantes[149]. De hecho, y siguiendo este mecanismo procedural, en las páginas de "Librada" las afirmaciones de Morales dejan muy claro que la versión del PCE acerca de la supuesta traición de Ernesto no se ponía en duda ni siquiera en virtud de los méritos de este último ni de los servicios prestados al Partido: dicho de otro modo, se prefería sacrificar al ser humano singular en lugar de correr el riesgo de desestabilizar la línea trazada por el Buró Político. En esta óptica, las personas, las amistades carecen de importancia frente a la lógica de los dos bloques: «no hay más que dos posiciones –y una sola solución–, o estás con nosotros, o con los gringos y lo que representan. No hay, no existe la posibilidad de una tercera posición» (Aub, 2022: 356), reitera el personaje de Morales.

En cambio, la perspectiva analítica y cuestionadora de Luque va abriendo fisuras en la versión ortodoxa de Morales. Fundamentando su discurso en un uso ejemplar de la memoria, repasa la evolución histórica del poder comunista en la URSS, visibilizando las contradicciones que la salpicaron. En primer lugar, las derivaciones violentas en los actos y en los planteamientos especulativos: o sea, los crímenes estalinistas por un lado y las manipulaciones discursivas por el otro:

> No, eso hicieron en la URSS cuando la colectivización de las tierras, allá por 1929, ¿no? Los campesinos resistieron. Murieron millones, unos de hambre, otros deportados […]. Hubo una época, entre las dos guerras, en que toda nuestra gente liberal y progresista pudo tener fe en la revolución rusa. Después de la bárbara colectivización agraria, después de los procesos de Moscú, después del pacto germano-soviético, que, digáis lo que digáis, por muchas explicaciones que tenga, y las tiene, no dejó de ser eso: un pacto entre fascista y comunistas, ¿qué nos quedó? De pronto, en el mundo, todas las personas como yo se quedaron al garete. No solo los españoles somos exiliados españoles: hay miles de desterrados en su propia tierra y en la ajena (Aub, 2022: 356-358).

Y, más adelante, la propia falsificación de la memoria –la otra cara de la memoria ejemplar retomada por Luque–, manifestada a través del olvido y de las omisiones voluntarias e interesadas:

> Toma su Biblia, la *Historia de la Revolución Soviética*, escrita por Stalin. Está plagada de falsedades, hoy todavía perfectamente tangibles para quienes, como nosotros, recuerdan lo sucedido. Mira los dibujos que publican acerca de la

[149] Esa división del campo social –casi siempre representada de forma muy nítida en los textos aubianos– entre quienes detienen la autoridad decisional o discursiva y quienes cumplen o ejecutan lo que determinan o teorizan los primeros, se refleja también, según Valeria De Marco (2010: 203), en la propia estructura de "Librada", ya que en la primera parte encontramos la voz de quienes están en el nivel de la acción mientras que en la segunda los que reflexionan sobre la praxis del Partido.

> Revolución de Octubre, que fotografías, y las hay, y no pocas, se cuidan mucho de reproducirlas: sería desastroso que, al lado de Lenin, casi solo aparecieran los que hoy llaman traidores. ¿Y qué? Conviene. Así le conviene para asegurar la fuerza del Partido (Aub, 2022: 360)[150].

Como en el caso del propio Max Aub, la conciencia del carácter marginal de sus ideas no impide a Luque mantenerse firme en la defensa de los que, para él, son unos valores imprescindibles para una existencia digna y una coexistencia democrática: la libertad de expresión y el compromiso con una verdad surgida de la duda constante, del análisis crítico de la realidad, del pensamiento cuestionador: «No puedo renunciar a la verdad» (Aub, 2022: 358), confirma Luque tras haberse detenido en una reflexión acerca de la temporalidad revolucionaria y su relación con el concepto de avance histórico: «¿Por qué comprimir la historia? ¿Por qué ese afán morboso de ir tan aprisa, como si el mundo fuese a terminarse mañana? ¿Dónde está el placer de vivir? ¿En matarse para que mis nietos no tengan que hacerlo?» (Aub, 2022: 357). Es decir, según lo que denuncia Luque –con un matiz crítico afín a la utopía mesiánica señalada por Camus, se trataría de una utopía de futuro elevada a precepto sagrado hasta el punto de que la vida de los que luchan y resisten en el presente pierde totalmente de valor y hasta casi de humanidad. O, como había sido en el caso de la carta de Ernesto, solo adquiere importancia en tanto que legado de militancia honrada y tenaz y, por ende, modélica de cara a las generaciones venideras: «Lo único que te pido es que les digas a los chicos cómo muero y que se den cuenta de la lucha para la que han nacido, y que espero que sabrán continuar sin desmayar, en las gloriosas filas del Partido Comunista» (Aub, 2022: 340). Con tal de cumplir con esa proyección de porvenir, remata Luque, «La violencia, la delación, la hipocresía –o lo que nosotros llamamos así– han pasado de las clases dirigentes a las masas, o están en trance de pasar; pero ya no como tales, sino como vigilancia, deber, sacrificio» (Aub, 2022: 360). O sea, se les cambia de nombre, se enmascaran sus referentes reales para que sean considerados éticamente aceptables y asumibles por los adeptos.

Ahora bien, hay otra razón por la que consideramos "Librada" como la narración aubiana que mejor problematiza la condición histórica del exilio republicano en México durante la Guerra Fría y, a la vez, como representativa de la marginalidad de la postura

[150] A la luz de las consideraciones de Traverso respecto a la Revolución rusa como paradigma modélico para los movimientos comunistas de todo el mundo, cobra aún más importancia la denuncia de Aub acerca de la falsificación del desarrollo histórico de la Revolución por parte de la dictadura soviética, ya que, sumada a la crítica dirigida a la jerarquización y al autoritarismo interno a la gestión del Partido –originado justamente de la herencia histórica derivada del asalto al Palacio de Invierno– sirve de catalizador para desenmascarar las contradicciones inscritas en el ejercicio del poder estalinista.

intelectual del autor en el marco de aquellas coordenadas espaciotemporales. Y es que la postura disidente del escritor supuso un vehemente enfrentamiento con algunos comunistas desterrados, para más señas, antiguos amigos del propio Aub. Lo que contribuyó a propiciar la polémica estallada tras la publicación del relato en *Sala de Espera* fue la disconformidad expresada por Aub en cuanto a la actitud de sumisión que se desprendía de la carta de Gómez Gayoso, y con la decidida desaprobación del escritor con respecto a la muy probable manipulación realizada por el Partido con el objetivo de llegar a publicar esa misma carta en tanto que declaración de lealtad incondicional de un guerrillero-mártir modélico. En este sentido, las implicaciones pragmáticas, las consecuencias tangibles de este tipo de operaciones ideológico-discursivas quedaron bien visibilizadas por el propio Aub por medio de unos ejemplos muy significativos. En las páginas de sus diarios confirmó Aub que, si, por un lado, Wenceslao Roces demostró cierto grado de fanatismo –ya que «temblaba, leyendo esa declaración de amor a *Pasionaria* […]. Poder de la pasión: si la carta hubiese sido de un fascista, no se inmuta, aunque hubiese estado redactada en los mismos términos» (Aub, 2023a: 171)–, por otro, Francisco Álvarez Iraola solo se preocupó de cumplir con su supuesto «deber» de militante colaborativo con las tareas de mantenimiento de la unidad y de la estabilidad del Partido, dado que, como escribió Aub, «resulta que Álvarez ha contado al Partido Comunista mi opinión acerca de la carta de Gómez Gayoso. La amistad, ¿dónde queda? Si él cree que mi opinión podía perjudicarme, lo que hubiese hecho cualquier ser normal –amigo– era callarse. Pero no, lo chismorreó» (Aub, 2023a: 173). O sea que desde la perspectiva del afiliado comunista Álvarez, según el episodio referido por Aub, el escritor ya había dejado de ser visto como un amigo que simplemente tenía una opinión diferente, llegando casi a ser considerado de la misma manera que un acérrimo opositor; perspectiva, por otra parte, que no podía admitir ningún tipo de confrontación ni de debate, sino que solamente suponía una lucha violenta para la imposición de un punto de vista unívoco e incuestionable sobre otro totalmente descalificado y deslegitimado. Entonces, lo que Aub consiguió evidenciar muy bien fue el hecho de que lo que verdaderamente primaba en ese tipo de intercambio no era el bien colectivo, sino hacerse con una posición de poder.

Además, como informa Aznar Soler (2003: 49) en su estudio acerca de las consecuencias del caso "Librada", tras la edición del relato en 1951 la situación se hizo muy tensa. En principio, fue Jorge Cuenca quien, en un artículo publicado en julio de 1952 en la revista *Nuestro tiempo* y titulado «La sala de espera de Falange o los

falsificadores de la Historia», atacaba a Aub etiquetando "Librada" como un claro ejemplo de literatura anticomunista:

> Pero no todo es copiado; el autor de esa encenagada *Sala de Espera* ha puesto algo muy suyo. En el cuaderno número 30, bajo el título de *Librada,* se muestra hasta qué límites pueden descender algunas gentes arrastradas por la fobia anticomunista, habiendo desaparecido en ellas todo vestigio de dignidad y de reflexión […] no existe para ciertas gentes límite alguno, ni político ni moral, cuando se trata de lanzar paletadas sobre los comunistas (*apud* Aznar Soler, 2003: 50).

Como consecuencia de eso, el día 13 de agosto de 1952 Aub escribió una carta a Juan Vicens, el director de la revista, pidiéndole que la publicara: en ella, el escritor se preocupó de desmentir las acusaciones de Cuenca, reafirmándose en sus ideales socialistas –no deja de ser significativo que, en un momento como aquello, siguiese declarando su pertenencia al PSOE a pesar de haber sido expulsado del partido y reivindicando su relación de cercanía con algunos militantes comunistas. Aunque la carta no se publicó, sabemos que Vicens le entregó una copia a Josep Renau, quien, a su vez, decidió escribirle a Aub para manifestar no tanto una opinión, sino un implacable y tajante veredicto acerca de las implicaciones ideológicas contenidas en "Librada":

> No me propongo, en estas breves líneas, terciar concretamente en la seria cuestión que suscitada por tu cuento "Librada" tiene su corolario lógico en dicha carta. Sería demasiado largo y, sobre todo, demasiado inútil […]. Me interesa, sin embargo, fijar mi posición personal frente a tu actitud política, ahora que esta actitud política se ha afirmado con mayor precisión […]. En nombre de esta amistad, durante la última etapa de tu actividad literaria, he estado sufriendo seriamente por ti […]. Así, ni mi actitud ni las consideraciones que han tenido contigo otros camaradas míos, han podido frenar ni un ápice tu evolución al campo abierto del anticomunismo (*apud* Aznar Soler, 2003: 57).

Así fue como la posición de Renau no admitió ninguna clase de vacilación:

> Para terminar, no me resta más que hacerte constar lo siguiente: a la altura de estos tiempos, todos los hechos y opiniones que se derivan de la posición política de cada uno, no son incidencias adjetivas sin trascendencia en la vida social. Son hechos sustanciales que determinan la amistad, la enemistad o la indiferencia […]. En función de amigo, los dardos venenosos que lanzas contra el Partido Comunista manchan la amistad que te he profesado y me duelen en mi propia carne. Como enemigo político resbalarán sobre mí, como resbalan sobre el heroico prestigio que el Partido Comunista se ha ganado y se está ganando, tanto entre el Pueblo Español como entre todos los demás pueblos que luchan por su libertad, por su independencia y por el Socialismo (Aub, 2003: 59).

Las reacciones de la intelectualidad comunista a los argumentos defendidos por Aub, como subraya también Maggi (2022: 45-46), plantearon para el autor de "Librada" la necesidad de redefinirse como intelectual exiliado de izquierda en unas circunstancias históricas en las que el modelo dominante era el comunismo bolchevique. En efecto, la respuesta del escritor a las acusaciones de Renau no tardó en llegar y, en septiembre de ese mismo 1952, tras un encuentro entre los dos en el que Renau se negó a saludar a su antiguo amigo, el escritor decidió fijar sus ideas y principios de actuación:

> Porque yo no soy un renegado. En este caso tu actitud sería perfectamente normal. Yo estoy donde estaba. Vosotros estuvisteis un cierto tiempo con los socialistas, ahora no. ¿Es mi culpa? Pero dejemos eso aparte, y volvamos al mundo al que perteneces. Nunca dejé de señalar lo que me parecía mal en vuestro proceder (acuérdate de cierta conferencia que di en Valencia, debió de ser en los primeros meses de 1934, al volver de la URSS, donde había ido por mi gusto y mis propios medios. No escatimé alabanzas por lo que me pareció bien, ni críticas para lo que se me antojó mal) y así he seguido (*apud* Aznar Soler, 2003: 61).

Para Aub era fundamental, por lo tanto, empezar dejando patente cuatro principios fundamentales en su praxis ideológica: coherencia con sus valores socialistas, lealtad a su compromiso republicano y, al mismo tiempo, autonomía de juicio y apertura al diálogo. En este sentido, para Aub el hecho de tratar de mantener, a pesar de todo, una visión constitutivamente heterodoxa y de preservar su independencia intelectual por encima de cualquier lógica de partido determinaron su resolución no solamente de definir su disconformidad con el PCE, sino también de rechazar la implicación de corte rígidamente dicotómico según la cual tomar distancia del comunismo solo podía significar convertirse en su rival más hostil. Así lo explicaba en sus diarios en 1950:

> Curioso: me escribe Castro Leal (referente a mi posible viaje a París) suponiendo que, si fui comunista, ya no pertenezco al Partido […]. Jamás pasó por mi imaginación serlo, y por el hecho de no ser anti, vengo, para los que no me conocen, a serlo. Así es el mundo: no le juzgan a uno por lo que es, sino por lo que los demás, a priori, determinan sin remedio. De ahí los odios (Aub, 2023a:187).

Tan significativo era aclarar ese punto que, para rebatir la postura sostenida por Renau, Aub afirmó que: «Y tente por seguro de que "soy amigo de los comunistas" y que no soy enemigo del partido comunista» (*apud* Aznar Soler, 2003: 61), frase contenida en una misiva dirigida a Ramón Lamoneda en 1952 –entre otras cosas, enviada en copia también a Renau para mejor suportar sus argumentaciones–: «No soy comunista, nunca lo fui,

pero no soy anticomunista, ni mucho menos voy a sumarme a los expulsados de un partido, al que estoy dispuesto a señalar sus fallas, pero no a insultar» (*apud* Aznar Soler, 2003: 66). En efecto, el nudo problemático, la cuestión crítica que puso en marcha la reflexión aubiana y su necesidad de replantearse y poner al centro del debate el papel de los profesionales de la pluma y del pensamiento correspondía al hecho de que, como le recordaba a Renau:

> Hay algo que no funciona bien en vuestro proceder. Sois sectarios, por lo menos una parte del partido, aquí en México. Y si no fíjate en un solo hecho: en la emigración, con el correr de los años han salido veinte o treinta muchachos escritores, ninguno es comunista. Vale la pena que os preguntéis porqué (*apud* Aznar Soler, 2003: 61).

Es importante entender por qué, según Aub, el concepto de sectarismo se contraponía específicamente a la figura y al trabajo del escritor. Parece razonable deducir que dicho argumento estuviese estrechamente conectado con la que, desde el punto de vista de Aub, correspondía a una de las más importantes peculiaridades del papel del escritor, o sea ensanchar los límites del lenguaje y de las formas expresivas referenciales para dar cabida a una representación de la realidad más compleja y problematizada. Una representación donde los conflictos y las contradicciones no quedasen invisibilizados por una visión monolítica ni se solucionasen por medio de una interpretación de tipo mecanicista. De hecho, justamente a raíz de estas fases de confrontación con el pensamiento comunista exiliado, a la ya citada –y archiconocida– tesis según la cual el intelectual es aquel que entiende las cuestiones políticas en tanto que problemas de naturaleza moral, Aub puntualizó que la definición de intelectual «se reduce a los creadores, con lo que borro a los servidores de la ciencia. Y hablo, además, únicamente de lo que sé –virtud que os suele fallar–, es decir, de los escritores» (Aub, 2023a: 179)[151]. Creación que, para generar progreso cultural y un pensamiento democrático tendría que ser exenta de prejuicios excluyentes:

> Basta que el autor sea comunista irreprochable para que lo que escriba sea bueno o, por lo menos, pasable. Y si, por el contrario, escribe la *Ilíada* un trotskista o un titista –¡qué palabrotas me haces escribir!– entonces ni siquiera se nombra […]. Yo me resisto decididamente a que juzguéis la literatura no por ella sino por su autor. Es decir, que para vosotros no importa lo escrito sino quién lo ha escrito.

[151] No parece casualidad, por lo tanto, que, entre los tres personajes de "Librada", el intransigente militante Luis Morales fuese un ingeniero mientras que los dubitativos y perplejos Gregorio Castillo y, sobre todo, Jesús Luque fuesen respectivamente un periodista y un arquitecto aficionado a la lectura y a los libros.

> Eso decanta en parte de vuestra concepción policiaca y antiliberal de la vida (Aub, 2023a: 179-180).

Como consecuencia de todo eso, no solo Aub quiso defender su legitimidad discursiva en el contexto del exilio republicano en tanto que intelectual representante de la «tercera vía», sino que llegó a afirmar en sus diarios que «o se es comunista o se es escritor. No se puede ser escritor comunista» (Aub, 2023a: 195). Sin embargo, y merece la pena volver a subrayarlo, de ningún modo la postura del autor acerca de la actitud comunista tuvo propósitos prevaricadores puesto que el autor valenciano no veía a los comunistas como enemigos o adversarios a los que había que vencer o reducir al silencio, algo que, por el contrario, como ya hemos comentado, constituía el objetivo último de las estrategias propagandísticas llevadas a cabo por los órganos culturales y de influencia intelectual dominantes en el bloque controlado por Estados Unidos. Todo lo contrario: entre los dos polos de la Guerra Fría era la URSS el interlocutor preferente a quien se dirigía Aub. Como afirma también Balibrea (2007: 203), él nunca dejó de reconocer en el propio paradigma comunista –sobre todo en un nivel estrictamente económico– el potencial para vencer las injusticias sociales y las desigualdades generadas por el capitalismo. Y era precisamente por eso, porque lo que le importaba era llegar a una cooperación funcional entre las fuerzas de la resistencia antifascista y anticapitalista, que no quiso callarse las criticidades del PCE, como escribió en sus diarios, en 1950:

> Sois, eso nadie lo niega –creo, y yo lo proclamo siempre que puedo–, los únicos que os preocupáis de veras por la política, y por ende, de España. Pero vuestro sistema es a veces contraproducente. Conste que os escribo estas líneas con la mejor buena voluntad y fiado en eso de la autocrítica. Pero estáis tan cerrados a banda… (Aub, 2023a: 181).

Posteriormente, en el borrador de la mencionada carta a Josep Ramoneda, copia todavía conservada en el archivo de la Fundación Max Aub junto con la versión pasada a limpio, volvió a insistir en ello:

> No siento ningún odio por el P.C., pero tampoco creo que esté obligado a aprobar callando, por el solo hecho de ser amigo de los comunistas –o del P.C.– lo que me parece mal de vuestra organización […] antes, al contrario. Es precisamente porque creo que los comunistas representan la fuerza ascendente de nuestro tiempo por lo que me alzo –y no con «dardos envenenados» como tan luisdevalmente dices– señalando lo que me parece mal (*apud* Aznar Soler, 2003: 64).

El propósito constructor y la voluntad de entendimiento con quienes representaban esa «fuerza ascendente» a la que se reconocía, a pesar de una coyuntura histórica objetivamente desfavorable, por lo menos un esfuerzo político que mirase a los más desfavorecidos, equivalía al compromiso por restaurar en España un modelo de estado republicano constitutivamente caracterizado por la voluntad de poner al centro de su proyecto el progreso colectivo y no un modelo económico, social y cultural enfocado en la productividad y en la competitividad del individuo. Max Aub sabía de sobra que los principios básicos que fundamentaban este compromiso iban en contra de las propias condiciones de existencia del imperialismo estadounidense:

> ¿Qué persona bien nacida puede hoy ser partidaria del imperialismo norteamericano? No creo que haya un solo socialista –ni los demás conservadores– que lo sea. Pero lleváis anteojeras que os impiden apreciar la verdad. Si practicarais una política más inteligente, más comprensiva, mejor nos iría a todos, y peor a los yankees en su afán de dominar el mundo por el sucio medio de sus dólares y el aplastamiento indefinido de los pobres del mundo (Aub, 2023a: 208).

Quizá la mejor síntesis no solamente de la toma de postura del autor ante la polémica desencadenada por "Librada", sino, en un sentido más amplio, de su empeño de autodeterminación en tanto que intelectual de izquierda, republicano, español y exiliado que actuaba ideológicamente en el momento en que el mundo se estaba polarizando entre dos esferas de influencia se encuentra en el texto «Conversación post mortem», en el que Joaquina Rodríguez recoge una declaración de Aub del 1 de marzo de 1953:

> Salí de España por no callar –porque ésa es mi manera de combatir, porque mi profesión es la de escritor– y no callaré mi verdad. Mi verdad, que no es anticomunista, pero tampoco comunista. Mi verdad socialista, que desea ardientemente que todos los proletarios del mundo se unan, pero que no puede tolerar que nos tengan a nosotros los socialistas por traidores, por partidarios del imperialismo norteamericano. En Librada no hice sino novelar el caso de Quiñones, e inventar el personaje de su posible compañera. No quise tomar partido en lo que relataba, presenté los hechos con imparcialidad y añadí una discusión –constructiva– entre un comunista, un excomunista y un liberal. ¿Por qué yo, socialista, no voy a tener el derecho de criticar los métodos del partido comunista? Yo estoy donde estuve. Y no callaré hasta que me muera (*apud* Aznar Soler, 2003: 66).

Ya hemos aludido al hecho de que una de las preocupaciones más acuciante para Aub era que la fragmentación interna a la resistencia republicana en el exilio y los enfrentamientos entre sus distintas facciones políticas desviaran la atención de la

verdadera razón por la cual todos ellos habían sido expulsados de España y seguían alejados de ella: la persistencia de Franco en el poder. Si a la hora de comentar las graves divisiones y los duros antagonismos que estaban afectando al PSOE en la segunda posguerra mundial el escritor había expresado unas lógicas inquietudes acerca de que esas dinámicas conllevaran el olvido de las muchas víctimas que estaba cobrándose la dictadura, en medio de la polémica sobre "Librada" advirtió la necesidad de volver sobre estas reflexiones. Y lo hizo en la mencionada carta dirigida a Ramón Lamoneda en 1952, enviada en copia también a Renau para que quedase claro, una vez más, cuál era el auténtico elemento vertebrador y la finalidad última de su acción intelectual en el destierro e incluso de sus eventuales críticas –fuese quien fuese el destinatario–:

> A mi juicio, dejarse deslizar por esa pendiente no lleva más que a olvidarse de nuestro actual único enemigo, Franco y lo que representa, para inmiscuirnos en una lucha que, por ahora nos es extraña (*apud*, Aznar Soler, 2003: 66).

5.1.2 Diálogo entre heterodoxos: el prisma de voces peregrinas

Seguramente, alguien que no había dejado de poner a este «actual único enemigo» en el centro de su discurso era la Teresa León que escribió *Las peregrinaciones de Teresa*. A diferencia de "Librada" y de los otros cuentos de ambientación bélica publicados en *Sala de Espera* –"Una canción" y "Espera"–, cuya trama acontece en pleno desarrollo de la contienda española, en el caso de la colección de Teresa León aparecen dos relatos, el ya citado «Cabeza de ajo» y «Esplendor de Teresa», que sitúan la acción narrativa en las postrimerías de la Guerra Civil. La emblemática colocación de estos dos textos –son, respectivamente, el primero y el último– permite establecer las coordenadas históricas entre las que se mueve la reflexión de la autora riojana: no solamente, como hemos comentado, con la finalidad de visibilizar la ausencia del proyecto político y del colectivo social republicano en la España del presente, sino también con el objetivo volver a llamar la atención sobre la naturaleza ilegítima y el carácter violento del régimen resultante de la conclusión de la Guerra Civil. En este sentido, la ética política que vertebraba el discurso de ambos autores estaba animada por la conciencia de una evidencia coyuntural. En una época en la que la dictadura se estaba estabilizando y estaba gradualmente saliendo del inicial aislamiento internacional, el carácter reivindicativo de la literatura

exílica tenía que seguir remarcando que el poder de Franco no constituía un elemento de continuidad con respecto a una supuesta tradición nacional, sino un punto de ruptura y un abuso histórico. El Max Aub que escribió "Librada" lo hizo desde una mirada externa a la ideología del comunismo soviético dominante entre las filas de la resistencia desterrada de aquella época –dominante y por eso generadora de pautas categorizadoras inalterables– y, consecuentemente, desde una especial sensibilidad y atención a la heterogeneidad política del frente republicano. Por eso, complementó su discurso de oposición al poder del régimen con una reflexión acerca del riesgo de que una propaganda sectaria e implacablemente ortodoxa entre las filas de los exiliados resultaría en una falta de diálogo que impediría una real y efectiva colaboración ente los antifranquistas.

En cambio, Teresa León no hizo de su colección de relatos una plataforma para abrir espacios de reflexión acerca de la fragmentación ideológico-política del frente desterrado[152], sino que canalizó todas sus energías intelectuales hacia la intención de dinamitar las bases pretendidamente sólidas de la propaganda franquista que se estaban forjando desde la perspectiva de la estabilidad y de la legitimación que derivaba del acercamiento al paradigma ideológico dominante en la esfera de influencia occidental, basado a su vez en un orden económico capitalista y un modelo político cada vez más antisocial. A partir de estas premisas, cabe observar que para que la crítica plasmada por la autora de *Memoria de la melancolía* fuese eficaz era esencial articular «Cabeza de ajo» y «Esplendor de Teresa» entre dos espacios geográficos y sociales: la burguesía urbana, en el caso del primero, y el campesinado rural en el segundo.

En un Madrid recién ocupado por los militares rebeldes, al conflicto que ocupa la esfera pública se sobrepone otro que se instala en el ámbito familiar y que queda reflejado en la estructuración de una relación de dominación que, a su vez, contrapone a la protagonista, Teresa, y a su madre. Esta última, presencia castradora e intransigente, simboliza uno de los motivos más recurrentes en la literatura de León: la alianza entre cultura patriarcal y hegemonía social burguesa, alianza que confluye en la actitud de la progenitora hacia la hija y se concreta en el ejercicio de cierta opresión ideológica, a su vez reflejo de un específico patrón educativo destinado a las mujeres que, con la instauración del régimen, volvió a convertirse en normativo y, para más señas, forjado

[152] Veremos que en una fase sucesiva sí que se propuso dirigir su atención hacia las fracturas internas del colectivo exiliado, aunque no tanto desde un punto de vista de las divisiones ideológicas, sino plasmando las diferentes actitudes frente a la prolongación indefinida del exilio y, con ello, las repercusiones éticas y las contradicciones prácticas que ello suponía.

desde el propio institucionalismo de Estado. Exactamente como hace la figura materna de este relato, en la España resultante de la Guerra Civil, se les enseñaba a las niñas a cumplir con sus objetivos en el marco de la sociedad franquista: sumisión al hombre y cuidado de los hijos para transmitirles los valores ultraconservadores a la base de la idea del Nuevo Estado, fundamentalmente, Dios y Patria (Jiménez, 2017: 67-68). En efecto, a partir de 1944, hasta se creó en todos los Institutos de Bachiller Femenino una Escuela del Hogar, donde se impartían tres asignaturas: Educación física –supuestamente finalizada a adquirir gracia y delicadeza en los movimientos sin perder nunca el sentido del pudor, considerado cualidad esencial de la apariencia estética y del comportamiento femenino–, Formación Política Nacionalsindicalista y, finalmente, las tareas del Hogar, todas ellas enseñanzas supervisadas directamente desde el Ministerio de Educación Nacional y controladas desde la Sección Femenina de Falange (Jiménez, 2017: 80)[153]. En este sentido, sabemos que, como consecuencia de la proclamación de la confesionalidad de la nación, la Iglesia obtuvo el monopolio absoluto de la enseñanza, que tenía que ajustarse, en los centros docentes de cualquier orden y grado, a la moral de la religión católica, cuya influencia no se limitaba a eso, sino que llegó a manifestarse en la opinión pública de manera aún más capilar y generalizada prácticamente en todos los ámbitos de la información y de la comunicación (Núñez Rivero, 2017: 180-182).

En el relato de Teresa León esta red de mecanismos de control se evidencia a partir de una vertiente en concreto: la represión de la sexualidad y el asfixiante dominio del cuerpo, aspectos que la madre de la protagonista le impone como principios clave de su conducta:

> Soportando aquella dulce, arisca, observadora, inquieta, absorbente, fuerte madre se le habían pasado los años de la vida. Sin darse cuenta llegó la madurez a llamar a su puerta con un cesto de canas, arrugas, pliegues dobles y sencillos para adornar sus ojos, fruncir sus labios, abullonar su sotabarba. La madre confinaba en las adustas llanuras de la vejez, caminándolas con el coraje de un ejército que marcha a su objetivo […] Teresa […] estremecía los hombros, bailaba las caderas susurrándose lo que jamás deben saber las finas entretelas del pecho cuando de es tan virgen (León, 2009: 129)

[153] Para entender el papel represor ejercido por la Sección Femenina resultan especialmente esclarecedoras las palabras de Vázquez Montalbán (1996: 12) a la hora de definirla como: «Aquella fuerza de contención ideológica que fue la Sección Femenina sólo aportó a la cultura española un excelente recetario de cocina y la organización de Coros y Danzas, cocina y folklore como claras referencias de una determinada concepción del rol de la mujer».

En este pasaje es muy interesante notar como la escritora ha conseguido poner en entredicho la validez –y la legitimidad– de la doctrina católica por lo que respecta a la sexualidad femenina, ya que la castidad, en lugar de asociarse a presuntos ideales de pureza y de integridad moral, se relaciona aquí con un físico marchito y con una juventud marcada por la infelicidad. La vejación y la sumisión psicológica a las que está sometida Teresa por parte de la autoridad familiar se ven reflejadas también en la atribución de un apodo, el «Cabeza de ajo» que da el título al relato, que, al ser referido a sus supuestamente escasas habilidades intelectuales, desidentifica a la protagonista en tanto que sujeto pensante y la cristaliza en el molde de la mujer ingenua y necia, necesitada de una presencia reguladora que dictamine para ella lo que puede o no puede pensar, desear, hacer.

Una vez delineada la ambientación espaciotemporal, la linealidad de la narración se tuerce con la irrupción de un elemento problematizador encarnado por un soldado republicano que llega hasta la habitación de Teresa, buscando refugio y poniendo en crisis la inalterabilidad y el carácter incuestionable del orden en el que queda enclaustrado el yo femenino. En definitiva, la carga simbólica condensada en la figura de este hombre adquiere una gran importancia por ser el elemento erótico que, para Teresa, abre a una posibilidad de emancipación por medio de la apropiación de su propio cuerpo, desvinculado de las ataduras prefabricadas por el moralismo burgués y el dogma religioso que, históricamente, han hecho del deseo femenino algo absolutamente tabú desde el presupuesto que la mujer no tendría derecho a alcanzar ninguna clase de realización, plenitud ni bienestar que excediera su papel de mero complemento del hombre: «La señorita hizo girar su cuerpo estremecido de compasión. Abrió con brusquedad de quien socorre. El hombre estaba derrumbado sobre el edredón de plumas y raso rosa y lo había manchado de sangre» (León, 2009: 132). Sin embargo, la narración de este episodio no tiene nada de romantizado ni de idealizado: por el contrario, Teresa León eligió un enfoque realista –y mucho más fructífero de cara a su compromiso político y a su propósito reivindicativo– al visibilizar las contradicciones que fragmentan la perspectiva y la actitud de Teresa. En efecto, la aproximación al soldado republicano, más que delinearse como una epifanía repentinamente resolutiva y fluidamente canalizada hacia implicaciones transformadoras, se desliza por la frontera entre el afán de descubrimiento del otro y la reproducción coercitiva de los hábitos educativos asimilados. De este modo, la autora pudo destacar la eficacia de dichos instrumentos de control ideológico y, por

ende, llamar la atención alrededor de la importancia de aprender a descodificarlos para pensar, posiblemente, en la perspectiva de superarlos:

> Tente, cabeza de ajo. ¿Estás tonta? Hablarán de ti, murmurarán de tu inocencia, tendrás que irte a ocultar a un pueblo el sonrojo de tu deshonra. Calma. Meditemos. ¿Quién es? Un hombre…No, un herido. Cierto, un herido hombre. Y Teresa, renunciando a dar la alarma al vecindario, cerró la puerta de cristales que daba al gabinete para contemplar el cuerpo derrumbado (León, 2009: 133).

De forma similar a la concepción que orientó Max Aub en la preparación de los ejemplares de *Sala de Espera*, la conciencia de la realidad para Teresa León no supuso la renuncia total a buscar una verdad alternativa, aunque solo fuera para señalarla y apuntar a ella como algo que se podría concretar en futuro en tanto que resultado de un cambio que tiene necesariamente que ser estructural, llevado a cabo por medio de la colaboración de distintos actores sociales. Entonces, aun teniendo en cuenta la complejidad mencionada, a medida que se desarrolla la acción la iniciación sexual del personaje de Teresa se connota cada vez más de un valor simbólico de conquista de una libertad personal con potencial rompedor:

> Lo primero en que reparó fue el cinturón de cuero […]. Para ella un cinturón de cuero era la frontera viril […]. Esta de cuero encarnado, ancho de seis centímetros, pespunteado de adornos geométricos blancos, con hebilla bien niquelada. Le debía oprimir la cintura al pobre muchacho. Teresa se adelantó con esta idea y tocó el cinturón. Lo hacía con sed de conocimiento, como esos sabios a quienes les estaba prohibido estudiar al hombre y se proveían de cadáveres azules clandestinamente (León, 2009: 133).

Además, las contradicciones que caracterizan la manera en que Teresa se relaciona con el hombre herido, le sirvieron a la escritora para denunciar las distorsiones y las falsificaciones históricas que el régimen franquista aplicó, en clave propagandística, al relato de la Guerra Civil y a la representación de la lucha republicana:

> Pero Teresa, Cabeza de Ajo, se volvió caritativamente a una jarra, llenó un vaso y lo llevó piadosamente hasta los labios del vencido. Allí estaba mohoso, sin triunfo, abandonado un trozo de la guerra. ¡Qué risa! ¡El causante de que ella oyera misa por radio! (León, 2009: 136).

Aparte de subrayar la voluntad de los rebeldes de fundamentar la sociedad española en una clara y neta distinción entre triunfadores y derrotados –el soldado republicano sigue siendo connotado como «el perdedor»–, este pasaje del relato evidencia, en sus palabras

conclusivas, un argumento esencial de la manipulación discursiva puesta en marcha por los órganos de propaganda franquista: atribuirles a los republicanos la culpabilidad del estallido de la Guerra Civil. Por eso, cobra aún más sentido el hecho de que, cuando la protagonista se entera de que la contienda ha terminado a favor de los sublevados, el relato dé la vuelta –aunque de forma implícita– a esta versión de los hechos. En efecto, es la misma Teresa quien, con sus afirmaciones, deja entrever la verdadera razón –y las responsabilidades reales– de la conflagración de la contienda, o sea la defensa de unos privilegios de casta:

> —Señorita, la guerra ha terminado.
> —Tanto mejor, me fastidiaba mucho el tener que hacer cola con los zapatos nuevos para conservar mi jerarquía ante las pelonas del barrio (León, 2009: 135).

En este sentido, la ambientación burguesa y su caracterización por medio de los nudos problemáticos y de las dinámicas de alteración ideológica que acabamos de describir cobraba especial relevancia, sobre todo, en la fase histórica en la que se encontraba el régimen franquista. De hecho, la clase burguesa constituyó el primer apoyo social de la dictadura –aunque no fue totalmente homogéneo y ciertamente no fue el único–, tratándose de uno de los grupos que se habían percibido a sí mismos como los más amenazados por las políticas reformistas republicanas y aún más por el ascenso de los movimientos obreros y campesinos (Molinero e Ysàs, 1998: 136). Y, como sabemos, sin el apoyo de estos sectores sociales –y de la Iglesia, como hemos repetidamente comentado y como se observa muy bien a través del texto de Teresa León– y, sobre todo, sin la coartada del «mantenimiento del orden» que mantuvo a Franco en el poder durante tanto tiempo (Molinero e Ysàs, 1998: 134).

Por eso, para recalcar y denunciar la persistencia de esta red de complicidades, el relato de Teresa León no puede sino terminar con la muerte del soldado republicano y, con ella, el hundimiento de la perspectiva emancipadora de la protagonista:

> Los pasos de la madre torcieron camino hacia la cocina. ¡Ay si hubiera entrado! Si hubiera entrado y visto, se le habrían caído los ojos de asombro. Lo que Teresa, Cabeza de Ajo, estrechaba contra su pecho virginal era un soldado muerto (León, 2009: 140).

Hemos aludido ya a «Esplendor de Teresa» como perfecto complemento de las instancias políticas planteadas en «Cabeza de ajo». También en el caso del cuento que

cierra la colección, esto se ve no solamente a partir de la ambientación, sino, sobre todo, en la mirada que la autora proyecta sobre ella. En efecto, como apunta Ochoa (2007:165), lo que hizo aquí Teresa León fue brindar una visión muy diferente con respecto a la imagen romántica de la España rural, centrándose en las condiciones de pobreza y de miseria de un pequeño pueblo aislado, tal y como se observa en la descripción de la vida cotidiana del personaje de Teresa:

> Todo andaba usado por los bordes, gastado en los ángulos, un poquito comido o con algún remiendo sin disimular porque cuando se es tan pobre no vale la pena. Verdaderamente, no vale la pena hacerse trampas cuando se vive en un pueblo perdido, cubierto de nieve cuatro meses al año. Bah, bastante se hace con sobrevivir (León, 2009: 228).

Al hilo de estas premisas, prosiguiendo con la línea trazada en el relato de apertura de *Las peregrinaciones de Teresa*, el objetivo de la riojana solo podía ser, según Sánchez Zapatero y Fernando Larraz (2016: 17), el de seguir proponiendo una interpretación de la Historia divergente con respecto a la de los franquistas, contradiciendo la versión oficial que enmascaraba un Golpe de Estado bajo la eufemística denominación de «Movimiento Nacional» al tiempo que representaba a los republicanos como los responsables de la brutalidad desatada en la contienda española.

En efecto, de manera análoga a «Cabeza de ajo», nos encontramos en el marco de una Guerra Civil recién acabada y, a las dificultades materiales experimentadas por una población falta de medios y ubicada en un lugar hostil, se añade la violencia traída por la ocupación de una banda de forasteros fascistas que no tardan en ocultar la ilegitimidad y el abuso de sus acciones detrás de lemas y eslóganes autojustificativos y repetidos de manera obsesiva:

> Colocaron bandos. Pocos bandos porque no hay muchos muros, pero los pegaban hasta en las corralizas. Los papeles dicen que explicaban su derecho a mandar, pero como casi nadie sabía leer no se molestaron en mirarlos. Hablaban en nombre de la Nación y del Caudillo (León, 2009: 230).

El clima de terror instaurado y el nivel de atrocidades cometidas alcanza su apogeo en el momento en que los rebeldes asesinan a una vecina que se niega a obedecer a las consignas de los triunfadores y se resiste valientemente a reconocer la autoridad de estos últimos:

> Las mujeres observaron al rubito de la sobreboca aún pelada que parecía el jefe. Se adelantó para decirles: Borregas, ¿es que en este pueblo no hay pan? —Pan y hogazas redondas como trastes de obispos –contestó Paula, la deslenguada, la arisca, la fuerte Paula que sabía leer–, pero no para ustedes. —¿Quién eres tú? —¿Y tú? Hasta que no te salgan canas como a mí no sé porque me tuteas, yo jamás comí pienso con vosotros. A los gritos del forastero y de la Paula se arrimaron otras mujeres. Te llamaré de tú o como me da la gana y me besarás el…Pero al agarrarle las manos para obligarla, esas manos de la Paula tan hacendosas que parecían instrumentos de hueso, la mujer encontró en ellas y en su boca tanto asco que de una arcada se lo escupió en las narices […]. La contestaron con brutalidad y Paula se arrodilló, la arrodillaron mejor dicho […]. Luego la apoyaron contra la pared. ¡Lame!, gritaban. La Paula: ¡Asesinos! Los asesinos: ¡Lame, perra! Y le aplastaron la noble cara contra las nobles piedras de la Iglesia. ¡Lame! ¡La guerra la hemos ganado nosotros, puercos! ¡Fuego! Y la Paula cayó (León, 2009: 229).

Para vengar este episodio, los hombres de la aldea matan al asesino utilizando la escopeta de Lucas, marido de Teresa, e inmediatamente después huyen al monte. A consecuencia de esto, estalla la cólera de la guardia civil que, a su vez, secuestra a la protagonista, convirtiéndola en rehén para que el marido se entregue. Aquí consideramos que se produce el punto de inflexión más significativo en la cronología histórica encuadrada en este relato. Comenta Greco (2023b: 234) que, a estas alturas, Teresa, quien, hasta ese momento, había vivido en permanente actitud de espera, pasa a resemantizar el papel pasivo tradicionalmente asociado a su género bajo la forma de una firme resistencia a sus verdugos, o sea aguantando la violencia sufrida en el interrogatorio sin delatar a Lucas:

> La golpean ferozmente y da un alarido. Vigilan bien. Ellos son los que empujan al coro de mujeres. ¡Teresa, anda, di donde está, confiesa! Arde la mano magullada, la ha guardado bajo la axila y al pasar sobre el pecho, los pezones se le han contraído como pupilas y se ha quedado yerta […]. Siente pudor. Se aprieta el vientre con los puños. ¡No, que no venga! Y siempre ese bando que se enfría por las paredes ofreciendo su vida por la vida de Lucas… (León, 2009: 234).

Si en el caso de Aub hemos visto que la condición de espera de un exiliado republicano se originaba y tenía su razón de ser exclusivamente en la esfera geopolítica, para Teresa León existía, a nivel de legitimidad pública, un pasaje intermedio. En ella, el motivo de la espera pasaba primero por la reivindicación –transfigurada por la creación literaria–de su derecho a existir en tanto que sujeto activo en lo político. En tanto que intelectual, nunca estuvo –ni antes, ni durante ni mucho menos después del destierro– en igualdad de condiciones ni obtuvo el mismo derecho a opinar sobre la realidad política y social que los hombres –empezando por su marido y por todos los que formaban parte de su entorno más cercano– ni a ser ella misma productora plenamente autónoma de pautas

y valores culturales. Y, además, Teresa León entendía que, para miles y miles de mujeres, exiliadas o no –sobre todo si de clase humilde, como es el caso de la protagonista del cuento que nos ocupa–, salirse de la parálisis de la inacción significaba, antes de todo, lidiar con las ataduras predeterminadas por haber nacido mujer. Explicábamos, a la hora de delinear la etapa de formación de Teresa León, y justo lo estamos retomando para encuadrar el trasfondo conceptual de *Las peregrinaciones*, como la determinación de la subalternidad de género se ha producido siempre en el marco de un esquema relacional, es decir, el rol de la mujer definido a partir de la estabilidad del poder masculino y de la consecuente exclusión de la presencia femenina de lo público: entonces, era precisamente a partir de las dinámicas relacionales que plasmaban a la mujer en tanto que suplemento de la vida cotidiana del hombre donde había que desenmascarar la existencia de un conflicto y era precisamente a partir de ahí que había que intentar desestabilizar el *statu quo* que lo ocultaba.

En resumidas cuentas, hemos visto que, en el marco de su proyecto, y particularmente en "Librada", las formas que Aub adoptó para abrir espacios de acción en ese tiempo forzosamente estático estaban estrechamente relacionadas con una postura de heterodoxia ideológica en el contexto de la izquierda mundial y muy especialmente de la intelectualidad exiliada, mientras que, en el caso de Teresa León, lo que había era una actitud de heterodoxia religiosa –opuesta a un paradigma normativo representado por la España franquista–. Entonces, para la autora de *Contra viento y marea* buscar un resquicio de libertad pasaba, primero, por aquellas instituciones que prevenían a su género de expresarse con autonomía y libertad crítica. A este respecto, Greco (2023b: 235) subraya que si en «Cabeza de ajo» la postura divergente de Teresa León se manifiesta por medio de la erotización de la simbología cristiana –la Teresa abrumada por el deseo que tiene entre sus brazos el soldado moribundo recuerda a la imagen de la Piedad y la misma protagonista se compara a la Virgen[154]–, en «Esplendor de Teresa» eso confluye en el concepto de justicia moral del personaje, que reza pidiendo el castigo de sus enemigos, quienes estaban en conflicto con la ética cristiana que afirmaban defender, tema que, entre otras cosas, hemos visto frecuentemente tratado en *No son cuentos. Primera serie* de Aub:

[154] «Entonces, ante aquel milagro, como Teresa ausente de la vida tanto tiempo no sabía demonstrar su acatamiento de otro modo, rezó. Rezó porque estaba conmovida que se lo hubiesen dado con una marca roja en el muslo, corriéndole la sangre como a un Cristo. Torpona siempre de sus manos alcanzó la herida. La llaga estaba entreabierta, con un escarolado de rubíes, cárdeno y carmesí, gritando el postrero susurro que aún manaba el débil chorro último de un volcán. Cuando los dedos de ella alcanzaron el centro de la herida, el muchacho se despertó» (León, 2009: 134).

> Por la señal, madre preciosa, mátalos a todos, de la Santa Cruz, haz que sus ojos los coman las hormigas, de nuestros enemigos no dejes ni rastros, líbranos, Señora, Reina nuestra, de los canallas que gobiernan en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, devuélveme a Lucas (León, 2009: 228).

A pesar de que sus compañeros intenten impedirle que se rinda para salvar a Teresa –«Una mujer es un poco de humo en nuestro incendio» (León, 2009: 235)–, Lucas acabará dejando su escondite con la intención de entregarse:

> ¡Hablaré, Teresa, hablaré para no verte muerta!, ¡para que tú te salves! Y Teresa le murmuraba en los labios que mordían los suyos por primera vez: No, no calla. ¡Qué más da! ¡Deja que los del monte vivan! ¡Somos nosotros tan poquita cosa! (León, 2009: 238).

La decisión, evidente en las palabras de Teresa, de inmolarse por una causa colectiva y, sobre todo, la idea de que la vida del individuo singular carece por completo de importancia y de valor frente a la perspectiva de alcanzar el bien común resulta aquí despojada del carácter fanático que caracterizaba la disposición al sacrificio manifestada por el Ernesto de Max Aub, así como no aparece ninguna referencia concretas y contingentes al Partido como indiscutible fuente de razón. En parte, es cierto que esto se debe a la diferencia de filiación política de los dos autores, pero más allá de eso, y en línea con lo que acabamos de comentar acerca de la visión de Teresa León sobre la subalternidad femenina, la actitud de Teresa se explica más bien a partir de la intención de reivindicar la posibilidad para las mujeres de tomar una decisión propia, de convertirse en parte integrante de la resistencia (Ochoa, 2007: 166). Es, en resumidas cuentas, la voluntad de llegar a desempeñar por su cuenta un papel protagonista en la Historia, en un contexto en el que las mujeres son consideradas políticamente insignificantes –como se ve en la cita precedente, los sujetos femeninos son «un poco de humo en nuestro incendio»– o se las categoriza como individuos intrínsecamente sumisos y totalmente subordinados a la autoridad masculina, al ser definidas «obedientes como corderos» (León, 2009: 233).

Los demás cuentos que componen la colección, de forma similar a los dos que acabamos de analizar, están todos atravesados por las consecuencias conllevadas por el dogmatismo ideológico vertebrado por la alianza entre la ambición de la Iglesia de mantener su hegemonía cultural y la de la clase burguesa de preservar su posición privilegiada en el orden social. Tal y como hemos visto en los casos de «Esplendor de

Teresa» y de «Cabeza de ajo», incluso las otras protagonistas de *Las peregrinaciones de Teresa* experimentan una condición de desintegración con respecto al tejido social de España. La gran variedad de elementos diferenciales que caracterizan sus historias corresponden, en primer lugar, a la multiplicidad de los factores que han sido instrumentalizados para posibilitar y perpetuar esta condición de desintegración, ya sean factores biopolíticos –relacionados con la idea de enfermedad o con la presencia de alguna discapacidad o directamente de manifestaciones asimilables a la deficiencia mental o la locura–, la dinámica matrimonial, el honor familiar y, claro está, el cuerpo femenino. Y, en segundo lugar, consideramos que la pluralidad que estructura la colección responde a la necesidad de que a las mentiras fabricadas por el discurso oficial se les oponga una representación que sea lo más cercana posible a la complejidad de situaciones y a la estratificación producida por la heterogeneidad de condiciones materiales o de itinerarios vitales. Si el discurso del poder –un discurso que, por su carácter intrínsecamente ensimismado y por su connatural tendencia a ejercer el control sobre cualquier potencial elemento centrifugo o voz divergente– se califica por perseguir estrategias de simplificación, uniformidad y abstracción de la Historia, lo que le corresponde al intelectual disidente, lo que le correspondió a María Teresa León, era contradecir esa misma tendencia a proyectar una realidad sin fisuras e invariablemente homogénea, recurriendo a una representación que le permitiera fragmentar el pensamiento y el discurso único según la heterogeneidad y el dinamismo que caracterizan la Historia y sobre la base de las desigualdades que plasman el conflicto político.

También en el caso de «Primera peregrinación de Teresa», un primer detalle fundamental es la ambientación: se trata de un asilo de monjas destinado a niñas discapacitadas, cuyo trastorno funciona como elemento de estigmatización que las deslegitima como sujetos activos y aptos para habitar el mundo y su esfera pública. La metáfora del cuerpo enfermo, por lo tanto, clasifica a esas jóvenes mujeres como seres absolutamente residuales, rechazadas por la sociedad normativa porque consideradas de ninguna utilidad –estamos hablando de un lugar que «reclama niñas muy enfermas de enfermedades vergonzantes» (León, 2009: 143)–, ni siquiera como engranajes que garanticen el correcto funcionamiento de la maquinaria de dominación. Para más señas, el carácter irrecuperable de su condición –«aquel asilo era únicamente para criaturas incurables» (León, 2009: 145)–, las encierra en un estado de inmovilismo sin perspectiva de cambio posible:

> El jardín estaba lleno de niñas, pero eran niñas que no entraban allí por su pie. Teresa conservaba en su recuerdo la imagen de cómo las traen en cochecillos ingratos de aspecto; cómo las empujan sin esperanza […]. ¡Ay, aquellos cochecillos colocados en corro y esa pelota yendo y viniendo al hueco azul de los regazos, todos iguales, todos cubiertos por los mismos delantalillos torpes de costura, todos cosidos con desgana sin desenganchar uno de otro, para concluir antes la tarea! Y sus vidas estaban igualmente en fila, sin desenganchar, como sus camas, como sus lavabos, como sus banquitos […] (León, 2009: 142).

Este asilo no solamente se configura como lugar de parálisis vital, sino también de represión, puesto que «todo está ahí prohibido por miedo al mal ejemplo» (León, 2009: 145) y que las pequeñas enfermas no pueden acceder a algunas áreas del jardín. Muy especialmente, lo que estas niñas tienen vedado es el contacto con los hombres al tratarse de un establecimiento que, programáticamente, «excluye varones» (León, 2009: 143). El epítome de esta dinámica impositiva está representado por el personaje de Carlos, jardinero y única presencia masculina en el recinto del asilo, convertido, desde la óptica de las niñas –que no pueden ni comunicar con él ni verle– en un individuo quimérico. No por nada, con frecuencia se hace referencia a él como a «el príncipe Carlos» como para indicar el carácter mitológico e inalcanzable de su figura, pero también su estatus jerárquicamente superior. En efecto, subraya Ochoa (2007: 161-162), las jóvenes viven ahí en una condición de exilio al haber sido expulsadas sin remedio de la sociedad y reducidas a la inexistencia: de hecho, este tipo de ambientación ejerce precisamente de barrera social entre géneros, siendo configurado sobre la base de tabúes culturales dictados por el código patriarcal y, una vez más, por una moral especialmente opresiva acerca de la conducta – sobre todo, sexual– femenina.

No es casualidad que sea gracias a Teresa –la única niña sana presente en el relato, y visitante habitual del asilo– y a sus desplazamientos –justamente por su plenitud física, solo ella tiene esta posibilidad– que se llegue a descubrir el romance entre el propio Carlos y una de las religiosas –«la señorita Florentina en el mundo, sor Corazón de María en aquel huerto de dolores infames» (León, 2009: 156)–. Se trata de un destacado acto de desobediencia –hasta podríamos decir de rebelión– a los preceptos cristianos que, sin embargo, está destinado a ser reducido a la iniciativa individual de Corazón de María y a tener unas consecuencias efímeras: en el momento en que la Madre Superiora convoca a todas las monjas para descubrir quien había «perdido su inocente velo entre los rumores del jardín» (León, 2009: 156), sor Corazón vuelve a presentarse en su puesto y a asumir su papel «con suavidad de oveja» (León, 2009: 156) y con su «hermoso manto negro recién planchado» (León, 2009: 156).

La idea de un sujeto femenino desgajado de la realidad social constituye el argumento central también de «El diluvio de Teresa» y de «Los otros cuarenta años». En el primero de los dos relatos, la protagonista condensa en sus rasgos definitorios dos núcleos temáticos que aparecen con cierta frecuencia en la literatura de Teresa León, o sea, la inadaptación a un sentido de pertenencia definido por los lazos familiares –«No tenía ninguna virtud de sus antepasados […] por eso andaba sola la mayor parte del tiempo» (León, 2009: 197)– y, en un sentido más amplio, la disconformidad con el sistema de valores culturales de la alta burguesía: de hecho, el recorrido de Teresa por los ambientes de sociabilidad típicamente asociados a su clase de nacimiento la define como un individuo totalmente fuera de lugar y hasta invisible:

> Acudió a las tertulias. Los concurrentes la vieron entrar, pero apuesto a que nadie la vio salir […]. Pero se jugaba en todas partes […]. Las altas señoras cortaban, partían, amontonaban, desplegaban el abanico de las cartas, lo ocultaban delincuentemente en la palma derecha y todo se cumplía con el mismo ritual tozudo de la taberna, excepto las manos agrietadas, los dedos salivosos, la palma grasienta y el ennegrecimiento progresivo de los naipes. Teresa, mirando, iba y venía sin comprender (León, 2009: 198).

En el momento en que el sentido de soledad pasa de un nivel simbólico al plano real –«Al fin se había quedado sin familia, liquidada ésta por sucesivas enfermedades, unas con nombre y otras sin él, pero todas de muerte» (León, 2009: 197)– se antoja como muy significativo que la protagonista entienda de inmediato, casi como si se tratara del automatismo de un *habitus* asimilado desde su etapa formativa, que la única manera para salir de su situación de aislamiento es casarse. A primera vista, esta dinámica narrativa puede ser vista como una sonante contradicción, ya que, al fin y al cabo, en lugar de buscar una forma de emancipación personal, este personaje reproduce uno de los rasgos típicos que el moralismo burgués le atribuye al papel de la mujer en la sociedad, el de esposa. Por otro lado, precisamente el hecho de que, desde la perspectiva del personaje de Teresa el matrimonio sea la única forma –o, por lo menos, la más inmediata– para dar cabida a su exigencia de encontrar una ubicación en el seno de la sociedad en tanto que presencia visible, tangible y, a su manera, activa –o sea, alguien que tiene un valor humano reconocido y reconocible– resulta ser revelador del extremo grado de problematicidad que definía el proceso de autoafirmación de la mujer[155]. En efecto, es

[155] Con todo, consideramos oportuno hacer una aclaración: por muy provechoso que este nivel interpretativo pueda resultar en términos de fomento de una conciencia de género, no es menos cierto que precisamente la clave de lectura que estamos proponiendo se antojaría como más afín a la sensibilidad de una lectora del

sintomático que la Teresa protagonista de «Los otros cuarenta años» experimente un proceso inverso: en su caso, es la misma relación matrimonial que genera su condición de soledad y de desamparo. Cierto es que, ya a partir del título, se hace muy claro cuál es la circunstancia existencial en la que el personaje se ve sumido: un punto de ruptura, de escisión identitaria determinado en tanto que consecuencia de una acción concreta. Una acción de la que, como veremos, se dejan patentes las causas, las consecuencias y, por fin, la presencia de un agente. Teresa es abandonada por su marido y así se describen las primeras repercusiones que eso genera en la percepción que la protagonista tiene de sí misma y del lugar que ocupa en el mundo:

> «Aquí me quedaré hasta que vuelva […]. Pero yo no me quiero ir, yéndome, tendría la tranquilidad de mi muerte […]. Remordimientos, remordimientos por haberme dejado aquí sola, en medio de esta soledad, en medio de mí misma, en mi profundísimo abandono». Se inclinó sobre la corriente, donde antes hubiera seguido el diseño de su hermosura, y se quedó toda confusa de tener que verse toda emborronada en el sueño emborronado de antes. ¡Dios mío, antes! ¡Cuándo ella era la de antes! (León, 2009: 210).

Lo que trasluce en el flujo de pensamientos y en la sucesiva actitud de Teresa es la idea de separación forzosa, unilateral, producida a partir de una voluntad dominante sobre otra ya aniquilada, algo que la hace asimilable a un mecanismo de expulsión. Teresa, en efecto, es expulsada de la que, hasta ese momento, había sido su realidad existencial, pero eso no ha de entenderse sencillamente en el sentido de un cambio en los hábitos de vida cotidianos, sino que supone una situación de aislamiento social. En el ambiente alto burgués de la juventud de la autora y en la realidad de la España franquista –blancos de crítica de Teresa León, como hemos repetido hasta la saciedad– una mujer no estaba legitimada para existir y actuar en la esfera pública por sí sola y, además, desde un punto de vista meramente «moral» o del llamado «sentido común» –y, en este caso, hay que volver a recordar la influencia del catolicismo– es evidente que una mujer sola no era percibida de la misma manera que un hombre solo. Estas dinámicas se traducen en una imagen de desorientación en la que las consecuencias dadas por el abandono del hombre

siglo XXI, por lo menos medianamente culta, para quien este tipo de análisis resultaría más inteligible y fácilmente asimilable. Es razonable deducir que, en la época de redacción del relato, esta vertiente hermenéutica –y sus consecuentes implicaciones pragmáticas– resultase más difícil de captar y metabolizar. Como hemos comentado en otras ocasiones, tengamos en cuenta que estamos hablando de una autora que, estaba redactando su obra en el marco histórico de comienzos de los cincuenta y, sobre todo, estaba escribiendo –por lo menos idealmente– para unas lectoras que a lo mejor no habían alcanzado su mismo nivel de libertad de pensamiento ni tenían su misma conciencia política.

se metaforizan y a la vez se amplifican a través de la separación geográfica, al verse Teresa obligada a alejarse también de su tierra y a buscar otro lugar y otra comunidad en la que reubicarse:

> ¿Volveré? No, no volveré. Me han roto por la mitad. ¡Ochenta años! ¡Yo voy a vivir ochenta años! ¿Y cómo se viven cuarenta años más interminables? Tendré que conocer otras voces, habituarme a otras costumbres…Al principio, ni sabrían que me llamo Teresa, con una a abierta hacia el sur y esa crucecita de la T…No, No. ¡Cuarenta años! ¡No! Cuarenta años más sin él, con las venas llenas de nostalgias y los huesos de rencores (León, 2009: 216).

Como estamos viendo, mientras que en «El diluvio de Teresa» la perspectiva narrativa está enfocada exclusivamente en la coyuntura personal de la protagonista, es decir, la dinámica conflictiva o el nudo problemático se encuadran como algo que se agota en el individuo singular, en «Los otros cuarenta años» sí que el problema alcanza una dimensión colectiva y se reconoce en tanto que dinámica estructural. De hecho, en este segundo relato, lo padecido por Teresa se sale de los límites del yo del personaje y adquiere un alcance más amplio: «¡Pobre, pobre Teresa!, ¡pobres infinitas Teresa engañadas!» (León, 2009: 216). Ese mismo procedimiento de confluencia desde la esfera individual hasta una pluralidad de sujetos se da a la hora de visibilizar los factores causales de la súbita marginalización de Teresa:

> ¡Olvidarme a mí! ¿Soy una cosa, esa cosa que facilita la vida calladamente, tan calladamente que la podemos olvidar hasta que la necesitamos otra vez? ¿Soy un cepillo? No. ¿Soy un peine? No. ¿Soy una cigarrera, una caja de fósforos, un pañuelo? No, no. ¿Por qué me ha olvidado entonces? (León, 2009: 209).

El hecho de que la protagonista, a la hora de interrogarse sobre las razones del abandono por parte del hombre, se esté comparando a un objeto olvidado no solamente sitúa al lector frente a una de las vertientes ideológicas de la dominación masculina, o sea la reificación del cuerpo femenino, sino que pone de manifiesto su praxis: un cuerpo desgastado por la edad –que no es deseable como antes y que ya no puede ser maternal– hace de la mujer un objeto inservible porque no puede cumplir con la finalidad que se le ha asignado en la sociedad:

> Es como si la gran prueba acrobática de la vida se le viniese encima con su vaho a estiércol terminal y ella no pudiese defenderse. Le suben del fondo las más simples oraciones gramaticales: es que eres vieja, vieja, mientras se la revuelve toda la acidez del mundo en las entrañas (León, 2009: 212).

A este respecto, teniendo en cuenta lo que hemos visto acerca de la profunda conexión que la autora veía entre emancipación de la mujer y lucha de clases, cabría añadir que el punto fundamental de la reflexión de Teresa León no se centraba en el deseo o en las expectativas masculinas en sí mismas, sino en el hecho de que eso reflejase un mecanismo de subordinación con respecto a una posición dominante en la sociedad. Lo que importaba era subrayar precisamente que detrás del doble mecanismo que, por un lado, reprimía la sexualidad femenina y, por otro, cosificaba a la mujer, había una relación de poder legitimada por la ideología burguesa, en la que el cuerpo femenino tiene un valor reconocido hasta que pueda ser, a su manera, «productivo» o «provechoso». En el marco del sistema capitalista y del dominio burgués, el cuerpo de un obrero explotado en el mercado laboral es el cuerpo devaluado de una mujer que ya no sirve para el beneficio del hombre. Así es que la vejez de Teresa, razón que subyace a la segregación social a la que ha sido condenada por el hombre, supera su caso particular:

> Los hombres de mi casa quisieron alargar la vida con un frenesí de posesos. Yo los veo aún pasando sobre las lágrimas de mi madre, de mis tías, de todas las mujeres, todos ridículos de deseos mientras ellas iban encontrándose con los años limpiamente (León, 2009: 212).

En cambio, en «El diluvio de Teresa» el motivo del cuerpo femenino como reflejo de la que se presenta, antes de todo, como una forma de desigualdad político-social se relaciona, otra vez, con la denuncia de la hegemonía ejercida por el institucionalismo religioso. La anécdota narrativa es similar a la que hemos visto en el caso de «Locos van y vienen», ya que, en ambos relatos, se describe una situación en la que un eclesiástico se aprovecha de la supuesta ignorancia o ingenuidad de una mujer. En el cuento contenido en *Las peregrinaciones* un hombre que afirma ser el sobrino del cura intenta engañar a Teresa haciéndose pasar por experto mercader de joyas y objetos preciosos y así beneficiarse de la ingente riqueza de la protagonista al tiempo que intenta abusar de ella:

> Teresa, boquiabierta, sintió, de pronto, que aquel extraño, cediendo a un instinto de mozo de mulas, rodeaba sus hombros atrayéndola hasta su boca. Se dejó besar. Se dejó besar rugiendo y mordiendo. Cuando apretó demasiado fuerte el gañán, le pegó una bofetada (León, 2009: 200).

La reacción de la protagonista es el preludio de un acto de rebelión por medio del cual trata, en primer lugar, de vencer la sumisión en la que se había cristalizado su yo:

> […] es que por la noche yo estudio un diccionario de blasfemias y ordinarieces para castigarme a mí misma por mi insignificancia diurna. De día soy la pobre Teresa y de noche, el sargentón Teresa […]. Pero hoy se soltó el freno, la noche se hizo día, lo contrario del día del diluvio, y comenzó el diluvio de Teresa (León, 2009: 202-203).

Por fin, Teresa toma la palabra, conquistando un espacio de acción discursiva propio y una voz que se esfuerza por ser autónoma, llegando a desenmascarar tanto el abuso en sí mismo como la ideología que sirve para ocultarlo con tal de mantener al subordinado en un estado de ignorancia:

> Este gañán de monte, disfrazado de vendedor ambulante se presentó ante mí con la recomendación de ser su sobrino […]. Creía ser fino porque barajaba, escamoteándolos, sus tesoros, que por primera vez veía, y mientras por las orejas le salía vaho, yo le descifraba entre las cejas: «¡Ay!, que tú vienes enviado por la mano de la Providencia, no me cabe la menor duda. Pues no está pensando: ¡Si esta tórtola cae, buen año de caza!». Después levantó en vilo una mecedora. Sopesaba mis bienes (León, 2009: 203-204).

El «diluvio» pronunciado por Teresa alcanza su ápice en el momento en que, delante del cura, declara su voluntad de casarse con ese hombre con tal de reparar su honor. Este paradójico final, sin embargo, no es funcional tanto a representar a la mujer en tanto que víctima pasiva del conservadurismo católico y del tradicionalismo burgués, sino que lo que prima aquí es la denuncia de la hipocresía y de la doblez del institucionalismo religioso que, frente a la perspectiva de seguir acumulando beneficios, legitima, en la praxis, lo que, en línea teórica, profesa condenar. Como se puede notar, el cura de «El diluvio de Teresa», en lugar de ejercer de guardián de los supuestos valores de la ética cristiana, se hace cómplice de un acto de violación del código moral que, en esa época, definía la identidad social de la mujer, mostrando, una vez más, su carácter arbitrario y su finalidad prevaricadora:

> Usted pensó: la idiota de Teresa es un cordelillo fácil […] ¡Buenos cálculos! Excelente razonamiento para un par de rocines en yunta como los que me están escuchando. ¿Pero, han contado ustedes conmigo? ¡Bah, a la pobre Teresa le basta con un garañón, es una burra mansa! […] ¡Abrid bien las ventanas! Señor párroco, que lo oigan hasta los muertos de mi casa que usted asistió: Yo la infeliz Teresa, le pido, para reparar mi honor, la mano callosa de ese hombre (León, 2009: 206).

El rol femenino de la esposa abnegada y la ideología católica como forma de vasallaje aparecen también en «Tres pies al galgo» y «El noviciado de Teresa», dos relatos cuyo desarrollo temático sigue siendo marcado por el conflicto entre el intento de autoafirmación de la mujer y las ataduras ideológicas que la canalizan hacia un molde predefinido de subalternidad.

«Tres pies al galgo» se inserta, como apunta González de Garay (2009: 87), en la tradición de la malcasada, retomando la prototípica figura del romance español ya protagonista de *La bella de mal de amor*. La protagonista del cuento de *Las peregrinaciones* vive con gran frustración un vínculo matrimonial con un hombre muy mayor, abúlico, impotente y que no le presta atención. El oficio y el nombre de él, un profesor llamado Serafín Dorado, denotan su pretendida superioridad intelectual y moral a partir de la cual estructura una relación invariablemente vertical con Teresa, algo sellado por el hecho de que a esta última se le impone el apodo de «Paloma», claro símbolo –para más señas, retomado de la tradición cristiana– de pureza e inocencia y, en este caso, de una requerida docilidad frente al marido, cuyo nombre, en cambio, evoca los altos espíritus celestes. Significativamente, la actitud y los rasgos caracterizadores de Serafín hacen que la protagonista experimente el incumplimiento del destino de maternidad exigido a su género en tanto que condición identitaria imprescindible, contradicción que, como en el caso de «El diluvio de Teresa» se ve amplificada por la evolución de Teresa en clave de rebelión a la autoridad del hombre. Primero, por medio de una reflexión progresivamente más consciente y lúcida, en el marco de la cual se plantea preguntas acerca de su condición de «respetable señora casada» (León, 2009: 162), problematizando sus engranajes ideológicos manipuladores –«Pero esto, esta cosa que me rodea es lo que se llama un matrimonio feliz […]. ¿Es esto un matrimonio? […]. ¿Era esto quererme?» (León, 2009: 160)– y, finalmente, poniendo de manifiesto la artificialidad de unas pautas culturales que, por medio del pronombre en tercera persona plural, se encuadran como externos al sujeto, de forma similar a lo que ya hemos visto en el caso de Max Aub y de las categorizaciones nacionales con motivo de su primer exilio: «Dicen que me casé por mi voluntad. ¡Lo que engañan las apariencias!» (León, 2009: 160).

En segundo lugar, a través de la búsqueda de una confrontación directa con el dominador. A este respecto, se recrea un clímax análogo al enfrentamiento entre el personaje de Raimundo y su patrón en «Locos van y vienen», ya que, también en «Tres pies al galgo», al ostracismo cada vez más inflexible del elemento social poderoso, se opone una resistencia más firme por parte del elemento social subalterno: «—Teresa,

dulce y buena Teresa ¿no quieres escucharme? —No profesor Dorado, Serafín Dorado, quiero hablar» (León, 2009: 166); «—¡Teresa, calla! —No, hablo» (León, 2009: 167); «—Mujer, déjame hablarte. —Ahora soy yo la que habla, me muero hablando por lo mucho que he callado» (León, 2009: 167). Exactamente como hemos visto en muchas otras contingencias literarias creadas por Teresa León, tampoco la forma de violencia sufrida por la protagonista de «Tres pies al galgo» queda limitada a sus circunstancias individuales: «No soy más que una de las pobres Teresa que hubo por el mundo» (León, 2009: 168). Asimismo, consideramos importante subrayar que en los tres relatos que acabamos de analizar, Teresa León consigue llamar la atención sobre el verdadero factor problemático: la centralidad del hombre en tanto que elemento que le otorga sentido a la vida de las protagonistas, plasmadas en una dimensión relacional de la que depende su configuración identitaria. En efecto, hablamos de mujeres que experimentan una sensación de irremediable fracaso existencial al ser abandonadas por el marido –«Los otros cuarenta años»– o al verse totalmente desatendida por él –«Tres pies al galgo»– o cuyos pasos en el mundo resultan guiados por la voluntad de casarse a toda costa para alcanzar una vida digna y un estatuto social respetable –«El diluvio de Teresa»–.

En cambio, la protagonista de «El noviciado de Teresa» es una joven que decide emprender un viaje hacia el bosque –posible metáfora de un espacio externo a los estrechos límites de lo doméstico y, a la vez, fuente de conocimientos y de experiencias novedosas–, un itinerario de huida en búsqueda de las libertades que, por medio de una rígida educación, se les estaba negando:

> ¡Está sola! Aquí nadie y aquí nadie. Mirar y nadie: ni madre, ni hermanitos, ni vecinos, ni primos, ni abuela, ni parientes. Sola, pero no sola como la muerte sino como debe estarlo en la vida. Llena de vida, rellena de hormigueros de los pies a la cabeza […]. Grandes sucesos van ocurriendo entre las cuatro paredes de su cráneo. Es tan feliz que siente cómo acciona el corazón de general en jefe de su cuerpo. Nunca pudo pensar que estuviese tan cerca. ¡Por fin con su cuerpo! Y nadie a su lado para fatigarla de negativas: no hagas eso, Teresa (León, 2009: 179).

En este caso, la soledad de la que se habla corresponde a una condición de ausencia de ataduras normativizadoras –«nadie a su lado para fatigarla de negativas»– y al consecuente intento de construirse para sí misma una manera de habitar el mundo independiente y socialmente incisiva –«no sola como la muerte sino como debe estarlo en vida»–. En definitiva, la solidez y la plenitud identitaria de alguien que quiere emanciparse de la atonía y de la ineptitud a las que había sido reducida, como se observa

en una descripción en la que hay una clara correspondencia simbólica entre la apariencia física de Teresa y el sustrato ideológico que está programado para reprimir su autonomía y anular su fuerza de voluntad: «era frágil, tenue, casi inexistente para sus diez y seis años […] ¡Pobre Teresa, angelito falto de peso, ética, perlática, flaca, escurrida, meciéndose en el viento nada más abrirse la ventana» (León, 2009: 180). Sin embargo, este intento de Teresa parece destinado al fracaso:

> Echó a correr. De nuevo los árboles duros, pertinaces, inmóviles. No te asustes, Teresa. Seguía el bosque siendo el mismo, pero ahora daba miedo porque se había carbonizado. La sed huyó ante el miedo, el deseo de independencia ante la necesidad de protección (León, 2009: 183).

Si consideramos el espacio abierto del bosque como metáfora de la sociedad, o del mundo más allá del hogar, y, por otro lado, la huida de Teresa como un esfuerzo, personal y aislado, para integrarse en él con plenos derechos de existencia y libertad de acción, el hecho de que la protagonista, frente a un ambiente hostil, poblado por seres «inmóviles», abandone su propósito se configura como otra forma utilizada por Teresa León para demonstrar que el empeño individual no podía ser suficiente. Hacía falta que la sociedad cambiara en su conjunto, que las relaciones de dominación se deconstruyeran y que los recursos, materiales e inmateriales, se redistribuyeran según criterios de igualdad entre clases, géneros y entre todas las demás formas de categorización de lo humano. Hacía falta, como vamos repitiendo desde la primera página de este trabajo, una acción política y, seguramente, para Teresa León hacía falta seguir oponiéndose a la subordinación impuesta a su género y a la marginalidad impuesta a los exiliados republicanos, tratando de dar a su lucha un alcance lo más amplio posible para que fuese, de hecho, políticamente significante.

No es casualidad, por lo tanto, que la fuga de la joven protagonista de «El noviciado de Teresa» termine en un convento de monjas, donde lo primero que aprende de la abadesa es que «nuestras rejas son perpetuas» (León, 2009: 188). Entonces, si la llegada de Teresa al convento le sirve a la autora para volver a llamar la atención sobre la influencia social y cultural de la Iglesia en tanto que obstáculo objetivo en el itinerario de emancipación de la mujer, la permanencia de este personaje en aquel monasterio resulta funcional, otra vez, a cuestionar los pilares ideológicos que ocultan la violencia detrás del ejercicio del poder de la clase eclesiástica, primero en la España prerrepublicana y, luego, durante la época del régimen de Franco. Así es que la actitud de la abadesa se tiñe de una

serie de rasgos decididamente contradictorios. Por un lado, dejando muy claro que, en el marco de su gestión de las actividades llevadas a cabo en el convento –podríamos decir, de la «fuerza trabajo» que permite el funcionamiento de lo que, a su manera, es un orden social–, no se les está simplemente requiriendo a las otras monjas que cumplan una tarea o que realicen una labor, sino que se recurre a una forma de explotación a su vez derivada de la existencia de un orden jerárquico incuestionable:

> Desde hoy soy tu abadesa y me llamarás doña Leonor y cuidarás mis enaguas, que son muchas, y encañonarás mis tocas y rostrillos y batirás las claras que es preciso para cubrirme por la noche el rostro, y limpiarás mi lecho para que huyan las chinches a sus cuevas, y leerás por mí, ya que estoy cegando, el libro de horas que doña Costanza, hija octava de nuestro fundador Alfonso VII, dejó caer a la hora de la verdad (León, 2009: 188).

Por otro lado, se van desenmascarando tanto el afán de acumular riquezas y beneficios materiales –para ser admitida en el monasterio, «se precisa una dote de ocho mil reales» (León, 2009: 190)– como la voluntad de estructurar una comunidad homogénea –fácilmente controlable– y rígidamente selectiva –o sea, suficientemente excluyente y cerrada como para garantizarles el máximo provecho a sus élites–: «Teresa echó a correr […] y sin saber cómo se coló por las rendija de los dos barrotes saliendo a un atrio, donde encontró una aurora nueva y una fila de caballeros que, como ella, debían haber sido expulsados por pobres, judíos o no vírgenes» (León, 2009: 190). Precisamente el hecho de que Teresa no tuviese nada que aportar en términos de fortuna económica –y, en cambio, mucho que pedir ya que iba sin dote, sola y desamparada– y el hecho de que no cumpliese con los requisitos de «pureza» requeridos –había perdido su virginidad– acaba determinando su expulsión del recinto del monasterio, algo que no hace sino enfatizar el carácter abusador de los mecanismos ideológicos responsables de estas formas de hegemonía.

Tras haber sido echada del convento, tampoco el hecho de volver a estar en el espacio abierto y libre del bosque va a ser resolutivo para Teresa. El encuentro con un «Santo Amaro» (León, 2009: 193) que, después de haber prometido ayudar a la protagonista a encontrar el camino para regresar a casa, borra sus huellas en el suelo para que ella pierda la orientación de su trayecto, termina devolviéndola a la realidad de un claustro monacal: «Teresa se encontró súbitamente monja» (León, 2009: 194). El personaje principal no tiene más remedio que lanzar un llamamiento dirigido al colectivo femenino: si es que ella no tiene salida posible, lo que todavía le queda por hacer es evitar

que las que vendrán después de ella tengan que pasar por el mismo abuso: «Niñas, cuando os extraviéis en un bosque, cuidado de no tropezaros con un santo» (León, 2009: 195).

El conflicto entre una moral intolerante y un sentido común de corte mojigato y, en el polo opuesto, la actitud resistente de un sujeto femenino que se reafirma en su inconformismo surge de manera particularmente evidente en «Madame Pimentón» y en «La tía Teresa». Como explica Greco (2023b: 235), la protagonista del primer relato –ya aparecida en un cuento de 1944 publicado por la autora en la revista bonaerense *Correo Literario*– se inspira en el personaje real de Facunda Conde Martín, figura muy popular en el Madrid de principios del siglo XX, generalmente descrita como una pobre mujer estrafalaria y para la cual Teresa León inventa un pasado de éxito teatral en París, truncado por un incendio. La narración en primera persona de una mujer ya adulta, llamada Teresa, reconstruye a través de los recursos y de los fallos de la memoria –el sintagma «Olvidaba decir que» cuenta con cinco ocurrencias– los peculiares rasgos de un sujeto que tiene la disconformidad como única norma de vida, un individuo constantemente «en pugna con la autoridad» (León, 2009: 170). En Madame Pimentón, el perenne nomadismo, la excentricidad del comportamiento y la apariencia haraposa funcionan como elementos de oposición a un modelo de sociedad que no admite la heterodoxia y uniforma opiniones y pautas de conducta en aras de la continuidad de las relaciones de poder establecidas:

> Como desde hacía muchos años Madame Pimentón había decidido no confiar a la honradez del deshonrado mundo su fortuna cargaba con todos su bienes muebles e inmuebles metidos dentro de dos cestos y un saco. La veo ausente, misteriosa, cautivadora sentada en el apoyo de la iglesia del Buen Suceso […]. Y reía. ¿De qué se reía? Tal vez riese de la frágil piel dolorosa que recubre a la Humanidad. Tal vez de la Humanidad. Riéndose y haciendo política oposicionista vaciaba sus cestos y volvía a llenarlos con un delirio de prestigiador. No podía tener las manos quietas (León, 2009: 173).

La incomunicación y la incomprensión que rodean a Madame Pimentón se reflejan en el estigma de la locura –que remite, por lo tanto, a una entidad no solamente anómala, sino hasta potencialmente peligrosa y desestabilizadora que, por consiguiente, tiene que ser alejada de la sociedad normativa–, estigma en el que queda cristalizada –y descalificada– la identidad de Madame Pimentón: «La gente de aquel tiempo mío se limitaba a mover la cabeza y a llamarla loca» (León, 2009: 171).

En segundo lugar, la narradora del relato se propone dar cuenta de los diferentes matices de reaccionarismo con los que distintos actores sociales interpretan o se enfrentan

al elemento divergente: «los chicos malos del barrio la perseguían a pedradas, las chicas […] vacilaban en perseguirla porque no sabían bien si en aquel caso concreto se aplicaba compasión» (León, 2009: 169). El sujeto masculino, que se encuentra en una posición dominante en todos los aspectos, reprime la actitud de Madame Pimentón con una forma de violencia directa y explicita, en cambio, los sujetos femeninos, subordinados a la moral patriarcal, reproducen los hábitos cognitivos que se les han inculcado y acaban rechazando casi mecánicamente –aunque solo sea a través del filtro paternalista de la compasión– el modelo de mujer representado por la protagonista del relato. Otra vertiente de la exclusión se ve definida a través de la insolidaridad de quienes interpretan la otredad como un elemento que hay que «redimir» del supuesto «pecado» de salirse de los estándares hegemónicos, en lugar de considerarla un factor potencialmente enriquecedor: «Se la habían querido llevar muchas veces para redimirla […]. No se acercaba a ella ninguno de aquellos pecadores impenitentes sin empeñarse en hacerla santa» (León, 2009: 174).

Con todo, la reflexividad crítica encarnada por la voz narradora no se limita a elaborar un discurso en clave de denuncia, sino que dignifica la «locura» de Madame Pimentón, reivindicando su decisión de adherir a otra postura posible, es decir, una perspectiva de integración y de cohabitación:

> Olvidaba decir que la venganza del gas, ocurrida la noche antes de cambiar un teatro de París su iluminación por la luz eléctrica […], entregó a nuestra infancia madrileña un hermoso ejemplar de loca. Olvidaba decir que ninguno de nosotros –¡Oh dulces muchachos de mi época! – la teníamos compasión (León, 2009: 178).

La protagonista de «La tía Teresa», cuya peripecia vital está relatada en primera persona por su sobrina, corresponde a un paradigma de mujer que, en la España vivida por la narradora misma, brilla por su ausencia. En efecto, de la tía Teresa se cuenta que había crecido de manera tan desmedida que ya no cabía en el angosto perímetro de su hogar:

> […] abandonó la casa, porque un día las casas se achican mucho cuando las muchachas crecen. Teresa suponía que al trasponer el mar iba a encontrarse la casa grande que necesitaba una muchacha tan grande como ella, tan enorme como ella […]. Ninguno ve el vértigo de transformación de Teresa. ¡Qué tontos! Teresa, que antes masticaba poquito a poco una guinda, ahora se traga de un bocado una manzana […] (León, 2009: 218).

La indiferencia manifestada por las personas de su entorno hacia la evolución de esta mujer y la incompatibilidad de esta última con las limitaciones determinadas por el

ambiente, la empujan a abandonar su casa y su tierra: «Le da miedo volar, pero tendrá que irse sin más remedio hacia países de geografías más amplias, dejando atrás el suyo, tan pequeño, que ella lo cubre con cuatro hojas de rosa» (León, 2009: 218). Desde la realidad del exilio de Teresa León, cobra especial importancia que la protagonista del relato haya ubicado su lugar de destino precisamente en el continente americano. Aún más emblemático es el hecho de que no se refiera a un país concreto, sino que aluda expresamente a unas coordenadas mucho más amplias, posible guiño de la escritora a la heterogeneidad que caracterizaba las realidades geográficas y culturales que habían acogido al conjunto de la comunidad republicana desterrada al otro lado del Atlántico:

> Y el mismo impudor plácido tuvo al abonar su paisaje hacia América. «A América», dijo. Y los hombres de detrás de la ventanilla se rieron. «¿A América? —Pero, ¿a qué lugar de América, mujer? —Pues, a América» repetía Teresa porque de sus sueños de amor Teresa había retenido solamente ese nombre (León, 2009: 219).

En cambio, según Torres Nebrera (2003: 79), la anécdota del pariente que se embarca hacia América se inserta en el espacio de la memoria familiar de la autora y de las resonancias coloniales en las que vivía la rama paterna de su genealogía.

Una vez contextualizada la salida de la tía Teresa, la perspectiva narradora se centra en lo que la protagonista ha dejado atrás, fundamentalmente, en las condiciones de vida de quienes se quedaron en España. Estos últimos, no solamente siguen siendo pobres y desatendidos, sino que experimentan niveles de hambre y de miseria cada vez más elevados:

> Los años, veloces y desasosegados, fueron comiéndose las ilusiones de las tres hermanas. Seguían siendo pobres. Mejor dicho, éramos más pobres, porque al crecer los hijos aumentaban las hambres. A punto estuvimos cuando a tres de nosotros nos tocó ir a servir al rey, de embargarnos la casa y los campos de la abuela, porque por aquel reino en que vivíamos, por un lado, se entregaba la sangre; tal era su equidad (León, 2009: 221).

Las dificultades dadas por un ambiente saturado de injusticia y privado de esperanza quedan amplificadas por el aislamiento y la falta de apoyos que afectan a estos personajes, dinámica que encuentra su correlato simbólico en las continuas referencias a una tía Teresa alejada, imperceptible y, sobre todo, inalcanzable: una mujer que «jamás escribió» (León, 2009:219) y que, a pesar de las ilusiones que habían puesto en su regreso –un

regreso cargado de expectativas de cambio y de progreso–, durante un tiempo indefinidamente prolongado «no llegó» (León, 2009: 222).

Sin embargo, tampoco la tan anhelada vuelta de Teresa llevará consigo una conclusión positiva: esta última solo podrá contar con un rechazo rotundo por parte de sus familiares por no cumplir con la idea de riqueza y bienestar que se suponía que iba a traer de América. Desembarcará, también ella, desvalida y sin recursos: «—No la mires, que nos inundará de piojos. —O de cucarachas. Por los dedos le deben correr garrapatas perrunas. —No os riais así, pudiera atreverse a pedirnos asilo» (León, 2009: 224). Ni Teresa, por sí sola, podrá aportar el cambio decisivo que se necesitaba en su tierra de origen ni sus paisanos sabrán reconocerla como portadora de un pasado y de una identidad compartida. A pesar de que el fracaso parece ser total, la salida de Teresa en búsqueda de un espacio donde su evolución pueda llevarse a cabo, donde su «crecimiento» sea acompañado por un marco social que favorezca su plena integración –en definitiva, un espacio de libertad– es algo reivindicado por la narradora, quien rescata el modelo de mujer representado por la tía Teresa como ejemplo al que hay que seguir aspirando: «La tía Teresa sigue siendo, aún hoy, la única herencia posible que tenemos» (León, 2009: 225).

6. «Sucede que el mundo ha perdido la memoria»: la España de Franco y el proceso de entrada en la ONU (1952-1955)

En la constelación histórica de la segunda posguerra mundial, los que las potencias ganadoras definieron como los imperativos a perseguir, es decir, la reconstrucción de la paz, la liberación de los totalitarismos y la administración de la justicia –social y política– resultaron ser conceptos suficientemente amplios y abstractos como para acabar siendo funcionales a la lógica de la acumulación de poder y la conquista de la hegemonía política y económica que caracterizaron la Guerra Fría. A este respecto, cabe recordar que lo que hemos definido como la imposición del orden neoliberal de matriz estadounidense se articuló, bajo su correspondiente cortina ideológica, por medio de estrategias muy concretas. En efecto, más allá del Plan de Recuperación o Plan Marshall –activo desde 1948 –, la progresiva americanización de Europa se llevó a cabo a través de una serie de nuevas instituciones y nuevos acuerdos que estaban justamente finalizados a entretejer un sistema inédito de relaciones interestatales –Consejo de Europa, Comunidad Europea del Carbón y del Acero, Unión Europea de Pagos, Organización del Tratado del Atlántico Norte, etc.– que, a su vez, garantizasen la estabilidad política de un Occidente capitalista en lo económico y conservador en lo social (Sales, 2021: 236). Si por un lado es cierto que la España de Franco, en una primerísima fase, quedó excluida de este arborescente proceso, por otro, el estallido de la Guerra de Corea y la consecuente agudización del enfrentamiento entre los dos bloques a principios de los cincuenta favoreció el cambio de rumbo al que ya hemos aludido en los apartados anteriores: en los primeros meses de 1951 volvía a España un embajador estadounidense, Stanton Griffis, un evento que dio comienzo a las negociaciones para establecer un acuerdo militar entre ambos países, en concreto, la instauración de bases norteamericanas en territorio ibérico (Delgado, 2003: 56).

Sin embargo, el motivo de la lucha antisoviética no explicaba o, mejor dicho, opacaba las verdaderas razones detrás de este movimiento de mutuo acercamiento tanto desde la perspectiva norteamericana como desde la franquista. La voluntad de desentrañar estas verdaderas razones fue precisamente el objetivo que animó a Max Aub a la hora de redactar «Bases norteamericanas en España», artículo publicado originariamente en *Cuadernos Americanos* (vol. X, núm. 5, 1951) y posteriormente recogido en *Hablo como hombre*. Lo que hizo el autor fue ir más lejos de "Los hechos, según los cuentan", como recita el título del apartado que encabeza el texto, título ya suficientemente indicativo de

la intención del escritor de hacer saltar los engranajes de la alianza entre poder político, intereses económicos y estrategias comunicativas. En efecto, explicaba Aub, lo que a todo el mundo se le permitió ver era que:

> Siguiendo las indicaciones de los más alto jefes militares norteamericanos, el Presidente Truman decidió entablar pláticas preliminares con el general Franco para llegar a un arreglo castrense entre los dos países que representan […]. Una vez con la suya, no tenía por qué detenerse Norteamérica en el desarrollo de un proyecto que, a primera vista, consiste en hallar y aprovechar soldados donde los encuentre para una posible guerra contra la URSS (Aub, 2002a: 121).

Incluso la actitud originariamente desfavorable de la opinión pública estadounidense y la inicial oposición por parte del Partido demócrata en el Senado se desvanecieron «ante la mágica fórmula de las "necesidades militares"» (Aub, 2002a: 121). En estos pasajes introductorios Aub recurrió a unos expedientes retóricos –los sintagmas «a primera vista» y «mágica fórmula», amén del utilizo del entrecomillado "razones militares"– que iban encaminados a instilar dudas acerca de la verdad abanderada por el gobierno de Truman. Pero, a medida que avanzaba en el desarrollo argumental de su discurso, su crítica se hacía más directa y contundente, enriqueciéndose esta última de sus habituales recursos intelectuales con tal de alcanzar dos objetivos: por un lado, iluminar el papel de los agentes –siempre jerárquicamente repartidos entre quienes tienen poder y deciden con plena conciencia, quienes se conforman con tal de seguir con sus beneficios y quienes ejecutan mecánicamente– y, por otro, subrayar los intereses en juego detrás del simple acontecimiento[156].

En primer lugar, hizo hincapié en el carácter falsificador y mistificador inscrito en la construcción discursiva de la realidad por parte de la prensa estadounidense y de la demagogia del Gobierno. En particular, el autor se refirió a dos episodios cruciales: la entrevista de Franco con el almirante Sherman, jefe de la Marina de Estados Unidos, acaecida en julio de 1951 –en ocasión de la cual se sentaron las bases de los acuerdos militares mencionados– y, por esas mismas fechas, el cambio de gobierno en el régimen español, operación que conllevó una mayor presencia de católicos con respecto a los

[156] Como hemos explicado en diferentes secciones de nuestro trabajo esta tipología de enfoque, por lo que respecta a Aub, consta siempre de diferentes niveles que se entrecruzan entre ellos. En este caso, había que poner en evidencia que las negociaciones entre Estados Unidos y la España franquista no se estaban llevando a cabo entre pares. No se trataba exactamente de una relación horizontal. Importaba destacar el desequilibrio de poder entre ellos en el escenario global, la naturaleza meramente utilitarista de sus relaciones y, dentro de cada uno de los sistemas estatales, la existencia de un campo social profundamente estratificado y, a su vez, sometido al arbitrio del orden político establecido –o impuesto– como hegemónico.

falangistas (Escudé, 2003: 64-65). Los primeros fueron colocados, para más señas, en posiciones estratégicas tanto de cara al fortalecimiento de la alianza con el país norteamericano como para conseguir una mayor eficacia en cuanto a la manipulación ideológica a la que había que someter a la sociedad española para que asimilara el aparentemente «nuevo» sistema de valores –en particular, Luis Carrero Blanco ocupó el cargo de Subsecretario de la Presidencia, Alberto Martín Artajo el de Asuntos Exteriores y Joaquín Ruíz Jiménez el de Educación– (Viñas, 2003: 86):

> El día 18 Franco había reorganizado su gobierno. Alelados de tanto bien, los corresponsales yanquis se apresuraron a telegrafiar que el *Generalísimo* sacrificaba en el altar de la democracia. Ni las terminantes manifestaciones de los voceros del pretendiente al trono en contra del nuevo (¿) equipo lograron entibiar sus entusiasmos: todavía el 1 de agosto, H. Edward Knoblaugh, del INS, informaba desde la Corte: «El Generalísimo estaba en vías de reorganizar su Consejo de Ministros cuando Sherman hizo su inesperada visita a Madrid, y remodeló su nuevo Gobierno de modo que fuese aceptable por Occidente». Faltaba a sabiendas la verdad, engañando a sus lectores: ni la visita del almirante fue inesperada, ni la mayoría de los nuevos ministros son aceptables para una democracia que merezca el nombre de tal. Lo indudable es que existe una consigna norteamericana para hacerlo creer (Aub, 2002a: 122).

Más allá del evidente esfuerzo de contrarrestar las mentiras o las deformaciones oficiales –al fin y al cabo, los órganos de prensa son aquí representados como instrumentos de propaganda del Gobierno, algo que vuelve a desmentir la pretendida libertad de expresión presentada como seña de identidad del modelo cultural occidental en contraposición al soviético–, lo que a Aub le importaba subrayar era la voluntariedad –y, por ende, las responsabilidades conscientes y la componente de premeditación– detrás de estas operaciones de distorsión ideológica. De esto se trataba, ya que, continuaba Max Aub:

> No son, pues, razones de orden militar las que empujan a los EE. UU. lograr bases en España […]. Para la problemática contienda bastábanles las que mantienen en Islandia, Irlanda, Inglaterra, Francia, el Norte de África, Italia, Grecia y Saudi Arabia, por sólo referirnos al ámbito que pudiera justificar la ocupación de España. No, sino la paz y la normal expansión de un país seguro de su fuerza militar y económica. Norteamérica sigue el camino de cuantos imperialismos capitalistas han sido […]; busca ocupar las posiciones que el imperialismo inglés ha perdido o está en trance de perder. Así cobra su verdadero significado la concesión de bases en España (Aub, 2002a: 126).

Con la atención puesta en las consecuencias políticas –claro está, la situación de marginalidad del colectivo republicano, dentro y fuera de las fronteras peninsulares–, para el autor exiliado era fundamental remarcar un hecho: lo que se estaba ocultando desde el

gobierno norteamericano era que esta paulatina integración de la España franquista en la esfera de influencia estadounidense no estaba conllevando –y no conllevaría nunca– una normalización parlamentaria en un sentido democrático ni una apertura hacia el restablecimiento de los derechos civiles, sino que solamente se trataba de una gestión política de inspiración imperialista y una macroperación económica de matriz capitalista. Parece evidente que, desde su postura de sostenedor del proyecto de modernidad republicana, Aub no creyese en la posibilidad de un capitalismo justo y democrático. Ni mucho menos confiaba en el concepto de «cooperación o apertura internacional» propugnado desde el bloque oeste de la Guerra Fría, siendo ésta una formulación retórica que encubría las implicaciones reales, o sea, el hecho de seguir repartiendo a los ciudadanos del mundo entre colonizadores y colonizados. En este sentido, resulta acertada la consideración expresada por Ángel Viñas (2003: 84), quien definió el acuerdo entre la España de Franco y Estados Unidos –sellado definitivamente el 23 de septiembre de 1953 con la firma de los que pasaron a ser recordados como los Pactos de Madrid– como una mera «relación contractual», poniendo así en primer plano los beneficios mutuos que conllevaron: de hecho, a cambio de la autorización para instalar las mencionadas bases militares, el gobierno español recibió asistencia económica y técnica, junto al suministro de material de guerra para su ejército. Además, para el régimen de Franco, aquellos acuerdos significaron dar un paso más para salir del aislamiento internacional gracias al respaldo norteamericano:

> La palabra *base* dice exactamente lo que quiere decir, lo que no es corriente en el idioma internacional. Los norteamericanos buscan, en España, base donde hacer pie firme y extender su dominio […], no se trata de combatir, sino de ocupar, extender el dominio, controlar industrias: las razones militares no son sino cortina de humo, por eso el Departamento de Estado ha dado su brazo a torcer; trátase de ocupar bases de expansión colonial y no de preparación guerrera (Aub, 2002a: 126-127).

Entonces, los objetivos moralmente impresentables o susceptibles de plantear un debate público que, a su vez, hubiera podido desestabilizar un equilibrio que, a esas alturas, estaba todavía en proceso de consolidación, tenían inevitablemente que ser disimulados. Lo que estaba denunciando Aub era precisamente la degradación ética y la injusticia social inscritas en la naturaleza rebuscada y calculada de la dinámica histórica que acabamos de describir. Por eso, coherentemente con su idea de «tercera vía», se propuso cuestionar la combinación entre la instauración de la influencia norteamericana

y la progresiva asimilación de su discurso, mecanismo funcional a que la visión de un liberalismo «americanizado» (Sales, 2021: 237) se impusiese en España –y en toda Europa– como la única posibilidad de avance real. Básicamente, la propaganda legitimadora denunciada por Aub, entre otras cosas, se fundamentaba justamente en el supuesto hecho de que el proceso de modernización de España estaba siendo estimulado a partir del ascendiente estadounidense, algo que proporcionaría la esperanza de un progreso que había de ser evolutivo y no revolucionario, por ende, opuesto al «peligroso e incierto paradigma de desarrollo» propuesto por la Unión Soviética (Niño, 2003: 22). Para entender más en profundidad hasta qué grado de mistificación se llegó con tal de justificar, desde la perspectiva norteamericana, el acercamiento a un régimen dictatorial –y, consecuentemente, valorar la importancia de la operación crítica de Aub– es oportuno añadir que, en buena medida, los argumentos manifestados ante la opinión pública estaban relacionados con la llamada tradición doctrinal del «destino manifiesto», una visión mesiánica que proponía a Estados Unidos como los herederos de la misión de redimir a la humanidad de la tiranía, en cualquiera de las formas en que ésta se presentara a lo largo de la Historia. En efecto, a este país le correspondería la empresa, en tanto que bendecido más que ningún otro con recursos y con un determinado concepto de «libertad política», de mostrar al mundo que su modelo de «libertad» producía gobiernos eficaces y crecimiento económico (Niño, 2003: 122)[157].

Mirando hacia el otro polo de las negociaciones emprendidas en 1951, Aub quiso quitarle la máscara también a las maniobras políticas franquistas:

> Para salirse con la suya, Franco trajo al suelo de su patria, moros, alemanes, italianos, la Legión Extranjera […]. Nada tenía, pues, de particular que tocara ahora el turno a los poderosos del momento […]. Con las armas en la mano perdió España en trecientos años cuanto decorosamente podía perder. Por treinta dineros vende ahora Franco la propia metrópoli. ¿Dónde el honor, dónde la honra, dónde la soberanía que tanto cacareó el *Generalísimo*? (Aub, 2002a: 127-128).

Lo hizo, como era habitual, desde su postura enunciativa fraguada en la expulsión, insistiendo en las contradicciones que atravesaban la propaganda del régimen: en primer

[157] Resultan especialmente emblemáticas las palabras del general Vernon Walters –intérprete en los encuentros de Eisenhower y de Nixon con Franco–, quien, con motivo del cuarenta aniversario de los Pactos, llegó a escribir: «Los acuerdos firmados en septiembre de 1953 significaron cerca de 450 millones de dólares para España y permitieron que el país se convirtiera en una de las principales economías mundiales en un ambiente de libertad y de democracia [...]. España es en la actualidad un país plenamente democrático y un apreciado miembro de la Comunidad Europea y de las naciones libres del mundo. Me atrevo a pensar que sin los acuerdos entre España y los Estados Unidos la historia podría haber sido muy diferente» (*apud* Niño, 2003: 22).

lugar, la coartada de la Guerra Civil como movimiento en defensa de los auténticos valores culturales españoles –el mito de la «Patria pura» de corte biopolítico– y, en segundo lugar, la ya mencionada sacralización del régimen –la imagen de Franco que vende a España por treinta dineros crea un paralelismo con el notorio episodio del Evangelio en el que Judas vende a Jesús por idéntica cifra–. Finalmente, llegando a individuar una misma matriz ideológica entre la ilegitimidad del Golpe de Estado, la brutalidad de la represión y la violencia inscrita en la subordinación de España al imperialismo estadounidense –y así seguir rompiendo con la pretendida temporalidad lineal, delineada por el discurso oficial entre una genérica y abstracta tradición nacional y la etapa franquista–:

> Hundió a España en la discordia más sangrienta, rompió cuanto podía, desvergonzó la honra haciendo brotar la vergüenza donde nunca la hubo. Quince años de deshacer, de arruinar, de malbaratar. Quince años de privaciones, de vidas echadas a perder, de ceguera, de dolor, de sangre, de muerte, no le bastan. Quince años de silencio, de atraso, de represión, de muerte […]. Quince años para tener que rematar –¡y qué horrendamente exacta suena la palabra!– la tierra española a sus moradores, que no otra cosa es entregar bases a los norteamericanos, forzando la guerra hasta el último rincón español, o si no lo hay, entregarla en prenda de su bellaquería. No le bastó llenar de sangre española la tierra española; tenía que vender el suelo empapado (Aub, 2002: 129).

En el marco de la creación de condiciones propicias para que los españoles acogiesen favorablemente la implantación de las bases militares –y con ello, germinara cierta simpatía hacia sus instituciones y modelo de sociedad– se insertaba la inclusión de la España de Franco entre los beneficiarios de programas internacionales de intercambio educativo, cuyos principales medios de acción eran las bibliotecas de las casas Americanas, los boletines de prensa, los programas de radio y los documentales cinematográficos, junto con la puesta en marcha del Foreign Leaders Program, destinado a personalidades relevantes en sus respectivos ámbitos –con prioridad a miembros destacados de los medios de comunicación y el mundo editorial– y con capacidad para contribuir a la formación de una opinión pública que fuera favorable a Estados Unidos (Delgado, 2003: 55-56). Además, este programa preveía el incremento de becas que podían solicitar candidatos españoles para estancias de estudio en universidades norteamericanas que les permitiesen aprender métodos y avances forjados en estas últimas y, finalmente, intentaba persuadir acerca de la necesidad de que, para los intereses españoles, fuese necesario mantener una continuativa cooperación científica y educativa

con el país norteamericano, siendo todas estas actividades financiadas básicamente por éste (Delgado, 2003: 57-58).

La plena aplicación de estas iniciativas de acción cultural se produjo en 1952, en el momento en que la España franquista fue admitida en la UNESCO –el día 19 de noviembre–, causando un impacto muy significativo en la comunidad republicana exiliada, como manifestado por la delegación española que participó en el Congreso Mundial por la Paz, celebrado en Viena en diciembre de ese mismo año. Fue José Giral quien se hizo portavoz del sentimiento de desconcierto e indignación de sus compañeros desterrados (Aznar Soler, 2017a: 606):

> La admisión en la UNESCO, organismo creado para la defensa de la cultura; del régimen español que representa la negación de la cultura; del régimen de los asesinos de nuestros más grandes poetas, Federico García Lorca y Miguel Hernández, gracias a las presiones ignominiosas de Estados Unidos […]. Y no es sino la fase preparatoria para el ingreso del régimen franquista en la ONU […]. Desde la tribuna de este Congreso, que es la tribuna más noble de toda la humanidad, hacia la cual convergen las miradas y las esperanzas de todos los pueblos y de todos los hombres, quiero, en nombre de la delegación española, convencido de interpretar los sentimientos de toda la asamblea, enviar un saludo al heroico pueblo español que, en medio de dificultades y de martirios inauditos, contribuye valientemente a la lucha por la paz del mundo (*apud* Aznar Soler, 2017a: 606).

Más allá de la voluntad de seguir fomentando cierta cohesión y unidad de objetivos alrededor de una actitud de resistencia activa –de ahí el tono épico y el enaltecimiento heroico atribuidos a la lucha republicana–, hay que señalar especialmente la reivindicación de la causa de los exiliados como sinónimo de acción a favor del restablecimiento de la paz en el mundo, desmintiendo así la simplificación formulada por la retórica franquista que, de forma unívoca, asociaba el modelo político representado por el gobierno republicano con el carácter supuestamente peligroso y amenazante atribuido a la revolución comunista. Por el contrario, Giral reiteró la semántica violenta de la presencia de la España de Franco en órganos políticos y culturales internacionales. En la misma línea se articuló la firme oposición expresada por Max Aub en su artículo «Franco en la UNESCO», publicado en *Cuadernos Americanos* en enero de 1953 –incluido sucesivamente en *Hablo como hombre*– donde dejó patente que:

> Mas esta repugnancia amenaza extenderse a gran parte del mundo […]; porque la España nacida de la traición ha ingresado en la UNESCO y se atilda para penetrar en la antesala de la ONU, digo en la antesala, porque me huelo que no ha de llegar al salón por amor de algún veto. Pero en la UNESCO, sí –pese a los

> votos contrarios de algunos países que todavía no han perdido la virtud de la memoria ni de la justicia– (Aub, 2002a: 133).

El blanco de la denuncia del autor se situaba precisamente en la paradoja que suponía, por parte de una institución que se proponía edificar una cultura democrática y difundir un modelo educativo de libertad y progreso igualitario, la aceptación de un régimen cuyo orden social se cimentaba en dos pilares fundamentales: opresión y censura. Aub le dio un nombre específico a esa contradicción: amnesia interesada y prevaricación por parte del más fuerte, ya que, como subrayó el mismo escritor, aceptar la admisión de la dictadura de Franco en la UNESCO significaba legitimar el olvido de las víctimas sacrificadas sobre el altar de un poder totalitario. Por eso, la pragmática discursiva aubiana no pudo sino estar destinada a socavar la imagen conciliadora y armónica proporcionada por la propaganda –fundamentalmente– estadounidense acerca de este nuevo modelo organizativo global. Aub no quiso rendirse, sino que, una vez más, buscó la confrontación directa, construyó un frente de oposición que procuraba fomentar el debate abiertamente: «Sucede que el mundo ha perdido la memoria y por eso me permito, así os enfade, machacar y volver a machacar y volver a machacar este Inri en la puerta del año nuevo: Franco en la UNESCO, Franco en la UNESCO…» (Aub, 2002: 135). Así es que este renovado compromiso de reivindicación de una memoria ejemplar pasaba también por problematizar la progresión temporal según la cual el franquismo habría ido evolucionando, desvinculándose –«emancipándose»– de la inicial afinidad con el nazifascismo. En su artículo Aub quiso recordar a sus lectores la necesidad de desconfiar de esta clave de lectura: el «devenir» del régimen no era otra cosa sino el fruto de los cálculos de las instancias políticas dominadoras, españolas y globales[158]. También quiso

[158] A este respecto, es interesante notar la respuesta de parte de la intelectualidad francesa y el rechazo de algunos miembros destacados a colaborar con la UNESCO mientras se planteara integrar a la España franquista en la institución: muy especialmente, nos parece relevante mencionar el encuentro celebrado el 30 de noviembre de 1952 en la sala a Wagram de París precisamente para protestar contra la admisión de la dictadura española, mitin en el que participaron Jean Cassou, Louis Martin Chauffier, Émile Kahn, Charles-André Julién, Albert Camus junto con Salvador de Madariaga y Eduardo Santos; y es aún más significativo observar como Camus, en su discurso, evidenció precisamente la conexión ideológica entre el régimen de Franco y el nazifascismo denunciando, con aguda ironía, la hipocresía y el oportunismo del general español –tengamos en cuenta que el texto fue publicado en diciembre en el periódico anarcosindicalista español *Solidaridad Obrera*, después en el número 22 de la revista *Preuves* y, finalmente, en la rúbrica «Création et Libérte» de sus *Actuelles III. Chronique Algérienne* en diciembre de 1953: «Ese día, que es aquel en que nos encontramos, debería inspirarnos al menos un pensamiento compasivo hacia el pobre Hitler. En vez de matarse por un exceso de romanticismo le habría bastado con imitar a Franco y armarse de paciencia. Hoy sería delegado de la Unesco para la educación del Alto Níger, y el propio Mussolini contribuiría a elevar el nivel cultural de esos pequeños etíopes a cuyos padres masacró un poco no hace tanto tiempo. Entonces, en una Europa por fin reconciliada, asistiríamos al triunfo definitivo de la

recordar que Franco –no España como colectivo de ciudadanos, sino el poder personalista del dictador– no entró en la UNESCO porque tenía derecho a eso, sino porque los países miembros decidieron –voluntariamente– ignorar la brutalidad con la que el régimen había interrumpido –y seguía manteniendo enterrado– lo que sí había sido un proyecto de desarrollo democrático votado por unos ciudadanos libres:

> He aquí que la Educación, la Ciencia y la Cultura de las Naciones Unidas se ponen de acuerdo y acogen con todos los honores al deshonor, a la mochería, a la más sangrienta cáfila reaccionaria, a la negación de los derechos del hombre. ¿Hasta dónde va a llegar el rebajamiento –y el relajamiento– del sedicente mundo libre? (Aub, 2002a: 135).

Entonces, si por un lado es cierto que Aub, en este artículo, deconstruyó la idea del cumplimiento de un «destino» natural, por el otro, no representó este episodio como un punto de inflexión histórico. Más bien, recurrió a otro matiz semántico: como se ve a partir de este fragmento, Aub puso el acento sobre el hecho de que la entrada de la dictadura de Franco en la UNESCO fue el resultado de un pacto, de un consenso entre quienes tenían el suficiente capital económico y político como para apoderarse del curso de la Historia. Las Naciones Unidas «se pusieron de acuerdo», o sea, sopesaron implicaciones y consecuencias de la admisión del régimen español y, finalmente, reputaron que así tenía que ser: por lo tanto, en su diagnóstico sobre las luchas que permanecían latentes en la constelación política occidental, Aub evidenció cómo la difundida actitud de desmemoria que había caracterizado el proceso referido entrañase las huellas de un presentismo acrítico que aspiraba a ocultar las razones del disenso y los motivos del conflicto. Así lo comentaba el autor dejando claro que su deber, en tanto que intelectual, era posicionarse en contra de la violencia y del abuso perpetrados por medio del olvido:

> Los políticos llegan al recuerdo –que es la Historia– a fuerza, muchas veces, de lo que llaman contemporizar; es decir, ser contemporáneo, olvidar lo pasado con tal de asegurar el paso inmediato, transigir, condescender, mentir. No son estas prendas del escritor, como no sea por juego (Aub, 2002a: 234).

La imagen del poder político que quiere ser a toda costa «contemporáneo», que no quiere contar con el pasado –o, mejor dicho, que prefiere «transigir, condescender, mentir» con

cultura con ocasión de un inmenso banquete de generales y mariscales servidos por una cuadrilla de ministros demócratas, pero decididamente realista» (Camus, 2023: 146-147).

tal de liquidarlo– podría funcionar como preludio de algunos aspectos de la conocida –aunque muy posterior– teoría del «fin de la Historia» de Francis Fukuyama, sobre todo en lo que tiene de concepción historicista y simplificadora que, según Sales (2021: 235), pretende diluir el contrapeso del socialismo –de la lucha de clases, del enfrentamiento que dinamiza la Historia– para afirmar que la única vía de éxito modernizador para el mundo es, justamente, el modelo capitalista.

En efecto, incluso la esperanza expresada por Aub de que «algún veto» habría impedido la entrada del régimen de Franco en la ONU acabó por ser defraudada. Posiblemente, desde la perspectiva del colectivo de exiliados republicanos, lo que resultó todavía más grave fue que, también en este caso, la aceptación de la dictadura española por parte de un organismo internacional fuese consecuencia de un pacto, de un consenso, entre poderosos que desplazó por completo las contradicciones éticas inscritas en aquella acción histórica. Cabe especificar que el hecho de que Franco tuviese que esperar unos años no dependió tanto –o no solamente– de su perfil político, sino del bloque institucional que sujetaba la organización, reflejo, a su vez, de las hostilidades derivadas de la Guerra Fría: dado que la unanimidad era indispensable para el ingreso de nuevos miembros, Estados Unidos y la Unión Soviética habían recurrido constantemente a su poder de veto para impedir el ingreso de países afines al oponente y, desde la fundación de la propia ONU, habían ingresado solo nueve miembros nuevos –el último en 1950– (Sánchez González, 2015: 16). Entonces, a la indudable ventaja que los Pactos de Madrid –y, en general, el acercamiento a Estados Unidos– supusieron para la España de Franco de cara a su normalización en el contexto global, tenemos que añadir este otro factor: el consenso alcanzado en 1955 entre EE. UU. y URSS para desbloquear la admisión de nuevos miembros en la ONU. Al cabo de años de complejas negociaciones, el trato se cerró en torno a un conjunto de países que ambas superpotencias acordaron no vetar y, como resultado, el día 14 de diciembre de ese mismo 1955 se admitieron simultáneamente dieciséis nuevos miembros, bajo la recomendación del Consejo de Seguridad y la aprobación, aquel mismo día, de la Asamblea General: entre ellos, por cierto, estaba la España franquista que no tuvo ningún voto en contra –aunque sí una abstención– en el Consejo, y 55 votos a favor –y dos abstenciones– en la Asamblea (Sánchez González, 2015: 18).

Como señala, entre otros, Aznar Soler (2017a: 607), el impacto causado en la comunidad exiliada republicana fue enorme: la entrada del régimen en la Organización de las Naciones Unidas obligó incluso a los más optimistas a medir la envergadura

política de este episodio. Después de tres años de lucha defendiendo sus derechos de existencia en el marco de una guerra ilegítima y de casi quince años de resistencia –no solamente a la violencia generada por el franquismo, sino también a la soledad, a la dispersión geográfica, a las dificultades de adaptación, a las nuevas experiencias de exclusión debidas a la diáspora–, la incorporación de Franco en una institución de naciones cuya carta fundacional declaraba el firme empeño «to save succeeding generations from the scourge of war, which twice in our lifetime has brought untold sorrow to mankind, and to reaffirm faith in fundamental human rights, in the dignity and worth of the human person […]» (*United Nations Charter*: «Preamble») no podía sino generar una percepción de impotencia y un extremado sentido de frustración. El carácter compartido de la reacción de los exiliados y la trascendencia de aquellos momentos ya habían sido anticipados por Teresa León en una carta destinada a Max Aub, fechada diciembre de 1954: «¿Qué felicidad o qué solución para nosotros? Todo se aleja hasta borrar casi el límite de la esperanza» (León, 2023:48). Como estamos viendo, el límite del que habla la escritora se torció en un profundo estado de crisis justo un año después. En diciembre de 1955 las expectativas de «felicidad o de solución» que mencionaba Teresa León, o sea el regreso a una España republicana y liberada del yugo del franquismo, fueron sacudidas con una fuerza sin precedentes. Se hundieron las expectativas concretas y contingentes, pero, seguramente, en el caso de Teresa León y de Max Aub, no se hundió el compromiso ético-político de resistencia.

6.1 «Trabajo con la ilusión lejana de España»: vacíos presentes y proyecciones futuras

Si la legitimación internacional de la España franquista dejó al conjunto republicano atrapado en una condición de desamparo político, para las componentes del género subalterno la percepción de estar quedándose paralizadas en un estado de soledad impuesta no pudo sino volverse más aguda y amplificar la sensación de enajenación social, ya de por sí experimentada en grado mayor con respecto al colectivo masculino. Salvando, como siempre, las distancias entre perfiles de mujeres diferenciados por múltiples factores –en términos de nivel de vida y de posibilidades de emancipación–, se puede decir que, para todas, la labor que les correspondía –fundamentalmente, el tipo de aporte o de contribución a la sociedad que se esperaba de ellas– estaba encaminada a

apartarlas en el ámbito de las necesidades cotidianas relacionadas con la dimensión familiar y/o privada. Esto significaba que, a pesar de que precisamente el colectivo femenino constituía, en buena medida, el soporte concreto que garantizaba la sobrevivencia en los países de destino, solo se reconocía o se justificaba su existencia en el ámbito del colectivo del exilio en función de la ayuda dada a los hombres: dicha invisible mezcla de soledad y anquilosamiento queda perfectamente reconocible en una carta de Teresa León a Max Aub, fechada 23 de abril de 1953, puesto que, en esta última, la autora dejó constancia de que «sigo encadenada al vivir menudo, la casa, los conflictos económicos» (León, 2023: 36). Este específico motivo de descontento con el que la autora resumía su vida diaria en Buenos Aires no era un caso esporádico. Por el contrario, esta descripción de sí misma en tanto que sujeto confinado en un espacio de desidentificación hecho de obligaciones limitantes y falta de reconocimiento social aparecieron con frecuencia en la relación epistolar que se estableció entre los dos escritores. Esta última empezó a raíz de la invitación de Aub a que los Alberti-León se sumaran al proyecto editorial *Patria y ausencia*, colección ideada por el primero en 1952 –y que volveremos a mencionar más adelante– con el intento de dar cabida al polifacético prisma de voces de la España peregrina y del insilio (Greco, 2023a: 7-8), precisamente en una época en la que, como recitaba el folleto destinado a anunciar la colección, «el panorama internacional parece menos propicio que nunca a albergar una solución honesta a nuestros problemas» (Aub, 2023a: 44).

La entusiástica aceptación de Teresa León a participar con la novela *Juego limpio*, junto con el sucesivo intercambio mantenido con Aub, conforman una plataforma privilegiada para entender las vertientes problemáticas asociadas al exilio femenino que acabamos de comentar: en efecto, ese mismo 23 de abril de 1953, antes de expresarse acerca de su situación doméstico-familiar, había escrito Teresa León: «El mismo procedimiento sigo con "Juego limpio […] y la recopio en avión [*sic!*] mal y lentamente pero no tengo secretaria, ni casi máquina de escribir, ni tiempo» (León, 2023: 36), dando así cabida a unos motivos de descontento que reiteró en la carta enviada el día 13 de mayo de 1953: «te llegarán algunas páginas de "Juego limpio" que yo sigo malcopiando en medio de los mil trabajos y dificultades de mi vida» (León, 2023: 37). En otra carta, remitida con fecha 24 de junio de 1953, quiso expresarse de forma todavía más directa, asegurando que:

> Trabajo en condiciones desastrosas, cada día con una máquina y a cuál más vieja, si es nueva, como no la entiendo, escribo peor. Diariamente he de hacer tantas cosas que la copia se va quedando atrás. Pero ya se termina. Los últimos capítulos los recibirás en breve. Ojalá no se pierda ninguno. Escríbeme para tranquilizarme. Me parece que estoy echando cartas en un pozo (León, 2023: 39).

El tono de preocupación reflejado por la urgente necesidad de una respuesta y por la inquieta voluntad de seguir manteniendo un diálogo con su interlocutor enfatizan y le dan aún más sentido a las ocasiones –localizables, como estamos viendo, en su correspondencia y en algunos pasajes de sus memorias[159]– en las que Teresa León decidió no callarse acerca del malestar causado por el esfuerzo que suponía para ella el hecho de saberse obligada, en tanto que mujer, a cargar con las tareas domésticas y con todos los asuntos y las preocupaciones de la vida consuetudinaria, ya que tenía que asegurarse de que su marido tuviese tiempo, espacio, estabilidad emocional, sosiego y libertad para poder ocupar el primer plano del escenario público y resplandecer a través de una imagen de poeta admirable que oscurecía el aporte material e intelectual de ella[160]. Viéndose obligada, además, a conciliar toda esta labor con el tiempo y las energías que tenía que dedicar a una serie de trabajos que limitaban su capacidad y sus potencialidades artístico-creativas, pero que le servían para contribuir al sustento de su familia y, a la vez, seguir con su incansable compromiso político como intelectual republicana.

Sin embargo, el conflicto encarnado y exteriorizado por Teresa León no era sino la punta del iceberg. Volviendo a ampliar la mirada al colectivo de exiliadas e insertando el caso de la escritora en la contingencia histórico-política en la que todas estuvieron involucradas, remitimos al trabajo de Josebe Martínez (2017: 186-187) para explicar que la adaptación a la inédita situación del destierro exigió sacrificios y un nivel de entrega

[159] Escribió en *Memoria de la melancolía*: «Yo no quedaré, pero cuando yo no recuerde, recordad vosotros las veces que me levanté de la silla, el café que os hice, la indulgencia que tuve al veros devorar mi trabajo sin decirme nada [...]. Recordad que mi mano derecha se abrió siempre. Recordad que no era fácil el diálogo ni la paciencia y que todo se venció hasta los límites y más allá. Cuando penséis en mis pecados, tenéis que sentir la misma piedad que yo por los vuestros. Cuando yo todo lo olvide y cante como mi abuela con la última luz de la memoria, perdonadme vosotros, los que os agarrasteis a mi vestido con vuestras manitas tan pequeñas» (León, 2020: 233*)*.

[160] En efecto, afirma Greco (2023a: 8-9), resulta ya suficientemente indicativo que en la correspondencia entre la familia Alberti-León y Max Aub fuese la escritora riojana la verdadera portavoz de su núcleo familiar y protagonista activa en la gestión de los trámites para la publicación de textos suyos y del marido, siendo esta una tarea en la que Aub ejerció de mediador en numerosas ocasiones. Esto se puede fácilmente comprobar observando la considerable diferencia, en términos cuantitativos, entre las cartas escritas por Teresa León y las escritas por Alberti: en el epistolario publicado por la propia Barbara Greco bajo el título *La amistad, patria de los sin patria. Epistolario inédito (1953-1972)* (Renacimiento, 2023), se puede notar que, entre las cuarenta y siete misivas redactadas por la pareja –recuperadas investigando en los fondos documentales conservados en la Fundación Max Aub y en los de la Fundación Rafael Alberti– cuarenta y cuatro cartas fueron redactadas por Teresa León y solamente tres por el poeta gaditano.

adicionales por parte de las mujeres, debido justamente a la precariedad y a la exigencia de rehacer sus vidas y la de sus familias para compensar los riesgos y las dificultades del desarraigo. Estos aspectos, como hemos visto en las cartas de Teresa León, supusieron una vuelta a las prácticas del hogar y a una consecuente carencia de tiempo, de fuerzas y de recursos para dedicarse a empresas «mayores», es decir, culturales, intelectuales o políticas; porque estaba claro que el haber tenido ideas políticas propias y/o haber sido militantes convencidas no las dispensaba de sus deberes domésticos. A este respecto, llama la atención la publicación por parte de Teresa León de *Nuestro hogar de cada día. Breviario para la mujer de su casa* (1958), en el que, dirigiéndose explícitamente a las mujeres argentinas –como indicado en la introducción– tuvo que entrelazar, sin solución de continuidad, citas de autoras célebres, cuestiones de interés cultural y reflexiones sobre la condición de la mujer con consejos de cocina, de gestión doméstica, de puericultura y de belleza, siendo esta peculiar estructura la manera más funcional –la única– para hacer que las secciones de tema literario o relacionadas con instancias culturales e intelectuales llegasen a un público de mujeres lo más amplio posible precisamente en el contexto social del país rioplatense.

Además, no nos sorprende en absoluto constatar, según lo que refiere Celia Faba Durán (2021: 655), que las razones que llevaron a Teresa León a escribir este texto –publicado dentro de la colección *Mucho gusto* de la editorial Compañía General Fabril Editora– fueron básicamente económicas, ya que el texto estaba programado para la venta y el consumo; de hecho, si tenemos en cuenta las liquidaciones, los recibos y los adelantos de la publicación, se puede comprobar que la obra vendió más de 10.000 ejemplares en por lo menos tres ediciones, lo cual supuso una ganancia cercana a los 90000 pesos argentinos, un soporte notable para la subsistencia de Teresa León y de su familia. Entonces, concluye Faba Durán (2021: 664):

> León […] supo aprovechar las circunstancias de precariedad económica para dirigirse directamente a sus congéneres, introducirlas e interesarlas por la literatura y, sobre todo, por la trayectoria vital de otras mujeres. Reducir *Nuestro hogar de cada día* a un simple recetario de consejos para el ama de casa es simplificar el contexto de creación de la obra y caer en el error de creer que León solo quiso proporcionar trucos para educar hijos y complacer al marido, pues el breviario supera estos prejuicios mediante una ingeniosa combinación de saberes con el objetivo de instruir y fomentar en la mujer en lo verdaderamente importante: el desarrollo del pensamiento crítico a través de la lectura.

En síntesis, también Pilar Domínguez Prats (1994: 204) confirma que este tipo de empresas editoriales eran habituales entre las mujeres exiliadas, siendo que, además:

> La trayectoria profesional de las escritoras que salieron de España en edad adulta estuvo condicionada en gran parte por su formación autodidacta; aún a pesar de que bastantes de ellas pertenecían a las clases altas de la sociedad española, solo habían recibido educación de «señorita». [...] En relación con este y otros factores, muchas escritoras tendieron a situarse en los medios de comunicación en relación con las mismas mujeres: escribían novela rosa y artículos para revistas femeninas y dirigen programas femeninos en la radio […]. Esta especialización seguramente no fue escogida por ellas, sino que se encontraron con más posibilidades de trabajo en los medios de comunicación dirigidos a las mujeres; aunque su dedicación a ello fue coyuntural y parcial, puede decirse que les restó influencia social al colocarse en un ambiente literario minusvalorado.

En efecto, en ningún caso el medio social del país de destino llegó a facilitar –no digamos a fomentar o a valorar– la profesionalización de la mujer y no era nada fácil, ni siquiera en el caso de los grandes talentos, cultivar cierta confianza en sí mismas como artistas, intelectuales o sujetos políticos activos, como comenta la misma Martínez haciendo referencia, además, a las reflexiones expuestas por otra exiliada republicana, Mada Carreño, en una entrevista realizada en 1994:

> Nosotras, las mujeres, en general, empezamos a escribir vergonzosamente, en secreto, sin confiar en lo que hacíamos, y en el exilio no hicimos grandes esfuerzos por ser reconocidas. Escribir debe ser una profesión y nosotras nunca lo aceptamos como tal…Además, pasé mi vida perdiendo el tiempo, es un decir, dedicada a otros (*apud* Martínez, 2017: 187).

En este sentido, llama la atención el hecho de que, en línea general, los textos autobiográficos de las autoras exiliadas resulten salpicados de referencias a las condiciones materiales a las que nos estamos refiriendo en estas páginas –básicamente, a las dificultades prácticas y a los problemas económicos–, mientras que, las obras autobiográficas de autoría masculina resultan casi totalmente centradas en la dimensión publica, en cuestiones y temas políticos o de interés social, en observaciones relacionadas con la responsabilidad del intelectual y las prerrogativas del escritor. Para entender las razones detrás de estos rasgos diferenciales, cabría remitir, como afirma Sánchez Zapatero (2018: 146-152), a la conciencia asumida por las escritoras de aquella época acerca de su «condición enunciativa privilegiada», ya que disponían de las herramientas creativas y, en general, de mayor atención con respecto al resto de las mujeres, con lo cual, no solamente reconstruyeron el contexto social e histórico, sino que mostraban la

tendencia a considerar cómo su personalidad y sus vivencias habían sido configuradas por el contexto mismo. De ahí, la necesidad de esas autoras no solamente de dejar espacio, en sus textos, a episodios, inconvenientes, conflictos relacionas con la vida cotidiana, sino también de reflexionar sobre el impacto –emocional y material– que les produjeron. Esta peculiar caracterización de la autobiografía femenina se nota, de forma bastante evidente, en la ya citada *Memorias habladas, memorias armadas*, en la que Concha Méndez, a la hora de evocar la etapa cubana de su destierro, relató de ese modo los primeros días en la isla tras el improvisado e incierto desembarque junto con su marido y su hija:

> Antes de llegar a México la niña enfermó de sarampión y tuvimos que desembarcar en La Habana para guardar la cuarentena. Aquellos cuarenta días se convirtieron en cuatro años. Pero primero tuvimos que llevar a Paloma al hospital, porque estaba muy mala. Después, las autoridades cubanas nos quisieron aprehender porque no teníamos permiso de residencia; y fueron los camareros del hotel quienes nos evacuaron por la parte de atrás del edificio, y quienes a nuestra partida pagaron la cuenta de nuestra estancia: cuando íbamos a pagarla, resultó que entre todos habían puesto sus ahorros para que nosotros guardáramos dinero para empezar […]. El poeta Ballagas, a quien no conocíamos, fue a presentarse al hotel y nos ayudó a conseguir una casita en parte pobre del barrio del Vedado […] (Ulacia Altolaguirre, Méndez, 2018: 112-113).

La misma atención dirigida hacia ciertos detalles prácticos –las necesidades básicas o las pequeñas y grandes urgencias del día a día–, la aprehensión para que quedasen garantizadas, en primer lugar, condiciones aceptables de vida, la preocupación constante por el propio microcosmo familiar son todos elementos que aparecen también en la sucesiva descripción de la llegada de Concha Méndez, Manuel Altolaguirre y su hija Paloma a México:

> Nuestros primeros días en México los pasamos en un hotelito deprimente de un barrio céntrico de la ciudad: una cama matrimonial, otra para la niña y una sola ventana pequeña, que daba a un patio lleno de tanques de gas […]. Nos propusiéramos que fuéramos a vivir al edificio Ermita, ya que todos sus inquilinos estaban favorecidos por una renta muy baja. El edificio funcionaba como hotel, pero también tenía departamentos de habitación. Llegamos a un piso amueblado. Yo creo que por la idea de volver a España, pasaron años sin que compramos ningún mueble; sin embargo, sí compré, y ahora que lo pienso lo hacía de manera inconsciente, varios juegos de maletas, uno de piel de puerco, pensaba que habría de tenerlos por si acaso regresábamos (Ulacia Altolaguirre, Méndez, 2018: 119-120)[161].

[161] En la estela de estos argumentos, el propio Sánchez Zapatero (2018: 147-148) traza una comparación entre *Memoria de la melancolía* y los cinco volúmenes que componen las memorias de Alberti, evidenciando cómo, a través de las páginas de *La arboleda perdida*, el autor gaditano optó por poner su figura política y cultural en primer plano resaltando sobre todo los aspectos sociales de su vida, mientras que Teresa León mantuvo cierto equilibrio entre la dimensión pública y la privada; y resulta especialmente

Con todo, la compleja estratificación y las distintas líneas de fuga que caracterizan muchas de las obras autobiográficas femeninas del destierro, no ocultan, según Rosa María Grillo (2001: 324-325) el nudo crítico fundamental inscrito en la pragmática de aquellos discursos, ya que deberían entenderse también como la voluntad de dar cuenta de una presencia histórica por fin reconocida, como una afirmación propia. Al lado de las cuestiones conectadas con el ámbito hogareño-familiar, las autoras de este periodo utilizaron este tipo de literatura para fijar sobre el papel sus logros, sus inquietudes y –como se infiere a través de la entrevista a Mada Carreño y de las cartas de Teresa León– para reafirmar todo aquello que quisieron, pero no pudieron efectuar: en otras palabras, transformaron la literatura en un alegato de la diferencia, justamente en el mismo momento en que reconstruían discursivamente el difícil trayecto hacia una nueva identidad en la que lo público y lo privado pudieran al fin armonizarse. De ahí, añade García Davó (2022: 32), que las «escrituras del yo» femeninas fueran, también por medio de la explicitación –o de la alusión indirecta en algunos casos– a los conflictos generados por su condición subalterna, justificación y reconstrucción personal desde las que refutar –por lo menos, parcialmente o, en la medida de lo posible teniendo en cuenta los condicionamientos educativos y los *habitus* asumidos e interiorizados– la ideología convencional sobre la feminidad.

Más allá de las cuestiones específicas relacionadas con los géneros autobiográficos, podemos observar cómo precisamente el alcance colectivo de la condición de marginalidad femenina exiliada –no solamente en el sentido de desplazamiento geográfico, sino también de encierro entre las rejas de las obligaciones del hogar– fue sucesivamente transfigurado narrativamente por Teresa León en *Doña Jimena Díaz de Vivar: gran señora de todos los deberes*[162], obra publicada en 1960 y en la que la escritora utilizó básicamente los datos sobre la materia cidiana proporcionados por Ramón Menéndez Pidal en *La España del Cid* (1925). Así la autora recreó, desde la ficción literaria, su propia doña Jimena, dando lugar a una biografía novelada en la que, según Carla Perugini (2013: 53), llegó a moldear el personaje sobre la base de las

interesante observar cómo las misma consideraciones, según el académico (2018: 148-150) resultan perfectamente aplicables a las citadas memorias de Concha Méndez y a las de Constancia de la Mora, *Doble esplendor* (1944), publicadas por primera vez en inglés con el título *In Place of Splendor: The Autobiography of a Spanish Woman* (1939).

[162] Recordamos que, por aquel entonces, Teresa León ya había publicado la biografía del Cid Campeador, titulada sencillamente *Rodrigo Díaz de Vivar el Cid Campeador* (1954).

vivencias de exclusión, la asunción del sinfín asfixiante de asuntos relacionados con la economía familiar, el cuidado de los hijos y la subordinación a los objetivos del esposo, condición experimenta por ella y por una multitud de mujeres difícil de cuantificar. Este movimiento de incorporación de las problemáticas y de las conflictividades vividas por la propia Teresa León sobre la base de su género en una dimensión plural y compartida ya presente en obras precedentes, sobre todo en *Las peregrinaciones de Teresa*– queda perfectamente encuadrada en un pasaje de *Memoria de la melancolía*, en el que la escritora rememoraba precisamente el proceso de redacción de su *Doña Jimena*:

> En la Quinta Mayor del Loco […] Allí escribí las páginas de *Doña Jimena* […]. Mientras Rafael navegaba por el río de su angustia española, yo regresaba a mi infancia donde el cuento del Cid aparece siempre […]. No sé por qué pienso en aquellas mujeres quienes la ausencia de sus hombres de España había dejado en tanta soledad como a Doña Jimena, desolada y triste, en medio de Castilla, dejó el destierro del Cid campeador […]. En esta dispersión española le ha tocado a la mujer un papel histórico y lo ha recitado bien y cumplido como cumplió doña Jimena, modesta y triste. Algún día se contarán o cantarán las pequeñas historias, las anécdotas menudas, esas que quedan en las cartas escritas, a veces, por otra mano, porque no todas las mujeres españolas saben escribir…Ya se contará la pequeña epopeya diaria, el heroísmo minúsculo de los labios apretados del frío, del hambre, de los trabajos increíbles […]. Pensé en doña Jimena, ese arquetipo de mi infancia […] para apoyar en doña Jimena las mujeres que iban pasando antes mis ojos (León, 2020: 347-349).

En opinión de Castillo Robles (2019: 315), Teresa León habría reconstruido la figura de doña Jimena para hablar de las mujeres de su tiempo, mientras que, según García Garrido (2022: 168), la componente reivindicativa de la obra abarcaría, diacrónicamente hablando, una trayectoria más dilatada porque en sus páginas se suceden las distintas modalidades de reclusión a las que ha sido sometida la mujer desde la Edad Media hasta la época de redacción del texto de la riojana: desde el encierro en total soledad de doña Jimena a la espera de que volviera el Cid hasta el sentido de opresión y las dificultades vividas por Teresa León y otras muchas compañeras de exilio, todas ellas confinadas en sus roles de género subalterno y a la sombra de sus respectivos hombres. Pero, más allá de visibilizar el desamparo de una «triste mujer hundida en sus deberes, maniatada por ellos, señora de sus compromisos» (León, 1968: 38), la carga crítica del texto a favor de la libertad de la mujer se encuentra también en otro aspecto relacionado con uno de los temas más recurrentes en la obra de la escritora: la denuncia de los paradigmas culturales que fomentaban la represión sexual de la mujer. Como vuelve a subrayar García Garrido (2021: 249-250), Teresa León deconstruyó el arquetipo de Jimena forjado por la tradición

romanceril que la condenaba por quererse casar con el Cid, asesino de su padre, dejándose así llevar por su pasión en lugar del sentido común: esta figuración, basada en la creencia medieval cristiana según la cual la sexualidad, provocada por la mujer, constituía la forma más grave de corrupción humana, fue acertadamente resemantizada por la autora exiliada, quien describió la sexualidad de Jimena de manera explícita y natural, liberándola de su componente de culpabilidad –o, mejor dicho, de «pecado» según la concepción religiosa– y no limitándose a narrar a una Jimena que es solamente esposa o madre, sino retratándola, por primera vez en la larga historia de las reescrituras de la materia cidiana, como una mujer de carne y hueso. Esto se ve, por ejemplo, en un fragmento en el que se relata un encuentro entre doña Jimena y el Cid Campeador:

> Jimena se quita las acolchadas zapatas de paño carmesí, Rodrigo se desprende de su camisa ranzal. Jimena coloca su manto y, pudorosa, ruega que el Cid le ayude a dejar caer su grial hasta el suelo, dejándola con la almexía de seda. El Campeador desliza sus manos algo velludas sobre los senos tibios y Jimena sopla la luz de la lucerna y se desprende de su camisa, según las costumbres, y antes que las almelehas escalofríen su cuerpo ya está apretada contra el de su atareado Rodrigo (León, 1968: 20).

En la producción exílica de Teresa León, el motivo de la soledad y la subordinación de la praxis femenina al rol público del hombre iban parejos con la imposibilidad de integración total y definitiva en el medio social y cultural de la tierra de acogida, algo indispensable a la hora de desarrollar un verdadero sentido de pertenencia con respecto al nuevo país. Teresa León siguió sintiéndose, antes de todo, una intelectual republicana española por muy que estos rasgos identificativos se hubiesen cristalizados en una contingencia histórica y en una temperie cultural, social y política que ya no tenían posibilidad de evolucionar. El nudo fundamental era precisamente esto: aunque la etapa republicana no había traído la igualdad de género, sí representó, para la escritora y para muchas otras mujeres que compartieron con ella la vía del exilio, la coyuntura en la que se lograron los más evidentes cambios en aquella dirección. Sobre todo, y esto es probablemente el detalle más importante, eran cambios inéditos en la historia de España, algo que se antojaba como un proceso de transformación significativo y relevante en su momento. Y eran precisamente todos estos rasgos que alimentaban la esperanza en un futuro diferente, que hacían pensar que una mayor emancipación de la mujer durante la etapa republicana habría sido, con el tiempo, viable.

Encontramos un ejemplo de cómo los factores históricos condicionantes que estamos enumerando enfatizaban el sentido de aislamiento y de desintegración de la mujer en el relato que abre *Fábulas del tiempo amargo* (1962), colección compuesta por cinco breves historias publicadas en México por Teresa León justamente gracias a la mediación de Max Aub[163]. El carácter alegórico y simbólico inscrito en las coordenadas estéticas de «Soledad ¿por quién preguntas?» le sirvieron a la autora para desdibujar los rasgos de una mujer extranjera llamada a superar un ritual iniciático con tal de llegar a ser considerada parte integrante de la nueva comunidad: «Estoy lejos. Me he desplazado y la única probabilidad que tengo de que me admitan es sentarme a tejer, levantando los palos caídos en el suelo, de donde cuelgan los estambres abandonados, afianzarlos en la horqueta y hacer volar la lanzadera» (León, 2003: 305). Ritual iniciático, de hecho, destinado al fracaso, como se desprende del tono y de las imágenes que confluyen hacia el final del relato: «Todas las palabras inútiles se disolvieron en el pequeño rayo de luz que tapé con la mano. La soledad preguntará por mí y nadie sabrá responderle» (León, 2003: 308). La fecha de publicación de la colección, como en el caso de *Doña Jimena*, bastante posterior con respecto a la cronología del proceso de incorporación de la España franquista en el contexto de las garantías de estabilidad ofrecidas por el entonces bloque occidental, nos permite destacar precisamente la persistencia –y, consecuentemente, la magnitud histórica– de las consecuencias políticas, sociales y culturales de aquellos acuerdos. Esto, por un lado, nos autoriza a volver a llamar la atención sobre este proceso en tanto que absolutamente significativo en la parábola del exilio republicano y, por otro, proporciona unos elementos útiles para entender la entidad y el grado de profunda radicación de las barreras a las que tuvo que enfrentarse Teresa León en tanto que mujer y, para más señas, firme sostenedora de un proyecto político derrotado cuya memoria constituía el testimonio de la violencia y de la injusticia todavía latentes bajo aquel consenso internacional –pero volveremos más adelante sobre estas cuestiones, en particular, con respecto a *Fábulas del tiempo amargo*–.

Es el complicado itinerario de edición de *Juego limpio* el punto de convergencia entre las dificultades derivadas de las obligaciones y de las limitaciones prácticas –la imposibilidad de dedicarse con plena legitimidad y con todos los soportes necesarios a su

[163] Explican Greco (2023a: 14) y Sanz Álvarez (2006) que el aporte de Aub resultó decisivo en cuanto a la promoción de la obra de Teresa León, incluyendo no solamente la edición de libros –entre los cuales, hay que mencionar *Menesteos marinero de abril* (1965)–, sino también de ensayos y homenajes dedicados a poetas y pintores como Luis Cernuda, León Felipe y Pablo Picasso, publicados en *¡Siempre!*, suplemento cultural del periódico mexicano *Novedades*.

actividad de escritora comprometida– a las que hay que sumar la actitud de indiferencia a nivel global hacia el legado histórico de la Segunda República española, hacia los conflictos estallados durante la Guerra Civil y hacia los derechos de la comunidad de exiliados. En efecto, la novela –que vio la luz solamente en 1959– tematiza la lucha en defensa de los valores culturales democráticos abanderada por la Alianza de Intelectuales Antifascistas en la contienda empezada en 1936 y, muy especialmente, la labor militante ejercida por las Guerrillas del teatro del ejército del centro, en el marco de la cual Teresa León asumió un papel de primerísimo orden. En este sentido, el hecho de que, en 1953, la autora se dirigiese a Max Aub diciéndole que *Juego limpio* «¡Está escrita hace nueve años!» (León, 2023: 36) era ya un primer indicio de un difundido rechazo por parte del panorama editorial –por lo menos, en el continente americano– hacia los temas tratados en la obra: de ahí la dificultad de publicarla y dar visibilidad al mensaje contrahegemónico contenido en ella. Dicha indiferencia fue abiertamente denunciada por la autora en 1954 cuando, en su conversación epistolar con el autor de *El laberinto mágico*, aludió al hecho de que si *Juego limpio* permanecía todavía inédita era porque «Las cuestiones de España no interesan» (León, 2023: 48). En efecto, se trata de un comentario que la autora refirió haber escuchado en distintas ocasiones en 1939 cuando, recién llegada a Francia, intentó publicar *Contra viento y marea*. Y, exactamente como en el caso de *Contra viento y marea*, *Juego limpio* presenta un abanico de personajes femeninos que destacan por demonstrar su valentía y tenacidad en el escenario del Madrid sitiado durante la Guerra Civil. Muy especialmente, el hecho de darle protagonismo a las andanzas de las actrices de las Guerrillas del teatro, Juana, Pepa, Dorotea y Angelines era, para Teresa León, la demonstración de la generosa contribución de las mujeres de las clases populares a la misión pedagógico-educativa inscrita en las políticas teatrales republicanas.

Si es verdad que en el discurso de Max Aub la crítica a la interesada opacidad comunicativa y a la manipulación cultural ejercida desde el poder –económico y político– se hacía cada vez más rotunda y firme a medida que la colocación de Franco en el contexto global evolucionaba, la génesis y el largo trayecto de transcripción y revisión de *Juego limpio* de camino a la publicación fueron plasmando la versión definitiva de la obra sobre la base de una dicotomía básica. Por un lado, la autora evidencia la conexión entre la explotación de raíz capitalista y el antintelectualismo de corte fascista en el mantenimiento de las desigualdades de clase y, por otro, la labor de alfabetización llevada a cabo por la República, presentada como medio de emancipación, espiritual y material, de los subalternos –siguiendo, evidentemente, la misma línea conceptual aplicada a *La*

historia tiene la palabra–, como se nota en este pasaje de la novela, contado desde el punto de vista de un miembro de las Guerrilla del teatro: «¡Qué diferencia con la otra zona! Nosotros estamos preocupados por la cultura y la capacitación de los combatientes; ellos piensan; cuanto más brutos, mejor para explotarlos» (León, 2000: 44). Esta dicotomía, según García Montero (2000: 10-11), resultaba funcional a remarcar el estatuto de legalidad del gobierno republicano en tanto que representante y defensor de los verdaderos intereses del pueblo español, contraponiéndolo a la violación de la voluntad popular española y el afán de poder que presidían las actuaciones de los rebeldes. Además, en relación con la general actitud de desdén demostrada por el mundo editorial hacia los ideales políticos de resistencia de Teresa León, cobran aún más importancia dos figuras en particular: en primer lugar, la de Gerda Taro, representada en esta novela no solo en cuanto mujer pionera en uno de los muchos ámbitos profesionales dominados por los hombres –el fotoperiodismo de guerra –, sino que lo que viene a ser más importante es el valor simbólico que se desprende de su actuación en el conflicto, es decir, la ineludible urgencia de dar a conocer al mundo la tragedia humanitaria que se estaba consumando en España. Así se cuenta la llegada de la reportera al palacio de la Alianza: «— Vamos, hombre, estos no son tu abuelo, sino fotógrafos y la secretaría estará encantada de verlos — le dije señalando aparatos y trípodes. —¿No comprendes que tenemos que informar al exterior de lo que está pasando?» (León, 2000: 77).

En segundo lugar, viene a ser fundamental la experiencia de Camilo, un fraile que se incorpora en las Guerrillas del teatro y que participa en otras iniciativas culturales de la República: sobre todo, teniendo en cuenta que dicha experiencia va a confluir en un perseverante y generoso esfuerzo de escritura tras el final de la contienda, una vez que se ve obligado a regresar a la vida monacal, momento en el que afirma: «Sigo, aunque comprendo muy bien que estas notas me pueden costar hasta esta pobre libertad de mi celda. Me juego mi libertad por la verdad» (León, 2000: 23). Como vemos, Camilo elige el testimonio de la verdad como arma para superar la barrera de incomunicación e impotencia al que ha sido condenado y, paralelamente a su creadora, lo hace sintiéndose parte de una colectividad, de una identidad compartida en la que se reconoce, pero asumiendo también el deber de luchar en nombre de los más desprotegidos que sufren, más que los demás, las consecuencias de las condiciones de represión y de miseria generadas por la dictadura, esos «seres perdidos, una carga de la que nadie se hará responsable» (León, 2000: 41). De ahí que, en opinión de García Montero (2000: 12), «las reflexiones morales de Camilo, el modo en el que se le abren los ojos al *otro mundo*

de la tierra, le sirven a María Teresa León para organizar narrativamente esa "pasión de verdad" y de recuerdo que marca su literatura». Es muy interesante notar que, a la hora de relatar sus memorias, Camilo –quien representa uno de los múltiples enfoques de la novela, siendo los otros esparcidos entre miembros de las Guerrillas del teatro y espías quintacolumnistas– recurre al presente como tiempo de la narración, dándole más fuerza a sus descripciones y a sus reflexiones por medio de una operación estético-formal que no hace sino reactualizarlas en la contemporaneidad de la recepción y permitiéndole al lector «ver» las acciones evocadas en el momento mismo de producirse y, de ese modo, convirtiéndolo en testigo (Estébanez Gil, 2003: 238). No solamente eso, sino que Camilo reitera, todas las veces que puede, la intención –o la esperanza– de que su testimonio y su memoria de la Guerra Civil no se pierdan irremediablemente en la soledad de su celda monacal. Por eso, no parece nada casual que la novela se concluya con unas palabras del mismo Camilo, quien motiva la decisión de no cerrar definitivamente el palacio de la Alianza con estas palabras: «—Porque volveremos, Xavierito, volveremos. Esta puerta no debe dejarse más que entornada» (León, 2000: 278).

En efecto, el apremio por editar su obra y así concretar su voluntad de intervención pública no disminuyó frente a la lúcida toma de conciencia de los obstáculos contingentes, sino que, por el contrario, se hizo cada vez más acuciante. Así se dirigió a Max Aub en una carta del 16 de junio de 1956:

> Afortunadamente Losada quiere publicar mi novela «Juego limpio». La copia que tengo está incompleta[164]. ¿Quieres ser tan bueno de enviarme la que tú tienes por aéreo? De esto depende que salga este año. Sé que lo harás. Es realmente importante para mí pues desde «Las Peregrinaciones de Teresa» y el Cid no he publicado nada (León, 2023: 51).

La tensión entre la realidad y el deseo vivida por una mujer escritora de la diáspora republicana se encuentra condensada en esta última frase que, a la vez, se hace testigo de un vacío. Un vacío que, en estas páginas, hemos intentado visibilizar: si Teresa León entre 1950 y 1959[165] no publicó ninguna obra de corte abiertamente comprometido con los

[164] Finalmente, la novela salió con la editorial Goyanarte y no con Losada.

[165] Posiblemente, la única excepción es *Sonríe China*, obra publicada en 1958 en la que la prosa de Teresa León va acompañada por poemas e ilustraciones de Rafael Alberti. Escrito a raíz de un viaje en la República Popular de China en 1957, el texto –dividido en tres secciones correspondientes a distintas fases del viaje– relata, según Estébanez Gil (2003: 262-263) y David García Ponce (2018), las impresiones de la autora acerca de la China comunista gobernado por Mao Zedong, resaltando las significativas transformaciones en las estructuras sociales, económicas y políticas –interesándose sobre todo por la situación de la mujer y, muy especialmente, de la mujer obrera– y entrelazando las expresiones de admiración hacia la realidad social implantada en del país asiático con el recuerdo y la añoranza de España.

ideales de la cultura de izquierda que entre 1936 y 1939 fundamentaron la defensa de la República española, es importante sacar a la luz las razones por las que no pudo hacerlo. Es decir, llamar la atención sobre el hecho de que la pluralidad de factores que estamos glosando y su perdurabilidad en el tiempo confluyeron, en buena medida, en una continua erosión de las posibilidades de Teresa León de lograr un reconocimiento público por sus ideas y por su postura intelectual, imposibilitándola a actuar como sujeto político activo. Sobre todo, porque, en buena medida, el problema no era la falta de esfuerzo, la ausencia de voluntad o el estancamiento generado por el paso del tiempo puesto que, a pesar de las limitaciones cotidianas y de las dificultades a la hora de publicar, Teresa León, como confirma Susana Salim Grau (2007: 527) «escribía permanentemente. La escritura era en ella una necesidad vital»; tal y como afirmaba la propia María Teresa León en las primerísimas páginas de *Memoria de la melancolía*: «escribir es mi enfermedad incurable» (León, 2020: 18)[166].

Comparar esta situación con la ingente producción de Max Aub no significa ignorar o minimizar las dificultades –de distintos niveles– que el autor de los *Campos* encontró en su trayectoria de escritor exílico: la involución del mencionado proyecto *Patria y ausencia* es una buena muestra de ello –aunque es verdad que propició numerosas y fecundas relaciones epistolares–, dando al traste con el intento del autor de dotar a los escritores del exilio republicano de una caja de resonancia y de una plataforma de difusión[167]. Pero los proyectos interrumpidos forzosamente –*Sala de espera*– o los que quedaron frustrados –*Patria y ausencia*– no eran el único problema: en una carta fechada 31 de enero de 1956 y dirigida a Serrano Poncela, Aub manifestó un hondo descontento por haber tenido que tropezar con numerosos impedimentos a la hora de intentar publicar con Losada o Sudamericana (*apud* Sanz Álvarez, 2001: 97). En efecto, como explica Aznar Soler (2023: 19), las editoriales americanas no consideraban especialmente

[166] Curiosamente, según Salim Grau (2007: 526-527), el hecho de que Teresa León se entregase a una actividad escritural sin pausa y, por otro lado, las huellas de las condiciones materiales, a veces precarias, en las que lo hacía son visibles a partir de sus cuadernos de apuntes de la época argentina, en los que: «Las palabras se suceden sin respetar márgenes, renglones. Tampoco el orden de la hoja. La grafía comienza siendo clara hasta convertirse en una sucesión de trazos casi ilegibles. Incluso, algunas veces, lo que empezó siendo un poema se transforma, línea mediante, en una sucesión de impresiones o recuerdos. No faltan tachaduras y sobreescritura».

[167] Con respecto a esta frustrada colección de Aub reenviamos a Manuel Aznar Soler, *Los laberintos del exilio. Diecisiete estudios sobre la obra literaria de Max Aub* (Renacimiento, 2003), en particular, al ensayo «Exilio republicano de 1939 y patrimonio literario: de la colección *Patria y ausencia* (1952) a la *Biblioteca del exilio* (2000)» (pp. 93-118), donde se insertan fragmentos de la correspondencia de Aub con Juan Ramón Jiménez, Francisco Ayala, Corpus Barga, Alejandro Casona, Esteban Salazar Chapela, Arturo Serrano Plaja, Guillermo de Torre, María Teresa León y que proporcionan informaciones útiles para entender las circunstancias del naufragio de este proyecto aubiano.

conveniente publicar los textos de Aub debido precisamente al poco interés que despertaba su literatura en ese continente. Es verdad que, con respecto a Teresa León, tuvo la ventaja de que a su papel de escritor se le reconociera una mayor profesionalización, credibilidad y legitimidad de opinión –aparte de ser generalmente exento de las preocupaciones domésticas en las que la riojana tuvo que emplear tiempo y dedicación–; también es cierto que su obra, anclada en la memoria republicana pero tampoco totalmente alineada con la izquierda hegemónica, no encajaba en el horizonte de expectativas de los lectores en la otra orilla del océano[168].

La sensación de frustración y precariedad derivada de la indeterminación de su público lector –como hemos aludido, ni siquiera tenía la posibilidad de intervenir en la realidad política mexicana– hizo que las acuciantes dudas acerca del alcance y de la eficacia real y tangible de su mensaje político persistiesen más allá de la incertidumbre y de la desorientación que acompañaron los años de reubicación en el nuevo medio social y cultural. Así asumía, el 13 de julio de 1954, su fracaso como escritor al reconocer la total falta de éxito de su literatura: «Con seguridad tardarán todavía muchos años en darse cuenta de que soy un gran escritor. ¿Lo siento? Sí, lo siento, pero no puedo llorar» (Aub, 2023a: 276). Como en el caso de Teresa León, una de las preocupaciones que marcaron el trabajo intelectual del destierro –particularmente−después de la Segunda Guerra Mundial– tenía que ver con la distancia que existía entre las condiciones materiales que determinaban el proceso de escritura y de publicación y la urgencia de diálogo de un colectivo que permanecía excluido y desatendido, inquietud que quedó bien delineada por estas consideraciones expresadas en los diarios aubianos el día 26 de diciembre de 1955: «¿Crees que escribir es esto tan fácil que hago poniendo una palabra tras otra, únicamente

[168] El estudio de la obra de Aub en relación con el escenario de censura editorial y de represión cultural de la España franquista no entra en los objetivos de este trabajo: en términos generales, señalamos, según lo afirmado por Federico Gerhardt (2010: 1) que la producción de Aub empezó a recibir atención a partir de finales de los sesenta y principios de los setenta en el marco de cierto aumento del número de obras del autor editadas en la península a raíz, sobre todo, del contacto con la agencia literaria de Carmen Balcells –a finales de 1964–, del viaje del escritor en 1969 y de las modificaciones de la legislación y del aparato censor en 1966 –aunque, este último dejó significativas supresiones o alteraciones en los textos de Aub que incluso sobrevivieron en varias reimpresiones sucesivas–. Para estudiar el tema más en detalle, remitimos a la lectura integral de los diarios –en 2023 ha sido publicada, por la editorial Renacimiento y al cuidado de Manuel Aznar Soler, una edición integrativa de todos los volúmenes editados hasta ese momento–, al ingente y diversificado epistolario del autor y, especialmente, a la edición de Javier Sánchez Zapatero, *Max Aub: epistolario español* (Kassel, 2016) que incluye un abanico de cartas a diferentes destinatarios como Dámaso Alonso, Alfonso Sastre, Antonio Buero Vallejo y Carmen Balcells entre otros, amén de una extensa introducción dedicada a analizar los contactos establecidos por Aub con representantes de la cultura del interior, representantes del mundo editorial y del ámbito académico español. En cambio, para profundizar en la compleja colocación de Max Aub en la historiografía cultural española, aspecto muy conectado con las temáticas que acabamos de mencionar, remitimos al estudio realizado por Fernando Larraz, *Max Aub y la historia literaria española* (Logos Verlag, 2014).

a lo que salga por el gusto que da? Nadamos siempre contra la corriente. Y esta es más fuerte y se nos lleva» (Aub, 2023: 321). En ese mismo 26 de diciembre, doce días después de la entrada de la España de Franco en la ONU, Aub midió las consecuencias de la indiferencia de la opinión pública y constató el poder de los intereses económicos en el ámbito editorial: en este sentido, el empeño testimonial del escritor ocupaba una posición esencialmente periférica:

> Escribo esto leyendo a Unamuno, recordando a Bergamín y de cómo hallé, al llegar a México, el manuscrito de *Campo abierto*, arrumbado en casa de Mantecón. La lista sería tan larga como la de los títulos de mis libros: ni Losada, ni Calpe, ni Porrúa, ni nadie ha querido jamás un solo libro mío. Sólo los de crítica. ¡Válgales, Dios! Y ahora el Fondo que se niega siquiera a *distribuirlos*. Es decir, para quien no lo sepa, que pagando *yo* la edición se niega a repartirlos en las librerías. La verdad, que no se venden (Aub, 2023a: 321).

En este crucial 1955, la perseverancia de Aub en querer «nadar contra la corriente» se tradujo en la publicación, en la Antigua Librería Robredo, de dos antologías de narrativa breve: *Ciertos cuentos*, una selección de relatos fantásticos[169], y *Cuentos ciertos* que, como bien deja intuir su título, procedía del repertorio de la literatura realista aubiana. En particular, se trataba de una operación de recuperación del legado de «No son cuentos. Segunda serie» incluido en *Sala de Espera*[170]. Entonces, con motivo de la edición de 1955, el concepto de «Sala de estar» en el que se había convertido la revista fue refundado en su semántica histórica y los propósitos que habían animado el arranque del proyecto devueltos a su praxis política. Es más: como era habitual en Aub –lo hemos visto, en particular, en el caso de la reelaboración literaria de las notas y de los apuntes concentracionarios–, en el tránsito de *Sala de espera* a *Cuentos ciertos* los textos fueron sometidos a una revisión muy consistente que, en algunos casos, rozaba la reescritura. Esta necesidad de actualización de la reflexión intelectual aubiana y de su formulación narrativa, junto con el cuidado ético y estético que caracterizaba su constante proceso de escritura, probaban la determinación de Aub a la hora crear una «pedagogía de la memoria histórica republicana» (Maggi, 2022: 14-17). En este sentido, la continuidad temática y formal entre *No son cuentos. Primera serie*, «No son cuentos. Segunda serie» y *Cuentos*

[169] Como hemos visto, en parte, en todos los pasajes en los que nos hemos referido a las constantes estéticas aubianas, en el caso de Aub, dedicarse a la literatura fantástica no significaba necesariamente evadirse del compromiso moral y humano: como afirma Carmen Valcárcel (2017: 796), ambas vertientes se combinaban en el crisol de la imaginación creadora, siendo esta última un instrumento para ampliar las posibilidades de reflexión críticas inscritas en la representación de la realidad referencial.

[170] Solamente se excluyó "Librada" que, a raíz de las polémicas comentadas, no se volvió a editar en volumen hasta 1965 en la colección de relatos *Historias de mala muerte*.

ciertos se alimentó, de manera análoga al caso de Teresa León, de una proyección de reconstrucción cultural que tenía que poner las bases para una futura recuperación de los valores de la España republicana frente a la evidente imposibilidad de regresar en aquel entonces. En su habitual discurso metarreflexivo acerca del papel del escritor remarcó Aub su perspectiva hacia los objetivos de la lucha republicana y hacia su horizonte de realización, como se nota en esta entrada de sus diarios, fechada 29 de diciembre de 1955 y en la que reafirmó su disposición a trabajar para un futuro edificado sobre los valores socialistas: «La gran diferencia entre un hombre de izquierda y otro de derecha es que aquél lucha por algo que no existe y el otro por defender lo que existe (Lanz mann [*sic*] –mejorado–). Por eso los escritores suelen ser –en su principio– todos de izquierdas. Luchan por algo que todavía no es» (Aub, 2023: 321).

Entre los relatos de *Cuentos ciertos*, sin embargo, figuraban dos inéditos: *Le ley*, que gira alrededor del tema de la administración de la justicia en los tiempos de la Guerra Civil y cuya primera versión, según lo que refirió Aub a Tuñón de Lara, se redactó aproximadamente entre 1943 y 1948 (*apud* Maggi, 2022: 12) y *El limpiabotas del padre eterno* que, como se desprende de una carta destinada a Jorge Guillén, fue «escrito en febrero/marzo del 55, para completar el tomo» (*apud* Maggi 2022: 14). El argumento y la ambientación de lo que, por su extensión, se acerca a una novela breve, llaman inmediatamente la atención: porque resulta especialmente relevante que, para «completar» su proyecto de «pedagogía de la memoria histórica», Aub eligiera volver a tematizar la realidad concentracionaria[171]. A lo largo de la trayectoria vital del escritor, hemos visto cómo siempre trató de desarrollar y alimentar un pensamiento divergente con respecto a todo intento del poder –económico, político o cultural– de determinar una clave interpretativa de los procesos sociales de corte dogmático y de imponer unas normas de comportamiento y unas pautas relacionales cerradas y esquematizadas según criterios rígidamente jerárquicos. Razón por la cual consideraba que el concepto de libertad constituía la base fundamental para construir un presente y un futuro que garantizasen el respeto de la dignidad humana y unas condiciones de igualdad. Si estas ideas y estas convicciones fueron las que empujaron a Aub a oponerse a la dictadura franquista, a los reaccionarismos nazi-fascistas, a las políticas xenofóbicas y antisemitas francesas y

[171] También en este caso, cabe puntualizar que la versión final de *El limpiabotas del padre eterno* está compuesta por fragmentos de borradores redactados en distintos momentos, algunos en los campos, otros trascritos al pie de la letra y otros escritos sobre la base de una idea, una intuición o una experiencia anotada en ese momento (Nos Aldás, 2011: 72).

británicas, al imperialismo estadounidense y a la tiranía estalinista, se deduce que su proyección de un futuro democrático no podía sino estar fundamentada en la construcción de una memoria postotalitaria transnacional. Referente a eso, el testimonio de la segregación concentracionaria asumía un consecuente potencial educativo de indudable valor ético: en el año en que la ONU aprobaba el olvido de los crímenes franquistas y con ello de las historias de los refugiados republicanos antifascistas que acabaron encerrados entre las alambradas, Aub quiso proponer esta específica pieza de la herencia cultural y política del exilio en tanto que núcleo de un aprendizaje cívico que no podía perderse.

Entonces, como ya hemos visto, el mensaje que Teresa León le había puesto en boca a los integrantes de la Alianza de Intelectuales Antifascistas –«¿No comprendes que tenemos que informar al exterior de lo que está pasando?» (León, 2000: 77) en «El limpiabotas» de Max Aub viró hacia un planteamiento de análoga fuerza ética y apertura global, que podríamos imaginar formulado de ese modo: «Tenemos que recordarle al mundo lo que ha pasado». Desde el punto de vista de Aub, este recordatorio se hacía imprescindible con tal de, en palabras de Glondys (2017a: 589), contribuir a la superación de los procesos de exclusión delineados en los campos de concentración franceses para que, junto con la memoria de los campos de exterminio nazi, fuese posible concebir una auténtica refundación de una razón crítica después de la Segunda Guerra Mundial. El trasfondo conceptual que subyacía a la escritura de Max Aub brotaba precisamente del propósito de reconstruir aquellas conexiones causales, tanto en el plano temporal como a nivel espacial, entre las manifestaciones deshumanizadoras a la base de la existencia de los campos de concentración. Porque los campos galos, como recuerda López García (2021: 13-14), no solamente surgieron en un marco estructural que incluía a otras naciones europeas –Alemania, Gran Bretaña, Italia, Unión Soviética–, sino que se colocaron en la genealogía de los –inmediatamente– posteriores campos de exterminio, y a los que se sumaron los campos de trabajos forzados instaurados por la dictadura franquista a raíz de la Ley de Responsabilidades Políticas de 1939. Entonces, sin volver a abrir ahora el debate taxonómico respecto a las distintas tipologías de campos –a este respecto, retomaremos algunas cuestiones específicas más adelante–, pero, al mismo tiempo, sin obviar las especificidades de cada uno de ellos, nos importa destacar que el valor del testimonio aubiano, en las circunstancias históricas en las que fue redactado y publicado, consistió en permitir «un acceso global y transnacional al universo concentracionario desde el cual plantearse el lugar que pueden y deben ocupar las escrituras del exilio republicano español» (López García, 2021: 16) en el proceso de

construcción de una memoria democrática internacional, revestida de ejemplaridad justamente a partir de las analogías y de las conexiones existentes[172].

6.2 «Cuando todos seamos iguales»: desde el testimonio del horror hacia la reconstrucción de una conciencia democrática en «El limpiabotas del padre eterno» (1955)

La profundidad crítica y la complejidad formal que caracterizan «El limpiabotas del padre eterno» permiten numerosos acercamientos al texto y abren a distintos marcos de análisis; pero, si hay un aspecto del que no se puede prescindir es la centralidad de la componente humana –los rasgos identitarios de los personajes, su praxis y sus relaciones recíprocas– a la hora de plasmar las causas y las consecuencias del conflicto político que estructuraba los campos franceses. Exactamente como en el caso de «Yo no invento nada», la pluralidad de sujetos representados y el sentido coral del testimonio se complementan con la especial relevancia otorgada a la historia de un detenido en particular: así es que la contribución de «El limpiabotas del padre eterno» a la memoria colectiva del exilio republicano pasa sobre todo por la narración de las vivencias de Juan Domínguez –«el Málaga»–, un limpiabotas de veinte años. La reconstrucción de la genealogía del personaje, que ocupa las tres primeras secciones de un relato dividido en

[172] A este respecto, hay dos evidencias que merece la pena mencionar para completar el cuadro que estamos delineando. La primera tiene que ver con la memoria de los republicanos españoles en los campos nazi y en la Resistencia europea: como queda reflejado en el ya citado testimonio de Neus Català (1984: 9), escrito en la época postfranquista: «La Liberación para Europa y el mundo significó el fin de un desvarío. El dolor de las familias que perdieron a los suyos (más de 50 millones de personas se tragó la II Guerra Mundial) no podía reprimir la legítima alegría de los pueblos al fin libres. Para España, la más grande de las injusticias. Tras el millón y medio de víctimas de nuestra guerra y postguerra, después de los 15000 hombres y mujeres exterminados en Alemania, que, con los caídos de todos los frentes de Europa y África, sumarían más de 35000, y para los españoles de la Resistencia, un velado silencio. Para las españolas resistentes y las exterminadas el olvido, y para muchos refugiados cuarenta años de exilio». La segunda, en cambio, tiene que ver con algunos aspectos contradictorios relacionados con la propia construcción de una memoria democrática de corte universal una vez terminada la Segunda Guerra Mundial: Naharro-Calderón (2017: 83-86) comenta el caso de los tribunales que, a partir de Nuremberg, sentenciaron crímenes similares a los de Djelfa. El principio del *tu quoque* limitó –y mucho– la escala de casos juzgables, entre ellos la responsabilidad francesa por la deportación de los judíos una vez puesta en marcha la Solución Final o la de extranjeros y opositores franceses hacia los campos de concentración del Norte de África o del hecho de que los testimonio españoles sobre la Retirada, en el marco de la cual se produjeron numerosos fallecimientos no contabilizados por las estadísticas de los archivos, hayan tenido mucha más dificultades para encontrar espacio en una memoria global sobresaturada por el Mal. La importancia de hacer hincapié en estos aspectos de cara a nuestro enfoque de análisis de los textos concentracionarios aubianos reside en el hecho de que el testimonio de Neus Catalá y las consideraciones de Naharro-Calderón representan precisamente dos de las vertientes más problemáticas del conflicto que estamos señalando: la colocación de la memoria republicana en el marco de la memoria postotalitaria global.

diez partes, informa a los lectores de la infancia del joven protagonista en Madrid, su peregrinaje por Valencia y Barcelona durante la Guerra Civil, su huida a Francia en la última fase de la contienda y, sucesivamente, su paso por el laberinto concentracionario entre Argelès, Gours, Le Vernet y Djelfa.

Desde el principio del relato «el Málaga» queda colocado, al igual que el Carlos Yubischeck de «Yo no invento nada», en la larga estela de los dominados del mundo por razones de clase, viniendo sus condiciones de vida marcadas por los orígenes humildes, el bajo nivel escolar y, en términos generales, por una situación de total desamparo social. Además, ambos protagonistas quedan invariablemente asociados a un elemento definitorio que, a su vez, hace que sean encuadrados por la gran mayoría de los demás personajes a través de una visión estigmatizada y casi estereotipada. Si en el caso del lituano se hablaba de características físicas[173], para el limpiabotas se trata de una forma de retraso mental, algo que funciona como elemento multiplicador de las potencialidades expresivas y de la contundencia de la denuncia ya contenidas en el relato publicado en 1944:

> Crecía alto, flaco y narigón, con las ideas enrevesadas y sin ver las cosas claras; lo poco que aprendió en la escuela fue con dificultad. No asistió más que un par de años […]. «El Málaga» había nacido el 7 de enero de 1922. Ahora en el fuerte Caffarelli cumplía veinte años, sin saberlo. Nunca había sabido gran cosa. Su vida, el mundo, no pasaban de dos dimensiones: carecía de profundidad (Aub, 2022: 262-263).

En efecto, la crisis global del legado republicano con la que Aub se enfrentó a la hora de redactar «El limpiabotas del padre eterno» lo empujó necesariamente a seguir reflexionando acerca de cómo plasmar una verdad cada vez más marginalizada: dicho de otra forma, se renovó la exigencia de interrogarse sobre los medios ética y políticamente más adecuados para alcanzar su fin. Como afirma Nos Aldás (2011: 77), el testigo Max Aub siempre había sido consciente de que contar las cosas tal y como fueron no era suficiente: por el contrario, había que estimular a los receptores a que asumieran una actitud crítica más allá de sentimientos como la pena, la compasión o la rabia ciega. Había que emplear recursos estéticos específicamente orientados a que los lectores pudieran

[173] Así se introduce el personaje principal del relato publicado en 1944: «De tan bajito daba risa […]. La altura ya era otra cosa, porque para hablarle había que mirar al suelo. A más de eso fuerte, cuadrote, rubio. ¡Tan chico y tan feo! Más bueno que el pan, sin el menor rencor por su talla o su cara. Los guardias y los comisarios los tomaban a risa. Era serio y se llamaba Yubischeck. Carlos Yubischek. Siempre que había una faena desagradable que realizar era el primero en ser llamado. Pasó años limpiando letrinas» (Aub, 2020: 310).

conectar las contradicciones ideológicas que, en el pasado, justificaron el encierro de los republicanos en los campos franceses con las razones que, en el presente de la escritura, permitían el ocultamiento de la memoria de los derrotados.

Dicha exigencia de aproximación del público lector a las dinámicas históricas denunciadas en la narración encontró un primer reflejo literario en la notable riqueza lingüística del discurso aubiano. Afirma Barrio Arconada (2009: 290-293) que la incorporación de variedades diastráticas y diatópicas, el recurso al registro coloquial –el artículo determinante «el» frente al apodo «Málaga» y el adjetivo «narigón» para definir al protagonista son claros ejemplos de esto–, amén del uso de elementos típicos de la lengua oral, tenían la expresa función de dotar el campo social representado en la narración de un estatuto tangible, permitiendo que el texto ganara expresividad y, por medio de la repetida inserción de fragmentos dialogados, lograra actualizar las voces del pasado concretando sus vivencias en el momento de la lectura. Un pasaje muy ejemplificativo del funcionamiento de las estrategias formales que acabamos de mencionar corresponde a la reconstrucción de las convulsas fases de la Retirada. Al encuadrar el momento del cruce de la frontera, el hecho de utilizar el presente de indicativo, el gerundio junto con el empleo de frecuentes oraciones interrogativas y exclamativas resulta funcional para poner a los lectores frente a la materialidad de los episodios narrados (Barrio Arconada, 2009: 296), como si fuese posible visualizar, y casi tocar con mano, desde el hoy de la recepción las consecuencias de las acciones de represión de la policía francesa y el difundido rechazo de la ciudadanía gala hacia los fugitivos republicanos y, sobre todo, el dolor y el desgarro vividos por estos últimos[174]:

> Francia es un oscuro túnel donde lloran los niños, maldicen los hombres, gritan perdidas las mujeres. Una busca desesperada a su hijo mayor, a su niña: —¡Rocío, Rocío…! Y luego: —¡Antonio, Antonio!. ¿Quién duerme? Nadie. Y está oscuro; si ahora saliese la gran serpiente del vientre de la montaña y los tragase a todos, o llegara el tren de Port Bou…«El Málaga» no puede con su alma, hace días que no puede con su alma. Pregunta: —¿Hemos perdido la guerra, verdad? […]. La mayoría no lo cree todavía. Aún andan arrastrándose, al sordo compás de una oscura música que les asegura que la verdad no puede ser derrotada; allí, en la oscuridad del túnel, aún guardan las voces de la esperanza, que se abra el día del bien… (Aub, 2022: 278-279).

[174] El principio formal y el objetivo pragmático son, de hecho, muy similares a los que hemos comentado a propósito del testimonio de Camilo en *Juego limpio* y de su empleo del presente de indicativo.

El enfoque puesto en las vicisitudes del limpiabotas y en su manera de actuar señala otro matiz diferencial con respecto a la caracterización de Yubischek y a la pragmática narrativa de «Yo no invento nada»: todo lo que tiene que ver con la praxis adoptada por el propio Yubischek a partir del estallido de la Guerra Civil es fruto de un compromiso lúcidamente asumido: como hemos visto, este personaje pasa por una toma de conciencia totalmente racional, entiende las razones políticas y el alcance colectivo –internacional– de la lucha republicana y, a partir de ahí, decide implicarse en ella. Se alista en las Brigadas Internacionales y participa en el enfrentamiento armado. La invalidez mental del «Málaga», en cambio, no le permite pelear en la contienda: es un ser totalmente inocente. En «Yo no invento nada», lo que prima es el dinamismo del conflicto político, sus causas, sus repercusiones inmediatas, el llamamiento del autor a la responsabilidad global, aunque es cierto que la dimensión de la violencia infligida y del terror sufrido por los republicanos está muy presente. En «El limpiabotas del padre eterno» el conflicto está en todas partes, pero lo que verdaderamente ocupa el primer plano es el horror: el horror en el que precipitó el colectivo republicano, sobre todo en los caminos del éxodo y en la fase de detención en los campos de concentración, finalmente, el horror de la indiferencia interesada sellada en 1955.

Pero, precisamente la relación entre esta exigencia testimonial y la magnitud de la realidad que había que contar no pudo sino plantearle a Aub otra cuestión altamente problemática –más allá de la necesidad, ya mencionada, de actualizar la memoria concentracionaria republicana en la contingencia histórica de los cincuenta–: en palabras de Sánchez Zapatero (2014: 261), se trataba de «la imposibilidad de dar cuenta a través del lenguaje y las formas de expresión convencional del aberrante mundo concentracionario». Frente a esta clase de criticidad, el necesario punto de partida viene a ser la relación entre el objeto representado y la percepción desde la que se representa tal objeto –o sea, lo que en términos narratológicos se define justamente «focalización narradora» (Bal, 2017: 133)– y, si como explica Miekel Bal (2017: 132), el grado de familiaridad con el objeto del discurso tiene cierta influencia en la interpretación de los lectores, en el caso de un escenario, como el del campo de concentración, viene a ser aún más importante el filtro observador desde el que se da cuenta de las dinámicas constitutivas de un espacio tan radicalmente fuera de la lógica cognitiva del lector común. En un texto como «El limpiabotas del padre eterno», por ende, el ángulo de observación del «Málaga» cobra especial importancia, ya que la deficiencia mental del «Málaga» determina una percepción distorsionada y una interpretación ingenua de la guerra y de su

sucesiva detención (Sánchez Zapatero, 2014: 263-265). Por lo tanto, el punto de vista resultante crea un evidente contraste con la brutalidad de la realidad, acentuando el impacto sobre los receptores. Expresan la misma opinión Pérez Bowie (1999: 15), Valcárcel (2009: 805) y Greco (2016: 161) a la hora de puntualizar que precisamente el efecto de extrañamiento inscrito en la visión proporcionada por el joven detenido constituye un mecanismo desrealizador que se sirve del elemento absurdo para intensificar el carácter trágico de la experiencia en los campos de concentración. Dicha estrategia focalizadora no constituye ninguna excepción en la obra aubiana porque en la misma colección de *Cuentos ciertos* se puede rastrear una modalidad enunciativa similar en «Enero sin nombre», relato en el que la mirada inverosímil de un árbol se encarga de trasmitir sus impresiones acerca del éxodo de los republicanos en la frontera con Francia, algo que amplifica el dolor de los protagonistas de la Retirada y dirige la atención hacia el sinsentido de la acción de los responsables de aquella huida masiva, aspecto remarcado de forma explícita por medio de una serie de preguntas incrédulas (Orazi, 2008: 398):

> Anoche se murió un niño a mi pie; murió verde y se lo llevó su madre camino de Francia, creyendo que allí resucitaría; no creo en milagros. Tampoco comprendo por qué se mueren los niños: morir es cosa de quedarse seco. Lo saben de sobra los hombres y lo dicen […]. Los hombres se mueren carcomidos por fuera, la cara consumida por la sangre y las vendas, por el pus, la sarna, los piojos y el dolor. Por lo que oí anoche, también de hambre. ¿Qué es el hambre? La tierra lo da para todo (Aub, 2022: 108).

> La noche cae enseguida, como un apagavelas. Siento mis ramas. Llueve y vuelve a llover […]. Más heridos. ¿Dónde van? Huyen. ¿Por qué? Huyen. A estas horas me dan lástima. Sí, los hombres me dan lástima, por tontos. Un árbol siempre será un árbol y un hombre, aunque quiera, no nos llega a las canillas. La noche se llena de hogueras, parecen luciérnagas, camino de Francia. Hace frío. El viento trae explosiones, pero la noche es un secreto (Aub, 2022: 117).

Con todo, el relato donde mejor se nota el funcionamiento del expediente narrativo que acabamos de describir es «Manuscrito cuervo» que, explican Orazi (2008: 398) y Greco (2016: 160), está basado en el *topos* del manuscrito encontrado, traducido y publicado, aquí un tratado, una investigación supuestamente científica, sobre la conducta de los seres humanos en el campo de Le Vernet. El prólogo, redactado, según se dice, por un ex detenido del campo, lleva al lector a tomar conciencia de una realidad histórica bien determinada –«cuando salí, por primera vez, del campo de concentración de Vernet y llegué a Toulouse, en los últimos meses de 1940, encontré en mi maleta un cuaderno que no había puesto allí» (Aub, 2022: 181)– y, junto con otros elementos paratextuales –el

epígrafe y otras notas de carácter filológico– contribuye a proporcionar un contexto creíble y una apariencia documental con respecto al contenido del texto en cuestión. Sin embargo, si el nombre del supuesto editor ya podría constituir un primer indicio de ambigüedad –J.R. Bululú, que contiene la palabra «bulo», o sea, noticia falsa, mentira–, el desvelamiento de la identidad del autor del manuscrito, un cuervo amaestrado llamado Jacobo[175], rompe abruptamente la idea de verosimilitud, violada asimismo por medio de la alusión al traductor, Aben Máximo Albarrón, evidente arabización del nombre de Max Aub (Greco, 2016: 161). En este sentido, la utilización de un narrador no fiable para observar el universo humano destrozado por violencias inauditas funcionaría, en primera instancia, como artificio literario que, a la luz de la componente de extrañamiento acerca de lo que se describe, le «confiere […] una carga de irrealidad que los equipara al universo descoyuntado y agobiante de las peores pesadillas» (Bowie, 1999: 15), trasmitiendo, a nivel perceptivo, sensaciones que recrean, como en parte hemos aludido, la absurda brutalidad que los detenidos sufrieron en su propia piel y la desorientación –en cierta medida, la devastación emotivo-psicológica– que vivieron.

Pero, por otra parte, mientras que en «Enero sin nombre» el recurso a un narrador perteneciente al mundo de la naturaleza le daba a las frases un tono lírico, el enunciador no-humano de «Manuscrito cuervo» pasa a funcionar como desencadenante de una visión sarcástica, debido ante todo al mecanismo de doble enunciación sobre el que se articula el relato, en el que la perspectiva proporcionada por el cuervo no es la única instancia narrativa sino el resultado de otra voz previa, la del editor: el objetivo no es sólo ironizar sobre la jerga de la edición filológica sino también sobre la de la monografía científica (Orazi, 2008: 398)[176]. El universo de los campos se presenta, entonces, reelaborado por medio de dos procesos de distanciamiento, o sea, el derivado de la visión extra-humana del cuervo y el que produce la jerga científico-erudita con que se expresa el resultado de tal visión (Bowie, 1994), siendo precisamente esta superposición de perspectivas lo que «permite la contemplación de la radicalidad del horror» (Bowie, 1999: 23) para así

[175] Afirman Nos Aldás (2001: 318), Naharro-Calderón (2021: 48) y Buschmann (2022: 247) que podría tratarse de un cuervo verdaderamente existido, ya que aparece incluso en obras autoficcionales sobre los campos de concentración firmadas por autores como Gustav Regler o Arthur Kostler.

[176] El carácter dudoso y hasta inexacto y defectuoso del trabajo investigador del cuervo es sugerido por el mismo prologuista quien, a la hora de presentar un balance entre objetivos propuestos y resultados obtenidos, evalúa la «calidad científica» del texto de ese modo: «Es evidente que el propósito de Jacobo fue escribir un tratado de la vida de los hombres, para aprovechamiento de su especie. Por lo visto, no tuvo tiempo de acabarlo; o no se trata más que del borrador del libro publicado en lengua corvina. El índice, que va al frente del cuaderno, promete más de lo que el texto da; lo que no es, por otra parte, achaque puramente corvino: el que no haya trazado índices sin mañana, que levante la mano» (Aub, 2022: 183).

contribuir a compensar la naturaleza inefable del objeto del discurso. Además, el juego entre focalización desrealizadora y mecanismos formales distanciadores no se queda a nivel del marco externo del relato, sino que llega a ser el eje vertebrador del nivel enunciativo del propio Jacobo. Antes de todo porque, como explica Claudia Nickel (2019: 277-278), la perspectiva desde la que habla el animal es doble porque, aunque está dentro del campo de Le Vernet, no forma parte de la sociedad que lo conforma, en la que participan solamente los internados y los guardianes; por ello, asume una perspectiva externa, teóricamente objetiva. Sin embargo, paradójicamente, desde el comienzo de su tratado insiste en la autenticidad de su escritura precisamente por ser testigo ocular y haber tomado notas para la elaboración de su investigación basándose en el contacto directo e inmediato con la realidad interna del campo: «Todo cuanto describa o cuente ha sido visto y observado por mis ojos, escrito al día en mis fichas. Nada he dejado a la fantasía –esa enemiga de la política– ni a la imaginación –esa enemiga de la cultura–. Todos los hechos aquí traídos a cuenta no lo son para mi voluntad, sino porque así sucedieron» (Aub, 2022: 190).

Pero, sobre todo, lo que llama la atención es la discrepancia que se crea entre el hecho de que Jacobo propenda por autocolocarse en una perspectiva científica y rigurosa –por ejemplo, haciendo referencia al marco metodológico utilizado– y, por otro lado, el modo de proceder del propio cuervo que acaba por incumplir con toda norma investigadora. De hecho, falta de objetividad al emitir constantemente opiniones personales –«poseídos como lo están de absurdas creencias ancestrales, roídos de tabús, cuecen y pasan por el fuego la mayoría de sus alimentos para purificarlos. Ejemplo impar de su atraso y barbarie […]» (Aub, 2022:200)– y demuestra tener un punto de vista «corvicéntrico» al considerar todas las demás perspectivas como inferiores –«Mi interés por los hombres se debe a que es tal vez, y a pesar de todo, el animal que más enseñanzas sacó de nuestra perfecta organización. Lejos quedó, debido al poco desarrollo de su inteligencia […]» (Aub, 2022: 192)–; además, los párrafos se suceden sin respetar el índice de contenidos y, en la parte final del texto, el discurso se escapa por completo del control de Jacobo, ya que se insertan páginas enteras que incluyen expedientes de los detenidos (Nickel 2019: 286-287).

Eso no es todo, porque, retomando el minucioso estudio de Pérez Bowie (1994), coincidimos con él a la hora de mantener que, a los efectos desrealizadores asimilables al nivel pragmático de «Manuscrito cuervo», «El limpiabotas del padre eterno» y «Enero sin nombre», cabe añadir las potencialidades semánticas relacionadas con dichas

instancias focalizadoras que se centran en la crítica a la conducta del ser humano. Aclara Naharro-Calderón (2017: 216) que la decisión de Aub de otorgarle la autoridad representativa de lo que acontece en el espacio concentracionario a una fuente discursiva no digna de confianza y, para más señas, con códigos de referencia extrahumanos o subhumanos –en otras palabras, a sujetos no intachables a la hora de dar testimonio de la realidad– sirve en tanto que recurso estético funcional a denunciar la sistematización del régimen de lo arbitrario. En resumidas cuentas, a la falta de garantías socio-políticas asociadas al espacio del campo, Aub quiso responder plasmando un universo narrativo mediante el filtro de puntos de vista no fiables que reajustan el lenguaje concentracionario emitiendo no solamente significados inesperados, sino llevándolo hacia una nueva combinación, totalmente arbitraria, que, a su vez, lleva a un nuevo desplazamiento de la ficción[177].

En efecto, desde un punto de vista narratológico, «Manuscrito cuervo», «El limpiabotas del padre eterno» y «Enero sin nombre» no hacen sino problematizar el principio básico de cualquier tipo de focalización narradora, dándole especial profundidad crítica y concreción histórica: remitiendo a Bal (2017: 132-137), acciones y acontecimientos siempre se muestran desde un punto de vista determinado cuya percepción responde a un proceso psicosomático que depende de la posición del cuerpo que percibe: se nos presenta, entonces, una interpretación que no es neutral y negar eso significaría justamente negar las responsabilidades subyacentes a las modalidades de transmisión de los hechos. Esto refuerza el propósito aubiano de asumir el compromiso –la responsabilidad– de vehicular, a través de aquellas peculiares focalizaciones

[177] A este respecto, Naharro-Calderón (2017: 126) apunta a que en «Manuscrito cuervo» se presentan insistentemente causas decididamente aleatorias para analizar efectos externos a las normas de reglamentación legales o democráticas en el sistema totalitario de la concentración: «Los internados fueron traídos aquí por una administración. Esta administración ha desaparecido, pero los hombres siguen aquí. A aquella administración sucedió otra que trae más internados. Como los primeros no pueden reclamar la administración que aquí los trajo, porque ya no existe, no tienen a quién dirigirse para solicitar su libertad, y aquí seguirán hasta su muerte» (Aub, 2022: 234-235). Sin embargo, la mirada del cuervo resulta significativa también por otra razón: opina Omar Ette que la eficacia estética del cuento deriva del hecho de que es por medio del enfoque proporcionado por Jacobo que se establece una identificación entre el campo de Le Vernet y el mundo, justamente por equiparar el estudio del género humano a la observación de los presos en Le Vernet: «El campo en el *Manuscrito cuervo* de Max Aub, más bien forma el espejo ustorio, el reflejo concéntrico y concentrador de la sociedad de esa época en general: un campo de concentración» (Ette, 2005: 191). Esta asociación, según De Marco (2008: 56), revela el uso de la violencia de estado en tanto que práctica sistemática del siglo XX, algo, por otra parte, también que mantiene el propio Naharro-Calderón (2019: 127) al observar cómo la idea de la «resiliencia» y perdurabilidad del sistema concentracionario estaba claramente presente en el «Manuscrito cuervo» en el momento en que se alude al hecho de que «es bien sabido que se acabaron las guerras y los campos de concentración» (Aub, 2022: 183); entonces, vuelve otra vez el concepto de campo como paradigma biopolítico del Estado-nación moderno al que nos hemos referido en varios pasajes de nuestro trabajo –véase, en particular, el capítulo IV– .

extrañadas, una semántica política bien específica, puesto que se trataba de visibilizar el sinsentido y la injusticia consustanciales a los espacios concentracionarios y a las sociedades y a las instituciones que posibilitaban la existencia y el funcionamiento de dichos espacios. Por otra parte, si el escritor exiliado Aub rehuyó siempre la neutralidad –o, mejor dicho, la «indiferencia» o la «connivencia»– y, por consiguiente, asumió todas las consecuencias derivadas de una toma de postura clara e inequivocable frente a la Historia[178], también quiso advertir a sus lectores que la representación de la realidad por parte del discurso del poder es, necesariamente, sesgada y en absoluto inocente.

Al hilo de estas consideraciones, es muy interesante notar que, también en el caso de «El limpiabotas del padre eterno», uno de los pasajes en el que el extrañamiento dado por la peculiar perspectiva del «Málaga» genera un efecto especialmente disonante y desgarrador corresponde a la narración de la convulsa Retirada. En primer lugar, se antoja como muy significativa la desconcertante naturalidad con la que el joven protagonista asume la muerte de su amigo Manuel –víctima de los bombardeos de la aviación rebelde sobre la población en fuga–, actitud que se suma al cuidado y al respeto humano con los que, a pesar de sus limitaciones, se esfuerza por darle digna sepultura a una de las numerosas víctimas de las que nadie quiso hacerse cargo, a un cuerpo asesinado que, de no haber sido por la generosa lealtad del limpiabotas, habría terminado abandonado en la carretera u olvidado en una fosa común:

> […] cerca del «Málaga» una carretilla volcada, al pie de un olivo tan viejo o más que el campanario trunco. Un metro y medio más lejos, el cadáver de Manuel que, ahora sí, justifica su apodo de el Blanco: se desangró de golpe, el vientre segado […]. «El Málaga» lo estuvo mirando con interés algún tiempo, después puso la carretilla en su posición normal y, con dificultad porque era endeble, colocó en el cajón el cuerpo exangüe de su compañero. Cerca de la cuneta encontró una manta, en rollo, empapada; la cogió y extendió sobre los restos. Luego, tirando o empujando a más no poder las varas, tras haberse atascado la rueda dos veces, llegó a la carretera y se sumó a la cáfila […]. —Te has muerto, Manuel, pero no te hagas ilusiones, han muerto antes que tú y tendrás que esperar. No tiene mucha importancia, no te preocupes: te llevaré a Francia, aunque pesas más de lo que creía. Eres mi amigo; así estaremos todos contentos […].

[178] Así se explican las reivindicaciones de honestidad referidas en el prólogo de *La gallina ciega* y vinculadas a los juicios y a las opiniones expresadas en ese «diario español» acerca de la realidad política, social y cultural con la que tuvo que enfrentarse Aub con motivo de su viaje hacia la España de Franco en 1969: «No pretendo la menor objetividad […]. No intenté ser imparcial […]. Vi, oí, digo lo que me parece justo, no busco acuerdos. Una vez más testigo no hago sino dar cuenta sin importarme las consecuencias. Irresponsabilidad suelen llamar a esa figura serenos, barbas y condecorados. Tal vez. Me hirvió la sangre ante la indiferencia» (Aub, 2005: 18). Volveremos más adelante sobre las circunstancias contingentes a la base de este «testimonio ferozmente subjetivo y parcial, maxaubianamente personal e intransferible, deliberadamente provocador y polémico […]» (Aznar Soler, 2005: 11).

> —Oye, Manuel, dicen que esto ya es Francia. Aquí te quedas, pues, como querías. Yo no puedo más.
> Se alejó unos pasos bajando hacia la casa, rodeada de gentes por todas partes en la que se leía DOUANES. Pero se detuvo y regresó hacia el cadáver. Pensó que, a lo mejor, lo que quería Manuel era descansar en tierra, no en aquella postura tan incómoda. No tenía ninguna posibilidad de abrir una fosa. Entonces volcó el cuerpo en el suelo, volteó la carretilla y, con el cajón al revés, cubrió como mejor pudo los restos ya hediondos (Aub, 2022: 275-277).

No parece casual que ese gesto se cumpla en correspondencia del tránsito por la frontera entre España y Francia: por el contrario, son precisamente estas coordenadas espaciotemporales las que le otorgan una semántica ética aún más profunda y una mayor contundencia crítica la acción cumplida por «el Málaga». Primero, porque debido al carácter masivo de aquel éxodo, a las condiciones extremadamente dramáticas que lo acompañaron y a los numerosos muertos y heridos que se quedaron en el camino, la Retirada acabó convirtiéndose en uno de los lugares de memoria por excelencia en el imaginario del colectivo exiliado (López García, 2021: 13), lugar al que el joven protagonista aubiano imprime un mensaje de notable levadura contrahegemónica en el momento en que su gesto se opone simbólicamente al silencio desidentificador que envolvió –y que en muchos casos, sigue envolviendo– a las víctimas del franquismo. En efecto, fue exactamente en el momento en que los republicanos pasaron por los controles fronterizos –bajo la mirada despectiva de los gendarmes franceses– cuando se sintieron forzados a asumir su «inescapable condición exílica de alteridad radical» (Cate-Arries, 2012: 44). A este respecto, no es nada anecdótico recordar que, además de las posesiones que los españoles perdieron durante el viaje, sus exiguas pertenencias se vieron disminuidas todavía más cuando muchos agentes en la frontera confiscaron ilegalmente muchos objetos. La misma Cate-Arries hace referencia al testimonio de un hombre que informó de que algunos viajeros desorientados fueron despojados del puñado de tierra española que guardaban en sus manos: «Cuando vi a uno de los *gardes mobiles* abrir a la fuerza una de esas manos cerradas y esparcir la tierra desdeñosamente, me di cuenta de que los soldados de Francia no comprendían el significado de la palabra "hogar" y deseé que un día tuvieran que pagar por ello» (2012: 44-45). Le hace eco el veterano Antonio Miró, quien, respecto al «allez/allez» de los gendarmes –grabado en la mente de los exiliados como una obsesión en tanto que primera manifestación de una alteridad irremediable–, contaba que: «Francia nos acogía, en efecto, pero nosotros ya no éramos nada. Lo comprendí en seguida al advertir la mirada indiferente del gendarme» (2012: 45).

Precisamente en este sentido, cabe decir que este particular enfoque desde el que se narra la Retirada tiene también una fuerte componente de denuncia. Volviendo a las consideraciones de López García (2021: 14), aunque la tendencia general es referirse al factor lingüístico en tanto que causa principal que determinó el desplazamiento de los países europeos al continente americano de la mayoría de intelectuales y artistas de la diáspora republicana, quedarse con esta explicación sería absolutamente insuficiente – sobre todo, teniendo en cuenta que, en anteriores exilios de la historia española, el país galo había sido el destino predilecto: lo que sí condicionó de manera sumamente importante esta reacción por parte de cuantos pudieron salir de Francia fue la tremenda decepción que para miles de refugiados supuso la acogida por parte de las autoridades francesas, la misma que bien se puede observar en los testimonios referidos por Cate-Arries y en el cuento de Max Aub. Si a la hora de analizar «Yo no invento nada» hemos hecho referencia a la inexorable fractura del ideario de universalismo democrático ilustrado frente al creciente número de refugiados en el siglo XX, al analizar «El limpiabotas del padre eterno» hacemos hincapié en el hecho de que:

> La imagen mítica de la Francia de la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad se vio sustituida a una velocidad pasmosa por el encierro, la xenofobia clasista y la actitud hostil, cuya evidencia, nada metafórica, fueron estos múltiples campos de concentración adonde irían a parar miles de refugiados tras un penoso e invernal cruce de fronteras. La práctica política de los campos anticipaba acontecimientos de un inmediato futuro que , sin duda, convertirían la realidad francesa, como la del resto de Europa, en un territorio peligroso, condicionado por una violencia y una destrucción a las que en ese momento eran ajenas las naciones americanas […] lo que se produjo fue una pérdida de la capacidad de Francia como modelo […] que durante siglos había atesorado el imaginario de los sectores progresistas españoles (López García, 2021: 14-15).

No por nada, la transposición literaria de las contradicciones históricas a las que apunta López García cobra energía expresiva, otra vez, por medio de la focalización extrañada del «Málaga», a través de la cual brota la desilusión que lo sobrecoge en el momento en que se da cuenta de que, una vez llegado a Francia, no recibirá los alimentos esperados ni mucho menos será acogido con humana solidaridad:

> —Manuel esto es igual a lo otro. Se había apartado por el cerro, para pasar sin dificultades que, como siempre presentía. Miraba la lejanía con desconfianza y extrañeza; en su lento magín asomó la sospecha de que, tal vez, del otro lado de la vida fuera esta más o menos igual a la que se dejaba (Aub, 2022: 277).

Las impresiones del joven se completan, de ese modo, con la xenofóbica reacción de los ciudadanos franceses, reacción que la agudeza narrativa de Aub muestra en toda su significación real: la de una máscara fabricada desde las instituciones del poder con tal de encubrir lo que no era otra cosa sino desprecio –o miedo– hacia una comunidad de desesperados que en ese momento no tenían nada que ofrecer, pero sí mucho que pedir:

> —Son capaces de asaltar todos los hoteles de Font- Romeu. —¿Usted lo has visto, madame Gauloise? Son horrendos, da miedo verlos, sin afeitar… —¿Los españoles? ¿Ha visto usted L'Illustration? Unos mendigos, sucios, desarrapados, cochinos. Además, ya sabemos cómo son los españoles: perezosos, mal hablados. ¿Es que no tenemos bastante con nuestros pobres? (Aub, 2022: 281).

Volviendo al periplo histórico trazado entre «Yo no invento nada» y «El limpiabotas del padre eterno» notamos que la acción de los dos protagonistas está estrechamente vinculada por su actitud. Sin embargo, mientras Yubischeck no pierde nunca su sonrisa –su manera de asumir la derrota es seguir resistiendo activamente–, «el Málaga» pasa por un itinerario distinto y más complejo. Al principio de la Guerra de España, pese al rápido empeoramiento de la situación, se refiere que «todo le sonreía y él sonreía siempre. El mal, como no fuese la papanduja colorada del padrastro de su amigo, pocas veces de la cara y a nuestro mozuelo, en este y en otros casos, le parecía bien» (Aub, 2022: 272). Incluso en el momento en que es arrojado en el laberinto concentracionario se insiste en que «nadie sabe qué hacer. Nadie, menos "el Málaga", feliz en la playa de Argelès. Aquello está lleno de gente y al "Málaga" le gusta la compañía» (Aub, 2022: 282).

Sin embargo, el sometimiento del limpiabotas al proceso de degradación y deshumanización puesto en marcha por las autoridades de los campos hace que el talante del protagonista se tuerza y evolucione progresivamente: «Un senegalés le ha pegado una paliza de órdago al "Málaga". Ignoro la razón de la vapuleada; no ha sabido explicármela […]. Y se va triste a recorrer la playa. Ya no es el mismo de hace tres o cuatro días. Las palizas le han dolido horrores» (Aub, 2022: 289-290). Sucesivamente, se produce el punto de inflexión decisivo: «Se pasaba casi todo el día tumbado en la arena, sin pensar en nada. Dio con su esqueleto maltrecho en Gurs; luego lo trasladaron a Vernet d'Ariège. Allí empezó a perderse por completo. Luego lo llevaron al África, a las marchas del Sahara» (Aub, 2022: 295). En la estela de lo que hemos comentado, el objetivo principal del recorrido experimentado por el protagonista no era trasmitir una idea de rendición, de irremediable derrumbe ante una imposición de fuerza, sino enfatizar el carácter

constitutivo de los campos de concentración en tanto que lugares de envilecimiento de la condición humana: buena prueba de ello es precisamente la secuencia final del relato porque la muerte del «Málaga», más que representar la aniquilación definitiva del sujeto, abre a un simbólico resquicio de resistencia y a una perspectiva de sublimación moral. En efecto, frente al cadáver del joven:

> —*Il sourit encore, ce cochon*… decía Gravela a Ahmed, sin ver que a este, de pie, un paso atrás, le asomaban lágrimas en los ojos. Era un hilo y sonreía, no le cabía más que la sonrisa. Horrendo de delgado, con los ojos abiertos, brillantes y salidos como birlas, las mejillas hundidas, abría su cajón a los pies del Padre Eterno (Aub, 2022: 334).

Con todo, el hecho de insistir en los reiterados abusos padecidos por el limpiabotas cumple también con otra finalidad narrativa: frente a todo eso, su invalidez mental está destinada a condenarle a una marginalidad absoluta, ya que obstaculiza de forma decisiva su capacidad de expresión y, ante los demás personajes, deslegitima su punto de vista. Si antes hemos visto que con respecto a la primera retahíla de golpes recibidos «el Málaga» no pudo explicar lo que había pasado, en un fragmento sucesivo ni siquiera puede describir sus sufrimientos físicos: «Veinte metros más lejos apareció "el Málaga" con algunas costillas rotas, de un culetazo que debió encajarle el senegalés […]. "El Málaga" no pudo valerse del todo durante dos meses, ni hubo quien le cuidara; los médicos tenían bastante que hacer con quienes podían explicarles sus dolencias» (Aub, 2022: 294). Finalmente, cuando ya su cuerpo está totalmente consumido por el hambre, el frío y las palizas, reducido a un «cuello de pollo desplumado, los hombros hundidos, el pecho dando relieve a las tristes costillas» (Aub, 2022: 323), se encuentra privado de la posibilidad de dar a conocer sus condiciones porque, fuera del campo, «nadie sabe nada de él. Ni escribe, ni le escriben» (Aub, 2022: 326). Todo esto quiere decir que el protagonista aubiano, no solamente experimenta enormes dificultades en sus dinámicas de comunicación contingentes y cotidianas, sino que no tiene ninguna posibilidad de dejar un testimonio perdurable de su historia. Sus discapacidades psíquicas hacen que su voz se pierda irremediablemente entre la muchedumbre de los derrotados porque no tiene ni siquiera los instrumentos suficientes para formular una denuncia inteligible.

Así que esta específica caracterización del limpiabotas responde a una importante vertiente del esfuerzo memorialista llevado a cabo por Aub en el exilio. Si por un lado hemos visto que en el *Juego limpio* de Teresa León el compromiso con la memoria histórica, filtrado a través del punto de vista de Camilo, se proponía dar cuenta de aquellos

«seres perdidos, una carga de la que nadie se hará responsable», en el texto de Aub encontramos un principio muy similar. En palabras de Maggi (2022: 35), se trataba de reivindicar la existencia de individuos que «por razones de clase, edad y condiciones psicofísicas son predestinados a desaparecer sin dejar huella, totalmente borrados del mapa». Por lo tanto, la narración de la vida del «Málaga» simbolizaría la voluntad del escritor de preservar el recuerdo de estos seres invisibles y de la atrocidad de sus muertes. Aquí vuelve el sentido de otorgarle centralidad a este personaje, en el marco del habitual protagonismo coral que caracteriza la narrativa del *Laberinto*: en el colectivo de los detenidos, «el Málaga» no era necesariamente el «más importante», pero sí el más indefenso. Exactamente lo mismo que hizo Primo Levi en su representación de los «hundidos» de los campos nazis, las víctimas más incomunicadas y marginalizadas, individuos visibilizados en su monumental labor testimonial acerca del Holocausto. En particular, en *La tregua* (1963) se daba cuenta de la vida de Hurbinek, un niño de tres años cuya caracterización tiene mucho en común con «el Málaga». Tal y como el limpiabotas, Hurbinek no tiene instrumentos propios para expresarse y está fundamentalmente solo en medio del horror. De la misma manera que el limpiabotas, Hurbinek demuestra tener la fuerza y el valor necesarios a vertebrar sus constantes intentos de compensar sus limitaciones en el contexto de la casi imposible lucha por la sobrevivencia a la que habían sido condenados. Y como Max Aub, también Primo Levi asumió la responsabilidad, ética y política, de oponerse a la violencia y a la injusticia de un olvido impuesto a individuos máximamente oprimidos: en el marco de la heterogeneidad que caracteriza la constelación concentracionaria, «el Málaga», un personaje de ficción que conocemos a partir de la creación literaria de un autor-testigo de la misma realidad vivida por su protagonista, adquiere el mismo valor simbólico del Hurbinek de Levi, figura con toda probabilidad verdaderamente existida, pero cuya historia asume un estatuto tangible y comprobable únicamente a través de las palabras del italiano, testigo ocular del entorno concentracionario vivido por ese niño. La víctima aubiana, por lo tanto, funcionaría como proyección de «todos los presos incapaces de contar su historia», definición que Sánchez Zapatero (2010a: 103) había aplicado justamente en relación con el potencial testimonial inscrito en la historia del pequeño Hurbinek en la obra de Levi[179]:

[179] Como hemos aludido, somos conscientes de la criticidad que una comparación de este tipo puede plantear, ya que, inevitablemente, supone la necesidad de tomar en consideración el debate acerca de la univocidad del Holocausto –en efecto, la controversia entre Sicot y Naharro-Calderón mencionada en el

> Nella notte tendemmo l'orecchio: era vero, dall'angolo di Hurbinek veniva ogni tanto un suono, una parola. Non sempre esattamente la stessa, per verità, ma era certamente una parola articolata; o meglio, parole articolate leggermente diverse, variazioni sperimentali attorno a un tema, a una radice, forse un nome. Hurbinek continuò finché ebbe vita nei suoi esperimenti ostinati. Nei giorni seguenti, tutti lo ascoltavamo in silenzio, ansiosi di capire, e c'erano fra noi parlatori di tutte le lingue d'Europa: ma la parola di Hurbinek rimase segreta. No, non era certo un messaggio, non una rivelazione: forse era il suo nome, se pure ne aveva avuto uno in sorte; forse (secondo una delle nostre ipotesi) voleva dire «mangiare», o «pane»; o forse «carne in boemo, come sosteneva con buoni argomenti uno di noi, che conosceva questa lingua. Hurbinek, che aveva tre anni e forse era nato in Auschwitz e non aveva mai visto un albero; Hurbinek, che aveva combattuto come un uomo, fino all'ultimo respiro, per conquistarsi l'entrata nel mondo degli uomini, da cui una potenza bestiale lo aveva bandito; Hurbinek, il senza-nome, il cui minuscolo avambraccio era pure stato segnato col tatuaggio di Auschwitz; Hurbinek morì ai primi giorni del marzo 1945, libero ma non redento. Nulla resta di lui: egli testimonia attraverso queste mie parole (Levi, 2014a: 14-15)[180].

Antes hemos comentado dos cuestiones de fundamental importancia para entender la parábola de Aub como intelectual comprometido con la memoria republicana: primero, la necesidad de llevar a cabo una constante búsqueda ético-estética en función de una creación literaria que procure historizar los procesos sociales, los mecanismos de

---

capítulo IV de nuestro trabajo iba precisamente en esa dirección–. Por otra parte, esta misma cuestión es abordada por dos personajes de Max Aub, detenidos en el Roland Garros: «JULIO. Mi mujer me escribe que le han dicho en la prefectura… PLATONOF. No te preocupes; he estado ocho años en las cárceles de Mussolini, y mi mujer… WALTER. Y yo cuarenta y cuatro meses en Dachau. JULIO. ¿Dachau? WALTER. Sí, un campo de concentración de Hitler. JULIO. ¿Y era peor que eso? WALTER. Incomparablemente. Pero esto es mucho más idiota» (Aub, 2018b: 189-190). Esta conversación, plasmada entre las páginas de *Campo francés*, resulta significativa por una razón básica: reconoce la singularidad de la Shoah al tiempo que subraya la existencia de otros sistemas concentracionarios esparcidos por la geografía europea, dos sistemas «idiotas» por ser totalmente absurdas tanto las supuestas motivaciones a la base de su implantación como las normas de gestión y funcionamiento interno. A este propósito, explica Sánchez Zapatero (2021: 177) que, aunque no es posible comparar el horror de los campos de exterminio con otras realidades concentracionarias, sí que podemos encontrar una esencia común en las dinámicas de exclusión y negación de los derechos humanos fundamentales que, en distintos grados, afectaron a los detenidos de cada uno de estos sistemas de reclusión: partiendo de esta constatación, pero sin ninguna intención de establecer comparaciones de carácter ontológico entre los diferentes campos, consideramos que adoptar un enfoque contrastivo puede brindarnos la posibilidad de detectar analogías o afinidades finalizadas a elaborar una perspectiva más amplia y más lúcida, y así enriquecer los instrumentos críticos a nuestra disposición para aproximarnos a la complejidad del fenómeno concentracionario en su conjunto. Es este el objetivo que, de aquí en adelante, irá fundamentando nuestro intento de construir un diálogo entre el testimonio de Primo Levi y el de Max Aub, siendo este además un enfoque que no se aleja mucho, en sus fundamentos conceptuales, de la yuxtaposición entre tiempos y espacios que Said le atribuye al intelectual exiliado en su aproximación a los conflictos históricos, como hemos comentado en el capítulo III de nuestro trabajo.

[180] En su ensayo *I sommersi e i salvati* (1986), Levi vuelve a referirse a Hurbinek desde un enfoque más analítico, contextualizando su figura en tanto que emblema –y caso extremo– de las distintas problemáticas de incomunicación sufridas por los internados en los campos de exterminio. En el capítulo IV el autor explica que «Ho raccontato nelle prime pagine di *La tregua* un caso estremo di comunicazione necessaria e mancata: quello del bambino Hurbinek, di tre anni, forse nato clandestinamente in Lager, a cui nessuno aveva insegnato a parlare, e che di parlare provava un bisogno intenso, espresso da tutto il suo povero

corpo» (Levi, 2007: 72).

ejercicio del poder y las dinámicas de coexistencia humana que de ello derivan, y, en función de todo esto, mantener activo el canal de comunicación con la comunidad de receptores, presentes y futuros. En segundo lugar, también hemos aludido al hecho de que Aub sí tuvo muy en cuenta el problema de lo inefable de la realidad concentracionaria, limitación que, frente a la exigencia determinada por el propio compromiso ético-político del superviviente –la voluntad de darle a la experiencia individual un halo de ejemplaridad–, acababa siendo canalizada hacia el imperativo de intentar compensar la insuficiencia de todo testimonio referido a la realidad detrás de las alambradas. Hemos visto, en este sentido, el potencial crítico inscrito en el concepto de narrador no fiable y de focalización extrañada, pero si en el caso de «Manuscrito cuervo» hemos hablado también del filtro distanciador y del recurso a la parodia como elementos compensatorios de la inefabilidad del Mal, en «El limpiabotas del padre eterno», el autor ensanchó la propia noción de testimonio hacia distintas líneas semánticas y pragmáticas, algo que, a nivel formal, encuentra su reflejo en la exigencia de abrir el enfoque a la mezcla genérica[181] y al multiperspectivismo. Es verdad que este último aspecto no dista mucho

[181] Asimismo, cabe decir que el problema de la dificultad a la hora de representar la experiencia de los internados a través del lenguaje y del pensamiento conceptual entrañaba el riesgo de la excesiva simplificación, como subrayaba Levi (2007: 24-25): «Siamo stati capaci, noi reduci, di comprendere e far comprendere la nostra esperienza? Ciò che comunemente intendiamo per "comprendere" coincide con "semplificare": senza una profonda semplificazione, il mondo attorno a noi sarebbe un groviglio infinito e indefinito, che sfiderebbe la nostra capacità di orientarci e decidere le nostre azioni. Siamo insomma costretti a ridurre il conoscibile a schema […]. Tendiamo a semplificare anche la storia; ma non sempre lo schema entro cui si ordinano i fatti è ordinabile in modo univoco […]; tuttavia, è talmente forte in noi, forse per ragioni che risalgono alle nostre origini di animali sociali, l'esigenza di dividere il campo fra "noi" e "loro", che questo schema, la bipartizione amico-nemico, prevale su tutti gli altri […]. Questo desiderio di semplificazione è giustificato, la semplificazione non sempre lo è». En su voluntad de rehuir los enfoques reduccionistas, Levi se refirió a la existencia de la llamada «zona grigia» (2007: 29) que se articulaba alrededor del poder y estaba compuesta por aquellos oprimidos que, en el intento de sobrevivir, acababan convirtiéndose en colaboradores del poder. En particular, Levi afirma que: «Ma i collaboratori che provengono dal campo avversario, gli ex-nemici, sono infidi per essenza: hanno tradito una volta e possono tradire ancora. Non basta relegarli in compiti marginali; il modo migliore di legarli è caricarli di colpe, insanguinarli, comprometterli quanto più possibile: così avranno contratto coi mandanti il vincolo della correità, e non potranno più tornare indietro» (2007: 29-30). Por su parte Max Aub sabía, de forma similar a Levi, que el problema de la inefabilidad del mundo concentracionario no se podía solucionar a través de una simplificación o banalización de lo real. En este sentido, resulta muy sintomática la figuración del personaje de Jaime Ortiz, cuyos rasgos comportamentales lo asimilarían precisamente a los integrantes de la «zona grigia» de Levi. En efecto, se trata del jefe español del campo de Djelfa, fundamentalmente un anarquista que reniega de sus ideales políticos y empieza a colaborar con las autoridades del campo para poder regresar a España. Tal y como los colaboradores descritos por el escritor italiano, también el personaje de Aub termina cargado de culpas y con las manos ensangrentadas, como se nota en este fragmento: «[…] "el Málaga" encontró, al tropezar, una muñeca. Es mucho decir, lo fue de trapo y lanas, ahora desecho y deshilachadas. Pero había sido una muñeca y "el Málaga" vio transformada de nuevo su vida: cuidó mucho de ella mucho más que de sí mismo […]. La descubrió Ortiz en uno de sus acostumbrados esculcos, en busca de escondidos troncos. La cogió entre dos dedos como si fuese una rata muerta, la enseñó a todos antes de insultar ferozmente al pobre de espíritu, echándole en cara lo que suponía más hiriente para su propia concepción viril y anarquista del mundo. "El Málaga" no contestó: al pobre pilongo le corrían lágrimas entre escurrajos de suciedad. —¡Mírenlo! —recalcaba el traidor —¡Mírenlo! Talmente como una

de la combinación entre distintos circuitos narrativos e instancias enunciadoras que caracteriza «Manuscrito cuervo», pero en «El limpiabotas del padre eterno» esta multiplicación de voces no se asocia exactamente a una mistificación paródica, sino que van plasmando otro matices semánticos que no han de entenderse como reñidos con los expresados por medio del «falso tratado de Jacobo» –estamos comprobando en repetidas ocasiones la sólida coherencia ética que subyace a toda la obra de Aub–, sino como una posibilidad creativa que, sumándose a las potencialidades críticas proporcionadas por «Manuscrito cuervo», enriquece y amplia el proyecto memorialista de Aub en su conjunto.

De hecho, tenemos que observar que las barreras expresivas y las dificultades de comprensión del «Málaga» resultan parcialmente diluidas precisamente por la compenetración entre tres diferentes voces narrativas, en particular, una voz omnisciente, dos cartas de Juanito Gil y algunos pasajes del diario de Celestino Grajales, siendo estos últimos dos detenidos de Djelfa que hacen de narradores homodiegéticos. En efecto, la red de cooperación comunicativa resultante está finalizada a cumplir con varios objetivos. En primer lugar, como estamos viendo con respecto al protagonista del relato, había que ponerse simbólicamente al servicio de los que habían sido matados por las complicidades políticas, por la administración institucional y por los órganos policiales del campo de concentración sin haber tenido siquiera la posibilidad de contar sus impresiones, sus formas de interpretar la brutalidad que los estaba aniquilando. En este sentido, Sánchez Zapatero (2010a: 102) retoma las teorías literarias estructuralistas de Luba Jungerson para explicar que todo texto que se proponga tematizar la experiencia concentracionaria cuenta con dos niveles de enunciación de los cuales el primero correspondería al denominado «grado 0», o sea, el nivel latente en el que subyace la experiencia colectiva, incapacitada para ser transmitida en su totalidad por la desaparición de todos los que han sido parte de ella, en cambio, el segundo, el «grado 1», sería el nivel visible, la voz y el punto de vista que han llegado a los lectores, habiendo sido el propio Primo Levi quien mejor supo explicar el rol secundario de los testigos supervivientes frente a los verdaderos protagonistas: «Non siamo noi, i superstiti i testimoni veri. È questa una nozione scomoda, di cui ho preso coscienza a poco a poco, leggendo le memorie altrui, e rileggendo le mie a distanza di anni. Noi sopravvissuti siamo una minoranza anomala oltre che esigua: siamo quelli che, per loro prevaricazione o abilità o fortuna, non hanno

mujer. ¡Asqueroso! —. Salió Ortiz del marabú muñeca en mano y no paró hasta tirarla en el fogón de una cocina» (Aub, 2022: 327-328).

toccato il fondo. Chi lo ha fatto, chi ha visto la Gorgone, non è tornato per raccontare, o è tornato muto» (*apud* Hobsbawm, 1997: 13). La cuestión es que no se puede contar la experiencia de los campos en su totalidad, entre otras cosas, porque quienes sufrieron las peores consecuencias, quienes no pudieron sobrevivir a la magnitud de aquella brutalidad, nunca han vuelto a tener la posibilidad o los recursos para tratar de recomponer la identidad de la que habían sido privados a las puertas del campo de concentración. Por eso, y retomando las consideraciones de Sánchez Zapatero (2014: 264), vemos que, frente a la imposibilidad del «Málaga» de manifestar sus ideas y sus sensaciones, el narrador omnisciente asume la tarea de reproducir los diálogos y los pensamientos del propio limpiabotas y, finalmente, dar cuenta de la violencia que ha acabado matándolo, así como los diarios y las cartas completan su retrato –y su mirada– en el momento en que describen su personalidad, sus comportamientos y sus vivencias.

En términos de pragmática narrativa, y a la hora de aludir al itinerario reflexivo y creativo que se desplegó entre «Yo no invento nada» y «El limpiabotas del padre eterno», hemos remarcado que la finalidad prioritaria del segundo relato era el de orientar la atención del lector hacia el horror infligido a los refugiados detenidos en Francia y en el Norte de África. Los evidentes vínculos temáticos entre los dos textos, es decir, el frío, el hambre, las relaciones dialécticas trabajo-explotación y justicia-castigo –o prohibición– pasan por la problematización de los factores históricos que giraban alrededor de la existencia de la realidad concentracionaria en tanto que reflejos de las dinámicas geopolíticas globales. Entre estos factores, las instancias políticas que promovieron la construcción de dichos campos y su mantenimiento, el endurecimiento de sus normas reguladoras a lo largo de los años, su lógica de funcionamiento interno, las categorías de detenidos –junto con las causas y las finalidades de su internamiento– y la actitud de las naciones que aunque no estuviesen implicadas directamente en ello, sí adoptaron una postura indiferente hacia los presos republicanos españoles y los internacionales antifascistas que estaban ahí encerrados.

Entonces, desde el año 1955, desde una focalización enunciativa actualizada, volver a trasponer esos factores históricos en una creación literaria significaba testificar su perdurabilidad, significaba aportar una evidencia aún más sólida del sistema de los campos como instrumento de control social normalizado en el contexto de las naciones europeas modernas. Por otro lado, la propia operación de retomar los motivos temáticos ya presentes en el discurso elaborado en 1944, pero canalizándolos en una estructura narrativa y en unas pautas estéticas más elaboradas y articuladas apuntaba justamente a

eso, a anclar la reflexión sobre la realidad concentracionaria en las dinámicas geopolíticas mencionadas para, a partir de ahí, ahondar en la profundidad insondable del mal con el que se enfrentaron miles de personas usurpadas de su condición humana por medio de su sometimiento a inimaginables condiciones de frío, hambre, explotación y repetidas humillaciones bajo la forma de vejaciones psicológicas o castigos físicos. La renovación estético-formal no era sino la voluntad de virar la comprensión lectora hacia la intensidad de aquella violencia de naturaleza política para, finalmente, visibilizar el dolor de los internados y hacer hincapié en su total desprotección[182].

Por eso, en la primera carta de Juanito Gil se van plasmando dos diferentes situaciones de abandono, ambas contextualizadas, otra vez, en las fases de la Retirada, marco situacional que dirige la perspectiva de los lectores hacia las angustias propias de los migrantes políticos. Aquí el problema de la inefabilidad de las sensaciones de desorientación y miedo experimentadas por ese colectivo de expulsados se sobrepone a la tajante denuncia de la culpabilidad intrínseca a la imposibilidad de vislumbrar un horizonte de ayuda:

> «Mojado, ¿tú sabes lo que es sentirse mojado? No lo sabes, ni tienes idea. Pero sí la tenemos cincuenta, sesenta, cien mil españoles, con agua del cielo en los hombros, a través del paño, bien impregnados. En secreto te diré que estas telas no se secarán jamás ni acabará nunca este aire cicatero. Cavamos hoyos y aflora la humedad de la tierra […]. Estamos pringados, perdona la vulgaridad: estamos pringados de agua y de los demás. O, si lo quieres más elegante y elevado: transidos, estamos transidos. Auténticamente y perdóname la expresión: nos cagamos en el Mediterráneo (Aub, 2022: 286).

[182] Otro evidente elemento de conexión entre «Yo no invento nada» y «El limpiabotas del padre eterno» es el personaje de Carlos Yubischek. En el texto publicado en *Cuentos ciertos*, este último aparece en dos pasajes cuyas circunstancias narrativas constituyen una significativa demostración del mayor énfasis puesto en la representación de la atrocidad que caracteriza el relato protagonizado por el limpiabotas. En efecto, a la hora de referir el traslado del «Málaga» hacia Djelfa, se alude al hecho de que «también iba Gil en la conducción; esposado, formando pareja con Yubischek, un lituano bajito» (Aub, 2022: 296), siendo este un episodio que remite a las inhumanas condiciones de la travesía hacia las costas argelinas y que, en el caso de estos dos personajes, los conduce directamente al lugar donde encontrarán la muerte. Sucesivamente, aunque no se vuelve a mencionar explícitamente al voluntario de las Brigadas Internacionales, se alude a «—este que se muere. —Ya sabes que está prohibido que se mueran en el campo. Entretenle por lo menos hasta mañana…—Eso quiero. Le vamos a poner una inyección intravenosa […]. —Que no se muera hasta mañana, cuando se lo hayan llevado. Ya viste qué escandalo se armó con el lituano…» (Aub, 2022: 333). Dicho fragmento evidencia dos operaciones ideológicas. Por un lado, la implacable y despiadada frialdad que caracterizaba las estrategias empleadas por los verdugos con tal de ocultar sus crímenes de cara al mundo. Por otro, encontramos un mecanismo de extremada –y hasta paradójica– adulteración del concepto de justicia. Ya habíamos visto, en «Yo no invento nada», que la única forma de administrar la «Ley» en Djelfa era por medio de brutales y arbitrarios castigos. Aquí, en cambio, se remarca el absoluto control de las autoridades del campo sobre las condiciones de existencia de los detenidos, siendo que sus prerrogativas de imponer normas de conducta funcionales a garantizar el mantenimiento de aquel sistema de abusos se fundamentaban en el hecho de autoconstituirse como los incontrovertibles gestores del mismo derecho a la vida de los presos.

Inmediatamente después, la representación de un grupo de mujeres permite ejemplificar la temporalidad del refugiado fijándola en una dramática encrucijada: pérdida del pasado y ausencia de futuro. Esto se ve muy bien, en particular, en una figura femenina cuya única pertenencia, arrastrada desde su país de origen, es una maleta en la que lleva el cuerpo de su hijo –su esperanza de porvenir– ya muerto:

> Si quieres, te cuento: hay mujeres vagando entre nosotros, dejando aparte las que están con sus maridos o con sus hijos. Parece que esto se va acabar pronto, que se las van a llevar a refugios especiales, con los que reniegan como la que son. Por de pronto acaban de llevarse una. No tenía nada de particular como no fuese una maleta, que hedía, en ella llevaba a su hijo. ¿Quería quedarse con él? No lo sé, solo he visto cómo unos gendarmes se llevaban a rastras […]. Esa mujer, joven, que parecía conservar cierta hermosura a pesar del sueño que la mataba, esa mujer vaciando su maleta tirando la ropa en tierra, para esconder allí a su niño muerto –¿dónde? –, en medio de la carretera, en el campo, de día, de noche… (Aub, 2022: 287)[183].

En cambio, por medio del diario de Celestino Grajales, la firmeza de la crítica política formulada por Aub vuelve a orientarse hacia las dinámicas de explotación laboral, pero, esta vez, centrándose más en la humillación –al límite de la tortura psicológica– sufrida por un detenido judío obligado a trabajar el sábado, a pesar de sus reiteradas súplicas debidas a la voluntad de respetar los preceptos de su religión[184]:

---

[183] Como comenta Maggi (2022: 287, nota 34), otro cuento de la Retirada que relata un episodio análogo, aunque con una aproximación emocional bastante diferente, es "La mujer de la maleta", relato de Luisa Carnés publicado el 20 de enero de 1945 en la sección «Relatos de la guerra española» de *Reconquista de España*, el órgano de expresión de la Junta Suprema de Unión Nacional de Ciudad de México. En efecto, el relato está protagonizado por tres mujeres, destrozadas por el largo y difícil camino hacia Francia y fatigadas, al límite de la tolerancia física, por el peso de los sacos y de las cestas que arrastraban consigo y de los cuales empiezan poco a poco a desprenderse. Todas menos una, de la que se resaltan la extraordinaria resistencia y entereza: «Solo la mujer extraña no se quejaba. Solo su maleta estaba intacta, y sus pulmones, enteros. Su pecho no jadeaba, y sus hombros se erguían, mientras que en las gargantas de las otras la fatiga ponía un dogal y sus cabezas menudas iban desapareciendo entre los hombros. ¿Qué contenía aquella maleta, al parecer, leve como una pluma?» (Carnés, 2018: 30). El final, caracterizado por una gran tensión dramática, acaba contestado a la pregunta formulada por la voz narradora: «Enseguida, abrió su maleta. Sus compañeras de huida se inclinaron sobre aquella cosa, medio velada por la oscuridad: era un niño muerto. Tenía los ojos abiertos y la ropita blanca enrojecida por la sangre […]. A su alrededor sobrevino un silencio denso. De todas partes fueron afluyendo borrosas figuras de fugitivos. A las cuatro esquinas de la maleta le brotaron cuatro hogueras. Y ningún niño asesinado por el fascismo fue llorado por más llanto» (Carnés, 2018: 31). En línea con los propósitos aubianos, el texto de Luisa Carnés tenía el objetivo de reivindicar la Guerra Civil como primera etapa de la lucha contra el fascismo europeo, según afirma Montiel Rayo (2018: 47).

[184] Unos episodios de abuso psicológico muy similares son los que se recrean en *Campo francés*, aunque con algunas variaciones. El primero, encontrándose los presos todavía en el estadio de Roland Garros, antes que se produjera la invasión alemana: «SARGENTO. ¡A las duchas todos menos los que salen! […]. / Movimiento general. Algunos se alinean, otros buscan jabón, toallas. El sargento se acerca a Chamberlain, que se ha acostado en la paja. SARGENTO. ¿No has oído? / Chamberlain se levanta lentamente. SARGENTO. ¿No me oyes? ¡A formar para la ducha! CHAMBERLAIN. Me lo prohíbe mi religión.

> Como es sábado, suenan gritos en medio del campo, algunos se asoman, pero enseguida se vuelven: no vale la pena; siempre lo mismo. Es Godman que grita y llora […]. Gravela se le planta delante: —¡Coge la pala!
> —¡Comprenda usted, mi ayudante!
> —¡Coge la pala!
> Godman se arrastra todo lo que puede, suplicando:
> —Tenga compasión, mi ayudante…
> Ese rebajarse, ese servilismo, esa humillación le resta simpatías ¡.
> —¡Coge la pala y déjate de historias!
> —Comprenda usted, mi ayudante, usted tiene una religión…
> —¡Yo no comprendo nada sino que eres un perro que se niega a trabajar! ¡Guardias! […].
> Godman tiembla, pero no se mueve; intenta explicarse:
> —Hoy es sábado…
> —Y mañana domingo —interrumpe Gravela.
> —Hoy es sábado y mi religión me prohíbe…
> —¿Qué esperáis? —grita el cómitre a los moros —¡Qué coja la pala y que trabaje!
> Los moros, a regañadientes, bajan los fusiles con las bayonetas caladas; acercan las brillantes puntas a lo que fuera trasero del viejo judío. Este se inclina y coge la pala.
> —¡Trabaja!
> Los ojos llenos de lágrimas, el desdichado recoge unas paletadas de fango, las vierte en una carretilla.
> —¡Ajá! —remata Gravela. —Y a la noche, al calabozo para que aprendas que el que manda aquí soy yo (Aub, 2022: 310-312).

Sin embargo, exactamente como en la descripción de los episodios de violencia experimentados por «el Málaga», tampoco en el caso de Godman la representación de las mortificaciones y de las vejaciones infligidas al personaje viene a ser sinónimo de sumisión total y definitiva al poder de la instancia opresora. Al encarnizamiento del comandante Gravela se opone el valiente empeño de resistencia del viejo judío:

SARGENTO (al Griego y a Weissman). Llevadlo. / Le levantan en vilo, a pesar de sus protestas. […]. LAS DUCHAS. Una fila de doce, sin separaciones. Treinta y seis detenidos. Los que se visten, los que se denudan, los que se lavan. El sargento ordena a estos últimos. SARGENTO. ¡Enjabónense! / En una esquina, Chamberlain, vestido, entre dos soldados con bayoneta calada […]. SARGENTO (acercándose a Chamberlain). ¿Me has oído? CHAMBERLAIN. Mi religión me prohíbe desnudarme delante de otro… SARGENTO. Si no es más que eso… Lo coge del pescuezo, lo planta frente a una de las duchas, y hace una seña a los soldados que empujan al viejo, vestido, bajo el chorro. SARGENTO. ¡Agua! CHAMBERLAIN. ¡No! ¡No! / EL VIEJO MOJANDOSE. Los soldados y el sargento ríen» (Aub, 2018b: 160-162). El segundo episodio, en cambio, se produce en el campo de Vernet, y una vez instaurado el Régimen de Vichy –pero, volveremos a continuación sobre la orientación temporal y el desarrollo cronológico de la obra–: «EL PEQUE. Hoy es viernes, ahora verás. JULIO. ¿Qué? EL PEQUE. Espera. / Llegan los sargentos para pasar lista, uno por barraca. Weissman está al frente de la 34. WEISSMAN. ¡Firmes! / Se ponen todos en posición, destocándose. Todos, menos uno. PEQUE (a Julio). No falla. JULIO. ¿Por qué? PEQUE. Hoy es viernes y su religión le impide descubrirse. / El sargento se fija en él. SARGENTO (al «Hijo de Jehová»). Ven aquí. / El «Hijo de Jehová» se adelanta. SARGENTO. Quítate eso que llevas en la cabeza. / (El «Hijo de Jehová», quieto, frente a las filas de los internados). Bofetadas del sargento al «Hijo de Jehová». El sargento le quita el gorro y se lo pisotea. SARGENTO. ¡Cinco días de calabozo! (Aub, 2018b: 259-260).

> Le suele tener en las mazmorras de Caffarelli hasta el viernes siguiente, en espera de la escena del sábado.
> —Así hasta que se muera.
> Pero no se muere, ni siquiera se enferma. Lo aguanta todo. Sueña volver a regentar su peletería del Bulevar de las Capuchinas (Aub, 2022: 312).

Del mismo modo, por parte de Max Aub, la labor de construcción de una pedagogía de la memoria histórica no pretendía de ninguna manera vincular el horror vivido por los republicanos a una actitud de sumisa aceptación frente a los triunfos franquistas y al silencio del mundo. Tan importante era esta vertiente pragmática que entre las páginas del Diario de Celestino Grajales aparece un tercer pasaje que reproduce una escena narrativa muy similar a las protagonizadas, respectivamente, por el joven limpiabotas y por Godet. Esta vez, el protagonista es *Madriles*, otro detenido: este último, a pesar de unas condiciones de hambre, sed y fríos ya intolerables y a pesar de haber tomado conciencia de su irremediable indefensión, puede contar todavía con un indómito espíritu de lucha, simbolizado por sus dientes, cada vez más pronunciados:

> El *Madriles* está perdido. ¿Por qué no se muere? Ya todo le da lo mismo, peca a tientas, lo usan —los otros cinco que no nombro. Bebe su orín: está caliente. El Madriles se da cuenta de su abandono. Se alza de hombros. Una vez anduvo tres días, lo trajo un moro. Todos quisieran que se muriera, pero no se muere; enseña los dientes, que se le han hecho largos (Aub, 2022: 323-324).

Los nudos problemáticos que atraviesan el discurso testimonial son tan significativos –así como lo era para Aub establecer una comunicación con sus lectores que fuese lo más eficaz y fructífera posible– que pasan a ser objetos también de metarreflexiones explícitas articuladas gracias a la diversidad de puntos de vista que componen el relato y es precisamente esta alternancia de voces que le permitió al autor fragmentar su diagnóstico crítico en dos clases de inquietudes intelectuales puestas en tensión recíproca. En su primera carta, Juanito Gil reclama la atención de sus interlocutores, al tiempo que aborda abiertamente la cuestión de la inaccesibilidad a la realidad de los campos de concentración en toda su amplitud: «Debieras venir a ver esto –no creas que te esté «haciendo el artículo»–, es inaudito. Reina una confusión –la auténtica *pagaille*– de la que no puedes hacerte una idea. Solo los fotógrafos, y a eso le faltaría profundidad» (Aub, 2022: 290). Pero, justamente por ser la componente dialógica el elemento vertebrador de este testimonio aubiano, no bastaba con ser consciente de las dificultades intrínsecas al objeto del discurso, había que seguir centrando la atención en

los propios receptores. Como hemos visto en el apartado anterior, el problema del valenciano no era solamente cómo narrar lo inenarrable, sino también que, en todo caso, casi nadie estaba dispuesto a escucharle. Por ende, el diario de Celestino Grajales le da continuidad a la labor reflexiva de la carta de Juanito Gil, poniendo en evidencia otro tipo de limitación puesto que, otra vez, el problema era la barrera de silencio construida por la coyuntura política global en la que escribía Aub alrededor de los vencidos de la Guerra Civil española, alrededor de la ayuda que no recibieron y alrededor de su propia experiencia del horror concentracionario:

> Ya nadie habla de sus hazañas guerreras, caídas en el olvido que cavan el hambre y el frío […]. Además, esa guerra que ahora se libra, prisioneros que somos sin haber caído en manos del enemigo, esa guerra nos tiene mudos acerca de nosotros mismos, sin la menor duda de que han de ganar los que consideramos los «nuestros», con la seguridad de que al día siguiente regresaremos victoriosos a España… Nosotros y los de las Brigadas, que la tienen en la sangre (Aub, 2022: 307).

A su vez, este planteamiento contiene en sí mismo otra tensión histórica. De hecho, por medio de la segunda carta de Juanito Gil, volvía Aub a abrir su creación literaria a un intento de manifiesta interpelación a unos interlocutores –extratextuales– aun asumiendo el riesgo del vacío comunicativo: «¿De qué me quejo entonces? […] ¿por qué sigue España como está? Nosotros los presos somos los que estamos libres de culpa. Vosotros, los libres, ¿qué tal os sentís de responsabilidad?» (Aub, 2022: 327). Así es que las preguntas de Juanito Gil van recomponiendo las conexiones entre el pasado de la lucha de la España republicana y el presente de su subordinación a los intereses políticos y económicos dominantes, dicho de otro modo, a los dictámenes de una modernidad de rápidos avances técnicos y de lentos –casi nulos– progresos hacia la justicia y la igualdad a escala global. Haciendo hincapié en las condiciones terribles, en la degradación física y psicológica constante que arrastraba los presos «hacia la desesperación, la enfermedad y/o la muerte» (Naharro-Calderón, 2021: 58), lo que hacía Aub era ofrecer unas claves de lectura idóneas para romper con la interpretación de la diáspora española de 1939 y de la experiencia republicana en los campos franceses que las presentaban como una supuesta excepción en la Historia global, reafirmando su lugar en el amplio panorama de testimonios de supervivientes procedentes de varias nacionalidades, religiones y

tradiciones culturales. Semejante heterogeneidad, según Naharro-Calderón[185], se configura como otro elemento clave que define la semántica transnacional de la memoria de los campos franceses en tanto que los presenta como espacios que intentaban regimentar las diásporas antifascistas, insertándolos no solamente en la genealogía de un largo y arborescente proceso de persecuciones que cumplía con la finalidad de purificar el cuerpo nacional occidental de los elementos diaspóricos que lo desestabilizaban o perturbaban, sino que también se constituye como «el anticipo de las dificultades nunca superadas ante los retos transnacionales que acechan hoy, por ejemplo, a las antiguas naciones-Estados cuyos universalismos siguen desestabilizados por incesantes presiones migratorias» (2021: 66).

Por otro lado, en 1955, Max Aub reivindicó la memoria del dolor más profundo, de los abusos más humillantes, de los mecanismos de deshumanización más desgarradores vividos por los republicanos para subrayar que, si la Historia pertenece a los vencedores, a ellos pertenece también la responsabilidad de aquel dolor, de aquellos abusos y de aquella deshumanización, con toda su secuela de víctimas, muchas de las cuales –como en el caso del «Málaga» o de Hurbinek– tenían la única culpa de haber nacido en las filas de los que se consideraban como jerárquicamente inferiores, sujetos destinados a estar relegados en una condición de subalternidad por algún criterio establecido desde la ideología dominante[186]. Max Aub reivindicó esa memoria aplastada desde la incertidumbre esperanzada de que fuese posible pensar una evolución diferente de la Historia. Una evolución donde lo primero fuesen la dignidad del ser humano y la equidad social, dos principios que en la Historia de la humanidad estaban –y están– siendo negados de forma continua.

---

[185] En su ensayo «Perspectivas transnacionales en los campos de concentración», incluido en el volumen *Escrituras del exilio republicano de 1939 y campos de concentración* coordinado por José Ramón López García, Naharro-Calderón analiza cinco testimonios de supervivientes de los campos de Francia, originarios de distintos países y pertenecientes a diferentes clases sociales: el de Bruno Weil, naturalizado argentino en 1939, luego estadounidense en 1953 –y asesor alemán para la embajada francesa en Berlín hasta 193; el del activista alemán Gustav Regler –emigrado a Estados Unidos y posteriormente a México; el de Erwin Blumfield, nacido en Alemania, residente holandés, luego en París y finalmente exiliado a Estados Unidos; el de Luis Casas, hijo de emigrados españoles a Argentina –y que se alistó durante la Guerra Civil–; y, finalmente, el de un español, Manuel Velilla Aznar. Consideramos que la urgencia manifestada por todos ellos a la hora de subrayar la crueldad y las inhumanas condiciones de los detenidos, amén de los numerosos pasajes de sus testimonios en los que se subraya la diversidad de procedencias geográficas y lingüístico-culturales de los encerrados –rasgos evidenciados por el académico en su estudio– permiten establecer muchos vínculos con la finalidad ética subyacente a la escritura de Aub y, como acabamos de comentar, vertebran el debate de alcance y significación global que los une a todos.

[186] Para más señas, se trata de cuerpos no plenamente rentables bajo la lógica de una explotación finalizada al mantenimiento de los privilegios de los poderosos del mundo, uno por su invalidez mental y el otro por su edad.

Entonces, trazando un balance global de las potencialidades semánticas y pragmáticas relacionadas con la focalización del limpiabotas podemos concluir que su mirada distorsionada y su correspondiente visión cuestionadora de la realidad opresora que se despliega a su alrededor no solamente resultan funcionales a denunciar la arbitrariedad y la injusticia del campo de concentración, sino que tienen también un importante valor constructivo porque corresponden, justamente, a la proyección de cambio histórico planteado desde la memoria republicana[187]. Es decir, su apuntar, ingenuo e inconsciente, a una realidad social en la que la violencia o las prevaricaciones sean interpretadas como «desviaciones» inconcebibles o incomprensibles –«—A mí no me gusta pelear, ¿por qué le gustará a los demás? Pegar es malo, duele» (Aub, 2022: 273)–, bien podría corresponder a una peculiar vertiente de la concepción aubiana de la literatura, lo que Sánchez Zapatero (2010c: 200) define «el poder testimonial de la ficción» aubiana. En efecto, las improbables consideraciones del «Málaga» contribuyen, a su manera, a buscar una reacción condenatoria contra los estragos causados por la rebelión militar de 1936, justamente por aludir a una realidad que podría ser, pero no es[188].

[187] En su análisis acerca de las lógicas del poder en los campos nazis, Levi resumió perfectamente el carácter quimérico de una realidad político-social configurada sobre la ausencia de privilegios, realidad similar a la que se desprende desde el punto de vista del «Málaga» –quien, no por nada, es descrito como un «adelantado del otro mundo»–. En efecto, en el capítulo II de *I sommersi e i salvati*, el escritor turinés hasta traslada esta clave de lectura a todo contexto de cohabitación social: «L'ascesa dei privilegiati, non solo in Lager ma in tutte le convivenze umane, è un fenomeno angosciante ma immancabile: essi sono assenti solo nelle utopie. È compito dell'uomo giusto fare guerra ad ogni privilegio non meritato, ma non si deve dimenticare che è una guerra senza fine. Dove esiste un potere esercitato da pochi, o da uno solo, contro i molti, il privilegio nasce e prolifera, anche contro il volere del potere stesso; ma è normale che il potere, invece, lo tolleri o lo incoraggi» (Levi, 2007: 29). Al mismo tiempo, exactamente como en el caso de Aub, para Levi este tipo de consideraciones no suponían ningún tipo de claudicación ética, sino que tenían el objetivo de estimular una toma de conciencia lúcida y crítica de la realidad misma. Fue él mismo quien lo explicó magistralmente en el apéndice de la edición de 1976 de *Se questo è un uomo*, cuya primera edición se remonta al año 1947: «Non possiamo capirlo [l'odio nazista]; ma possiamo e dobbiamo capire di dove nasce, e stare in guardia. Se comprendere è impossibile, conoscere è necessario, perché ciò che è accaduto può ritornare, le coscienze possono nuovamente essere sedotte ed oscurate: anche le nostre. Per questo, meditare su quanto è avvenuto è un dovere di tutti» (2014b: 189).

[188] En concreto, nos referimos a los argumentos aplicados por Sánchez Zapatero (2010c: 199-200) al análisis de *El teatro español sacado a la luz de las tinieblas de nuestro tiempo* –publicado en 1971, pero con fecha apócrifa de 1956–, el imaginario discurso de ingreso en la Academia de la Lengua Española redactado por Aub y editado reproduciendo la tipografía y el diseño institucionales junto con la réplica del igualmente imaginario académico Juan Chabás. Sin embargo, a diferencia de «El limpiabotas del padre eterno», en el caso de *El teatro español sacado a la luz de las tinieblas de nuestro tiempo*, la confrontación crítica entre circunstancias factuales y aspiraciones de cambio, como afirma también Pérez Bowie (1994), se realiza por medio de la instauración de un pacto de lectura referencial gracias al recurso a un número considerable de realemas que, sin embargo, estaban destinados a ser contrastados por la evidencia, decodificable por cualquier lector de aquella época, del carácter ficcional –o, en este caso, más bien utópico– de aquella Academia, ya que estaba compuesta, en buena medida, por exiliados o víctimas del franquismo. El objetivo final venía a ser, por ende, hacer que el público lector tomara plena conciencia de cómo habría podido ser la realidad cultural de España si la Guerra Civil y el triunfo de los rebeldes no hubiesen interrumpido abruptamente el curso de la Historia emprendido por la Segunda República (Pérez Bowie, 1994; Sánchez Zapatero, 2010c: 200).

Sin embargo, cabe recordar que su deficiencia mental es también la razón de la extremada marginalidad de este personaje derrotado y exiliado. Por lo tanto, la voluntad de formular una conciencia crítica de cara al futuro, condensada en este relato, es la lejana perspectiva de una Historia donde esa marginalidad no se considere un motivo de «retraso», sino que encaje en un escenario geopolítico donde el consenso y el conformismo impuestos desde el poder sean sustituidos por un movimiento colectivo de defensa de la paz social y de la libertad:

> «El Málaga» nos mira, sonríe como siempre y se va escotero a rascarse las pieles que le cuelgan por todas partes. Está más allá. Tal vez lo que consideramos un retraso –según dictamen médico *es* un retrasado mental– sea exactamente lo contrario. Tal vez «el Málaga» sea un adelantado del otro mundo, cuando todos seamos iguales… (Aub, 2022: 327).

Este mismo valor pragmático que, en palabras de Sánchez Zapatero, se puede resumir aludiendo a la capacidad de esta tipología de escritura testimonial de «superar las concreciones de su contexto de creación y plantear un diálogo intercultural marcado por la universalidad de la violencia, el horror, la humillación y el deseo cosificador que supusieron los espacios concentracionarios» (2021: 176), es especialmente visible en las circunstancias de publicación y en la estructura formal de *Campo francés*. La obra, en extrema síntesis, cuenta las vicisitudes de Julio Hoffmann, húngaro asentado en París y casado con María, ciudadana francesa. Tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial, Julio es detenido, trasladado primero al estadio de Roland Garros y sucesivamente al campo de Le Vernet, espacios en los que confluyen las historias de un amplio colectivo de detenidos entrelazadas con la descripción de las brutales condiciones del campo. A pesar de que en la nota introductoria escrita por Aub se aclare que «en veintitrés días de travesía, de Casablanca a Veracruz, en septiembre de 1942, escribí este *Campo francés*» (Aub, 2018b: 27), el sucesivo proceso de revisión y formulación definitiva del texto fue largo y bastante complejo[189], pero lo que nos interesa poner en evidencia es sobre todo –como en el caso de «El limpiabotas del padre eterno»– la renovada urgencia de llamar la atención acerca de la semántica universal inscrita en la memoria de los campos de Francia y en los testimonios de los republicanos españoles. Si la publicación del relato

[189] Para profundizar en el itinerario filológico de la obra, remitimos a la introducción realizada por Valeria De Marco en la edición publicada en 2008 por Castalia, en la que se desarrolla un análisis muy puntual acerca de la relación directa entre *Campo francés* y el drama *Morir por cerrar los ojos* (1944), ambientado en Francia entre mayo y julio de 1940.

protagonizado por «el Málaga» había coincidido con la aceptación de la España franquista en la ONU, el año 1964, época en la que Aub se puso en contacto con José Martínez, director de Ruedo Ibérico, para empezar los trámites de edición de *Campo francés*, iba a coincidir con otra fecha fundamental, ya que en una carta enviada el 25 de marzo de 1964 a Tuñón de Lara se puede leer:

> Envié anteayer (sic) el manuscrito de *Campo francés* a Martínez, a su domicilio particular, por avión, con la intención de que lo lea durante las vacaciones de Pascua. No sé porque tengo la sospecha de que la forma misma del libro, más cercano al guion cinematográfico que a otra cosa –y que está pidiendo a gritos una fácil y gran ilustración fotográfica– le haga dudar de su inmediata publicación. Desde luego no es más que un prejuicio, pero conozco a los editores… Ahí entras tú: presiónale, entusiásmalo porque, además, la celebración (?) de los 25 años de nuestra derrota son un pretexto magnífico para lanzar el libro a la calle (*apud* De Marco, 2008: 28-29).

Ahí se deja absolutamente clara la significación política que Aub le atribuye a la publicación de la obra en ese momento –y para más señas, en una editorial fundada en París con la finalidad de difundir libros censurados en España y combatir la imagen del país forjada por el franquismo–[190]: denunciar la falsedad de la tan aclamada paz de Franco precisamente en el vigésimo quinto aniversario del final de la Guerra Civil. De hecho, aunque la obra no pudo ver la luz hasta febrero de 1965, Aub quiso fechar la nota introductoria con la mención de «febrero de 1964» y así mantener intacta la fuerza de su gesto:

> Aparecen estas páginas a los veinticinco años del desenlace de la Gran Guerra Civil española: de hijas –ayer– a nietas –hoy–, pero la sangre es la misma. Aquella contienda, a pesar de haber sucedido entre otras dos enormes, sigue teniendo para el espíritu una importancia de la que carecieron las demás. En ella se jugó algo más que la vida. El petróleo, las colonias, el oro no fueron motores ni razones determinantes. La furia ética, la justicia y hasta el derecho se jugaron la existencia y, por lo menos temporalmente, la perdieron (Aub, 2018b: 28-29).

La reivindicación del papel central y más aún del valor moral –la furia ética, la justicia y el derecho– de la lucha republicana en sus conexiones internacionales queda reflejada prácticamente en todas las coordenadas estéticas trazadas por Aub[191]: Carmen

[190] Para conocer el origen y la historia de Ruedo Ibérico aconsejamos la consultación del texto de Albert Foment, *José Martínez: la epopeya de Ruedo Ibérico* (2000), publicado por Anagrama.
[191] En el «Aparte» que acompañó la segunda edición de *Morir por cerrar los ojos*, en 1966, Aub aludió al hecho de que: «Ya no hay campos de concentración en Francia, en Alemania, en la URSS, en Italia, pero no estoy seguro de que no existan en otras partes» (Aub, 2007e: 84).

Valcárcel (2018. 9-10) apunta a que el carácter híbrido de la obra, a medio camino entre la novela y el cine, da lugar a una conformación mestiza en la que al texto se sobreponen imágenes de la prensa francesa de la época –*L'Illustration* y *Match*– y los grabados de Josep Bartolí –sacados de *Campos de concentración (1939-194…)*–, lo cual corresponde a otro recurso compensatorio –en el marco del amplio y variado abanico aubiano que estamos analizando– funcional a «dar cuenta de la desmesurada dimensión de tragedia, así como de la imposibilidad de aprehender la totalidad de los acontecimientos que se suceden a ritmo vertiginoso, más aún, de comprender su sentido». Por su parte, Valeria De Marco (2008: 24) hace hincapié, de nuevo, en el contexto histórico-cultural que rodeó la redacción de la versión final del texto, siendo *Campo francés* una de las obras de Aub donde es más evidente la atención a los mecanismos cognitivos e interpretativos de los lectores de la época. A este respecto, el autor tuvo muy en cuenta la necesidad de buscar una forma de concisión comunicativa finalizada a que su mensaje llegara a su público de la manera más inmediata e incisiva posible; así lo explicaba el propio Aub en la nota introductoria:

> El Cine y la Televisión son hoy una parte importante de la industria literaria, tanto como el teatro o las ediciones baratas. […] adopto, no por capricho, una forma cercana a la cinematográfica, porque creo que ya existe un público para quien la separación de imagen y diálogo en una misma página más que dificultar, le facilita seguir claramente una historia […]. La aparición de noticieros de actualidades o de titulares de periódicos, salva a todos de descripciones de acontecimientos histórico que, o están en la memoria del lector, o, si los ignora, no le dirían gran cosa al serle explicados con mayores detalles. Todos saldremos ganando, por lo menos, el tiempo perdido (Aub, 2018b: 26).

En la convergencia entre la búsqueda formal evidenciada por Valcárcel y el interés en las dinámicas receptoras subrayado por De Marco se encuentra el punto fundamental. Cabe notar que las fotos muestran, por ejemplo, la construcción de los primeros campos de concentración, una serie de imágenes de varios jefes de Estado pronunciando discursos o relacionándose entre ellos –Pétain, Franco, Hitler, Mussolini, Stalin y sus ministros, así como Churchill, los reyes de Suecia, Noruega y Dinamarca–, mientras que el texto alterna recortes de periódicos, noticiarios de cine o de radio que complementan el aspecto informativo y la orientación temporal de la situación política internacional con acotaciones y diálogos que entretejen las genealogías y las vicisitudes presentes de los personajes, estos últimos procedentes de varias nacionalidades y pertenecientes a distintas clases sociales. Por ende, observa Claudia Nickel (2019: 311-316), a través de la

interacción de ambos códigos semióticos, las imágenes y las palabras escritas, el lector puede tomar conciencia de que los campos franceses fueron parte integrante del conflicto político internacional que conectaba directamente la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial, trastocando la cotidianidad de los protagonistas de manera abrupta y repentina, algo reforzado, además, por el propio desarrollo cronológico de la trama, ya que esta última empieza con un éxodo, el de los republicanos en enero de 1939, y termina en octubre de 1940 con la huida de miles de ciudadanos tras la instauración del régimen de Vichy y la ocupación de París[192]. Sin embargo, con respecto a «Yo no invento nada», «El limpiabotas del padre eterno», y «Manuscrito cuervo», *Campo francés* plantea una diferencia esencial: los dos primeros empiezan dentro del campo de concentración para, a continuación, pasar a reconstruir el pasado de los protagonistas antes de la detención y, finalmente, relatar sus periplos por los campos de Le Vernet y Djelfa mientras que la mirada del cuervo Jacobo en «Manuscrito cuervo» solamente se desliza dentro del espacio concentracionario. En resumidas cuentas, no hay, en ninguno de estos tres cuentos, un movimiento de interacción entre el interior del campo y el mundo exterior, sino que la focalización narradora y el desarrollo de la trama los encuadran como dos espacios distintos –aunque, obviamente, no desconectados a nivel de causalidad histórica–.

En cambio, en *Campo francés* los límites trazados por las alambradas y su régimen deshumanizador son mucho más permeables. En primer lugar, porque la historia, en sí misma, se desenvuelve –precisamente gracias al utilizo de un aparataje estético afín a las técnicas cinematográficas– no solamente a través de la interacción entre imágenes y texto, sino también a través de un continuo y rápido cambio de ambientaciones entre los espacios de acción propios de las instituciones represoras –el estadio de Roland Garros, Le Vernet, la Prefectura– y los espacios propios de la vida social o, por lo menos, de la vida cotidiana de los ciudadanos –el interior de unas casas parisienses, el cine, un parque público, una granja, etc.–. En segundo lugar, porque «el estado de excepción político durante la guerra transforma la sociedad, y genera en ella un estado de excepción por el cual parecen haber sido derogadas las reglas de convivencia vigentes hasta entonces, las de humanidad, solidaridad, las ideas de lo moral» (Nickel, 2019: 322-323). La arbitrariedad y el absurdo que fundamentan las normas de gestión de los campos se han

[192] Notamos, entonces, la diferencia con respecto a «Alrededor de una mesa», donde la crítica hacia una sociedad indiferente y replegada en sí misma –convencida de «estar a salvo» de las consecuencias más radicales del conflicto político– quedaba implícitamente sugerida por medio del contraste con la realidad histórica y con el efectivo desarrollo de los acontecimientos bélicos, inevitablemente percibido por los lectores de la época de publicación del cuento.

apoderado del cuerpo social de Francia en su totalidad, habiendo alcanzado a modular las relaciones entre Estado y ciudadanos. Esto se ve muy bien, por ejemplo, después de la huida de Julio: a pesar de que María intente convencerlo de que la mejor solución consiste en pasarse a la clandestinidad para ponerse a salvo de otras posibles persecuciones, Julio decide volver a la Prefectura porque sigue creyendo en el Estado de Derecho y está seguro de poder aclarar la supuesta confusión con su hermano Juan, miembro de las Brigadas Internacionales en la Guerra Civil Española[193], confusión a la que atribuye la causa de su detención: «Tengo que explicarles. Comprenderán» (Aub, 2018b: 202). Sin embargo, esta seguridad se esfuma frente a las autoridades policiales: vuelven a apresar a Julio y lo internan en Le Vernet, donde, efectivamente, está también su hermano. Por lo tanto, este personaje queda, otra vez, atrapado en la asfixiante red de reclusiones indiscriminadas desde la cual no filtra ninguna explicación aparte de aquella ambigua justificación de que todos los que se encuentran confinados en el campo son «peligrosos para Francia», siendo, sencillamente, extranjeros: entonces, los principios de legalidad en los que creía Julio ya no existen. Además, retomando el estudio de Nickel (2019: 331-332), podemos comprobar que la expansión de las características reguladoras del campo hacia todas las vertientes de la vida social se observa también a partir del hecho de que María tiene que pasar por experiencias similares a las de Julio, ya que se ve obligada, en sus intentos de lograr la liberación de su marido, a lidiar con una sociedad egoísta, pasiva e insolidaria.

Con todo, de manera análoga a las otras obras que hemos visto –y particularmente «El limpiabotas del padre eterno»–, la otra cara del testimonio del horror concentracionario viene a ser precisamente aquella intención de ejemplaridad presente en todos aquellos que lo han padecido, puesto que no se representan solamente como víctimas, sino como destellos de una esperanza futura. En efecto, ya en la nota introductoria Aub afirma que, aunque el presente no sea nada prometedor, «uno va

[193] Vuelve otra vez la figura del combatiente de las Brigadas Internacionales en la guerra de España, así como los personajes de Teresita, protagonista del homónimo cuento, y, obviamente, Carlos Yubischek, recurrencia estrechamente conectada con la historia personal del autor. No solamente por la pertenencia de estos personajes a las Brigadas Internacionales, otro elemento que evidencia el sentido global de la resistencia republicana, sino también porque todos se caracterizan por una identidad problemática y, desde la perspectiva de las instituciones del poder, altamente conflictiva. En el caso de Teresita, hemos visto que estos aspectos se reflejaban en una supuesta ambigüedad de género, indeterminación que acabó siendo determinante de cara a su reclusión en el campo de Gurs, mientras que en el caso de Juan Hoffmann –pero también en el de su hermano Julio– y de Carlos Yubischek el meollo de la cuestión tiene que ver explícita y directamente con el concepto de identidad nacional, siendo que ambos se caracterizan por el efecto de disonancia creado por la asociación entre un nombre que suena claramente a español y un apellido extranjero. Remiten estos dos personajes de forma más evidente a la compleja categorización de la identidad aubiana, inclasificable según los rígidos parámetros del «mundo cerrado» con el que tuvo que enfrentarse.

haciendo lo que puede, por poco que sea, con el convencimiento de que todo deja huella, en hueco o en relieve, sirviendo para el futuro –si lo hay» (Aub, 2018b: 28). En *Campo francés*, contrariamente a lo que sucede en la vida cotidiana francesa, el espacio delimitado por las alambradas se convierte no solamente en terreno de resistencia, sino también y sobre todo de cohesión y lucha colectiva: el propio Julio, tras haber vivido toda una vida únicamente en función de sus propias circunstancias personales, desinteresándose de todo lo que percibía como ajeno a su microcosmo descubre, por medio del contacto con los otros presos, la importancia de la solidaridad y lo imprescindible de adquirir una perspectiva atenta a los múltiples aspectos en los que se presenta el conflicto político-social, siendo algo que, de una manera u otra, afecta e involucra a todos, sea por pertenecer a los «dominadores» sea por estar entre «los sujeto aplastados», en distintos grados y a varios niveles de responsabilidad y de autoconciencia[194]. Muy especialmente, Julio experimenta dicho cambio en el momento en que se da cuenta de que no está solo y, sobre todo, en el momento en que recibe un gesto de incomparable humanidad: unos compañeros a través de las rejas de la celda de castigo, le pasan un salchichón, gesto extremadamente significativo si pensamos que estamos hablando de individuos postrados por el hambre y el maltrato continuo, contrapuestos a los poderosos y a las instituciones del campo que solo se preocupan por acumular bienes y privilegios para así integrarlos al exceso del que ya disponen:

> CALABOZO. AMANECER
> Julio ve cómo pasa, poco a poco, un salchichón a través de la ventana enrejada. Va a caer a sus pies. Los ojos de Julio empapados de lágrimas.
> JULIO (a Leslau). No creas que lloro por el hambre.
> LESLAU. Ya lo sé. ¿Sabes cómo se llama esto?
> JULIO. Sí. (Pausa). Y por eso me siento ahora tan tranquilo. Poco a poco he ido notando como… como… ¿cómo decirlo? Como me ensanchaba. (Come, tras darle la mitad del salchichón a su compañero). Bah, me decía, es que te acostumbras a la vida de internado. No, no era eso. Es que iba perdiendo el miedo porque sentía que no estaba solo, que somos muchos (Aub, 2018b: 287).

En opinión de Valcárcel (2018: 18), el mensaje de resistencia en perspectiva futura que Aub asocia a la actitud de los detenidos de *Campo francés* conlleva un importante valor político porque «el esfuerzo y lucha individuales no prosperan si no es con el esfuerzo y lucha colectivos». Esto se observa también en el hecho de que María pasa por

[194] La consideración del personaje de Radvany, compañero de detención de Julio es sumamente emblemática: «JULIO. Yo nunca me metí en política. RADVANY. Nacer ya es una política» (Aub, 2018b: 193).

un proceso de toma de conciencia similar al de Julio y al final de la obra, detenida en el campo de concentración de mujeres, consigue arengar a sus compañeras con el objetivo de impedir que lleven a los hombres a Djelfa:

> EL CAMPO DE LAS MUJERES. DÍA
> Unas mujeres sentadas en la puerta de una barraca. Una vieja llega corriendo.
> MUJER VIEJA. ¡Se los llevan a África!
> MARÍA. ¿Y lo vais a dejar? ¿Vais a ser tan cobardes? ¿Vamos a ser tan cobardes?
> Muchas mujeres se le acercan.
> MARÍA. Yo creía, como todas, que lo primero era nuestra tranquilidad: mi casa, el pan de cada día. Yo lo creía y alentaba a mi hombre en ese camino. Le aplaudía al oírle: ¿para qué sirve la política? ¿Qué más da? ¡Qué nos gobiernen cómo quieran! […]. Por creer eso estamos donde estamos y él ha muerto. Si todas hubieran gritado: ¡Eso no! ¡Eso no!, todas a una…No estaríais aquí, españolas, sino en vuestra tierra española, comiendo pan español y oleríais el sudor español de vuestros hombres por la noche…Y vosotras, alemanas, no habrías perdido el hábito de vuestros maridos, machacados en los campos alemanes, y vosotras, polacas, y vosotras, italianas, y nosotras, francesas, no estaríamos aquí sino, a lo sumo, en donde fuera, luchando. Ahora se los llevan a África para matarlos de calor y trabajo. ¡Basta! ¡Basta! […] ¿Tenéis miedo? ¿No sois mujeres? Si estos se van, mañana se los llevarán a todos. ¡No más! ¡No más!
> MUJERES (gritando). ¡Al desierto, no! ¡Al desierto, no! ¡Al desierto, no!
> MARÍA. ¡Coged colchones y mantas! ¡A las alambradas!
> Las mujeres entran en las barracas y salen con colchones y mantas (Aub, 2018b: 307-308).

Y, juntas, lo consiguen:

> INTERIOR DEL CAMPO C. DÍA.
> Las mujeres han penetrado en el campo. Algunos guardias luchan cuerpo a cuerpo. El sargento, acorralado, saca su pistola y dispara. Voz del comandante por el altavoz.
> VOZ DEL COMANDANTE. El convoy ha sido suspendido. El convoy ha sido suspendido. No habrá represalias si ahora vuelven ustedes tranquilamente a sus barracas […].
> Atardecer. Todos –hombres, mujeres, alineando o formando grupos–, poco a poco, se van sumando al canto, sanos y heridos. Una *Marsellesa* lenta, trágica (Aub, 2018b: 312-313).

Superaron estas mujeres y estos hombres las fronteras nacionales para cooperar en aras de una esperanza de libertad, así como el testimonio de los campos franceses de Max Aub se originó a partir del compromiso de visibilizar la memoria del exilio republicano en el marco del proceso de reconstrucción de la «razón democrática» después de la devastación –material y moral– que marcó la Historia del siglo XX. Si Aub, como hemos subrayado repetidas veces, tenía en su cabeza el objetivo de construir una

«pedagogía de la memoria» de cara a la posteridad, a nosotros nos toca la tarea de recoger su legado desde nuestra época no exenta de intolerancia ni de violencia ni de injusticias.

6.3 «Primero la verdad que la paz»: escribir la Historia desde la imposibilidad del regreso

La determinación a la hora de desenmascarar la general indiferencia y el consensuado olvido que le habían abierto a la dictadura de Franco las puertas de la definitiva aceptación internacional y, con ello, la denuncia de la insuficiencia de una paz global que perpetuase la exclusión de la memoria republicana española, fueron atravesada siempre, desde la óptica de Aub, por la crítica de la improcedencia histórica del régimen y por la profunda inquietud acerca de las implicaciones sociales y culturales derivadas de su perpetuación. Como confirma Fernando Larraz (2014: 84), Max Aub siempre se propuso rechazar la ilusión historicista que relativiza o desplaza el papel del sujeto en ella o que contempla el futuro sin atender a la devastación del pasado. Si todas estas vertientes habían impulsado la escritura de «El limpiabotas del padre eterno», en el caso de «El remate» pasaron a ser ejes estructuradores de su aparataje estético y principios vertebradores de su desarrollo temático. Publicado el 19 de agosto de 1961 en un número extraordinario de *Sala de Espera* e incluido posteriormente en *Historias de mala muerte* (1965) y en *Últimos cuentos de la guerra de España* (1969), «El remate» cuenta con una génesis muy peculiar. En efecto, en sus diarios, Aub (2023: 423) dejó constancia de un encuentro acecido el 27 de marzo de 1961 en Roma con Jorge Guillén, dedicatario del relato; pero aún más interesantes son los detalles a los que se refirió en una carta dirigida a Segundo Serrano Poncela, el día 19 de octubre de aquel mismo año: «Querido Serrano Poncela: hablemos de "desesperación". No, El remate no es un relato desesperado sino furioso, producido por la indignación de la lectura de ese *ABC* que me entregó Jorge Guillén en Roma (razón de la dedicatoria)» (*apud* Montiel Rayo, 1995: 198).

Para ser más específicos, y como aclara Aznar Soler (2003: 369), este texto fue escrito a partir de la «indignación» generada por la lectura de un apartado de *ABC* en el que se glorificaba al general Gonzalo Queipo de Llano, exaltándolo como un auténtico héroe nacional; y todo esto justo a los diez años de su muerte, hecho que guardaba estrecha relación con las reiteradas ocasiones en las que Aub quiso explicitar que ese número extraordinario de *Sala de Espera* había sido editado en correspondencia de los

veinticinco años del asesinato de Federico García Lorca, poeta cuya herencia intelectual y valor artístico habían sido silenciados por la represión y oscurecidos por la censura franquista. A partir de esa contraposición, ya de por sí reveladora una vez más, de la tergiversación inscrita en el discurso franquista, la escritura de «El remate» se articuló sobre el propósito de poner en evidencia la mediocridad cultural, la degeneración moral y las iniquidades políticas por medio de las cuales el franquismo había envenenado los esquemas cognitivos y los paradigmas interpretativos de la sociedad española o, en palabras de Sánchez Zapatero (2014: 186-187), había logrado «controlar los mecanismos de configuración de la memoria colectiva para imponer así una visión de la historia maniquea y deformada», al cabo ya de dos décadas de poder de excepción.

Contado desde el punto de vista de Morales, un exiliado republicano residente en la ciudad francesa de Cahors, el relato reconstruye la vuelta a Europa de Remigio Morales Ortega, desterrado republicano en México. Este último, movido por el deseo de volver a encontrarse con su familia –que se había quedado en la península después de la Guerra Civil–, pero a la vez firmemente agarrado a un compromiso ético que le impide volver a España mientras perdure la dictadura de Franco –«Entrar en España no era concebible: se lo impedía su conciencia toda la vida dedicada a una causa» (Aub, 2020: 458)–, decide citar a su hijo en el pueblo fronterizo de Cerbère. Es el narrador quien brinda los primeros detalles acerca de lo que inmediatamente se revela como un «rotundo desencuentro» (Moro, 2022: 239):

> Se fue al día siguiente, a ver al chico. Volvió con los ojos hinchados –aseguró que de un orzuelo– de llorar […]. No tenía ganas de nada. —¿Qué vas a hacer?
> —No lo sé.
> Me miró desamparado.
> —Te juro que no lo sé. Si por lo menos hicieran burla o mofa. No. Sin querer le dejan a uno solo. Me desconoció, mirándome como un extraño. Nos han desahuciado. ¿Volverme a Méjico? Pues sí. A empezar de nuevo, a darme cuenta de que aquello es mi tierra. Y no lo es. Uno es de donde crece. ¿Tú te sientes de aquí?
> —No. Pero mis hijos sí […].
> —Pues los míos son españoles. Por lo visto el que ya no lo es soy yo (Aub, 2020: 459- 460).

El «gran desengaño» (Faber, 2000) experimentado por Remigio –en el que se condensa la tragedia del exiliado cuya identidad se ve irremediablemente desubicada y descompuesta– se intensifica a raíz del desolador conflicto generacional que se le

plantea[195], habiéndose dado cuenta de que su hijo había sido educado según los valores de la España franquista, o sea de la desmemoria histórica (Aznar Soler, 2003: 375):

> —Durante veinte años…Bueno, por lo menos yo, he luchado por la República, por mantener, sin querer oír hablar de otra cosa… Y ahora resulta…
> —¿Qué?
> —Ahora resulta que trabajaba por algo inexistente.
> —¿Cómo inexistente?
> —Sí, algo que nadie tiene ya en cuenta. Creí cuidar, curar a alguien vivo y velaba un cadáver. Muerto yo sin saberlo. Sin saberlo ellos mismos (Aub, 2020: 460).

Lo que queda patente a través del sentido de honda frustración referido por un hombre cuya lucha en defensa de la razón republicana ha quedado reducida a una sombra imperceptible –a una herencia considerada inútil–, es la idea de imposibilidad de recuperar el tiempo perdido y volver a la España abandonada, como bien apuntan Fernando Larraz y Javier Sánchez Zapatero (2016: 19)[196], quienes explican que «El

[195] El problema de la incomunicación generacional en relación con el colectivo exiliado está estrechamente vinculado con esa fase del destierro, al configurarse, como afirma Juan Rodríguez (2013: 301), como un problema de identidad y pertenencia derivado de la prolongación del exilio mismo, problema que se trasmuta con frecuencia en un sentido de frustración sobre la segunda generación cuando Aub «comprueba que ya no son lo que él había deseado que fueran: herederos de la cultura republicana en una futura España liberada» (2013: 301). Otro relato donde este tipo de reflexión se hace evidente es «El testamento», también él incluido en *Historias de mala muerte* y protagonizado por un integrante del exilio mexicano llamado Remigio –esta vez, con apellido «Salas»–. Las últimas voluntades del personaje corresponden a las de mantenerse coherente con sus ideales antifranquistas y leal a la causa republicana, reflejo de una actitud de resistencia que supera los obstáculos objetivos de la Historia (Aub, 2020: 490-491). Sin embargo, el valor moral y la importancia simbólica de sus peticiones acabarán siendo completamente ignorados: «Lo que sucedió fue que el sobrino, ignorando la existencia del testamento, lo hizo incinerar de buenas a primeras, siguiendo sus propios deseos. Ahí lo tiene, en la trastienda, un poco remordida la conciencia» (Aub, 2020: 491). En la misma línea, encontramos «Homenaje a Lázaro Valdés», editado en la colección *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco y otros cuentos* (1960). El personaje que da el título al relato –cuya trayectoria vital es perfilada, tras su muerte, por la nota de un fingido editor de su obra– es descrito como un intelectual «[…] republicano, no mucho, pero republicano» (Aub, 2020: 434), profesor de geografía refugiado en México tras la guerra de España. Después de esa pequeña introducción biográfica, el narrador-editor aclara las circunstancias que dieron origen al texto de Lázaro Valdés que se va a presentar, evocación de las piedras de España y del recuerdo de su país de origen. Pero, sobre todo, se informa al supuesto lector de que la redacción de ese mismo texto fue motivada por el desconocimiento –y el desinterés– del ahijado de Valdés hacia la península, siendo el joven muy bien integrado en la vida mexicana; al mismo tiempo, se hace referencia al desfase, generado por una percepción de la realidad del país ya cristalizada en el pasado (Aub, 2020: 438-439). Comenta Pérez Bowie (2005a: 116-117) que, en estos pasajes, el motivo de la nostalgia aparece en tanto que espacio de reflexión de un exiliado que necesita aferrarse a sus recuerdos tangibles para que su país no se disuelva en la imagen de un pasado perdido. Esto, puesto en conexión con el contexto de escritura –el de una emigración forzosa impuesta con las armas–, convierte el texto de Lázaro Valdés no en una elegía melancólica, sino en un programa de acción en el que la memoria viene a ser el arma fundamental. Otra autora que abordó el tema del conflicto generacional entre los desterrados republicanos y sus hijos fue Luisa Carnés, quien, en la novela *El eslabón perdido* –escrita probablemente entre finales de los cincuenta y principios de los sesenta, pero inédita hasta 2017–, ahonda en la ausencia de conciencia política entre los descendientes de quienes habían luchado contra el fascismo internacional.

[196] En la antología *Los restos del naufragio. Relatos del exilio republicano español* (Salto de página, 2016), editada y prologada por Larraz y Sánchez Zapatero, los dos estudiosos ponen el cuento de Max Aub en

remate» se configura como un texto perfectamente representativo de la idea del exilio como condición permanente al tratarse no sólo de la pérdida de un espacio físico, sino también del «abandono definitivo de una época determinada a la que jamás se puede volver»[197].

A este respecto, Angela Moro (2022: 244-245) observa muy acertadamente que «"El remate" se abre y se cierra en el túnel de Cerbère, hito de la existencia de Remigio», detalle que viene a ser fundamental precisamente por tratarse, sigue Moro (2022: 245), de un lugar fronterizo que comprende «países y paisajes irreductibles y personas cuyo sacrificio se ha vuelto inservible, héroes cansados y derrotados, marcados por la pérdida». Añadimos nosotros que justamente la fría indiferencia mostrada por el hijo hacia la herencia de lucha política y de resistencia cultural asociada a la figura de su padre vuelve a vertebrar el motivo de la frontera nacional con los mismo matices críticos y problematizadores que experimentó Max Aub en repetidas ocasiones a lo largo de su vida y que muchas veces se reflejaron en su parábola creativa e intelectual. En «El remate» la frontera entre Francia, temporáneo espacio vital del protagonista, y la España de Franco vuelve a ser, desde las coordenadas temporales de principios de los sesenta, una barrera infranqueable, una demarcación que hace precipitar a Remigio en un abismo de dolor y le impide volver a integrarse en el país del que había sido expulsado que solamente le restituye la certidumbre de haber sido condenado a otra clase de muerte: el olvido. Por ende, no es casualidad que la profunda pena experimentada por el personaje frente a una

relación con otros textos que tratan el problemático tema de la vuelta a España, concretamente, «La luz en la ventana» de Jesús Izcaray, «La mujer de Fabián» de Manuel Andújar y «El regreso» de Francisco Ayala.

[197] La penosa compenetración entre los conceptos de destierro y destiempo –típica de la experiencia del exiliado–, tan bien ejemplificada en «El remate», anticipa de algunos años el recuento autobiográfico textualizado en *La gallina ciega* en la que, como explica Aznar Soler (2015: 10): «Aub, perdido en *El laberinto mágico* de la España de 1969, se debate dramática y dolorosamente […] entre su memoria histórica y la realidad actual; entre la calidad política, ética y literaria de un tiempo histórico republicano que fue el suyo, y la mediocridad intelectual y la miseria moral que se respiraba en aquella España franquista. Y en este autorretrato que resulta ser *La gallina ciega* va a ir anotando su desconcierto, su ira, su decepción o su perplejidad ante el brutal impacto, no por previsto menos duro y doloroso, con la realidad española de 1969». Por eso, no pudo Max Aub sino ser absolutamente firme a la hora de afirmar: «Regresé y me voy. En ningún momento tuve la sensación de formar parte de este nuevo país que ha usurpado el lugar al que estuvo aquí antes; no que le haya heredado. Hablo de hurto, no de robo. Estos españoles de hoy se quedaron con lo que aquí había, pero son otros. Entiéndaseme: claro que son otros, por el tiempo, pero no sólo por él […]. No es el progreso, no es el turismo sino algo más profundo. "Nos los han cambiado". No han variado, no los han adulterado, los trocaron […]. Los de la España "grande, única, sola" o como se diga (¡una, grande, libre!) asesinaron a la que conocí […]» (Aub, 2015: 403). En efecto, según Hidalgo Nácher (2017: 130), quien retoma el vínculo temático entre «El remate» y *La gallina ciega*, el viaje a la península realizado por Aub en 1969 representa la confirmación de lo que ya había imaginado en sus ficciones literarias: al llegar a España, al autor solo le queda constatar que las huellas del pasado de la República y de la Guerra Civil se han hecho ilegibles, algo que radica en una insignificancia alimentada por el olvido impuesto desde el poder.

memoria vilipendiada confluya en la evocación de las fases de la Retirada, episodio, como hemos visto, evocado varias veces en la obra de Max Aub y caracterizado por un profundo valor simbólico –véase el apartado 6.2 de nuestro trabajo–:

> —Creí rejuvenecer al llegar a Cerbère, al enfrentarme con los acantilados que se parten, mitad Francia, mitad España; cuando vi el altozano por donde entramos en manada cuando me paré a contemplar el túnel donde nos rechazaron y pasamos dos días esperando que nos quisieran admitir…Pensé que había llegado la hora de regresar con la frente alta diciendo: Aquí estamos, esto fuimos y seguimos siendo. Sí, sí… (Aub, 2020: 471).

Al fin y al cabo, lo que alimenta la furia ética, la indignación de Remigio es la constatación de que la memoria de la guerra de España no había sido incorporada, desde el punto de vista de los poderosos del mundo, en el proceso de edificación de un futuro de paz de significación global, objetivo que Aub reivindicó en el caso de «El limpiabotas del padre eterno» y que en «El remate» adquiere los rasgos de una protesta explícita: «Le sacaba de quicio pensar que la guerra española no era ya el centro de las preocupaciones del mundo, el punto de referencia obligado» (Aub, 2020: 473).

El tema del retorno imposible resulta ser el núcleo central también de «Por aquí, por allá», cuento de María Teresa León publicado en la ya mencionada colección *Fábulas del tiempo amargo*, cuyo título en opinión de Federica Cappelli (2020: 427-428), remite al tiempo de un destierro que es inexorablemente «amargo» por llegar a concentrar en sí el sentimiento de desarraigo que había acompañado a la autora –y a todo el colectivo republicano– desde el primer día junto con la conciencia del frustrado regreso más típicamente asociada a esta última fase. Así, en este relato, la atmósfera onírica –por momentos casi alucinada– y las pinceladas de lirismo surrealista corresponden, paradójicamente, a los recursos estéticos de los que se sirvió Teresa León para proponer una clave de lectura lúcida acerca de la perspectiva de la tan anhelada recuperación de la España del pasado, precisamente a la luz de las circunstancias históricas que acompañaron el presente de la escritura. En efecto, como afirma Torres Nebrera (1996: 374), «Por aquí, por allá» plasma, envolviéndolo en una ambientación multívoca, el encuentro con la radical –e irracional– sensación de angustia de una realidad que se ha vuelto inasible y que solamente es perceptible en las huellas difuminada del sueño. Dicho de otro modo, lo que hizo Teresa León fue desdibujar el perímetro de una España que había quedado solamente como fantasma perdido en los rincones de su memoria y que ya no existía en el tiempo real. Así describe la narradora su entrada en la casa de su infancia:

> He regresado no para que especulen con lo que fui, sino para mirar lo que sois. ¡Bravo, bravo!, se apresuraron a decir las líneas que forman los contornos de las cosas. Mira, esta es nuestra presencia […]. ¿Te gustamos?, me preguntaron los muros. ¿Nos quieres?, decían las ventanas y las puertas. ¿Era así tu recuerdo?, insistían las torres. Una alegría a dos batientes se abrió de par en par. Allí estaba la patria. Dije en círculo al viento: vengo a buscarme y a buscaros. El reloj del sol se opuso: No comprendo porque has regresado por tan poca cosa, pues nada cruza sin morir la sombra de mi ángulo. Yo le dije: ¿Los devoraste a todos, no me dejaste ni un amigo? Salí en el barco de la pena y en él vuelvo. Aquí guardan los míos mi patrimonio (León, 2003: 332).

Por un lado, la problematización de la vuelta a la patria trasluce la idea de una identidad imposible de recomponer: la narradora procura «buscarse a sí misma, pero acaba encontrándose con un espacio-tiempo que no corresponde al espacio-tiempo en el que se fraguaron las señas constitutivas de su yo y de su sentido de pertenencia. Si en el caso de Remigio, el desgarro identitario estaba vinculado al concepto de escisión, de partición, puesto que se estaba remitiendo a un sujeto que ya no era español –porque su concepto de valores culturales españoles no se ajustaba a lo impuesto por el institucionalismo oficial–, pero que tampoco podía definirse como mexicano –mecanismo que acaba disolviendo la noción de identidad cultural nacional en una categoría totalmente inoperante–, en el caso de la narradora de Teresa León el viaje emprendido hacia su patria se tuerce en el dinamismo de una búsqueda imprecisa e inacabable – el propio título del relato recalca la idea de vagabundeo–.

Por otra parte, como para el protagonista de «El remate», desde el punto de vista del personaje de Teresa León, la tenacidad en seguir aferrada a sus recuerdos a pesar de las evidencias no se limita a una mirada nostálgica. Las referencias de la protagonista a un presente que «lo ha devorado todo» y que no le ha dejado a nadie –«ni a un amigo»– entre los seres con los cuales ha ido compartiendo su pasado resultan ya de por sí reveladoras de un presente construido a base de violencias. Además, las sucesivas constataciones de la narradora frente a una realidad en la que se ve reducida a mero vestigio de una ausencia van dejando paso a la reconstrucción de episodios de horror y de guerra, reconstrucción en la que no es difícil reconocer la experiencia de Teresa León en tanto que intelectual activa y militante en el contexto del Madrid sitiado y bombardeado durante los años de la Guerra Civil, cuyo desenlace es, justamente, causa de aquella prolongada y forzosa ausencia y del silencio que, en la actualidad de la narración, invalidaba su existencia:

> Miramos a la hondura de las casas. Hay patios con las cuerdas llenas de ropa y un sagrado incienso de hogar. Está todo en su sitio. Cada ventana corresponde a una vida. Ha sucedido sin que participemos: colgaron las lámparas y nacieron los niños, aprendieron a leer y se le rompió el primer juguete. Pero ahí está aún la sombra de mi puño cerrado; aquí vero el instante en que mi corazón comenzó a ahogarse; aquí vi las manos del terror: más allá brillé; sintieron por mi benevolencia; me consideré su hermana; manó la sangre; confundieron los horrores…Esas plazas es imposible que estén en su lugar. Retemblaban las losas, saltaban los adoquines, era una peligrosa prueba cruzarla mirando sus estatuas. Un zapato y un pie, un niño sin cabeza, un hombre derribado…Mi corazón está de duelo. ¡Un pequeño don de lágrimas para comprender mejor lo que valen nuestras miradas! (León, 2003: 336).

Desplazando otra vez nuestra atención hacia «El remate» observamos que la honda desilusión de Remigio, manifestada desde la conciencia y desde la voluntad de ser portavoz de todo el colectivo republicano, se tiñe de matices específicos, conectados con el papel social del propio narrador, el del intelectual:

> Sencillamente, no existimos. Mira: ahí tienes la historia de la literatura hispanoamericana de Anderson Imbert, que no es mejor ni peor que otras tantas: un catálogo casi exhaustivo. Busca mi nombre a ver si lo encuentras; ni por casualidad. Coge cualquiera de las historias de la literatura española de las corrientes; tampoco. ¿Para eso luchamos?

Como apuntan Faber (2000) y Cappelli (2008: 9-10), el trauma encarnado por Remigio es el mismo que padecieron el propio Max Aub y Teresa León: la amarga toma de conciencia de ser voces que se expresan en el vacío, de haber sido privados de la posibilidad de participar en la esfera pública, de formar parte del espacio en el que se construye y se trasmite la cultura, de no tener ninguna posibilidad de incidir:

> Creía que, a pesar de todo, quedaba vivo nuestro recuerdo, nuestro rastro; que la gente no hablaba, no escribía acerca de nosotros porque no podía, porque se lo prohibían, por miedo Tal vez fue cierto los primeros tiempos, pero después, en seguida, sencillamente fuimos borrados del mapa. Un auténtico remate. Nadie sabe quiénes fuimos, menos todavía lo que somos (Aub, 2020: 465).

La sensación de fracaso del protagonista de «El remate», un escritor que se ha quedado sin lectores es, en resumidas cuentas, la de una generación de artistas, creadores e intelectuales cuyos ideales de progreso cultural se han vuelto irreales, invisibles: «No sé porque creíamos que faltando nosotros el país se quedaría dormido, inmóvil como la Bella Durmiente; esperándonos, como si fuésemos el príncipe imprescindible para echar a andar de nuevo» (Aub, 2020: 464). La idea aquí sugerida de que los valores

republicanos, al ser suprimidos, fueron sustituidos sencillamente por otro modelo de desarrollo, es retomada y ampliada en *La gallina ciega*, en donde el autor elaboró un discurso de denuncia cuyo germen estaba ya en varios de los escritos que marcaron la reflexión crítica de Aub acerca de la evolución de las relaciones entre la España franquista y Estados Unidos, en la fase que acompañó la dictadura española hacia la entrada en la ONU. Como sugieren Balibrea (2007: 227-228) e Hidalgo Nácher (2017: 134), «El remate», pero sobre todo *La gallina ciega*, son la definitiva constatación de que la libertad de expresión, la pluralidad de debate y la divergencia de opiniones que habían caracterizado el clima cultural de la España vivida por Aub antes del exilio habían dejado paso a una realidad social y cultural guiada según el ritmo de las transformaciones económicas, un presente en el que el franquismo había conseguido homologar España a una modernidad capitalista generadora de una sociedad despolitizada. Un presente dominado, según Larraz, por una ideología, interiorizada de manera especialmente evidente por los más jóvenes del interior, a su vez marcada por el afán de construir un futuro, «olvidándose prepotentemente del pasado y de sus potencialidades irrealizadas» (2014: 84). Así se comentaba en *La gallina ciega*:

> España ha dejado de ser romántica: ya no es la de: ¡Victoria o muerte!, o, si quieres, la de: ¡No pasarán!, sino de la mediocridad o mediocridad mejor o peor; es la España del refrigerador y de la lavadora; la vieja de pan y toros, del fútbol y la cerveza […]. Ya no hay atentados. La muerte ha pasado a ser exclusiva del Estado. Todos los anarquistas de los años veinte han perecido. Ya no hay atentados, ya no se queman iglesias, ya no se meten curas en la cárcel. España se ha vuelto colonia. En parte colonia norteamericana y en otra una enorme colonia de vacaciones […]. Antes era un país decente. Ahora los europeos han alquilado la costa del Mediterráneo, la han desfigurado a fuerza de rascacielos y la gente, ellos y nosotros, felices, rascándose el ombligo o la espalda con una miniatura (Aub, 2015: 44-45).

Es muy interesante notar que también en «Por aquí, por allá» la memoria de los republicanos ha sido, para Teresa León, el punto de partida para subrayar el contraste con la España entrevista, cuyo futuro había sido hipotecado en aras de los valores del capital global. Al fin y al cabo, una España donde los conceptos de verdad y de mentira habían sido distorsionados para enmascarar la «nada» –la miseria moral– que había pasado a caracterizar la sociedad peninsular tras la expulsión de los republicanos y la proscripción de su proyecto:

> ¿Así que los míos son pobres? ¿Así que comen raíces amargas? ¿Así que nada consiguieron echándonos? Se rieron las apariencias y hablaron con precipitación de otras apariencias superiores que se venden a los extranjeros y suben los palacios. Hablaban todas a la vez. ¡Callad que no puedo seguiros! Chirriaban de rencor. Tendrías que ver a los que llevan máscaras y tiran rostro al cieno. El cieno les pudre al año miles de rostros; máscaras de las complacencias vergonzosas, de los negocios ilícitos, de las trampas organizadas, de las hipotecas a extranjeros, de las mentiras gubernamentales. Tiran rostros que se comen los sapos y quedan arriba las máscaras sentadas, gobernando, levantando la voz, todas huecas con escondrijos de polillas por dentro, asesoras de todos sus decretos. Nosotras sólo correteamos las calles; somos las pobres apariencias intrascendentes; apenas pesamos en la conciencia de los interesados; somos las pequeñas mentiras de los que no se quieren resignar (León, 2003: 342).

Una España que, bajo la apariencia de bienestar y desarrollo, ocultaba los estragos –y la continuidad– de la represión: «La lluvia ha extendido un espejo para que se miren los barrotes de la cárcel. Se ha inclinado el dolor y la mano que clama ¡derecho a comer pan, derecho a llevar alta la vida! En el centro de la mano han clavado bruscamente una bayoneta. Yo me arrodillo y bebo mano y sangre» (León, 2003: 339). Además del aumento de la siempre evidente brecha social, aspecto que la narradora quiso visibilizar a la hora de glosar sus impresiones del país perdido: «El niño corre, descalzo. ¿Quién le robó los zapatos? ¿Pero a él que le importa si le corresponden las dos torcazas grises que lo llevan? Se detiene ante el cristal del futuro y se encuentra como su padre limpiándose de grasa las manos, de sudor la frente, los labios de ilusiones» (León, 2003: 339).

Por ende, como en el caso de Max Aub, para la autora de *Fábulas del tiempo amargo* el afán testimonial acerca de los conflictos de su tiempo histórico pasaba necesariamente por señalar la existencia de una fractura, abierta en 1939 y ensanchada a medida que avanzaban las décadas, entre la modernidad republicana y la modernidad franquista, la única legitimada para subsistir: «¿Qué hace en la circulación de una ciudad moderna un caballo? Era una supervivencia absurda, le pinchaban con las sombrillas, lo ensordecían» (León, 2003: 342). Asimismo, en *Memoria de la melancolía* se nota de manera nítida cómo la percepción de los derroteros evolutivos emprendidos por la sociedad franquista acabaron por restituirle una imagen de sí misma en tanto que portadora de valores caducos que, a pesar de todo, no se resignaba a abandonar; si bien, a diferencia de Aub y de sus correspondientes reflexiones integradas en *La gallina ciega*, la escritora riojana no tuvo la oportunidad de contar con una observación directa –de cuerpo presente– de lo que era efectivamente la España de los sesenta:

> Es como si yo no perteneciese a ese país del que leo los periódicos y, sin embargo, no han variado el formato ni el papel ni, seguramente, los lectores. Siento todo fuera de mí, arrancado, como si hubiera sido un sueño puesto sobre la mesa, impreso en hojas […]. Entonces prefiero ir hacia lo que fue y hablo, hablo con el poco sentido del recuerdo, con las fallas, las caídas, los tropiezos inevitables del espejo de la memoria (León, 2020: 30-31).

Además, mientras que en el «El remate» de Max Aub hemos observado que las implicaciones derivadas del sentido de soledad e incomunicación originado a partir de la condición de destiempo exílico eran percibidas por el protagonista en estrecha relación con su papel público de escritor, en el caso de la narradora de «Por aquí, por allá» nunca se explicita esta connotación. No es que esté totalmente ausente: de hecho, hemos mencionado las referencias –aunque difuminadas por una estética literaria caracterizada por un lirismo onírico– a la experiencia de Teresa León, activa militante en el Madrid de la Guerra Civil, pero, en las sensaciones y en los recuerdos grabados en este relato, la especificidad de su praxis intelectual es apenas sugerida, envuelta en su experiencia puramente humana, en la mirada de una mujer solidaria cuya primera preocupación era el dolor de los seres más indefensos: el duelo frente a un niño destrozado debajo de la lluvia de bombas o al constatar el sufrimiento de un hombre «derribado» y desamparado. No tenemos, como en el caso del personaje aubiano, la representación de una escritora que fue privada de sus lectores y desautorizada en el ejercicio de un capital simbólico en tanto que intelectual, siendo el punto de vista de la narradora de Teresa León asimilable al sentido de abandono experimentado por todo el colectivo exiliado, en la misma línea de otros textos de la autora –véase el cuento «Soledad, ¿por quién preguntas?» o la novela *Doña Jimena. Gran señora de todos los deberes*– analizados en el precedente apartado: «[…] nadie me ve. Si nos ahogamos de terror, allá nosotros; si hemos aullado en una noche demasiado larga, allá nosotros; si sufrimos, allá nosotros. Somos la multitud. Uno a uno la formamos y la amasamos y somos los esqueletos de su carne. Callan, Hablo. Pero nadie me ve» (León, 2003: 339); o, en un pasaje sucesivo: «¡Ay barrio! ¿Has visto a mis amigos? Peregrino por la piel de la patria, traigo en mi mano la flor que me hace invisible […]. Ando sola porque los he perdido, como todo lo pierdo […]» (León, 2003: 341). También hemos comentado, a la hora de analizar *Las peregrinaciones de Teresa*, que los temas de la soledad y de la espera indefinida habían sido sometidos, al contrario de Max Aub, a lo que hemos definido como un «pasaje intermedio», o sea la superación de los mecanismos responsables de la subalternidad de género como primer escalón para llegar

a reivindicar su legitimidad a expresarse –a existir– en tanto que intelectual activa en el campo político-social.

En línea con las argumentaciones glosadas en el apartado anterior, en el que hemos relacionado la escritura autobiográfica con el proceso de redefinición y reconstrucción identitaria de las mujeres exiliadas, podemos notar cómo, en estas creaciones narrativas de Teresa León –en las que encontramos proyecciones de rasgos o experiencias claramente autobiográficas– aparecen huellas de las mismas criticidades y oscilaciones similares a las que encontramos en su obra explícitamente autobiográfica, su volumen de memorias. Criticidades y oscilaciones destacadas, entre otros, por Monforte Gutiez (1999: 504), quien explica que, efectivamente, las palabras de las escritoras desterradas nos transmiten dos cuestiones importantes: por una parte, la necesidad de reconstrucción personal –o del yo individual– y, por otra, del yo social o de la necesidad de dejar testimonio de su compromiso con el momento histórico de la España de su tiempo y las razones que las llevaron a ello, vertiente, esta última que es compatible con la reivindicación de la acción de una intelectual política y socialmente comprometida. En consonancia con dicho punto de vista, pero analizando más en concreto las peculiaridades y las especificidades referidas a la propia Teresa León, Kathryn Taylor (2021: 644-645) nos proporciona una pista que nos ayuda también a hacer el punto y formular una valoración de conjunto acerca de la evolución de la personalidad intelectual de Teresa León y, a la vez, del valor ideológico que se desprende de las huellas autobiográficas evidenciables en toda su obra del exilio puesto que, para poder participar en el ámbito intelectual del siglo XX, tuvo que negociar cuidadosamente su presencia y protagonismo en el campo cultural y político-social del escenario internacional. Este aspecto, paradójicamente, se vio complicado cada vez más por la propia adhesión política de Teresa León y por su militancia comunista, razón por la cual, en el marco de la Guerra Fría, el hecho de estar claramente situada en el espectro ideológico de uno de los dos bloques constituyó otro factor de desidentificación e incomunicación. En efecto, observa la misma Taylor (2021: 645) que la representación del encuentro con Stalin –incluida en *Memoria de la melancolía*– es, a este respecto, muy emblemática porque se cuenta que el dictador soviético «sonrió complacido. Sabía bien quiénes éramos. Le habían dicho que Rafael era un poeta español querido por su pueblo, algo así como un Maiakovski de España. Yo, una mujer» (León, 2020: 179). Por medio de este mecanismo de autoidentificación con su género y no con su papel público – contrariamente a su marido a quien la riojana identificaba siempre como «el poeta»,

dándole un sentido casi trascendente–, León demostraba ser muy consciente del papel que le tocaba asumir en presencia de los líderes el Partido y, más en general, frente a todo representante de la política o de la intelectualidad a nivel global. Todos estos factores nos ayudan a explicarnos por qué León tomó distintas medidas –como las que estamos delineando en estas páginas– para que no destacara demasiado su papel como intelectual en los acontecimientos relacionados, sobre todo con la guerra.

Sin embargo, volviendo a «El remate», la situación de total aislamiento experimentada por Remigio en tanto que escritor no se limita a su relación con el contexto de la España del interior, sino que consta de otras dos dimensiones. Como se ha aludido en una cita anterior, el nombre de este personaje no solamente ha quedado excluido de la historiografía literaria de su país de origen, sino que tampoco se le considera como parte integrante de la inteligencia mexicana; su voz no ha conseguido tener ningún tipo de influencia en tierras americanas:

> Remigio trabajó mucho en Méjico […]. Publicó artículos, dio conferencias, fue profesor de la Escuela de Derecho, editó libros, entre ellos una novela –Juan Escudero– que tengo por algo de lo mejor que se ha publicado en los últimos años. (Digo editó porque tuvo que pagar imprenta y papel, y quedarse con la mayoría de los ejemplares, que invadieron su piso) […]. Recogió sus conferencias del Ateneo Español en un volumen, muy bien editado por Emilio Prados, que tampoco tuvo resonancia; vendió lo más al peso: no cabían en su estrecha casa (Aub, 2020: 457).

Aparentemente, tampoco sus antiguos amigos y compañeros de lucha, exiliados en Francia, muestran interés hacia el esfuerzo de resistencia asumido por Remigio al revelarle que «Nosotros hace tiempo que nos resignamos» (Aub, 2020: 473). El contraste más evidente se delinea, por lo menos en primera instancia, con el propio narrador del relato: en parte porque este, en un pasaje, se muestra conforme con la actitud de sus compañeros: «La verdad: seguro de estar en lo cierto, me había resignado hacía mucho. Remigio no lo aceptaba» (Aub, 2020: 476). Pero resulta aún más interesante el hecho de que su actividad intelectual evoluciona de manera muy distinta con respecto al propio Remigio –quien, antes del estallido de la Guerra Civil, se dedicaba esencialmente a su profesión de notario, salvo la afiliación a Izquierda Republicana justo en 1931–. Casi podemos decir que siguen dos parábolas opuestas: mientras que para Remigio el exilio funciona como mecanismo propulsor de la escritura, el narrador, por su parte, nos refiere que:

> Fui escritor y periodista de cierto nombre hacia 1930; los azares de la guerra, los vaivenes posteriores, me hicieron abandonar la pluma, por lo menos públicamente, Vivo en Cahors, donde me he casado y he formado una familia. Lo digo sin vergüenza: mis hijos hablan muy mal el español; mi mujer es francesa, profesora de francés, para mayores señas. Enseño matemáticas; si no con gusto, muchas horas a la semana (Aub, 2020: 455).

En particular, lo que se desprende de las palabras del narrador es precisamente la renuncia a incidir públicamente, a elaborar un mensaje que sea social y políticamente eficaz –no solo por haber dejado el periódico, sino también por haber elegido enseñar una disciplina meramente técnica–. Curiosamente, el hilo temático de «Las estatuas», cuento incluido en *Fábulas del tiempo amargo*, gira alrededor de la variedad de actitudes posibles frente a la experiencia del destierro, problematizadas por Teresa León, también en este caso, por medio de una instancia narradora femenina, pero, otra vez, a diferencia de «El remate», sin poner el acento específicamente en el papel del intelectual[198]: «El mensajero se sentó a mis pies. Dije: ¡ayúdame a irme! El mensajero se rio: conozco todos los ritos de la melancolía, puedo enumerarte la edad de la tierra que desees, los gritos, los lamentos que viven sobre su faz indiferente. No quiero hablarte de eso. Ya te dije: serás constante. Y me voy, porque llegan las estatuas» (León, 2003: 322). A este respecto, la «constancia» viene a ser una referencia a la lealtad hacia la condición de exiliada de Teresa León (Torres Nebrera, 2003: 322, nota 2) y, en cambio, las estatuas representan las dificultades –la parálisis– a las que estaba sometida la acción de la comunidad republicana. Esta dualidad pasará entonces a estructurar todo el desarrollo narrativo del relato. Por un lado, la voz narradora reafirma el valor ético que mueve su sentido de responsabilidad hacia la causa republicana derrotada –«En el país nuevo oímos promesas de bienestar, que abandonábamos nada más escucharlas, obsesionados por los lamentos

[198] Merece la pena mencionar «La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco», relato publicado en la colección *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco y otros cuentos* y que, en extrema síntesis, narra el homicidio del dictador español por parte de un camarero mexicano, Ignacio Jurado Martínez –Nacho– debido, básicamente, a su sentido de intolerancia hacia la comunidad de refugiados españoles, asiduos del café en donde trabaja y permanentemente empeñados en discusiones –ruidosas y confusionarias según las impresiones del propio Nacho– acerca de la situación política española. En este caso, el foco de atención se dirige hacia la fragmentación y las rivalidades políticas internas –«Los españoles […] lo revolvieron todo con su partidos y subdivisiones sutiles» (Aub, 2020: 407) mientras que otros dos aspectos esenciales son, según Becerra Mayor (2009: 617), el constante debate y las irreconciliables divergencias acerca de las responsabilidades de la derrota republicana y la incapacidad de adaptarse a la sociedad mexicana debido a la incesante rememoración del pasado perdido –«En una cosa estaban de acuerdo: en hablar sólo del pasado, con un acento duro, hiriente, que trastornaba» (Aub, 2020: 408)–, amén del hondo y generalizado recelo por parte de la sociedad mexicana, muy reticente a la hora de aceptarlos. Greco (2018), en efecto, explica cómo, a través de este relato, Aub recurrió a la ucronía con la finalidad de desplegar una crítica mordaz hacia la inercia política de los desterrados españoles, incapaces de una acción verdaderamente cohesiva y eficaz.

lejanos, tal vez dados por la única boca de nuestro dolor común. Sentí que año a año mi cabeza giraba más sobre mi espalda para mirar a lo lejos. Sentí el horror» (León, 2003: 324)–, por el otro, en la secuencia sucesiva hacen su aparición también aquellos exiliados que han abdicado de su compromiso, preocupándose solamente de perseguir una artificial situación de acomodo y beneficio personales, minando, de ese modo, el potencial político, es decir, la fuerza colectiva de la diáspora:

> Y sentándose en el cruce de los caminos irreales, adonde los colores se extienden subrayando a la aurora, fueron apareciendo, dentro de su círculo de egoísmo cristalino, los acomodados, los cazadores vigorosos de fortuna, los que flotan siempre, los del para qué, los que creen en los puntos finales, los distraídos del sol que más calienta, los segregadores de caparazones con excusas, los que olvidaron de todo…Se oían risas, risitas, encogimientos de hombros y qué se me da a mí y lo importante es comer» (León, 2003: 326).

Del mismo modo, más adelante, se describe el intento de silenciar las protestas de la voz narradora con tal de invisibilizar todo motivo de disconformidad –su legítima libertad de expresión pasa a ser el grito de un «peligroso agitador» por no estar alineada con el orden hegemónico–: «¡Quemadla, quemadla!¡Bruja! ¡Arderá bien con sus hojas y su cabellera amarilla! Yo la denuncio por perturbadora. ¡Yo la denuncio! […]. Habían aparecido las estatuas. Tomaban notas en sus papeles de mármol. Las plumas se hundían en lo oscuro para firmar sentencia» (León, 2023: 327). A esto se opone la entereza y la tenacidad del deber de la exiliada de seguir perpetuando la necesidad de una memoria ejemplar:

> Yo seguía enfrentándolos. Dije: una regla de felicidad común es jugarla unidos, ¡Jugadla, hermanos! Defended la memoria, seguid siendo una familia, no dejéis los apellidos solamente para las piedras de las tumbas, marcad los años de amistad como antes era costumbre hacer con los pañuelos […] con las cintas comunes de nuestra libertad. ¡Venid, venid conmigo! Regresaremos. Hemos salido una mañana de nuestras casas naturales, pero el porvenir se reconquista» (León, 2003: 327-328).

Finalmente, los destellos de esperanza futura se enfrentan a la constatación de la realidad:

> El banquete salvaje del mundo continuaba entre vejaciones y disparos […]. Patria ¿cómo ir hacia ti vestida de pobreza, de desilusión, de desesperanza? Aún vive sobre tu campo verde el dragón que echa fuego; todo es degradación, desorden sobre tu piel; me exaspera pensarte en ti, hermosa claridad corrompida, suprimidos los pensamientos libres y claros de tu adorno» (León, 2003: 329).

Sin embargo, volviendo al narrador de «El remate» y a medida que avanza el desarrollo narrativo, comprobamos que su figura se hace más compleja, en cierta medida, contradictoria. En primer lugar, vemos que, a pesar de la inicial pasividad manifestada, se produce pronto un acontecimiento que sacude los pensamientos –y sobre todo la conciencia histórica– del narrador: «Al llegar a casa, encima de la mesa del comedor estaba el número aquel del *ABC* de Sevilla. Yo no tenía ninguna gana de dormir» (Aub, 2020: 476). El periódico al que se alude es el mismo al que nos hemos referido a la hora de explicar la génesis del relato de Aub, ese que, en marzo de 1961, había glorificado la memoria de Queipo de Llano con motivo de los diez años de su muerte. Como afirma Aznar Soler (2003: 386), es a raíz de aquella lectura que las reflexiones del narrador se canalizan de manera fulmínea hacia un doloroso ejercicio de memoria cuyo trasfondo será la Sevilla del 18 de julio de 1936, teatro de la violenta represión llevada a cabo a las órdenes de Queipo de Llano, violencia de la cual el propio narrador había sido testigo: «Lo había olvidado. Palabra. Lo quiero volver a olvidar. No lo había olvidado» (Aub, 2020: 477). Así es que la constatación de la imposibilidad –y de la injusticia moral– de una permanente actitud de indiferencia frente a la memoria del horror vivido, le empujan primero a dar cuenta de la brutalidad desatada en aquel entonces –«De 1936 a 1940 sólo en Sevilla, mataron a más de cuarenta mil. Sobre todo obreros, claro […]. No hubo casa en Sevilla, bueno, en los barrios obreros, donde no hubiera por lo menos un muerto» (Aub, 2020: 484)– y, sucesivamente, a expresar su rabia, su furia ética:

> Todos estos muertos han caído en el olvido. Claro, estos y millones más […]. Pero, si bien está que se olvide a los muertos, que lo muertos –naturalmente– olviden a los muertos, lo que no me cabe en el entendimiento es la glorificación del asesino. ¡No! Que se sepa, aunque sólo sea una vez, por un Llorens del porvenir, que Quiepo fue un asesino, un cochino asesino, un asesino (Aub, 2020: 486).

Aun así, la toma de conciencia del narrador, como hemos anticipado, sigue revelando algunas fisuras. Aparte de aludir a que «está bien que se olvide a los muertos» –obviando, de ese modo, un basilar principio de justicia y, sobre todo, de humanidad, y renunciando al valor de ejemplaridad y al potencial de cambio que la memoria de estas víctimas puede conllevar–, lo que llama la atención son sus consideraciones conclusivas acerca del reencuentro con Remigio –y con el pasado que representa–:

> Escribo para olvidar. Creo que al dejar estas hojas en un cajón de mi escritorio descansaré. Ya no tengo sino que ocuparme de mis hijas; que se les haga la vida más fácil. El año próximo compraremos un coche. Aquí quedan también, enterrados, Remigio y la Segunda República –la nuestra–. Ya pronto no habrá quien se acuerde de ellos, como no sea por los libros. Ojalá sirvan entonces estas páginas (Aub, 2020: 486).

Es verdad que se propone dejar constancia de la historia de su antiguo amigo –y que decide hacerlo por escrito justamente para que su testimonio perdure de cara a la posteridad–, y no es menos cierto que siga sintiéndose parte del colectivo social de la Segunda República –«la nuestra»–, pero, en su modo de proceder, se asoma otro nudo crítico. Enfrentarse permanentemente al dolor, hondo y desgarrador, generado por el recuerdo de la Guerra Civil, significa, inevitablemente, revivirlo. Y el riesgo es la parálisis o el sobrecogimiento psicológico-emocional: la reacción del narrador de «dejar estas hojas en un cajón» y de pensar solamente en hacerle la vida más fácil a sus hijas –dicho en filigrana, que alcancen unas condiciones de bienestar material– parece representar precisamente el miedo del personaje a que ese trauma del pasado constituya un factor de estorbo o de impedimento para el pacífico fluir de su vida, actitud que, como sabemos, siempre acaba por favorecer las relaciones de fuerza responsables de la violencia de la Historia: enterrar el sufrimiento, olvidarse de las injusticias posibilita el hecho de que nadie llegue a ser considerado responsable, que el silencio de las víctimas siga envenenándolas de mentiras y abusos. Al fin y al cabo, permite que siga perpetuándose el mismo sistema de injusticias, algo que constituye –no nos cansamos de repetirlo– la verdadera parálisis de la Historia.

Sin embargo, cabe también otra clave interpretativa: si no existe ninguna posibilidad de que la realidad presente cambie –y que para el narrador sea definitivamente imposible volver a una España liberada y republicana–, eso no implica que esta perspectiva tenga que permanecer vetada y enterrada para siempre: «Ojalá sirvan entonces estas páginas», escribe Morales. A este propósito, remitimos a Aznar Soler (2003: 391), quien ofrece una lectura del sentido general del relato a partir del suicidio final de Remigio, definitivamente derrumbado tras el desencuentro con su hijo –o, mejor dicho, con la sociedad española franquista–. Según el estudioso valenciano, interpretar este final según una óptica derrotista y trágica resulta insuficiente: tan involucrado estaba el narrador en su tarea de escribir las vicisitudes de Remigio que hasta llega a perder de vista el objetivo principal de su relato, o sea, precisamente dar cuenta de su suicidio, acontecimiento que, de ese modo, pasa por completo a un segundo plano, ya que se

informa de este detalle de forma muy rápida, casi sin darle importancia: «Y antes de que se me olvide: hallaron a Remigio destrozado, en el túnel que une Cerbère a Port Bou. Sin duda se tiró sobre la vía. Como le descubrieron español, en Port Bou le enterraron» (Aub, 2020: 487). Todo esto, por lo tanto, correspondería, desde el espacio-tiempo enunciativo de Max Aub, a un mensaje de resistencia para el futuro –por muy indefinido, precario e incierto que parezca–; dicho de otra manera, correspondería a otra de las múltiples piezas que componían el proyecto aubiano de «pedagogía de la memoria histórica» que hemos citado en el precedente apartado. Exactamente como en el caso de «El limpiabotas del padre eterno», el punto de vista de Remigio y sus implicaciones pragmáticas, la reescritura de la verdad acerca de la violencia de la represión de los rebeldes durante la Guerra Civil estaban ahí para superar la concreción histórica de los sesenta, para que la colectividad social del futuro percibiera el deber cívico de recoger este mensaje.

Análogas consideraciones son las que nos permiten trazar un balance del punto de vista de Teresa León acerca de la viabilidad, por parte de los republicanos y de su herencia memorialista, de incidir en la coyuntura global establecida tras la admisión de la España de Franco en las Naciones Unidas. En este sentido, a la reflexión acerca de la dicotomía existente entre lealtad a la causa republicana y los obstáculos determinados por las contingencias de las experiencias exílicas que vertebran la trama de «Las estatuas», y a la lúcida constatación de las dificultades del regreso que se desprende de «Por aquí, por allá», añadimos otro detalle fundamental, puesto que sabemos que el vínculo entre el destiempo experimentado por los republicanos y el conflicto generacional formaba plenamente parte de las inquietudes intelectuales de Teresa León, algo que contribuye a darnos la medida de cómo el propósito pedagógico que caracterizó buena parte de su obra no fue ni ingenuo ni basado en un ciego idealismo. Por lo menos, lo podemos afirmar con respecto a esta segunda parte de su trayectoria literaria, como se comprueba en esta afirmación que la propia autora compartió con Max Aub, en una carta del 21 de agosto de 1964: «Las visitas de los muchachos españoles me trastornan. Es un choque con una realidad a la que no sabemos hacer frente, gracias a tantas experiencias cristalizadas ante nuestros ojos y esa memoria del olvido que padecemos» (León, 2023: 81).

Sin embargo, la falta de perspectivas concretas en el inmediato presente, la intensificación de la percepción de vacío comunicativo, la conciencia de las numerosas dificultades a la hora de llegar a un entendimiento realmente enriquecedor con las nuevas generaciones no empujaron nunca a Teresa León hacia la abdicación de su compromiso porque, desde su punto de vista, visibilizar los obstáculos, «las estatuas», no resultaba

funcional a elaborar coartadas que justificaran la inacción indiferente o la complicidad con el poder, sino que tenía que servir para seguir resistiendo de manera más lúcida, consciente, con la mirada bien dirigida hacia los conflictos –y, sobre todo, hacia la complejidad y la heterogeneidad– de la realidad histórica y, por ende, luchar de forma más eficaz. Porque, como afirmó en «Por aquí, por allá», «Quiero pensar que la maceración de la rosa da perfume y la de los pueblos libertad. Quiero obstinadamente esperar la salida del sol» (León, 2003: 341). Esta obstinación motivó su permanecer agarrada a la voluntad de trasmitir la herencia de justicia social y democracia política inscritas en el proyecto de la Segunda República española. Junto con la memoria, de las culpabilidades y de los atropellos del Golpe de Estado, de la Guerra Civil y del Régimen franquista. Porque, exactamente como hemos visto en Max Aub, tampoco desde la perspectiva de Teresa León hubiera sido posible construir la democracia republicana del futuro sobre la base de un consenso artificial porque había que mirar de frente las heridas y los conflictos que el Golpe de Estado, la Guerra Civil y el Régimen franquista habían dejado atrás. Había que empezar desde las ruinas, como se ve en este pasaje de *Memoria de la melancolía*:

> Dejadnos las ruinas. Debemos empezar desde las ruinas. Llegaremos, regresaremos con la ley, os enseñaremos las palabras enterradas bajo los edificios demasiado grandes de las ciudades que ya no son las nuestras. Nuestro paraíso, el que defendimos está debajo de las apariencias actuales. También es el vuestro. ¿No sentís, jóvenes sin éxodo y sin llanto, que tenemos que partir desde las ruinas, de las casas volcadas y los campos ardiendo para levantar nuestra ciudad fraternal de la nueva ley? (León, 2020: 46).

Retomando el título de este apartado conclusivo, lo primero era y sigue siendo la verdad.

Conclusiones

Analizar la condición histórica del concepto de identidad cultural nos ha llevado, en primer lugar, a enfrentarnos con una contradicción básica: la imposibilidad de contar con una definición totalmente uniforme y estable, tratándose de un sistema taxonómico cuyos criterios reguladores existen en tanto que determinados por relaciones de poder. Dicho de otra forma, cualquier tipo de categorización de orden «cultural» está determinada por quien detiene la hegemonía discursiva en una determinada contingencia histórica. Así es que lo que hemos definido como «identidad republicana española» corresponde a un paradigma cultural fraguado en una coyuntura social específica en que la hegemonía discursiva se construyó y se mantuvo como resultado de un proceso democrático, un proceso marcado por puntos de fractura y acontecimientos cruciales, entre los cuales hemos señalado el octubre asturiano de 1934 y el triunfo en las urnas del Frente Popular en febrero de 1936. Por el contrario, el Golpe de Estado del 18 de julio no fue sino el intento de arrebatar con la violencia de las armas el ejercicio de ese mismo poder interpretativo –y representativo– acerca del concepto de identidad cultural española, con el beneplácito de unas fuerzas políticas reaccionarias, caracterizadas por un aparato ideológico alimentado por el auge de los fascismos europeos, y del institucionalismo ultraconservador católico y/o monárquico. En el contexto de la Guerra Civil, para Max Aub y María Teresa León actuar como intelectuales de la España republicana significó formular un discurso marcado por una semántica defensiva concretada en la necesidad de crear cohesión y un marco de resistencia colectiva alrededor de los valores antifascistas y de justicia social representados por la República del Frente Popular, amén de evidenciar el valor y las implicaciones globales de la propia resistencia republicana, tarea aún más urgente de cara a la ayuda militar prestada por las potencias nazifascistas a los rebeldes españoles y a la indiferencia manifestada por las estados liberales europeos.

Sin embargo, afirmar que actuar como «intelectuales republicanos españoles» significaba exactamente lo mismo para Max Aub y para María Teresa León sería mantener un enfoque reduccionista y artificial. El estudio contrastivo de las variadas y heterogéneas producciones intelectuales de cada uno de ellos en este arco cronológico nos ha permitido subrayar interesantes matices diferenciales derivados de la intersección entre sus respectivas memorias de alteridad y marginalidad social y sus itinerarios de educación cultural y política, en ambos casos llevados a cabo básicamente en España,

pero alimentados por experiencias formativas y resonancias ideológicas de alcance transnacional. A este respecto y en cuanto a los principios del antifascismo, el blanco de la crítica de Aub –desde su sentido cívico influido por una primera experiencia de expulsión motivada sobre un fondo ideológico chovinista– fue sobre todo el nacionalismo exasperado vinculado a una idea artificial de pureza étnica y a la supuesta conexión indisoluble entre identidad cultural y lugar de nacimiento, a su vez coartada de un sentido patriótico hecho a base de diferencias jerarquizadas y abstracciones que despolitizan la realidad social. Así es que los textos aubianos analizados muestran la tendencia a presentar el proyecto republicano como derivado de exigencias históricas concretas no exentas de resonancias ético-humanitarias de libertad y solidaridad, o sea la lucha republicana contra las desigualdades existentes. Por su parte, Teresa León se propuso incidir sobre todo en lo que el fascismo tiene de anti-intelectualismo, defendiendo la idea de cultura como plataforma de emancipación y consolidación de una conciencia política democrática. No por nada, a la hora de enfrentarse al tema de las desigualdades, siempre puso de manifiesto la idea de educación como medio para que las clases desfavorecidas pudiesen liberarse de la explotación y salir de la pobreza. Al mismo tiempo, puso en su punto de mira el sistema educativo de raíz católica, especialmente represivo hacia las mujeres y que ella misma había experimentado en su propia piel en su infancia y primera juventud. En cuanto a la necesidad de fomentar un sentido de unión en la lucha, es cierto que Teresa León le otorgaba un papel decisivo al modelo estatal soviético y al paradigma comunista, reflejo de una firme militancia adquirida desde 1933, mientras que Max Aub, en ese sentido, se caracterizaba por una visión declaradamente –y sólidamente– socialista, pero siempre reacia a cualquier tipo de sectarismo, orientándose prioritariamente a vencer la indiferencia y la pasividad de los que siempre se habían quedado al margen de los conflictos políticos y de las urgencias sociales.

En esta compleja estratificación temporal, el carácter de alteración abrupta y sumamente desgarradora que el desenlace de la Guerra Civil y el comienzo de la etapa exílica imprimieron a la trayectoria vital de muchísimos republicanos es, sin duda, un elemento fundamental, pero, por otra parte, no hay que descuidar los matices intermedios, la fase de tránsito entre estas dos «mitades» vivenciales, ya que constituyeron las peculiares coordenadas espacio-temporales en las que se fraguaron las primeras impresiones de la derrota y en las que se abrió el abismo de incertidumbre acerca de cómo llevar adelante la lucha en defensa de la razón republicana –su legitimidad histórica– y acerca de los márgenes de reconstrucción de aquella identidad cultural aplastada por la

victoria del franquismo. Ahí se insertaron *Contra viento y marea* (1941) de Teresa León y *Campo cerrado* (1943) de Max Aub, novelas caracterizadas precisamente por el estatuto liminal que vertebró sus procesos de creación, a medio camino entre esas «dos mitades» a las que acabamos de referirnos, antes de ser publicadas, en ambos casos, una vez asentados los dos autores en su exilio hispanoamericano. Esa perspectiva fronteriza desde la cual se reelaboró lo vivido y lo acontecido en la guerra estallada en 1936 generó otro nivel de problematización: la relación entre el concepto de identidad colectiva de la España republicana –y sus necesarias e inevitables tendencias cohesivas– y sus posibles líneas de fuga, es decir, las instancias o los sujetos periféricos, no integrados; en otras palabras, los diferentes matices de la «alteridad» con respecto a lo que se establece como paradigma cultural normativo o regulador. Al hilo de estas premisas, el valor inscrito en las aportaciones de Aub y de León ha sido el de haber visibilizado ideologías excluyentes, algunas de las muchas contradicciones entre lo ideal y lo real y los aspectos conflictivos de lo social, aspectos que, en el caso de Aub, giraban alrededor sobre todo de los problemas prácticos referidos a las perspectivas de comunicación y cooperación entre los intelectuales y la clase trabajadora, entre la voz ideológica y los destinatarios de la propuesta igualitaria inscrita en ella, cuestión que está presente también en la novela de Teresa León, pero sin llegar a ocupar un papel central que, por otra parte, se reserva al estatuto de subalternidad de lo femenino en el terreno concreto de la lucha republicana. Desde un punto de vista de la pragmática literaria, por lo tanto, *Contra viento y marea* y *Campo cerrado* pueden ser leídas como potenciales plataformas funcionales a plantear preguntas acerca de la posibilidad de construir un espacio cultural realmente compartido, en el que todos sean autores de sus propias narraciones identitarias.

En los itinerarios del exilio experimentados por los dos escritores, los giros de la geopolítica global han ido conformando un escenario común desde el cual no solamente denunciar la nueva conformación identitaria de España dada por el franquismo como una injusticia y un abuso histórico, sino también reivindicar las potencialidades en una óptica de progreso democrático del proyecto republicano expulsado y errante. El hilo conductor que hemos puesto en evidencia, ese frente común de resistencia levantado en tanto que intelectuales comprometidos, correspondía a dos procedimientos creativos convergentes en sus objetivos, en su fuerza ética y en su valor pragmático: por un lado, historizar las relaciones de poder que estaban posibilitando la existencia –y a medida que pasaban los años, la perpetuación– del régimen franquista y, por otro visibilizar las historias de las víctimas de la dictadura con tal de proponerlas como sujetos de un cambio histórico que

se entendía no solamente como necesario, sino sobre todo como absolutamente lícito. Por otra parte, las diferentes condiciones materiales y circunstanciales del destierro de los dos autores, tanto en las respectivas etapas francesas –prácticamente incomparables teniendo en cuenta la reclusión de Aub en el laberinto carcelario y concentracionario del país galo– así como en sus largos trayectos hispanoamericanos –fragmentados entre dos contextos tan distintos como México y Argentina– dinamizaron y resemantizaron las huellas de sus genealogías personales, dando a las perspectivas de los dos escritores vertientes temáticas y formales peculiares y específicas que, al mismo tiempo, funcionan como emblema y testimonio no solo de la heterogeneidad, sino sobre todo de la magnitud histórica que caracterizó la tragedia del exilio republicano.

Max Aub y Teresa León manifestaron reiteradamente la voluntad de contribuir a que la memoria republicana saliera de la marginalidad en la que estaba siendo relegada con respecto a los relatos hegemónicos acerca de las grandes categorías de interpretación de la realidad del siglo XX –los conceptos de modernidad, progreso y democracia–. A la vez, los dos autores quisieron demonstrar que, en el inmenso fresco de la historia global, la violencia y las prácticas de negación de los derechos humanos que estaban afectando a los propios exiliados republicanos no constituían ningún tipo de excepción. Estos propósitos los impulsaron siempre a encuadrar sus narraciones desde un ángulo de visión abierto a lo transnacional y nosotros, por consiguiente, hemos considerado oportuno leer sus creaciones literarias relacionándolas estrechamente con los hitos que moldearon los equilibrios del mundo después de 1939. Si los primeros años de la diáspora estuvieron ligados a la convicción de que un desenlace de la Segunda Guerra Mundial favorable a los estados liberales occidentales hubiera significado el restablecimiento de la Segunda República en España, entendemos por qué las obras de Aub y León publicadas durante la contienda se caracterizaron por un aliento de militancia viva que repensaba la colectividad social republicana en el marco de las evidentes conexiones políticas y de las manifestaciones ideológicas comunes entre la contienda en curso y la guerra de España. Obras como *Morirás lejos* y *No son cuentos. Primera serie* reflejaron muchos de los nudos conflictivos que, en aquellos años, hermanaban a los expatriados españoles con el escenario bélico global y explicitaron las implicaciones humanitarias derivadas del ingente flujo de refugiados en Europa y en América; pero, si Teresa León adoptó una perspectiva abarcadora de la amplia casuística del éxodo político –sobre todo, transoceánico, por evidentes conexiones autobiográficas– haciendo hincapié en ello para denunciar mecanismos globales de desigualdad social y de puesta en marcha de procesos

de desidentificación de comunidades subalternas en su máximo grado de virulencia, en la obra de Aub todo esto se vio trasfigurado en la representación literaria de una manifestación concreta y bien determinada, elaborada por los Estados-naciones modernos con el fin de hacer frente a la creciente presión social ejercida por el masivo flujo de refugiados, como es la construcción de los campos de concentración, muy especialmente, en su caso, por obvios motivos autobiográficos, los franceses.

En la fase de transición entre el final de la Segunda Guerra Mundial y el principio de la Guerra Fría, las dinámicas de oposición político-cultural entre los entonces conocidos como bloque oriental y bloque occidental influyeron en la mirada de Max Aub y de Teresa León al tomar estos conciencia de las consecuencias concretas y de las implicaciones ideológicas que conllevaba el progresivo reconocimiento de la dictadura franquista por parte de las democracias liberales occidentales a raíz de la supuesta necesidad de entretejer una red de alianzas anticomunista. Eso no significó, para los dos autores, prescindir de su voluntad militante; por el contrario, desde el punto de vista de dos intelectuales comprometidos con la realidad de su tiempo y, por consiguiente, en constante actitud de alerta de cara a los giros evolutivos de esta última, sintieron la exigencia –o, mejor dicho, el deber moral– de configurar en sus obras unas claves de lectura crítica alternativas al discurso dominante. En los proyectos literarios que hemos analizado, la revista *Sala de Espera* y la colección de cuentos *Las peregrinaciones de Teresa*, la ética de la resistencia de los dos escritores adquirió una tonalidad especialmente relevante, una tonalidad que ciertamente no era inédita en la producción de ambos, pero sí que en aquella contingencia fue ganando un espacio aún más prominente. Se trataba precisamente de señalar el proceso histórico de cristalización de lo hegemónico en los esquemas cognitivos colectivos: dicho de otra forma, revelar la acción de las figuras o instituciones reguladoras o, en todo caso, la singular sinergia entre poder, ideología y praxis, usualmente orientada a disfrazar u ocultar su mismo funcionamiento y, por otra parte, iluminar a los sujetos o a los colectivos silenciados o apartados, dando especial visibilidad a los mecanismos político-culturales responsables de mantenerlos en su condición de subalternidad o aislamiento. En una época en la que la dictadura de Franco estaba ganando estabilidad internacional, Max Aub y María Teresa León asumieron la obligación de desentrañar los engranajes ideológicos y las responsabilidades históricas que garantizaban esa estabilidad, y de mostrar sus dinámicas excluyentes y represoras por lo que eran, o sea, un abuso histórico. Max Aub –particularmente a través de "Librada"– lo hizo desde una mirada lúcidamente dirigida hacia la política de los dos bloques, sus

intricadas conexiones globales y las modalidades en las que todo ese entramado influía en las relaciones recíprocas entre la España de Franco y la España republicana. Lo hizo colocándose en un espacio enunciativo externo al comunismo soviético, paradigma dominante entre los resistentes desterrados, situación, para más señas, especialmente evidente en México y que constituyó para el propio Aub –y para su perfil de socialista liberal– un motivo de incomunicación y marginalidad añadidas. No por nada, su postura de oposición al poder del régimen encontraba su necesario complemento en sus constantes inquietudes acerca de los riesgos de que un discurso de cuño invariablemente ortodoxo y sectario entre las filas de los exiliados resultara en una falta de diálogo y, por ende, en la ausencia de una colaboración eficaz entre los antifranquistas. Por su parte, León canalizó sus esfuerzos hacia la intención de dinamitar el dogmatismo ideológico alimentado por la alianza entre la ambición de la Iglesia de mantener su hegemonía cultural y la de la clase burguesa de preservar su posición privilegiada en el campo social –y, por supuesto, en ambos casos, de hacerse con cuantiosos beneficios económicos–. Desde la óptica de la autora riojana, la atención iba dirigida a un colectivo específicamente afectado por el *estatus quo* que acabamos de describir: las mujeres. Así que las protagonistas de los cuentos de Teresa León se caracterizan por experimentar distintas situaciones de desintegración con respecto al tejido social de España –la ambientación de todos los relatos es explícita y claramente peninsular–, variedad que refleja la multiplicidad de los factores instrumentalizados para eternizar esta condición de desintegración, ya sean factores biopolíticos o culturales, como el vínculo matrimonial y el honor familiar.

Sucesivamente, si es verdad que, en términos generales, la entrada de la España franquista en la ONU –y, por otra parte, su acercamiento a Estados Unidos– había marcado un decisivo punto de inflexión en las expectativas de la diáspora republicana, concretándose en la conciencia de una prolongación indefinida de aquella condición de expulsión y de un irremediable arrinconamiento del proyecto republicano, no es menos cierto que desde las especificidades idiosincráticas que acompañaron a los exilios de Max Aub y de María Teresa León, esa misma parábola histórica confluyó en posturas intelectuales y rutas creativas bien determinadas. Entonces, partiendo del presupuesto de que, para tratar de entender el pensamiento de un autor es imprescindible ahondar en las condiciones materiales y en las circunstancias contingentes en las que se generan sus reflexiones y se lleva a cabo el proceso de escritura, hemos constatado que aproximarse a la obra de Teresa León significa tener muy en cuenta la segregación vivida por una

mujer cuya pertenencia al género subordinado –el «segundo sexo» como lo definió Simone de Beauvoir– limitó –en términos de tiempo, instrumentos y energías– sus actuaciones discursivas como intelectual comprometida. El motivo de la soledad y de sus efectos desgarradores se hicieron notar de manera más intensa y aguda en sus obras tardías, siendo vinculados por la autora –por lo menos, a nivel de elaboración explícita– a la doble proscripción a las que fueron sometidas las mujeres desterradas y reflejado en la propia condición identitaria femenina más que en su papel público de intelectual –como hemos evidenciado en *Doña Jimena. Gran señora de todos los deberes* y en los cuentos incluidos en *Fábulas del tiempo amargo*–, condición que para todas las mujeres de su época constituía una singularidad y no la norma absoluta. Por mucho que Teresa León, a lo largo de toda su vida de escritora, hubiera luchado siempre con el objetivo de difundir la cultura en tanto que medio de emancipación y principio básico para alcanzar la libertad –manifestando en todo momento su firme convicción en ese sentido–, la influencia –inconsciente– de los *habitus* culturales en los que había sido educada y, sobre todo, un contexto político y familiar que no apoyaban su vocación creativa como era debido, siguieron enfrentándola a una imagen de sí misma diseñada por la «dominación masculina». Una imagen, al fin y al cabo, que recalcaba una idea concreta, o sea, que su actividad intelectual había de entenderse como un privilegio –o casi una «concesión»– en lugar de un derecho legítimo de su inteligencia, su dedicación y su interés político y social. De ahí el carácter fragmentario, a veces implícito o muy sutil, con el que Teresa León expresó algunas formas de malestar derivadas del hecho de que sus contemporáneos considerasen su *estatus* de intelectual como un detalle accesorio –y no como un rasgo consustancial– a su identidad de mujer.

En cuanto a Aub, las tensiones y las contradicciones que, desde el comienzo del exilio, inevitablemente atravesaron su voluntad y su empeño en seguir desempeñándose en tanto que escritor activo social y políticamente –asociadas, en buena medida, a la percepción de precariedad derivada de la indeterminación de su público lector–, motivaron una permanente metarreflexión acerca del alcance y de la eficacia efectiva y tangible de su mensaje –o sea, de su posibilidad de incidir como escritor republicano–, algo que acabó confluyendo en un sentido de honda frustración frente a la estabilización de la España de Franco en la esfera de influencia occidental y la progresiva asimilación, por parte de la sociedad del país ibérico, del sistema de valores propios de la modernidad capitalista en detrimento de los principios de igualdad y justicia social asociados a la herencia cultural republicana, como se ha visto reflejado, por ejemplo, en las páginas de

El remate. Sin embargo, las acuciantes limitaciones de aquel presente nunca generaron una actitud de rendición ni de abdicación de su compromiso, algo que tampoco pasó en el caso de Teresa León porque ambos siguieron plasmando en sus obras la esperanza de crear un puente de diálogo con las futuras generaciones, tarea, esta última, tampoco exenta de dificultades e incógnitas. En todo caso, lo que merece la pena subrayar es que, para estos dos escritores, los valores de la resistencia antitotalitaria, de la justicia social y de la verdad ética pudieron más que el conformismo del olvido, más que el sosiego y los beneficios que hubieran podido obtenido de la adaptación a los discursos dominantes. Teresa León siguió, prácticamente hasta que no la venció la enfermedad, convirtiendo su obra en un lugar de la memoria republicana, en un testimonio del abuso sobre el que se había edificado el poder franquista y, al mismo tiempo, de la ejemplaridad moral de aquel proyecto republicano arrancado del flujo de la Historia, como hemos visto en *Juego limpio*, en los cuentos de *Fábulas del tiempo amargo* y, claro está, *Memoria de la melancolía*. Para Max Aub, todas estas instancias no pudieron sino compaginarse con su perspectiva –su deber moral– de superviviente al horror concentracionario francés, su lealtad y su sentido de responsabilidad hacia todas aquellas y todos aquellos que no tuvieron voz o instrumentos para contar sus padecimientos, todos aquellas y todos aquellos que nunca pudieron recuperarse o que directamente no volvieron para tratar de explicar al mundo la deshumanización y el dolor perpetrados detrás de las alambradas: obras como *Campo francés*, «Manuscrito cuervo» y, muy especialmente, «El limpiabotas del padre eterno» fueron componiendo el manifiesto de Aub contra la amnesia decretada definitivamente por las potencias del mundo en 1955, un manifiesto redactado para que el testimonio de los republicanos españoles en los campos de Francia no permaneciese oculto debajo de los intereses y el afán de poder de los vencedores de la Historia, sino que fuese reconocido como elemento imprescindible de cara a la construcción de un futuro democrático fundamentado en la construcción de una memoria postotalitaria transnacional.

En línea con esa idea de proyección futura contenida en la obra de Max Aub y de Teresa León, consideramos importante volver sobre una de las consideraciones expresadas en las páginas introductorias: la constatación, a partir de la observación de la realidad de nuestro presente, de que la memoria republicana y la valoración del legado testimonial de los exiliados siguen siendo una herencia cultural y política muy necesaria. Lo son, antes de todo, por una cuestión de justicia histórica; para que no olvidemos que la forma de gobierno de la España actual procede de una decisión del dictador y no de

una libre elección de los ciudadanos. Tras la muerte de Franco, no hubo ningún referéndum por medio del cual se les otorgaba a los españoles el derecho de elegir entre la monarquía o la república. El hecho de que no se llevara a cabo un verdadero cambio, sino un simple traspaso de poderes –resultado de lo que se define como «consenso de la Transición» (Martínez, 2012)–, es ya un primer indicio de que los desafueros sufridos por los vencidos republicanos, e incansablemente denunciados por Max Aub y por Teresa León, están todavía esperando su legítima y completa reparación.

En segundo lugar, la persistencia de múltiples niveles de conflicto social hace que muchos de los procedimientos literarios clave de la obra de estos escritores renueven, en las especificidades propias de la coyuntura contemporánea, su carga urgente. Así es que sus reivindicaciones a favor de la igualdad y de la emancipación de clase no pueden definirse superadas si pensamos que, hoy en día, no solamente no se ha solucionado el problema, sino que éste se ve agravado por episodios cada vez más numerosos de violencia de matriz «aporofóbica» (Cortina, 2017). Por otro lado, las preocupaciones por desvelar los engranajes ideológicos deputados a ocultar las responsabilidades políticas subyacentes al mantenimiento de las disparidades sociales, no resultan nada anacrónicas; sobre todo, si tenemos en cuenta que estamos en una época en la que el sistema de valores generado por el capitalismo neoliberal promueve una idea de meritocracia acrítica y alimenta la lógica de un «pensamiento positivo» a toda costa que desplaza la naturaleza estructural de las dificultades o de las limitaciones materiales propias de las categorías desfavorecidas o subalternas. Para esta «España invisible», como la define Sergio Fanjul (2023), tenemos que seguir tratando de fomentar la misma actitud crítica y la misma ética de la resistencia expresadas por Max Aub y por Teresa León.

Bibliografía

Fuentes primarias

AUB, Max, (1936a), «Antecedentes del teatro ruso contemporáneo», *Nueva Cultura*, 12, pp. 10-11 [Archivo del Ayuntamiento de Madrid, Madrid].

___ (1936b), «Antecedentes del teatro ruso contemporáneo. Conclusión», *Nueva Cultura*, 13, p. 15 [Archivo del Ayuntamiento de Madrid, Madrid].

___ (1937), «Actualidad de Cervantes», *Hora de España*, V, p. 66 [Archivo de la Biblioteca Nacional de España, Madrid].

___(1938), «¿Conoces tú el País Vasco?», *La Vanguardia*, 2, p.3 [Fundación Max Aub-Archivo de la Diputación de Valencia, Caja 43, Artículos de Max Aub, Segorbe].

___(1945) *Discurso de la novela española contemporánea*, México D.F., El Colegio de México.

___ (1998), *Diarios (1939-1972)* [edición y estudio introductorio de Manuel Aznar Soler], Barcelona, Alba.

_____ (2002a), *Hablo como hombre* [edición y estudio introductorio de Gonzalo Sobejano], Segorbe, Fundación Max Aub.

_____ (2002b), *Obras Completas. Vol. VII-A. Primer teatro* [edición y estudio introductorio de Josep Lluís Sirera], Valencia, Biblioteca Valenciana.

___ (2003), *Nuevos diarios inéditos (1939-1972)* [edición y estudio introductorio de Manuel Aznar Soler], Sevilla, Renacimiento.

___(2007a), "Héroes. De Byron a Malraux", en Manuel Aznar Soler (ed.), «Max Aub colaborador del diario barcelonés *La Vanguardia* durante el año 1938», *El Correo de Euclides*, 2, pp. 144-146.

_____(2007b), "Las cosas como son. Carlos Von Ossietzki», en Manuel Aznar Soler (ed.), «Max Aub colaborador del diario barcelonés La Vanguardia durante el año 1938», *El Correo de Euclides*, 2, pp. 149-152.

___(2007c), "Las cosas como son. Los escritores y la guerra", en Manuel Aznar Soler (ed.), «Max Aub colaborador del diario barcelonés La Vanguardia durante el año 1938», *El Correo de Euclides*, 2, pp. 147-148.

___ (2007d), *Los tiempos mexicanos de Max Aub. Legado periodístico 1943-1972* [edición y estudio introductorio de Eugenia Meyer], Madrid-Segorbe, Fondo de Cultura Económica y Fundación Max Aub.

___(2007e), *Morir por cerrar los ojos* [edición de Carmen Venegas Grau], Sevilla, Renacimiento.

_____(2009), *La gallina ciega* [prólogo de Manuel Aznar Soler], Madrid, Visor.

___(2010), *Campo cerrado. El laberinto mágico. Vol. I* [prólogo de María Teresa González de Garay], Madrid, Capitán Swing.

___(2011), *El limpiabotas del padre eterno y otros cuentos ciertos* [edición y estudio introductorio de Javier Lluch-Prats y Eloísa Nos Aldás], Segorbe, Fundación Max Aub.

___(2013), *Luis Buñuel, novela* [edición de Carmen Peire], Granada, Cuadernos del Vigía.

___(2018a), *Campo de sangre. El laberinto mágico. Vol. III* [prólogo de Lourdes Ortiz], Granada, Cuadernos del Vigía.

___(2018b), *Campo francés. El laberinto mágico. Vol. IV* [prólogo de Carmen Valcárcel], Granada, Cuadernos del Vigía.

___(2019a), *Campo del moro. El laberinto mágico. Vol. V* [prólogo de Almudena Grandes], Granada, Cuadernos del Vigía.

___(2019b), *Campo de los almendros*. *El laberinto mágico. Vol. VI* [prólogo de Gérard Malgat], Granada, Cuadernos del Vigía.

_____(2020), *Yo no invento nada. Relatos de El laberinto mágico. Cuentos completos. Vol. I* [prólogo de Eloy Tizón], Granada, Cuadernos del Vigía.

___(2022), *Cuentos ciertos* [edición y estudio introductorio de Eugenio Maggi], Madrid, Cátedra.

___(2023a), *Diarios (1939-1972)* [edición y estudio introductorio de Manuel Aznar Soler], Sevilla, Renacimiento

___(2023b), *San Juan* [edición y estudio introductorio de Manuel Aznar Soler], Sevilla, Renacimiento.

LEÓN, María Teresa (1933), «Huelga en el puerto», *Octubre*. *Escritores y artistas revolucionarios*, 3, pp. 21-24 [Archivo del Ayuntamiento de Madrid, Madrid].

____(1937), «Gato por liebre», *El mono azul*, 36, s.p. [Archivo de la Biblioteca Nacional de España, Madrid.].

___(1968), *Doña Jimena Díaz de Vivar: gran señora de todos los deberes*, Madrid, Biblioteca Nueva.

___(1977), *La historia tiene la palabra (Noticia sobre el salvamento del tesoro artístico)* [edición y estudio introductorio de Gonzalo Santoja], Madrid, Hispamérica.

_____(1979), *Una estrella roja* [prólogo de Joaquín Marco], Madrid, Espasa-Calpe.

_____(2000), *Juego limpio* [edición de Luis García Montero], Madrid, Visor.

_____(2003), *Fábulas del tiempo amargo y otros relatos* [edición y estudio introductorio de Gregorio Torres Nebrera], Madrid, Cátedra.

_____(2007a), «El teniente José», en María Teresa León (ed.), *Crónica general de la Guerra Civil* [prólogo de Luis A. Esteve], Sevilla, Renacimiento, pp. 93-96.

_____(2007b), «La cultura, patrimonio del pueblo», en María Teresa León (ed.), *Crónica general de la Guerra Civil* [prólogo de Luis A. Esteve], Sevilla, Renacimiento, pp. 89-90.

_____(2007c), «La doncella guerrera», en María Teresa León (ed.), *Crónica general de la Guerra Civil* [prólogo de Luis A. Esteve], Sevilla, Renacimiento, pp. 79-81.

_____(2007d), «Los cazadores de tanques», en María Teresa León (ed.), *Crónica general de la Guerra Civil* [prólogo de Luis A. Esteve], Sevilla, Renacimiento, pp. 91-92.

_____(2007e), «Mi barrio, en ruinas», en María Teresa León (ed.), *Crónica general de la Guerra Civil* [prólogo de Luis A. Esteve], Sevilla, Renacimiento, pp. 111-114.

_____(2009), *Las peregrinaciones de Teresa* [edición y estudio introductorio de María Teresa González de Garay], Logroño, Instituto de Estudios Riojanos.

_____(2010), *Contra viento y marea* [edición y estudio introductorio de Gregorio Torres Nebrera], Cáceres, Universidad de Extremadura.

_____(2015), *Trabajos de una desterrada* [edición de Gabriel Cacho Millet], Madrid, Sial/Trivium.

_____ (2020), *Memoria de la melancolía* [prólogo de Benjamín Prado], Sevilla, Renacimiento.

LEÓN, María Teresa, ALBERTI, Rafael, AUB, Max (2023), *La amistad, patria de los sin patria. Epistolario inédito (1953-1972)* [edición y estudio introductorio de Barbara Greco], Sevilla, Renacimiento.

Fuentes secundarias

ABELLÁN, José Luis (2011), *Ensayo sobre las dos Españas. Una voz de esperanza*, Barcelona, Península.

AGAMBEN, GIORGIO (2000), *Medios sin fin. Notas sobre la política*, Valencia, Pretextos.

_____(2006), *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida. Vol. I*, Valencia, Pretextos.

ALBERTI, Rafael (2002), *La arboleda perdida 2. Tercero y Cuarto libro (1931-1987)*, Madrid, Alianza.

ALTED VIGIL, Alicia (2010), «El exilio español y la Europa de 1939», en Francesc Vilanova i Vila-Abadal, Pere Ysàs i Solades (eds.), *Europa, 1939. El año de las catástrofes*, Valencia, Universitat de València, pp. 193-203.

AZNAR SOLER, Manuel (1978), *Pensamiento literario y compromiso antifascista de la inteligencia española republicana*, Barcelona, Laia.

___(1984), «La Revolución asturiana de octubre de 1934 y la literatura española», *Los Cuadernos del Norte*, 26, pp. 86-104.

___(1993), *Max Aub y la Vanguardia teatral: escritos sobre el teatro (1928-1938)*, Valencia, Universitat de València.

___(1996), «Política y literatura en los ensayos de Max Aub», en Cecilio Alonso (ed.), *Actas del Congreso Internacional "Max Aub y El laberinto español"*, Valencia, Biblioteca Valenciana, pp. 568-614.

__(1999), «Las literaturas del exilio republicano español de 1939: el estado de la cuestión», *Ínsula: revista de letras y ciencias humanas*, 627, <https://insula.es/sites/default/files/articulos_muestra/INSULA%20627.htm> (fecha de consulta: 14 de abril de 2021).

___(2003), *Los laberintos del exilio. Diecisiete estudios sobre la obra literaria de Max Aub*, Sevilla, Renacimiento.

_____(2009), «"He venido, pero no he vuelto": el escritor exiliado Max Aub en la España franquista de 1969», en Max Aub, *La gallina ciega*, Madrid, Visor, pp. 7-18.

___(2017a), «La Guerra Fría cultural y el exilio republicano de 1939. Los Congresos Mundiales por la Paz de Wroclaw (1948), Varsovia (1950) y Viena (1952)», en Mari Paz Balibrea (ed.), *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*, Madrid, Siglo XXI, pp. 600-607.

___(2017b), «Literatura de/en el exilio», en Mari Paz Balibrea (ed.), *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*, Madrid, Siglo XXI, pp. 136-145.

_____(2023), «Introducción», en *Diarios (1939-1972)*, Sevilla, Renacimiento, pp. 7-52.

BAL, Miekel (2017), *Narratology. Introduction to the Theory of Narrative*, Toronto, University of Toronto.

BALIBREA, Mari Paz (2007), *Tiempo de exilio: una mirada crítica a la modernidad española desde el pensamiento republicano en el exilio*, Mataró, Ediciones de Intervención Cultural.

____(2017a), «Exilio y militancia», en Mari Paz Balibrea (ed.), *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*, Madrid, Siglo XXI, pp. 54-57.

___(2017b), «Temporalidad exílica», en Mari Paz Balibrea (ed.), *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*, Madrid, Siglo XXI, pp. 146-151.

BALIBREA, Mari Paz, FABER, Sebastiaan (2017), «Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español. Introducción a modo de manifiesto», en Mari Paz Balibrea (ed.), *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*, Madrid, Siglo XXI, pp. 13-24.

BANDRÉS, Javier, ZUBIETA, Eva, LLAVONA, Rafael (2014), «Mujeres extraviadas: psicología y prostitución en la España de postguerra», *Universitas Psychologica*, 13 (5), pp. 1667-1679.

BARRIO ARCONADA, Maria Luisa (2009), «Oralidad, registro coloquial y variedades lingüísticas en "El limpiabotas del padre eterno" de Max Aub», en Elena María Barcellós Morante, Óscar Domínguez Núñez (eds.), *Actas del II Simposio Internacional de la Lengua Española del Instituto Cervantes de São Paulo*, Instituto Cervantes, São Paolo, pp. 290-300.

BAROJA Y NESSI, Carmen (1998), *Recuerdos de una mujer de la generación del 98* [edición y prólogo de Amparo Hurtado], Barcelona, Tusquets.

BAUMAN, Zygmunt (2005), *Identidad. Conversaciones con Benedetto Vecchi*, Buenos Aires, Losada.

BECERRA MAYOR, David (2009), «Max Aub. El exilio y el abandono de la realidad», en Julio Rodríguez Puértolas (ed.), *La República y la cultura: paz, guerra y exilio*, Madrid, Ediciones Akal, pp. 609-630.

___(2015), «Matices a una distopia republicana», en Julio Rodríguez Puértolas, (ed.), *Actas de las VII, VIII y IX Jornadas sobre la cultura republicana*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, pp. 303-312.

____(2019), «Leer desde la ruptura. Propuesta teórica para explorar el potencial político de una genealogía literaria interrumpida», *Kamchatka. Revista de análisis cultural*, 14, pp. 319-348.

BENJAMIN, Walter (2009), *Estética y política*, Buenos Aires, La Cuarenta.

BERNECKER, Walther L. (2011), «Los estudios sobre el exilio republicano en México», en Andrea Pagni (ed.), *El exilio republicano español en México y Argentina. Historia cultural, instituciones literarias, medios*, Madrid/ Frankfurt/ México D.F., Iberoamericana/ Vervuert/ Bonilla Artiga, pp. 33-57.

BINNS, Nigel (2004), *La llamada de España. Escritores extranjeros en la Guerra Civil*, Barcelona, Montesinos Ensayo.

BLANCO AGUINAGA, Carlos (1995), *Historia social de la literatura española*, Madrid, Castalia.

___ (2005), «Max Aub y la cultura internacional del exilio republicano», en Gabriel Rojo, James Valender (ed.), *Homenaje a Max Aub*, México D.F., El colegio de México, pp. 85-98.

BONATTO, Virginia (2018), «Nostalgia y nomadismo en María Teresa León. Figuraciones del yo femenino en tres textos del exilio», *HispanismeS*, 12, pp. 188-200.

BOU, Enric (2012), *Invention of space: city, travel and literature*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert.

BOURDIEU, Pierre (1995), *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama.

_____(1997), *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama.

_____(2000), *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama.

BRECHT, Bertolt (1984), *El compromiso en literatura y arte*, Barcelona, Península.

BUSCHMANN, Albrecht (2005), «Max Aub entre sus culturas», en Omar Ette, Mercedes Figueroas, Joseph Jurt (eds.), *Max Aub-André Malraux: Guerra Civil, Exilio y Literatura/ Guerre Civile, Exile, Littérature*, Madrid/ Frankfurt, Iberoamericana/ Vervuert, pp. 201-212.

_____(2022), *Max Aub. Entre vanguardia y exilio*, Renacimiento, Sevilla.

CACHO MILLET, Gabriel (2015), «Premisas», en María Teresa León, *Trabajos de una desterrada*, Madrid, Sial/ Trivium, pp. 11-21.

CALLES, Juan María (2003), «*Sobre algunos mitos fascistas*. Un texto olvidado de Max Aub», en Juan María Calles (ed.), Max Aub en el laberinto del siglo XX, Valencia, Biblioteca Valenciana, Generalitat Valenciana, <https://www.uv.es/entresiglos/max/> (fecha de consulta: 17 de febrero de 2023).

CAMPRUBÍ, Zenobia (2015), *Diario de juventud; escritos; traducciones* [edición e introducción de Emilia Cortés Ibáñez], Sevilla, Fundación José Manuel Lara.

CAMUS, Albert (2021), *El hombre rebelde*, Barcelona, Random House.

___(2023), *El derecho a no mentir. Conferencias y discursos (1936-1958)*, Barcelona, Debate.

CANDEL VILA, Xelo (2008), *De lo vivo a lo pintado. La poética realista de Max Aub en el ámbito de la Modernidad literaria*, Segorbe, Fundación Max Aub.

CAPPELLI, Federica (2008), «Introduzione», en Max Aub, Francisco Ayala, Ramón J. Sender, *Una farfalla sull'orlo dell'abisso. Racconti dell'esilio repubblicano spagnolo*, Pisa, ETS.

_____(2020), «"Nuestras horas sin regreso": el exilio en los cuentos argentinos de María Teresa León», *Orillas. Rivista d'Ispanistica*, 9, pp. 421-431.

CARRIÓN SÁNCHEZ, Pablo Jesús (2004), «La delegación del PCE en México (1939-1956). Origen y límite de una voluntad de liderazgo de la oposición», *Espacio, Tiempo y Forma*. *Serie V, Historia Contemporánea*, 16, pp. 309-366.

CARNÉS, Luisa (2018), *Donde brotó el laurel*. *Cuentos completos II* [edición de Antonio Plaza Plaza], Sevilla, Renacimiento.

CASANOVA, Julián (2007), *República y guerra civil*, Barcelona, Crítica.

CASANOVA, Julián, ESPINOSA, Francisco, MIR, Conxita, MORENO, Francisco (2002), *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco,* Barcelona, Crítica.

CASTILLO ROBLES, María (2019), *María Teresa León, crítica literaria. Feminismo y compromiso político*, Almería, Editorial Universidad de Almería.

CATALÀ, Neus (1984), *De la resistencia y la deportación. 50 testimonios de mujeres españolas*, Barcelona, Adgena.

CATE- ARRIES, Francie (2012), *Culturas del exilio español entre las alambradas. Literatura y memoria de los campos de concentración en Francia, 1939-1945*, Barcelona, Anthropos.

_____(2017), «Los campos de concentración en Francia, entre las ruinas de la historia y la reconstrucción de la memoria democrática», en Mari Paz Balibrea (ed.), *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*, Madrid, Siglo XXI, pp. 549-557.

CAUDET, Francisco (1993), *Las cenizas del Fénix. La cultura española de los años 30*, Madrid, La Torre.

_____ (1997), *Hipótesis sobre el exilio republicano de 1939*, Madrid, Fundación Universitaria Española.

__(2002), «Estudio introductorio», en Max Aub, *Campo de los almendros. Obras completas. Vol. III A*, Valencia, Generalitat Valenciana, pp. 11-35.

_____(2005), «Max Aub y México», en Gabriel Rojo, James Valender (ed.), *Homenaje a Max Aub*, México D.F., El colegio de México, pp. 219-246.

_____ (2007), *El exilio republicano en México. Las revistas literarias, 1939-1971*, Alicante, Universitat d'Alacant.

_____(2009), «¿De qué hablamos cuando hablamos de literatura del exilio republicano de 1939?», *ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura*, CLXXXV (739), pp. 993-1007.

_____(2011a), *Galdós y Max Aub. Poéticas del realismo*, Alicante, Universitat d'Alacant.

____(2011b), «La mitificación nacionalista de España en las revistas del exilio de 1939», en Andrea Pagni (ed.), *El exilio republicano español en México y Argentina. Historia cultural, instituciones literarias, medios*, Madrid/ Frankfurt/ México D.F., Iberoamericana/ Vervuert/ Bonilla Artiga, pp. 59-77.

CHAPUT, Marie Claude (2003), «Max Aub: de la II a la III República», en Marie-Claude Chaput, Bernard Sicot (eds), *Max Aub: enrecinements et déracinements*, Nanterre, Centre de Recherches Ibériques et Ibéro-Américaines (CRIIA) Université de Paris X-Nanterre, pp. 23-35.

CELMA, María del Pilar (2003), «El compromiso de una Femme de lettres en los *Cuentos de la España actual*», en Gonzalo Santonja (ed.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, pp. 147 -154.

CONST. II REPÚBLICA ESPAÑOLA, 9 DE DICIEMBRE DE 1931 [edición Librería Blas, 1997].

DE BEAUVOIR, Simone (2005), *El segundo sexo,* Madrid, Cátedra.

DE MARCO, Valeria (2008), «Introducción», en Max Aub, *Campo francés*, Madrid, Castalia.

__ (2010), «La memoria histórica en el territorio epistolar del exilio republicano español: las cartas en los relatos de Max Aub», en Raquel Macciuci (ed.), *La Plata lee a España. Letras y culturas: los siglos XX y XXI,* La Plata, Ediciones del lado de acá, pp. 195-206.

____(2013), «Revistas de un solo autor: disonancias del exilio español de 1939», *Olivar*, 14 (19), pp. 127-144.

DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, Lorenzo (2003), «Las relaciones culturales entre España y Estados Unidos, de la Guerra Mundial a los Pactos de 1953», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 25, pp. 35-59.

DOMÍNGUEZ PRATS, Pilar (1994), *Voces del exilio. Mujeres españolas en México 1939-1950*, Madrid, Instituto de Investigaciones Feministas de la Universidad Complutense de Madrid.

DUARTE, Ángel (2017), «República, republicano», en Mari Paz Balibrea (ed.), *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*, Madrid, Siglo XXI, pp. 46-53.

EAGLETON, Terry (2011), *Literary theory: an introduction*, University of Minnesota Press, Minneapolis.

___(2021), *Ideología. La tortuosa historia del concepto desde la Ilustración hasta la posmodernidad*, Barcelona, Paidós.

EAKIN, Paul John (1994), *En contacto con el mundo: autobiografía y realidad*, Madrid, Megaluz-Endymion.

ECHEVERRÍA, Bolívar (1997), *Las ilusiones de la modernidad*, México D.F., UNAM.

_____ (2008), «Introducción. Benjamin, la condición judía y la política», en Walter Benjamin, *Tesis sobre la Historia y otros fragmentos*, México D.F., Ítaca.

ESCALERA CORDERO, Matías (2011), *La República no es para los trabajadores*, Comunicación presentada en las Jornadas La cultura de la II República de la Universidad Autónoma de Madrid, <https://matiasescalera.com/wp-content/uploads/2022/10/COMUNICACION-UAM-2011-.Jornadas-La-Cultura-II-Republica.-LA-REPUBLICA-Y-LOS-TRABAJADORES.pdf > (fecha de consulta: 9 de diciembre de 2023).

ESCUDÉ, Carlos (2003), «¿Cuánto valen esas bases? El tira y afloja entre Estados Unidos y España, 1951-1953», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 25, pp. 61-81.

ESTABLIER PÉREZ, Helena (2006), «"El perfume de mi madre era el heliotropo": María Teresa León y los símbolos de la tierra-madre perdida y encontrada en la narrativa breve del exilio», en Miguel Ángel Lozano Marco (ed.), *El simbolismo literario en España*, pp. 263-299.

ESTÉBANEZ GIL, Juan Carlos (2003), *María Teresa León. Escritura, compromiso y memoria*, Valladolid, Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua.

ETTE, Ottmar (2005), «Entre homo sacer y homo ludens: El Manuscrito Cuervo de Max Aub», en Omar Ette, Mercedes Figueroas, Joseph Jurt (eds.), *Max Aub-André Malraux: Guerra Civil, Exilio y Literatura/ Guerre Civile, Exile, Littérature*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/ Vervuert, pp. 177-200.

EUDAVE, Cecilia (2003), «Max Aub: un itinerario de espera», *ALPHA*, 19, pp. 325-330.

EVEN-ZOHAR, Itamar (1994), «La función de la literatura en la creación de las naciones de Europa», en Darío Villanueva (ed.), *Avances en Teoría de la Literatura: Estética de la recepción, Pragmática, Teoría empírica y Teoría de los polisistemas*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela.

FABA DURÁN, Celia (2021), «Cómo sobrevivir al destierro: los desconocidos trabajos literarios de María Teresa León durante su exilio en Argentina e Italia», en

Ángeles Egido, Matilde Eiroa, Encarnación Lemus, Marifé Santiago (dirs.) y Luiza Iordache, Rocío Negrete (ed.), *Mujeres en el exilio republicano de 1939. Homenaje a Josefina Cuesta*, Madrid, Gobierno de España, Ministerio de la Presidencia, Relaciones con las Cortes y Memoria Democrática, pp. 653-665.

FABER, Sebastiaan (2000), «Un pasado que no fue, un futuro imposible. Juegos parahistóricos en los cuentos del exilio de Max Aub», *Clío: History and History Teaching*, 18, <http://clio.rediris.es/exilio/Aub/aub.htm> (fecha de consulta: 2 de junio de 1024).

_____(2003), «Escribir a chorro suelto: el miedo a borrar y otras obsesiones exílicas», *Ínsula*, 678, pp. 11-14.

_____(2006), «Max Aub, conciencia del exilio», *El correo de Euclides*, 1, pp. 16-35.

___(2017a), «Dialéctica del exilio y dimensión moral», en Mari Paz Balibrea (ed.), *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*, Madrid, Siglo XXI, pp. 196-202.

___(2017b), «Exilio e hispanismo», en Mari Paz Balibrea (ed.), *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*, Madrid, Siglo XXI, pp. 69-77.

FALCÓN, Alejandrina (2011), «¿Un Meridiano que fue exilio? Presencia española en el campo cultural argentino (1938-1954)», en Andrea Pagni (ed.), *El exilio republicano español en México y Argentina. Historia cultural, instituciones literarias, medios*, Madrid/ Frankfurt/ México D.F., Iberoamericana/ Vervuert/ Bonilla Artiga, pp. 107- 127.

FALCÓN, Lidia (2009), «Las mujeres en la República», en Julio Rodríguez Puértolas (ed.), *La República y la cultura: paz, guerra y exilio*, Madrid, Ediciones Akal, pp. 213-220.

FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, José Manuel (2013), «Capital simbólico, dominación y legitimidad: las raíces weberianas de la sociología de Pierre Bourdieu», *Papers. Revistas de Sociología*, 98 (1), pp. 33-60.

FERRÁN, Ofelia (2005), «*Memoria de la melancolía* by María Teresa León: the performativity and disidentification of exilic memories», *Journal of Spanish Cultural Studies*, 6 (1), pp. 59-78.

FERRIS, José Luis (2017), *Palabras contra el olvido. Vida y obra de María Teresa León (1903-1988)*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara.

FOUCAULT, Michel (2005), *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets.

FRANCO, Jean (1992), «Si me permiten hablar. La lucha por el poder interpretativo», en John Beverly, Hugo Achúgar (eds.), *La voz del otro*: *testimonio, subalternidad y verdad narrativa*, Lima/ Berkley, Latinoamericana.

FUNES, Federico (2020), «María Teresa León en *España Republicana*: la mujer, los escritores, la guerra. Una lectura a partir de sus artículos de 1941 y 1942», *Diablotexto*, 8, pp. 154-176.

GARCÍA CANCLINI, Néstor (2004), *Diferentes, desiguales, desconectados. Mapa de la interculturalidad*, Barcelona, Gedisa.

GARCÍA DAVÓ, Celia (2022), *La construcción de la identidad femenina en tres memorias del exilio español*, Alicante, Instituto Universitario de Investigación de Estudios de Género, Universidad de Alicante.

GARCÍA GARRIDO, María Antonia (2021), «La querida y ondrada mujer frente a la Gran Señora de todos los Deberes: pervivencia de arquetipos y modernas sobreescrituras en Doña Jimena Díaz de Vivar (1960), de María Teresa León», *Verbum*, XXII (2), pp. 231-253.

___ (2022), «La epopeya de las cautivas en España: del encierro de Doña Jimena al exilio de María Teresa León», en Purificació Mascarell, Verònica Zaragoza (eds.), *Encerradas. Mujer, escritura y reclusión*, Valencia, Tirant Humanidades.

GARCÍA MONTERO, Luis (2000), «La pasión de la memoria», en María Teresa León, *Juego limpio*, Madrid, Visor, pp. 7-18.

GARCÍA PONCE, David (2018), «La imagen de China en la literatura del exilio y la configuración de su paisaje cultural», *Quaderns de Filologia: Estudis Literaris,* XXIII, pp. 157-180.

GERHARDT, Federico (2010), «La memoria de la II República, la Guerra Civil y el exilio español en *Enero en Cuba* de Max Aub», *IX Congreso Argentino de Hispanistas. Asociación Argentina de Hispanistas, La Plata*, <https://www.aacademica.org/000-043/152> (fecha de consulta: 3 de abril de 2024).

GLONDYS, Olga (2017a), «Europeísmo y exilio», en Mari Paz Balibrea (ed.), *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*, Madrid, Siglo XXI, pp. 587-593.

GLONDYS, Olga (2017b), «La Guerra Fría cultural y el exilio republicano. El congreso por la libertad de la cultura», en Mari Paz Balibrea (ed.), *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*, Madrid, Siglo XXI, pp. 594-600

GÓMEZ- FERRER MORANT, Guadalupe (2011), *Historia de las mujeres en España: siglos XIX y XX*, Madrid, Arco Libros.

GÓNZALEZ DE GARAY, María Teresa (2008), «La narrativa breve del exilio de María Teresa León», *Revistas de Ciencias de la Comunicación e Información*, 25, pp. 60-79.

___(2009), «Estudio introductorio a Las peregrinaciones de Teresa», en María Teresa León, *Las peregrinaciones de Teresa*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, pp. 11-95.

___(2010), «Max Aub desde el Laberinto», en Max Aub, *Campo cerrado, El laberinto mágico (I)*, Madrid, Capitán Swing, pp. 5-30.

GRECO, Barbara (2016), «Per un primo approccio all'antifavolistica moderna di Max Aub: *Manuscrito cuervo,* en Orietta Abbati (ed.), *Intrecci romanzi. Trame e incontri di culture*, Torino, Nueva Trauben, pp. 159-168.

_____(2018), *Max Aub: apocrifi e maschere letterarie*, Alessandria, Edizioni dell'Orso.

___(2020a), «La historia tiene la palabra de María Teresa León: memoria, testimonio y creación», *eHumanista/IVITRA*, 17, pp. 129-142.

___(2020b), «La militancia intelectual de María Teresa León: *Crónica general de la Guerra Civil* (1937)», *RICOGNIZIONI. Rivista di lingue, letterature e culture moderne*, 14, pp. 26-39.

__(2023a), «Introducción», en LEÓN, María Teresa, ALBERTI, Rafael, AUB, Max (2023), *La amistad, patria de los sin patria. Epistolario inédito (1953-1972)*, Sevilla, Renacimiento, pp. 7-28.

___(2023b), «*Las peregrinaciones de Teresa* (1950) de María Teresa León o la lejana ilusión de España», *eHumanista/IVITRA*, 23, pp. 228-240.

GRAMSCI, Antonio (2002), *Istruitevi/ Agitatevi. Odio gli indifferenti e altri scritti prima del carcere*, Monza, Ibex.

GRILLO, Rosa Maria (2001), «Juegos de parejas en un espejo. Masculino y femenino en la escritura autobiográfica del exilio», en *Actas del Congreso "El exilio cultural de la guerra civil". Salamanca, noviembre 1999*, Salamanca, Ed. Universidad de Salamanca, pp. 323-342.

GUERRA SESMA, Daniel (2016), «Un caso de cantonalismo socialista: el consejo soberano de Asturias y León», *Studia histórica. Historia contemporánea*, 34, pp. 269-300.

HELLÍN NISTAL, Lucía (2022), «*Campo cerrado* de Max Aub: mecanismos y función social de la representación histórica», *Castilla. Estudios de Literatura*, 13, pp. 242-265.

HIDALGO NÁCHER, Max (2017), «Visión y ceguera de España en 1969. *La gallina ciega* de Max Aub», *Historia Actual Online*, 42 (1), pp. 129-140.

HOBSBAWN, Enric (1998), *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica (Grijalbo Mondadori).

_____(1999), *Il secolo breve*, Milano, Rizzoli.

HOBSBAWN, Eric, RANGER, Terence (2002), *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica.

HOYOS PUENTE, Jorge (2017), «1942», en Mari Paz Balibrea (ed.), *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*, Madrid, Siglo XXI, pp. 246-251.

JUAN PENALVA, Joaquín (2006), «El *Éxodo* según Max Aub; la tragedia *San Juan*», *El Correo de Euclides*, 1, pp. 497-506.

JULIÁ, Santos, PÉREZ, Joseph, VALDEÒN, Julio (2011), *Historia de España*, Barcelona, Austral.

LARRAZ, Fernando (2009), *El monopolio de la palabra. El exilio intelectual en la España franquista*, Madrid, Biblioteca Nueva.

___(2011), «Los exiliados y las colecciones editoriales en Argentina (1938-1954)», en Andrea Pagni (ed.), *El exilio republicano español en México y Argentina. Historia cultural, instituciones literarias, medios*, Madrid/ Frankfurt/ México D.F., Iberoamericana/ Vervuert/ Bonilla Artiga, pp. 129-144.

_____(2014), *Max Aub y la historia literaria*, Berlin, Logos Verlag.

_____(2018), *Editores y editoriales del exilio republicano de 1939*, Sevilla, Renacimiento.

_____(2020), «Exilio y movimiento editorial en *España Republicana* de Buenos Aires», *Letras Hispanas,* 16, pp. 130-140.

LARRAZ, Fernando, SÁNCHEZ ZAPATERO, Javier (2016), «Escribir desde el exilio, escribir el exilio», en VV.AA., *Los restos del naufragio. Relatos del exilio republicano español*, Madrid, Salto de página.

LEVI, Primo (2007), *I sommersi e i salvati*, Torino, Einaudi.

_____(2014a), *La tregua*, Torino, Einaudi.

_____(2014b), *Se questo è un uomo*, Torino, Einaudi.

LIDA, Clara (2011), «Un exilio en vilo», en Andrea Pagni (ed.), *El exilio republicano español en México y Argentina. Historia cultural, instituciones literarias, medios*, Madrid/ Frankfurt/ México D.F., Iberoamericana/ Vervuert/ Bonilla Artiga, pp. 21-32.

LLORENS, Vicente (2006), *Estudios y ensayos sobre el exilio republicano de 1939* [edición y estudio introductorio de Manuel Aznar Soler], Sevilla, Renacimiento.

LLORENS MARZO, Luis (2002), «Serán ceniza, más tendrá sentido: los manuscritos de *Campo de Sangre*», *Olivar*, 3, pp. 145-176.

_____(2005), «La relación entre Max Aub y André Malraux en el marco de la génesis del *Laberinto mágico*», en Omar Ette, Mercedes Figueroas, Joseph Jurt (eds.), Max

Aub-André Malraux: Guerra Civil, Exilio y Literatura/ Guerre Civile, Exile, Littérature, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/ Vervuert, pp. 81-95.

___(2006), «Un realismo en movimiento. Convergencias estéticas en los inicios de "El laberinto mágico"», *El Correo de Euclides*, 1, pp. 279-292.

LLORENS MARZO, Luis, LLUCH PRATS, Javier (2006), «Estudio introductorio», en Max Aub, *Obras completas. Relatos II. Los relatos de El laberinto mágico, IV B*, Valencia, Generalitat Valenciana, pp. 7-55.

LLUCH-PRATS, Javier (2006), «Escritura en estado provisional: planes para una novela sobre el exilio», *El Correo de Euclides*, 1, pp. 293-303.

___ (2010), *Galería de personajes de El laberinto mágico*, Segorbe, Fundación Max Aub.

___(2011), «La edición de los textos», en Max Aub, *El limpiabotas del padre eterno*, Segorbe, Fundación Max Aub, pp. 227- 237.

LÓPEZ-CABRALES, María del Mar, (2007), «Passion and Participation: Motherhood and Exile in The Works of María Teresa León», en Maureen Tobin Stanley, Gesa Zinn Female (eds.), *Exiles in Twentieth and Twenty-first Century Europe*, London, Palgrave, pp. 137-153.

LÓPEZ FERNÁNDEZ, Laura (2012), «El problema de la identidad como objeto de estudio», en Beatriz Caballero, Laura López Fernández, Tim Bowron, *Exilio e identidad en el mundo hispánico: reflexiones y representaciones*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcnk413> (fecha de consulta: 4 de enero de 2023), pp. 62-82.

LÓPEZ GARCÍA, José Ramón (2013), *Fábulas y espejo. Variaciones sobre lo judío en la obra de Max Aub*, Sevilla, Renacimiento.

_____ (2017), «1939», en Mari Paz Balibrea (ed.), *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*, Madrid, Siglo XXI, pp. 234-245.

__(2021), «Introducción», en José Ramón López García (ed.), *Escrituras del exilio republicano de 1939 y los campos de concentración*, Madrid, Iberoamericana, pp. 11-35.

LOZANO SEIJAS, Claudio (2009), «La educación republicana, 1931-1936», en Julio Rodríguez Puértolas (ed.), en *La República y la cultura: paz, guerra y exilio*, Madrid, Ediciones Akal, pp. 145-155.

LUQUÍN CALVO, Andrea (2019), «Fronteras al revés: la construcción del espacio común en la obra de Max Aub», en Manuel Artime Omil (ed.), *Repensar lo común*, Madrid, Dykinson, pp. 161-182.

MACCIUCI, Raquel (2011), «Intelectuales españoles en el campo cultural argentino: Francisco Ayala, de *Sur* a *Realidad* (1939-1950)», en Andrea Pagni (ed.), El exilio republicano español en México y Argentina. Historia cultural, instituciones literarias, medios, Madrid/ Frankfurt/ México D.F., Iberoamericana/ Vervuert/ Bonilla Artiga, pp. 159-188.

MAGGI, Eugenio (2022), «Introducción» en Max Aub, *Cuentos ciertos*, Madrid, Cátedra, pp. 9-56.

MAINER, José Carlos (1981), *La edad de Plata (1902-1939): ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid, Cátedra.

MALGAT, Gérard (2007), *Max Aub y Francia o la esperanza traicionada*, Sevilla, Renacimiento.

___ (2019), «¿Cómo salir del laberinto?», en Max Aub, *Campo de los almendros*, Granada, Cuadernos del Vigía, pp. 7-22.

MARCO, Jorge (2015), «"Encender la guerra de guerrilla": el PCE y la guerrilla antifranquista (1939-1952)», en Helder Gordim da Silveira (ed.), *Violência e sociedade em ditaduras iberoamericanas no século XX Argentina, Brasil, Espanha e Portugal*, Porto Alegre, Universitária da Pontificia Universidade Católica do Rio Grande do Sul, pp. 101-122.

MARTÍN CASAS, Julio, CARVAJAL URQUIJO, Pedro (2002), *El exilio español 1936-1978*, Barcelona, Planeta.

MARTÍNEZ, Josebe (2017), «Exilio y género sexual», en Mari Paz Balibrea (ed.), *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*, Madrid, Siglo XXI, pp. 175-195.

MARCILLAS PIQUER, Isabel (2007), «María Teresa León: la intrahistoria con alma de mujer», *Estudis Transversals: Literatura i Altres Arts en les Cultures Mediterrànies*, RUA, Repositorio Institucional de la Universidad Alicante, pp. 1-12, <https://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/2070/3/María Teresa LeónRUA.pdf > (fecha de consulta: 20 de abril de 2023).

MARINA BEDIA, Marta (2002), «Antón Perulero. Un cuento inédito de Maria Teresa León», *Revista de Literatura*, LXIV (128), pp. 569-585.

MARTÍNEZ GARCÍA, Ana (2014), «La dimensión femenina en los textos de María Teresa León», *AnMal Electronica*, 37, pp. 135-152.

MARTÍN GIJÓN, Mario (2011), «El teatro durante la Guerra Civil española en el frente y en la retaguardia republicana», *Lectura y signo*, 6, pp. 263-274.

___(2017), «España, español», en Mari Paz Balibrea (ed.), *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*, Madrid, Siglo XXI, pp. 62-68.

MARTÍN RAMOS, José Luis (2021), *La Internacional Comunista y la cuestión nacional en Europa (1919-1939)*, Barcelona, El Viejo Topo.

MARX, Karl, ENGELS, Friedrich (2020), *Manifiesto del Partido Comunista,* Oviedo, Delfos.

MASIP, Paulino (1989), *Cartas a un español emigrado*, México D.F., Cuadernos del Nigromante.

MAURICE, Jacques (2003), «Max Aub y la historia de España», en Marie-Claude Chaput, Bernard Sicot (eds), *Max Aub: enrecinements et déracinements*, Nanterre, Centre de Recherches Ibériques et Ibéro-Américaines (CRIIA)Université de Paris X-Nanterre, pp. 11-22.

MOLINER PRADA, Antonio (1993), «La iglesia y el primer franquismo», *Hispania sacra*, 45, pp. 341-362.

MOLINERO, Carme, YSÀS, Pere (1998), «La historia social de la época franquista. Una aproximación», *Historia social*, 30, pp. 133-154.

MONFORTE, Isabel, (2001), «El yo femenino a través de la memoria: escritoras en el exilio», en María Teresa González de Garay Fernández, Juan Aguilera Sastre (ed.), *Sesenta años después. El exilio literario de 1939*, Logroño, Universidad de la Rioja, pp. 493-503.

MONTES SALGUERO, Jorge J. (2009), «El universo femenino de la República», en Julio Rodríguez Puértolas (ed.), *La República y la cultura: paz, guerra y exilio*, Madrid, Ediciones Akal, pp. 157-169.

MONTIEL RAYO, Francisca (1995), «Escribir fuera de España: la correspondencia entre Max Aub y Segundo Serrano Poncela», en Cecilio Alondo (ed.), *Max Aub y el laberinto español. Actas del Congreso Internacional celebrado en Valencia y Segorbe del 13 al 17 de diciembre de 1993*, Valencia, Ajuntament de València, pp. 185-201.

___ (2017a), «Exilio y otras definiciones de desplazamientos», en Mari Paz Balibrea (ed.), *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español,* Madrid, Siglo XXI, pp. 37-45.

____(2017b), «Max Aub y Albert Camus. Testigos de la Europa del siglo XX», en Mari Paz Balibrea (ed.), *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*, Madrid, Siglo XXI, pp. 668-674.

_____(2018), «La vida y la muerte en los cuentos sobre la Guerra Civil de Luisa Carnés», *Orillas*, 7, pp. 45-59.

MORO, Angela (2022), *Fuera de lugar. La representación del espacio en la narrativa breve de Max Aub y Ramón J. Sender*, Sevilla, Renacimiento.

NAHARRO-CALDERÓN (2005), José María, «Max Aub y "Los universos concentracionarios"», en Gabriel Rojo, James Valender (ed.), *Homenaje a Max Aub*, México D.F., El colegio de México, pp. 109-125.

___(2017), *Entre alambradas y exilios. Sangrías de las Españas y terapias de Vichy*, Madrid, Biblioteca Nueva.

___(2019), «Old camps, new concentrations. 1939 Spanish republican exclusions and today's refugees», *Hispania Nova. Revista de historia contemporánea*, 1 (extraordinario), pp. 100-135.

____(2021), «Perspectivas transnacionales en los campos de concentración franceses», en José Ramón López García (ed.), *Escrituras del exilio republicano de 1939 y los campos de concentración,* Madrid, Iberoamericana, pp. 39-73.

NASH, Mary (2016), *Rojas. Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*, Madrid, Taurus.

NICKEL, Claudia (2019), *Los exiliados republicanos en los campos de internamiento franceses*, Sevilla, Renacimiento.

NIÑO, Antonio (2003), «50 años de relaciones entre España y Estados Unidos», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 25, pp. 9-33.

NOS ALDÁS, Eloísa (2001), *El testimonio literario de Max Aub sobre los campos de concentración en Francia (1940-1942)*, tesis doctoral dirigida por Vicente J. Benet, Ferrando, Castellón, Universitat Jaume I, <https://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/10448/eloisanos.pdf?sequence=1&isAllowed=y> (fecha de consulta: 20 de mayo de 2024).

___(2011), «Estudio introductorio», en Max Aub, El limpiabotas del padre eterno, Segorbe, Fundación Max Aub, pp. 27-225.

NUÑEZ MOLINA, María Lourdes (2021), «*La historia tiene la palabra*: el éxodo del tesoro artístico rememorado por María Teresa León», en Ángeles Egido, Matilde Eiroa, Encarnación Lemus, Marifé Santiago (dirs.) y Luiza Iordache, Rocío Negrete (ed.), *Mujeres en el exilio republicano de 1939. Homenaje a Josefina Cuesta*, Madrid, Gobierno de España, Ministerio de la Presidencia, Relaciones con las Cortes y Memoria Democrática, pp. 623-625.

NUÑEZ RIVERO, Cayetano (2017), *La Iglesia y la política española (1931-1978): la Segunda República y el franquismo*, Madrid, Dykinson.

OCHOA, Debra (2007), «Memory and Exile in María Teresa León's *Las peregrinaciones de Teresa* (1950)», *Letras Hispanas: Revista de literatura y cultura*, 4, pp. 158-169.

OJEDA REVAH, Mario (2021), «Perón y Franco: vidas cruzadas», en *Republicanos Españoles en América Latina durante el franquismo: historia, temas y escenarios*, México D.F., Secretaría de Relaciones Exteriores/UNAM, pp. 69-83.

OLEZA SIMÓ, JOAN (2002), «Voces en un campo de sangre: Max Aub y los penúltimos episodios nacionales», *Olivar*, 3 (3), pp. 45-64.

ONANDIA RUIZ, Beatriz (2018), «Entre el pecado y la lujuria: la inmoralidad pública durante el franquismo», *Revista de Estudios De Las Mujeres*, 6, pp. 172-197.

ORAZI, Veronica (2008), «Max Aub ovvero le strategie del falso», en «*Contrafactum». Copia, imitazione, falso*, Padova, Esedra, pp. 393-404.

PAGNI, Andrea (2011), «Presentación», en Andrea Pagni (ed.), *El exilio republicano español en México y Argentina. Historia cultural, instituciones literarias, medios*, Madrid/ Frankfurt/ México D.F., Iberoamericana/ Vervuert/ Bonilla Artiga, pp. 9-17.

PARÍS, Carlos (2009), «Educación y cultura en la Segunda República», en Julio Rodríguez Puértolas (ed.), *La República y la cultura: paz, guerra y exilio*, Madrid, Ediciones Akal, pp. 253-260.

PÉREZ ALCALDE, Javier (2001), «La conciencia del exilio en el teatro de Max Aub», en María Teresa González, Juan Aguilera Sastre (eds.), *El exilio literario de 1939. Sesenta años después: actas del Congreso Internacional celebrado en la Universidad de La Rioja del 2 al 5 de noviembre de 1999*, Logroño, Universidad de la Rioja, pp. 85-92.

PÉREZ BOWIE, José Antonio (1994), «Desficcionalización versus desrealización en la narrativa de Max Aub», en Maria Rosa Grillo (ed.), *La poetica del falso: Max Aub tra gioco e impegno*, Alicante, Biblioteca virtual Miguel de Cervantes, <https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-poetica-del-falso-max-aub-tra gioco-ed-impegno-atti-del-convegno-salermo-1415-marzo-1994 0/html/ff942400-82b1-11df-acc7-002185ce6064_31.html#I_9_>, (fecha de consulta: 17 de junio de 2024).

_____ (1999), «Introducción», en Max Aub, *Manuscrito cuervo. Historia de Jacobo,* Segorbe, Fundación Max Aub, pp. 11-41.

___(2005a), «La funcionalización del discurso ensayístico. Sobre "Homenaje a Lázaro Valdés" de Max Aub», en Gabriel Rojo, James Valender (ed.), *Homenaje a Max Aub*, México D.F., El colegio de México, pp. 127-141.

___ (2005b), «Max Aub y la cultura francesa», en Omar Ette, Mercedes Figueroas, Joseph Jurt (eds.), *Max Aub-André Malraux: Guerra Civil, Exilio y Literatura/ Guerre Civile, Exile, Littérature*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/ Vervuert, pp. 109-124.

_____(2006), «En torno a la concepción aubiana del realismo», *El Correo de Euclides*, 1, pp. 486-496.

PERUGINI, Carla (2013), «Una biografía novelada de María Teresa León: *Cervantes, el soldado que nos enseñó a hablar*», *Hipogrifo*, 1 (2), pp. 51-58.

___(2014), «Para las mujeres de Argentina: Nuestro hogar de cada día de María Teresa León», en Luisa Campuzano (ed.), *Asociacionismo y redes de mujeres latinoamericanas y caribeñas*, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, pp. 196-200.

PEYRAGA, Pascale (2008), «La Historia tiene la palabra (1944), de María Teresa León: Los tesoros artísticos en el joyero de la historia.», *Rilce*, 24 (1), pp. 121-135.

PIZARROSO ACEDO, Patricia (2019), *Culturas del exilio. Las revistas culturales del antifascismo alemán, austriaco, catalán y español en México*, tesis doctoral dirigida por Fernando Larraz Elorriaga y Georg Pilcher, Universidad de Alcalá de Henares, <https://ebuah.uah.es/dspace/handle/10017/45187> (fecha de consulta: 25 de junio de 2024).

POCHAT, María Teresa (2006), «*España Republicana*, una lectura desde Argentina», *Olivar*, 8, pp. 195-207.

POZUELO YVANCOS (2006), *La teoría del lenguaje literario*, Madrid, Cátedra.

PRADA RODRÍGUEZ, Julio (2010), *La España masacrada. La represión franquista de guerra y posguerra*, Barcelona, Crítica.

PRADO, Benjamín (2001), *Los nombres de Antígona*, Madrid, Aguilar.

PRESTON Paul (2017), *La guerra civil española*, Madrid, Random House.

PUCCIARELLI, Tiziana (2019a), «Alberti, León, Saslavsky: reinventando "La dama duende" en la Argentina de los exiliados», *Confluenze. Rivista di Studi Iberoamericani*, 11 (1), pp. 259-270.

___ (2019b), «*La dama duende* prohibida: la censura de la película argentina en la España franquista», en Marco Presotto (ed.), *El teatro clásico español en el cine*, Venezia, Ca' Foscari, pp. 87-102.

PUENTE OJEA, Gonzalo (2009), «la Segunda República y la cuestión religiosa», en Julio Rodríguez Puértolas (ed.), *La República y la cultura: paz, guerra y exilio*, Madrid, Ediciones Akal, pp. 65-75.

QUIÑONES, Javier (1994), «Prólogo» en Max Aub, *Enero sin nombre. Los relatos completos del Laberinto mágico*, Barcelona, Alba, pp. 13-40.

___ (1996), «Los relatos perdidos en el laberinto: la narrativa breve de Max Aub en torno a la Guerra Civil», en Cecilio Alondo (ed.), *Max Aub en el Laberinto Español. Actas del Congreso Internacional*, Valencia, Ajuntament de València.

RAGUER, Hilari (2017), *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la Guerra Civil española (1936-1939)*, Barcelona, Península.

REIN, Raanan (1993), «Un salvavidas para Franco: la ayuda económica argentina a la España franquista (1946-1949)», *ANUARIO DE IEHS*, VIII, pp. 199-214.

RODRÍGUEZ, Juan (2013), «"Españoles en casa, mexicanos fuera de ella". Max Aub y la segunda generación del exilio», *Anales de literatura española contemporánea*, 38 (Homenaje a José-Carlos Mainer), pp. 293-326.

___(2017), «Naciones y nacionalismos», en Mari Paz Balibrea (ed.), *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*, Madrid, Siglo XXI, pp. 78-86.

SAID, Edward W. (1996), *Representaciones del intelectual*, Barcelona, Paidós.

___ (2001), *Reflexiones sobre el exilio: ensayos literarios y culturales*, Barcelona, Debate.

_____(2018), *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Debate.

SALES, Juan Carlos (2021), «Nacional-liberalismo: la legitimación del franquismo entre capitalismo tardío y guerra fría», *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política, Humanidades y Relaciones Internacionales*, 47, pp. 233-253.

SALIM GRAU, Susana (2007), «Memoria de un olvido: textos desconocidos de María Teresa León», en Beatriz Mariscal Hay, María Teresa Miaja de la Peña (ed.), *Las dos orillas: actas del XV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas Vol. 3*, Monterrey, Fondo de Cultura Económica, pp. 523-534.

SAMBLACAT MIRANDA, Neus (2013), «La piel del tiempo: memoria y exilio en "El perfume de mi madre era el heliotropo" de María Teresa León», en María Teresa González de Garay, José Díaz-Cuesta Gallán (eds.), *El exilio literario de 1939, 70 años después*, Logroño, Universidad de la Rioja, pp. 541-553.

SÁNCHEZ CUERVO, Antolín (2012), «El exilio español del 39 y la rebelión contra el olvido: ¿Historia o memoria?», en Beatriz Caballero, Laura López Fernández, Tim Bowron, *Exilio e identidad en el mundo hispánico: reflexiones y representaciones*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcnk413> (fecha de consulta: 4 de marzo de 2023), pp. 204-226.

___(2017), «Exilio y estado», en Mari Paz Balibrea (ed.), *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*, Madrid, Siglo XXI, pp. 203-209.

SÁNCHEZ GONZÁLEZ, Irene (2015), «La esperanza frustrada. El exilio republicano ante la cuestión española en Naciones Unidas», *Temps i espais de memòria. Revista digital del Memorial Democràtic*, 3, pp. 13-19.

SÁNCHEZ ZAPATERO, Javier (2010a), *Escribir el horror. Literatura y campos de concentración*, Barcelona, Montesinos.

_____(2010b), «La cultura de la memoria», *Pliegos de Yuste*, 11-12, pp. 25-30.

_____(2010c), «Max Aub o el poder testimonial de la ficción», *Estudios humanísticos. Filología*, 32, pp. 197-211.

___(2011), «Historia y memoria de la Guerra Civil: apuntes sobre "Campo cerrado" (1943), de Max Aub», *Hesperia. Anuario de filología hispánica*, XVI, pp. 119-137.

__(2012a), «Autobiografía del exilio republicano español: entre la nostalgia y la resistencia», en Beatriz Caballero, Laura López Fernández, Tim Bowron, *Exilio e identidad en el mundo hispánico: reflexiones y representaciones*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcnk413>, (fecha de consulta: 6 de noviembre de 2022), pp. 227-247.

_____ (2012b), «"El cojo de Max Aub y la Guerra Civil española: escritura para el combate, lectura para la memoria», *RILCE*, XXVIII (2), pp. 558-579.

_____(2014), *Max Aub y la escritura de la memoria*, Sevilla, Renacimiento.

__(2018), «Una polifonía contra el olvido las memorias en la literatura del exilio republicano español de 1939», en Francisca Montiel Rayo (ed.), *Las escrituras del yo: diarios, autobiografías, memorias y epistolarios del exilio republicano de 1939*, Sevilla, Renacimiento, pp. 137-188.

_____(2019), «*Campo del Moro*: más allá de la traición», *El Correo de Euclides*, 14-15, pp. 33-40.

_____(2020a), *Arde Madrid. Narrativa y Guerra Civil*, Sevilla, Renacimiento.

___ (2020b), «Historia, memoria y representación de los campos de concentración (nazis) en España», en Roland Spiller, Kirsten Mahlke y Janet Reinstädler (eds.), *Trauma y memoria cultural*, Berlin/ Boston, De Gruyter, pp. 247-262.

___(2021), «Testigos, víctimas y supervivientes en la literatura concentracionaria del exilio republicano», en José Ramón López García (ed.), *Escrituras del exilio republicano de 1939 y los campos de concentración*, Madrid, Iberoamericana, pp. 175-190.

SANZ ÁLVAREZ, Mari Paz (2001), «El pensamiento perdido: una empresa editorial de Max Aub», en María Teresa González, Juan Aguilera Sastre (eds.), *El exilio literario de 1939. Sesenta años después: actas del Congreso Internacional celebrado en la Universidad de La Rioja del 2 al 5 de noviembre de 1999*, Logroño, Universidad de la Rioja, pp. 93-109.

___(2006), «Max Aub y María Teresa León. Una amistad sin fronteras», en Manuel Aznar Soler (ed.), *Escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*, Sevilla, Renacimiento, pp. 325-332.

SASTRE, Alfonso (2009), «República para qué. Recuerdos y esperanzas de un teatro republicano», en Julio Rodríguez Puértolas (ed.), en *La República y la cultura: paz, guerra y exilio*, Madrid, Ediciones Akal, pp. 529-539.

SCHWARZSTEIN (2001), Dora, Entre *Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano en Argentina*, Barcelona, Crítica.

SICOT, Bernard (2007), «Max Aub en Djelfa: lo cierto y lo dudoso (28 de noviembre de 1941-18 de mayo de 1942)», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, LV (2), pp. 397-434.

SIMÓN, Paula (2012), *La escritura de las alambradas. Exilio y memoria en los testimonios españoles sobre los campos de concentración franceses*, Vigo, Academia del Hispanismo.

SIRERA, Josep Lluís (2012), «Introducción», en Max Aub, *Obras Completas. Vol. VII-A. Primer teatro*, Valencia, Biblioteca Valenciana, pp. 15-46.

SIRERA MIRALLES, Carles (2012), *Max Aub o la democracia inquebrantable*, Madrid, Alupa.

SOLANES, Josep (2016), *En tierra ajena. Exilio y literatura desde la «Odisea» hasta «Molloy»*, Barcelona, Acantilado.

SOLDEVILA DURANTE, Ignacio (1973), *La obra narrativa de Max Aub (1929-1969)*, Madrid, Gredos.

___(1996), «Max Aub: cara y cruz de una creación literaria», en Cecilio Alonso (ed.), *Actas del Congreso Internacional "Max Aub y El laberinto español"*, Valencia, Biblioteca Valenciana, pp. 41-54.

__(1999), *El compromiso de la imaginación. Vida y obra de Max Aub*, Segorbe, Fundación Max Aub.

____(2003), «Max Aub y la tradición literaria española», en Juan María Calles (ed.), *Max Aub en el laberinto del siglo XX*, Valencia, Biblioteca Valenciana, Generalitat Valenciana, <https://www.uv.es/entresiglos/max/> (fecha de consulta: 6 de diciembre de 2022).

SOREL, Andrés (2009), «Los escritores y la República», en Julio Rodríguez Puértolas (ed.), *La República y la cultura: paz, guerra y exilio*, Madrid, Ediciones Akal, pp. 293-297.

SWAN, Alan (1988), «Un article retrouvé de María Teresa León en anglais: "The revolt in Asturias"», en *Bulletin Hispanique*, 3-4, pp. 405-417.

TAYLOR, Kathryn (2021), «Memorias de la melancolía y del compromiso: vida y obra de María Teresa León como performance», en Ángeles Egido, Matilde Eiroa, Encarnación Lemus, Marifé Santiago (dirs.) y Luiza Iordache, Rocío Negrete (ed.), *Mujeres en el exilio republicano de 1939. Homenaje a Josefina Cuesta*, Madrid, Gobierno de España, Ministerio de la Presidencia, Relaciones con las Cortes y Memoria Democrática, pp. 637-651.

TODOROV, Tzvetan (2008), *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós.

TORRES NEBRERA, Gregorio (1996), *Los espacios de la memoria (La obra literaria de María Teresa León)*, Madrid, Ediciones de la Torre.

___(1999), «Introducción biográfica y crítica», in María Teresa León, *Memoria de la melancolía*, Madrid, Castalia, pp. 7-63.

___ (2010), «Estudio preliminar», en María Teresa León, *Contra viento y marea, Cáceres*, Universidad de Extremadura, pp. 11-51.

TRAVERSO, Enzo (2010), «El año 1939. Momentum de la Guerra Civil Europea», en Francesc Vilanova i Vila-Abadal, Pere Ysàs i Solades (eds.), *Europa, 1939. El año de las catástrofes*, Valencia, Universitat de València, pp. 17-31.

_____(2021), *Revolución. Una historia intelectual*, Madrid, Akal.

ULACIA ALTOLAGUIRRE, Paloma, MÉNDEZ, Concha (2018), *Memorias habladas, memorias armadas*, Sevilla, Renacimiento.

UGARTE, Michael (1999), *Literatura española en el exilio. Un estudio comparativo*, Madrid, Siglo XX.

UNITED NATIONS CHARTER: «Preamble», <https://www.un.org/en/about-us/un-charter/preamble> (fecha de consulta: 14 de abril de 2024).

VALCÁRCEL, Carmen (2009), «Max Aub en el exilio: el compromiso de la vanguardia», en Julio Rodríguez Puértolas (ed.), *La República y la cultura: paz, guerra y exilio*, Madrid, Ediciones Akal, pp. 795-808.

___(2018), «Memorias. Novela. Hacerla. Como si fuese, de verdad, mi vida», en Max Aub, *Campo francés*, Granada, Cuadernos del Vigía.

VARELA FERNÁNDEZ, Julia (2013), «La larga lucha por la emancipación de las mujeres. Carmen Baroja y Nessi, Zenobua Camprubí Aymar y María Teresa León Goyri», *Papers: revista de sociología*, 98 (4), pp. 611-627.

VILCHES DE FRUTOS, Francisca (2021), «Conflictos bélicos desde una perspectiva transnacional: Testimonio y compromiso de una exiliada, María Teresa León» *Romance Studies*, 39 (1), pp. 7-20.

VIÑAS, Ángel (2003), «La negociación y renegociación de los acuerdos hispano-norteamericanos, 1953-1988: una visión estructural», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 25, pp. 83-108.

___ (2010), «Franco y el franquismo ante la nueva guerra de 1939», en Francesc Vilanova i Vila-Abadal, Pere Ysàs i Solades (eds.), *Europa, 1939. El año de las catástrofes*, Valencia, Universitat de València, pp. 65-80.

VOSBURG, Nancy (2005), «El tapiz de una vida feminista: María Teresa León (1903-1988)», en Lisa Wollendorf (ed.), Literatura y feminismo en España. S. XV-XXI, Barcelona, Icaria, pp. 241-256.

VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel (1996), «Prólogo», en Carmen Alcalde, *Mujeres en el franquismo: exiliadas, nacionalistas y opositoras*, Barcelona, Flor del viento.

_____(2009), *Los demonios familiares de Franco*, Sabadell, Diario Público.

ZAMBRANO, María (2021), *Los intelectuales en el drama de España*, Madrid, Alianza.

ZELAYA KOLKER, Marielena (1985), *Testimonios americanos*, Madrid, Cultura Hispánica.

ZULETA, Emilia (2002), *Españoles en la Argentina. El exilio literario de 1939*, Buenos Aires, Atril Ensayo.